MIGUEL ARANGUREN

J.C.

EL SUEÑO DE DIOS

BIBLIOTHECA
HOMO
LEGENS

J.C.

El sueño de Dios

MIGUEL ARANGUREN

BIBLIOTHECAHOMOLEGENS
© Miguel Aranguren
© Homo Legens, 2018
Calle Monasterio de las Batuecas, 21
28049 Madrid
www.homolegens.com
Colección dirigida por Kiko Méndez-Monasterio
ISBN: 978-84-17407-31-5
Imagen Solapa: ©Nano Boville
Maquetación: Signo Comunicación Consultores SLU
Todos los derechos reservados.
Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin permiso previo y por escrito del editor.

De Sion vendrá el libertador.
Apartará de Jacob las impiedades.
(Isaías, 59–20)

ÍNDICE

I. EL PROFETA
II. LOS NOVIOS
III. SUEÑOS
IV. EL VIAJE
V. UN GRITO EN LA NOCHE
VI. LA MUERTE DEL PATRIARCA
EPÍLOGO: EL COMIENZO DE TODO

I. El Profeta

Hubo un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan.

1.

La Tierra estaba colmada de agua y los regatos bajaban alegres hasta los cauces de los ríos, que en aquellas tierras agrestes casi siempre se encuentran secos. Aquí y allá unos atrevidos brotes orlados con flores se habían abierto paso entre las piedras, llenas de aristas. En el verdor apenas apuntado de la copa de las acacias, los pájaros gorjeaban sin temor, ávidos de formar la primera nidada del año.

Los días en los que el sol primaveral lograba disipar una celada casi perpetua de nubes, las lagartijas salían de las oquedades de las murallas para colgarse por las paredes de la fortificación. Eran rayos todavía débiles, pero suficientes para entibiar aquellos sillares arrancados de las canteras del sur de Judea.

A la alborada una guardia de refresco reemplazaba a la ronda nocturna. Por las almenas de oriente, los ojos del primer destacamento se perdían en la monotonía pardusca y dorada del país de los nabateos. Por el este, los vigías se solazaban con lo que se adivinaba entre la bruma, allende la planicie y las cintas de las ramblas, a las que no les había llegado el maná de los arroyos, pues la humedad condensada del amanecer se descorría igual que un visillo, para mostrar el Mar Muerto, cuya blancura de primera hora resultaba espectral. Más allá de la superficie lechosa quedaba apuntado el pálido verdegal de Betania.

Hacía más de una hora que los gallos del rey habían interrumpido su reposo, contagiando el alboroto a los machos del gallinero de la guarnición. Unos y otros se retaban con quiquiriquíes —unos vigorosos, otros afónicos—, encendiendo los corrales diseminados por el pueblo, que desde la falda de la colina replicaban a las aves del castillo y a las galleras que se encontraban junto a casuchas miserables a uno y otro lado del camino que zigzagueaba desde los peñascales, ascendiendo por las barriadas hasta la primera y la segunda puerta, ambas custodiadas por la temida guardia de Herodes Antipas.

Con la batahola de los pájaros domésticos comenzó el trasegar de la aldea: se encendieron los hornos comunitarios, que elevaron hasta la fortaleza humildes fumarolas de rastrojo, sarmientos y boñiga seca, así como el perfume de las tortas de pan; algunas mujeres pasearon hasta los regatos, en donde llenaron sus cántaros de un agua más limpia que la de las cisternas; las cabras y las ovejas reclamaron con balidos, desde el interior de los cubiles, la suelta; comenzaron los correteos de los

niños por las calles; sonó el graznido de las cornejas alrededor del murallón de la ciudadela y el vuelo madrugador de las golondrinas dibujó parábolas sobre el almenado del alcázar. Entonces se despertaron los reclutas y sirvientes que habían pernoctado en el patio de armas; los esclavos hacía tiempo que preparaban el desayuno.

A los prisioneros de Antipas no se les servía aquella colación. De hecho, no les daban de comer hasta la caída del sol salvo a quien todos en Maqueronte llamaban —en una mezcla de burla, respeto y pavura— el Profeta, un tipo extraño del que los cancerberos aseguraban que jamás dormía, un duermevela a lo sumo durante el sopor de las fiebres, cuando el cuerpo se le cubría de sudor y balbuceaba salmos encadenados que ellos escuchaban con aprensión. Pero una vez recuperaba la salud no se dejaba caer en la modorra del resto de los presos, que incapaces de encontrar asuntos para ocupar el tiempo se cubrían de paja sucia a la espera del antojadizo dictamen de su ejecución.

Para el Profeta había una escudilla mañanera, por orden expresa del tetrarca: una papilla de cereales y fruta, una torta, dátiles e higos secos. Todo innecesario, porque aquel santón no probaba bocado. Como Antipas le había eximido de grilletes, al aspirar el dulzor del desayuno alzaba la frente —que solía mantener pegada al suelo, en un rincón de la mazmorra que él mismo había limpiado de inmundicias—, abandonaba su oración constante, se ponía en pie, asía el plato y el pan, y caminaba de preso en preso para repartir aquella merced, un quebranto de las normas que los carceleros no se atrevían a descubrir a sus superiores, por miedo a que llegara a oídos de la corte que zumbaba alrededor de aquel monarca tornadizo.

Herodes Antipas no le había condenado al despreciable rango de los demás presos, pues no tenía previsto pasarlo por la mesa de torturas ni, mucho menos, matarlo tras uno de esos juicios grotescos que regocijaban a sus cortesanos. Más bien al contrario, hubiese querido darle aposento en las estancias palaciegas y ofrecerle el trato exquisito que merecía su prestigio de gran hechicero; vestirlo con sedas y sentarlo a comer junto a su triclinio.

Al principio creyó que le sería fácil conquistarlo como a los demás hombres poderosos que se habían rendido a sus ofertas de lujos, placeres, banquetes y descanso. Se figuró que cuando el Profeta se hubiese acostumbrado a la suntuosidad del palacio, no le costaría sonsacarle el albur de los astros sobre la suerte de su reinado. Acto seguido le habría nombrado consejero, muy por encima de los charlatanes que lo adulaban desde que se ciñó la

corona.

Sus espías le habían venido con el cuento de que Juan hablaba con los muertos, entendía el lenguaje de las estrellas y recibía locuciones del Dios de los hebreos. Desde que se propagaron por Sion los primeros rumores sobre aquel personaje que vivía entre el desierto y las riberas del Jordán, los herodianos acecharon sus movimientos. Ellos sabían quiénes eran los aristócratas que bajaban al río desde la Ciudad Santa con intención de consultarle, lo que provocaba en el monarca un necio placer, pues pensaba que aquellos semitas de alcurnia se ponían a su misma altura: la de un descreído atosigado por el ocultismo.

Lo necesitaba a su lado para protegerse de los enemigos de su propia casa, sus hermanos, que anhelaban el privilegio de reinar sobre tierras fértiles de Judea y disponer del palacio paterno en Jerusalén. Por eso, si lograba engolosinarlo con sus regalos, para que el predicador del Jordán se adelantase al propósito bastardo de los intrigantes que confabulaban contra él, desenmascararía a los que —amparados en un cargo de confianza otorgado por el propio Antipas— sustraían las riquezas del tesoro real, querían envenenarlo o confraternizaban a sus espaldas con los comisionados romanos.

2.

Dios contempló embelesado aquella criatura. Era una mujer. Única, frágil y reconocible en la dulzura de sus rasgos, nacida muchos siglos después de que el Señor apartara un poco de barro para modelar el cuerpo de Adán. Estaba coronada con joyas de emperatriz y en su halda acunaba a un bebé, carne de su carne, envuelto en la piel de un armiño.

—María.

El Todopoderoso paladeó su nombre ante las multitudes de ángeles y arcángeles que lo acompañaban. No quiso mostrarles lo que iba a suceder en los siglos que mediaban entre el primer ser humano y la mujer, pues aquel tramo de la Historia no iba a depender únicamente de Su voluntad.

—Acercaos.

A los espíritus les asombró la delicadeza con la que estaban pintadas las facciones de la doncella.

—¡Qué hermosura! —cantaron los cuatro arcángeles.

Las distintas categorías celestiales estaban enternecidas ante la majestad que emanaban madre e hijo, de la que sus protagonistas no parecían ser conscientes. De hecho el niño se despertó entre bostezos, como todas las criaturas humanas, y reclamó alimento al igual que cualquier otro chiquillo. Ella,

después de besarlo, lo amamantó como haría cualquier madre.

Yahvé había decidido constreñir su infinita genialidad en el tiempo y la materia. Aquella era la razón por la que había reunido a las huestes de ángeles y arcángeles desde los infinitos confines del Amor. Les ofreció, en una representación múltiple, los primeros pasajes de la Historia que aún estaba por escribirse. Con la parsimonia del que se sabe dueño de todo y no necesita nada ni a nadie para completar su felicidad, el Omnipotente les hizo ver la suma de siglos y más siglos en los que iba a trazar las leyes que regirían el caos, hasta convertirlo en Naturaleza. Primero una Naturaleza cósmica, espacial; después la eclosión de las estrellas y la organización de las galaxias. Los ángeles pensaron que aquella sucesión de estampas no podía llegar más allá, tras el detalle con el que la Trinidad había concluido el lienzo sin bordes del que colgaban las constelaciones. Sin embargo estrellas, galaxias, sistemas y planetas se despintaron en un repentino cambio de perspectiva. En un rincón de aquella cubierta ingrávida, la Naturaleza próxima se concentró en una Naturaleza diminuta sobre la que se proyectó un candor que traía resonancias de lo que se engendraba en la médula del Cielo.

—¿Quiénes son? —se elevó la pregunta de Luzbel, que se sentía acobardado ante el esplendor de aquella maternidad.

El principal de los arcángeles no entendía la causa del éxtasis con el que el Sumo Conocimiento los había presentado, pues era patente que María y su hijo estaban sometidos a limitaciones de las que ellos se sabían liberados.

—Vamos… —insistió—. Dinos quiénes son.

A los otros tres arcángeles les había dolido la voz imperiosa de su Príncipe.

—Qué nos ocultas —se obstinó.

—Fíjate en ellos, Luzbel —resonó el aliento de Dios—. Serán más fuertes que todas vuestras fortalezas juntas.

El arcángel titubeó antes de argumentar a borbotones:

—Los ángeles no procedemos de otros ángeles, como tus hombres provendrán de otros hombres. Además, nos has explicado que los hijos de Adán carecerán de la autoridad, el poder y el refinamiento de cada uno de los números que componen tus ejércitos. ¿Por qué, entonces, dices que estos dos serán más poderosos que nosotros?

—Nos demuestras que no sabes ver con profundidad. Si los miraras dejando a un lado tus prejuicios, tal vez fueras capaz de intuir que los deseos de estos dos pequeños serán, para mí, mandatos.

El rostro del Príncipe de los arcángeles se descompuso.

—La mujer y el niño son hermosos, mi Señor —se sintió obligado a reconocerle—, pero son hombres al fin y al cabo. ¡Ellos no podrán entenderte!

Campaneó la risa de Yahvé:

—Ellos albergarán una sabiduría todavía más precisa y completa de la que os he concedido a vosotros.

Luzbel se sintió conturbado.

—¿Sabiduría?

—Sabiduría, sí; nunca permitiré que nadie más que ellos sondeen los extremos de mi infinitud.

—¿Sin un mediador? —no era capaz de discernir las palabras divinas—. ¡Eso es imposible!… Las imágenes que nos has mostrado manifiestan que ni el vacío, ni el gas, ni el mineral, ni el agua ni los seres vivos soportarían un contacto directo con tu poder.

Gabriel, Miguel y Rafael, airados por tanta impertinencia, se revolvieron.

—¡Qué limitada es tu erudición, arcángel de la Luz! –tronó la voz del Todopoderoso—. El desarrollo del mundo se vertebrará alrededor de la mujer y de su hijo. Te garantizo que ese pequeño reinará por la eternidad; primero, cuando mi creación quede sujeta al tiempo y, más tarde, cuando se renueve a la medida de mi Gloria.

—¿Un niño rey de la creación? —no salía de su asombro.

—De la material y la espiritual.

Luzbel fue incapaz de verbalizar su desconcierto.

—El niño será monarca del universo. También será vuestro Rey, ángeles llegados desde todos los contornos—. Un huracán barrió el Cielo—. ¡Tu Rey, Luzbel!

El arcángel, encogido, masculló con repulsión:

—Mi Rey una cría de Adán…

—¿Qué murmuras?

—¿Y ella? —la voz se le había quebrado.

—Ella es la madre del Rey, vuestra Emperatriz. Su vientre santísimo concebirá a mi único Hijo por obra del Espíritu.

—El Señor hecho hombre… —acababa de vislumbrar la clave del plan divino.

—Desde toda la eternidad anhelo tomar carne en la carne de mis criaturas libres. Y para ese fin María, cuando llegue el culmen de la Historia, verá la luz cuajada de perfección. Ella será la nueva Eva, hija mía desposada con mi Espíritu y madre del Cristo. Será doncella y en su virginidad se convertirá también en la madre fecundísima de todo el género humano.

Luzbel reculó. No soportaba los detalles de aquella empresa

ni la serenidad con la que María contemplaba al hijo que amamantaba.

—¿Por qué nos confundes?

—Por Amor.

Centelleó el espacio.

—¿Dónde está tu amor entre tantos desatinos?

—En ellos.

—¿Y piensas que me voy a creer que te harás una criatura de carne mortal? ¿Que te humillarás para depender del paso del tiempo y limitarás tu fuerza a las capacidades de los cinco sentidos?... ¿Por quién me tomas? —le preguntó con fanfarronería— ¿Olvidas que he recibido buena parte de tu ciencia?

—Confía y te enamorarás de mis planes.

3.

Que hubiera regresado de su viaje a Roma con la mujer de su hermano Filipo —que era también su sobrina—, con el que Herodías aún seguía casada, era más que un pecado; era un abuso, pues sus sandalias hollaban las mismas piedras sobre las que David asentó la gloria de Israel.

Fue al desembarcar en Cesarea de Filipo, después de agradecer con desdén el frío recibimiento dispensado por la comisión del Sanedrín —que no ocultó su irritación ante el descaro de los amantes— y los obsequios de los representantes del prefecto romano para la que parecía su nueva esposa y para la hija de esta, cuando escuchó por vez primera hablar del Bautista. Según el delegado de su corte para los asuntos de la religión hebrea, el llamado Juan podía ser un nuevo enviado de Yahvé después de quinientos años sin mensajes del Cielo.

Aquella noche, desazonado por un pertinaz mareo de tierra, el tetrarca no se molestó en buscar a Herodías ni a sus concubinas. Iba y venía de sus aposentos a la terraza que se asomaba al puerto, tejiendo en su cabeza una obsesión: la de cautivar a aquel hombre misterioso para que le destapara lo que ocurría durante sus ausencias y para que le protegiera del fantasma de su padre, que de continuo lo atenazaba en terribles pesadillas. Además, Perea y Galilea eran territorios demasiado grandes para dominarlos a capricho. Qué mejor, entonces, que las sugerencias de un hombre tocado por el dedo del más allá e investido de poder para conocer el futuro. Desde que se ciñera la corona, Herodes no había hecho otra cosa que apagar el fuego de los judíos rebeldes, bandas de zelotes que después de atacar sus intereses se escondían en las montañas para reaparecer de improviso y saquear de nuevo a sus recaudadores y los depósitos

de armas.

Días después, en la litera que le conducía a Jerusalén, se lo confió a su amante, a quien contagió la misma ansia supersticiosa por aquel traductor de oráculos que se alimentaba de insectos. Planearon invitarlo a palacio y discutieron sobre los agasajos y promesas con los que podrían corromper su voluntad.

—Lo llevaremos a Roma, si es preciso —se le ocurrió a Herodías.

—¿Roma? —Antipas se hizo el sorprendido.

—¿Con qué otro lugar puede soñar un mago? —recostada en el palanquín, daba vueltas a sus sortijas—. Engáñalo —le pellizcó la barba con una risa arrogante—; que si pasará a formar parte del consejo de Tiberio; que si el césar lo cubrirá de oro; que si contribuirá a que estos secarrales pasen a ser la joya del Imperio… Y si resulta que ese tal Juan está comprometido con esta gentuza, hazle creer que su fortuna servirá para armar a todo un ejército de guerrilleros.

No le sorprendió que la comisión de autoridades hebreas hubiese propagado por todo Jerusalén el chisme de su nueva querida. Según le relataron sus informadores en el salón del trono, los miembros del Sanedrín habían convocado a la multitud en el Atrio del Templo con movimientos y gritos quebrados por un falso dolor.

—¡Cómo les gusta mesarse las barbas a mi costa! —gruñó en su sillón dorado—. Impostores… —pestañeó como una mujerona —. Como si yo me metiera a investigar con quién yacen.

Sabía que le consideraban un advenedizo. Pero lo que ahora los escandalizaba no era una cuestión de linajes sino la aparición de Herodías. Qué poco era un nuevo adulterio en la larga lista del rey. Tanto él como su padre nunca tuvieron empacho a la hora de exhibir su libertinaje.

—Los judíos cuchichean en los patios y por los laberintos de las calles malolientes —habló uno de sus hombres de confianza, nabateo de piel oscura.

—He tenido que venir a reinar en un país de comadres —. Se levantó del trono y se alisó las caídas de su brillante túnica—. ¡Malditos puercos!… Se pelean por sentarse a mi mesa para, en cuanto vuelven a sus ratoneras, soltar el vientre sobre mi nombre.

En corrillos, los habitantes de la Ciudad Santa comenzaron a escupir cada vez que alguien mentaba el terrible pecado del monarca, delito que pasó de boca a oído en el maremagno del bazar y por los alrededores del Templo de Salomón. Si de habitual los israelitas repudiaban las horrendas transgresiones

que se cometían en el interior del palacio, ahora aborrecían la desvergüenza con la que vivía aquel incesto.

—¡Malditos ingratos! —protestó al bajar los peldaños de su sede—. Me deben la belleza de estas torres y de los pináculos del Templo—. Alzó la cabeza, como si sus ojos pudieran atravesar las paredes para mirar de frente a la urbe. Sus obras estaban convirtiendo Jerusalén en una maravilla ante la que quedaban boquiabiertos los peregrinos que cada año llegaban de toda la diáspora.

4.

A pesar del mal estado de los caminos que subían hacia el norte, de los que se internaban hacia el sur, de los que buscaban los puertos de Joffa y Gaza y las villas a ambos lados del Mar Muerto, las caravanas de los comerciantes de sal, especias y telas no tardaron en difundir a los cuatro vientos el nuevo pecado del rey, que acrecentó la desafección por parte de los habitantes de Judea, Perea y Galilea, de los de las Decápolis y hasta la de sus medio compatriotas de Samaria.

Las aldeanas se sonrojaban al venir con el escándalo a los patios de vecindad y hubo quienes, en los atrios de las sinagogas, suplicaban venganza al Cielo. En las guaridas de los zelotes el conocimiento del incesto agitó a sus cabecillas, que encontraron una nueva razón para sus escaramuzas contra las patrullas de Antipas. También los que acudían a las riberas del Jordán en busca del Profeta **hablaban de la perversión del tetrarca. Aquella trasgresión se convirtió en motivo de apasionadas discusiones alrededor de las hogueras, pues el Bautista no siempre se encontraba en el río y eran muchos los que preferían dormir en descampado que regresar a Jerusalén, no fuese que tornara de mañana junto a sus discípulos.**

Las ausencias repentinas de Juan magnificaban su aura mística. Lejos de vanagloriarse con los efectos de sus sermones —capaces de provocar cambios radicales de conducta y lágrimas de contrición en hombres endurecidos—, aprovechaba la caída del sol para desaparecer por los ribazos y así frustrar el entusiasmo de quienes veían en él el cumplimiento de la promesa mesiánica.

Decían que se retiraba con los suyos a las cuevas abandonadas por los esenios, entre los áridos altozanos de Khirbet Qumran, donde lo habían visto elevarse sobre el suelo en temibles éxtasis en los que hablaba directamente con el Innombrable, igual que Moisés en el monte Horeb.

Podían transcurrir dos, tres y hasta cinco días antes de que regresara con fuerzas renovadas; la oración era el auténtico alimento del anacoreta.

Aunque no hizo demasiado caso a los enredos de los peregrinos, escuchó pacientemente a los primeros que lo envolvieron con exagerados mohínes. Se quitaban la palabra, procurando captar su atención con voces cada vez más encendidas.

—¡Un incesto público junto al Templo, maestro!

—Con su actitud da por oficial la transgresión de nuestra Ley.

—Se ríe de las autoridades, rabbí**.**

—Se ríe a la cara de los fariseos que acuden a palacio para advertirle de la cólera divina.

Juan los miró sin pronunciar palabra. Traía los labios cortados por el viento del sudeste y los ojos remarcados con ojeras.

—Y vosotros, ¿habéis examinado vuestra conciencia? —les preguntó—. No me mezcléis con asuntos de reyes ni con las interioridades de esos palacios por cuyos convites muchos perdéis la cabeza.

Un joven que les había observado desde cierta distancia, se abrió hueco a codazos.

—Déjate de conciencias y dinos si eres tú el Enviado —lo desafió—. Solo el Mesías podrá reventar la cabeza de Herodes.

Los peregrinos dejaron un espacio entre el Bautista y aquel descarado, que acababa de retirarse el manto para que todos vieran el arma que pendía de su cinturón.

—Nos basta tu asentimiento, rabbí**, para que en lo que va de luna a luna podamos juntar a más de trescientos hombres y ponerlos a tus órdenes.**

El joven aguardó con la sonrisa en suspenso, pero el Bautista no le respondió: miró hacia la orilla —en donde se congregaban los penitentes— y echó a caminar con la ayuda de su cayado. A pesar de que vestía una piel de camello; de sus pies descalzos y de las pantorrillas bañadas en polvo; del cabello apelotonado en mechones lanudos; de las cicatrices, costras y heridas propias de quien ha optado por un desprendimiento extremo; de su cuerpo enjuto y quemado por el sol emanaba tal dignidad que ninguno de aquellos insurrectos se atrevió a seguirlo.

5.

—¡Me repugna! —chilló—. Los ángeles somos los únicos con derecho a compartir tu intimidad porque te pertenecemos desde antes de la invención del tiempo. Mucho antes de que desgranaras este juego amargo, estábamos junto a ti —había perdido su confianza en Dios—. Entiéndeme, Señor… —salivó,

procurando apaciguar la vesania que quemaba su boca—. Goza de tus criaturas y regálales el majestuoso universo que acabamos de contemplar. Mejóraselo si quieres, y haz que toda la belleza gravite alrededor de esa mujer. Pero no te hagas uno de ellos. ¡Te lo suplico! —inclinó la cabeza—. No te abajes a pisar ese suelo que ensucian los excrementos de los animales y que descompone el moho.

—¿Cómo te atreves a hablar así? —. Fulguró la espada de Miguel— ¿Quién te crees para decirle a nuestro Señor cómo debería hacer las cosas?

Los ojos de Luzbel se inflamaron en llamaradas.

—¿Acaso no captas lo que pretende? —su otrora voz seráfica se le había transmutado en un habla bronca y pavorosa —. Yahvé encarnado en una criatura… ¿Has oído bien? Jehová **que ante los hombres silencia sus atributos divinos, como si le avergonzaran;** Elohim **que ciega su majestad para llegar a ese planeta diminuto del mismo modo que las bestias. Cae en la cuenta, Miguel, y comparte con los otros mensajeros que Dios nos está mintiendo.**

Miguel apoyó el filo de su espada en la garganta del Príncipe de los Arcángeles.

—¡Detente! —ordenó el Señor—. Voy a ofrecerle una oportunidad.

—No se la merece —dijo al bajar el arma.

—¿Oportunidad? —aquel que aún era el principal de los espíritus ya no se atrevía a izar la barbilla para dirigirse a las alturas—. Ni te la he pedido ni la quiero.

—Id a vuestros puestos –les conminó Yahvé con renovada solemnidad—. El momento ha llegado.

Cada uno de los arcángeles se distanció para capitanear sus milicias. En apenas un instante, los cuatro brazos armados habían rodeado la maternidad.

—Cuando fuisteis convocados desde todos los rincones de mi gloria, experimentasteis la libertad. Pero no la he diseñado para que solo vosotros la gustéis, ya que también será don de los hombres. Ahora conviene que, para que se cumplan mis designios, libremente os postréis en adoración al niño y veneréis a su madre, de la que os convertiré, mis cuatro arcángeles amados, en lacayos de sus deseos.

—Señor… —Luzbel quiso insistir en sus argumentos, pero al pronunciar el nombre de Dios le vino como una arcada.

—Las cohortes con las que os he dotado, en respuesta a vuestro asentimiento custodiarán a los hombres en el camino hacia mi abrazo —prosiguió, ignorando la llamada de Príncipe.

Miguel, Gabriel y Rafael, cada cual frente a sus tropas, entrecruzaron las manos sobre el pecho, clavaron las rodillas ante la mujer y su hijo, y con la frente rozaron los vuelos del vestido de la Emperatriz.

—Serviam**! –exclamaron a coro.**

Sus rostros, antes cristalinos, habían adquirido una suave coloración. Al ponerse ante los pies de la Señora fueron dignificados con una piel tejida de sanguíneos capilares que les dulcificó el semblante. En adelante serían tres hermosísimos adolescentes de cara plácida y una autoridad suprema en la mirada.

—¿Y tú? —preguntó Jehová **al primero de los arcángeles—. ¿No vas a arrodillarte?**

6.

Nada le importaba a Juan aquella monarquía (salvo por el daño causado a su pueblo desde que el césar nombrara a Herodes el Grande, procurador de Judea), pero no porque fuese ajeno a la realidad sino porque jamás atendía los requerimientos mundanos. La misión que Yahvé le había encomendado estaba muy por encima de las cuitas políticas y le exigía total dedicación. Por eso no se concedía ni una hora de descanso en aquellas jornadas en las que hablaba a las gentes con sabiduría impropia de un anacoreta, para asombro de los doctores y escribas que bajaban al valle ribereño dispuestos a verificar sus conocimientos de la Ley.

Después de exhortar acerca de la conversión del corazón, solía tomar asiento a la sombra de los tamarindos para escuchar las confesiones de quienes, al atardecer, iban a sumergirse en las aguas de un meandro para recibir el bautismo.

—Confía en que Adonai **te pueda perdonar —les comunicaba con gesto de alegría—. Vuelve a tu casa y no peques más.**

A diferencia de los líderes judíos que habían surgido y caído desde que Pompeyo conquistara la Ciudad Santa, el Bautista prescindía de discursos terrenales. Sus sermones descubrían el auténtico sentido de la raza y las obligaciones religiosas que conllevaba la pertenencia al Pueblo Elegido. Por eso sus labios nunca maldijeron la invasión del ejército romano.

—Por voluntad divina —gustaba recordarles—, sois hijos de Abrahán, los únicos hombres auténticamente libres a pesar de la vergonzosa esclavitud que padecieron nuestros padres, precio con el que Kyrios **se cobró la deslealtad de su Pueblo. ¿Por qué me tendéis una trampa para que juzgue a Herodes? ¡Juzgadlo vosotros!**

—¿Cómo? —. Uno de los que le habían venido con el chisme

del incesto se llevó las manos al corazón—. Solo tú tienes, rabbí, autoridad moral.

—Autoridad moral… —Juan respiró con fatiga—. ¿Acaso no sabéis que los príncipes de los sacerdotes y los saduceos cuentan con los soldados del rey para asegurarse el cobro de sus aparcerías?—. Se miraron entre ellos—. ¿Acaso no lo festejáis con lisonjas cada vez que viaja a Jerusalén? Oíd, oíd… —arrugó la frente y miró a derecha e izquierda—. Hasta aquí llegan vuestras loas por la belleza del Templo.

—Nos ofendes, maestro —se quejó el joven.

El Profeta se quedó unos instantes en silencio.

—Sin Herodes no habríais podido juntar el oro necesario para recuperar la antigua grandeza de la obra de Salomón.

—Es justo reconocer su altruismo —habló el que parecía más viejo.

—Tú lo has dicho —. El sol le daba de frente y los ojos apenas se le veían, ocultos por las cejas hirsutas—. Israel ahora puede competir en lujo y majestuosidad con la capital de Egipto, y eso os hace arrogantes —. Los señaló con el cayado—, porque nuestra gente sufre hambre y sed de justicia.

7.

Juan apenas era un niño cuando falleció el primero de los reyes idumeos, pero conocía bien el precio que pagaron los que aprovecharon el duelo oficial para amotinarse contra las milicias herodianas y los destacamentos romanos. Durante meses, la Ciudad Santa quedó envuelta en el hedor de los cadáveres que la soldadesca lanzaba al estercolero del valle de la Gehena. De Jerusalén a Betel, sembraron el camino de cadalsos; los matarifes no daban abasto para colgar de la cruz a los condenados —sin pruebas, casi todos ellos—.

Con la aquiescencia de Antipas, que a la muerte de su padre había sido coronado por Roma junto a sus hermanos, las aldeas de las cuatro provincias sufrieron el asalto de las legiones del gobernador de Siria. Bajo la excusa de apresar a los alborotadores, robaron ganados, el contenido de los silos, aperos de labranza, los pocos denarios ahorrados por las familias y los siclos custodiados en las sinagogas. También violaron a algunas mujeres antes de llevarse como esclavos a los habitantes de Sephoris.

8.

Luzbel dio unos pasos atrás para escapar de la calidez que desprendía la maternidad, empujando a sus huestes hacia un espacio de vapores foscos. Su faz había mutado: tenía la quijada pegada a la coraza que le protegía el busto y respiraba una

exhalación pesada y sibilante.

—Non serviam! **—degustó su rebeldía.**

Los espíritus que conformaban los batallones del principal de los arcángeles, intoxicados por una suerte de locura colectiva, fueron convulsionándose a medida que se transmitían —los unos a los otros— el veredicto de su paladín, del que inmediatamente se apropiaron. Arrebatados por aquella voluntad manifiesta que hicieron suya, introdujeron los dedos en los resaltes de sus armaduras, aullando procacidades al arrancárselas del cuerpo y lanzarlas contra las tropas fieles. En cuanto se quedaron desnudos, se precipitaron por la sima que la infidelidad de Lucifer había abierto en el Cielo. El bello equilibrio desaparecía para ellos ante la proyección de un tétrico infierno.

Miguel, Gabriel y Rafael contemplaron con espanto cómo los ojos del que había sido cabeza de las fuerzas angélicas eran dos agujeros que rezumaban hiel. La mandíbula se le había descolgado y de la boca le pendía una lengua larga, recubierta de pústulas y sajada en el extremo.

—¡No te serviré! —al vocear escupía gotas que ulceraban los cúmulos—. Ni en tu eternidad ni en el tiempo —era incapaz de disfrazar la animadversión que le consumía—. Nunca más volveré a llevar tus mensajes ni abanderaré a mis soldados en la exaltación de tu nombre. Has conseguido que deteste el calor y la luminiscencia, el equilibrio y las sinfonías que siempre te acompañan.

Despojado voluntariamente de todos sus privilegios, acababa de perder la capacidad de unión con los espíritus leales. Su cuerpo ya no irradiaba fulgor y aunque seguía cubierto de piel, esta era viscosa y fría. Manos y pies se le habían contraído, y entre los dedos se le amontonaban infectos abscesos que al reventar liberaban efluvios hediondos. Aquellas secreciones eran frutos envenenados de su rechazo a la voluntad amantísima del Omnipotente, consecuencia del odio que sentía hacia sí mismo por no querer arrepentirse. Se odiaba al igual que odiaba a sus ángeles, a los que llamó demonios a partir de entonces.

Belcebú, hundido en una insoportable perplejidad que le hacía comerse sus propias inmundicias (que no eran otras sino el aborrecimiento a las criaturas: espíritus alados, hombres y Naturaleza), abrió a zarpazos sus carnes negras para roer –como si fuese un hueso seco, sin tuétano— el uso perverso que había hecho de la libertad.

Si las cabezas de los tres arcángeles estaban nimbadas, del cráneo de Satán brotaron unas protuberancias ensortijadas como cornamenta de carnero, de las que sobresalió un pitón salpicado

de pequeños ojos que miraban hacia todas partes.

—¿Es este todo tu castigo? —alzó un brazo amenazador, embozado en postillas.

—Yo no te he hecho nada —Yahvé habló con reposo—. Eres tú, Lucifer, el que con tus sentimientos venenosos has comenzado a deformarte.

El Maligno abrió los senos de la nariz y se puso a olisquear con ruidos espumosos, como si hocicara.

—Puedo adivinar dónde está tu rostro, pero no te veo.

—Eres tú el que te has cosido los párpados, haciéndome invisible a tu corazón.

Su orgullo quedó herido, pues no podía contener el miedo ante el Manantial de Paz. Era un sentimiento nuevo y cercenador. Incapaz de rendir los estímulos de su cuerpo encogió los belfos y amenazó a ciegas, dando vueltas sobre sí mismo.

—Me río de ti y escupo a los pies de esa mujer.

Tampoco había tenido valor para nombrar a María.

9.

No sin poco esfuerzo, Antipas subió a una de las torretas de su palacio de Jerusalén. Dos sirvientes lo habían precedido con un escabel de ébano. Antes de que se dejara caer en el taburete, le colocaron mullidos almohadones de seda, y una vez recobró el ritmo de la respiración y se secó el sudor que le caía a chorretones por el cuello y la papada, les tendió los brazos para que le ayudaran a incorporarse.

—¿Dónde está? —preguntó, asomado a un hueco entre las almenas.

Ante él se extendían los techados —que marcaban el recorrido de calles y avenidas—, el verdor de los jardines, las copas de las acacias y algarrobos que flotaban por encima de los claustros, y los cipreses que acompañaban los tramos de las escalinatas que unían los distintos desniveles de la capital. Pasó sus ojos pequeños por las balaustradas, las terrazas y las columnatas de los soportales; las viviendas cúbicas, sin apenas vanos exteriores; el pináculo de la tumba de David; los contados tejados a dos aguas de las dependencias administrativas y los arcos de medio punto de las haciendas principales.

—A tu derecha, majestad —le indicó uno de sus chambelanes, llevándose la mano a los ojos a modo de visera.

Herodes se quitó la mitra bordada.

—Toma —se la entregó a un esclavo nubio.

De puntillas, recostó el vientre sobre la cañonera.

—Traedme el banquillo y colocádmelo bajo los pies —les pidió con dificultad—. ¿No os dais cuenta de que no logro sacar

la cabeza?

Con un leve temblor causado por el vértigo, se retrepó hasta que logró ponerse en pie, hincando los dedos en las junturas del remate defensivo.

—¿Por dónde me dijiste?

—Allí, majestad… —el chambelán señaló hacia el horizonte.

Antipas parpadeó, deseoso de hallar entre la calima la sierpe plateada del Jordán, pero las lomas se sucedían, cada vez más altas.

—¡No lo veo!

—Desde aquí no es posible verlo —tartamudeó su ayudante —. Estamos demasiado lejos.

Había pensado que en lo alto de su bastión descubriría el rincón fértil donde el Bautista ofrecía su servicio espiritual.

—Necesito encontrar al Profeta —dijo entre dientes cuando le ayudaron a bajar al matacán de la torre.

Al anochecer, una triada de jinetes partió del palacio. Herodías los observó por detrás de los cortinajes. Salomé se encontraba a su lado.

—Cuando el hechicero pase a nuestro servicio, se terminarán las murmuraciones —peinaba con los dedos la larga melena de su hija.

—¿Y si no quiere servir al tío?

La amante dejó de atusarla.

—Parece mentira que seas nieta e hija de monarcas. Los vasallos no tienen deseos; cumplen lo que se les ordena.

—Pero él es un brujo —la muchacha tomó la cortina para apretarla entre los puños—, y tú me has enseñado a temer a los magos: saben leer en el fondo del corazón y destapan nuestros pensamientos más secretos.

—Los que hemos conocido en Roma adoran a los diablos. Sanan a los enfermos por intervención de Baal, en cuyo nombre nos revelan el devenir de la fortuna. Pero el poder del Bautista es distinto.

—¿Por qué? —le abordó con la impertinencia propia de la juventud—. En la religión del único Dios también existen los infiernos. ¿No será ese hombre un enviado de Belcebú?

Herodías descansó la vista en las luces que iban prendiéndose junto a las puertas occidentales del Templo.

—¿Belcebú?… —sonrió con sarcasmo—. Según los soplones de tu tío, el Profeta solo habla del Dios que les entregó esta maldita tierra sembrada de rastrojos. No quiere formar un ejército ni recibir laureles. Tampoco pide dinero.

—Entonces, es un loco —concluyó la joven.

A Herodías, a quien sus agentes le habían informado acerca de las costumbres del asceta, le desconcertó que el Bautista hubiera expulsado a algunos de sus discípulos por haber aceptado una vasija de leche, un trozo de queso o unas monedas de los peregrinos como soborno por librarse del turno impuesto a la muchedumbre que deseaba poner su cabeza bajo las manos del santón. Juan no consentía obsequios de los dignatarios que le solicitaban entrevistas y que, de aquel modo, pretendían comprar su atención. Se negaba a recibir regalos como pago por sus servicios y jamás se sentaba en los corros que le invitaban a compartir un almuerzo.

Se sabía que el Profeta tenía el don de escoger a los penitentes que intuía más necesitados de consuelo, después de distribuir entre sus discípulos a los aristócratas que querían confesar sus infidelidades a la Ley.

—Ha pasado el tiempo en el que Kyrios asistía silencioso a nuestros delitos —repetía al pasearse entre los que se iban desnudando antes de entrar en las aguas para recibir el bautismo —. ¡Haced penitencia!—. Los neófitos se acuclillaban, conmovidos hasta las lágrimas—. Ganaos, con vuestra expiación, la Misericordia de lo Alto.

Poco antes de su detención se rasuró la cabeza. Aquel aspecto indecoroso fue la última exteriorización de su abandono. Sin cabello ni barba, aparecía por los cañaverales o surgía de las grutas como un demente.

Los peregrinos habían comenzado a dudar si era él a quien debían acudir, porque otro hombre con otros discípulos se había establecido también en el cauce del Jordán. Este no bautizaba sino que contemplaba desde la orilla las inmersiones que los suyos practicaban a los judíos arrepentidos. Crecieron los dimes y diretes acerca de los poderes que brotaban del nuevo rabbí. Se decía que algunos de los seguidores del Bautista habían desertado de sus filas, cautivados por los signos de aquel taumaturgo.

10.

Se figuró que el Creador actuaría ante su reniego sacrílego con un golpe de cólera. Por eso se encogió sobre las patas. Deseó que le aniquilara la ira del Cielo, ya que no descubría otra forma de acabar con su autodestrucción.

Esperó, esperó… para encontrarse solo con el silencio.

—Has sido un insensato al revelarme tus planes —el Príncipe de la Mentira volvió el rostro a todos los lados, por si lograba encararse con Él—. No me detendré hasta encontrar a la mujer encinta. Para entonces ella ya no será una imagen

proyectada desde tu deseo, sino una criatura viva —se carcajeó como una hiena y sus diablos aullaron con hambre.

—Has renunciado a comprenderme –le dijo Yahvé.

—Mis ejércitos prostituirán las cualidades con las que vas a premiar a Adán y sus descendientes —no se molestó en escucharle—. Actuarán en todo momento y por todos los rumbos para engañar a los que te has atrevido a titular herederos de tu Gloria. Ofuscados con apetencias deshonestas, los hombres comprarán el poder cualquiera que sea su precio. Mis secuaces también les echarán lazadas de envidia y codicia; les susurrarán para despertarles un juicio contaminado contra sus hermanos y les apegarán el corazón a todo lo caduco —con un exagerado movimiento de labios enfatizaba la retahíla de pecados—. Se les encapotarán los ojos a tu trascendencia: primero dudarán de que existas para después empezar a vivir como si no existieras. Muchos prescindirán de ti y tus Mandamientos; te olvidarán, transmitiendo ese vacío a sus hijos, a quienes el desconocimiento de lo divino los colocará a la altura de las bestias. Otros, los mejor dotados, pasarán del desprecio al odio —sus lacrimales derramaban cenizas—, y para entonces habremos descompensado la armonía de los sentidos en la especie humana. No les bastará el placer que has incorporado al amor y se volverán lujuriosos: la corruptela de la carne será una de mis mejores bazas. Sin equilibrio en sus afectos, se desbocarán en busca de gozos y riquezas con las que querrán enmudecer los sufrimientos que la vida traerá emparejados. En su voracidad por atesorar predios, ganados, joyas, esclavos y dinero, hallarán todo tipo de justificaciones para desatender el hambre de sus hermanos sin fortuna, excusas con las que harán razonable incluso el asesinato. Porque se matarán los unos a los otros —Satán pareció que se hacía cada vez más grande—. Y cuando los hombres, obra culmen de tu amor, estén ebrios de sangre, arrasarán pueblos enteros, decapitarán niños, abandonarán a los enfermos y fabricarán herramientas para deshacerse de los débiles ante la apatía de la muchedumbre. Desde el inicio al final de la Historia, hombres y mujeres se deslizarán por las sendas del pecado hasta llegar a mis infiernos. Construirán ídolos de barro y se inventarán supersticiones homicidas. ¡No pretendas colar por algún resquicio el resplandor de tu esperanza!… Será inicua ante la picadura de mi aguijón —guardaba las distancias, como un animal apaleado—. La libertad ha sido mi ruina, pero con Adán esa misma libertad será mi ardid. A partir del primero de los hombres, el empleo deshonesto de tu don generará en ellos una indolencia absoluta ante el amor con el que vas a crearlos. Los

verás avanzar, sin que puedas hacer nada, por el túnel de la perdición. Y una vez estén en mi guarida, los encerraré en una soledad irremediable. Abrasados por el azufre, maldecirán tu capricho por haberles traído a la vida—. Lanzó un coletazo.

Los demonios se mordían entre sí, como una rehala de perros que ansía el comienzo de la caza.

—¡Víbora!… —la palabra del Único vino a definirle—. Espérate antes de hablar y mide el alcance de tus amenazas.

—¡No nos vamos a esperar! —elevó la voz, distorsionada como dos metales oxidados que se friccionan—. Me enroscaré en uno de los árboles del vergel en el que vas a recibirlos, a la altura de los ojos de la primera mujer. Después de tentarla inyectaré un jugo deletéreo en las raíces del paraíso, que se irá inoculando siglo a siglo, enloqueciendo las leyes de la Naturaleza. Las nuevas generaciones nacerán con el alma corrupta y un cuerpo abocado a la muerte. Ellos —señaló a los demonios— se ocuparán de perderlos mientras rastreo cada centímetro del planeta, cada fracción del tiempo, en busca de esa mujer —señaló al lugar en donde creía que estaba la Emperatriz—. Cuando la descubra me agazaparé a su lado hasta el momento del parto. Entonces, con la crueldad del dragón, saltaré sobre el hijo de sus entrañas y se lo arrebataré de las manos—. Una risotada amarga voló por el paraje yermo—. ¡Sí!… Devoraré al Rey de Reyes antes de que sus pulmones se abran en una primera respiración. Me lo comeré a bocados, arrancaré su carne tierna y tronzaré sus huesos.

11.

Algunos fariseos aguardaban turno para confesar sus pecados, seguros de que el Profeta los eximiría a los ojos de la gente, pues solían alardear con la longitud de sus filacterias del cumplimiento escrupuloso de todos y cada uno de los mandatos de la Torá.

—¡Raza de víboras! —dio un fuerte empujón al escriba que se había sentado en una piedra junto a él, tirándolo al suelo—. ¿Es así como te presentas al tribunal del Señor?

—Nosotros no tenemos de qué pedir perdón —arguyó, acodándose para ponerse en pie y buscar la aprobación de los suyos.

Juan volvió el rostro impetuoso hacia los demás.

—¿Con qué derecho creéis que vais a escapar de la ira que está al caer?

—¿Cómo te atreves? —El intérprete de la Ley dejó de sacudirse el polvo de la túnica—. Nosotros somos los legítimos representantes de la Alianza.

Los fariseos habían acudido a socorrer a su hermano de

secta.

—Acabas de ofendernos, miserable —le acusó un anciano que lanzaba diminutos salivazos al hablar—. Tú, que los sábados no acudes a la sinagoga y eximes a estos desgraciados del cumplimiento de nuestras tradiciones, conduciéndoles a la perdición.

La gente observaba sobrecogida, también los discípulos del Bautista.

—¿Quién te crees que eres? —le señaló la mano temblorosa de un saduceo, líder de aquella comitiva—. Pordiosero del desierto… —. Se agachó y tomó una piedra—. Ha llegado la hora de acabar con esta parodia; solo nuestros ayunos y diezmos atraen el perdón de Adonai**.**

—¡Insultas a nuestros padres! —clamaron.

Voló el primer guijarro, pero el Bautista asentó los pies e irguió el torso.

—¿Y vosotros sois los hijos legítimos de Abrahán? —ironizó.

Los fariseos asintieron.

—Os aseguro que Elohim **puede hacer surgir de estas piedras nuevos hijos del patriarca.**

—¡Eso es una blasfemia! —exclamó el anciano.

—Te equivocas —subió al poyo en el que había estado escuchando las confesiones, para dirigirse a todo el pueblo—. No es la pureza de linaje lo que agrada al Señor, sino el deseo de aquellos que lo buscan con sinceridad.

—Pero, ¿qué dices? —uno hizo una mueca para significar que el anacoreta había perdido la cordura.

—Ya está el hacha preparada junto a la raíz de los árboles —prosiguió—. Y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego.

—¡Ay! Juan, hijo de Zacarías… —el saduceo negó con la cabeza—. Si tu padre estuviera aún entre nosotros, se avergonzaría de ti.

Aquel hombre no era el único que sospechaba que Zacarías nunca entendió la originalidad religiosa de su vástago, que por línea paterna y materna descendía del mismísimo rey David.

—Él sabía que estabas equivocado —habló con jactancia—; tus rarezas lo ultrajaban. Estaba convencido de que Kyrios **no se te podía haber manifestado de tan extravagante manera. Mírate —apretó la mandíbula al cuello, hinchándosele la barba rala y canosa, y redondeó los labios con engreimiento—. Ese aspecto, esa hediondez a bestia salvaje… Has abjurado de la nobleza de tu casa.**

—¡Meretz! —se entrometió uno de los escribas, como si

aquellas referencias a Zacarías le hubiesen resultado demasiado agraviantes.

—¡Quita! —le batió la mano antes de volver sobre el Bautista—. Podrías haber hecho una buena carrera en el servicio al Templo, pero tras morir tu padre, tu madre ejerció una influencia nefasta sobre ti.

Con frecuencia Juan traía a su oración la memoria de sus padres. Le sorprendía cómo muchos de los salmos que desde niño había invocado en la sinagoga se ajustaban al camino que Zacarías e Isabel habían recorrido juntos. Por un lado, el recelo de su progenitor ante aquella pasmosa embajada divina, que lo condujo a una mudez recuperada tras nueve meses de severa expiación. Por el otro, la paciencia con la que su madre había llevado tantos años de esterilidad, pues para una descendiente del linaje de Judá, de Isaías, de los monarcas de la antigua Canaán —David y Salomón—, cuyo útero albergaba la posibilidad de gestar al Salvador del pueblo, la sequedad evidenciaba el desafecto de Yahvé, una indignidad perenne ante las mujeres de la aldea que llenaban los hogares con los llantos y las risas de sus hijos.

El Bautista estaba convencido de que sus padres llevaron aquella prueba con aplomo, de que Zacarías aguantó con temple las rechiflas que, a su costa, hacían los pontífices del Templo, especialmente los saduceos, siempre dispuestos a reírle al Sumo Sacerdote los comentarios de mal gusto sobre sus contrincantes fariseos. No era el único, por supuesto, de los clérigos que no tenía descendencia; entre ellos se había entreverado cierta solidaridad en la adversidad, sobre todo cuando superaban los cuarenta años, edad en la que otros empezaban a presumir de una colección de nietos.

Todo cambió de forma sorprendente: Zacarías había bajado con Isabel a la Ciudad Santa porque a los sacerdotes del turno de Abías les correspondía, durante aquella semana, el honor de atender la liturgia en el Templo.

Los esposos se despidieron en las arcadas del Atrio de las Mujeres y Zacarías se reunió con los suyos en una de las salas del Santuario. Allí comenzó la concatenación de sorpresas: la primera (y no la menor) fue su elección para ofrecer el sacrificio perpetuo en el interior del Sanctasanctorum**. Como cualquier noble de aquella clase distinguida por el servicio a Yahvé, ansiaba el momento de aromatizar la pequeña estancia en la que era palpable —como en ningún otro lugar— la presencia del Único.**

Mientras le ayudaban a revestirse con una capa engastada

de perlas y a enrollarse un fajín escarlata, le palpitaron las sienes; le había llegado uno de los momentos cumbres de una vida con una única misión. Entre bisbiseos se lavó las manos en una ablución escrupulosa, con el corazón abandonado en aquella caricia divina que temió nunca fuese a corresponderle. Una vez situado para abrir el desfile sacro, se dejó colocar la diadema, con la que sintió la responsabilidad de los hombres escogidos por Yahvé.

Sonó el tañido que ponía a toda Sion en tensión, un eco metálico que interrumpía las conversaciones y detenía las transacciones de los cambistas y los vendedores de animales destinados a los sacrificios. Un silencio solemne empujó a Zacarías y a los sacerdotes, que llevaban las vasijas con las brasas y el incienso, hacia las escalinatas que ascendían al Santuario. El viejo avanzó con el cuerpo henchido de orgullo. En su imaginación iba conjeturando la reacción de Isabel cuando descubriera que era él el distinguido con la más excelsa de las honras. Debía saborear aquellos momentos, pues la ceremonia era breve.

Aspiró los perfumes con las aletas de la nariz completamente distendidas, abrió y cerró los ojos ante el portón de bronce y se gozó bajo el peso de aquellas enjoyadas vestimentas. Esperó a que se abrieran los goznes y se atrevió a elevar ligeramente los ojos para contemplar el arco por el que suspiraban los judíos repartidos a lo largo y ancho del mundo. Frente a sí tenía el pesado cortinón que custodiaba el habitáculo por el que cualquier miembro del pueblo del Dios de los Ejércitos estaría dispuesto a entregar hasta la última gota de su sangre.

El desfile procesional se detuvo. A indicación de un levita, Zacarías y los sacerdotes que le acompañaban pasaron al interior de la cámara. La luz se colaba por altos lucernarios, que creaban la ilusión óptica de un prodigioso rompimiento de gloria. Los sacerdotes depositaron las vasijas sobre un altar de mármol y regresaron afuera sin decir palabra ni dar la espalda al riquísimo velo que ocultaba la roca sobre la que reposaba Yahvé.

Zacarías, solo, aguardó un nuevo toque de las trompetas. Una lengua húmeda le bajaba por la columna hasta empaparle el fajín. Tenía mojadas las patillas y notaba la exudación que le colgaba de la sotabarba. Le temblaba el cuerpo; no debía derramar los granos de resina al echarlos sobre las brasas. A pesar de su rigidez, logró domeñar el pulso. Nunca pensó que se turbaría de tal manera al contemplar el Candelabro de Siete Brazos, que representaba la zarza en la que la Sabiduría se reveló a Moisés.

12.

—¡Maldita seas, serpiente, entre todas las criaturas! Te arrastrarás sobre el vientre, Satanás, y comerás polvo todos los días de tu existencia.

Lucifer escuchó aquella imprecación en la lejanía. Aunque ni él ni sus esbirros acertaban a calcular la distancia que los separaba de Yahvé, cada una de aquellas palabras les asaetó una flecha de hielo.

—¡Maldita seas, serpiente!

Cayó de bruces y se convulsionó sobre el barro mientras eructaba las más horrendas blasfemias.

—Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo. Aunque trates de buscarle el talón para herirla, ella será la que te aplaste la cabeza —prosiguió la maldición del Cielo—. Engañarás a los hombres, pero sus pecados provocarán en mi corazón un Amor todavía más fuerte.

Satán era un áspid rojizo que buscaba la manera de huir de aquel ciclón. Cuando lograba introducirse por alguna de las grietas que se habían abierto en las paredes del Infierno, serpenteaba por las junturas de las piedras para ir a salir, indefectiblemente, al mismo lugar.

—Llegará un día en el que los hombres, abrumados por mi Misericordia, bendecirán su terrible culpa, que será redimida a través de la fidelidad de María, que restregará en las ascuas lo que de tu sangre quede en la suela de su sandalia. Esa virgen será la puerta por la que entrará el derroche de todas mis Gracias.

En medio de una oscuridad absoluta, el reptil rompió a temblar.

13.

Lo vio junto a la roca. Había surgido detrás de la niebla de su ofrenda aromática. Fue tal su sobresalto que, sin querer, empujó las vasijas, que se hicieron añicos contra el suelo. El adolescente que relumbraba no había llegado a la sala junto a los tres sacerdotes, ni se encontraba en el Sanctasanctorum **cuando Zacarías descorrió el velo que ocultaba la Piedra Sagrada.**

Perdió la fuerza en las rodillas y cayó como un fardo, presa de un vértigo sobrenatural. Aturdido, apretó los párpados y se protegió la cabeza con los brazos. Sabía que aquella aparición venía de lo Alto, pero no entendía por qué el Cielo había escogido un testigo como él, un hombre apenas influyente, un anciano pobre y sin descendencia.

—No temas, Zacarías—. Al percibir la voz seráfica se llevó las manos a los oídos—, porque tu oración ha sido escuchada.

—Gabriel… —pronunciaron los labios de Juan—. La fuerza

de Dios.

—Ya está con sus alucinaciones —el anciano saduceo tornó la cabeza para buscar la connivencia de los suyos. Y como si fuese inútil continuar aquel desafío, abrió la mano para dejar caer el canto rodado antes de invitar a los infiltrados a marcharse con él.

El principal de los embajadores del Cielo se presentó ante el sacerdote para comunicarle que Yahvé juega otros tiempos frente a las urgencias de los hombres. Zacarías acababa de escuchar la buena nueva: iba a ser padre y la criatura traía un nombre.

«No es posible», se dijo, sumido en una temblequera ingobernable, como si no reconociera los años de oraciones junto a Isabel, cuando recordaban aquellos pasajes de la Biblia en los que algunas mujeres mayores habían sido bendecidas con semejante merced. Pero a partir de que le desapareciera el ciclo, Zacarías consideró que porfiar era inútil. Si persistió en la oración, se debió a la fuerza de la costumbre, a la terquedad de su esposa y a la frecuencia de los sueños en los que acunaba a un bebé circuncidado. Cuando en la sinagoga del pueblo la cabeza se le iba de sus negocios —la huerta, los labrantíos…— a la aspiración de una relación marital fructífera, se ruborizaba por pretender la fecundidad de su vieja esposa.

«Si Isabel muere, me volveré a casar», había llegado a cavilar con los ojos distraídos en los mosaicos que decoraban la sinagoga.

Pero al instante le dominaba el remordimiento, pues su mujer no se merecía semejante niñería.

Los ministros que habían portado las vasijas se miraron con extrañeza: había transcurrido tiempo más que suficiente para que el sacerdote hubiera incensado el altar, pero el velo no se había movido ni vieron el dorso de la capa avanzar hacia ellos desde la penumbra.

—¡Zacarías! —le llamaron, sin obtener respuesta.

Se elevaron los murmullos en el Atrio de los Sacerdotes. Muchos se incorporaron, provocando la inquietud de los fieles que velaban en el patio de Israel. Entre las mujeres, ocultas detrás de las celosías, se organizó una batahola que puso a Isabel en un aprieto. Tenía el pálpito de que algo grave había sucedido en el Sanctasanctorum**: tal vez su esposo se había derrumbado a causa del peso y el calor de los hábitos: habría perdido el sentido o sufrido un dolor en el pecho; no hacía muchos meses, unas palpitaciones lo postraron en cama.**

Se aquietó el barullo cuando, al fin, se movió el cortinón. El sacerdote apareció tambaleándose, con la capa desencajada sobre

los hombros. Se llevaba insistentemente las manos a la garganta y un centelleo en las mejillas probaba que había llorado. Cuando sus asistentes fueron a auxiliarle advirtieron que había perdido el habla. Zacarías tornaba la cabeza hacia el Santo de los santos y, nuevamente, rompía a sollozar, lo que dio pie a que se propagara que acababa de tener una visión. Él no quiso corroborarlo, ni siquiera al Sumo Sacerdote, a quien le carcomía la curiosidad. Solo en la intimidad de su hogar y ante Isabel osó confesar, ayudándose de un punzón y una tablilla, la presencia del arcángel y lo asombroso de sus palabras.

Los vecinos creyeron que Juan era una criatura adoptada por el longevo matrimonio, fruto de una relación adúltera por parte de cualquiera de los aparceros que cultivaban las tierras de Zacarías en la lejana Galilea. Un gesto de caridad, en suma, que venía a confortar a los esposos infértiles. Solo unos pocos sacerdotes, a los que el anciano permitió que les visitaran durante los últimos meses del embarazo de Isabel (que permanecía oculta a ojos de la gente), se conmovieron ante la Misericordia de Dios y se preguntaban por la misión que traía aquel pequeño.

Siete días después del parto, Zacarías abrió las puertas de su casa a los parientes cercanos y a los compañeros del turno de Abías. Cenaron las preceptivas legumbres en honor al retoño que, en cuestión de horas, iba a formar parte de aquella raza que estaba por encima de las demás razas, y hasta la media noche recitaron salmos y repasaron costumbres recogidas en el Talmud. Al día siguiente el matrimonio llevó al niño a la sinagoga. Cuando el mohel pregonó el nombre de Zacarías para aquel primogénito, Isabel alzó la voz desde el portal.

—¡Se llamará Juan!

El rabino detuvo la mano del cirujano.

—¿Juan?

El padre hizo una seña de asenso.

—Pero, Zacarías… No hay nadie en tu familia que se llame así.

El anciano solicitó una tablilla de cera y grabó con precipitación:

«Juan es su nombre».

—Sea —el rabino, extrañado, alzó los hombros, devolviéndole al mohel todo el protagonismo.

Iba este a tomar la piedra cortante cuando escucharon un estertor. Era Zacarías, al que se le había desatado la lengua.

—Puedo hablar… ¡Puedo hablar!

Los presentes se apartaron, sobresaltados.

—¡Milagro! —se atrevió a proclamar el maestro de la sinagoga.

—¡Milagro! ¡Milagro!… —corearon desde el interior hasta la calle.

Cuando al mohel **se le mancharon los dedos de sangre, Zacarías apretó al niño contra su pecho. Le caían unos lagrimones que rompieron sobre el rostro de Juan, que gemía de dolor.**

—Isabel… —la convocó.

Pero a su esposa aún le faltaban unas semanas para recuperar la pureza legal, y no debía pasar de la galería.

—Isabel… —el anciano salió y le tendió al bebé para que lo calmase—. ¡Bendito sea el Señor, Dios de Israel!

—¡Es un milagro! —seguían declarando el rabino y los diez testigos de la circuncisión.

De nuevo en casa y ante sus invitados, Zacarías describió el proceso que había experimentado durante aquellos nueve meses de silencio. Dijo haber comprendido que la venida del Mesías estaba pronta y que con él finalizaría la opresión de Roma y de sus reyezuelos. Canaán volvería a ser libre en cumplimiento del juramento que Yahvé le hizo a Abrahán, pero los judíos ya no ambicionarían el poder mundano sino que servirían a Kyrios **con santidad y justicia.**

Se puso en pie para tomar al bebé y lo alzó con sus brazos entecos.

—Observadlo bien —la voz se le entrecortaba—. A mi hijo le llamarán Profeta del Altísimo. Él irá delante del Señor a preparar sus caminos —fue dando vueltas sobre sí mismo para que todos pudiesen apreciar los rasgos de la criatura—, enseñando a su pueblo la salvación para el perdón de sus pecados. Gracias a las entrañas de Misericordia de nuestro Dios, el Sol naciente nos visitará desde lo alto para iluminar a los que yacen en tinieblas y en sombras de muerte, y para guiar nuestros pasos por el camino de la paz.

No tardó Zacarías en perder la memoria. Ya no salía de casa para visitar sus bancales ni se sentaba a ordeñar las cabras. Las horas se le iban en el patio comunal. A quien se acercaba a la aldea para encontrarse con el último hebreo al que se le habían abierto los Cielos, le ofrecía una cándida sonrisa. Era incapaz de recordar quién era o cómo había llegado el niño que, a su lado, jugueteaba con un cachorro o lanzaba tabas al aire.

14.

Entre las mercedes concedidas al prisionero, Herodes permitió el libre acceso de sus discípulos. Cuando los carceleros se hicieron

con sus rostros y sus nombres, pudieron entrar y salir de las mazmorras según les conviniera. Le traían leche de camella, langostas y larvas atrapadas en los sembrados y desecadas al sol, miel, dátiles y otros frutos silvestres, que eran el alimento al que Juan estaba acostumbrado. Uno de ellos, además, tenía licencia para portar una cuchilla con la que, una vez por semana, rasuraba la cabeza de su rabbí. Pero no eran solo cosas materiales las que depositaban a sus pies: también el amor de los catecúmenos que aguardaban con impaciencia su vuelta a las aguas del Jordán y el de tantos varones que habían cambiado su forma de actuar después de recibir el bautismo.

El Bautista agradecía aquellos testimonios antes de enviar de vuelta a los suyos con recados para personas concretas ganadas para la causa del Señor, con ánimos para que mejoraran la conducta en detalles que sus discípulos habían pasado por alto y que a Juan se le revelaban durante las largas horas que pasaba orando. No le fatigaba repetirles que debían apagar cualquier anhelo de sedición.

—Aclaradles que yo no soy el Elegido.

—Maestro… —suplicó un discípulo.

—Vamos, no te aflijas —estaba sentado sobre el forraje que acolchaba la celda, con las rodillas abrazadas—. Muchas veces os he anunciado que está a punto de aparecer alguien más poderoso que yo. Pues bien: ya está aquí, y ante él soy menos que un esclavo.

—No digas eso —le imploró otro de los suyos—. Muchos creen que eres la reencarnación del rey David.

El asceta le echó una mirada desaprobatoria.

—¿Cómo reconoceremos al enviado? —preguntó el tercero de sus prosélitos que había bajado a las mazmorras.

—Convirtiendo vuestros corazones —dio un suspiro y enterró el rostro entre las piernas—. Si yo no soy digno siquiera de desatarle las sandalias, ¿qué tendréis que hacer vosotros para probarle vuestra fidelidad?

Les anunció que aquel personaje traía un nuevo bautismo, esta vez el definitivo:

—Con el agua, el alma de los hombres quedará empapada por el Espíritu de lo alto, que soplará para barrer hasta la ceniza de la más pequeña de vuestras faltas.

El transcurso de los meses había acostumbrado a sus discípulos al ir y venir desde el valle del Jordán hasta la aridez de la frontera con el país de los nabateos; al constante subir y bajar desde su campamento hasta el baluarte de Herodes. No aceptaban que aquel hombre santo, al que por semanas

encontraban cada vez más consumido, fuese como un pabilo a punto de extinguirse. Por eso solicitaron audiencia con el monarca, pero Antipas y sus cortesanos no siempre se encontraban en Maqueronte. El rey viajaba para que los funcionarios de su corte le dieran cuentas de los tributos que llenaban y vaciaban las arcas, al ritmo que el tetrarca realizaba los pagos correspondientes a la culminación de las obras de su difunto padre y aquellas con las que él también ansiaba pasar a la posteridad.

Su cortejo regresó encabezado por un manípulo de exóticos soldados. Caballos y dromedarios rodeaban los palanquines en los que viajaban Antipas y su amante, la hija de esta y los correspondientes a los ministros reales. Detrás, unas cuantas jaulas tiradas por bueyes traían fieras, a las que seguía un rebaño de ovejas con la marca del rey, carros que rebosaban exquisitas viandas, el abultado ropero del monarca, el arcón de sus joyas y las tiendas para las acampadas nocturnas. Algo separadas viajaban las amistades convidadas al próximo jolgorio, los cocineros, cómicos, malabaristas, adivinadores y un carromato con rejillas que ocultaban a los puritanos habitantes de Palestina —que era el nuevo nombre que los romanos le habían dado a aquel rincón de su provincia de Siria— los efebos y prostitutas de la corona.

Al arribar a la fortaleza, nadie osó perturbarle con la cantinela de los discípulos de Juan. Que Antipas hubiese concedido al recluso la gracia de recibir visitas, no autorizaba a sus prosélitos a venir a molestarle, aunque los meses hubieran pasado sin que terminara de concretar una fecha para su sentencia. A falta de un delito cerciorado por testigos, los discípulos del Profeta entendían que el tetrarca terminaría por resolver en beneficio del Bautista aquel injusto confinamiento, aunque no se les escapaba la naturaleza malvada de Herodes ni los incontables crímenes de los que era responsable.

Antes del amanecer llegó al refugio del pueblo uno de los acólitos adoctrinado por Juan en los primeros compases de su misión. Había viajado a lo largo de toda la noche, pero se negó a descansar para recuperar fuerzas. Apenas se lavó el polvo del camino y calmó su sed, se unió a los dos discípulos a quienes tocaba el reemplazo en la mazmorra.

—Rabbí, aquel al que bautizaste ha conquistado a dos de los pescadores del Tiberiades —le soltó a bocajarro al hijo de Zacarías, después de un saludo que ni siquiera resultó cortés—. Andrés y su hermano ya no quieren seguir con nosotros.

El Bautista se encontraba en lo más profundo de la celda.

Hacía días que le dolían las articulaciones y apenas se sostenía en pie.

—No le vengas con chismes —se le plantó uno de sus compañeros—. ¿Es que no ves cómo se encuentra?

—Herodes lo acosa para que participe en su fiesta de cumpleaños —le informó el otro—. Baja personalmente, dos y hasta tres veces al día, pasa al interior del calabozo y le ofrece todo tipo de beneficios.

—¿Beneficios? —el recién llegado creyó que por fin iba a ser liberado.

—Primero fueron joyas que se traía en los bolsillos del manto —no quiso impedir una triste sonrisa—. Después le habló de una remesa de armas para nosotros.

—Y por fin se aventuró a decirle que lo iba a sacar de este agujero para subirle a las dependencias de sus oficiales, donde podría bañarse con aguas perfumadas después de que le quitaran los piojos y le pusieran ungüentos sobre las picaduras de las chinches. Según el rey, quemarían sus pieles y le entregarían una colección de preciosas túnicas —inspiró—. Allí podría dormir sobre una estera de juncos.

—Supongo que será a cambio de algo —conjeturó el favorito.

—¡Por supuesto! —contestaron al unísono—. Arde porque el rabbí haga números de magia ante sus invitados.

Oír aquello produjo en el visitante una honda frustración.

—Dejaos de cháchara —balbuceó Juan, que hizo el esfuerzo para buscar apoyo en los salientes de la pared, pero apenas logró moverse.

—¿Te das cuenta? —el viajero se adentró en la mazmorra y le ayudó a incorporarse. Entonces descubrió que le habían cerrado unos grilletes en los tobillos—. Todo el mundo está confundido: Herodes piensa que eres un ilusionista y los tuyos se marchan detrás de un nuevo profeta.

—No me digas —faltó emoción en sus palabras.

—Es lo que les ha ocurrido a Andrés y Juan —. Se quedaron en silencio—. Al menos, podrías darnos alguna instrucción, por saber a qué atenernos —miró fijamente al maestro, que parecía un agonizante, un esqueleto recubierto de pellejo al que le costaba respirar.

—Él debe crecer y yo disminuir —pronunció en un tono apenas audible.

—¿De quién hablas?

Cerró los párpados. Le abrasaban los ojos y tenía la lengua hinchada. Necesitaba un sueño largo y profundo, pero había

perdido la capacidad de dormir.

—Os hablo de Jesús, el galileo.

15.

De zagal se sentaba junto a su madre para deshojar el rosario de enigmas que le habían acompañado desde el mismo prólogo de su concepción. Sabía de una notoria vinculación entre la visión de Zacarías en el interior del Sanctasanctorum y el viaje a la aldea de unos familiares lejanos provenientes de Nazaret, una villa del país de los galileos, del que se mofaban en Judea con numerosos chistes a cuenta de su burdo acento y las toscas maneras que les habían contagiado los gentiles.

Isabel le contó que aquellos primos de primos poseían un telar. Una vez al año se unían a las compañías que traían quincalla desde Damasco e Iturea, para venderla por las distintas poblaciones de Judea y saldar el género sobrante en los bazares de Jerusalén. Quiso el destino que aquella primavera los parientes lejanos desplegaran su modesto puesto en la plazuela de la aldea de montaña y supieran de la mudez del sacerdote, de cuyo entronque era posible que se pavonearan, pues en las tierras del norte apenas nadie podía presumir de tener lazos de sangre con la aristocracia.

—Con la caravana vino una chiquilla que ya estaba desposada.

—Habías soñado con ella —Juan volvió al detalle sobre aquella historia bien conocida.

Los ojos de Isabel relampaguearon.

—Fue más que un sueño, Culebrilla. Se me había repetido noche tras noche, como un augurio. Más aún, como si estuviera llamado a formar parte de los sueños memorables de la Escritura Santa, pues al despertar me sentía renovada.

En su sueño tomaba imagen aquella muchacha que, sin dejar de ser doncella, se encontraba también encinta.

—Doncella encinta… —saboreaban los labios de Juan el oxímoron.

Isabel, en la profundidad de su letargo, la veía de camino rodeada por la algarabía de los comerciantes. Junto al resto de las mujeres de aquella partida de buhoneros, la chiquilla se ocupaba de las labores más ingratas: cepillar y alimentar a las bestias; cocer el pan y las verduras; remendar las lonas rotas; salir en busca de agua; atender a los niños, y montar y desmontar los puestos.

—Cuando se asentaron en los prados comunales, se me reveló que el arcángel Gabriel también se le había presentado, seis meses después de que se le apareciera a tu padre. El

mensajero de Jehová **le dio a conocer tu concepción; le habló de mí —se tapó la risa con el velo—. Me llamó estéril… ¡Anciana!**

—Te conocen bien en los Cielos —le encareció el chico.

—Me devanaba los sesos dándole vueltas a quién podría ser la criatura que portaba en su seno. No lo olvides: ¡se trataba de una mujer virgen y a la vez preñada! Un prodigio infinitamente más portentoso que la bendición de Adonai **sobre mi vientre. Por los signos de mis sueños, ¿acaso podía dudar de que no fuera el nuevo Rey? Si María, que así se llama la sobrina lejana de tu padre…**

—¿Crees que aún no me he aprendido su nombre? —jugó a impacientarse.

Isabel le dio un leve tirón de flequillo.

—Insisto, cabezota: si María estaba embarazada del Salvador y en su concepción no había participado hombre alguno, es que es madre de nuestro Señor.

—Eso es demasiado atrevido, madre.

Zacarías, en su mudez sobrevenida, animó a su esposa a que saliera de casa para distraerse con los puestos de telas, las balas de lana, las tinturas, las piedras falsas y los cristales de color, así como con los utensilios para el hogar y para el campo. Pero Isabel no estaba dispuesta a romper su voto de permanecer oculta hasta después del parto, por mucho que ansiara un encuentro con la doncella. Encerrada entre cuatro paredes la carcomían las dudas. No se atrevía a enviar a su criada a los pastos comunales, por miedo a que la sirvienta no fuese capaz de encontrar a la muchachita encinta y, por torpeza en sus indagaciones, hiciera correr la sospecha de que, a escondidas, una de las mujeres de los tenderos había concebido a su primer hijo.

—¡Tonta de mí! —se rio—. Fue María la que salió a buscar nuestra casa.

Juan se había llevado una brizna de hierba a los dientes.

—Qué débil es nuestra fe —pensó ella en voz alta.

Su madre siempre narraba aquel suceso como si fuera la primera vez:

—Para husmear por los dinteles de la villa, utilizó el pretexto de que necesitaba un haz de leña y unas cuerdas. El Cielo le pedía que confirmase en mi embarazo el milagro que el Espíritu había obrado en ella. Porque también ella soñó, Culebrilla**. Me reveló que, dormida, habían cobrado cuerpo nuestra aldea, el rostro de esta vieja tonta —se dejó resbalar el envés de sus dedos por los carrillos— y las barbas del descreído de tu padre.**

—Y brinqué.

—No te lo tomes a broma —hizo un esfuerzo por recomponer la dignidad de las cosas santas.

Aunque hacía semanas que notaba en su vientre los movimientos del feto, nada más encontrarse con la doncella el niño saltó como si lo hubiesen quemado. Nunca se atrevió a confiarle a Juan una atrevida suposición:

«En ese instante se le borró el pecado de nuestros primeros padres». Una felicidad secular le apretaba la garganta cuando miraba el fondo de los ojos de su hijo. «Pero no por Gracia de María, sino de la criatura que ella llevaba dentro».

María se ofreció a atenderla durante los meses que faltaban para el alumbramiento de Juan.

—Ruégale a Zacarías que negocie con mi padre —. Hacía años que había fallecido Ana, su madre—. Necesita dinero, Isabel, que son muchas nuestras deudas.

Dadas las exiguas ventas, la muchacha le confesó las dificultades que tendrían que pasar para pagar a los proveedores de lana, algodón, lino y pigmentos. En Nazaret tenían la tinaja del grano a medio llenar y la alcuza casi vacía. Por eso no le costó al viejo sacerdote cerrar un trato con Joaquín: permanecerían en la casa de aquellos parientes hasta después del verano.

—En otoño regresaron a Nazaret con otra compañía que se dirigía al norte —concluyó Isabel—. Hacía semanas que les esperaban para celebrar la fiesta del matrimonio de María con un artesano.

A Juan le gustaba recrear a la doncella. ¿Cómo sería? Porque el retrato que de ella hacía Isabel era difuso. Por aquel tiempo ya no veía ni para enhebrar una aguja ni para reconocer el andar de sus vecinos.

¿Habría tenido María hijos con aquel albañil?… Yahvé les pudo haber honrado con una familia numerosa. O quizás el niño prodigioso fue único, como él, que no conoció el regocijo de los hermanos. De haber sido así, ¿tendría amigos?… Porque el Bautista no disfrutó de la amistad de los pequeños de la aldea, que lo menospreciaban por haber venido al mundo cuando sus padres carecían de fuerzas para criarle. Para colmo, Juan atraía las visitas de tipos preguntones que miraban a los aldeanos con altivez desde sus monturas. En los hogares de Ain Karim se liberaban todo tipo de cuchicheos en cuanto los hombres echaban el portón. Los hijos escuchaban atentos y retenían las palabras que podían hacerle más daño.

Cuando le impedían participar en sus juegos, el muchacho

vagaba por la ladera o descendía a través de las cañadas del ganado hasta un puente. Le gustaba sentarse en el pretil con las piernas colgando sobre el agua y poner su atención en la corriente, mientras pensaba cómo sería el rostro de María y el de su hijo, que tenía su edad y se llamaba Jesús. Como él, también había nacido con un nombre impuesto por el arcángel.

–Jesús… —lanzaba piedritas al curso del río—. Jesús quiere decir Yahvé es salvación… Yahvé nos salva… Dios con nosotros…

Se preguntaba dónde vivirían. Tal vez beberían de aquella misma agua, unos kilómetros al oeste, o quizás el esposo de María habría encontrado un empleo en Jerusalén. De no ser así, ¿continuarían en aquella ciudad de Galilea o se habrían marchado con los comerciantes a los países del Oriente? Cabía cualquier posibilidad, porque ni Isabel ni Zacarías habían vuelto a tener noticias de María ni de Joaquín, su padre. Y aunque su madre siempre añoró la compañía de aquella muchacha rebosante de dulzura, estaba convencida de que la mano del Omnipotente la protegía, viviera donde viviese.

—Llegará el día en el que Jesús saldrá a tu encuentro, Culebrilla —balbució Isabel antes de entrar en agonía—. Para entonces, los dos seréis hombres y podréis cumplir la misión que Kyrios ha escrito en vuestro destino—. Juan le sostenía la cabeza y con los dedos mojados en agua refrescaba su boca—. Espérale, hijo mío… María me hizo saber que con Jesús ha llegado el tiempo en el que se manifestarán las obras del Todopoderoso.

Procuró que guardara silencio, pues se asfixiaba. Además, conocía de memoria aquellas premoniciones: frases sueltas atrapadas al vuelo por Isabel durante las conversaciones que habían mantenido a lo largo de aquellos cinco meses en los que su sobrina no se despegó de ella.

—Ambos llegaréis a ver la caída de los poderosos —la anciana apenas lograba ensanchar el esternón para tomar aire—, la dispersión de los malvados. Junto a los pobres y a los sometidos, seréis agasajados con todas las maravillas que han surgido de las manos de Adonai.

La enterró en el mismo hueco en el que años antes había tapiado a Zacarías. Apenas lloró, para escándalo de las autoridades de la aldea y de las plañideras y los flautistas, a los que despidió sin entregarles propina. Esa misma tarde mandó recado a los aparceros. Les regaló los títulos de las tierras y los ganados, pero no permitió que le besaran las manos, en cuyos dedos nunca habían brillado las sortijas del viejo pontífice. Y una madrugada, antes de que rompieran a cantar las alondras, abandonó la aldea sin molestarse en cerrar la puerta de su casa.

Supo que los vecinos se pelearon por el ajuar: unos querían los ropajes litúrgicos de Zacarías; otros, los muebles y cachivaches de Isabel; algunos, el manto y las túnicas de Juan.

—Enloqueció —contaban—. Se desprendió de sus riquezas y se marchó desnudo, para vivir como los zorros.

No tardaron en escuchar historias acerca de un hombre solitario que vestía una piel de camello, comía insectos y vagaba por la margen del Mar Muerto próxima a las cuevas de Khirbet Qumran.

El Profeta **pasó una temporada en el monasterio de los esenios y abrazó, como ellos, el celibato (quienes lo conocían no lograban explicarse por qué había renunciado a transmitir el legado de David) y el amor por la penitencia. Pero las supersticiones de los monjes y su desapego a las ceremonias del Templo terminaron por desencantarle.**

16.

Los judíos principales de la ciudadela se sintieron agraviados al ver pasar un toro destinado al aniversario de Antipas. A pesar del terror que les despertaba el rey, algunos se atrevieron a salir a la avenida para escupir sobre la testa de la bestia, que iba adornada con pinturas, collares de flores y guirnaldas. Era notorio el insulto: aquel animal cebado evocaba al novillo de oro con el que sus padres traicionaron a Yahvé en el desierto. Iracundos, no se molestaron en enviar a la fortaleza una embajada de felicitación y el sábado anterior a la fiesta dieron instrucciones en la sinagoga: que puertas y ventanas se cerraran al paso de los invitados y que los niños no corretearan detrás de las columnas de soldados que acompañarían a los hermanos del tetrarca y a los cónsules de Roma.

A Herodes le divirtió atizar el fuego: envió a sus brigadas para que se apropiaran de huevos, pollos y patos; para que mataran, con la excusa de que interrumpían su descanso, cuantos gallos hubiera en los gallineros.

Las aves de corral se unieron a las silvestres que, junto a sus mandos, el monarca cazó con rapaces adiestradas. La abundancia de agua y el verdor de los cañaverales habían traído a los alrededores de Maqueronte bandadas de ánades y perdices. Además, todo tipo de pajaritos cayeron en las redes que extendieron de árbol a árbol, y los morrales de sus tramperos se abultaron de liebres y conejos. De los puertos de mar llegaron cargamentos con arenques ahumados y pescados de roca; de Semak y Kursi, carpas fileteadas y cajones con sardinillas de agua dulce; de las fértiles tierras de Galilea, coloridos cajones de frutas y flores; dulcísimos dátiles desde el valle del Jordán…

Herodías confeccionó un menú tan profuso que los convidados podrían elegir a su antojo hasta hartarse. Bandejas, pucheros, cuencos y platos darían coba a los gustos más refinados y a las prohibiciones religiosas. Durante días, junto a las cuadras, los matarifes destazaron cerdos, potros y bóvidos, que llenaron el patio de bramidos y de un olor a sangre y entrañas.

Aquel tufo le provocaba arcadas al Bautista, pero apenas conseguía vomitar un manchurrón de bilis.

—¿Te desagrada? —Antipas se frotó las manos embutidas en alhajas—. Tiempo al tiempo… Cuando por Maqueronte flote el perfume de los asados, te reconciliarás con la carne.

Juan escudriñó el suelo.

—Comeréis hasta el empacho, beberéis hasta perder el sentido, pero no alabaréis al Todopoderoso por sus bienes.

Sus discípulos se habían marchado de la mazmorra cuando los lacayos anunciaron la visita del rey.

—Ya sabes lo que pienso de tu Dios.

—Mejor, pregúntate qué piensa Él de ti.

—No pretendas inquietarme —le colgaba el labio como belfo—. Te traigo tu última oportunidad, Profeta.

—Conoces mi respuesta.

El idumeo apretó los puños y se le enrojeció el rostro.

—¿Acaso no merezco deferencia por tu parte? —alzó una voz estridente—. ¿Es que no he mostrado contigo unos signos de clemencia que desconocen todos mis presos?… ¿Y así me lo vas a pagar?

—Nunca te he solicitado piedad.

—¡Puedo ordenar que te ajusticien en este mismo momento! —le temblaba el rostro.

—¿Ajusticiarme? ¿Qué sabes tú de justicia si ignoras de dónde te viene el poder?

—De la realeza de mi cuna —pronunció con petulancia. El hijo de Isabel y Zacarías guardó silencio—. ¿Ya te has convencido? —le preguntó, ajustándose el broche con el que se sujetaba una túnica damasquinada.

—Esa realeza de la que presumes está podrida.

—¿Cómo te atreves? —se balanceó, echando el peso del cuerpo hacia delante.

—¿Cuántos son los ultrajes que tú y los de tu casa habéis causado a los hijos de Abrahán?… Jehová convertirá la sangre derramada por las espadas de tus alguaciles en consolación y gloria de vuestras víctimas —. El idumeo reculó, incapaz de replicarle—. Crees tenerlo todo, Antipas, porque te ciegan el

desencanto, la ambición y la lujuria.

—No me vengas otra vez con esas —resopló como un caballo.

—Herodías no te pertenece —le reprobó—. ¡Es la mujer de tu hermano!… Cada vez que yacéis, se enciende la cólera de Yahvé.

El tetrarca tomó ímpetu y estrelló su mano abierta en la mejilla del preso, que se derrumbó.

—Estás advertido —le pisó la cabeza—. Si cuando vengan mis ordenanzas a buscarte te niegas a hacer tus embrujos ante mis invitados, los verdugos darán buena cuenta de ti.

—Te falta valor para matarme —le dijo sin asomo de aflicción.

Herodes sintió un estremecimiento.

—No me pongas a prueba.

—Te reconcome el miedo porque sabes que el Señor derrama en mí todo su cuidado; que frente a Adonai **eres menos que una hormiga; que vendrá un día en el que morirás devorado por los gusanos.**

Antipas levantó el pie y salió presto.

—Jesús… —musitó Juan sin erguirse. Algunas hebras de paja se le habían pegado a la boca—. Mi Jesús…

17.

Lo conoció poco antes de su detención. Vino solo desde Nazaret, montado sobre un pollino, y tomó asiento entre el gentío, como uno más, para escuchar la prédica y después sumar su voz a la incoación de salmos e himnos.

—Eres altavoz de mi Padre —llegó a decirle el hijo de María.

Cuando el sol llegó a su cénit, se puso en la fila de quienes deseaban confesar sus pecados. Desde la prudencial distancia que marcaban los discípulos del Bautista para que nadie escuchara las faltas de las que se acusaba cada penitente, el nazareno observó el modo de proceder de Juan: el ensimismamiento de su escucha, los consejos que regalaba a quienes le abrían el corazón y la imposición de sus manos sobre la cabeza del fiel mientras le conminaba a una contrición que le hiciera estimable a la Misericordia del Único.

—Solo Él puede perdonarte —reconocía al finalizar la ceremonia—. Ofrécele, junto a tus sacrificios en el ara del Templo, un arrepentimiento sincero.

—Ha llegado tu turno —uno de los discípulos extendió el brazo hacia Jesús y después señaló la piedra en la que se habían ido sentando los peregrinos.

Juan no reparó en la identidad de aquel hombre hasta que

intercambió con él unas pocas palabras.

—¡Eres tú! —exclamó, mirándole de hito en hito.

—He venido a que me bautices —le indicó con una suave sonrisa.

—¿Bautizarte? —. De manera instintiva fue a ponerse en pie, pero su pariente lo tomó del brazo para que no se despegara del asiento en el que escuchaba las confidencias—. Soy yo quien necesita ser bautizado por ti.

—Hazme caso; debemos cumplir toda justicia.

—No puedo —se le entrecortaban las palabras—, porque no tienes pecados. Lo dice mi corazón —la estupefacción no se le borraba de la faz—. Bautizarte… Deberías ser tú el que entrara en la corriente para derramar sobre mí el agua de la Nueva Alianza —los párpados se le habían humedecido—. Después te seguiré donde quiera que vayas porque, ¿qué sentido tiene ya mi misión? Vine al Jordán con el único propósito de anunciarte, de preparar el corazón del pueblo.

—Lo sé y agradezco tu fidelidad.

El Bautista, jubiloso, se mordió los labios.

—No lo puedo creer… Si supieras la de veces que mi madre me habló de ti.

—La mía también me habla de ella.

—Al morir mi madre —apoyó los brazos sobre los muslos y juntó la boca al oído de Jesús—, una fuerza me empujó al desierto para expiar los crímenes de nuestra raza, rabbí. Las privaciones me ayudaron a entender que te estaba buscando y que tú me buscabas; por eso me desplacé desde las arenas hasta este valle fértil, pues sentía la urgencia de preparar el corazón de los pecadores, que vienen a mí desde todos los rincones de Palestina. Ellos desconocen que tú eres la razón de su peregrinaje —meneó la cabeza, como si acabara de encajar la última pieza de un rompecabezas hasta entonces irresoluble—, el motivo de su conversión.

—Son pocos los que llegan a comprender la voluntad de Dios, Culebrilla. Tú la has cumplido paso por paso.

—Solo mi madre me llamaba así —se sintió turbado.

Jesús volvió a sonreír.

—¿Te extrañas de que te conozca?

Su contestación fue un balbuceo.

—Si supieras cuánto te ama mi Padre.

—¿Tu Padre?

—Has renunciado a todos los bienes de tu casa para buscar el silencio del desierto —prosiguió Jesús—, en donde te fueron comunicados nuestros mandatos.

No se atrevió a preguntarle por aquel plural.

—Juan, hijo de Zacarías, Yahvé atiende tus ruegos cada vez que te postras a orar —al incorporarse, el sol le orló la cabeza—. Y ahora, en mi nombre, te exige que me bautices.

—Pero… —no acertaba a hilar un discurso— ¡Tu corazón está inmaculado!

El nazareno sonrió.

—Aunque no lo comprendas, quiero recibir de tus manos la misma agua que derramas sobre los otros. Es el modo que Kyrios ha escogido para que empiece a hacer mías las ofensas de los hombres.

—¿Y después?

—Te quedarás en este mismo lugar para testimoniar la hora que acaba de cumplirse. Bautizarás y bautizarán tus discípulos —volvió la mirada hacia el puñado de hombres que colaboraban con él—, y festejaréis cada una de las nuevas que los peregrinos os traigan sobre mí.

A Juan se le había erizado la piel.

—Has venido… —saboreó—. Dime cómo será tu misión.

Jesús se llevó el índice a los labios.

—No te corresponde saberlo.

—Al menos, enséñame cómo puedo contribuir a tu triunfo.

Se pusieron en pie.

—El peso que estoy a punto de cargar, demanda, más que nunca, penitencia y súplicas —le dijo—. Y ahora permíteme que me una a los que han venido a recibir el agua purificadora.

Antes de la caída del sol, los penitentes se desprendieron de sus ropajes. Guardaban el pudor mediante unos paños menores enroscados entre las ingles y la cintura.

—Ten misericordia de mí, Dios **mío —repetían a coro—,** / según tu bondad; según tu inmensa compasión / borra mi delito. / Lávame por completo de mi culpa, / purifícame de mi pecado.

Esperaron a que el Profeta se adentrara en un remanso. Entonces, de uno en uno, se fueron acercando a él. Como en trance, Juan movía incesantemente los labios.

—Arrodíllate.

Les tomaba de la frente y de la nuca para zambullirlos. Lo mismo hizo con Jesús, aunque ante él se le apagaron los bisbiseos y le palpitaron las sienes, pues se sabía al borde de un abismo.

«¿Qué hay detrás de ti?… ¿Desde dónde has llegado?… ¿Por qué me escogiste?…».

El rabbí había cerrado los ojos y parecía transportado lejos de aquel lugar. Llevaba unidas las palmas de las manos, frente al

pecho, y había bajado la cabeza.

—Arrepiéntete de tus pecados y nace a una vida nueva —. Esta vez, la fórmula tantas veces pronunciada le sonó a irreverencia.

Le presionó suavemente la frente y tiró de él hacia atrás.

A través de las aguas percibió que del rostro de Jesús emanaba una luz sobrehumana. En cuanto emergió, el cielo límpido pareció romperse con un trueno brutal que encabritó las cabalgaduras amarradas a los árboles. El pánico se apoderó de los presentes.

—¿Qué ha sido eso? —corrió de boca en boca.

No solo el Bautista había sido capaz de escuchar la voz del Innombrable bajo el disfraz de aquel estampido:

«Este es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido».

—Hijo de Yahvé —proclamó sin entender el significado de aquel título.

El nazareno, mientras avanzaba hacia la orilla, se hizo el desentendido. Una paloma se posó en el sauce bajo el que comenzó a vestirse. Solo el Profeta, desde el río, entendió que se trataba de otra manifestación divina.

18.

A Herodías la sulfuraban los miramientos de su amante con aquel harapiento. Si por ella fuera… En Roma había visto cómo se las gastaba la guardia secreta del emperador, que no dudaba en pasar a cuchillo a todos los que osaban hacer bufas de Tiberio, sus tribunos, cónsules o de los miembros del Senado. Sin embargo, cada vez que ella y Antipas llegaban a la fortaleza de Maqueronte, el rey bajaba presto a las mazmorras cargado con un montón de angustias acerca de los signos de su horóscopo, de las posibles opiniones de ese Yahvé todopoderoso acerca de las estrategias de su administración, de la dudosa sinceridad de los gobernadores a los que había encomendado el control de sus ciudades o del contenido de los informes que Pilato enviaba a Roma sobre él.

—¡El Profeta nunca quiere decirme nada! –se dolía en sus aposentos, sin reparar en el menosprecio con que le escuchaba su amante—. Pero si lo trato mejor que a alguno de mis hijos… Le he eximido de argollas y hasta cuido de que no pase hambre. Entonces, ¿por qué no atiende mis demandas? —apoyó todo su peso sobre una mesa de malaquita—. No quiere mujeres ni muchachos, dinero ni armas. Dime, amorcito, ¿con qué otra cosa podría tentarlo?

—Mátalo.

Un velo de pavor cayó sobre su rostro.

—¿Cómo dices?

Su cuñada se le encaró.

—Pareces idiota; ese mendigo se burla de ti. ¡Nos ha convertido en el hazmerreír de Israel!

—Pero si maneja las fuerzas del más allá… —los ojos se le salían de las cuencas—. No puedo matarlo.

En Roma, cuando se albergó en el palacio de los hermanos idumeos, Herodías entendió por qué aquellos extranjeros se habían convertido en los amos del mundo: ante el más pequeño disturbio aplicaban la fuerza de su poder absoluto.

—Nada que ver con la mediocridad de mi tío o la de mis primos —ya de vuelta en Maqueronte, habló con su hija mientras se maquillaba ante una plancha de metal bruñido—. Fíjate en tu padre: pese a contar con el beneplácito del césar para someter a los judíos, prefiere mantener una indiferencia calculada frente a esas leyes que lo salpican todo de esa asquerosa religión.

Filipo y Antipas no querían que creciera la oposición a su monarquía, conscientes de que si su padre llevó corona y cetro fue por decisión del Palatino.

—Tienen miedo. Por eso se hacen los ciegos ante los ritos bárbaros de estas tierras —se aplicó una mascarilla negra con la que disimular las patas de gallo—. Y a ti… ¿No me digas que nuestro viaje no te ha abierto los ojos?

—Sí, madre —le respondió distraída.

—Aquí no hay refinamiento; tampoco sus creencias son bellas. ¿Te has encontrado con alguna escultura de su Dios? ¿Una pintura, un esbozo de sus ángeles?… —se frotó labio con labio para extenderse el carmín—. ¿Cómo puede ser hermoso un Dios al que temen llamar por su nombre? Por no hablar de sus costumbres… Para ellos todo es un no: no comas, no bebas, no forniques —expulsó una risa desganada—. ¡Qué obsesión por la pureza!

—Tienes razón —Salomé pareció despertar—. Algunos beben a través de un paño, por si en el vino se les pudiera haber colado un mosquito.

—Son patéticos —se le escapó una risa altanera.

—¿Nunca te has tragado un mosquito? —preguntó con espíritu infantil.

Los romanos hacían una excepción con Palestina respecto a las demás provincias romanas, pues junto al tribunal civil convivía el religioso, al que la fuerza extranjera tenía prohibido el acceso. A cambio el pueblo hebreo no ofrecía otra resistencia que las algaradas de los zelotes, una nadería frente a la dimensión del ejército imperial.

—Los levantamientos se fraguan en los atrios de las sinagogas y en los del Templo, pero a tu padre y a tu tío parece darles lo mismo —Herodías, una vez terminó de perfumarse, se recostó en un diván—. Han asumido la política de Pilato: se contentan con un par de ajusticiados aquí y allá, como si dos cadáveres fuesen a disuadir a los revoltosos.

—Pues a mí me asusta verlos colgados de la cruz.

—Nada… —manoteó el aire— ¿No sabes que el procurador y el Sumo Sacerdote acuerdan quiénes deben ser las víctimas? Parece que hayan perdido el juicio.

—¿Por qué?

—Los sentenciados no suelen ser los más peligrosos de los convictos —se estiró las mejillas con los dedos—. Y, después, vaya cómo se ponen cuando tu padre y tu tío hacen uso de su legítima facultad para impartir justicia.

Herodías echaba de menos el tiempo vivido en Roma. Comparaba el esplendor de aquella ciudad prodigiosa con la rudeza de su reino; el aburrimiento de aquellos pedregales de alacranes y lagartos, con los placeres del corazón del Imperio. Le había cautivado la magnanimidad de los mercados, a los que se acercó mecida en una litera. Allí encontró lo más inverosímil, proveniente de todos los rincones sometidos. Le sedujeron los orfebres, las piedras y metales preciosos, la calidad de las sedas y los bordados, las tallas de coral y azabache, la infinidad de alimentos que nunca antes había saboreado, los manteles y las sábanas de hilo, los puestos de las adivinadoras, los jaulones con aves extrañas, las razas de perros diminutos y gatos de compañía, las figurillas de divinidades y las esculturas de cuerpos hercúleos, las máscaras y los puestos de pieles. Se murió de envidia ante la decoración de las domus, con sus piscinas de aguas a distintas temperaturas, los brocados y reposteros, los mármoles de colores en figuras geométricas, los trampantojos que simulaban terrazas sobre fastuosos jardines, los mosaicos que retrataban a los propietarios y lo bien que estaban adiestrados los esclavos para los oficios delicados. También se rindió al trazado lineal de las avenidas, pavimentadas y con su correspondiente alcantarillado, y a la monumentalidad de los templos, copiados de los griegos y rematados con dioses antropomorfos recubiertos de láminas de oro.

—Tu padre y tu tío deberían aprender de ellos, que adoran las estatuas del emperador.

—¿Te imaginas que nuestros súbditos se arrodillaran al paso de mi padre? —Salomé se llevó las manos a la boca.

—Ríete —le amonestó, suspicaz—. Un semita, antes de

inclinarse ante los hijos de Herodes el Grande, se dejaría torturar. ¡Ay, si nosotros cinceláramos en mármol nuestras hazañas en vez de ayudarles a embellecer ese maldito Templo! Tú has visto cómo los romanos graban las gestas militares de sus emperadores en columnas tan altas como nuestras alcazabas, para que se recuerden por los siglos.

—¿Mi padre y mi tío sobre una columna?… —estalló en otra carcajada.

Herodías, durante su estancia en la Urbe, se entregó al esparcimiento habitual de los romanos: almuerzos, cenas, convites y bacanales; espectáculos con derramamiento de sangre, representaciones teatrales, carreras de cuadrigas y luchas de gladiadores. Nada le gustó tanto como las subastas de esclavos, en las que pujó con el dinero de Filipo para llevarse judíos de la diáspora a quienes encomendó las labores más humillantes (limpiar las fosas sépticas, abrillantar los ídolos de bronce, cocinar cerdo o sanear las cuadras), pasando por encima de sus conocimientos en medicina o botánica. Le sedujo que, a diferencia de la púdica Palestina, las romanas de la aristocracia no estuvieran obligadas a ocultarse en público. Y de entre todas las licencias, se entregó a la lascivia: a imitación de las princesas egipcias forzó a sus sirvientas a trabajar apenas sin ropa. Ella misma cambió sus vestidos de telas amplias y opacas por tules que transparentaban su cuerpo todavía joven. Y con sus amigas jugó a emparejar esclavas con fámulos de su servicio.

A espaldas de su tío y marido, Herodías se pagó el favor de efebos a los que gustaba maquillar el rostro y hermosear con sus propias alhajas. Y por emular a las más casquivanas de sus conocidas, yació con esclavos del reino de Axum, que a su esposo repelían por su piel negra y el olor distinto, remilgos que nunca puso su cuñado Antipas, quien apenas arribó a Roma se aferró a las sutiles prendas de su cuñada y a las inmoralidades de las que le hizo partícipe. Ambos se hicieron cómplices de aquellos lances sexuales, empero su diferencia de edad (él frisaba los cincuenta, ella veinte menos). Engatusado, le juró llevar a sus propiedades de Judea el mismo desenfreno a condición de que huyeran juntos.

—Y me ayudarás a romanizar las obras con las que mi padre comenzó a hermosear Jerusalén, Tiberiades y Séforis.

Filipo no tardó en saber, gracias a las delaciones del mayordomo que atendía los apartamentos reales, del amancebamiento de su esposa con su hermano. Pero no le dio importancia; disponía de concubinas que lo satisfacían más que aquella prima de genio tornadizo, a la que esquivaba desde que

conoció sus flirteos con los esclavos. Además, consideró que Antipas merecía un desquite tras haber repudiado a su legítima mujer.

—Si te marchas con ella —le pidió durante una cena—, llévate también a Salomé. Es tan caprichosa como su madre —. Herodes Antipas masticaba una pechuga de perdiz, sin mostrar embarazo alguno ante aquellas palabras—. Tu fortaleza del desierto le ayudará a rebajar esos humos.

Durante las semanas de travesía desde Ostia a Cesarea, los ojos volubles de Herodes se prendaron de su sobrina, a la que hasta entonces apenas había prestado atención por considerarla una niña. Pero la proximidad a la que les obligó el vivir embarcados despertó en él un súbito deseo que a su amante no le pasó inadvertido. A sus quince años, el cuerpo de Salomé parecía modelado por la diosa Afrodita. Comenzó a espiarla, a imaginarla, a pretenderla con ansia febril.

19.

El acólito que trajo a Maqueronte la noticia del abandono de dos de los discípulos del Bautista, aprovechó que sus compañeros acababan de bajar al refugio extramuros para preguntarle a Juan:

—¿Quién es ese Jesús, rabbí?

El Profeta había retirado la paja sucia, dispuesto a hincarse de rodillas y apoyar la frente contra el suelo. Sus vértebras y costillas recordaban el desguace de una nave.

—¿Por qué interrumpes mi oración?

—¡Ya tendrás tiempo de rezar! La gente murmura… —. Se acuclilló junto a él, sin disfrazar su desazón—. Algunos dicen que Adonai hace milagros a través del nazareno, no como tú —al instante se arrepintió de ser un lenguaraz—. Discúlpame.

El preso había recibido aquellas palabras como un golpe, pero trató de conservar la entereza.

—No te preocupe contarme lo que dicen de mí.

El discípulo venció cierta resistencia.

—Los nuestros comienzan a sentirse defraudados porque, después de tantos meses, sigues en prisión. Sin embargo…

—Habla.

—Sin embargo, Jesús no se deja cazar por nuestros enemigos.

—Antipas no sabe de él —Juan se restregó la nariz—. Mientras me tenga encerrado, el nuevo rabbí podrá ir y venir a su antojo.

De las celdas contiguas llegaban lamentos de los otros reos.

—Le he dado muchas vueltas, maestro: ese galileo no puede ser el Mesías.

—¿Por qué?

—No acepta dinero ni admite guerrilleros entre los suyos —explicó con vehementes movimientos de manos—. No está interesado en formar un ejército para emboscarse en las montañas, a pesar de la multitud que le sigue. Y no parece tener miedo: va y viene a plena luz del día. Pero en cuanto el pueblo lo aclama, de madrugada se larga sin decir a dónde.

—Yo tampoco he aceptado dinero, armas ni gloria.

—Lo sé —apagó la voz—. Pero has dejado claro que no eres el esperado.

Juan aprobó aquellas palabras.

—Nos has enseñado a vivir entre el río y las cuevas, dormimos al raso, comemos aquello que nos regalan y vestimos como pordioseros. El nazareno, al contrario, a veces se aloja en las haciendas de personas poderosas, participa de convites… ¡Incluso bebe vino!

El Bautista se resistió a contarle que últimamente también a él le asaltaban las mismas dudas:

«Come, bebe, es amigo de publicanos y fariseos ricos» …, se lamentó en la soledad de aquella madrugada.

Se le evaporaba el sueño al meditar aquello que Jesús le pidió antes de recibir el bautismo: que se quedara en el valle del Jordán para continuar su ministerio; que transmitiera a los suyos la facultad de derramar el agua y que celebraran todos juntos las noticias que sobre él les trajeran desde más allá del desierto.

«No he podido cumplir nada de lo que me solicitaste», se fustigó. «Me ha faltado tiempo, Jesús, para adiestrar a los míos en la oración. No he podido enseñarles a usar la prudencia y el consejo para acoger a quienes se arrepienten de sus pecados; ni la piedad con la que deben administrar el bautismo».

No se olvidaba de que cuando sumergió a Jesús en el vado del Jordán, tuvo la revelación de que el suyo era un bautismo caduco.

«Fue mi madre la que me dio a entender que estás muy por delante de mí, porque existías antes que yo. Y ahora mis discípulos lo saben». Tenía las pestañas emplastadas en una legaña lechosa. De su garganta inflamada brotó un estertor. «El trueno que trajo a mis oídos la voz de Adonai **dijo que ungirás con el Espíritu Santo a los hijos de Israel».**

Cuando aún estaba en el Jordán, decidió enviar una delegación en busca del nazareno, para que le preguntara por el sentido de mantener el bautismo como gesto de limpieza interior. Pero no tuvo tiempo de recibir respuesta; una batida de herodianos se presentó en la vega con la orden —sellada por

Antipas— de apresarlo.

—Estás acusado de injuriar al rey —leyó el capitán sin bajarse de su caballo.

«Si pudieras demostrar a los míos que traes la gloria de nuestro rey David, daría por buenos estos meses de tormento», se golpeó el pecho. «Si condujeras a nuestro pueblo hacia la libertad, con qué gusto te ofrecería mi muerte».

Tantas carencias, unidas a la falta de luz, a la presión que sobre él ejercía el tetrarca y al ayuno, le habían sumido en un agujero de pensamientos sombríos. Ya no mostraba entusiasmo ante la descripción de los primeros milagros del galileo, a pesar de que evidenciaban lo que percibió al conocerle en el Jordán. La cabeza le jugaba malas pasadas: su mente, a ratos enfermiza, distorsionaba aquellas escenas. Hasta las conversaciones que mantuvo con Isabel acerca de aquel familiar eran, a ratos, certezas del pasado, a ratos, hilachas de un sueño.

Se levantaba de madrugada y daba unos pasos hasta una oquedad junto a la bóveda del calabozo, desde la que podía contemplar el cielo estrellado.

—¿En dónde está la gloria de la que me hablabas, madre? ¿En dónde el Mesías que germinó en el vientre de aquella virgen? ¿En dónde el nuevo David? ¿En dónde su reinado?...

Se apretaba la frente con los nudillos. El caudal de su oración estaba completamente seco.

«Elohim ya no me dice nada ni me trae consuelo».

Aunque pasaba buena parte de la jornada en atenta disposición de orante, ni siquiera los salmos que proclaman una gozosa heredad para los oprimidos disipaban el sabor acre que enturbiaba su alma.

«Creí que aquel trueno... aquella voz... la paloma...». Rompió a llorar. «¿Y si solo fue una ilusión? ¿Acaso me engañó el celo por tu triunfo, Kyrios? Supuse que mi pariente iba a ser la voz de los pobres, la fuerza de los humildes, la salud de los enfermos de Israel, pero murmuran que acude a las fiestas de los principales de cada aldea».

Sus piernas ya no eran capaces de sostenerlo. Aunque procuró aferrarse a la pared, se desmoronó, golpeándose la cabeza.

«¿Quién eres, Jesús?». Un reguero de sangre le bajó por la sien. «¿Quién eres?».

En sus ojos se reflejó la luna menguante.

—Te has quedado mudo, rabbí —el discípulo llegado del Jordán le rescató de sus cavilaciones—. Dinos qué tenemos que hacer.

El Bautista pestañeó, como si estuviera recuperando la lucidez.

—Baja con tus hermanos —su tono había cambiado—. Recoged las tiendas e idos todos.

—¿Irnos? —estaba atónito.

—Volved al Jordán a toda prisa. Una vez allí, que os digan dónde está el galileo. Y cuando lo encontréis, preguntadle de mi parte si es él quien ha de venir.

—¿Es que tú no lo sabes? —pareció decepcionado.

—A veces sentimos que el Señor se oculta —habló para sí—. Nuestros ojos ya no lo ven; nuestros oídos han dejado de escuchar su voz —. Pensó otra vez en la faz relumbrante bajo la superficie del río, en el estruendo del cielo, en el ave blanca—. Y cuando dudamos de su presencia, también dudamos de sus promesas.

—No te entiendo —le acarició el cráneo pelado, temeroso de que los meses de castigo le estuvieran haciendo perder la razón.

El Profeta le miró.

—Dudamos, pero el Señor nunca nos abandona. Él nos sostiene y nos llama. ¡Me llama por mi nombre! ¿No lo oyes?…

Se pusieron a escuchar.

—Son los cautivos —le dijo el discípulo.

—¡No! Escucha… —abrió los párpados—. Escucha bien y no cierres tus oídos al soplo del Espíritu. ¿No lo oyes? —. Su seguidor volvió el rostro, alarmado, a un lado y a otro de la cueva—. Me dice «Juan»… «Juan»…—al sonreír se le abrieron las grietas de los labios—. Jehová quiere que os envíe a Jesús en mi nombre, para que él os confirme si es el que esperamos.

—¿Y si no lo es?

20.

A medianoche los hombres del Profeta partieron de Maqueronte. En el embarcadero de Calirroe, poco después del alba, se toparon con uno de los gobernadores de Antipas, que llamaba a los vecinos del puerto:

—¡Venid, acercaos! Celebrad conmigo el cumpleaños del rey.

A la vera de su caballo trotaba un mulo engalanado con una tela bordada y un cabezal de colores.

—Dales, dales… —le conminaba a uno de sus secretarios, que de las angarillas sacaba naranjas, limones y tortas de pan para lanzárselas a la gente, que se apiñaba a cierta distancia de la escolta con las manos pedigüeñas extendidas al aire.

Herodes bajó por última vez a las mazmorras. Iba a medio vestir, las mejillas encendidas de colorete y los párpados

pintados con purpurina. No entró en la celda que ocupaba Juan, sino que desde la reja observó un bulto cubierto con una tela inmunda.

—Hace horas que no se mueve. Y apesta —se quejó el carcelero—. Como sé de la consideración de su majestad por él, me he atrevido a cubrirlo con mi propia sábana. Y me la ha manchado. Su boca rezuma un humor ácido.

—¿Crees que se está muriendo? —el tetrarca forzó sus ojos de ratón para distinguir algún movimiento.

El cancerbero arqueó la boca.

—Ese hombre tiene mil vidas —intentó bromear—. Los dioses lo protegen; saldrá de esta.

—Báñalo —meneó una de sus manos repletas de sortijas—. En estas condiciones es mejor que no lo subáis a mi fiesta. Pero si alguno de mis invitados se interesara por él, que al menos no se lleve la impresión de que lo tratamos como si fuese un leproso.

—Sí, majestad.

—Los judíos se molestarían si les llega el chismorreo de que lo estamos matando. Es el último de sus profetas, ¿entiendes? La excusa perfecta con la que prepararme un motín.

Mientras tanto, Herodías daba órdenes a los esclavos en el salón principal del castillo.

—Que empiecen a quemar sándalo.

Al fondo de la amplia estancia acababan de armar una tarima que después cubrieron con alfombras, sobre las que colocaron el banco en el que se recostaría Antipas, mullido por almohadones de seda según la costumbre romana. Le flanquearían un par de candelabros con lamparitas de colores. Ella había decidido que su amante comiera un tanto elevado respecto a sus invitados, aunque pudiera herir el orgullo de los procuradores de Siria y de Judea, así como a otros comisionados del Imperio que a punto estaban de llegar a Maqueronte desde Damasco, Cesarea y Jerusalén. Frente al estrado dispuso los triclinia **del resto de los comensales, cada uno enfundado en un tejido distinto de los muchos que había adquirido en los mercados de Roma. Por el suelo, pieles de animales salvajes nunca antes vistos en aquella parte de Palestina. Diseminadas por toda la estancia, mesillas de ébano para la vajilla, las bandejas de oro y las tazas en las que se escanciarían los licores.**

Los príncipes de la Ciudad Santa y algunos representantes de la asamblea de ancianos fueron los primeros en traspasar los pórticos de la fortaleza. En las habitaciones que les asignaron se cambiaron las ropas de viaje por ostentosas togas ceñidas con fajas anchas, y las sucias sandalias por babuchas de raso. Algunos

se rizaron los tirabuzones que les caían a ambos lados de los carrillos. Decididos a resaltar su dignidad frente a los oficiales extranjeros, se adornaron con las diademas y tiaras que reservaban para las grandes celebraciones.

También los legados romanos trocaron los rígidos bustos de cuero por camisolas de hilo y elegantes capas que, con distinción militar, sostenían en la flexura de los codos. Los gobernadores herodianos, por su parte, añadieron a su indumentaria diversas fantasías orientales.

Herodías y Salomé siguieron el transcurso de la fiesta a través de una celosía que velaba la sala de las mujeres a ojos de los hombres. Ellas y las esposas de sus visitantes disfrutaron de la suave música que amenizaba la celebración, así como de los abundantes manjares, el vino dulce y la atención de los esclavos de palacio, encargados de cuidar que ningún huésped se quedara con el plato o la copa vacía, así como de pasar —una vez y otra— las jarras y aguamaniles para que se purificaran entre vianda y vianda.

Antipas había ensayado una aparición efectista. Cuando sus huéspedes estaban ya recostados, cada cual en su triclinio**, se descorrió un cortinón entre redobles de timbales.**

—¿Habéis empezado sin mí? —abrió los brazos en un exagerado arabesco.

Los aristócratas hebreos no pudieron reprimir un golpe de estupor, pues el paso bamboleante del monarca evidenciaba que llegaba bebido. Además, los cosméticos le daban un patético aire de artista de bajos fondos, al igual que la peluca rizada con la que disimulaba su alopecia.

Saludó a cada invitado con el ósculo de rigor, agradeciéndoles en voz alta los regalos con los que le habían agasajado, amontonados en una esquina.

—Y ahora —dio unas palmadas—, que traigan más comida.

Precisó los brazos fuertes de un esclavo etíope para tumbarse. Quiso disimular su torpeza con carcajadas sin motivo, bromas de mal gusto y ventosidades.

A medida que iba transcurriendo la fiesta algunos de los comensales, dominados por los vapores del vino, se echaron a dormir. Herodes, a quien también envolvía un agradable sopor, volvió a palmear para que diera comienzo un baile.

—¡Vamos, despertaos! No me desairéis con vuestros ronquidos.

Por los portones abiertos del salón llegaron tres danzarinas que, tras corretear entre los sillones haciendo volar los lazos de sus vestidos, subieron a la tarima del rey, en donde se había

dispuesto un espacio para los músicos.

—¿Es que os disgustan las bellezas de mi reino? —preguntó con toda intención.

Los príncipes de los judíos y los miembros del Sanedrín se acababan de levantar.

—Os pedimos licencia para retirarnos —se despidieron, pues consideraban libidinosos los movimientos con los que las idumeas habían comenzado a replicar los sones de la música.

Vuelta la espalda al escenario, felicitaron al monarca por cada uno de los detalles de la velada y dedicaron una seña de buenas noches al resto de los comensales.

—Mejor que se larguen —compadreó Herodes con uno de los cónsules romanos—. Son incapaces de divertirse.

Desde que compartiera con ella el propósito de organizar aquel festejo, la amante de Antipas soñaba con la hora de su venganza. Esperó a que los judíos se marcharan del salón de fiestas para empujar a su hija fuera del reservado femenino.

—Quiero que los conquistes —expresó su afán como una orden—. Ten por seguro que los procuradores llevarán a Roma la fama de tu baile.

Sabía que el rey caería rendido ante la voluptuosidad de Salomé, a la que ella misma había ahuecado la melena sobre los hombros y quitado las sandalias.

—¿Qué dirá el tío? —le consultó abrumada.

—Le conozco bien —le susurró mientras le abría la blusa—. Es un bravucón… Si le gustas, te cubrirá de presentes.

Herodes pidió ayuda para levantarse.

—Es mi sobrina —se frotó las manos y de su boca brotó una sonrisa rijosa—. ¡Es la hija de Herodías! —alardeó ante sus invitados—. Decidme si no es lo más bello que habéis visto por estos pagos.

—Tus ojos parecen comérsela —observó el procurador de Siria.

Se acercó a la danzarina entre trompicones, desplazando algunas mesas y tirando al suelo las bandejas repletas de pastelitos. Las arpas que habían amenizado la cena cedieron su lugar a las panderetas, castañetas y flautines, que seguían el ritmo desbocado de la percusión y de los cantos tribales. Salomé le miró unos instantes antes de comenzar el número y el tetrarca, confundido por el alcohol, quiso entender que aquellas pupilas adolescentes expresaban deseo.

A medida que fue avanzando la pieza, los movimientos de la joven se volvieron rabiosos: daba vueltas sobre sí misma, convirtiendo su faldón en una espiral que le dejaba los muslos al

aire. Herodes, que perdía el equilibrio cuando soltaba el apoyo de las columnas para aplaudir, proyectó en aquellos espasmos corporales toda suerte de apetitos. Cuando la música, súbitamente, finalizó, Salomé se acuclilló ante él. Los senos le subían y bajaban en una respiración cansada y tenía la piel empapada en sudor.

Antipas abrió sus dedos embutidos en joyas.

—¡Ven a mí! —fue incapaz de reprimirse.

Pero la bailarina se asustó. Le tenía miedo desde que la espió durante la travesía: su madre le desveló que el rey había mandado colocar una mirilla en el camarote de la joven para contemplarla en sus momentos de intimidad.

—¡Oh! No te vayas…

Salomé bajó las escalerillas de la tarima y echó a correr hacia el reservado mientras los invitados rompían en carcajadas y se guaseaban del estado del monarca, a quien acababa de caérsele la peluca y la fina diadema con la que la llevaba ceñida.

—Ave, Herodes el poderoso —se pitorreó Poncio Pilato—. Un rey al que las niñas desobedecen.

Antipas hizo oídos sordos. Estaba empeñado en conquistarla esa misma noche.

—¡Te he pedido que vengas!

Pero su sobrina acababa de desaparecer por detrás de la celosía.

—¡Te daré lo que quieras! —suplicó al aproximarse a la rejilla como una barca que se balancea sobre el mar picado. Introdujo los dedos por las maderas y trató de encontrarla a través de los vanos—. Tu madre sabe que no miento. ¡Pídeme, Salomé!… Pídeme, si quieres, la mitad de mi reino… pero vuelve.

Herodías le hincó las uñas.

—¡Me haces daño! —protestó Salomé.

—¿Es que no le escuchas? ¿A qué esperas?

Su hija bajó el rostro.

—No quiero nada de él —su voz y su semblante evidenciaban terror—. Si le doy licencia, esta misma noche entrará en mis aposentos y… —se abrazó a su madre, incapaz de terminar aquel horrible presagio—. No te enojes, pero ojalá se muriera… ¡Ojalá cayera fulminado aquí mismo!

—Entonces —Herodías la tomó por los hombros para mirarla a la cara—, déjamelo a mí.

21.

Los discípulos del Profeta regresaron a Maqueronte dos semanas después de que los convidados a la fiesta se hubieran marchado. Los encabezaba aquel mismo que recibió por boca de Juan la

orden de partir. Ya no le aturdían las multitudes que seguían al nazareno ni las deserciones entre los seguidores de su adalid. Él mismo había permitido —en nombre del Bautista— que algunos de los suyos se quedaran con Jesús en vez de acompañarle de vuelta a la fortaleza. Por eso eran menos que cuando, unas semanas antes, abandonaron el baluarte de Herodes con la misión de transmitir al nuevo maestro la pregunta de su rabbí.

Buena parte del viaje de vuelta, que arrancó en Cafarnaúm, lo dedicaron a entonar canciones patrióticas y a construir planes fabulosos. Sus andares eran alegres. Les había bastado un solo encuentro para llegar a la conclusión de que el galileo era el heraldo que recuperaría la gloria del pueblo hebreo.

En cuanto Juan supiera lo que habían escuchado de labios de Jesús y Antipas le concediera la libertad, regresarían todos juntos al lago de Tiberiades, donde su caudillo recibiría el homenaje que merecía por haber soportado aquellos meses de prisión. Y cuando el nazareno fuera coronado en Sion —pensaban —, le ofrecería un puesto principal a su lado.

Cuando se paraban a descansar, discutían amigablemente sobre el futuro próximo del Bautista. Según ellos, dada su preclara inteligencia, instruiría en el conocimiento de Dios a las milicias que ellos irían reclutando por las aldeas.

—Os digo que nuestro rabbí **se quedará como maestro allí donde Jesús disponga que se levante su campamento.**

Otros apuntaron que se convertiría en apóstol del mensaje y los milagros que acababan de constatar con sus propios ojos.

—Jesús podría traspasarle su poder —dijo uno que era canijo, iluminado por las llamas de una fogata—. A Juan también le agradaría limpiar a los leprosos y dar luz a los ciegos.

—¿Y a quién no? —se rieron.

—Escuchadme… Él tendría autoridad para, una vez los curara, sumarlos a los ejércitos del nuevo rey.

Decidieron por sí mismos que aquel que hasta entonces había vivido con la contención de un anacoreta, iba a experimentar un cambio de vida.

—¡Se acabaron las penitencias! —uno de ellos levantó los brazos como si fuera invicto—. Por fin podremos comer y beber.

—Ojo con lo que dices —le advirtió el líder del grupo—. Aún desconocemos cuál puede ser su reacción.

—Entiéndeme; con la fuerza de su palabra azuzará a la gente contra el Ejército Imperial y las fuerzas herodianas. Nosotros nos apoderaremos de sus palacios y Juan vivirá donde y como crea oportuno.

Habían encontrado a Jesús en la orilla noroeste del mar de

Galilea. Le asediaban nubes de enfermos, curiosos y pordioseros a quienes sus prosélitos apenas lograban contener. Pero el nazareno no parecía alterado; entre el tumulto advirtió la presencia de los discípulos de Juan. Después de hacer un comentario al que parecía el segundo, los mandó llamar.

—Es fácil adivinar que venís de lejos —les saludó—. Acompañadme.

Jesús dejó la multitud al cuidado de algunos de los suyos, y con los del Bautista y el resto de sus apóstoles se sentó a la sombra de un algarrobo.

—Comed —les tendió unos víveres que tenía reservados—. Felipe –llamó a un joven que todavía se encontraba en pie—, tráeles unas cantimploras con agua fresca.

Almorzaron tortas y unos huevos duros.

—Rabbí, ¿sabes que Juan está preso en Maqueronte? —le preguntó el que hacía cabeza.

Jesús hizo un gesto afirmativo, pero no habló.

—Si pudieras visitarle… Apenas le queda carne en los huesos; se niega a comer, a pesar de que Herodes, de alguna manera, lo protege.

—¿Lo protege?

—Los demás presos solo reciben una colación, pero nuestro rabbí, si quisiera, podría comer hasta reventar.

—Las alimañas confunden a sus presas mientras buscan dónde clavarles el mordisco.

Tardaron un momento en entender aquella metáfora.

—Antipas, de algún modo, se da cuenta de quién es su prisionero —continuó el discípulo del Bautista—. Si Juan no fuese un enviado de Kyrios, hace meses que hubiera ordenado su muerte. Pero, escucha…

Le narró la última conversación que había mantenido en la celda con su maestro.

—Quiere saber si eres tú el que tiene que venir —concluyó con embarazo, como si el encargo que traía pusiera a Jesús en tela de juicio.

El galileo se quedó pensativo, jugueteando con unas hierbas.

—¡Mi pobre Juan! —rompió a hablar—. Si supieras cuánto lo estimo. Te garantizo que no ha nacido de mujer nadie mayor que él.

—Te honran tus palabras —respondió a lo que creyó un mero cumplido—. Dice que ha renunciado a su justa fama para que crezca tu gloria. Por eso no se ha rebelado al saber que Andrés y el pequeño Juan, los pescadores —buscó con los ojos a

sus antiguos compañeros—, han decidido acompañarte.

—El Bautista los ha instruido bien.

Al cabecilla se le esponjó el rostro.

—No es fácil seguir sus pasos; nuestro maestro es muy estricto.

—Sin duda —comentó Jesús con humor—. ¿Acaso Andrés y Juan han llegado a mí desde un palacio en el que todos visten finos ropajes? Son dos tipos duros. Después de dormir al raso aguantan todo un día de camino sin probar bocado. Sí; el desierto les ha hecho recios y, al igual que a Juan, las opiniones torticeras de los demás no les influyen.

—Es una satisfacción escucharte.

—Juan ha sido para vosotros más que un profeta —Jesús le miró fijamente—; os ha cuidado como un hermano mayor.

—Entonces, dime… —titubeó—. ¿Eres tú el que ha de venir?

Unos gorriones cantaban en la copa del árbol.

—Le pedí que se quedara con vosotros en el Jordán —le dirigió una mirada enigmática—, pero esa zorra de Antipas se ha deslizado en los planes de Yahvé.

Al discípulo le admiró la naturalidad con la que había pronunciado el nombre del Eterno.

—¿Por qué Adonai no se decide a intervenir? —se afligió—. Juan morirá pronto si Herodes no lo suelta.

—Vamos, no sufras —Jesús lo asió por la muñeca—. Aunque sea el último en disfrutar de mi reino, cuando al fin acabe su prueba lo gozará en plenitud.

Aquellas palabras le hicieron creer en su inmediata liberación.

Jesús se puso en pie, adelantó las manos para que vertieran sobre ellas un poco de agua e invitó a los recién llegados a que también se purificaran. Después volvieron todos juntos con el gentío. Acababan de arribar unos botes a la orilla, atraídos desde el interior del lago por la multitud arremolinada en los juncales.

Desde la hora sexta al final de la nona, los seguidores del Profeta testificaron con pavor y asombro una sucesión continuada de prodigios. Ninguno de los enfermos que habían acudido se marchó a Cafarnaúm, a las aldeas colindantes o a los caseríos de la región sin una sanación completa. La sorpresa hizo que los hombres del Bautista se juntaran los unos a los otros, se encogieran sobre sí mismos, se frotaran los ojos y se lanzaran codazos. Gritaron, se llevaron las manos a la cabeza y alabaron la compasión del Señor.

—¡Aleluya! —invocaron después de cada milagro.

Derramaron lágrimas junto a algunos de los que se habían

beneficiado de aquel indescriptible poder.

—Acabáis de gustar la Misericordia de Jehová —felicitaban a los sanados, remedando la espiritualidad del Bautista—. De ahora en adelante, haced penitencia.

Sin embargo, no lograron dominar el terror cuando los mismos dolientes abrieron un ancho pasillo al sonar de una esquila. Eran un hombre y su mujer, heridos de lepra, que anunciaban al aire su llegada a la ribera para que nadie se viera siquiera rozado por su sombra. Parecían semblantes terribles de la muerte a causa de los jirones de tela sucia con los que tapaban sus miembros y se encubrían el rostro. Los que aguardaban pacientemente la ocasión de encontrarse a solas con Jesús, renunciaron a su turno ante el avance de aquellas sombras.

—¿Qué queréis? —les preguntó el nazareno sin preocuparse por el pánico de la gente, también de sus discípulos, que se habían agachado en busca de piedras para defenderse de la propagación de la peor de las dolencias.

Los leprosos no se atrevían a levantar la vista del suelo.

—Rabbí, hemos oído… —habló la mujer, achicada bajo el peso de tantas miradas.

—¿Sí? —Jesús le buscó los ojos sin una sola demostración de repugnancia.

—Hemos oído que puedes limpiarnos.

Le presentó las manos, enrolladas en andrajos. Le faltaban la mayoría de los dedos.

—¿Creéis que puedo hacerlo?

Era la misma pregunta con la que había acogido cada petición de sanación, enunciada como si quisiera que su poder fuera un don compartido.

Asintieron. Entonces, con una fuerza invisible les limpió la carne tumefacta, la marca de las postillas, las llagas. Y les moldeó los rasgos faciales, desaparecidos con la infección. Por último, hizo crecer sus miembros amputados.

—No puede ser —el cabecilla de los seguidores del Profeta, agitado por un escalofrío, se quedó con la boca abierta.

—En efecto; no puede ser —masculló un fariseo que, aprovechando la estampida provocada por la aparición de la pareja de enfermos, se había colocado junto a él—. La Ley prohíbe el contacto con la carne impura y ese hombre los ha sobado.

—¿Es que no has visto lo que ha logrado con su tacto?

El fariseo no quiso responderle. Antes de dar media vuelta se acomodó la capa sobre los hombros y simuló que se quitaba el polvo de las sandalias.

—Solo manosea el pecado quien es pecado —gruñó—. Detrás de esta magia está Belcebú.

El antiguo leproso echó a correr hacia el agua.

—¡Limpio! ¡Estoy limpio!

Chapoteó en el limo, arrancándose las vendas con las que durante los últimos años había tapado sus úlceras, hasta quedarse completamente desnudo.

—¡Gracias! —lloraba—. ¡Gracias!

—Dadle una túnica a la mujer —pidió el nazareno— y quemad sus ropajes viejos.

Aún hubo más: humedeciendo con saliva los párpados de un ciego, Jesús le hizo recobrar la vista y hasta el color de sus iris velados. También abrió los oídos de una anciana, apretándole la cabeza contra su pecho. Y soltó la lengua de un mudo. Pero si excelsos habían resultado cada uno de aquellos milagros, palidecieron frente a la resurrección de un niño al que su padre —cuando ya declinaba el sol— trajo en brazos y a la carrera.

—¡Me lo ha mordido una serpiente! —chilló al bajar el talud que lamían las aguas.

—Lo ha tenido que atacar cuando estaba dormido —le murmuró una muchacha a su madre, pues el pequeño traía el cuello abultado y negruzco como la papada de un sapo.

—Demasiado tarde —se lamentó Andrés.

El padre se detuvo a unos metros del rabbí **y, como asustado, rompió a llorar. Le bailaban los hombros, se mordía el labio inferior y observaba de lado el cadáver, como si no se correspondiera con su vástago.**

El ambiente de euforia vivido hasta aquel momento se desinfló.

—Vamos —un viejo le soltó al padre unas palmaditas de aliento—. El maestro debe de estar cansado. Seguro que comprende y acompaña tu dolor.

Pero Jesús dio un paso por encima del niño, al que habían tendido en el suelo, y se puso enfrente de aquel hombre desconsolado.

—¿Cómo te llamas?

—Majlón.

—¿Y cómo se llama tu hijo?

Le costó responderle:

—Jiram.

—Si me has traído a Jiram es porque crees —le habló con entereza–. Y todo es posible para el que cree.

Se volvió para acuclillarse junto al pequeño.

—A ti te lo ordeno, Jiram: ¡Despierta!

Al pequeño le bajó la hinchazón hasta desaparecer por completo y pestañeó. La piel del cuello enseguida recobró su color natural.

—Jiram —le pellizcó cariñosamente la nariz—, abraza a tu padre.

—¡Lo ha resucitado! —pasó de boca en boca hasta aquellos que no habían podido verlo.

Pero en vez de desatarse una celebración, como correspondía a la magnitud de aquel prodigio, cundió el terror y la mayoría de la gente aprovechó la caída de la noche para escabullirse. Junto a la playa quedaron las brasas de algunas hogueras, la hierba aplastada y un juguete abandonado por algún chiquillo.

—Id y anunciadle a Juan lo que habéis visto y oído —ordenó a los discípulos del Bautista, sobrecogidos porque al niño no le hubiera quedado una sola señal de muerte—. Pero decidle que actúo en nombre de mi Padre.

—¿Quién es su padre? —uno preguntó al oído del cabecilla.

—Creo que no está aquí —se oyó.

—Dicen que murió hará cosa de un año —completó una mujer.

—¡Silencio! —exclamó uno de los prosélitos del Bautista—. El rabbí está hablando.

—Id y contadle que revelo a los pobres la Buena Nueva.

Después se reunió con los pocos que permanecían junto al lago, algunos de los sanados y sus familiares. Un pescador tomó un farol y saltó a tierra para alumbrarle.

—Tomad asiento —les invitó Jesús antes de comenzar a hablarles del Amor de Dios—. Sabed que lo que habéis visto salir de mis manos es un poder de servicio y misericordia, no de avasallamiento. Mi fuerza es la del esclavo que con gusto sirve a su amo, sin esperar nada a cambio.

No era aquella la doctrina que tantas veces habían escuchado en las sinagogas, ni la que predicaban los escribas o aquellos en los que todo el mundo reconocía una vida moral sin tacha. Tampoco los discípulos del Bautista habían oído a su maestro llegar tan lejos.

Hasta medianoche les narró distintas historias, contestó a sus muchas inquietudes, les hizo reír, cantaron juntos y compartió con ellos recuerdos de su infancia y juventud. También se desahogaron con él acerca del peso de la dominación romana y de los abusos de los recaudadores de impuestos. Le contaron la bonanza o las desdichas de sus oficios agrícolas y pesqueros, así como la esperanza que tenían depositada en un

Mesías que liberara al Pueblo. Todos los ojos estaban fijos en él, pero ante aquel enigma el galileo callaba.

—Pongámonos en pie.

Les despidió tras dirigir una plegaria de agradecimiento.

Un visir apareció en sus aposentos con la noticia de que acababan de llegar a Maqueronte.

—Son pocos.

Herodes sintió que se le cortaba la sangre.

Desde la noche de su fiesta no había dejado de sufrir espantosas pesadillas. Se despertaba de madrugada empapado en sudor.

—¡Socorro! —chillaba arrodillado sobre el colchón.

Los miembros de su guardia prendían las antorchas de la habitación para buscar al aparecido.

—Acabo de verlo —les juraba el tetrarca, acurrucado bajo una manta—. Ronda por la alcoba, como ayer por la noche.

Pero nunca lo encontraron. Ni detrás de los reposteros, ni debajo de la cama ni entre las mesas y butacas.

—Asomaos por los tragaluces —les dictaba—. Si los fantasmas flotan, ¿quién dice que, pegado a los muros, no aguarde a que os marchéis para volver a incordiar mis sueños?

Le dijo al capitán de la tropa que durmiese en su habitación, tumbado sobre una alfombra junto a sus perros, pero la compañía de aquel hombre armado tampoco logró desvanecer sus alucinaciones cargadas de culpa.

—Fue ella —mascullaba Antipas tras la protección de las sábanas—. Se aprovechó de mi embriaguez porque sabe que la niña me tiene encandilado. Yo no era dueño de mis actos —gimoteaba—; no me pude resistir ante el baile de mi sobrina.

Transformó los sucesos del banquete en una obsesión. Su memoria, perturbada por los vapores del vino, había olvidado el nombre de la mayoría de sus invitados, pero no el momento en el que se despertó sobre la tarima, bien entrado el día siguiente, con la lengua pastosa y un punzante dolor de cabeza. Sentía náuseas, aunque descubrió que ya había vomitado. Iba a pedir ayuda para ponerse en pie cuando recordó la orden que dio a sus verdugos tras la danza de Salomé.

—¡No! —los nervios se le cristalizaron.

Después de la promesa hecha a la joven, no se atrevió a quedar en evidencia ante los procuradores romanos y sus propios funcionarios, que bebidos como él hacían chanzas acerca de la forma con la que la danzarina se había zafado de sus manos.

—No te quejes, Herodes —Pilato, fatigado por las carcajadas, había tenido que sentarse sobre la camilla para

sujetarse la tripa—. Deberías elevarla al altar de las deidades idumeas, porque pudiendo quedarse legítimamente con la mitad de tu cetro ha tenido lástima de ti y ha preferido el degüello de un desdichado.

Se le superponían imágenes confusas: la celosía que separaba la cámara de las mujeres, los ojos furtivos de su amante y la mirada cargada de miedo de la muchacha.

—Salomé…

Hubo otra copa rebosante de vino, más risas por parte de sus convidados y una bandeja de plata maciza con la cabeza afeitada de Juan, salpicada de cuajarones de sangre.

—¡No! —se golpeó la frente contra una de las paredes del salón del trono.

Herodías la tomó por las orejas para mostrar su trofeo entre una salva de aplausos. La besó con grosería y pretendió que Salomé copiara aquella pantomima dantesca, pero la chica se resistió, llevándose un rastro escarlata en el vestido.

—¡No, no, no!… —a Herodes se le crisparon los puños.

Su amante tiró la cabeza al suelo y se limpió las manos. La faz del santo rodó hacia él, que la dribló con un quiebro, y golpeó la peana de una lámpara.

Miró a uno y otro lado. El piso estaba limpio. Habían retirado los restos de la cena, los triclinia**, las mesitas engastadas con piedras semipreciosas y los instrumentos musicales. No había un solo reguerón de sangre. Tampoco estaba la cabeza del** Profeta**.**

Llamó a voces al primero de sus mayordomos:

—¡Dime que no es verdad! —juntó las manos, suplicante. Los afeites se le habían mezclado por todo el rostro—. Dime que aún no han ejecutado mi sentencia.

Pero el cuerpo descabezado seguía en el patio junto al tronco en el que, durante aquellos días, habían destajado la carne para la celebración.

—La cabeza acabó en el reservado de la reina —le informó el edecán—. Herodías lo dejó allí, sobre la bandeja, antes de retirarse. Ordenó que nadie lo tocara.

—¿Y mis invitados judíos? —. Había empalidecido.

—Quizás alguien se acercó para avisarles —le confesó, medroso—, o fueron ellos mismos los que dejaron sus habitaciones al escuchar el alboroto.

—¿Dónde están? —se estaba quedando afónico.

—Se marcharon en plena noche —concluyó el edecán—. Aunque no apreciaban al preso, no dejaba de ser uno de los suyos.

No quiso volver a dormir con su cuñada ni que le hablaran de ella.

—¡Que se marchen! —resolvió a través de una de las damas de compañía de Herodías—. ¡Que se larguen con Filipo!...

Pero la ausencia de aquellas dos mujeres no le devolvió la paz, persuadido de que el Dios del pueblo hebreo iba a imponerle un castigo.

—Repara la muerte de Juan con una espléndida donación —le sugirió uno de sus consejeros.

Fue aquel siervo quien bajó a la sinagoga de Maqueronte portando un cofre en nombre del rey. Los escribas lo rechazaron por considerar que aquellas monedas estaban manchadas con la sangre de un justo. Al saberlo, Herodes estrelló la caja contra el suelo e, hirviendo en superstición, mandó que quemaran los regalos de su cumpleaños junto a todas las muestras de la fiesta: almohadones, sedas, pieles, cubiertos, vajillas, hachones, vestidos y hasta la peluca del monarca alimentaron una pira en el patio de armas. Pero no fue suficiente; Antipas no se atrevía a caminar solo por las galerías del castillo.

—Márchate a Jerusalén. El bullicio de la ciudad te ayudará a olvidar este contratiempo —le aconsejó uno de sus parientes —. Y no temas; la organización de la próxima fiesta de Pascua hará que los judíos se olviden de su santón.

—No me iré hasta que lleguen sus discípulos —necesitaba examinar con sus propios ojos cómo iban a reaccionar los seguidores de Juan—. ¿Es que no ves que ellos expandirán mi crimen por las cuatro provincias?

—¿Por qué no intentas comprar su voluntad?

—Sí —batió un puño—. Que les den oro para que digan que su maestro se rebeló y quiso acuchillarme.

—No sé —dudó de pronto su pariente—. Tu oferta, por tentadora que sea, les escocerá como un chorretón de vinagre sobre una herida.

—Entregadles el cuerpo —dijo a sus soldados.

Al delfín del Bautista le dio un vuelco el corazón: los sueños que habían construido durante el viaje se acababan de derrumbar. Fue a pedir explicaciones al rey, pero Herodes descendió del trono como si le urgiera algún asunto y desapareció a través de unos cortinones.

—¡Ha muerto! —intercambió una mirada rota con sus compañeros.

—Si Jesús nos hubiese acompañado... —el discípulo canijo se mordió la manga—. Si estuviese aquí con nosotros, Juan volvería a la vida.

Cuando recibieron el cadáver, el tetrarca los observaba desde una saetera. Escuchó sus gritos de rabia y dolor, los llantos y las execraciones contra su persona que, por primera vez desde que subió al trono, decidió pasar por alto. Adivinó que aquel asesinato iba a perseguirlo hasta el final de sus días.

II. Los novios

Jacob engendró a José, el esposo de María,
de la cual nació Jesús, llamado Cristo.

1.

Desde que anocheció se fue recomponiendo. Había dejado de sentir las agujas del frío, como si un abrigo invisible vistiera su desnudez. Ya no tiritaba ni tenía alucinaciones. Tampoco se ahogaba por la inflamación de la lengua ni le escocían las aftas en el interior de los carrillos.

Agradeció el recipiente de agua que le sirvió el carcelero. No solían los presos corresponder a los pocos servicios que les prestaban los guardianes, quienes tampoco se prodigaban en detalles de gentileza. Tal vez por ese motivo el centinela se quedó extrañado ante la mirada del Profeta**, al que acababa de despertar al arrancarle de un tirón el lienzo que utilizaba a modo de sábana.**

—¡Vamos! —le aupó por debajo de los brazos, haciendo que se le cayera el pocillo—. Si no fueras tú —echó un vistazo a la tela mojada—, ya te habría molido a golpes.

—Me alegro tanto de saludarte —Juan no supo si le sonrió con los labios o los ojos.

—¿Te burlas de mí?

El sayón lo lanzó contra el suelo, que apestaba a orines, pero ni siquiera el golpe pudo evitar en el Bautista una honda ternura hacia aquel idólatra, la única persona que veía desde que sus discípulos se marcharon en busca de Jesús.

Recostó la espalda en una de las paredes de la covacha. Volvía a dolerle el respirar, pero se quedó dormido. Cuando abrió los ojos supo que no había transcurrido mucho tiempo, pues a través de la penumbra distinguió la escudilla del almuerzo junto a la puerta enrejada. Rogó al arcángel Gabriel que le diera fuerzas para repartirla entre los demás cautivos.

«Si no me levanto para llevarla de cámara en cámara, se la comerán las ratas».

Se llenó de aire los pulmones, asentó las manos y tomó impulso, pero comprendió que era vano su afán; las piernas no le sostenían.

«Ten misericordia de ellos, Señor mío, y apiádate de nuestros pecados», rezó. «Que los sufrimientos de este mundo nos hagan dignos de reposar en el seno de Abrahán hasta que vengas a liberarnos».

Sus oídos percibieron que afuera se reanudaba la frenética actividad de los preparativos para la fiesta del tetrarca. En efecto, el patio de armas estaba salpicado de hogueras a punto de

reducirse a brasas, sobre las que asarían carnes y pescados. Los músicos afinaban sus instrumentos y los malabares y otros artistas llegados de Líbano y Siria preparaban disfraces y artilugios para sus números. Hasta las mazmorras descendieron las risas e imprecaciones en acentos extranjeros, los balidos, mugidos y repiques de cascos.

Sintió apremio por desagraviar las ofensas a Yahvé que pudieran cometerse durante aquella noche.

—Fíjate en mí, Señor; solo en mí y en mi pobreza —pronunció torpemente—. Si vas a lanzar tu justo castigo, que caiga con toda su ira sobre el cuerpo exhausto de tu siervo miserable.

—Pero, ¿qué chaladuras estás diciendo? —le vilipendió el carcelero desde la galería.

Por los pasillos de Maqueronte dieron comienzo las carreras del maestresala y sus ayudantes, que apremiaban a los cocineros, a los miembros de la orquesta y a los saltimbanquis. Los comensales acababan de entrar en el salón de fiestas, en donde tejieron una red de conversaciones y risas exageradas que fluían entre delicadas piezas de arpa y flautín.

—No mires sus pecados —Juan renovó la plegaria— ni te dejes llevar por la cólera a cuenta de sus delitos. ¿Acaso la ignorancia de esos desdichados no mueve tu piedad? Son ciegos para tus asuntos, Señor, porque están aguijoneados por la tiranía de sus pasiones. Si conocieran tu justicia —suspiró—. Si alguien les hubiese instruido en tus preceptos…

—¿Es que no piensas callarte?

Al cancerbero le alarmaba aquel soliloquio, porque nunca había creído posible que se pudiera hablar con los dioses, a los que consideraba alejados de las minucias de los hombres. Sabía, sí, que los hebreos tenían una única divinidad de la que no se atrevían a pronunciar el nombre ni representarla con figuras. Sin embargo, aquel preso semita —al que tantos consideraban escogido por el más allá— conversaba con su deidad como si esta fuera a molestarse en escucharle. La posibilidad de que el Dios de Moisés hiciera una excepción con él, le causaba un miedo agudizado por la oscuridad de los calabozos.

En el interior de la celda alguien movió la paja. El Bautista supo que no se trataba del correteo habitual de los roedores.

—Juan… —escuchó la voz de un varón.

Frunció el ceño.

—¿Quién eres? —apenas se le entendía al hablar.

Por un momento pensó que podría tratarse de uno de los presos que, de manera inesperada, se había librado de los

grilletes y buscaba un lugar en su mazmorra donde esconderse. Pero miró a la puerta y comprobó que el carcelero continuaba en su lugar.

—Juan…

La luz de la luna entraba perpendicular por un ventanuco, proyectando la sombra del reo hacia el rincón desde donde habían vuelto a nombrarle. El tono sonaba cordial, nada que ver con el de los soldados ni con el abatido de los reclusos.

—¿Quién eres? —insistió—. Sal para que pueda verte.

Pero no obtuvo respuesta.

«¿Será uno de mis discípulos?», caviló. «Puede haber entrado cuando me encontraba dormido. Pero entonces, ¿por qué se oculta?».

Meneó la cabeza; acababa de tener una premonición que rechazó de inmediato.

«No debo dejarme llevar por el absurdo», se dijo. Y dudó de que fuera verdad que por segunda vez acababa de escuchar su nombre.

«Estoy delirando».

—¿Es que no me dices nada? —oyó de inmediato.

Un ardor interior le ascendió desde el pecho, llenándole de sangre la cabeza y liberándole del embotamiento en el que se encontraba desde que lo encerraron en las tripas de aquel alcázar.

—¡Mi queridísimo Juan!

Aquella exclamación le resultó consoladora.

—¿Quién eres? —volvió a preguntarle.

La luminaria del astro bañó un pie calzado con una sandalia. Era un pie grande, de dedos largos, sin imperfecciones en las uñas. Tras él apareció la orla de una túnica. Y así, despaciosamente, se le mostró la fisonomía de un hombre de recia complexión que vestía un manto ceñido por un cinturón, del que colgaba una bolsita de cuero. Traía un sudario de lino sobre los hombros, en los que descansaba su melena.

—¡No puede ser! —. Con un movimiento instintivo quiso ponerse en pie, pero se derrumbó hacia un lado. El hombre acudió a socorrerle.

—¡En qué estado te tienen! —se lamentó, sacudiéndole la paja.

—¡Eres tú!… —no podía dejar de mirarle, como si sus ojos fueran los únicos que dieran fe de aquel encuentro— Pero, ¿cómo es posible? ¿Te acompañan los míos?

—He venido solo.

—Pero, entonces, ¿cómo has conseguido que la guardia de

Herodes te haya dejado entrar? Aquí no te conocen —. Aunque quiso tocarle para cerciorarse de que no era una visión, las manos trémulas se le quedaron suspendidas en el aire—. ¿Quién te dijo que estoy preso? ¿Quién te ha conducido hasta Maqueronte? —. Como respuesta recibió una sonrisa—. Hace unos días envié a mis discípulos en tu busca. ¿Unos días?… He perdido la noción del tiempo.

Jesús le tomó la cabeza rasurada y le besó la frente.

—Dices bien, Juan; han pasado dos noches desde que partieron.

—¿Cómo lo sabes? ¿No me has dicho que has venido solo? —no comprendía—. Han tenido que ser ellos los que te han traído hasta mí. ¿Por qué no están contigo?

El nazareno se sentó frente a él.

—No los veré hasta mañana, cuando arriben al mar de Tiberiades.

Hubo un silencio.

—No te entiendo… Las aguas de Galilea están a más de seiscientos cincuenta estadios de aquí —. Esta vez sí, sospechó que era víctima de una alucinación provocada por la fiebre—. Por mucho que avanzaras a campo traviesa o te hicieras con una buena montura, no alcanzarás el lago hasta dentro de cuatro o cinco jornadas.

—Te preocupas por demasiadas cosas.

—Compréndelo; he obligado a mis muchachos a hacer un viaje en vano. Tendrían que haberse quedado a esperar conmigo a que vinieras. Pero, ¿cómo íbamos a saber que eras tú el que se había puesto en camino?

Jesús le pellizcó el lóbulo de la oreja en señal de amistad.

—¿En dónde has guardado tu fe, Culebrilla**?**

—Culebrilla**… —se le anegaron los ojos de lágrimas, al percatarse de que su primo era capaz de ver el interior de su corazón—. Así me llamaba mi madre…**

—Si crees, todo se hará posible.

—Mi fe se tambalea —admitió tras absorberse la nariz.

—Yo la sostengo, Juan.

Se miraron.

—Mis discípulos han tenido que cruzarse contigo.

—El Hijo del hombre puede estar aquí y allí a un mismo tiempo.

El Bautista hizo mueca de no haberle comprendido.

—Mañana me reuniré con ellos en la orilla, cerca de Cafarnaúm —continuó—. Me hablarán de tu encarcelamiento, porque no saben que durante todos estos meses, aunque me

encontraba lejos de estas mazmorras, he permanecido a tu lado, amparando cada uno de tus latidos.

—¡Señor! —fue incapaz de sumar otra palabra.

—No te he dejado solo, Culebrilla, ni por un momento.

Jesús no movía los labios al hablar. De hecho, de su boca no partía sonido alguno, como si no precisara de la materialización de las palabras para dialogar con el preso.

—¿Y por qué no he podido verte? —balbuceó—. Me he sentido tan abandonado…

Su entereza acababa de quebrarse.

«Lo sé», Jesús prosiguió hablándole a través del pensamiento. Y le limpió las lágrimas con las palmas de las manos.

«¡Si te hubiera visto antes, rabbí!». Acababa de recibir la misma facultad de comunicación, como si Dios no quisiera que la pronunciación de cada sílaba le supusiera un martirio.

«Mi pequeño Juan…».

«¡Si al menos hubiese sido consciente de tu compañía!». No conseguía dejar de llorar. «Ese consuelo hubiera sido suficiente para disipar el horror de estos calabozos».

«El tormento al que estás sometido ha sido necesario. Confía en mí, Culebrilla; mi Padre sacará provecho de tu miedo».

«Con el miedo no se arman los ejércitos», arguyó. «Ni tampoco con miedo puede forjarse la corona del nuevo Rey. El miedo, mi Señor, no empuja a los hombres a las batallas ni puede conducirles a la victoria, sino que los hace huir y lamentarse por haber partido a la guerra detrás de un líder en el que han dejado de creer».

«Juan…».

«Sí, Jesús, el miedo les hace renegar de su guía ante la presencia de los enemigos, repudiar su tierra, maldecir a sus padres, blasfemar sobre el santo nombre de Adonai y violar todos sus Mandamientos».

«Tu miedo vale más que el oro», inspiró profundamente, aunque su expresión serena no había cambiado. «Se acerca el día en el que mi Padre, gracias a la ayuda que me prestáis los pobres de espíritu, consumará su victoria. Entonces tu mansedumbre frente a los suplicios secará las raíces de la maldad».

«Quiero estar presente cuando eso ocurra».

«Lo estarás: tú capitanearás a los inocentes del pasado, del presente y del futuro».

«Yo no sé luchar».

«Me basta que seas capaz de imaginártelo. En nombre de Dios conducirás un ejército de huérfanos y viudas, de niños y

enfermos, de pobres, tullidos y hambrientos. Serás capitán del ejército divino».

«¡Capitán del ejército divino!…», bajó la mirada con vergüenza. «Pero si no he podido cumplir nada de lo que me pediste en el Jordán. Apenas te fuiste, los soldados de Antipas me apresaron».

«No tienes que excusarte, Culebrilla**». Le alzó la barbilla. «También yo estaba allí, en el río, invisible a los hombres, cuando te ataron con grilletes».**

«¡Señor mío!…».

«Me hiciste sentir orgulloso porque no te enfrentaste a ellos, a pesar de que actuaban en nombre de ese lujurioso que mereció tu denuncia». Izó los ojos hacia la sonatina que brotaba de los pisos altos del castillo.

«¡Qué bien me conoces!».

«Como a las líneas de mi mano, Culebrilla**».**

«Y estabas allí conmigo», suspiró.

«Muchos de los que curioseaban por el cauce sabían que aquello acabaría por ocurrir; que Herodes no permitiría que siguieras acusándolo ante las multitudes, tan cerca de Sion. Tus querellas habían llegado a oídos de los príncipes de los sacerdotes, del mismo Sanedrín, ante los que ese reyezuelo se siente comprometido».

«Vinieron a advertírmelo: que debía ser cauto, que cerrara la boca, que no me inmiscuyera en los pecados de la corte, rabbí**, como si no me incumbiera el escándalo que causa ese rey pagano».**

«Cuántas veces el temor se impone al deber», elevó las cejas.

«Me rogaron que actuase como si no existiera la injuria. Que me contentara con predicar a las ovejas de Israel. Que ignorara la voz de mi conciencia… pero no he podido enmudecer».

2.

Meses antes Antipas urdió un plan: hizo llamarle a su palacio de la Ciudad Santa con la intención de comprometer su fidelidad.

—Estoy dispuesto a nombrarle consejero, a convertirlo en uno de mis principales edecanes —le descubrió a Herodías en su alcoba, mientras ella le ceñía un fajín violeta.

Juan se presentó con sus humildes vestiduras de piel de camello. Caminaba a grandes zancadas, asentando con firmeza la planta de sus pies desnudos.

—Aquí estoy —le dijo sin practicar la debida reverencia.

Le trató de tú a tú (lo que asombró a los presentes), afeándole a la primera de cambio el amancebamiento con su cuñada:

—¡Arrepiéntete y evita la ira de Yahvé!

Al hablar hizo uso de la misma vehemencia con la que había respondido a la embajada que lo encontró en un soto del Jordán. Parecía indiferente a la posición que ocupaba el rey, sentado en un incómodo trono de alabastro recamado en oro que culminaba una escalinata.

—¿Cómo te atreves? —uno de los ministros hizo amago de pegarle.

—¡Quieto! —gritó Antipas, que restó importancia a las palabras del Profeta**.**

Tal como le había sugerido su amante, comenzó a tentarle con riquezas.

—Puedes guardártelas; no me interesan.

El monarca se preguntó de qué pasta estaba hecho aquel vagabundo.

—Si no es dinero, que sean joyas, tierras, mujeres… ¡Puedo darte todo lo que quieras!

—¡Insensato! ¿Acaso no sabes que Jehová **podría llamarte a su presencia esta misma noche? ¿De qué te valdrá entonces tu fortuna?**

El tetrarca intercambió una rápida mirada con la corte. Aquella advertencia le había asustado, pues creía en la complicidad del harapiento con el Dios de Israel.

—Bueno —disfrazó el sobresalto con una risa fingida—, admito que no quieras participar de mis tesoros; a fin de cuentas, he oído que te alimentas de insectos y duermes sobre las rocas. Y las malas lenguas me aseguran que no se te conocen líos amorosos. Pero no te resistirás al papel que podría concederte en Roma. Porque sabes que tengo un palacio en Roma, ¿verdad? Cuando estoy allí y me complace, acudo al Senado y me presento ante el emperador.

Juan permanecía impasible.

—¿Puedes hacerte una idea de lo que te supondría viajar junto a mí a la capital del Imperio? Ya no tendrías por qué vivir en esta tierra polvorienta y mísera.

—¡Roma! –declamó uno de sus ayudantes, poniendo los ojos en blanco.

—Con tus poderes dejarías en evidencia a los nigromantes del césar. Y cuando estuvieras en la cima, conocerían por tu boca la gloria de tu raza. Para entonces serías el mago más poderoso de la Tierra; todos querrían estar a tu lado.

El Bautista seguía sin mover un músculo.

—Pero, ¿es que no tienes nada que decirme? Vive, Profeta**, si es tu gusto, entre las piedras, como los escorpiones, pero no**

desprecies la oportunidad que te brindo: podrías ser el primero de los judíos con autoridad para negociar la libertad de Israel.

Juan cerró los ojos antes de volver al único asunto por el que se había ido de su lugar junto a los esteros:

—No te es lícito tenerla, y lo sabes.

Herodes apretó los dientes, anunciando que se le acababa la paciencia.

—¿Es que solo vas a decirme eso?

—Tu comportamiento ofende gravemente a Adonai **y escandaliza a mi pueblo.**

El idumeo se repantingó sobre los almohadones.

—Vamos, Profeta**. ¡Estoy dispuesto a darte la gloria!**

—No te está permitido vivir con la mujer de tu hermano —le replicó, acentuando su severidad con el dedo índice—. Si no la abandonas, la cólera del Cielo caerá sobre ti y sobre los de tu casa.

El ánimo del monarca empequeñeció.

—¡Que se lo lleven! —pronunció, entre pensativo y acogotado.

3.

«Con tu rectitud, Culebrilla**, te ganaste el odio de esa mujer pagana. Sabes que persigue tu muerte desde que desembarcó en Judea», le dijo Jesús.**

A Juan le volvieron, nítidos, los recuerdos de su detención: el tufo de los soldados, la violencia de sus empujones, el piafar de los caballos y el peso de la argolla con la que le aherrojaron el cuello.

«Temí que mis muchachos se dejaran llevar por la ira», continuó. «Los busqué para pedirles que guardasen sus espadas y se retiraran, pero se habían acobardado ante los lanceros y, consternados, me observaban desde lejos».

No fueron los únicos que sintieron miedo. Algunos peregrinos echaron a correr por el ribazo, dejando atrás sus provisiones junto a la escoria de las hogueras. Otros buscaron amparo en la corriente.

«Si los soldados hubiesen recibido la orden de echarles el lazo, mis seguidores habrían perjurado que no me conocen, que pasaban por allí en busca de agua para sus animales, que se encontraban junto al remanso de los bautizos por casualidad. Bien conoces a los hombres, Señor».

Los perros, que comían los desperdicios de los catecúmenos, se pusieron a ladrar, como enloquecidos, a la milicia de Maqueronte.

«Se me clavó en el corazón la mirada del chaval que atendía

los asnos y camellos de los penitentes». El Bautista los vio, sobreimpresos en la celda, fulgentes y despavoridos.

«Culebrilla, aquel rapaz sabía que eres justo, el bienaventurado que se alimenta de saltamontes y miel silvestre, el inocente por cuya boca llega la palabra de Dios a mi rebaño».

La patrulla había recibido la consigna de evitar una revuelta. Debían actuar con rapidez.

«Por eso no te golpearon ni te hicieron venir por tu propio pie y encadenado. Su capitán no comprendía la razón; lo consideraba una debilidad por parte de Herodes, pero obedeció».

Le auparon a un jaulón para transportar esclavos, del que tiraba una yunta de bueyes. Una cubierta de ramas le daba sombra.

«Se reían entre ellos por lo sencilla que había resultado la misión. No tenías el aspecto de un bandido, tampoco el de un sedicioso. Y como no te podían pegar, tomaban puñados de arena y te los lanzaban a través de los barrotes, tratando de dañarte la vista. No se les había revelado que el arcángel de mi Padre viajaba también en aquel carro».

«¡Gabriel!», barbotó Juan, maravillado.

«Gabriel; el mismo que se presentó a Zacarías, tu padre, para dar comienzo a la Buena Nueva. Los ojos del arcángel, que en todo momento contemplan el rostro de mi Padre, te contemplaban».

«¡Ha estado aquí, a mi lado!».

«Gabriel no ha dejado de mirarte a lo largo de estos meses».

Juan oprimió los labios y volvió a llorar.

«Ha transportado hasta el Cielo cada una de tus plegarias, porque no hay oración del justo que Yahvé no atienda».

—¡Tú eres Dios! —declaró el Profeta, que cazó las manos de Jesús entre las suyas.

Hubiese querido postrarse de hinojos y descansar la cabeza sobre los pies del nazareno, bañarlos con sus lágrimas y besarlos como haría el reo ante el juez que acaba de perdonarle la vida, pero su debilidad física se lo impedía.

—¡Tonto de mí! —se hinchó de gozo, a pesar del dolor que sentía al hablar—. Me lo habían dicho la luz de tu rostro bajo la corriente, el trueno, la voz y la paloma que se posó sobre ti. Y mucho antes la fe de mi madre, que nunca dudó… Perdóname, Señor mío. Me das a beber de tu divina fuente desde antes de mi nacimiento, y no había logrado adivinarte —tenía el corazón desgajado—. ¡Perdóname, Dios mío!

Jesús tardó unos momentos en replicarle:

«¿Perdonarte?… Pero si tu fidelidad nunca se ha quebrado,

Juan. Mi Padre se fijó en ti para que me abrieras camino entre los hombres».

El nazareno le explicó que la nueva historia de la salvación comenzó a escribirse con Zacarías, imagen del hombre que cae y se levanta, del que peca y después llora sus pecados; del que se rebela al conocer la voluntad de Elohim **para, más tarde, arrepentirse y enmendarse con una fortaleza renacida.**

«Al suyo va ensamblado tu nombre, que se anuda al mío. De este modo, tu fidelidad, Culebrilla**, será el comienzo de la derrota de Satanás».**

«Mis luchas apenas son nada», se dirigió a Jesús a través del pensamiento. «Por eso, si quisieras, estoy dispuesto a seguir encarcelado hasta que llegue el día de tu gloria».

«Lo sé».

«No tengo mérito».

«Sí que lo tienes», sonrió. «Para atender a mi Padre has renunciando a los honores que por tu linaje te corresponden, a la fortuna que heredaste y a las comodidades. Llénate de alegría, Juan, porque tu generosidad acelerará la victoria sobre el mal, para que todos los hombres que busquen a Dios lleguen a vivir en plenitud».

Un resquicio de racionalidad pugnaba aún en el interior del Profeta**.**

—¡Ayúdame para que mi corazón no se quiebre y te traicione! —la lengua se le pegaba al cielo del paladar.

«No te faltará mi Gracia». Le miró sin un solo parpadeo.

—Soy débil, Jesús.

«Confía; tu prueba está a punto de terminar».

El Bautista suspiró.

«Cuando al fin te veas liberado de la garra de Herodes, partirás hacia la hermosísima ciudad que mi Padre está construyendo para ti».

«¿Una ciudad? Sabes que no busco recompensas».

Jesús le tapó los labios con la yema de los dedos.

«Déjate sorprender. Allí no hay dolor, ni luto, ni llanto sino una bienaventuranza que nunca deja de crecer. Tu padre y tu madre te aguardan junto a todos aquellos que, por tu ejemplo y tu palabra, hallaron el camino que conduce al Paraíso. Me esperaréis junto a los dinteles el tiempo que yo tarde en llegar».

«¿Por qué no podremos cruzarlos?», se perturbó. «¿Es que no somos dignos del seno de Abrahán?».

«El seno de Abrahán se encuentra a las afueras de la ciudad, en donde acamparéis hasta que los ángeles os anuncien mi triunfo. Entonces seré yo mismo quien baje a abriros la cancela y

os acompañe al interior de las murallas, cuyos sillares están unidos por los méritos de quienes os ofrecisteis en holocausto por mí».

Le costaba descifrar el significado de aquella abundancia de imágenes, aunque el discurso de Jesús lo había alentado a reencontrarse con los suyos,

«Deseo ir, rabbí**, pero este sacrificio aún no ha sido completo: mis suplicios son nada frente a tus revelaciones».**

«¡Qué desprendido eres!». Los ojos de Jesús centellearon.

«Estoy dispuesto a entregártelo todo».

El galileo había adquirido una repentina majestad, de la que Juan no hubiese podido decir si duró un instante o una sucesión de horas.

«Mi Padre quiere que tu sangre se mezcle con la mía para que, juntas, se disuelvan en la de los hombres y mujeres a los que les será arrebatada la vida por mi causa», le dijo. «Alégrate, porque serás la guía por la que ascenderán aquellos que mueran perdonando a sus verdugos».

Las mejillas del Bautista palidecieron. Había comenzado a temblar.

«Tengo miedo».

«Te aseguro que no te abandonaré».

Un plato de cerámica se hizo añicos contra el empedrado del patio. Alguien acababa de lanzarlo desde los comedores del rey.

«¡Tienes que marcharte!», le urgió. «Vete antes de que el carcelero o la guardia te descubran».

Les llegó un estallido de carcajadas.

«Ellos no pueden verme».

Juan le palpó los brazos con agitación.

«En ese caso, te aconsejo que huyas de Herodes; en cuanto le lleguen noticias de tus milagros, hará lo imposible para echarte el lazo».

«Tranquilo, no puede interferir en los planes de mi Padre».

Aunque acababan de silenciarse los flautines, la música presidía las salas altas del alcázar. En ese momento empezó un duelo de panderetas y cascabeles junto a un coro que interpretaba una canción de las tribus del desierto.

La guardia, en el patio de armas, también celebraba el cumpleaños del tetrarca dando cuenta de unas cabras asadas. Un soldado embriagado se puso en pie para dejarse llevar por el vibrante ritmo que venía de las dependencias reales. Se le unieron palmas y carcajadas.

—Cuando vuelvas al mar de Tiberiades, habla con mis

discípulos.

—Estoy en el mar de Tiberiades.

El Bautista sonrió.

—No me acostumbro —alzó los hombros—. Mira, Jesús, que mis muchachos te pueden parecer cerriles, pero son nobles, aunque más de uno querrá vengar mi muerte porque asocian mis palabras de misericordia con su odio a las fuerzas invasoras.

«Los acogeré entre los míos».

—Estoy seguro de que lograrás transformarles —el habla se le deformaba en la garganta—: a tu lado purificarán el amor que sienten por esta tierra.

«Aún es pronto para eso, pero el Espíritu terminará por mostrarles la auténtica libertad».

«¿Cuándo?».

Entendió que Jesús le contestaba con una evasiva:

«Es preciso que mi presencia siga confundiendo al enemigo».

«¿A Antipas?».

«No. Herodes solo es un hijo de la perdición». Por un momento, una nube de tristeza cubrió su faz. «Y los pecados de un hombre, por perversos que sean, apenas representan un grano de arena frente al origen de toda la maldad, que hierve en las entrañas de Belcebú. Satanás no soporta la luz con la que fui concebido. Mi bien le atormenta; mi verdad le revuelve; mi vida le destruye. Cree saber quién soy, pero enseguida duda. Como es el Homicida, ansía pervertir a las autoridades para que me asesinen, pero todavía no se atreve porque sospecha que soy más fuerte que él. Por eso busca, sin desvelo, la manera de arrebatar a cada uno de mis hermanos. También a ti».

Jesús se enderezó para buscar las sombras de las mazmorras.

—¿Por qué te escondes? —le preguntó Juan, intranquilo.

Entonces el Profeta **volvió el rostro hacia el vano enrejado, con la incómoda sensación de que unos ojos les espiaban.**

«Es él», le dijo el nazareno desde la penumbra. «Siempre me sigue desde cierta distancia».

Sentado en la escalinata que conducía al patio, un ser de espaldas cargadas, como contrahecho, braceaba tratando de ocultarse a sus miradas. Su aspecto producía repulsa.

«No te asustes, porque no le permito escuchar mis conversaciones ni penetrar tus pensamientos. Por eso me ronda desde que nací, desasosegado. ¿Seré yo el nuevo Adán, el definitivo, que lo encerrará en su cenagal después de arrebatarle el bastón de mando con el que gobierna el mundo? Esa es su

única pregunta».

El Ángel Caído cambiaba constantemente. Ora se le prendían los ojos como de lava, ora se le oscurecían como dos agujeros de tinta. Su piel tampoco era la de un hombre vivo; parecía carecer de sangre, del rubor de la vida, y tan pronto se le cubría de vello como se presentaba desnuda y húmeda. Iba vestido con unas pieles de color indefinido, espolvoreadas de calvas como si los animales desollados para coser aquellos ropajes hubiesen estado infestados de parásitos. Por su boca crispada —de la que emergía una lengua gorda y cenicienta— asomaba una ringlera de dientes mellados.

«Vigila Maqueronte desde el comienzo de tu cautiverio», Jesús pareció no darle demasiada trascendencia, «pero la presencia del arcángel de mi Padre lo ha mantenido a raya, obligándole a espiarte desde los rincones más inmundos de la prisión».

—Ese es su lugar —murmuró el Profeta**.**

«Como Gabriel te ampara, ha buscado otros cuellos en los que enredarse: en los de tus carceleros y en el del mismo Herodes cada vez que ha bajado a visitarte. Y en los de tus discípulos, Juan, que se dejan embeber por el deseo de esas batallas a espada, en la vana pretensión de que la tierra de Canaán, inscriba sus nombres en los rollos de los héroes».

Leviatán reclamó la atención del Bautista con una especie de eructo. La lengua se le distendía larga, flácida y bífida.

«El rumor venenoso de su voz llegó a aturullarte, Culebrilla**, desfigurando nuestro encuentro en tu memoria y anegándolo de una injustificada tristeza», Jesús hablaba con paz. «Sus palabras mentirosas se filtraron en tu alma como los salivazos de una cobra, y te hicieron dudar de mí. Así es el Maligno: se aprovecha de la fragilidad del hombre para llenarle de desesperanza».**

El personaje contrahecho, que jadeaba, palpó a sus espaldas los peldaños desiguales y comenzó a reptarlos hacia la calle.

«Ha visto resplandecer en tu cabeza el halo de los elegidos, a quienes no es capaz de doblegar. Ahora eres semejante a Dios y no puede soportarlo: la felicidad de los salvados le duele como si un metal candente le atravesara de parte a parte».

Satanás arrancó a chillar con la virulencia de un monstruo, pero la fiesta de Antipas no se detuvo.

«Eres la constatación de que su derrota ha dado comienzo, aunque desconoce la manera en que caerá. Desde hoy y hasta el final de los tiempos agitará su cola, como una bestia herida, para clavársela a todos los que, por odio al Cielo, busquen su alianza. Pero no tengas miedo», reiteró, «porque ha comenzado a

desangrarse. ¡Míralo!…».

A Lucifer se le retorcían las falanges de los dedos y se le amorataban las uñas, que se le rompían al clavarlas en los escalones de piedra. En el hueco de sus costillas parecían desmigársele las entrañas.

«No soporta compartir con nosotros ni siquiera el aire».

El Demonio batió la cabeza como si necesitara huir y, a la vez, no quisiera perder su cercanía al preso.

La música acababa de finalizar.

«Le he rogado a mi Padre para que no desfallezcas». Jesús volvió a salir a la luz de la luna, deshaciendo el frío que expelía de la presencia de Baal. «Gabriel te defendió para que el aguijón del Infierno no te lastimara. Así que el Demonio se lo lanzó a Herodías, que se ha dejado picar una vez y otra, hasta que ha hallado la manera de conquistar la débil voluntad de Antipas». Hincó las rodillas frente a Juan, y lo abrazó. «Herodes acaba de ordenar tu ejecución».

Apoyado en él, se puso en pie. Hacía días que no lo lograba. Le osciló la cabeza sobre su cuello magro y tensionado.

—Satanás ha desaparecido.

«No te engañes», le dijo el galileo, que le limpió las briznas adheridas a la vestidura de piel de camello. «Ahora está en el patio y ha entrado por los oídos de tus verdugos, a los que está tentando con silbidos de muerte».

«¡Oh, Jesús!…».

«Ten temple, porque seré yo quien cargue el peso de su infamia».

«Ya vienen».

Escucharon ecos en el patio de armas. Hubo pisadas y ruidos de metales antes de que la galería de la prisión se iluminara con el parpadeo de los hachones.

«Satanás no quedará satisfecho cuando vea rodar tu cabeza; cada pecado le sume en una aversión cada vez mayor a sí mismo».

—Ya no le tengo miedo —pronunció el Bautista al reconocer el acento de uno de los capitanes de la guardia.

«Me voy, hermano», le besó por última vez y lo posó en el lecho de paja, «pero te dejo por compañía al abogado de la buena muerte. Él te dará la mano en los últimos momentos y te presentará el panorama de la ciudad celeste».

«¿Quién es?».

«Se llama José; no dejes de invocarle».

El Profeta **escuchó un ruido detrás del nazareno. Lo habían provocado los pasos de un hombre mayor y de gesto bondadoso.**

4.

José iba y venía, siempre atareado. Unas veces llevaba gavillas de leña; otras bajaba a la almendra de la ciudad con la bolsa de sus herramientas o lo veían regresar tirando del ronzal del borriquito de su familia, sobre el que cargaba los aperos de labranza que necesitaban una reparación, sacos de cereal o brazadas de paja para elaborar adobes, mercancías que ocultaban al animalito casi al completo.

El asno parecía inseparable del joven, quien le llenaba los serones con las legumbres que su madre vendía en el mercado de los viernes. Por las mañanas los traía rebosantes de frutas que José compraba al por mayor en alguna finca de los alrededores y que sus hermanas ofrecían a domicilio. En primavera vagaba con la bestezuela por las huertas, voceando su cargamento de estiércol, cocido durante el otoño y el invierno en un rincón de la pequeña cuadra familiar. Antes de romper el alba ya estaba en la fuente para llenar un juego de cántaros, porque también era aguador. Y al caer el sol se presentaba por los patios de vecindad con espárragos, bayas, cardos, avellanas, tubérculos y cualquier otro agasajo silvestre para la mesa.

Algunas comadres se daban codazos al verlo pasar, con el pensamiento puesto en sus hijas solteras. Eran pobres, como la mayoría de las familias de la ladera noroeste de Nazaret, el barrio del muchacho. Allí se hacinaban las casuchas de los recién llegados y las de aquellos que —a pesar de los años— no habían logrado prosperar en aquella encrucijada para las caravanas libanesas que bajaban a Jerusalén, para los comerciantes que partían de la Ciudad Santa hacia Cafarnaúm y para los que viajaban más lejos, hacia las naciones de los gentiles. En Nazaret también se detenían los quincalleros que se abastecían en los puertos del Mediterráneo para vender su género alrededor del mar de Galilea.

En aquella época eran muchos los desafortunados que arribaban a aquella villa de Judea desde todo el país, con el fin de ofrecer diferentes atenciones a las compañías de viajeros. Aunque casi todos arrastraban el peso de una ruina en su lugar de origen, algunos llegaban con un préstamo para comenzar una nueva vida. Pero la mayoría aparecía con lo puesto y todos encontraban en el cerro un lugar donde extender sus pertenencias, aunque fuese a cielo raso junto a los tapiales. Si les sonreía la suerte, terminaban por alquilar parte de una vivienda, compartida con otra familia. Y si les continuaba sonriendo, se marchaban de aquel barrio para establecerse en el centro de la ciudad. Era tan constante aquel flujo, que nunca faltaba un

comprador para los chamizos que se quedaban vacíos.

José conocía a un buen número de los afortunados que se habían mudado al centro, a quienes se ofrecía para cavar los cimientos, armar los muros, apelmazar los suelos, techar las cubiertas, fabricar argamasa o tirar lechadas para impermeabilizar las paredes de sus nuevas viviendas. Cuando con sus hermanos hacía un alto en la tarea para echar un trago o masticar unos granos, evocaba el día en el que los felices propietarios que les habían contratado aparecieron en las puertas de Nazaret: casi todos se habían detenido a los pies de la colina, inseguros y desorientados ante el desafío de empezar una nueva vida en aquel panal de barracas, sin saber a dónde dirigirse ni a quién pedir ayuda mientras un enjambre de interesados los rodeaba para venderles alimentos y bebida. La familia de José ponía a su disposición el corral, para que pudiesen resguardarse durante sus primeras noches. Lo habían acondicionado de tal manera que garantizaba la intimidad de la que hombres y mujeres se veían privados durante las jornadas de camino.

—Una arpillera separa ambas estancias —cantaba el muchacho las ventajas de su hospedaje—, que se defienden de la intemperie con un toldo de cañas. Por unas pocas monedas más, mis hermanas os servirían pan de cebada, algo de pescado en salazón, higos secos y una mixtura de leche y miel.

Ellas también atendían a las bestias de carga, en el caso de que los viajeros las tuvieren, a las que cepillaban y daban alfalfa.

Pero la mayoría de los desplazados llegaban a pie, después de haberse visto constreñidos a vender los animales domésticos en sus lugares de origen por la urgencia de partir con unas dracmas en la faltriquera, imprescindibles para sobrevivir hasta que, ya asentados, consiguieran un trabajo, lo que no era empresa fácil: no había espacio en la Puerta Norte para todos los que pretendían avasallar a las caravanas. Tampoco sobraban puestos en las partidas de jornaleros que al amanecer caminaban hacia las fincas de los contornos. Ni entre las cuadrillas que acudían a las obras en el collado o en el centro. Ni en las de los picapedreros que mantenían en buen estado las vías de acceso a Nazaret. José nunca tuvo empacho en solicitar la colaboración de algún recién llegado, si era menester, con el que se repartía, al final de la jornada, los honorarios de la chapuza para la que habían sido requeridos.

Su padre murió cuando aún no había cumplido dieciocho años, después de escupir sangre durante todo el invierno. A partir de entonces Susana se quedó como cabeza de familia.

—Alabemos al Señor que, por voz de sus profetas, ha

dispuesto que el nuevo Rey de Israel vaya a nacer de nuestro linaje —le gustaba proclamar al calor del fuego, por más que diera por sentado que ninguno de los suyos iba a ser el padre del Ungido.

Aquellas grandilocuencias no edulcoraban la pobreza sobrevenida, aliviada en parte por la laboriosidad de sus hijos, que tenían destrezas para ganarse unas monedas aquí y unas propinas allá en las encomiendas de los vecinos, que apreciaban la sagacidad de José y de sus hermanos cuando les hacían cargo de los trabajos que necesitaban fuerza y una cabeza resolutiva.

Después de la cena su primogénito vaciaba ante la viuda el saco de cuero. Algunas noches llegaba a entregarle un puñado de ases. Otras, algunas monedas de quinario junto a una medida de harina o alguna hortaliza con la que le habían correspondido aquellos que no tenían dinero para pagarle. Y hasta un denario si los hijos del difunto Jacob habían faenado para un cliente acaudalado.

Susana reservaba en una caja el montón de calderilla. Solo salvaba dos o tres piezas de poco valor, lo estrictamente necesario para mantener el modesto hogar y para entregar como limosna al óbolo del Templo, al que, sin embargo, no podían peregrinar todos los años.

La familia, condicionada por una deuda, recibía cada cinco semanas la fastidiosa visita de un agente que, sentado ante su puerta, sumaba los ahorros de la caja, los apuntaba en una tablilla, después se los metía en la faltriquera y notificaba a la viuda lo que faltaba del principal y de la mora. Ninguno había adquirido tamaña obligación; eran víctimas indirectas de un préstamo gravado con un interés de pérfida usura. Lo adquirió Matán, el abuelo paterno de José, que fue propietario de una carpintería en Belén, una aldea al sur de la Ciudad Santa, poco antes de que su nuera quedara encinta.

Aquel taller no era un negocio boyante, a pesar de su cercanía a Jerusalén, pues Matán no podía rivalizar con los carpinteros que trabajaban bajo las órdenes de los directores de obra que construían, mantenían y mejoraban las viviendas de los príncipes de los sacerdotes, de los miembros del Sanedrín y de otros personajes de la aristocracia judía. El honrado semita también carecía de los conocimientos de un exquisito tallista como para emplearse al servicio del palacio de Herodes o de la fortaleza Antonia u otras dependencias del ejército extranjero. Y si su carpintería era pequeña para recibir un encargo por parte de las administraciones hebreas, idumeas e imperiales, qué se podía esperar de las edificaciones vinculadas al Templo.

El viejo Matán era un artesano de bajos vuelos que no se distinguía por practicar un oficio refinado. Ni él ni su hijo Jacob tenían conocimientos para labrar los motivos vegetales que se demandaban en la urbe, ni para embellecer los muebles con marqueterías ni para manejar tintes y barnices que disfrazaran la baja calidad de determinadas piezas. En su despacho nunca entraron tablones del Líbano, mucho menos maderas perfumadas de los lejanos reinos en los que habitaban los hombres de piel oscura. Ni tenían dinero para comprarlas ni talento para trabajarlas. Lo suyo eran labores menores sobre troncos comunes, que devastaba a golpe de azuela con destreza y rapidez. De sus manos salieron yugos, trillos, azadas y otros avíos para la labranza, puntales para asentar las pequeñas viviendas del contorno, marcos para puertas y ventanas, portillos para los corrales, escaleras, cañamazos y algunos utensilios domésticos. La mayor parte de las veces entregaba los pedidos a cambio de otros bienes: alimento, vestido, calzado y materiales de construcción, lo justo para mal vivir.

—Cada vez tenemos menos encargos —Matán, sudoroso, se apoyó en el tablón que estaban aserrando con la ayuda de su hijo —. Si Adonai bendice tu matrimonio con un racimo de vástagos, ¿qué podrás ofrecerles?

Hacía poco que Jacob se había casado con Susana.

—Otros no poseen siquiera un pequeño taller.

—Siempre encuentras respuesta para todo —. Lanzó un salivazo que se llevó el polvo de madera pegado a sus labios.

Jacob conocía las angustias que últimamente devoraban a su padre. De madrugada, cuando Matán pensaba que todos estaban dormidos, le había visto contar y volver a contar sus pequeños ahorros, bisbisando sencillas operaciones matemáticas que aplicaba a algún propósito que guardaba para sí.

—Confíe; el Señor no nos dejará solos —le dijo su hijo—. Si le parece que se hace duro de oído, tendrá que vagar por las noches de casa en casa, robando y convirtiendo en astillas todo aquello que nuestros vecinos no tengan más remedio que encargarnos de nuevo —. Soltó una carcajada.

—¡Si te oyeran los escribas!

El día que Jacob le comunicó el estado de buena esperanza en el que recién se encontraba su mujer, el patriarca no pudo callar por más tiempo su secreto. Festejó primero la Misericordia divina con los jóvenes esposos y discutió el nombre que le pondría a la criatura si nacía varón. Pero después de la cena simuló encerrarse en un profundo hermetismo.

—¿Qué te pasa, Matán? —la madre de Jacob le zarandeó un

hombro.

Fue entonces cuando les desveló que, por primera vez en su vida, iba a solicitar un préstamo. La gozosa nueva quedó ensombrecida por aquel plan. Su esposa trastabilló hacia el hornillo y rompió a llorar.

—¡Viejo chocho! —rezongó.

Tuvo que morder un trapo para dominar el deseo de ponerse a gritar.

—Madre… —intervino Jacob.

Pero ella le advirtió que no se le acercara.

—Has perdido la razón —le acusó a su marido.

Matán buscó el concurso de su hijo y el de Susana, su nuera, que al instante le retiró la mirada.

—¡Lo he pedido por el bien de nuestro nieto!

A cambio de semejante excusa recibió un trapazo en el rostro.

—¡Déjate de disparates! Al usurero solo deben acudir aquellos que tienen caudales. O esas sabandijas que aprovechan el cobro de los vencimientos que, a su vez, han prestado a otros infelices en peor situación que ellos. Pero tú —le temblaba el mentón—, Matán, hijo de Eleazar, que eres honrado y humilde… ¿es que te has propuesto encadenarnos a las garras de esos indeseables?

—No todos los prestamistas son como los pintas —se defendió.

—¡Buitres! Eso son los prestamistas —sancionó al mismo tiempo que se remangaba para limpiar la vajilla—. Además, ¿qué garantías puedes ofrecerles? —bufó—. No disponemos de nada, salvo que hayas pensado entregarles como aval el bebé que está por venir.

Los jóvenes esposos se dieron la mano a hurtadillas.

—Tengo la carpintería.

—¡Te has vuelto loco! —. A su mujer los ojos se le salían de las órbitas —. ¿Qué nos quedará si no consigues cumplir tus compromisos?

—Este negocio será mi garantía —dijo, poniéndose en pie.

El taller era un apéndice de la casa. Al atardecer padre e hijo guardaban las herramientas en un armario frente a la alacena. Los maderos y los encargos a medio hacer se quedaban en el patio, unas veces a la luz de las estrellas y otras —cuando llovía o cuando mordía el sol— debajo de una sencilla cubierta.

—¿La carpintería? —Jacob se destrabó la mano y saltó como un resorte—. Podemos perderlo todo.

Intercambió una mirada con su padre y otra con su madre.

Junto a la puerta titilaba el candil de aceite.

—No tienes nada que temer —Matán, que siempre olía a resina, como si su corazón bombeara una savia pegajosa, se cruzó de brazos.

—Es nuestra única propiedad —murmuró su esposa.

Brillaron los ojos pícaros del patriarca.

—Os voy a contar un secreto; me ha bastado el título de este negocio para que me atiendan en los portales de Jerusalén como si fuera un hombre rico —hizo una mueca simpática—. Con lo que me den, arrendaré unos bancales cerca del campo de las higueras, que son propiedad de un sacerdote. Hace años que les tengo echado el ojo —dio una alegre palmada—: son unos cuantos olivos, ya crecidos aunque no muy bien llevados. Pero la tierra es buena. Muy cerca pasa un torrente; ¡podremos desviar el agua! —sonrió.

—Qué sabrás tú de olivos… —motejó la vieja.

Matán irguió el busto.

—El padre de mi padre tuvo un huerto.

Ella arrugó la boca.

—No vengas ahora con que no lo sabías, mujer —la amonestó—. Me pasé la infancia detrás de mi abuelo: la cosecha, la tala, el riego y de nuevo la cosecha. Es una ciencia sencilla, mucho más que las labores de carpintero. Escucha, Jacob —se dio media vuelta—: son cuarenta árboles, veintiún olivos, doce almendros y siete algarrobos.

—¿Algarrobos? —la vieja volvió a interrumpirle—. ¡Empezamos bien!… Esos árboles dan alimento a los animales impuros.

—Destinaremos una terraza a sembrar cereales o a plantar vides, según nos convenga —la ignoró—. Y para que comprobéis que sé de qué hablo y que no me dejo llevar por ensoñaciones, reconozco que los primeros años, mientras vuestro pequeño crece y os van llegando más hijos, apenas veremos frutos. Pero después… Tendremos una cosecha generosa detrás de otra, y entonces estaremos en condiciones de buscar nuevas tierras y comprar ovejas —hablaba a su vástago como si las dos mujeres se hubiesen volatilizado—. ¿Te das cuenta, Jacob? Con la aceituna, el mijo o la cebada; con las uvas, la almendra o el trigo; con la carne de los corderos, la leche y la lana, en menos de diez años habremos devuelto el principal, descontadas las primicias que le corresponden al propietario.

—Usted sabe más, padre.

—Eso sí, con los intereses iremos poco a poco, aunque de forma constante —utilizó un tono apaciguador—, pagándolos a

plazos de cinco o seis semanas.

La mañana que bajaron a Jerusalén, antes de visitar los soportales de los prestamistas, padre e hijo se inclinaron devotamente en el Atrio de Israel para solicitar la protección del Altísimo.

«No aspiro a ser rico», oró Matán con el corazón, «solo pretendo dejarles un mañana más fácil, cuando me llames a tu seno. Serán los brazos de mi hijo y de mis nietos varones los que harán producir esas tierras. Ellos sacrificarán, como el justo Abel, los mejores frutos sobre tu altar».

Hicieron cola en las dependencias del usurero, muy cerca del Pórtico Real. Aunque no querían que se notara su ignorancia, las manos fuertes de uñas gruesas y duras, dejaban ver que no desempeñaban un oficio intelectual.

Junto a la puerta de la oficina les aguardaba el propietario de los bancales, un clérigo de porte arrogante que llevaba años sin poner un pie en sus tierras de Belén. Los observó con desabrimiento, sin corresponder a la amable inclinación de cabeza con la que le saludaron.

—¡Tengo prisa! —exhortó al propietario de la oficina en cuanto les llegó el turno. De los tres clientes, fue al único al que se le ofreció asiento.

El prestamista comenzó a enumerar, a ritmo de letanía, las condiciones a las que iban a quedar sujetos el sacerdote y Matán.

—¿Estáis de acuerdo? —enarcó una de sus cejas al extender el pergamino.

Ni Matán ni Jacob habían entendido las cláusulas.

—Aquí —el funcionario señaló un espacio sobre el documento.

El carpintero selló su compromiso. Acto seguido recibió el dinero que, a su vez, pasó de sus manos a las del sacerdote, quien con avidez lo contó un par de veces antes de marcharse con el mismo talante engreído.

—¡Enoc!

El publicano presentó a Matán a uno de sus empleados. Era un tipo flaco, de piel cetrina y con una erosión malva sobre el ojo izquierdo.

—Enoc es mi encargado para la región de Hebrón —le notificó—. Irá a visitarte con puntualidad, Matán, para cobrarme la porción estipulada del principal, así como los intereses. Sabes que estos crecerán cuantas veces te demores en cada uno de los pagos.

5.

Era medianoche cuando en Belén, repentinamente, pareció

hacerse de día. Con los gritos se rompió el sueño de los niños. Hubo carreras y lamentos a los que se unieron relinchos, mugidos y balidos. Alguien ordenó que soltaran a los animales para que no les alcanzara el fuego.

El vecindario se había congregado alrededor de la casa de Matán. Hombres y mujeres se llevaban las manos al rostro y las subían hacia las estrellas, cegados por el incendio.

Susana, con el pequeño apretado a sus pechos, contemplaba con espanto la danza enrabietada de las llamas, que crecían y menguaban a golpes de siroco. Se había quedado plantada como una estatua ante la fachada, mientras el viento del desierto lanzaba furiosas vaharadas de aire caliente que avivaban el desastre.

—¡Más para atrás!

Algunas comadres se pelearon con ella hasta que consiguieron arrastrarla lejos de la carpintería. Aun allí el calor era insoportable. Recostada en el suelo, clamó el nombre de su marido.

—¡Jacob! ¡Jacob! —repetía con ansiedad, sin desprenderse de la criatura.

—Vas a matar al bebé —le advirtió una vecina.

—Suéltalo —le dijo otra, abanicándolo.

—¡Jacob!…

Una más le limpió de la frente una mezcla de sudor y carbonilla.

—Así se sentirá mejor —habló la primera, que con un paño mojado refrescaba la carita sonrosada del bebé.

—Dámelo —la última trató en vano de hacerse con el niño.

De inmediato, como una aparición, su esposo emergió a través de una cortina de humo. Traía la nariz y la boca cubiertas por un sudario.

—¡Jacob! —alargó Susana el brazo desde la distancia.

—Quieta —. Las mujeres no le permitieron ponerse en pie.

El muchacho, que no podía abrir los ojos, cegados de lágrimas, arrastraba el cuerpo de su padre por los tobillos. Acababa de rescatarlo, ya sin vida, bajo el travesaño que hasta entonces había sostenido la techumbre

—¡Ha muerto! —balbució al retirarse la venda. De sus calzones manaban hebras grises—. ¡Ha muerto! —porfió con rabia—. Mi madre también está muerta —dijo nada más caer de rodillas. Tenía los brazos y las piernas tiznadas y hacía espasmos al respirar—. Se ha derrumbado una pared y no he podido librarla, porque me faltaba el aire.

—¡Ay, qué desgracia! —un sollozo se contagió entre la

gente.

—Ha tenido que ser el candil —Jacob buscó una explicación, besando el rostro del viejo Matán—. Se ha derramado el aceite sobre el embozo de mi madre. ¡Padre! ¡Padre!... —le tomó una mano, con la que se golpeó la cabeza— Qué va a ser de nosotros.

Los vecinos se habían puesto en movimiento: algunos sacudían las llamas con ramas de acacia y otros venían del pozo con cántaros de agua, pero no había forma de sofocar el incendio.

Cuando Jacob se abrazó a su esposa y al bebé, se derrumbaron los últimos adobes.

Lo había perdido todo: a su padre, ahogado por el humo; a su madre, carbonizada; el hogar con sus tinajas; las herramientas de la carpintería; los últimos encargos; las maderas y el dinero que Matán escondía debajo de un ladrillo.

«Sin ahorros, sin nada con qué pagar el préstamo, caerán sobre mí las consecuencias de la obcecación de mi padre».

La primera humillación fue recurrir a la caridad de unos parientes para amortajarlo y darle sepultura junto a su madre.

Las malas noticias, como las aves de paso, vuelan rápido. Jacob apenas había cerrado la tumba en una triste ceremonia, cuando Enoc, el empleado del prestamista, arribó a Belén sobre un dromedario y convocó al hijo del difunto Matán en la sinagoga, pues necesitaba que el escriba fuese testigo de lo que iban a tratar.

—Por fallecimiento de Matán has pasado a ser, Jacob, el único heredero sobre el que recae el gravamen contraído por tu padre. Si fallecieras antes de terminar de saldar el empréstito junto con sus intereses, la carga pasaría a tu viuda siempre y cuando tus hijos varones no hubiesen alcanzado la mayoría de edad; o a estos mismos si ya tuviesen capacidad para comprar y vender.

Sobre un pupitre sostenido por el escriba, cada cual puso su marca: Enoc la estampilla de su jefe; Jacob un borrón asustado.

—Y ahora —salió del pórtico para sacar una tablilla de las alforjas—, hagamos los primeros números.

Sin la menor deferencia, aplicó una sanción achacable al retraso en el cumplimiento de uno de los desembolsos.

—¡Pero si me he quedado sin nada!... —Jacob, azarado, abrió los brazos— Tú mismo acabas de ver la carpintería: ¡Aún humea!

Enoc se pellizcó la nariz.

—No podré hacer el siguiente pago hasta que no venda la

primera cosecha de aceituna —prosiguió.

—Cumplo órdenes.

De nada sirvió que Jacob apelara a la hermandad entre los hebreos; el subalterno no cejó de mirar en lontananza.

—Los negocios son los negocios —hizo una anotación en la tablilla—. Bien sabes que Kyrios nos obliga a cumplir hasta la última letra de nuestros pactos.

—Te ruego que lo consideres, Enoc —entrelazó las manos.

El representante del prestamista le ignoró. Abandonó el soportal de la sinagoga y avanzó hacia su montura.

—¡Pido tu clemencia! —Jacob nunca se había abajado de aquel modo.

Enoc cabalgó sobre el camello y lo pateó para que se levantara sobre sus cuartos traseros, sin dignarse a mirarle.

—Volveré en cinco semanas para recibir el tercer y cuarto pago, con sus intereses —pronunció cuando la bestia se incorporó con las manos.

—¡Ten piedad! —le rogó una y otra vez.

El agente no reveló emoción alguna, ni siquiera cuando el hijo de Matán se echó de hinojos.

—Te lo imploro por el crío que acabo de tener —la vergüenza le imposibilitaba mirarle a la cara—. ¿Con qué voy a alimentarlo?

El mandado del usurero, que desde los lomos de aquel animal divisaba todo Belén, volvió la cabeza hacia la mancha ennegrecida en donde estuvo la carpintería. En el portal de una vivienda aledaña al siniestro se encontraba Susana junto a otras vecinas.

—No seas comediante —le soltó con un lado de la boca—. Veo que toma la teta de la madre.

No habían pasado veinticuatro horas cuando la delgada silueta de Enoc volvió a aparecer. Esta vez iba acompañado por el sacerdote propietario de las terrazas. Un puñado de chiquillos correteó alrededor del dromedario y de la borrica que cabalgaban, hasta que los visitantes se detuvieron frente a la sinagoga.

—Avisad a Jacob —les pidió el representante del usurero antes de hacer sentar a su cabalgadura.

—Traigo los riñones molidos —protestó el clérigo una vez puso los pies en el atrio—. Fuera, fuera —agitó la mano para que los niños dejaran de atosigarle.

El hijo de Matán apareció con gesto de sorpresa.

—¿Sucede algo? —preguntó después de saludarlos con la corrección de la gente humilde.

—Malas noticias —pronunció Enoc de camino a la pila, en donde empezó a lavarse las manos y los pies—. Al haber desaparecido la carpintería, aval sobre el que se sostenía nuestro préstamo, el arrendamiento de las fincas ha pasado automáticamente a mi patrón.

—Si es que no se puede hacer negocios con los pobres —farfulló el clérigo, con un mal disimulado regocijo.

—Pero… —el joven se había quedado sin aire—. Ese campo… los árboles… la cosecha… los corderos…

—¿Qué corderos? —el sacerdote frunció el entrecejo—. Yo nunca he tenido corderos.

—Sin taller, sin tierras, sin trabajo… —se le había hecho un nudo en el estómago— nunca podré devolver el préstamo de mi padre.

—Tu préstamo, Jacob; no lo olvides. No te es lícito cambiar la letra de la ley.

Enoc sacó del interior de su camisa el pliego que habían sellado la mañana anterior.

—Debéis firmar de nuevo. Aquí, junto a la estampilla de mi patrón.

—¿Os habéis propuesto acabar conmigo? —al hijo del carpintero se le había tensionado el cuerpo.

Susana llegó por detrás de la sinagoga. Llevaba al bebé atado a la espalda. Jacob le hizo una señal para que se detuviera.

—Lo único que puedo sugerirte es que nos acompañes a Jerusalén —el empleado del prestamista se examinaba las cutículas de los dedos—. Tal vez, si mi patrón te escuchara… Es un hombre recto, que distingue lo que corresponde a la fe de lo que forma parte del mundo. Si hablaras con él, podrías conseguir que te otorgue una nueva cantidad de dinero para, no sé, volver a levantar la carpintería o hacerte otra vez con los olivos.

—¿Existe esa posibilidad? —inquirió con desconfianza.

—Sí, claro que existe —carraspeó—. Aunque debo advertirte que esta vez las condiciones no serán tan favorables. Ten en cuenta el doble riesgo que asumiríamos. Por eso debes buscar alguien que te garantice —echó una mirada a la esposa—. ¿Tienes suegro?

—Sí, pero vive en Neftoa.

—Eso no importa —alzó las cejas—. ¿De qué bienes dispone? ¿Ganado, un silo, un buen depósito de harina…?

—Ya veo lo que pretendes —retrocedió unos pasos—. Queréis que nos convirtamos en vuestros esclavos por generaciones.

—Cada decisión comporta sus riesgos —reconoció con

cinismo.

—¿Ves al suegro de este haragán con algún tipo de bienes? —. Al sacerdote le afloró una sonrisa—. Te juego un denario a que su clan es miserable como las ratas.

Al hijo de Matán se le inyectaron los ojos.

—¡Sanguijuelas!… Antes arrastrarme como un perro que volver a pediros nada.

Comenzó a arracimarse la gente.

—Cuida esa lengua —el propietario de los bancales se desanudó un pañuelo que llevaba en la muñeca y se secó el sudor del cuello—. ¿No sabes que la casa a la que representa Enoc tiene derecho a exigir tu desahucio? Si no cumples, vuestra existencia se convertirá en una pesadilla.

El oficial de empréstitos contempló al matrimonio con gravedad.

—Dinos, Jacob, de quién fue el pecado: ¿tuyo o de tus padres? —le sondeó en alta voz para que los vecinos lo escucharan.

El clérigo, a su lado, apuntaló su voluminoso cuerpo sobre la pierna izquierda y le lanzó una mirada preventiva.

—Me juzgáis por la desgracia que hemos sufrido, como si fuera prenda para Adonai **en pago a un delito.**

—Por fin hablas con sabiduría —en la voz del sacerdote hubo un indisimulable desprecio.

—Entra en razón —Enoc comenzó a ordenar los documentos que transferían los campos arrendados—. Si espoleáramos a tus paisanos, terminarían por expulsaros de Belén.

—El Señor vela por nosotros —Jacob se volvió hacia los curiosos—. Oídlo bien: ¡El Señor vela por mí y por mi familia!

—No desvaríes, Jacob —le afeó el terrateniente.

—Llevo la sangre del rey David –el hijo de Matán saboreó cada palabra—. De entre los míos nacerá el libertador de Israel.

—¡Salve al rey! —el clérigo hizo una reverencia socarrona.

—¡Salve! —clamó Enoc sin levantar la vista de sus anotaciones.

Algunos se rieron.

—Buscaré una oportunidad en algún rincón del país. Me marcharé a tierra de gentiles si es preciso.

—Ah, no… —el administrador se columpió la cabeza—. La deuda te impide abandonar Judea.

—Me iré a Samaria. El corazón de sus habitantes debe ser mejor que el vuestro.

El sacerdote bataneó el pañuelo sobre el rostro de Jacob.

—Lo que acabas de decir es deleznable.

Jacob se encogió de hombros, dio media vuelta y echó a caminar hacia donde lo esperaba su esposa con el pequeño José.

—Vayas donde vayas, te encontraremos —ladró Enoc—. Pagarás hasta la última moneda de cobre. Y si no cumples, sobre ti y los tuyos caerá la justicia.

6.

El padre de José acababa de regresar de un viaje de prospección, cuando Susana descubrió que se encontraba nuevamente embarazada.

—En Nazaret he encontrado un modo honrado de ganarme la vida —le dijo él nada más saludarla.

Llevaba meses buscado empleo por la región de Hebrón y su contorno, en Jerusalén, Jericó y Salim, que hacía frontera con la tierra de los samaritanos, pero no le habían hecho más ofertas que cuidar rebaños de cabras, un oficio para gente errante a la que no pocas veces negaban la entrada en los pueblos.

—¿Nazaret? —su esposa se llenó de asombro—. ¡Pero si está en Galilea!

—Son amables, mujer —le acarició la frente.

—Y pendencieros.

—No desconfíes; es una ciudad suficientemente grande como para que podamos vivir ajenos a los zelotes.

Susana parecía disgustada.

—He oído que la mayoría de los galileos no cumplen con el Templo ni atienden la doctrina de los fariseos.

—¿Qué nos importa eso a ti y a mí? Necesito ganar un jornal; no podemos seguir ocupando esta casa.

—Seguro que tus tíos nos permiten quedarnos unos meses más.

—¿Cuántas veces lo hemos hablado? Mi primo está a punto de celebrar sus esponsales y va a necesitar la vivienda. Además, sería un abuso ahora que viene otro niño —le posó la mano en el vientre—. Nazaret es lugar de paso para comerciantes y peregrinos. Allí hay mucha gente pobre, como nosotros, que vive gracias a las atenciones que prestan a los viajeros.

—Tú tienes talento para hacer otro tipo de cosas.

—Pero no dinero. No te engañes; hasta que no me ponga al día con el pago del préstamo, solo podré aspirar a colocarme en las puertas de la ciudad con un cántaro y una jarra.

—¿Dar tú de beber a los viajantes? —se ofendió.

—No se me van a caer los anillos —le regaló una sonrisa melancólica—. Ha llegado el momento de partir.

—¿Y esa víbora de Enoc? —le interpeló en voz baja—. No tardará en saber a dónde nos hemos ido.

—Yo mismo me voy a encargar de comunicárselo.

—¡Estás loco! —exclamó en sordina—. Si nos marcháramos sin contarle a nadie nuestro destino —susurró—, nunca nos encontrará.

—Por respeto a la memoria de mi padre, debo cumplir.

—Pero las condiciones son abusivas. Además, no ha tenido en cuenta nuestra mala estrella.

Jacob la tomó de las manos.

—Ese hombre de Jerusalén para el que trabaja es muy poderoso, Susana. Conseguiría que los sayones del Sanedrín se pusieran a buscarnos hasta debajo de las piedras —la miró fijamente—. ¿Te gustaría verme encarcelado?

—Claro que no.

—Algún día cancelaré la deuda, te lo prometo —se besó los nudillos de la mano derecha—. Nuestros hijos no se merecen arrastrar esta condena.

Aguardó a que Susana pariera un segundo varón —al que dio el nombre de Adael— y a que se purificara cuarenta días después del alumbramiento, como manda la Ley. Después partieron, a pie y de atardecida, sin otra carga que los niños y un saco con alimentos para completar el viaje.

—¿Volveremos? —se preguntó Susana al detenerse cerca de los olivos, origen de su ruina. Llevaba al bebé sostenido por una tela anudada a la cadera.

Desde aquel bancal dominaban Belén: las viviendas cuadriformes, los patios, la pequeña sinagoga, el sendero que serpenteaba a través de las lomas hacia el sur, el riachuelo, los cercados de almendros, las terrazas de cereal, los carrascos que ramoneaban los rebaños y los pastos comunales con sus apriscos. Bajo el cielo nublado de aquella tarde parecía haberse esfumado el temblor inefable del Pacto divino, por el que en aquel villorrio vio la luz el rey David.

—Y si no somos nosotros, mujer —a Jacob le abrumaba el peso de su malaventura—, ten por seguro que regresará alguno de nuestros hijos. Esta es nuestra tierra, el lugar donde reposan mis padres.

7.

Cada vez que Jacob contemplaba a su primogénito, le apabullaba una extraña sensación. José nació con una mancha rosácea alrededor del ojo izquierdo que le bajaba por el pómulo y asombró a toda la casa. Por aquel entonces muchos semitas interpretaban las irregularidades en la piel como pruebas de aborrecimiento divino. Erupciones, tumores externos, lunares desmedidos y abultados o cubiertos de vello, manchones

verrugosos, escamas en las articulaciones, etcétera, causaban un rechazo supersticioso. Y aunque las anomalías cutáneas no fueran contagiosas, traían enhebrados ecos de padecimientos como la lepra, signo de los malditos.

—No lo juzgues —le pidió Susana a las pocas horas de haber dado a luz. Besó al niño y se lo ofreció para que él también lo besara—. ¿De qué culpa ha podido el Señor hacerle responsable?

El bebé aplastó la carita en el hombro fuerte de Jacob, y de sus labios apenas esbozados brotó una pompita de saliva.

—No lo juzgues —volvió a decirle—. Míralo detenidamente y hazte a la idea de que esta mancha es un sello de predilección. Los ángeles lo marcaron en mi vientre con el cuño de los elegidos.

—¿Es que acaso piensas…? —no se atrevió a finalizar la pregunta.

—No, bobo —sonrió cansada—. Si nosotros no tenemos nada, ¿cómo podría Adonai nombrarle su Ungido?

—David fue pastor, que es oficio de truhanes.

—Déjate de fantasías —se acomodó sobre el colchón de heno del que disfrutaban las parturientas—. Entonces eran otros tiempos.

Jacob consideró que Yahvé le había bendecido con una mujer extremadamente lúcida y, además, con un primogénito varón.

«Ay, si mi padre lo hubiese podido tener en brazos…», se lamentó por dentro. Y se abochornó por haberse dejado alarmar por la salpicadura en la faz del pequeño José.

«El Señor siempre se ha mostrado paciente y misericordioso con su Pueblo; mucho más con los de nuestro linaje, pues no hemos perdido la fe ni el temor a Kyrios», pensaba muchas veces al asomarse a la cuna en la que dormitaba el bebé.

Pero las dudas le asaltaban involuntariamente, pues los hombres de Belén, fieles observantes de la casuística que predicaban muchos fariseos, apedreaban a los leprosos que traspasaban las puertas de la aldea. No los querían por las calles. Tampoco que su sombra rozara los muros de las viviendas. En cuanto algún paisano divisaba por las afueras la figura espectral de un enfermo de lepra, daba la voz de alarma para que los habitantes se hicieran con piedras y los niños blandieran sus hondas. Varias cuadrillas salían por las fincas para que los infecciosos no huyeran contaminando huertos y pastos, sino por la carretera. Ni siquiera les permitían que se detuvieran a beber en el arroyo. A cambio de tanta vehemencia, unas mujeres de buen corazón les dejaban junto a un árbol o un mojón que

señalaba la demarcación, potes con algo de comida, cantimploras con agua, algunas monedas y sábanas viejas para que se fabricaran vendas.

Cuando de muchacho Jacob comenzó a frecuentar la sinagoga, escuchó a los escribas y a los doctores de la Ley que interpretaban los rollos de la Torá **dogmatizar sobre los designios de** Adonai**, que castiga a quienes violan sus preceptos, a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Aquellas prédicas le provocaron una aversión involuntaria hacia los infortunados a los que el concejo desterraba ante las primeras úlceras con las que la lepra da la cara.**

Frente a la mancha de José, Jacob rememoró las ocasiones en las que fue testigo de desgarros familiares a causa de la enfermedad aborrecible. La lepra siempre alimentó en Belén encendidas controversias acerca de la culpa. Si se trataba de un enfermo de conducta irreprochable, los fariseos rastreaban la línea de sus antepasados en busca del pecado que despertó la ira del Señor. La radicalidad de aquel juego dio pie a la estigmatización de algunas personas, sobre las que se forzaron toda clase de calumnias. Por eso temía la reacción de sus vecinos cuando, en la ceremonia de la circuncisión, fuera a presentarles a su primogénito.

—¿Qué pensarán entonces? —le preguntó a Matán.

Pero su padre decidió lavarse las manos.

—Yo solo puedo dar fe de que las dos generaciones que me antecedieron, respetaron los mandatos del Todopoderoso. No puedo hablar en nombre de la familia de tu madre ni, mucho menos, de los parientes de Susana.

Las vecinas, acompañadas por modestos presentes, se acercaron al hogar de la recién parida. Tomaron asiento en la penumbra para contemplar con embeleso cómo mamaba el chiquitín, al que su madre ocultaba la cabeza con la punta de una toquilla. La falta de luz (apenas se colaba por el vano de la puerta y por los huecos mal tapados de la azotea) impidió que pudieran apreciar el dibujo rosáceo. Igualmente la madre de Jacob decidió interpretar el papel de abuela celosa, negándose a que su nieto pasara de brazo en brazo.

La séptima noche desde el alumbramiento, algunos allegados acudieron a cenar y entonar las canciones que ordenaba la tradición. Fue entonces cuando las lámparas de aceite destaparon el señuelo indisimulable que portaba José.

Cuando a la mañana siguiente Jacob se sentó en la sinagoga, casi todos los habitantes de Belén se habían enterado de la singularidad que traía el niño. Al recogerlo para

circuncidarlo el mohel **apretó el ceño y con los ojos buscó a Matán, que asintió con gesto enérgico para que se cumpliera sin dilación el rito que iba a convertir a su nieto en miembro del Pueblo Elegido.**

Desconocedor del motivo científico de aquella nubecita (una ausencia localizada de pigmentación), el escriba, después de examinarla, proclamó que no había en ella herida, dureza o vello que recordara a la piel de las serpientes, de los cerdos u otros animales impuros. Pero el veredicto exculpatorio no libró a la criatura de convertirse en causa de murmuración.

Las mujeres compartían sus cábalas mientras hacían turno junto al pozo. Primero relajaban los escrúpulos al reconocer entre ellas que Matán era un viejo honesto. De él no se sabía de engaños; más bien, al contrario, si algún cliente le había dejado a deber el pago de un trabajo, el carpintero —después de insistir con discreción— terminaba por hacerse el olvidadizo, consciente de que no resultaba fácil satisfacer las deudas cuando la cosecha se retrasaba, se perdía o resultaba ruin por una plaga, niebla o granizo. Inmediatamente examinaban el comportamiento de su esposa. Según algunas, la anciana llevaba las cuentas de la carpintería porque su marido tenía el bolsillo alegre, debilidad de la que se aprovechaban los mercaderes. ¿Qué, si no, podía explicar que estos se detuvieran a ofrecer sus artículos en el taller de Matán antes que en ningún otro patio? Pero con Jacob no se atrevían a hilar tan fino, pues no le había llegado la hora de llevar las riendas del negocio. Hasta que con diez u once años empezó a ayudar a su padre, fue uno más entre la chiquillería de Belén, aunque se distinguiera en su condición de hijo único. El que Matán y su mujer hubieran sido capaces de engendrar un varón —decían— les relajó, como si no tuvieran en cuenta que su casamiento les comprometía a intentar mantener viva y frondosa una de las muchas ramificaciones del árbol de la Casa de David.

El mozo, como se esperaba de todo adolescente hebreo, creció bajo el sometimiento a sus mayores. Por boca de los hijos de aquellas mujeres, supieron que no abusaba del vino y que no visitaba lupanares en sus viajes para comprar madera, aunque una deslenguada achacó, con mala voluntad, aquellas virtudes a las limitaciones económicas de la familia, que sí fueron la razón que le obligó a Matán a buscar para Jacob esposa entre las hijas de unos primos lejanos, pobres como ellos, que residían en un pueblucho llamado Neftoa.

—¿Por qué, entonces, esa máscara sobre el ojo del niño? —se interrogaban sin hallar respuesta.

Lo que había sido un pretexto para tener una charla

maliciosa cada vez que, a la alborada, acudían a llenar los cántaros, se desbocó a partir del incendio. Buena parte de la culpa la tuvo Matán, que había pasado los días anteriores fanfarroneándose del préstamo por toda la aldea.

—Ya sabéis que es el usurero más afamado de Jerusalén —soltaba con desenvoltura, dándose ínfulas—, un noble que no atiende a cualquiera.

Se preció de que le había llegado la hora de hincar sus azadas en los bancales, en vez de que fueran otros los que hacían rendir las tierras con las herramientas que salían de sus manos. Exultante, detalló a unos y a otros los planes que tenía para enriquecer su casa. Y como su conversación entusiasta provocaba ensueños en aquel diminuto universo hecho a las estrecheces, lo jalearon, sintiéndose apremiado a redundar en los parabienes que le iban deparar un destino que ya tocaba con los dedos. Radiante, se dejó caer en la posada, tomó asiento a la sombra de los árboles y repitió el cuento junto a los muretes, para distracción de los temporeros que recogían la almendra que —estaba convencido— un año después sería suya.

El torrente de habladurías no respetó el doble luto de Jacob ni su ruina. De nada les sirvió a los murmuradores que tanto el hijo de Matán como su mujer y el bebé se hubiesen salvado de las llamas. Mientras Jacob enterraba a sus padres, los vecinos hicieron grupos alrededor de los ancianos de la sinagoga, a los que pidieron que recordaran quién pecó en la familia del carpintero, pues aquella catástrofe (lo creían a pies juntillas) había venido anunciada en la mancha de José.

Una avanzadilla de comadres decidió prevenir a la esposa del hermano del finado que, en una muestra de conmiseración, había amparado a los sobrevivientes. Esta, después de deshacer el rodete sobre el que acarreaba su cántaro, las amonestó:

—¡Son sangre de nuestra sangre! ¿Dónde está vuestra compasión?… Susana está otra vez encinta.

—¡Que lo tenga en el campo! —soltó una, con los brazos en jarras.

—¡Eso! —chilló otra—. Si el Señor ha determinado que carguen con la maldición de sus ancestros, nosotras no queremos que nos salpique su delito.

—Puede buscarse un lugar entre las retamas o una cueva para que nadie la vea parir —una más buscó la aquiescencia de la concurrencia—. Además, ¿no ha aprendido Jacob el oficio de su padre? Pues que antes de largarse le fabrique un jergón y una cuna.

—No necesitarán ropa hervida ni la ayuda de una matrona.

¿Sabéis por qué?... —una mujer añosa y gorda también quiso hacerse la ocurrente—Si el primogénito les llegó con un antifaz como el de las gacelas, seguro que el que está por venir traerá una cola de raposa.

Un anillo de carcajadas estalló junto al brocal.

—¿Cómo podéis…? —la cuñada de Matán las miró con dureza—. Sois unas arpías.

—¿Es que te has olvidado del fuego?

—Jacob dice que fue el candil.

—Pues hay vecinos que asegura haber visto un rayo que cayó, fulminante, en el sobrado de la carpintería.

—¿Quién puede creerse semejante cuento?

—Tenemos miedo —la que primero había hablado se asomó por detrás de la mujer rolliza—. Las llamas son una advertencia.

—Tienen que marcharse —sentenciaron—, por el bien de nuestros hijos.

La aldea respiró al conocer su partida.

Una vez se difuminaron las tensiones supersticiosas los habitantes no tardaron en pasar página, como si el incendio no hubiera ocurrido o como si la carpintería nunca hubiese formado parte de los comercios de Belén.

8.

Aunque José, ya mocetón, percibió la inicial suspicacia con que le miraban los desplazados que llegaban a Nazaret, había comprobado que la superaban a fuerza de verle trajinar por las correderas del barrio en las que ofrecía sus brazos para cualquier necesidad.

Cuando sus padres le hablaban de Belén, detenían la historia antes de la malhadada noche del incendio, como si lo que sucedió desde que se prendió el embozo de la abuela hasta que llegaron a la ciudad de Galilea fuese un agujero en la nada. Nunca le relacionaron el motivo del traslado de la familia con la devastación que convirtió la carpintería en cenizas, ni le descubrieron qué fue lo que acabó con la vida de sus abuelos paternos, de los que José creía que murieron como consecuencia de los achaques naturales de la edad, cuando él apenas tenía dos años.

Durante los meses de frío, al cobijo de la lumbre, Susana se dejaba atrapar por la nostalgia y recapitulaba su vida de soltera en Neftoa. Entonces se le soltaba la lengua y narraba historietas sobre sus hermanas y acerca de la integridad de los abuelos maternos, a los que sus hijos no conocían. Pero tanto ella como Jacob les velaron casi todo lo referente a Matán y su esposa, así como el hiriente adiós a la localidad en la que se hundían las

raíces de la estirpe paterna y en donde, mil años antes, había eclosionado una nueva dinastía real.

9.

El carácter de Jacob había mudado. En Nazaret se hizo un hombre taciturno que desconfiaba de todos: de los nacidos en aquella ciudad y de aquellos que —como él— habían venido en busca de oportunidades. Por eso evitaba las charlas ociosas y el compadreo. Cuando, por motivos de trabajo, no tenía más remedio que relacionarse, ocultaba sus emociones con tal reserva que muchos lo catalogaban como un tímido exacerbado. Rehusaba tomarse un vino, corear de evocadoras letrillas con aquellos que provenían de Judea y echar partidas de juegos tradicionales. Nada parecía llamarle la atención más allá de las cuatro paredes de su hogar, que había construido con materiales baratos. Lo peor fue que aquella apatía inutilizara las habilidades que, como artesano, había recibido de su difunto padre.

—Nazaret está suficientemente poblada; ofrece tus servicios en las serrerías —. A Susana se la llevaban los demonios con la abulia de su esposo—. En el lavadero he oído que en Séforis se piden manos que sepan trabajar la madera.

Pero Jacob se conformó con el oficio de aguador al paso de las caravanas, uno más entre el sinnúmero de desventurados que porfiaban con su matraca:

—¡Que llevo agua; agüita fresca! —mientras golpeaba su cántara contra un cuenco de madera.

Otros hacían ripios acerca de los racimos de uva, llegado el tiempo, y con otras frutas en sazón, pastelitos de higos y dulces bañados en miel, con pescados y tiras de carne ahumada para los viajeros adinerados.

—Lo tuyo es labor de mendigo —le afeaba su esposa.

Cuántas veces le había prometido que encontraría el favor de algún paisano asentado en la ciudad…

—Recordarán a mi padre —le decía en voz baja, como si pretendiera darse ánimos a sí mismo—; pero no sabrán nada del incendio.

A los tres días de su llegada, un antiguo vecino de Belén, movido por razones de paisanaje, les hizo el favor de albergarles en el gallinero anejo a su casa. El pacto fue por unas noches, pero se quedaron casi un año, el pequeño José atesorando plumas mientras Jacob, con el recipiente de agua junto a las piernas, tragaba el polvo que levantaban las pezuñas de los camellos y los bueyes, entre bostas de rucio y mula, guardándose de las ruedas de las carretas y manoteando los tábanos y las moscas. Al atardecer les compraba a sus compañeros de fatigas alguna fruta

golpeada, pieles de pescado y galletas rotas, pues nunca ganaba suficiente dinero para llevarse una medida de harina, tortas de pan, pastelillos ni, mucho menos, los huesos que aún guardaban alguna trencilla de carne.

Durante algún tiempo no pudo mudar su vestidura, una túnica sin mangas (Susana había confeccionado con ellas unas chaquetitas para sus hijos) que fue adquiriendo una tonalidad desvaída y que estaba zurcida con hilachas que su mujer encontraba enganchadas a las maderas de los corrales.

Aunque la conciencia le exigía otra actitud, la desmoralización se había apoderado de su voluntad.

—Si tú no puedes —determinó Susana una noche en la que en el recipiente para la cena solo flotaban unas migajas de pan duro—, tendré que ser yo la que se ocupe.

Al alba, después de que su marido bajara a la Puerta Norte de Nazaret, comenzó a ofrecerse por los chamizos de la colina para cualquier necesidad. En poco tiempo se corrió la voz acerca de su ingenio para coser, encalar paredes, degollar chivos y cabras viejas, despiezarlas, lavar, vaciar las letrinas, acompañar a los enfermos… Lo mismo molía para otros que amasaba y cocía bollos, cuidaba niños que amortajaba a los difuntos, desgranaba legumbres que ejercía de mandadera o acarreaba sarmientos. La misma mañana del parto de su tercer hijo, bajó al riachuelo con una banasta colmada de ropa y los pequeños José y Adael agarrados al vuelo de su falda. Frotó las sábanas entre contracciones y rompió aguas mientras tendía.

Gracias a su esfuerzo cambiaron el gallinero por un habitáculo que compartieron con dos familias en parecida situación. Tiempo después pudieron construir un chiscón. Hasta allí, cada cinco o seis semanas, arribaba otro de los empleados del usurero de Jerusalén, encargado de los cobros en el sur de Galilea.

—Hiciste bien en comunicarle nuestra mudanza —le reconoció a su marido—. Ahora sabemos que el prestamista tiene mil ojos, también lejos de nuestras fronteras.

Con cada hijo aumentaron los quehaceres de Susana, labores a las que fue sumando la ayuda de sus pequeños cuando estos tuvieron facultades para trabajar.

No tardaron en despuntar las habilidades de José. Sin apenas conocimientos previos —los que había podido adquirir al contemplar, gracias a una curiosidad natural, las variadas chapuzas que se realizaban por la barriada—, poseía una maña envidiable para todo aquello que se proponía.

—Pero a ti, ¿quién te ha enseñado? —le preguntaban con

sorpresa los vecinos, que conocían la inutilidad en la que estaba convertido su padre.

Porque el muchacho cubría goteras, armaba tapias, esquilaba ovejas, fabricaba adobes… aunque pocas cosas le hacían disfrutar tanto como reparar los aparejos de los hortelanos y componer piezas sencillas de madera (arcones, cucharas, taburetes, platillos y algún juguete tallado).

—Lo ha heredado de tu familia —le dijo Susana a su esposo, llena de complacencia—. ¡Trae la carpintería en la sangre! Es hora de que le enseñes.

Aquella noche Jacob se desveló. El viento galopaba por el cerro como un lobo aullante.

—Tengo miedo —había lloriqueado su hija, la más chica, al acostarse.

Un portillo abierto golpeaba incansable en un corral.

«¡Maldito viento!».

Jacob había tenido que colocar saquitos rellenos con guijos para tapar la gatera, y asegurar con un tablón el cierre del único ventanuco.

«Trae la carpintería en la sangre», paladeó bajo la manta.

La arena clavaba las uñas en las paredes y el tejado, y crujían las ramas del alerce que daba sombra al patio de vecindad, como si fueran a hendirse. Acobardados por el vendaval, los perros no se atrevían a lanzar sus ladridos territoriales ni el chacal sus gañidos desde el vertedero. Parecía que el aire viniera cargado con aquella ira del crepúsculo memorable en la ciudad del faraón, cuando los ancestros del pueblo cenaron la primera Pascua como preludio de su liberación, antes de que el Ángel Vengador rastreara casa por casa en busca de los primogénitos.

Sobre el dintel titilaba la llama del candil. Jacob estaba tan acostumbrado a aquella tímida luz, presente en todos los hogares hebreos, que solía pasarle inadvertida. Sin embargo, en aquel momento le ayudó a refrescar la certidumbre de que él y los suyos pertenecían al Pueblo de la Alianza. Desde aquel prisma todo cobraba sentido: tanto las pruebas que le pesaban como rueda de molino, como las oportunidades que el futuro iría a presentarles a sus hijos, en especial a los varones, particularmente a José, su primogénito, a pesar de la mancha en el párpado o, precisamente, debido a ella. ¿No interpretó Susana, al parirlo, que la nube rosácea era un cuño de los enviados del Señor?…

«Qué cosas absurdas se me ocurren», se censuró.

Sabía la inconveniencia de hurgar en las contrariedades

cuando uno se desvela.

«Pero la pericia de José con las herramientas no es una contrariedad», se dijo, impresionado porque de repente se habían esfumado sus frustraciones.

Al darse la vuelta con intención de agarrar el sueño, no pudo reprimir su primera sonrisa espontánea en mucho tiempo.

«A José le palpita la carpintería en las yemas de los dedos por decisión de Adonai. A José… ¡mi buen José!».

Hizo un esfuerzo por concentrarse en los sonidos de la habitación, por debajo del vendaval que bramaba por el laberinto del collado. José respiraba pesadamente entre los ronquidos de su madre, el rechinar de dientes, las palabras sin sentido y los plácidos suspiros de sus hermanos y hermanas.

«Mis ojos lo han visto esta misma tarde».

Cuando Jacob regresaba de atender a los viajeros, Susana le salió al encuentro a unos metros de la casa. Quería compartir con él la satisfacción de que su primogénito hubiera terminado de confeccionar unos bebederos para el propietario de un rebaño.

—¡Con solo catorce años nos ha traído su primer jornal!

«He sentido tanta vergüenza…».

Jacob fue incapaz de sacar, como todos los días, las monedas de cobre que llevaba en la talega.

«Mi calderilla frente a su jornal».

Parecía que el viento quisiera llevarse el terrado.

«Y pensar que no le he querido instruir…», apretó los dientes. «Nunca podrá decir que se hizo obrero gracias a su padre; nunca podrá presumir de que es hijo del antiguo carpintero de Belén».

Hubiese querido llorar, pero las lágrimas se le secaron la noche del incendio.

«Debería haberle enseñado el oficio, pero los desengaños me han hecho concentrarme en un trabajo de esclavos», se afligió. «Si al menos le hubiese hecho acarrear la tinaja, la cercanía del chico me hubiese despertado en algún momento de este sinsentido. Pero lo abandoné a la responsabilidad de Susana, que ha ejercido de madre y padre simultáneamente. Ella lo ha convertido en un hombre mientras yo, miserable, he enterrado mis dones».

Mil espinas parecían sangrarle el corazón.

«José hace escabeles y se las ingenia para reparar artesas; compone tapas para los contenedores de grano y fija marcos a las ventanas. Lo sé, claro que lo sé. Ella se ha encargado de taladrarme los oídos para picar mi soberbia».

Aunque Susana le puso algunos de esos objetos en las

manos, el hijo del difunto Matán nunca había querido observarlos con detalle.

—El aroma del serrín me revuelve las tripas —le decía.

Emitió un sollozo seco.

«¿Acaso mis desengaños están por encima de mis hijos? ¿Acaso mi tribulación es más importante que la voluntad de Kyrios?».

—Jacob —Susana se incorporó en el lecho y le llamó con voz pastosa—. ¿Qué te ocurre?

Después de tantos años su marido, como un niño herido, recostó la cabeza en su seno y rompió a llorar.

—¡Cuánto he implorado para que llegara este momento! —dijo ella acariciándole el rostro.

Al amanecer, junto a la puerta de la casa, en presencia de todos los suyos y sin mediar explicaciones, Jacob partió el cántaro de aguador de un solo golpe.

—Vamos, José —soltó la maza y avivó al muchacho—. Salgamos juntos a buscar trabajo.

A partir de aquel día la pareja de artesanos ambulantes partía del cerro hacia el centro de la villa con los cinturones cargados de herramientas prestadas. Al principio iban de portal en portal, brindándose para cualquier labor:

—¡Hacemos remaches, fijamos tablones, salvamos muebles en mal estado, colocamos hebillas…!

Al identificarlos como los chapuzas del altozano, empezaron a contratarlos en las obras.

Los vecinos supusieron que no tardarían en perderlos de vista; al fin y al cabo, Jacob había volteado la moneda de la fortuna. Lo normal hubiera sido que se establecieran en la vaguada, próximos al corazón de Nazaret, en el barrio en el que abundaban los trabajadores manuales, en vez de permanecer entre las chabolas donde, como consecuencia de la estrechez de las calles, no resultaba sencillo acercar un carro con maderas ni sacar del corral un encargo de notables dimensiones. Además, parecía llegado el momento de que Susana pusiera punto y final a tantas labores como venía prestando por las pendientes del collado y se retirara al interior de un hogar más digno y tranquilo. Pero en aquella loma, acostumbrada a las visitas de los usureros —no era Jacob el único sometido a los tentáculos del prestamista—, nadie conocía el monto de la deuda a la que se obligó Matán: la inobservancia en el pago de tantos plazos había multiplicado un pasivo del que Jacob no había liberado ni una sexta parte, lo que convertía todos los sueños de prosperidad en humo de bengala.

10.

Si no podían permitirse otro tipo de alegrías, al menos mejoraron la ubicación de su vivienda. Después de hurgar todas las oportunidades que en aquel momento ofrecía el arrabal, Jacob adquirió un inmueble. Se encontraba en estado calamitoso, pero disponía de una corraliza. Cuando los hombres de la familia terminaron de blanquear las paredes, su esposa se retiró unos pasos en busca de perspectiva.

—¡Ha quedado espléndido!

Ella se había encargado, con sus hijas, de barrer el piso y disponer los cacharros de cocina.

—Pronto llenaremos las tinajas.

—Y compraremos un burro, ¿verdad, padre? —la más pequeña, zalamera, se apoyó en uno de los hombros de Jacob—. Siempre he soñado con un borriquito.

—Yo también —se sumó José—. Un borrico con dos serones profundos en los que podamos cargar las herramientas.

—Bien dicho. ¡Que nos quite el peso! —su hermano Adael, exhausto, estiró todo su cuerpo.

—Y que nos deje las manos libres —concluyó Obed.

Jacob y José llevaban meses aceptando numerosos encargos menores, que realizaban en el collado después de terminar la faena. Cuando al fin armaron un portón y unas contraventanas, las canjearon por un rucio al que por las noches recogían en el patinillo.

Pusieron a Adael y Obed al frente del taller, que habían instalado en el corral. Mientras padre e hijo trabajaban en la ciudad, los otros dos hermanos hacían escaleras, horcas y palas, jaulones para transportar aves, yugos y mangos para hoces, guadañas y cuchillos. Una vez terminados, José los entregaba de cliente en cliente.

Jacob, empeñado en recuperar el tiempo perdido, aprovechaba cada encomienda para que sus tres vástagos se ilustraran en el uso de los instrumentos y asimilaran la variedad de golpes y cortes que adaptan el metal y la madera a la necesidad del artesano. Como los mandados eran incesantes, se dividieron las tareas. Uno se ocupaba de modelar pequeñas piezas de hierro, afilaba los cantos de los útiles para la siega y limpiaba el óxido. Otro torneaba, labraba piezas para las cocinas, cepillaba tablones y ensamblaba muebles. José, una vez en casa, se entretenía vaciando tarugos para convertirlos en celemines, colocaba dientes nuevos a las trillas y urdía paja con esparto junto a sus hermanas, con las que confeccionaba toldos para ensombrecer los patios durante la canícula y capachos para

filtrar el prensado de las olivas.

El primer día de la semana, después de entonar juntos la plegaria que les unía a los sacrificios que se ofrecían en el Templo, los tres hermanos salieron por los callejones para anunciar que habían reservado una parte de la corraleta para hospedar a los viajeros que hacían un alto en Nazaret. Mientras, sus padres se sentaron en el portal. Jacob echó hacia atrás la cabeza y entrecerró los párpados.

—Hoy te has ganado el descanso —le dijo Susana.

—Ojalá pudiese.

—¡Pero si llevas todo el día en lo alto de un andamio! Tienes que estar extenuado.

—Lo estoy.

—Entonces, ¿qué tienes que te impide descansar?

—La deuda de mi padre, lo sabes.

Su mujer rechistó:

—¿Cuándo dejarás de mirar el mundo con los ojos de una oveja? —pretendió ser graciosa—. Aún no has enviudado, tienes casa nueva y tus hijos pelean como cornejas. Olvida por unas horas lo que no tiene vuelta de hoja.

—Puedes decir lo que quieras, pero no seré yo quien la vea cancelada —se cruzó de brazos—. Te dejaré en herencia una cruz que después caerá sobre las espaldas de nuestros pequeños.

—¡Cierra esa bocaza! —le golpeó el hombro—. Para empezar, ya no son pequeños, que casi todos están en edad casadera. Y más vale que tu muerte no nos conduzca a esa tortura abominable, salvo que quieras arder en la Gehena por toda la eternidad. ¡Venirme ahora con cruces!... Que el Señor libere nuestra tierra de esa crueldad impía.

Bajó la frente:

—Como ves, lo mío son las ocurrencias negras.

—Pues piensa en otras cosas, como en las bodas de los nuestros —insistió—. Estoy segura de que muy pronto recibiremos tratos para las niñas, así que ya puedes espolear el ingenio para que no se las lleve ningún patán.

Le arrancó un amago de risa.

—Deberías empezar a mover las sandalias, Jacob —prosiguió—. Llegamos tarde con los tres muchachos, salvo que vayas a dejarlos célibes, como esos ascetas esenios.

—Si se fueran con ellos a las cuevas, tres problemas menos —suspiró.

—No bromees con esas cosas. ¿O es que vas a hacerte responsable del fin de una de las líneas de la Casa de David?

Jacob cruzó los pies y dijo:

—Con Adael y Obed no tendremos inconvenientes. Ahora que el negocio funciona, ¿qué padre no los querría como yernos? Pero José…

—¿Qué pasa con José?

—¿A qué mujer puede aspirar un mozo con semejante baldón en la cara?

—¿Otra vez con esas? A nuestro hijo lo adornan muchas virtudes que para sí quisiera cualquier doncella. Y la mancha…

—…es el cuño que le puso un ángel cuando lo llevabas en el útero —habló por ella, repitiendo de memoria—. Vamos, sé sincera. ¿Qué les dirías a unos padres que viniesen a negociar matrimonio con una de nuestras hijas, si tu futuro yerno trajera la cara rociada de excrecencias?

—¿Excrecencias? —arrugó la boca—. Lo de nuestro hijo es una mancha rosácea que no repugna a la vista.

—No eres testigo cuando bajamos a la ciudad. ¡Todos le observan de soslayo! Y las mujeres se cubren la boca para cuchichear.

—¿Ah, sí? —se hizo de nuevas—. Pues en este barrio solo hablan de lo bueno que es. ¿No sabes que José nunca pone reparos cuando se trata de echar una mano?

Jacob asintió con un murmullo.

—¿Y sabes a quién sirve leña sin cobrársela?

—A la viuda de Marom, el quesero —le respondió con desinterés—. Y sí, a los ancianos de Djenin les ha recompuesto el terrado.

—Y tampoco les cobró. Ni siquiera los materiales.

—Vale, vale —meneó la cabeza—. Y ahora querrás vanagloriarte de su piedad.

—Si eres tú el que me descubrió que musita salmos al tiempo que trabaja; que mira hacia el horizonte como si buscara los muros del Templo; que compone melodías piadosas y las canta.

—Lo que nos faltaba… ¡un santurrón! —Jacob respiró con pesadez—. ¿Qué pensarían los doctores de la Ley si le escucharan?

—Esos salmos le pertenecen con más derecho que a muchos sabios: salieron de la pluma de nuestro rey y antepasado. Además, ¿qué importancia tiene lo que cante el hijo de una familia pobre?

—Tienes razón; ¿qué les importa un pobre? Sin embargo, sé las conjeturas que se hacen los fariseos cuando vamos a la sinagoga.

—¿Sabes o te las imaginas?

—Hay miradas que no necesitan imaginaciones, Susana. Y no les vayas con grandilocuencias celestiales, querubines ni besos alados; respiran tranquilos cuando nos colocamos junto a la puerta, lejos de ellos.

Los cúmulos surcaban el cielo, empujados por una alta corriente de aire.

—Pero entonces, ¿qué será de él? —buscó sus ojos con preocupación.

Jacob se quedó pensativo.

—Cuando los demás ya no vivan en casa, José seguirá a nuestro lado. Él se ocupará de atenderme cuando me llegue la agonía y cuidará de ti en la viudez. Ah, y se hará querer por sus sobrinos —pareció quebrársele la voz—. ¿No les ocurre lo mismo a los muchachos a los que se les encoge una pierna, se les ciega la vista o se les seca una mano?

—Se quedan solteros ante la compasión del pueblo —hundió la cabeza entre los brazos—. Me duele mi corazón de madre.

—Kyrios **velará por él.**

Buscó la mano de su esposa y la apretó con fuerza.

No se atrevieron a hablar con José acerca de su previsible destino. Tampoco sus hermanos le aventuraban su más que probable soltería: en los rifirrafes infantiles habían aprendido que no debían tratar de humillarle a cuenta de la mancha. Aquel que osó vomitar un insulto, recibió una buena soba por parte de Jacob y el castigo de dormir con el estómago vacío.

De vez en vez, si se encontraba solo, José se examinaba la mejilla izquierda en charcos y abrevaderos. Con los dedos tiraba de los bordes de la nube rosa y entrecerraba los ojos, por ver si lograba disimularla, mas enseguida perdía interés y volvía a sus tareas.

Primero desposaron a sus hermanas. Más tarde fue Obed el que tomó mujer. Finalmente, con un intervalo de apenas unos meses, Adael celebró sus nupcias. La noche de aquel casorio, le hizo José una confidencia a su padre:

—Pronto encontraré una buena mujer; así se lo pido al Cielo.

Jacob sintió un profundo dolor.

—¿Cómo voy a decirle que no me atrevo a iniciar tratos con ningún padre de la barriada? —le expuso a Susana en la privacidad de la alcoba.

En otoño aparecieron los primeros síntomas de la infección pulmonar de Jacob. Le faltaba resuello incluso para subir las escaleras.

—¿No has oído los silbidos cuando duerme? —su madre abordó a José en la corraliza.

El joven asintió y Susana comenzó a llorar.

—Vamos… —soltó al rucio para abrazarla.

—Está muy enfermo —dijo, secándose la nariz con los nudillos—. Aunque lo incorpore, no deja de resollar. Tú mismo lo ves: ¿Cuánto tiempo hace que busca excusas para no acompañarte en la entrega de los pedidos? Sabe que no tiene fuerzas para ascender las pendientes del cerro.

Al esbozarse el invierno se le desataron toses secas y dolorosas, que le hacían escupir coágulos de sangre que le manchaban la túnica de un humor negruzco. Algunos vecinos temieron que aquella enfermedad fuera contagiosa.

—¡Lleváoslo del barrio! —les exhortaron.

No fue necesario: falleció una madrugada, la cabeza sostenida por su primogénito, que durante la agonía entonó aquellos salmos que le gustaba canturrear al trabajar.

—Acaba de entrar en el seno de Abrahán —comunicó a su familia tras cerrarle los párpados.

Iba Susana a romperse en un grito cuando José soltó una de las manos con las que sostenía a Jacob y le cubrió la boca.

—Lloremos todos juntos —le pidió—, pero sin angustias. Si creemos que volveremos a encontrarnos con él, dejemos que chillen las plañideras y aquellos que no conocen la esperanza de la resurrección. Y demos gracias porque hemos sido bendecidos con un auténtico hijo de Israel que temió al Señor y cumplió sus mandatos.

Sin padre, le faltaba el mediador que debía negociar su casamiento. Por eso comenzó a aprovechar sus idas y venidas por Nazaret para hacerse una idea de las muchachas núbiles que todavía podían corresponderle.

Realizó descartes: a unas porque pertenecían a familias de buena posición; a otras por ser pública la naturaleza corrupta de sus padres, hombres haraganes, licenciosos, maledicentes o incumplidores de la palabra dada; a las últimas, por tener rasgos físicos que no le agradaban.

Aunque no eran pocas a las que observaba con gusto —hermanas y primas de camaradas del altozano, hijas de amigos del difunto Jacob y vecinas que revoloteaban entre las lavanderas del arroyo—, el tiempo fue pasando sin que acabara por decidirse. Nadie sabía que en lo más íntimo de su espíritu refugiaba una confianza: los aconteceres terminarían por llevarle hasta la única mujer que había nacido para él.

11.

Una tarde, finalizados sus quehaceres en el centro de la ciudad, se desplazó hasta la Puerta Norte para ofrecer hospedaje en el corral. Daba por descontado que serían muchos los que pasarían de largo sin molestarse en mirarle a la cara, pues llegaban a Nazaret ansiosos por lavarse, descansar en la vivienda de algún familiar o en el patio de una pensión, y tomar un bocado caliente después de tantas jornadas de comidas frías.

Los contados viajeros que se detuvieron frente a él intentaron regatearle el precio por aquella noche o negociar a la baja una estancia de varios días. Aquellos chalaneos eran habituales, pero José se resistía; no aceptaba que por un pago irrisorio pretendieran que incluyese las comidas que elaboraban sus hermanas y el cuidado de las bestias.

—Pues entonces no hay trato —zanjaba antes de salir en busca de otros clientes.

A voz en cuello volvía a declamar las virtudes de su corraleta, al lado de los que ofertaban albergues de tres al cuarto.

—¡Refugio, doy refugio!... —se multiplicaban las voces.

Avanzó envuelto en el polvo que levantaban los animales, abriéndose una cavidad entre los pordioseros que asediaban a los visitantes y los mercaderes que alzaban su quincalla. Los reclamos de la chusma le obligaban a gritar todavía más alto, para que le oyeran los jinetes que pasaban a su vera:

—Escuchad, hermanos: los muros de mi casa os brindarán intimidad para el descanso.

En el tumulto descubrió a una muchacha. Aunque se encontraba a cierta distancia tuvo la impresión de que, durante unos segundos, había correspondido a su mirada. Se puso de puntillas para seguirle el paso, admirado de que en aquel alboroto fulguraran ojos tan bellos.

Nunca, hasta ese momento, le había desconcertado que una mujer pudiera compartir aquel espacio con los reniegos de los vagabundos y las execraciones de los rabadanes. Aquella joven iluminaba el campanilleo de los enfermos, los ladridos de los chuchos, la algazara de los chiquillos y el mal olor que ceñía el universo de la Puerta. José sintió que rutilaba como una flor que se abre sobre la cima de una montaña de estiércol.

Un rebaño de dromedarios le tapó la vista.

—¡Aparta! —rugió uno de los vaqueros, blandiendo una vara.

Escudriñó entre las largas patas de los animales, sordo a los improperios y a la fiereza de los perros que recogían la manada.

—¿Dónde estás?... —murmuró, ávido por volver a verla.

La encontró difuminada por la polvareda: a lomos de una

acémila, la muchacha se escondía bajo el ribete de su manto azul.

«Eres preciosa», la piropeó en sus adentros.

Especuló que no podía ser el primer soltero en caer subyugado bajo el encanto de aquellos ojos, la finura de aquel perfil y la pequeñez de sus pies, calzados con sandalias repujadas con cuentas de cristal. Los celos le llamearon súbitamente.

—Señor, dueño nuestro, / ¡qué admirable es tu nombre/ en toda la Tierra! **—bisbiseó—.** Coronaste al hombre de gloria y dignidad… **¡Y también a esa mujer!**

Sintió un dulce pellizco en las entrañas.

Resuelto a verla más de cerca, lo detuvo una inopinada turbación.

«¡Mi mancha!».

A toda prisa se llevó la mano al rostro para ocultarla.

«¿Cuál podría ser su impresión?», discurrió aprensivo.

¿Le juzgaría como esas mujeres que le contemplaban con desagrado y, sin embargo, ponderaban su afabilidad?

«¡Qué bueno es José!…», evocó el forzoso comentario antes de echar la mirada al suelo, azorado de que la muchacha llegara a percibir el claro de despigmentación.

«¿Quién, al conocerme, no me contempla con un poco de asco?». Pensó en los niños, cuando suspendían en su rostro el mirar curioso.

Pero la recién llegada se irguió sobre la mula con un movimiento que denotaba fatiga y que hizo desaparecer, instantáneamente, las aflicciones del artesano. José, sin pensárselo, avanzó a través de la turbamulta y se plantó ante ella.

Un hombre entrado en años le salió al paso. Asía el cabezal de la acémila con una brida.

—¿Traes agua fresca, muchacho? Tenemos la garganta reseca.

—No —respondió con aturdimiento.

De un borlón de la manta sobre la que la chica estaba sentada partía otra cincha, que sujetaba el ronzal de un asno viejo que arrastraba una pequeña carreta cubierta con una lona.

Se entrometió un aguador entre ellos.

—¡Ah! —después de beber, el hombre que guiaba la mula se secó los bigotes con el antebrazo. Llevaba el sudario sobre la cabeza para protegerse del sol—. Sírvele un cucharón a mi hija.

Le entregó una moneda al arrapiezo.

—Entonces —se dirigió a José—, ¿qué es lo que vienes a vendernos?

Se disponía a hablarle del corral cuando apareció un paisano que, seducido por la gritería, acababa de asomarse a la desembocadura del camino.

—¡Joaquín, viejo saqueador! —le saludó, abriendo los brazos de par en par.

El tal Joaquín le respondió con una risotada que dejó al descubierto sus encías, apenas provistas de dientes.

—¡Nahúm!… Benditos los ojos.

—Menos cumplidos, haragán —repuso con humor tras besarle tres veces seguidas los carrillos. Una pelambrera azulona se le rizaba por el cuello hasta la barbilla—. Dime, ¿cuántos extranjeros han caído en la red de tus estafas?

—¿Por qué Adonai **te alumbraría con ese par de ojos de musaraña? —se volvió hacia el borrico—. ¿No ves que traigo la carreta casi como cuando partimos? —. José se fijó en el carro, que no parecía excesivamente lleno—. Las cosas no están fáciles. Tampoco en Judea, en donde apenas hemos vendido la mitad de las existencias.**

—Echaba de menos tus lamentos —Nahúm le guiñó un ojo.

—¿Cómo pretendes que no me queje? O los recaudadores se cobran hasta los últimos ahorros de la buena gente o nuestros compatriotas se los reservan para adornar sus tumbas, porque lo que se dice comprar, querido amigo, nada de nada. Y eso que se me antoja difícil resistirse a la calidad de mi género.

—¿No te enseñaron que fanfarronear ofende las buenas maneras? —se rio.

—¿Dudas de mi palabra?

—Traes el vientre bien alimentado –confiado, le acarició la barriga, que se le descolgaba sobre el cinturón—, salvo que ocultes la bolsa en las caídas de tu ropa.

—¿Qué insinúas?

—No suena a metal —ahora le palmoteó las caderas—, pero quien puede alimentarse a su gusto no conoce estrecheces.

—¡Por las aguas del mar de Galilea!… Cuida esa lengua, Nahúm, si no quieres que la envidia te condene a vagar por los campos yermos de Samaria.

—La culpa es tuya, que nada más volver a Nazaret nos pasas tu descontento por las narices. Es una estratagema para espantar a los parientes y vecinos pedigüeños demasiado conocida, Joaquín.

Se carcajearon antes de darse otros tres besos.

José permanecía impávido.

—Hay que ver lo que está cambiando María —comentó Nahúm tras ojearla con discreción—. Se ha convertido en toda

una mujer.

—¡Si estuviese su madre para verlo!

—Vamos, no te atribules. Además, si no te empeñaras en vivir solo…

—Quita, quita —meneó la cabeza con los ojos congestionados—. No tengo ganas de que una viuda me eche la lazada.

—Entonces, cuida mejor de la niña. Pobrecita; se la adivina cansada.

—Normal —rezongó—. Hemos partido de Akrabata antes de que saliera el sol. Pero si ella está cansada, que es joven, yo no siento las plantas de los pies.

Nahúm y José dirigieron la mirada a sus dedos malformados y sucios, embuchados en unas sandalias viejas.

—Tú estás preparado para las caminatas, Joaquín. Sin embargo, tu hija… Deberías dejarla en casa. Lo dice mi esposa: ¿qué necesidad tienes de llevarla de acá para allá durante tantos meses? Pareces desnortado, como si no te dieras cuenta de los peligros a los que la expones.

—Hay que vender el género.

—Vender, vender y vender —su forma de hablar había dejado de parecer gentil—. En cada paso que das por las provincias te arriesgas a toparte con la infantería y con la soldadesca de Herodes.

—Los romanos no son malos clientes y a las tropas de Antipas también les gusta el género que llevo.

—Para vender no existen los enemigos, pero no deberías poner en riesgo tu mercancía más valiosa —miró a María, que continuaba sosteniéndose el velo frente a los ojos.

—Ten cuidado con lo que aventuras —Joaquín se puso serio.

—Sabes que te hablo con afecto —carraspeó frotándose las manos—. Me alegra que los militares gasten sus soldadas en tus telas, pero hazte cargo del desdén con el que nos juzgan y del poco respeto que demuestran hacia nuestras mujeres.

—Nadie te ha pedido consejo.

—¿Y los bandidos? —Nahúm parecía dispuesto a sacar la baraja de todos los personajes ante los que se exponían los viajeros—. Bajo el amparo de los zelotes, dicen, los caminos se han llenado de salteadores.

Joaquín se arrancó el cuffieh.

—Me estás empezando a fastidiar —. Había dejado al descubierto un manojo de mechones que no le cubrían la totalidad del cráneo.

—Padre…—María intentó interceder desde la montura.

—¿Acaso los bandidos son buenos compradores? —Nahúm se había cruzado de brazos—. Gente de la peor calaña; eso es lo que son.

—Los ángeles nos escoltan —bufó el vendedor de tejidos.

—Ladrones, asesinos, violadores… Mucho es el trabajo que confías a los ángeles.

José, que se había hecho invisible para aquella pareja de polemistas, se sentía incómodo.

—Nos escoltan, Nahúm, nos escoltan.

12.

Iba Joaquín a remprender su marcha cuando Nahúm dio unos pasitos cortos hasta la acémila y tomó con sus palmas encallecidas las de la muchacha.

—¿Y qué me dices de sus manos?

—¿A qué te refieres? —le picó a Joaquín la curiosidad.

—¡Benditas sean! —exclamó Nahúm tras estudiarlas—. Pero conseguirás que se malogren.

María había vuelto el rostro, como si aquel atrevimiento por parte del paisano le ruborizara.

—No digas tonterías.

—¿Tonterías? —estaba embriagado por las suaves líneas y la fina piel, por los dedos largos y bien formados—. Kyrios **no las modeló para que cargaran tu carretón, levantaran tu tienda ni acarrearan madera para tu fogata. ¡Que lo sepa todo el mundo! —reclamó la atención de la caterva apiñada junto a aquel costado de la Puerta—. ¡Que todo el mundo me oiga!**

—¿Quieres bajar la voz? —le exigió.

—¿Pretendes que me calle?… —se pavoneó, vuelto hacia aquellos que los miraban— No puedo callar que las manos de esta doncella son cuasi divinas.

—¡Disparates! —chistó el buhonero.

—Disparates, dice —por el rabillo del ojo contempló a María, a la que no le permitía retirar las manos de las suyas—. ¡Los dedos de esta señorita han recibido el don de tejer mantos sin señal de costura ni errores en la trama! —las liberó de pronto para que, a modo de prueba, el público valorara la calidad de su vestimenta—. Eso sí, este viejo no me aplicó ningún descuento.

—María no puede pasarse el año entero en el telar —tartamudeó Joaquín por debajo de las carcajadas de la concurrencia.

—¿Por qué? —estiró el cuello peludo—. En ningún sitio estaría mejor guardada que en tu taller.

—¿Qué sabrás de este negocio?. Yo no encontraría en Israel

clientela suficiente a la que vender sus trabajos.

—¡Necedades! —las réplicas de Nahúm no abandonaban un acento guasón—. ¿O es que no los querrían en Siria, el Líbano o Iturea? Empiezo a pensar que si te acompaña en esas correrías comerciales es porque no se fía de ti: un viudo con la bolsa llena es más peligroso que un perro husmeando en un matadero.

—¡Necedades las tuyas! —arguyó entre el choteo general.

El rostro de Nahúm se expandió con una sonrisa.

—Haces bien en no fiarte de él, chiquilla —soltó un cachete en las ancas de la acémila, que dio un paso adelante y otro atrás. María ni siquiera le miró—. Si no viajaras con tu padre, cualquiera podría tenderle un engaño. El pobre inútil no sirve ni para contar monedas.

—Nahúm, Nahúm… —esta vez no pudo resistirse al humor de su paisano—. Pásate cuando quieras por casa; sabes que las manos de mi niña también son únicas para cocinar dulces y escanciar el mosto.

Joaquín apretó al fin la soga y tiró del cabezal, dispuesto a entrar en Nazaret.

José aprovechó el final de la disputa para retomar su negocio.

—¿Buscan acomodo?

—¿Cómo dices? —preguntó Joaquín distraídamente.

—Dispongo del mejor lugar del collado: amplio y bien atendido —señaló la loma, con el corazón desbordado ante la cercanía de la doncella—. Está a tiro de piedra.

El comerciante volvió la cabeza hacia el altozano.

—¿Acomodo has dicho?

—Sí. Y por el mismo precio (le garantizo que es una excepción que hago con ustedes) me ofrezco a darles de comer y atender a los animales —tragó saliva—. Mucha gente podría hablarle de los inmejorables guisos de mis hermanas.

A través del rebozo María lo miró.

—¿Has oído, Nahúm? —Joaquín buscó la connivencia de su amigo, que apenas se había retirado unos metros de la pequeña caravana.

Alrededor de ellos proseguía el infatigable ir y venir de los vendedores de pastelillos, frutas y pescado seco.

—¡Qué cosas tiene la juventud! —exclamó Nahúm desde cierta distancia, echándose a un lado para no entorpecer el paso.

Iba José a abrir la boca de nuevo cuando Joaquín se le adelantó:

—Vivimos en Nazaret.

—¿Comprendes por qué no son convenientes tus largos

viajes por las provincias? —Nahúm avanzó hasta ellos con las manos en los bolsillos de la túnica—. Hasta tus conciudadanos se han olvidado de ti.

Joaquín se ordenó el cabello antes de volver a cubrirse con el sudario.

—Un día te sellaré los labios.

—Disculpe, señor —el hijo de Jacob habló con retraimiento —; le había confundido con un viajero.

—Buhonero soy —hizo que las bestias echaran a caminar—. El más afamado comerciante de Nazaret en tejidos de primera calidad: lino, lana y algodón. También algunos artículos de cuero. En el carrito del que tira mi jumento —se volvió hacia el cansado animal— traigo jubones, camisas, mantos hilados con maestría y teñidos con los más vivos y bellos colores del Oriente. Y qué decir de la ropa interior, cinchas, cinturones y sandalias —. Como si acabara de recordar algo importante, colocó la mano en los belfos de la acémila para frenarla y le tendió a Nahúm el ramal—. Tienes suerte, chico, de que aún me queden algunas piezas —se dirigió a la carreta—. Anda, sígueme.

—Joaquín… —Nahúm apoyó la frente en el hocico ceniciento de la mula—. ¿Es esta una demostración de tu pericia mercantil?

—Hay que aprovechar todas las oportunidades —le respondió, al tiempo que desanudaba la sirga que sujetaba la lona.

—¿Y desde cuándo un pordiosero puede permitirse el lujo de comprar alguno de tus ropajes?

—Yo no soy un pordiosero —José defendió su honorabilidad.

Nahúm le miró con indolencia.

—¡Cualquiera lo diría!

—Desempeño un trabajo honrado; busco huéspedes para el patio anexo a mi casa.

—Él me ofrece albergue y yo le enseño el muestrario —Joaquín habló sin detener sus maniobras—. No están los tiempos para dejar pasar una ocasión —se le resistía una de las lazadas—. Pero, ¿quién habrá atado esta maldita cuerda?

—¿Ocasión? ¡Ja!… —trató de zaherirle— Insisto, vieja calamidad: te has equivocado de cliente.

Con una punta de la loneta en las manos, se enderezó para estudiar a José.

—Oye —Joaquín fijó los ojos en el muchacho—, creo que te conozco.

Soltó el toldo, cruzó uno de sus brazos sobre el esternón y

con la mano contraria se atusó los bigotes.

—¿No eres hijo de Jacob, el aguador?

—Lo soy.

—¿Cómo has tardado tanto en darte cuenta? –le cuchicheó Nahúm, rascándose el gaznate—. Por eso te he advertido de que es un mendigo, como su padre. Además, el chaval es inconfundible.

—El hijo de Jacob… —no le quitaba la vista de encima—. Dime, ¿qué te ha pasado en el párpado?

José se vio obligado a confesarle, con apuro, que se trataba de una mancha de nacimiento, pero ante su sorpresa Joaquín no le dio valor; viajar le había ensanchado la mente frente a la estrechez de miras de sus paisanos.

—Escuché que tu padre mejoró su suerte y que abrió una carpintería. ¿Cómo le van las cosas?

—Falleció hace unos meses —la voz le brotó débil.

—¡Abrahán lo guarde en el seno de los Justos! —se le acercó y le batió cariñosamente las mejillas—. Cómo iba a saberlo, ¿verdad, hija? —pretendió que ella validara sus palabras—. Partimos a Judea antes de que acabase el invierno.

—Son cosas que pasan —José se mordió el labio—. Ahora soy yo quien lleva el negocio. La carpintería, quiero decir —se corrigió a trompicones.

—Carpintería, agua, pensión… —enumeró Joaquín, ayudándose con los dedos de una mano.

—Es algo más modesto que una pensión: un pequeño cobertizo.

—El bueno de Jacob puede sentirse orgulloso de ti —le descargó sus pesadas manos sobre los hombros—: eres un zagal hacendoso. Si además te muestras pertinaz, acabarás por hacerte rico.

—¿Rico? —resopló Nahúm—. Bastante con que este y sus familiares consigan llenar el puchero todos los días.

—Pero, ¿qué dices? —se revolvió—. Otros chicos de su edad se conforman con vivir de las particiones de sus muertos.

—Mi padre solo nos dejó la casa del collado, en la que vivo con mi madre. No fue un hombre afortunado: lo poco que tenemos se lo ganó en jornadas de sol a sol.

—De lo que doy fe —Joaquín empezó a alabarlo: —. Al partir y al regresar de mis periplos comerciales me lo encontraba junto a esta misma Puerta, siempre pegado a su cántara, siempre resuelto a aliviar la sed del viajero —expiró largamente por la nariz—. Te confieso que me parecía un hombre misterioso pues en nada se parecía al resto de los vendedores. Lo mismo sucede

contigo, mozuelo, que tienes un porte y una forma de hablar diferente, como tu padre, cuya conversación expresaba el discernimiento de una persona de mundo, ¿verdad, Nahúm?

—Cierto.

—Por otra parte, su acento evidenciaba que no era galileo. Ya sabes; tenía modos más refinados, como los que se gastan en el sur.

—Nació en Belén —le informó.

—¿Qué te dije?… —infló el tórax como un palomo— ¡Belén! —suspiró—. La cuna de nuestro rey, cabeza de mi estirpe.

—Ahí lo tienes —intervino Nahúm, socarrón—. Resulta que a nuestro buhonero le corre por las venas la sangre de los elegidos de Adonai**.**

Joaquín se colgó los dedos en la faja.

—Sin embargo, tu padre —continuó Nahúm, mirando a José — nunca se jactó de haber nacido en la aldea de David. De haberlo sabido, muchacho, me hubiese referido a vosotros de un modo más… —se detuvo a buscar un término correcto— amable.

—Dirás respetuoso —al comerciante de telas le había molestado aquel último desquite.

—Belén es un pueblo muy pequeño —dijo el joven carpintero, al que empezaba a cansarle aquella conversación—. Ni los sacerdotes del Templo parecen tenerlo en estima. Así que las vanaglorias no van con nosotros.

—Pequeño o no, fue el lugar del nacimiento de David — Nahúm engoló la voz—. Ojalá tuviésemos en Galilea un poblado relacionado con el elegido de Jehová**.**

Por fin guardaron silencio.

—Discúlpenme —el joven hizo un gesto de cortesía—, pero debo seguir con mi trabajo.

—Si tu padre nació en Belén —Nahúm no se daba por vencido—, ¿qué fue lo que le trajo a Nazaret?

—¡Mira que eres entrometido! –le censuró Joaquín.

—Pregunto lo que me da la gana… Un descendiente de nuestro rey convertido en aguador —balanceó las manos con la mirada fija en José, al que reclamaba una explicación— es el argumento para una buena historia.

—No hay oficio que desagrade a Elohim **—les recordó José.**

—¡Espléndido! —aplaudió el comerciante.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿podría haber sido porquero?

—¡Nahúm!

—¡Padre! —. Escucharon la voz suplicante de María.

—Jacob estaba encadenado a algún castigo, reconócelo.

—Pero, ¡qué estás diciendo, deslenguado! —el viudo se

plantó ante su amigo.

—Por estos barrios se sospecha que era prófugo de la justicia.

—Así que esa es la causa por la que me tacha de pordiosero, hijo de otro pordiosero —. Les dio la espalda y comenzó a alejarse, entristecido de que aquella muchacha tan bonita tuviese que ver con aquella pareja de charlatanes.

—¡Perdónale! —el mercader no dudó en elevar el tono de voz—. La curiosidad es propia de los ociosos.

—¡Como si tú no quisieras conocer la verdad! —Nahúm se enojó y de una carrerita se puso al lado del joven artesano—. Yo no digo que tu padre fuese un mal hombre. ¡Que me devoren los gusanos si alguna vez lo he llegado a pensar!... Pero su presencia en esta puerta no tenía sentido: él no había nacido para mendigar.

—Antes le dije que no soy un mendigo —reaccionó—; que mi padre tampoco lo fue.

Al joven le latían las sienes. Por un momento consideró defender la memoria del difunto Jacob aclarándoles la razón de su modesto oficio, pero en ese caso se vería comprometido a hablarles de las puntuales visitas del usurero. Al ver que María lo contemplaba desde la mula, renunció a justificarse.

—Acepta mis disculpas —el vendedor de telas habló con voz conciliadora—. También las de mi amigo.

—De acuerdo. Acepto las del señor Nahúm —hizo una inclinación de cabeza—. Usted no tiene de qué disculparse.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—José.

—Querido José, hay veces que la lengua de los hombres es peor que la picadura de las avispas.

—Lo siento —Nahúm, que permanecía entre el carpintero y el viajante, bajó la mirada—. Tu padre era un hombre honrado. Nadie lo vio meter la mano en la bolsa de los viajeros, algo habitual entre la chusma.

—Dejémosle, entonces, descansar en paz —pidió el buhonero—. ¿Qué nos importan a ti y a mí los motivos por los que vino a nuestra ciudad?

Nahúm espantó a un rapazuelo que les ofrecía, en una bandeja de mimbre, tiras de carne en salazón.

—¿Te das cuenta, Joaquín?... Hablando de hurtos, ya ni siquiera los niños callejeros se molestan en intentar robarnos —se tentó el monedero que llevaba al cinto—. Son los publicanos los que nos desvalijan. ¡Malditos hijos de ramera!

—Cuide su vocabulario delante de una doncella —le

apercibió José.

—¿Y cómo quiere su majestad que llame a los que sisan el dinero ganado con nuestro sudor? —hizo un amago de reverencia.

—Ya está bien de monsergas, que se nos va a echar la noche encima ——arbitró Joaquín, mostrando un incisivo en la mandíbula superior y un colmillo solitario en la inferior—. José, hijo de Jacob, te llamas como nuestro santo patriarca… ¿Y dices que trabajas la madera?

Al joven le pasmó cómo aquel hombre hilaba las cosas sin solución de continuidad.

—La doblego como si fuese cera —sonrió desde una de las comisuras de sus labios, encendido por un súbito coraje—. Y así como usted busca ocasiones para colocar las prendas que lleva en el carro, yo busco hogares que necesiten las artes de un buen carpintero que también es un magnífico albañil y el mejor de los herreros.

El viejo volvió a entregarle a Nahúm el cabezal de la acémila para apretar al muchacho contra su pecho.

—Que los justos que duermen en el seno de Abrahán te guarden, hijo mío —tenía tanta fuerza que José sintió que le cortaba el oxígeno—. Preséntate mañana en mi casa. Tras esta larga ausencia necesitaremos algunas reparaciones.

Centellearon las pupilas del obrero.

—¿En dónde vivís?

—Pregunta por mí en los alrededores del abrevadero de Raveh —se hizo otra vez con el gobierno de los cuadrúpedos—. Allí sabrán darte razón de mi telar.

Cuando José los vio internarse por las callejas, de su mente se había evaporado todo cuidado respecto a la charlatanería del tal Nahúm. Se sentía cautivo de María que, como un junco, se balanceaba en la mula sobre las cabezas de la gente. La siguió con la mirada, sin pestañear. Su pecho estallaba de júbilo cada vez que ella se apoyaba en los cuartos traseros del animal para volverse.

«Es la esposa que busco», se dijo. «El regalo que padre me envía. La insondable voluntad de Yahvé».

Antes de que desaparecieran tras un chaflán, la chiquilla se retiró el tocado y le obsequió, desde la lejanía, con una sonrisa.

13.

—Pero, ¡mirad cómo está!

Joaquín no sabía interpretar aquel papel. Aunque antes de que llegaran había tratado de forzar los goznes, por mucho que abrió y cerró la portezuela no consiguió que se desencajase del

marco.

—Pues yo la veo bien —opinó José con los ojos muy cerca del cierre—. Estas bisagras las tuvo que fabricar un buen profesional.

—Pues os repito que esta mañana no pude trancarla; no se ajustaba en el quicio.

El mozo pasó la yema de los dedos por el canto.

—No está hinchada ni se ha desquiciado —miró a Joaquín.

Los pichones se apretaban en una percha al fondo del jaulón, entre acobardados y curiosos.

—Nosotros tampoco vemos ninguna avería —valoró Obed, y Adael asintió.

Desde el fondo de la pared hasta el enramado vegetal cacareaban seis o siete gallinas, a la espera de que alguien les lanzara un puñado de grano.

—¿Y sois vosotros los tan afamados albañiles? —el buhonero simuló cierta desilusión.

José volvió a inspeccionar la portezuela.

—Le aseguro que ni raposa ni perro asilvestrado ha podido forzarla.

—Además —habló Adael—, las alimañas no se atreven a adentrarse en la ciudad.

—Eso es lo que pensáis los habitantes de la loma —Joaquín, artero, se mesó las barbas—. Hace tiempo que las zorras le han perdido el miedo al hombre.

—Se las ve en los basureros de las afueras, eso sí —Obed había comenzado a guardar las herramientas en el serón del borrico—, pero nunca por las calles. Y mucho menos por aquí.

—¡Bah! —batió una mano como para espantar moscas—. Nazaret ya no es lo que era. Mis vecinos me han prometido habérselas encontrado de noche, durante mi ausencia. Las raposas husmean las galleras y no tienen reparos en brincar por encima de las tapias. Si no me la arregláis, volverán esta madrugada, conseguirán entrar y os haré responsables de que no me dejen un ave con vida.

José apretó el entrecejo.

—Señor Joaquín…

—¿No me crees, aguador? —su enojo seguía sin parecer natural—. Antes del amanecer he sentido barullo en el gallinero. Los animales estaban alborotados; de hecho, el gallo lleva sin cantar desde la hora tercia —. Como si hubiese comprendido que se refería a él, el señor del corral cloqueó antes de picotearse la pechuga—. Me he encontrado plumón a lo largo de todo el reborde —con la intención de parecer creíble, se agachó y

anduvo al ras de la malla—, prueba de que la zorra las ha azuzado de un lado al otro. Y mirad, mirad de nuevo —señaló un montoncito de tierra removida—. Si no llego a levantarme de la cama, habría terminado por abrirse un paso y ahora no me quedarían más que carnes mordidas e infectas.

Obed y Adael canjearon una mirada chisposa.

—Pongamos las cosas en orden, señor —habló el segundo de los hermanos—. Si hemos venido desde el collado hasta aquí se debe a José, que ayer noche nos contó su encuentro con usted en la Puerta Norte.

Habían cambiado sus planes de la jornada a causa del mensaje que al amanecer les trajo un niño: que en los meses en los que Joaquín y su hija habían estado de viaje, se habían formado algunas goteras en la casa.

—Hemos dejado lo que teníamos entre manos para repararle el techo y el gallinero —dijo Obed.

El mercader rezongó:

—Cómo iba a saber que…

Obed interrumpió lo que adivinaba sería un nuevo pretexto:

—¿Que en su ausencia cuenta con una vecina que le cuida la alquería? No nos chupamos el dedo, amigo.

—Nos ha hecho trepar por la escalera —prosiguió Adael—. ¿Y qué nos hemos encontrado?

—Que o bien no existen tales goteras, o bien que no hace más de dos o tres semanas que su vecina, o quienquiera que ella llamara, echó sobre el cañamazo una capa de adobe y después la compactó —concluyó el hijo más joven del difunto Jacob—. Si en algún momento hubo algún desperfecto, hace tiempo que está más que reparado. Y usted lo sabe.

—Tal vez el señor Joaquín disponga de un ángel como peón —vertió José otra hipótesis—. La pasada noche, mientras nuestro querido mercader de telas roncaba, el serafín alado volvió los desperfectos a su estado original.

Los tres hermanos liberaron al aire una carcajada que terminó por contagiar a aquel hombre entrado en años.

—Me habéis descubierto… —se apretaba con las manos la tripa saltarina—. Cuando ayer te conocí, José, creí que te gustaría ver mis telares.

—¿Quién le ha dicho lo contrario?

—Ya, pero con todos los negocios que atiendes —se retiró las lágrimas de los ojos—, pensé que demorarías la visita.

—Por favor… —movió hacia atrás la cabeza, como si le ofendiera que hubiese puesto en duda su cortesía.

—Por eso os he enviado un mandadero con la engañifa del

tejado.

—¡Viudo loco! —marmoteó Adael con humor.

—No debí jugar con vosotros —el viejo empezaba a arrepentirse de su obcecación—, pero ya que os he hecho venir, pasemos al taller. Creo que os gustará y que podríais darme algún consejo acerca de su mantenimiento.

—¿No será otra argucia? —desconfió Obed.

—Esta vez mi espíritu es recto —Joaquín les enseñó las manos para que comprobasen que no tenía los dedos cruzados—. Otros años vienen de Jerusalén o Cesarea a revisar el estado de los husos y las ruecas, pero en esta ocasión pasaron por Nazaret durante mi ausencia, así que sois mi única alternativa.

Les hizo salir del cercado.

—¿Sabemos algo de husos y ruecas? —preguntó Obed a sus hermanos, con la única voluntad de mortificarle.

—A los hijos de Jacob no hay secreto que se nos resista —cantó José ufano.

—Debo advertiros que no me conformo con un examen superficial de mis máquinas —se escondió las manos bajo las barbas—, así que no me vengáis con que las piezas gastadas podrían durar otro año más. El mío es el telar de la comarca de mayor categoría; lo que necesite ser cambiado, que se cambie. Comprenderéis que no voy a jugarme el sustento de mi casa.

—Aún no le hemos dado un sí —le insinuó Obed frente al portón—. No nos gusta que haya jugado con nosotros.

Al comerciante se le ensombreció el rostro.

—Vamos, no sigáis teniéndomelo en cuenta. Asumo que soy un viejo que, a veces, no mide las consecuencias de sus payasadas. Pero me comprometo a pagaros como si os hubieseis pasado la mañana cepillando la puerta del gallinero y ligando la argamasa para el tejado.

Se tentó la bolsa y escucharon el repique de las monedas.

—Nada de regateos —le previno Adael.

—Por favor, hermano ——para José aquello estaba de más.

Pero Joaquín le restó importancia.

—Prometido —se besó el pulgar.

Tuvieron que transcurrir unos instantes hasta que sus ojos se hicieron a la penumbra. En el vestíbulo olía a lavanda; María solía poner hierbas aromáticas en los arcones de la ropa.

—Tomad —Joaquín les tendió una jofaina para que se purificaran las manos. De una repisa cogió una toalla—. El telar está recién barrido; podemos entrar sin necesidad de lavarnos los pies.

Era la tercera vez en el día que a José se le desbocaba el

corazón. Le ocurrió en el collado, cuando escuchó al enviado de Joaquín y comprendió lo fácil que iba a resultarle encontrarse nuevamente con María. Después, junto a la casona del abrevadero, porque adivinó que la muchacha se encontraba detrás de los muros. Y en aquel momento, seguro de que ella sabía de su visita.

Obed le dio con el codo en las costillas.

—Este empeño del viejo solo persigue que vuelvas a verla —murmuró con una sonrisa ladina.

Un latigazo gustoso le recorrió el espinazo.

14.

La noche anterior, al calor del hogar, mientras su madre, sus hermanas y cuñadas les servían una ensalada de calabaza, ajo y guisantes sobre panes de cebada, les habló de su encuentro con el mercader y de la curiosidad irrefrenable de Nahúm.

—El viudo tiene una hija —añadió.

—¿Una hija? —le preguntó su madre, abstraída con las labores de la cena.

—Se llama María.

—La conozco —comentó Kerem, esposa de Obed, que iba colocando la loza alrededor de las esterillas sobre las que los hombres de la casa acababan de recostarse—. Tiene fama de rara.

—¿Rara? —José tensó el cuello—. ¿Por qué dices eso?

Kerem se volvió hacia su suegra.

—¿Hemos puesto el agua?

—Anda, mujer —le incitó su esposo—. ¿No ves que nuestro soltero se muere de curiosidad?

Susana, ocupada en el aliño de la verdura, les previno:

—Sabéis que no me gustan los chismes.

—A María nunca se le oye hablar de su futuro —Kerem ignoró a la viuda.

—¿Qué futuro? —José empezó a enojarse.

—Del hombre que vaya a desposarla, ya me entendéis, ni de los hijos que pueda regalarle el Cielo —se arrodilló entre Obed y el mayor de sus cuñados—, como si no sintiera la responsabilidad que conlleva transmitir la sangre de nuestro rey.

—Menudo desbarato —farfulló el primogénito.

—¿Desciende de David? —se interesó Adael, siempre atento a los lazos familiares.

—Sí; se lo oí decir a Nahúm —se apresuró José a contestarle.

—¿Y aventuras que a María no le interesa poder convertirse en la madre del Mesías? —se inmiscuyó Meital, esposa de Adael.

—¡Cuánto os gustan los cuentos!… —Obed tendió el vaso

para que se lo llenaran de vino— Si todas las mujeres que provienen de la Casa de David pujaran por alumbrar al Mesías, con tal de no escucharlas hace mucho tiempo que Jehová habría perdido las ganas de bendecirnos con un salvador.

Voló una cuchara que se le estrelló en la cabeza.

—¡Ay! —se dolió.

—¿Quieres que te lave esa boca sucia?

—¡Madre! Hablaba en broma.

—Un hijo de la tribu de Judá nunca bromea con las cosas sagradas.

Se callaron todos.

—Así que María desciende de David… —Adael fue el primero en volver a hablar—. ¿Y sabe Joaquín que nos unen las raíces del mismo árbol?

—Se lo dijo ese tal Nahúm.

—¡Valiente bocazas!

—María es una muchacha extraña, os lo digo yo —subrayó Kerem—. Soy amiga de Sibias, una de sus parientes, que vive cerca del aprisco, al otro lado del altozano. La que está casada con el hijo de Josué, el colmenero.

—Vete al grano —le conminó su marido, rascándose la cabeza dolorida.

—Por lo visto, sabe leer —habló con voz queda.

—¡No es posible! —Adael no disimiló su sorpresa.

—Y escribir —añadió, con la satisfacción de servirles una primicia—. Le enseñó su padre porque el hombre se aburría, dicen, una vez murió su esposa.

—La Ley no estipula que la mujer que sepa leer y escribir ofenda a Yahvé —anotó José.

—¡Es una mujer! —puntualizó Obed.

—Insisto —el carpintero se enderezó en la alfombrilla, hasta quedarse sentado.

—¿En dónde has visto que una mujer lea y escriba? Dímelo, hermano —le incitó.

En el iris de Kerem, Meital y Susana, refulgían las llamas de la pequeña lumbre.

—Estoy con Kerem —Adael cogió un plato—. Esa tal María tiene que ser una chica extraña.

—Pues yo estoy con José —la viuda de Jacob tomó partido —. No es delito conocer el dibujo de las palabras. Ella puede desentrañar los textos de las tablillas, no como nosotros.

—Nadie ha hablado de delitos ni pecados.

—¡Cállate, Adael, cuando tu madre está hablando! —se acogió a su autoridad matriarcal—. Antes de lanzaros a criticarla,

deberíais mostrar un poco de indulgencia —los repasó con la mirada—. Si así fuera, tendríais en cuenta todo el mérito de la muchacha.

—Mérito… ¿qué mérito? —Kerem estaba dispuesta a defender su parecer sobre la hija del vendedor de telas.

—¿No le has escuchado a José?… La tal María acompaña a su padre por esos caminos repletos de aventuras.

—¿Y eso, madre, acaso es un mérito? —Obed se inclinó por la opinión de su esposa.

—Puede que su habilidad con las letras haya salvado al buhonero de más de un estafador.

—Eso mismo le oí decir a Nahúm.

—Para mí quisiera una nuera letrada —Susana meció la barbilla—. No sabéis cómo se las gastan los trashumantes del desierto, los idólatras que moran en los países del sur y todos esos griegos que nos contemplan con suficiencia —no se atrevieron a replicarla—. Piensan que somos un pueblo atrasado del que pueden aprovecharse. Y en parte tienen razón, porque son habas contadas los judíos que manejan números y palabras.

—¡Excelente! —la festejó su hijo mayor.

—Y sobre lo que tus amigas cacarean acerca del silencio de esa joven ante los hombres y los hijos —se dirigió a Kerem—, mi madre me enseñó que es preferible una doncella modesta que una solterona ilusa.

15.

A falta de Jacob, fue Susana la que llevó la voz cantante la tarde que negociaron las condiciones para el desposorio. Por ser mujer y, además, viuda, no tendría que haber estado allí, pero el comerciante entendió las razones del muchacho cuando le pidió licencia para que fuese ella quien lo acompañara.

—Estoy convencido de que mi padre, desde el seno de Abrahán, se lo agradece.

—Déjate de cumplidos, José. Tampoco yo tengo hijos varones a los que sentar a mi lado, esposa ni otra hija. Por eso te devuelvo el ruego: permite que María se coloque junto a mí.

Y así lo hicieron.

En el salón de la alquería, ambas familias se acomodaron en unos taburetes bajos. Después de que María sirviera unos vasos de vino dio inicio la ceremonia, cuyos prolegómenos estuvieron sembrados de corteses formalidades y referencias bíblicas.

Susana informó de lo que podía ofrecer como dote:

—Apenas unas mantas, un arca de madera tallada, un juego de orzas de barro cocido, una artesa y un mortero de cerámica. ¡Ah!, y el jumento que usted conoce, señor Joaquín.

Era el momento, según la costumbre, de agasajar a los hermanos de la afortunada con algunos presentes, pero allí no hubo ocasión.

—Seré franca —por encontrarse en el interior de la vivienda, se atrevió a mirar directamente a su futuro consuegro. Susana tenía el iris negro como la coraza de un escarabajo, los párpados desprovistos de pestañas y dos bolsas violetas le daban un aspecto algo marchito—: somos pobres. Si usted albergara alguna duda al respecto, le concedo la venia para pedir información entre los vecinos del collado.

—No me hace falta, mujer —el viudo le sonrió con los ojos.

—Mi difunto marido trabajó entre los quincalleros de la Puerta Norte como el más bajo de los esclavos —en sus palabras no había ápice de resquemor—. Me dijo José que usted lo conoció en aquellos tiempos. Fue aguador, como sabe, un oficio servil con el que no logró reunir ni siquiera un humilde capital.

El hombre se rebulló en el taburete.

—Entiéndame, Susana —se sentía abrumado por tanta sinceridad—; no le he exigido ninguna clase de justificación acerca de lo que hizo o no hizo Jacob, a quien siempre consideré honesto. Si me he fijado en José —volcó en él una expresión paternal—, se debe a que es el tipo de chico que siempre he deseado como esposo de mi hija: afanoso, audaz y sincero. Como verá, el dinero, en este caso, no es para mí lo más importante.

—Es usted muy amable —la viuda pasó casi de puntillas sobre aquella declaración de afecto—, pero prefiero mostrarle quiénes somos para que no se lleve a engaño.

—Está bien; la escucho.

Susana se mojó los labios con la punta de la lengua.

—El Señor manifestó su ira sobre nosotros —guardó silencio —. ¿Se debió a los pecados de mi difunto esposo? ¿A los míos? ¿A los de nuestros padres o a los de los padres de nuestros padres?... ¿Quién se atrevería a dar una respuesta?

—En efecto, ¿quiénes somos los hombres para juzgar las intenciones divinas?

José tenía la vista perdida en las grietas del pavimento, que componían caprichosas líneas por la estancia.

—Le aseguro, eso sí, que disfrutamos un tiempo de ventura. Fue en Belén, cerca de Jerusalén.

—Llevo frecuentemente mi género a esa villa.

—Allí iniciamos nuestro matrimonio —sonrió—. La familia de Jacob era dueña de una carpintería. No es que fuese un negocio boyante, pero nos permitía vivir con desahogo.

—Me hago a la idea.

—Fue tras el nacimiento de nuestro primogénito cuando empezaron a sumarse las calamidades —Susana miró a su hijo—. En primer lugar, José nos llegó al mundo con esa nube en el rostro, lo que algunos vecinos interpretaron como una muestra del aborrecimiento de Adonai **hacia nuestro hogar.**

Joaquín, que adoptó un aire circunspecto, le preguntó:

—¿Es que no erais cumplidores de la Ley?

—Mi padre fue un hombre justo —habló el novio sin levantar la vista del suelo— y mi madre es una mujer piadosa. Dudo que el Señor se inmiscuya en las singularidades cutáneas ni en los negocios de los hombres.

—¡José!… —exclamó la viuda— Ese no es la mejor manera para referirte a Jehová**.**

El buhonero no se atrevió a recriminárselo. Su opinión se debatía entre la creencia popular y los testimonios de los hombres bíblicos probados por las dificultades.

—De Jacob doy fe —corroboró una vez recompuesta—. En mi caso, le diré que trato de comportarme como me enseñó mi madre, que le fue fiel a su esposo y se desvivió por cada uno de sus hijos.

—Para mí, eso es suficiente. Además, ustedes descienden del trono de David. No hay prestigio ni oro comparable a esa misericordia. Tanto Ana, mi difunta esposa, como yo, portamos también esa santa honra. Felicítese, Susana, porque nuestros hijos podrán transmitir a su camada la sangre que un día correrá por las venas del libertador de Israel.

Elevaron las tazas y degustaron el vino.

María había permanecido recogida en completo mutismo. Tan solo intercambió alguna fugaz mirada con José. Al percatarse, Susana recordó con intranquilidad el retorcido parecer de Kerem, su nuera.

—Me gustas —le dijo para ganársela—. Eres una muchacha silenciosa, que es un atributo del buen juicio.

La doncella le agradeció el cumplido con una inclinación de cabeza.

—No se imagina lo buena que es —Joaquín acarició con los nudillos uno de los pómulos de su hija—. A veces dudo si le gobierna la timidez o si administra las palabras por cautela.

—Ahora, señor, ya conoce los aprietos por los que hemos pasado en vida de mi esposo.

—De los que felizmente os habéis rehecho —separó las manos en señal de alivio—. En la Puerta Norte recibí noticias al respecto.

—Pues siento decirle que ni mucho menos estamos

recuperados.

Las telas negras con las que Susana se cubría cabello y cuello, dejaban su rostro flotando en la penumbra de la habitación.

—¿Y cómo es eso posible? —se extrañó—. Usted tiene taller de carpintería, da posada a los viajeros y sus tres varones se ganan el pan de obra en obra.

Ella contorsionó los hombros, ciñéndose la toquilla.

—Ha llegado el momento de poner las cartas bocarriba: antes de entregar a su hija, debe conocer otro asunto que podría poner en aprieto esta relación.

Joaquín enarcó el entrecejo.

—La escucho.

Un expectante silencio antecedió a la confesión de la viuda:

—El fallecimiento de Jacob, para nuestra desgracia, no nos liberó de una pesada carga familiar.

—¡Madre!… —José la cogió de un pliegue del manto. Juzgaba innecesario que entrara en aquellas arenas movedizas— ¿Qué le va a Joaquín saber esa historia?

—¡A callar! Cuando muera, tú y tus hermanos os veréis obligados a responder por la deuda. Encubrirlo sería una cobardía.

El comerciante se retorció la punta del bigote.

—¿De qué estáis hablando?

—¿Te das cuenta? —mantuvo el rostro vuelto hacia su hijo —. El honor que merece tu padre nos fuerza a revelarles la verdad.

—Dígame, ¿a qué se refiere? —reiteró, intranquilo ante la posibilidad de que la familia de José estuviese marcada por una deshonra que desaconsejara la celebración de los esponsales.

Susana lanzó una tos queda, como si necesitase actualizar sus fuerzas para proseguir. José la observaba con un prurito de temor. Era cierto que muchas veces había comprobado la intrepidez de su madre, pero nunca imaginó que fuera capaz de descorrer el velo a las intimidades familiares delante de un recién conocido, aunque se tratara de su futuro consuegro. De hecho, no lo hizo en los desposorios de Obed y Adael, quizás porque sus hijos eligieron a dos muchachas de parecida condición; tal vez porque los padres de las mismas sabían —como la mayoría de los habitantes del barrio— de la puntual visita del cobrador de préstamos e intereses; tal vez porque sus consuegros también eran deudores del corazón despiadado de algún usurero.

—Es una traba que viene de muy atrás. La causa, un impago de mi suegro cuando aún vivíamos en Belén. El desdichado

solicitó una suma muy importante de dinero y… —se interrumpió —. Murió sin haber satisfecho ni siquiera el primero de los pagos.

Susana no quiso detenerse en el terrible incendio.

—Entiendo —murmuró Joaquín.

—Aquella deuda fue la única herencia que recibió mi marido, que de la noche a la mañana se quedó sin la carpintería y sin los campos que su padre acababa de arrendar. Por eso nos trasladamos a Nazaret en busca de una oportunidad —contempló a María, en cuyo rostro había una expresión compasiva—, pues mi esposo no encontraba trabajo en Belén ni en sus alrededores, y los intereses aumentaban semana a semana.

—El suyo sí que ha sido un duro sacrificio.

—Si yo le contara, señor Joaquín… Necesitábamos finiquitar semejante atadura que, aún a día de hoy, está muy por encima de nuestras posibilidades —cruzó las manos sobre la saya, aliviada por haber escupido aquella historia—. La deuda es la única culpable de nuestra prolongada miseria. A pesar de los años transcurridos, del taller, de la corraleta y de las labores de mis hijos, estamos muy lejos de poder liberarnos de ella.

—Lo siento —fue lo único que subió a la garganta del padre de la doncella.

Asaltado por un incómodo hormigueo, José no hallaba valor para mirar a María. Por su parte, la doncella parecía ausente, concentrada en una bandeja situada en medio de la reunión, sobre la que había colocado la jarra, un platillo de dátiles, otro de olivas y unas galletas.

—Esa deuda nos acogota. Imagínese: de las pocas monedas que mi esposo conseguía en la Puerta Norte, reservábamos más de la mitad para el prestamista. Y aún lo seguimos haciendo, pues exacto como un reloj de sol uno de sus subalternos se planta frente a nuestra vivienda, se cobra y nos da la cuenta de lo que todavía nos queda por pagar. ¡Por el amor de los ángeles!… — puso los ojos en blanco—. Los intereses nunca dejan de crecer.

—¿No habéis intentado negociarlos?

—El usurero de Jerusalén nunca ha tenido en consideración nuestras súplicas —contrajo los hombros entecos—. Tiene que ser muy viejo, si es que no ha muerto. Sea él o sean sus hijos los que regentan la oficina de empréstitos, no nos han perdonado un mísero leptón.

Crepitaron las brasas sobre las que María había puesto agua a hervir.

—Le comprendo, mujer —Joaquín apretó el cuello, extendiéndose el babero de su barba cana—, mucho mejor de lo que podéis imaginar.

Susana lo interpeló:

—Quien no ha podido devolver un préstamo, no sabe lo que significa estar entre las garras de esas jinetas.

—Yo también padecí el maltrato de los prestamistas cuando compré los telares —declaró sin ambages.

La vieja parpadeó. Como consecuencia de los años avivando el hogar, se le acumulaba constantemente una telilla de lágrimas en los ojos.

—Pero su negocio pronto dio frutos.

El viajante resopló antes de que la madre del novio contraatacara:

—¿Cuánto tardó en liberarle de la deuda? ¿Seis, siete años?

—Seis y medio. Mire, pagué el último plazo antes del último año sabático. Pero no se crea que no he necesitado de otras ayudas. De hecho, me falta dinero para arrancar cada temporada. ¿No ve que tengo que comprar los tintes, las balas de lana y los útiles para cardar e hilar?… Qué poco dura el dinero en la talega.

—Y que lo diga —se frotó mano con mano—. Jacob se hundió, Joaquín. No volvió a ser el mismo. Aunque le sobraban cualidades para haber salido a flote, le faltó coraje; no quiso buscar un empleo distinto a ese vagar entre los caminantes. Bajaba a la Puerta Norte sin ganas, como si su espíritu se hubiera quedado en Belén. Y eso que no hubo noche en la que yo no le recordara que no había nacido para dejarse la vida entre los excrementos de los camellos y las mulas, que Kyrios **le había otorgado dones para encontrar un empleo acorde a sus habilidades. Atender a las caravanas era poco para un hombre como él, pero mis palabras pasaban por sus oídos sin dejarle huella.**

José se puso en pie.

—¡Si padre te oyera!…

—Es la verdad —Susana le miró con fiereza—. De hecho, ¿por qué no le informas a Joaquín de cuándo despertó? —. La viuda no esperó a que su hijo hablara—. Hasta que iniciaste tus primeros trabajos en el collado y requeriste sus conocimientos, no logró entender que sus manos aún podían obrar maravillas. Pero era tarde —volvió a dirigirse al buhonero—. La tristeza, que se le había cristalizado en el corazón, trajo su enfermedad. Estoy segura.

Una minina tricolor entró en la sala a través de la gatera de la puerta. José, que había vuelto a tomar asiento, la llamó frotándose los dedos y la gata se le acercó sin miedo.

—¡Quita de ahí!

—Déjela, Joaquín, que no me molesta.

El animal se amoldó a su regazo, cerró los ojos y se puso a ronronear.

—Cuidado, no vaya a tener pulgas —le previno su madre.

José lo rascó detrás de las orejas.

—Ya está bien de penas —el comerciante aprovechó la distracción con el animal para dar unas palmas y se inclinó sobre la bandeja—. Que el dolor se esfume. Veamos qué nos ha preparado mi hija. ¡Galletas de miel! ¡Hum!…

—Soy una vieja amarga y charlatana —se reprobó Susana al tomar uno de los dulces—. Hace rato que deberíamos haber llegado a un acuerdo. Se nos va a hacer tarde para disfrutar de los alimentos.

—¿Vieja, dice usted? Viejo soy yo —los carrillos de Joaquín se inflaron al sonreír—. Además, acabo de decirle que la vida no me ha salido rodada.

—¿Te das cuenta, madre? —el novio ladeó la cabeza—. Nadie pasa sus días sin sufrir: pobres y ricos, esclavos y reyes, opresores y oprimidos.

—Este muchacho tiene talento para hablar —el viudo se llevó a la boca una aceituna—. Yo sé lo que es sufrir… Ana murió sin haberme dado un hijo varón. ¡Qué gran vacío para un hombre obligado a transmitir el legado de la Casa de David!

—Antes de que acabe el año María le hará abuelo de un nuevo descendiente del rey —terció Susana—. Y una vez los chicos tengan su propio hogar, usted también podrá casarse.

—¿Casarme? —bosquejó una sonrisa—. ¿Cómo explicárselo?… Amé tanto a mi esposa que ninguna otra mujer podrá llenar su hueco. Incluso si mi hija se quedara soltera (Jehová **no lo permita), yo no volvería a tomar esposa.**

—Usted sí que es sabio —le encomió José mientras alargaba el brazo para servirse también unas olivas.

—O prudente —se rio—. No me imagino a otra ocupando estas estancias, rigiendo el telar ni compartiendo mi lecho.

—¡Padre! —María le soltó un pescozón.

—Qué delicada eres para algunas cosas —acalló la risa—. Ahora sin bromas, cada rincón de esta casa sigue impregnado de la presencia de tu madre.

—¡Hombres!… —la viuda de Jacob hizo un movimiento fatigoso con la cabeza—. Debería considerar que, cuando José y María inicien juntos una nueva vida, estas paredes se le caerán encima.

—Aquí donde me ve, soy un tipo laborioso —se repantingó en el taburete—. Sabré entretenerme. Aquí nunca falta trabajo. ¿Verdad, hija?

La novia no dijo nada.

—Pues me temo, a pesar de todo, que no tardará en buscar unas manos femeninas que le aireen las habitaciones y le cocinen —insistió Susana.

—Quite, quite… María me dará de comer. Y si no es ella, en la casa de usted nunca me faltará un plato.

—¿No estará pretendiendo a mi madre? –se burló el novio.

Joaquín dio un pequeño brinco:

—¡Adonai **me libre!**

—De los escobazos que iba a darle, le prevengo que terminaría por olvidar a Ana —dijo la viuda, jovial.

El mercader la miró circunspecto.

—Si hubiese conocido a mi esposa, no hablaría con tanta ligereza.

Susana se quedó inmóvil.

—Le imploro que me disculpe.

—No me siento ofendido —desdramatizó—. Sin querer, se me han removido los recuerdos. Además, vamos a dar comienzo a una relación que nos permite este tipo de confidencias —perdió la mirada en la oscuridad—. Conocer a Ana fue la mayor de las dádivas que el Cielo pudo tener conmigo.

La doncella vertió un poco más de vino especiado en cada una de las copas.

16.

—La niña no quería nacer —prosiguió.

—¿María? —inquirió la viuda.

—No. Una segunda hija —. Se hizo el silencio—. Cuando la partera al fin logró sacarla, tras más de un día de lucha, oraciones, emplastos medicinales y promesas de estipendios para el Templo, me la presentó azul y fría.

—¿Qué pasó?

—El cordón, anudado a su cuellito, la había estrangulado.

—¡Oh!…

—Corrí a la cabecera de la cama, donde Ana se hallaba extenuada y empapada en sangre. No quiso reparar en su dolor. Solo me hablaba de María, que por entonces acababa de echar a andar. En un último aliento, me aconsejó sobre su cuidado para que hiciera de ella una digna hija de Israel.

—Doy fe de que lo ha conseguido—conmovida, le tendió las manos a su futura nuera.

—En ningún momento se rebeló ante la terrible voluntad de Kyrios **—prosiguió sin cambiar el rictus—. Aún la veo allí, en la esquina donde guardamos los colchones enrollados —. Dirigieron el rostro hacia un rincón sumido en sombras—. Consciente de**

que se moría, tentó mi rostro. «No llores, esposo», me pidió. «No llores, porque el Señor lleva mi nombre tatuado en la palma de su mano; no se olvida de mí ni de los miembros de esta casa». Nuestros nombres escritos en la palma de la mano de Jehová**, como dijo Isaías… —se deleitó Joaquín—. El nombre de Ana, mi nombre y el de María… Lo repetí una y otra vez mientras le cerraba los párpados, limpiaba su cuerpo y la amortajaba con la más fina de nuestras sábanas —. Susana se sonó ruidosamente—. La partera propaló al momento la mala nueva por el barrio.**

La gata seguía dormitando sobre las piernas de José.

—No pasó mucho tiempo cuando un tropel de allegados y deudos se reunieron en el zaguán —continuó—. Atestaron las habitaciones con gemidos y golpes de pecho. Después se acercó el jefe de la sinagoga, al que le pasmó mi entereza. Con piedad le transmití el consolador mensaje que me había dejado mi difunta, del que él me pidió que me retractara porque aquellas muertes (la del bebé y la de su madre) manifestaban el plan de Adonai**, que quería sumir mi hogar en duelo y penitencia. «Si tu mujer ha dicho tales disparates, se debe a que en los momentos previos al fallecimiento la conciencia se le ha nublado. El Demonio tomó prestada su voz para escandalizarnos». «¿No será que Satanás acaba de hablar por tu boca», le rebatí.**

—¿Le contestó así al jefe de la sinagoga? —a Susana le fascinó tanto atrevimiento.

—Eso es lo de menos —intervino José.

—Ella me había legado esa última lección: que el Señor nos gobierna como una madre que en ningún momento abandona a los hijos de sus entrañas. ¿No dijeron los profetas que nunca se distrae del cuidado de su Pueblo? Y su Pueblo ahora lo somos usted y yo —al sonreír, le asomó uno de sus dientes huérfanos—, como en su día lo fueron Jacob y Ana, como lo son José y María y, mañana, lo serán los hijos que por ventura ellos engendren.

José volvió a mirar a la doncella, preso de una indecible emoción. María, a su vez, contemplaba a su padre con naturalidad, como si estuviese familiarizada con aquella proclamación de fe.

—¡Qué necesitados estamos de esperanza! —exclamó la madre de los obreros—. Al darnos a conocer lo mucho que habéis sufrido, aprecio la sinceridad de vuestra amistad.

—De sufrimiento, y mucho, puede usted estar segura que estamos bien servidos.

—También de alegría, padre.

—Dolor y alegría… —enunció la viuda—. Me alegra la prosperidad de esta casa. Es patente que Kyrios **sigue**

bendiciéndola.

—Pongámonos en pie.

—Le ruego, Joaquín, que sus manos sean instrumento de las manos de nuestro Señor —le solicitó Susana con un ardor litúrgico— para bendecir a José, que desde este momento se convierte en su hijo. Después, le ruego la venia para que yo pueda besar la frente de la que, desde ahora, consideraré una nueva hija.

—¡Alabado sea el Señor! —proclamó.

—Por siempre alabado —respondieron a una.

Brindaron antes de vaciar las tazas.

—Y ahora que somos familia, comprenda mi deseo de que el favor de Jehová también se detenga sobre los míos —se explicó la viuda—. Los quiero libres de las garras de ese usurero sin entrañas.

—Pidámoslo —el buhonero inclinó la cerviz.

—¡Si mis ojos pudiesen ver un mañana sin esa carga!... —exhaló con desconsuelo— Pero mucho me temo, como decía mi difunto Jacob, que moriré clavada a esta cruz.

A la novia se le cayó la copa y la gata, a la que José había sostenido en brazos durante el brindis, dio un respingo, zafándose de él y llevándose por delante la cesta que contenía los dulces.

—¡Asco de bicho! —gruñó Joaquín.

—¿Qué te sucede, hija? —la interrogó Susana.

El carpintero había recogido del piso la taza con asas, que copiaba los gustos romanos.

—Discúlpenme —balbució María.

—¿De qué te has asustado? —volvió a preguntarle.

Su padre le izó la barbilla.

—No tengas apuro de que tu nueva familia sepa cómo eres.

Se volvió hacia sus invitados.

—La cruz…

Joaquín se sentía obligado a darles una explicación:

—A lo largo de nuestros viajes nos hemos encontrado con cosas que quisiéramos no haber visto y que a ella le han dejado huella. Por más que le insisto en que no se deje impresionar, es el único de mis consejos que pasa por alto. Y no vayáis a creer que María es desobediente; el problema es que tiene un sexto sentido para aquellas cosas que a los demás nos pasan desapercibas.

—¿Crucifixiones? —se turbó la viuda.

Joaquín asintió con un pestañeo.

—¡Que Yahvé haga que llueva azufre sobre aquellos que han hecho de la tierra santa de Canaán patíbulo de una justicia

blasfema! —expresó con furor.

—¡Bravo, Susana!

—Y también sobre aquellos de nuestra raza que se aprovechan del dominio extranjero para instigar ese tipo de sentencias.

—Oh, no diga esas cosas —le imploró María—. La venganza también ofende a Elohim**.**

—Qué sabrás tú, jovencita, de los asuntos del Señor —la corrigió la que acababa de convertirse en su suegra.

El mercader se provocó una tos.

—Madre, por favor…

—Mirad que el sol sale cada madrugada para malos y buenos —continuó la muchacha—. Y que malos y buenos cultivan, amasan y cuecen el mismo pan.

La madre del carpintero abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Dónde has aprendido a hablar así?

—Le viene de la parte de mi mujer.

Los finos labios de María se dilataron en un breve visaje.

—Entonces, ¿os topasteis con una crucifixión? —Susana quiso volver al asunto.

—¿No te has dado cuenta de que a María no le gusta que hablemos de cruces? —le amonestó José—. Acaba de recordarnos que las ejecuciones son un grave pecado.

La viuda de Jacob se volvió hacia su nuera.

—Perdóname… Si no tengo ciencia para las artes humanas —le dijo, procurando mostrarse solícita—, ¡qué se puede esperar de mi conocimiento sobre las Sagradas Escrituras!

—Estoy convencida de su autoridad para las cosas del Innombrable.

Susana agradeció el cumplido de María.

—Debería expresarme con mejores modales pero, entiéndeme, hace años que no salgo de Nazaret y desconozco qué ocurre más allá de los arrabales de esta ciudad. Por eso, al oír de la brutalidad de los romanos…

—Ya ves cómo se pone —Joaquín comenzó a tutearse con su consuegra—. Será mejor que sea yo el que te lo cuente —. Susana apretó la boca, conforme—. No sabíamos que el día antes de nuestra llegada a Siquem, una tropa romana había clavado en el madero a seis zelotes.

—Voy a rellenar la jarra —María había encontrado una excusa para abandonar la conversación.

José hizo ademán de agacharse para tendérsela, pero su prometida fue más rápida que él: tomó del suelo el recipiente, avanzó hasta la puerta que daba al patio y se llegó a una pileta.

—¡Por los huesos santos de nuestro padre Abrahán! —la viuda de Jacob se estremeció.

—¿Por qué se sorprende? —le preguntó su hijo—. Hace años los soldados del prefecto también levantaron un patíbulo en la Puerta Sur, cerca del muladar de la Víbora.

—Nunca he querido acercarme por allí. ¿No dicen que tiraron los cuerpos al basurero para que se los comieran los pájaros?

—Así es, Susana —el rostro del comerciante se había endurecido—. Es su manera de insinuar lo que le aguarda a quien se rebele contra el Imperio.

—Canallas… —barbulló.

Joaquín se volvió para comprobar si su hija seguía junto a la pila.

—Aún estaban vivos —les reveló en bajo.

—¡No! —Susana se inclinó hacia adelante con las manos en las rodillas.

—Escuchad, escuchad… Por el camino de Fasael, a unos kilómetros del pueblo, un hortelano se interesó por las telas que llevábamos en el carro. Mientras las inspeccionaba, me informó de aquello con lo que íbamos a dar de bruces —intercambió con ambos una mirada—. Como solo podíamos entrar en Siquem por aquella senda, al reparar en los crucificados le ordené a María que bajase la cabeza y no los mirara —. La viuda no era capaz de parpadear—. Era la primera vez que mi hija iba a cruzarse con una ejecución, pues cuando niña hice lo posible para que nunca se uniera a las pandillas de mocosos que acudían al cadalso de la Víbora para curiosear. Casi al mismo tiempo le sugerí que prendiera con fuerza el ronzal, no fuera a asustarse el borrico al pasar ante esos seis desgraciados. Os aseguro que no son pocas las bestias que se encabritan, bien por el tufo de la sangre o por la intuición con que reconocen la muerte.

—Los animales son sabios —afirmó la mujer.

—Le supliqué que no los mirara —reiteró—, pero hay rasgos en su carácter (debo advertírtelo, José) que solo ella gobierna. «No quites la mirada del suelo», me empeciné al envolvernos los zumbidos de las moscas.

—¡Mi pobre criatura! —la faz de Susana empalideció.

—Intenté que la mula aligerase el paso; no quería que me venciera la tentación de contemplar aquel espectáculo dantesco.

—Eres un hombre bueno.

—Pero, ¿cómo iba a saber que María no iba detrás de mí? —dejó el habla interrumpida.

—¿Es que no te seguía?

—Si yo, que soy su padre, me esforzaba por ignorar a los torturados, por no oír sus estertores, por no ver las sombras de las cruces que el sol proyectaba en el camino…

—¿En dónde se encontraba ella? —a la anciana le reconcomía la intriga.

—Había una guardia sentada junto a un árbol, cerca del tablado. No me atreví a contarlos. ¿Cinco? ¿Siete?… No entiendo el latín, pero os digo que estaban bebidos. Discutían y se carcajeaban sin ninguna consideración hacia los moribundos. Caminé raudo para no verme atrapado en una pendencia. Por eso el corazón se me quebró al entender a uno de ellos que, en un hebreo regular, dijo: «No está permitido subir, chiquilla».

Ahora fue José quien, boquiabierto, miró hacia la puerta por donde había salido su prometida.

—¿Se dirigió a María?

Joaquín asintió.

—¿Y puedes repetirme qué fue lo que le dijo aquel militar? —se encontraba atónito.

—«No se puede subir, chiquilla».

—Pero… —la madre del novio no sabía cómo formular su desconcierto—. ¡No puedo creerlo!

—Pues créetelo, mujer. Y créete que a mi hija no le cohibió la autoridad del uniforme extranjero.

—¿A qué te refieres?

—Atento, José —casi le tocó la nariz con el dedo índice—: tu prometida hizo oídos sordos y continuó hacia el patíbulo.

—¡Ay! —gritó la viuda.

—«¿Es que estás sorda?», de nuevo voceó el soldado. «Nadie puede acercarse a los condenados». Yo, que me encontraba agarrotado, inmóvil como una estatua de sal, sin poder girar la cabeza, quise hacerme tontamente a la idea de que el burro llevaba una cincha desabrochada y que, irreflexiva ella, en vez de pedirme ayuda había recurrido a la guardia. Incluso me agarré a la posibilidad de que uno de los chuchos que acompañaban a la soldadesca hubiera bajado a morder los corvejones del rucio.

—A fin de cuentas, es casi una niña —Susana la disculpó—, y no tiene por qué participar del miedo que a ti y a mí nos despiertan esos paganos. Si ella no podía socorrer a la cabalgadura, entiendo que buscase unas manos fuertes.

El mercader hinchó el pecho.

—Ojalá hubiese sido como dices, un pueril gesto de imprudencia, pero me encontré con que había abandonado el ronzal del asno.

—Explícate.

—María estaba parada sobre el talud y frente al militar, que (y aquí viene lo mejor) no fue capaz de aguantarle la mirada.

—Lo entiendo; yo tampoco resistiría los ojos inyectados de odio de uno de esos extranjeros.

Joaquín se rio:

—¡Fue él quien no soportó la mirada de mi niña!… Es más, y no me preguntes por qué, reculó, permitiéndole que llegara al pie de la primera de las cruces —esperó a que sus invitados digirieran sus palabras—. El soldado regresó al algarrobo desde donde vigilaba la guardia, a unos metros del cadalso para que los legionarios no tuviesen que padecer el azote de los insectos.

—¿Y los demás?

Joaquín descargó un manotazo sobre el pecho de José.

—Algo les dijo, tal vez que no nos importunaran, porque durante el tiempo que permanecimos allí ninguno de ellos osó molestarnos.

Susana se palpó la frente.

—Me flojean las piernas.

—Siéntate, madre —le ofreció uno de los taburetes.

—¿Eh?… —musitó distraída, sin retirar la mirada de su consuegro.

—Éramos los únicos judíos —prosiguió—. Quiero decir que no había familiares ni amigos de los convictos. «María», le susurré para que no nos oyeran los militares, «pero, ¿qué te propones?…». Estaba decidido a tomarla del brazo y hacerla regresar al camino. «¿Es que quieres comprometerme? Nos esperan en Siquem». Yo tenía la vaga presunción de que, si nos marchábamos, aún podríamos confundirnos entre los paisanos del pueblo hasta encontrar una casa en la que escondernos antes de que aquellos legionarios echaran cuenta de lo que acababa de ocurrir.

—María… —regustó José entre dientes

—Me da vergüenza reconoceros que no fui capaz de dominarla. Ni siquiera atendió a mis palabras. Petrificado, asistí a la determinación con la que subió los tres peldaños del patíbulo.

—¡No entiendo nada! —Susana soltó un vahído—. Desatiende la autoridad de su padre, somete a un bárbaro y avanza por el escenario de una tortura —utilizó un acento agudo —. ¡Pero si parece una mosquita muerta!

María regresó con el jarro. Parecía haber olvidado aquello de lo que hablaban sus convidados; con total llaneza se acercó a la cocina para escanciar algo más de vino y servir una fuente con berenjenas y alcachofas aliñadas con alcaparras y ajos.

—De un bolso de viaje sacó un pañuelo de hilo, una joya familiar que perteneció a Ana, mi difunta esposa, y que confeccionaron las manos de su abuela que fue, con toda seguridad, una de las mejores hilanderas de todo Judá. María tiene la costumbre, los días de acampada, de purificar con él los vasos en los que bebemos. Es una delicadeza que vive conmigo y que le agradezco, pues en las caravanas soportamos constantes faltas de modales.

—¿Qué hizo con el pañuelo? —preguntó la viuda, asustadiza.

—Limpiar de sangre los pies del primero de los crucificados.

III. Sueños

Al despertarse, José hizo lo que el ángel del Señor le había ordenado.

1.

Aquella selva tenía una seductora belleza en su variedad casi infinita de especies arbóreas, muchas de las cuales se mostraban henchidas de frutos de una llamativa piel negra. Sin embargo, el bosque era la máscara de un engaño, pues el verdor no lo producía la clorofila ni era consecuencia de los rayos del sol.

Nunca amanecía sobre la selva. Tampoco la luna mostraba su pálido resplandor por encima de los árboles. Allí, sol y luna no existían. Eran unas lágrimas lechosas las que se abrían paso a través de la celosía de las ramas más altas, una claridad sucia que se iba empobreciendo a medida que aumentaban el espesor de los líquenes y la largura de las enredaderas que se abrazaban a los troncos, de tal manera que los vapores que mullían el suelo se confundían con las tinieblas. Una cortina de cortezas, bejucos, raíces aéreas que colgaban hasta el suelo, envilecido por las goteras de lluvia ácida, que quemaban los botones de las flores y desmigaban en ceniza las hojas que se atrevían a asomar por encima de las copas. En aquella selva nunca se escuchaban las llamadas de las aves, los gritos de los monos, el silbo de los sapos ni el rasgar con el que los roedores se abren camino por la hojarasca. Tampoco aleteaban las mariposas ni se formaban nubes de mosquitos.

Satanás masticaba con ira la ausencia de seres vivos. Se hubiese conformado con una hormiga, solo con una, pero no hallaba por la foresta el rastro de los insectos que, en cualquier otra jungla, van y vienen en incansable desfile, por los que corre la linfa de la vida, tan distinta a la nada de las huestes de diablos a las que Lucifer tanto despreciaba, pese a ser los únicos con los que podía mantener alguna relación.

El coto del Señor de las Moscas era mudo, sin ecos. La crema perlada que envenenaba el espacio se tragaba el sonido. Ni siquiera las frutas producían ruido al caer en el interior de la niebla, en donde se perdían para siempre. Solo los zumbidos de su cohorte de espíritus traidores, que le picoteaban los lomos, rompían aquella especie de sordina. Lucifer, irritado, se sacudía el espinazo y echaba a galopar en una carrera ciega con la que se llevaba por delante el corazón del bosque. Sus pezuñas tomaban impulso en el ovillo informe de vapor, y la fronda se secaba a su paso, deshaciéndose en hebras de humo. A pesar de emitir un grito continuo y horrendo, la Bestia no conseguía liberarse de los diablos ni de su espuma abrasadora, tampoco de sí mismo, porque Satán se odiaba como solo él es capaz de odiar. Odiaba el

exilio eterno que libremente había elegido.

Bajaba a los cenagales, en donde se rebozaba con lodo malsano. Solamente en el fango hallaba un respiro para la coraza que apretaba su cuerpo. Los gases de la charca le penetraban por los poros, por los orificios de las orejas y los labios. Podía pasar mucho tiempo hasta que, entre gorgoteos, emergía su cabeza emplastada en cieno. Satán apretaba los dientes y ensanchaba los ollares para ventear el aroma de un mundo lejanísimo al que el Creador aún no le había regalado la vida. Pero sospechaba que pronto, muy pronto, iba a florecer.

Los planes de Adonai **se cumplieron según lo previsto. La Tierra, pintada de mil paisajes, acogió un día al primero de los hombres, que se deslumbró con las bellezas dispuestas para su deleite. Supo Adán que en él estaba comprometido el devenir de la especie humana. Latía en su interior la certeza de una futura y misteriosa participación de toda su descendencia en la relación familiar de Yahvé. Dios había dispuesto que aquel hombre y su larguísima prole experimentaran un cambio por el que entrarían en la vida eterna, una mutación que no se cobraría el precio de la vejez ni la enfermedad. Después de vivir en el tiempo, las criaturas despertarían ante el centro que irradia todo el Amor, aunque lejos, muy lejos, de la comunión que siglos después y a causa del pecado traería la salvación del Cristo.**

Lucifer aprovechó un resquicio que comunicaba su selva con la magnífica obra de Jehová**, para abandonar la Gehena. Vagó por desfiladeros, bajó a los valles, buceó los océanos, trepó las montañas, se internó en las cuevas… Buscaba a Adán y a la compañera que el Omnipresente le había entregado para multiplicarse, henchir y dominar la Tierra. Quería inocularles su humor letal.**

Los encontró en un paraje que le evocó el contorno de su jungla. Sin embargo, este era un bosque real con sus claros y espesuras, con sus frutas jugosas y perfumadas, sin malos olores, barrizales ni nieblas, sin fiebres, colmado de especies distintas de plantas y animales que convivían en equilibrio. Era una bellísima foresta bajo el sol; un vergel plateado de noche. La casa que Yahvé había escogido para los hombres era un paraíso donde los sentidos no se fatigaban con el disfrute de tanto regalo.

En la frontera de aquel edén, Satanás se tropezó con un reptil que para deglutir a sus presas primero las prensaba con su cuerpo alargado, como mojado y frío, y después se desencajaba la mandíbula. Decidió que tomaría su forma para hacerse visible ante Adán y Eva. Convertido en áspid reptó hacia ellos a través del follaje y desde prudencial distancia leyó en sus labios la

conversación que mantenían con el Inmutable. Por las respuestas de la pareja, entendió que Kyrios **les estaba solicitando que confiaran en Él. Tal y como ocurrió con los ángeles, el Cielo solo acepta de los hombres una libérrima entrega.**

Al caer la tarde silabeó, desde las ramas bajas, el nombre de la mujer, que se le acercó con la candidez de una niña.

—¿Quién eres?

Recurrió a la ambigüedad:

—Puedes llamarme serpiente.

Primero utilizó el juego de los halagos: alabó la naturaleza del ser humano, refiriéndole a Eva sus semejanzas con el Justo. Celebró su belleza, sus características cuasi angélicas y su posición en la cúspide de la creación.

—¡Ven, Adán! —le requirió su compañera—. Tienes que escucharle.

Con su inteligencia no le costó esparcir en ambos la simiente del mal: en cuanto logró un pequeño quiebro de vanidad, apenas tuvo que esforzarse para que en ellos germinara la soberbia.

—Si ahora, porque está entretenido con el mundo, Yahvé no se dirige a mí, que fui su principal valido —les engatusó con una mentira—, ¡qué no hará con vosotros cuando elabore un nuevo capricho!... Soy víctima y testigo de que Dios termina por aburrirse de las obras de sus manos.

Eva lo contemplaba hechizada, en parte por la sugerente voz del ofidio, en parte por el contenido de sus palabras. Adán, algo más retraído, volvía la mirada hacia un prado del sotobosque en donde, al ocaso, solían sentarse junto al arcángel Miguel, a quien —lo presentía— no iba a gustarle aquel nuevo amigo.

—¿Aburrirse de nosotros? —titubeó la mujer—. Yahvé parece necesitarnos.

El Diablo se enderezó sobre el vientre como una soga embreada, para mirar el rostro de la chica, en la que había percibido la jactancia con la que acababa de referirse al Omnipotente.

—Si de verdad os necesita —siseó—, ¿por qué no ajustáis con Él las condiciones de vuestra obediencia?

La pareja intercambió una mirada; no sabían qué decir.

—Os engendró del barro y del hueso; os hizo muy inferiores a los espíritus puros —descendió para abrazarles con la fuerza de sus anillos.

—Estamos hechos a su imagen y semejanza —Adán se permitió corregirle.

—Ya veo que aceptas su palabrería sin comprobar qué tiene de cierto —mermó sus pupilas sanguíneas— ¿Acaso podéis ir de un sitio a otro sin la ayuda de los pies?

—No —contestó Eva, retraída.

—¿Acaso podéis traspasar la materia o permanecer en varios sitios simultáneamente? —. Adán lo negó—. ¿Y viajar del presente al futuro, del futuro al presente y volver al pasado?

—No —pronunciaron al unísono.

—Decidme, entonces, dónde está esa imagen y esa semejanza —manchó el aire que acariciaba la arboleda con una risa histriónica—. ¿No os dais cuenta de que se aprovecha de vuestro desconocimiento para reteneros? —asomó la lengua larga y bífida—. Él no quiere que salgáis de esta selva que vigilan sus ángeles.

—¿Por qué?

—Eva, Eva… —circundó el cuello largo, terso y blanquecino de la mujer—. Al otro lado del bosque no solo encontraríais la respuesta a todos estos interrogantes, sino que podréis prescindir de las barreras que os impone el cuerpo maldito en el que os ha encarcelado.

Adán se observó los brazos y las piernas desnudas con gravedad. Los pensamientos, hasta entonces afables, se le habían ido ennegreciendo.

—Él no quiere que sepáis que el conocimiento os haría libres —prosiguió su embuste—. Por eso se regocija con vuestra ignorancia y os confina bajo la amenaza de una muerte que, como yo, no podéis experimentar.

El varón sacudió la cabeza.

—Yahvé nos ha dicho que cuando se acabe nuestro tiempo en el mundo, iremos donde Él vive, y que allí nos quedaremos para siempre.

—Lo sé —cerró los ojos, fingiendo cierta presunción—. Siempre promete más de lo que está dispuesto a dar —se le enroscó en el brazo izquierdo—. Piensa… ¿Cómo va a atreverse a mostraros sus secretos? ¿Es que no os dais cuenta de que, si así fuera, os endiosaría?

Se quedaron con la boca abierta.

—¿Seríamos como Él?

El Ángel Caído soltó una risa irónica.

—Si fuese fiel a su palabra, tendría que comunicaros cada uno de sus poderes. Por eso hace todo lo posible por amilanaros con la muerte. Es la manera más inteligente de tener sujeta vuestra débil voluntad.

—La muerte existe —afirmó Adán—. Hemos visto que los

animales mueren.

—¿Vas a compararte con un pez o con un pájaro? —se mofó de él—. Aunque violarais la Ley, vosotros no podéis morir.

La mujer empezó a dudar de la palabra de Dios.

—Huid —les exhortó con perversidad—. Arrancaos su yugo y marchaos lejos, para disfrutar de todo lo que os tiene prohibido. No tardaréis en olvidarle. Y entonces —volvió hacia ellos sus ojos perversos—, comenzaréis a ser verdaderamente dichosos.

Si no hubiesen prescindido de la confianza en Adonai**, habrían resistido la tentación. Si hubiesen invocado a Miguel —Jefe supremo de los Ejércitos de** Jehová**—, que tantas veces les mostró su espada protectora, el Maligno se habría deslizado a toda prisa en busca de un agujero por el que huir al Infierno. Una llamada, una sola, hubiese sofocado el orgullo y la suficiencia que el Maligno había desovado en sus corazones. Pero eligieron quedarse callados. Y aunque todavía no habían dado su total consentimiento a la invitación de Satanás para que renegasen del Todopoderoso, sintieron sus primeros síntomas de fragilidad.**

Eran conscientes de que el áspid les había sugerido una traición; una traición a cambio de conocerlo todo.

Se miraron largamente. Después titubearon, mas al fin se hicieron cómplices en la deslealtad.

—¿Qué pasará con nuestros hijos? —preguntó Eva acariciándose el vientre.

Su compañero frunció el entrecejo, irritado.

—Que su suerte caiga sobre nosotros.

Se sugestionaron con que le habían prestado al Creador demasiado tiempo.

—Ha llegado la hora de desligarnos de Él —dijo el hombre.

Entre murmullos, para que ni Miguel ni ninguno de sus ángeles pudiera trasladar su rebeldía al Cielo, repudiaron el inmenso jardín que Kyrios **les había dado por hogar. Al instante les nació un estupor ante la armonía de sus cuerpos desnudos: Adán despidió a Eva para que buscara la forma de taparse el sexo, pues hacía que le cosquilleara un deseo violento. Lo mismo le sucedió a la mujer, que trenzó para su compañero un cinturón de hojas de higuera.**

2.

Aquella tarde no se presentaron en el prado donde les aguardaba el arcángel. Escondidos hasta la caída de la noche, echaron a correr hasta más allá de los confines de la densa vegetación, en donde Belcebú les había asegurado que estarían a salvo de la vigilancia divina, libres al fin de aquella presencia totalizadora y

de sus espíritus alados, a los que habían pasado a considerar delatores. Pero solo hallaron una tierra cuarteada por un sol inclemente, sin arroyos en los que saciar la sed, sin árboles, sin frutas, sin brotes, sin sombras. Añorantes, se dieron la vuelta. Pero el paraíso terrenal había desaparecido.

Desconocían que su pecado había abierto de par en par las troneras de los diablos. Desde los nichos en los que permanecían retenidos desde la sublevación, partieron a conquistar la Tierra.

Dios parecía haber abandonado al mundo, sobre el que Satán se ciñó una corona incandescente. Con su aliento podrido trastocó el orden de la Naturaleza y unió el fuego del Averno al magma que palpitaba en el núcleo del planeta, que se derramó por las laderas como río fuera de madre para tragarse los rastros del Edén, velando la luz del día con una densa fumarada.

Bajo el trono del Diablo todo parecía enloquecer: las estaciones, las mareas, los ritmos del cielo… Los animales y las plantas se amotinaron contra las leyes otorgadas por Jehová. De las aguas estancadas emergieron pestes que intoxicaron a los más diminutos seres vivos, que difundieron toda clase de miasmas entre los habitantes de lo que antes fue la Arcadia. Los mamíferos, las aves y los peces morían en catastróficas plagas.

Los demonios tomaron la forma del gusano para horadar túneles en los cadáveres de las reses, dejándose comer por los picos de las carroñeras, en cuyos estómagos viajaron hasta caer en el regato del que bebían Adán y Eva. Enganchados a la garganta de la primera pareja humana, contaminaron su sueño con espantosas pesadillas.

Lucifer volcó su odio en los padres de la humanidad, por ser ellos recuerdo constante del plan con el que Dios desbarató su primacía sobre los ángeles. Los odiaba con mayor obstinación cuantas más veces la pareja transgredía los preceptos de la felicidad, pues en cada una de sus faltas vibraba la promesa del rescate que le fue presentada en un tiempo sin tiempo, cuando las huestes celestiales hincaron la rodilla frente a la imagen de una mujer concreta y sublime, cuyo talón le aplastaría junto a cada una de sus obras.

—La Emperatriz… —masticó con pavor, recordando que no fue capaz de mirarla a los ojos.

Sentado en la cumbre de los montes nevados y con la mirada vuelta hacia el firmamento, se roía las entrañas. Había distribuido a sus demonios por la Tierra, con la orden de vigilar a todas las mujeres encintas, resuelto como estaba a devorar al Ungido apenas diera su primera boqueada.

Recelaba porque, a pesar del pecado origen de todos los

pecados, Adán y Eva no se habían convertido en sus vasallos. Con la traición, la naturaleza de los hombres había quedado fracturada y debilitada su voluntad, pero Satán los había visto suspirar ante el recuerdo de su amistad con Adonai, con un sentimiento de orfandad, como si en algún órgano les quedara una reserva de caridad a la que no llegaban sus zarpas.

Adán y Eva, en efecto, no se habían olvidado de la bondad del Creador. Sus almas, que acumulaban la insatisfacción por la soberbia, la gula, la envidia, la mentira la pereza, los arrebatos de ira, la avaricia, la codicia, la lujuria, la calumnia… buscaban la plenitud que en un pasado borroso disfrutaron junto al Eterno.

Eva alumbró dos varones a los que —al abrigo de la cueva en la que se protegían del frío— instruyó acerca del Todopoderoso, lo que el Ángel Caído no pasó por alto.

Tras la muerte de sus padres, Abel, segundo de aquellos hermanos, recibió una moción: convenía sacrificar las primicias de sus trabajos en ofrenda a ese Dios del que hablaba su madre y del que adivinaba reflejos en la Naturaleza.

No es que Caín no hubiese aprovechado las lecciones de la gruta, pues también echaba a la misma lumbre y en honor al Eterno algunos frutos de los bienes que le pertenecían. Pero a diferencia de Abel y con disimulo, se guardaba los animales cebados, las crías de mejor estampa, así como las primeras y más abundantes gavillas. Entendía que si suyo había sido el esfuerzo, no tenía por qué gastar sus beneficios en enaltecer a un Ser al que nunca había visto.

El Maldito puso todo de su parte para que Caín cometiera violencia, imagen y semejanza del Infierno: si conseguía que los hombres se mataran entre sí —discurrió—, Jehová perdería definitivamente el apego que aún pudiera quedarle por sus criaturas. Con una estratagema sencilla (una oveja que se desmanda del rebaño y corre, asustada por las voces del pastor) condujo a Abel hasta la hendedura en la que Caín mantenía ocultas sus posesiones junto con algunas reses que el más pequeño había dado por perdidas.

—Se las habrán llevado las fieras —le había dicho su hermano mayor cuando Abel lloriqueaba por la desaparición de sus cabezas de ganado.

Caín, al verse descubierto, tartamudeó una mala excusa.

—Déjate de disculpas —habló Abel con los ojos ensombrecidos por la decepción— y dame lo que me pertenece. Después, busca la mejor manera de pedir perdón al Señor de nuestros padres.

Fue Abel a abrir el dogal del más gordo de sus terneros

cuando Caín, a traición, le descalabró con la quijada de un mulo que llevaba al cinto para clavar estacas.

Pero tampoco Caín, cuyas manos quedaron para siempre oscurecidas con sangre inocente, pasó a ser siervo de la Bestia. Al palpar el cuerpo muerto de Abel sintió repugnancia de sí mismo, de su corazón mendaz y de sus robos. Entre lágrimas ocultó con piedras el cadáver, para que no se lo comieran los cuervos, y liberó a los animales que tenía estabulados del congosto. Después se rasgó el vestido e hizo el juramento de que no volvería a probar la carne ni el vino, y se echó a vagar por el desierto, en donde terminó por encontrar el aliento del Misericordioso, al que le bastó la compunción del criminal para marcarle la frente con el sello del perdón.

Lucifer no encontró un aliado hasta que, generaciones después, Lamec —descendiente directo de Caín— atoró con una suma ingente de pecados la voz de su conciencia.

Engolfado en sus muchos bienes, castigó a los hombres que practicaban la contrición. También prohibió que en sus tierras se diera culto a la divinidad, negándose a destinarle un solo fruto como ofrenda. Decía que hogueras y altares eran majaderías propias de los miserables, y alardeaba de desconocer el temor al Cielo. Solo le quitaba el sueño la prosperidad de los vecinos con los que colindaban sus propiedades, a quienes por envidia llegó a quemar los labrantíos cuajados de espigas. Aprovechándose de la debilidad en la que quedaron aquellos agricultores, conquistó sus haciendas.

Lamec asesinaba por placer y con el mismo regocijo se llevó las reservas de los silos que no le pertenecían, convirtiendo en esclavos a los braceros y en parte de su harén a todas las mujeres que capturaba.

Las cosas se precipitaron a partir de entonces. Los malvados atribuyeron sus éxitos al Dueño de los Abismos, para el que plagiaron los cultos divinos. Consagrarse a Satanás les precipitó a bacanales y enajenaciones: en honor de los demonios quemaban sus primicias y parte de los bienes arrancados en sus tropelías, hasta que se convencieron de que la dedicación al mal no debía quedarse en ellos sino que expandirse, como la lepra, a sus familias, sirvientes y prisioneros, haciendo de los débiles víctimas propiciatorias.

Leviatán hizo del vicio un nuevo dios, al que los idólatras cincelaron un dragón al que atribuyeron el alumbramiento del universo y en cuyo nombre cometieron horrores indescriptibles. En consecuencia, la infamia enfrentó a unos con otros, dispersándolos por las estepas.

Para sobrevivir necesitaron agruparse en tribus. Cada una de ellas le dio un nombre propio a Lucifer, al que representaron en piedra y en metal, con miembros de varón y cabeza de rumiante. Lo asentaron en tronos que presidían el centro de las ciudades, forjándolo en bronce con los brazos extendidos y las fauces abiertas para que todos —amigos y enemigos— tuvieran presente el hambre que lo atenazaba. En sus tripas huecas bailaba el fuego, que avivaban no con mieses y cuadrúpedos sino con los primogénitos de los hombres, en los que Satán anticipaba al hijo de María. Los brujos golpeaban la piel de los tambores y hacían sonar tubas para que ensordecieran el llanto de los pequeños y el de sus madres, algunas de las cuales se dejaron arrastrar junto al fruto de sus entrañas hasta la boca incandescente de Moloch. Pero el Ángel Caído comprobó que ninguna de aquellas almas puras pertenecía al señalado por Yahvé.

3.

Al ver Joaquín a su hija entre las risas de las jóvenes que, de mañana, habían acudido a engalanarla con el vestido de novia, no le importó que le viesen llorar. María se movía con torpeza con aquel traje púrpura ceñido cuidadosamente por el fajín nupcial que José le regalara la noche anterior. Le cascabeleaban graciosamente las pequeñas láminas de metal engastadas en el borde del velo, la misma pieza con la que se casó su abuela y también su madre, y que a lo largo de los años ella no había dudado prestar a cuantas novias se la solicitaron.

—Me parece estar viendo a Ana —pronunció el comerciante a media voz.

Las solteras se esmeraron en pintarle la comisura de los ojos y la barbilla con un tizne rojizo, un guiño oriental en aquella Galilea cruce de caminos. Le pusieron brazaletes de quincalla, le calzaron babuchas de raso y quisieron coronarla con una guirnalda de flores que la prometida rechazó.

—No soy una princesa —les dijo.

Escucharon la voz del chiquillo que abanderaba el cortejo:

—¡Ya viene el novio!

Las doncellas gritaron presas de la excitación, como si aún necesitaran tiempo para terminar de acicalarla. Una de ellas le espolvoreó talco sobre los hombros antes de corretear con las demás en busca de sus lamparitas de aceite. Llegaron al zaguán con las mismas fragancias que habían utilizado para untar los tobillos, las muñecas y la frente de María que, al quedarse sola, sin manos que la tocaran ni brazos que la sostuvieran, se tambaleó ligeramente, pues llevaba más de un día en ayunas.

—¡Qué orgulloso me siento de ti! —la despabiló el abrazo de su padre, que no había notado el brevísimo desfallecimiento—. Estás a punto de convertirte en la esposa prudente y servicial con la que sueña cualquier israelita —no se atrevió a besarla, por no estropearle el maquillaje—. ¡Si tu madre hubiera podido verte!…

—Toma —en cuanto logró desasirse, María le tendió uno de esos pañuelos bordados que siempre se escondía en la manga de la camisa—. Límpiate la nariz, no vayan a pensar que no te aseas.

Hacía once días que habían regresado del último periplo comercial, un largo recorrido que los había llevado por toda Palestina con el cargamento de telas y las prendas tejidas durante los meses del invierno.

Cuando partieron María ya estaba desposada, ceremonia que formalizaron aquella tarde en la que recibieron a Susana y a su hijo. Desposada y con una vida latiendo en su vientre, algo inusual entre los habitantes de Palestina, en donde los novios solían aguardar al casamiento para mantener sus primeras relaciones íntimas, aunque todos conocieran a un ramillete de parejas que tras recibir las felicitaciones de los invitados a la boda, exigían una nueva colección de plácemes con los que celebrar el anuncio de su primer hijo, lo que despertaba el intercambio de miradas traviesas y el rubor de la nueva esposa, que solía romper en una carcajada nerviosa o en un llanto de alborozo cuando los convidados empezaban a aplaudir y a bailar en derredor.

Sin embargo, José y María no habían yacido juntos, así que aquella preñez no tenía que ver con el artesano. La doncella se la había guardado para sí durante muchos meses, pues abandonó la ciudad en compañía de su padre sin haber hecho partícipe a su esposo del más portentoso suceso que ser humano alguno hubiese podido soñar.

—¿Oyes a sus amigotes? —Joaquín, que se había acercado al vano de la puerta para verlos bajar hacia el abrevadero, la sacó de su ensimismamiento—. ¡Oh, qué bonito está enjaezado el asno que José va a regalarte!

El novio, que tiraba del ramal ensartado en flores, agradecía la bulla de los suyos con una sonrisa retraída, como si le pesase que viniesen acompañándole —entre canciones, gritos, pífanos y tamboriles— desde la casa de su madre. No le complacía que hubiesen despertado la curiosidad de las calles por las que bajaron hacia el telar, engordando el humilde cortejo con una nube de pequeñuelos, hombres ociosos e interesados con los que tendrían que compartir la asadura en la que había dejado faenando a sus hermanas y cuñadas, por no hablar de su

vergüenza ante las ocurrencias de doble sentido que le lanzaban desde ventanas y terrazas, especialmente cuando alguno de sus compadres revelaba a los cuatro vientos que aquel carpinterillo iba a convertirse en padre.

María parecía tener cegados los sentidos. Estaba en pie, ajena a la barahúnda de la casa, con la mente concentrada en el milagro que crecía en su seno y cuyo origen no tenía previsto desvelar ni a su padre ni a su suegra. Mucho menos a los invitados al ágape que iba a celebrarse en la corraleta de Susana.

«¡Qué bueno es José!», sonrió en su interior. ¿No era lo que decía la gente al verlo pasar, siempre de acá para allá con sus herramientas, con algún encargo entre las manos y con aquella disposición a ofrecer sus habilidades a los que no tenían con qué pagarle?

«Qué bueno es José, a pesar de su mancha en el rostro», murmuraban los paisanos a su espalda. «¿Por qué será el hijo más bondadoso el que tenga que cargar con la culpa de sus mayores? No es que Adael y Obed sean malos, pero sí harina de otro costal», completaban sus chismorreos.

«¡Qué bueno es José!», intercambiaban pareceres las jóvenes que habían ayudado a vestir a la desposada, mientras con la palma de la mano hacían pantalla alrededor de la oscilante llama de aceite, no la fuera a apagar el aire. Juzgaban meritorio que se hubiera avenido a formar familia con aquella extraña chiquilla que parecía vivir en su mundo y a la que nunca habían escuchado hablar mal de nadie, ni clamar venganza contra el ejército de Antipas ni contra los romanos, ni malmeter a cuenta de los usureros que se plantaban frente a los portales, ni juzgar al ama de la casa de meretrices.

María nunca participó de aquellos enredos. Ocupaba su tiempo en los telares y en atender a su padre, en servir a las viudas y juguetear con los críos. La habían visto echarles carreras, fabricarles animales de miga de pan, escarbar agujeros para ellos, contar de cara a una pared y salir a buscarlos, fingiendo que no los veía en el palomar, debajo de una gamella, entre las cabras o las terneras. En ocasiones a las muchachas de la vecindad les parecía que había perdido la razón, pues cosía para los hijos de las que se habían quedado sin marido y para las madres solteras, a las que tramaba camisetas de lana aunque no pudieran pagárselas. Una adolescente bien rara tal vez por ser la única hija de aquel viudo, extraño también, que había aceptado la propuesta de un mozuelo tan pobre —por muy abnegado que fuese— y con aquella nube en la cara.

«¡Qué espanto si los hijos de José y María naciesen con el

mismo estigma!», se decían a sus espaldas. «Mejor ser infértil a parir un niño con la huella del pecado», concluían antes de aparentar cierta comprensión, «porque si no fuera el primogénito del difunto Jacob, quién iba a casarse con ella. Y si no fuera ella, ¿quién iba a casarse con el primogénito de Susana?».

«José, solo el bueno de José», cuchicheaban, que iba para soltero, «se atreve a ofrecerle un techo».

—¡Traen hojas de palmera! —exclamó Joaquín.

La corte de los amigos del novio se había colocado a ambos lados del umbral, haciendo con sus capas una alfombra que recorrió José después de entregar a su suegro el ronzal del jumento bajo una bóveda de palmas.

—Vamos, hija —el mercader volvió el rostro hacia María y le hizo gestos para que se acercase a recibir a su prometido, al que las doncellas aguardaban en el soportal con los candiles.

Apenas dio un paso, María sintió que la cabeza se le ahuecaba, como cuando se incorporaba velozmente desde el suelo. Era efecto del embarazo, al igual que aquella inapetencia que le había cerrado el estómago.

—¡María!... —los ojos de José chispearon en el interior del zaguán.

Las muchachas, que para recibirle se habían cubierto pudorosamente el rostro, contemplaban de puntillas la escena por detrás del novio. Al viejo le temblaba el cuerpo; en apenas unos momentos su hija saldría del que hasta entonces había sido su hogar, para fundar uno nuevo. Carraspeó para despabilar al escriba, que andaba distraído con los engranajes de una de las ruecas. Había venido desde la sinagoga con uno de los rollos del Libro de Tobías. La lectura daba a aquel encuentro el valor de una ceremonia pública.

Se colocaron uno al lado del otro. Cuando el escriba mentó al arcángel que sale al encuentro del joven protagonista para hablarle de las bondades de Sara, a José le recorrió un escalofrío.

«Parece que Gabriel se refiriese a mí», pensó ante el relato del texto sagrado.

4.

José vivía a contrapelo, superando a cada jornada nuevas dificultades en aquel barrio miserable, lo propio de quien no tiene nada y, al mismo tiempo, lo debe todo. Aunque era conocido por su carácter sereno, por su habitual buen humor, por el gusto a canturrear mientras trabajaba, no eran pocos sus dolores, enhebrados a las sombrías visitas del recaudador. Tampoco eran pocas las penas que se le habían quedado varadas con la enfermedad y muerte de su padre; las que habían aflorado

a causa del manifiesto deterioro físico de su queridísima madre y las que se justificaban por los impagos de aquellos clientes a los que veía entregar generosas limosnas en la sinagoga mientras que a él —que se hallaba en la misma casa de oración y solo podía ofrecer al culto unos pocos leptones— le pasaban la vista por encima, como si no existiera.

Se consolaba pensando que su situación no era distinta a la de la mayoría de los habitantes del collado. De hecho, procuraba alabar y dar gracias a Kyrios a todas horas, pues disfrutaba de una familia unida así como de habilidades para ganarse el pan con honradez. Sabía de otros a los que, en circunstancias parecidas, la desesperación les había empujado a saltear en la misma ciudad o por los caminos. En el altozano se hablaba de ellos en voz queda, pues los que no habían sido aplastados por la bota de hierro de Herodes, estaban confinados en alguna guarnición romana o habían sido martirizados ante la multitud. Solo unos pocos lograban zafarse de la autoridad, escondidos en los parajes más agrestes de Palestina.

«Tengo a María», suspiró.

Pensar en ella, en la vida en común que iban a comenzar, había sido el aliciente que durante los meses de ausencia de su prometida le había ayudado a ver las cosas con otro color, más alegre y luminoso. La perspectiva del matrimonio le daba fuerzas para trabajar a destajo y así poder comprar los materiales con los que fue construyendo una habitación anexa a la casa de su madre. La muchacha ocupó su cabeza mientras levantaba aquellas paredes y echaba el tejado.

«¿Por dónde estará?», se preguntaba en otros momentos, enredado en cualquier tarea lejos del cerro.

Se retiraba el sudor que le caía por las sienes, abandonaba la azada, anclaba las manos a los riñones doloridos y pretendía descubrirla entre los espectadores que se congregaban alrededor del tajo. ¡Ojalá hubiese sido ella la que le tendiera una cazoleta con agua cuando le vacilaban las fuerzas!... Unas veces tenía el cuerpo hundido en una zanja abierta con sus propias manos; otras se encontraba con el mazo apoyado en las rocas que acababa de desmigar. «María…». Se imaginaba que ella le curaba las palmas ensangrentadas por las espinas con las que urdía un portón de cardos para disuadir al chacal de entrar en un gallinero.

—Anda, José, bebe —Obed le sacaba de sus ensueños.

Y mientras tragaba calmoso, garabateaba un mapa de la Tierra Prometida sobre la arena, pues desconocía el perfil de la nación y el orden en el que estaban situadas las ciudades del

lago, el riel de poblaciones paralelas al Jordán, así como el nombre de la mayoría de los puertos que se abren al mar. Aquel mapa era un despropósito que, sin embargo, él convertía en un grito de amor.

—¿Dónde crees que están, hermano?

Obed se encogía de hombros antes de escupirse los callos para proseguir la faena.

«¿Por qué tardan tanto en volver?», se interrogaba al echarse en el jergón.

A la mañana siguiente, el recuerdo del rostro de la doncella distraía su oración del Shajarit, y durante el almuerzo salía en su búsqueda con la imaginación, desatendiendo involuntariamente a quienes tenía a su lado. Susana le escrutaba.

—¿Qué te inquieta, José?

La voz de su madre era como el dedo que rompe una pompa de jabón.

—Hace semanas que tendrían que haber regresado —respondía como si hablara consigo mismo y no con la viuda de Jacob.

Desde que empezó a declinar el verano, salía de Nazaret con frecuencia. Se buscaba excusas: que si la visita a unos conocidos, que si la compra de unas cantarillas de vino en un lagar o de aceite en un molino, que si la búsqueda de agua en un manantial con propiedades medicinales o la recolección de algunos frutos silvestres. Su madre sabía que la causa era otra: una quemazón ansiosa por el retraso de la expedición, mezclada con el ánimo de verlos aparecer por el horizonte. En cuanto su primogénito partía, con el borriquillo siempre a su vera, ella se desahogaba en una espiración profunda.

—¿Qué le sucede? —le interpeló en una ocasión Kerem, la esposa de Obed, encargada de echar despojos a las gallinas, al encontrársela abatida.

La viuda de Jacob la miró de medio lado.

—Me araña un desasosiego.

—Hable, mujer.

—Ha podido ocurrirles algo.

—¿A Joaquín y a su hija?

Asintió.

—No piense esas cosas —su nuera dejó el cubo en el suelo —. Los viajes se proyectan, pero luego es el día a día el que marca el tiempo del regreso.

—Son demasiados meses —se agarró una de sus huesudas muñecas—. Se me parte el alma al ver cuánto sufre mi hijo.

Uno de los rapaces del lagar llegó a todo correr hasta la

Puerta Norte, en donde consultó a los aguadores el paradero del artesano. Lo encontró junto a sus hermanos, reparando los ejes de un carro. Antes de que le vieran, se encaramó sobre la tapia de la corraleta:

—¡Están a punto de llegar!

A José se le cayó la maza.

—¿Quién es este? —sondeó Adael a Obed.

—Uno de los hijos del cubero de donde José trae el vino —le dijo—. ¿No sabías que nuestro hermano ha prometido una gratificación al primer niño que le venga con noticias de María?

—Vamos, acércate —el carpintero se acuclilló para ponerse a su altura y le sostuvo por los hombros.

—La compañía se dividió en Sidón —habló—. Según me han dicho, unos subieron hacia Beirut y otros bajaron a Sarepta, pasaron por Paneade y tomaron la senda de Nazaret. Los primeros en llegar se han detenido a comer en la bodega. Sus caballerías están cansadas y ellos quemados por el sol.

—¿Y el comerciante de telas? —le zarandeó, incapaz de esconder su ansiedad.

El chiquillo apretó los labios.

—Antes, mi propina.

José volvió el rostro, sin soltarle.

—Obed, pídele a nuestra madre una hogaza, huevos y un jarrón con leche.

Al hijo del tonelero se le iluminaron los cachetes.

—¡Vamos! —volvió a sacudirle—. ¿Está Joaquín en el lagar? ¿Está su hija?

El chico le miró fijamente.

—¿Y no podrías darme también unas monedas?

La carcajada de los tres hermanos hizo eco en los muros de la corrala.

—¡Serás zorro!... Estoy decidido a entregarte todas las que quepan en una de tus manos.

El chiquillo se mordió el labio inferior, satisfecho.

—Entonces, óyeme: la muchacha y el buhonero descansan bajo el emparrado. Yo mismo he dado de comer a su borrica.

—¡Sí! ¡Sí!... —José elevó los ojos al cielo.

—Pero no es todo —le guiñó un ojo—. María regresa con tu hijo dentro —se batió la tripa—. Y parece que no le queda mucho para el parto.

Aguardó a que el obrero celebrara aquella buena nueva, sin imaginar que se le había atragantado la alegría.

—¿Qué acabas de decir? —le preguntó después de unos momentos en los que fue aflojando la presión de sus manos.

Detrás de él, Adael se tapó las narices con los dedos para frenar un sofocón de risa.

—Mira qué prisas las de nuestro hermanito mayor.

—A su edad, ¿a qué esperarse? —Obed se sumó a la broma.

—Esos pasatiempos no tienen que ver con los años porque forman parte de nuestra naturaleza —prosiguió Adael, que con sus palabras creía divertir a José—, también de la de esos jóvenes que marcan distancias con las mujeres como si fuesen venenosas.

—¿Lo dices por este?

—Hace unos meses nadie pensaba que hubiese nacido para ser padre.

—Así que ya ha probado el veneno que tanto nos gusta.

Se rieron.

—El veneno de la araña es tan embriagador que, una vez muerde, nos enloquece. ¿Verdad, José? —Obed se alborozó con su humorada—. ¿Cómo has podido aguantarte durante todos estos meses? Para dominarme en tan larga ausencia, yo hubiese tenido que recurrir a alguna de esas penitencias que practican los anacoretas.

—Un cinturón de espinos.

—Por ejemplo.

—O una zarza enlazada en un lugar más delicado.

—¡Uy!... Me duele pensarlo.

—Aunque tu lujuria, Obed, no la sujetaría ni una ristra de tachuelas —observó Adael—. Si tu esposa se ausentara, no hallarías mundo suficiente para esconderte de los padres celosos de toda la tierra de Canaán.

—¡Eh! ¿Me estás llamando pecador?

Parecían dos idiotas.

—Anda, deja que sea José quien nos descubra su secreto.

Este se encontraba de espaldas, todavía en cuclillas frente al niño. Mientras zascandileaban a su costa no le habían escuchado una sola palabra, porque un vértigo interior le precipitaba más allá de la realidad.

—Se ha quedado inmóvil —Adael dio un leve empujón a Obed.

5.

Creyeron que se volvería para elogiar sus divertidas agudezas, que con una jovialidad irreprimible se abrazarían los tres antes de acudir en busca de Susana, y que nada más darle la noticia a su madre echaría a correr con el chiquillo hacia el lagar. También el pequeño daba por descontado que iba a regresar a la viña acompañado por el artesano, con la perspectiva de que le ayudara para llevar los alimentos en los que consistía su premio

—no así las monedas, pues le cabían en el bolsillo de su vestido y no estaba dispuesto a ponerlas a otro recaudo—. Por eso les pasmó su reacción.

—Dale tú el dinero —le conminó a Adael—. Y sé generoso.

En el rostro del primogénito del difunto Jacob no había signos de regocijo. Más bien, todo lo contrario: se le había mudado el color.

—¿Te encuentras bien? —Obed se plantó frente a él.

—Sí —contestó por contestar—. Necesito ausentarme.

—¿Quieres que te acompañemos a la viña?

No recibió respuesta. De un brinco, sin molestarse en salir por la portezuela, José abandonó el corral para echarse a caminar, presto, hacia la cima del altozano.

—¿Le habremos ofendido?

—Es un tipo singular —trató Obed de disculparle mientras le veían perderse entre la multitud que borboteaba por las calles —. ¡Nuestro eterno soltero!

—Saber, de repente, que va a convertirse en padre ha sido demasiado para él —Adael volvió a tomar las herramientas para continuar con el arreglo del carro—. Démosle tiempo. El paseo le ayudará a ordenar las emociones.

—Aguardemos a que vuelva para que sea él quien lo comunique en casa —determinó Obed.

José subió las callejas a largos trancos, sin atender los saludos del vecindario. Quería evitar, a toda costa, romper a llorar. Sabía que decir una sola palabra haría claudicar su propósito. Por eso avanzaba deprisa, sin fijarse en nada ni en nadie, apretando diente con diente, procurando acompasar la respiración, resuelto a bajar por la otra cara del collado para internarse en tierra de nadie, del otro lado de las hogueras en las que se consumían las basuras y de las letrinas a las que acudían los habitantes de aquella parte de la ciudad. Era una zona pedregosa salpicada de matorrales y zarzas, el lugar propicio para ocultarse y tratar, al fin, de digerir lo que acababa de revelarle el hijo del bodeguero.

Dejó atrás un hato de cabras que ramoneaba las flores de ginesta y descendió por un pequeño talud. En aquel declive al fin se rindió a las lágrimas.

«¿Cómo ha podido ocurrir?...». Se sentía devastado. «Pongo la mano en el fuego por ella».

Creía a pies juntillas que María no era de esas mujeres que perdían la honra al socaire de la vida trashumante, aunque viajar no fuera la situación ideal para una doncella. Conocía bien —él, que recibía a las caravanas en la Puerta Norte— lo que se

contaba de los viajantes: las expediciones comerciales ofrecían frecuentes tentaciones que ponían en riesgo la castidad. La estrecha convivencia entre los buhoneros, la ausencia de intimidad, la familiaridad con la que unos y otros terminaban por visitar las distintas tiendas durante las acampadas, la complicidad en las noches de luna, el abrigo bajo la lona de los carros, la tentadora llamada de los campos de mies, el baño en los ríos… Cualquiera podría corromperse en un desplazamiento tan largo, «pero no María», a pesar de que la lejanía del hogar le pudiesen haber dado pie a compartir añoranzas con personas inapropiadas.

No era extraño que los viajeros abusaran del vino al calor del fuego, cuando no terminaban durmiendo a cielo raso, separados unos y otras apenas por unos metros.

«Pero María no es de esas. Lo sé».

¡Cuántas veces, a lo largo de su ausencia, había tenido José miedo del trafagar de la muchacha por todo el país! Le acobardaba que Joaquín hubiese cometido la imprudencia de acoplarse a alguna compañía de extranjeros, pues no eran pocos los paganos que no apreciaban la guarda del corazón ni entendían la virginidad como adorno de una joven sensata. Fuera de Palestina consideraban la continencia de los solteros una opresión del Dios de la Alianza, del que ningún judío podía mostrarles una imagen, al contrario de sus divinidades antropomórficas, muchas de las cuales se distinguían por una voluptuosidad depravada. Las deidades yacían con otros dioses —varones y hembras—, con sus hijos en brutales incestos y hasta con seres humanos y con animales.

En no pocos momentos, durante aquellos meses, a José le vinieron a la mente las facciones cortantes de los persas, el rostro ancho de los nubios, el de los babilonios con sus narices anilladas, el cráneo rectilíneo de muchos griegos, los pómulos hundidos de los etíopes, las pobladas cejas y el tono cetrino de las tribus árabes, el descaro de los fenicios…

Se le secó la boca.

No podía resistir imaginarse que alguno de aquellos hombres (armados en su mayoría y hechos a someter a las mujeres de su raza y a las de los clanes vecinos, a las que compraban como mercancía para aumentar su harén) hubiese deshonrado a su prometida aprovechando un descuido por parte de Joaquín. ¿Cuántas veces María, en las distintas etapas, se habría visto obligada a abandonar el campamento? José conocía algunos de los encargos de las mujeres viajeras: llenar las cántaras con agua fresca, recolectar leños y boñigas para

encender la lumbre, hacerse con hojas y raíces que condimentaran los elementales y repetitivos guisos del periplo… Además, su suegro —el carpintero estaba convencido— habría tenido que dejarla sola, junto a aquellos extranjeros, para cerrar los tratos de sus ventas.

Temblaba.

¿Y la batahola al cruzarse con otras caravanas? ¿Y el encuentro de unos viajantes con otros? ¿Y los estadios recorridos junto a un curandero o una banda de cómicos? ¿Y el alboroto de Jerusalén o de las ciudades costeras?… A José se le venían todo tipo de situaciones en las que un criminal podría haberla arrastrado —engañada o a la fuerza— lejos de los carros.

«¿Y si ha sido un ladrón?».

Muchas veces los bandidos no se conformaban con el botín que los vendedores ambulantes llevaban en sus faltriqueras. Estaban hechos al asesinato, al robo de las bestias de carga, al de toda clase de provisiones y también al rapto. Aquel era uno de los mayores riesgos que asumían aquellos que partían por las sendas del país acompañados de sus mujeres. También los zelotes eran de temer, pues a su patriotismo no sumaban necesariamente el cumplimiento de los mandatos del Señor, y justificaban sus pecados con la misión que habían abrazado. Por eso no les creaba ningún prejuicio asaltar a sus compatriotas. Era el modo que tenían de cobrarse lo necesario para vivir en sus guaridas y para comprar las armas con las que realizaban sus escaramuzas. Tampoco escuchaban la voz de la conciencia si entre sus víctimas hallaban alguna fémina con la que desahogar sus pulsiones, a veces ante los maridos y los padres de aquellas desventuradas.

Bien sabía José que la maldad de los idólatras y de los salteadores de caminos, también la de los soldados de los dos ejércitos —lascivos como tantos hombres acuartelados—, no era la única que podía mancillar a una virgen. Fue el difunto Jacob quien le abrió los ojos a la iniquidad del corazón humano, enfrentándole a la fosa de los peores pecados. Era el precio por crecer; después de los años de juegos tuvo que aprender las dos caras de la naturaleza humana: si en su hogar pobre se respiraba la benignidad de los sanos lazos familiares, en otras viviendas —y no solo de aquel arrabal, sino también en el corazón de Nazaret y hasta en las avenidas principales de la Ciudad Santa—, hebreos de apariencia respetable, pervirtiendo la legítima autoridad prestada por Elohim**, abusaban de sus menores. Si aquello acontecía entre vecinos, qué no pensar de los que, dedicándose a la vida errante utilizaban su potestad o simpatía para lograr sucios favores y forzar a las inocentes. Eran abuelos, tíos, padres**

y jóvenes solteros destinados a formar su propia prole los que, al albur de aquella existencia errabunda, arrastraban la pureza hasta el precipicio del Infierno.

Sintió como si acabara de recibir un puñetazo en el vientre.

«¿Quién la ha dañado?», se debatió. «¿Quién la ha violentado hasta el punto de hacerle un hijo?».

6.

—Hago mío el dolor que haya podido sufrir —trastabilló por el peñascal—; su vergüenza por haber sido mancillada en lo más sagrado; el deshonor de llevar en las entrañas una criatura concebida con violencia; la humillación de tener que presentarse ante mí con un vientre que a todos grita que va a ser madre.

Sus paisanos le considerarían el único padre posible de aquella criatura; lo darían por hecho. Pensó en Joaquín, en el momento que su hija no pudo esconderle sus cambios corporales. ¿Se extrañó, tal y como era la prudencia de María, al comprobar el apresuramiento —no podría creer en otra posibilidad— con el que los desposados habían estrenado el lecho común? Lo habría achacado a la fogosidad de José, lo que tal vez no terminó de gustarle, pero enseguida tuvo que agradecerle a Yahvé la fecundidad con la que había bendecido el seno de su pequeña.

—Estoy seguro de que acudió con la primicia a los buhoneros, a los que invitaría a brindar por la suerte de su primer nieto, sin saber que entre los celebrantes tenía que estar el responsable de haber herido de muerte mi matrimonio.

Porque era un hombre justo no podía consentir su unión definitiva con una mujer ensuciada por el pecado de un criminal. Además, la Ley lo prohibía. Cabía el divorcio, autorizado por Moisés, pero José nunca recurriría a un tribunal que pudiese perjudicarla, ni la dejaría en evidencia. Era la esposa que Dios le había asignado, la única hebrea con la que hubiese podido convivir, fundar un hogar y tener hijos.

«La quiero hasta el extremo».

María le había colmado todas sus expectativas, que en ese momento se mudaban en desengaño.

Se sentó a la sombra de una mata y volvió a llorar desconsoladamente

«¿Por qué, Adonai**, no has querido evitar un mal tan grave? ¡Tendrías que haberla protegido!», se restregó la nariz con una de sus muñecas. «Ella es honesta como un niño chico; la conoces mejor que yo. ¡Si parece vivir constantemente en tu presencia!», sollozó. «¿Por qué no lo has impedido?…».**

Sabía que, en ningún caso, ella habría asentido a las vesánicas acciones de su verdugo. Sin embargo, no podía ignorar

que aquel malnacido la había dejado marcada de forma indeleble, y la costumbre —«¡maldita costumbre!»— la convertía en portadora de la gravísima falta: la víctima de una violación era la única que debía pagar, a juicio de un pueblo aleccionado por el escrúpulo de los doctores de la Ley, la deshonra. Y el precio consistía en una lapidación pública hasta la muerte.

—¡No! —arañó el suelo.

En el caso de que él o Joaquín pusieran una denuncia contra el violador, al tribunal le cabría el beneficio de la duda de que el estupro pudiera ser una treta para disimular la infidelidad de María, lo que sin duda aduciría su atacante en el caso de ser reconocido y llevado a a la corte.

«Debo animarla a que huya de Nazaret».

Enseguida se lo quitó de la cabeza: a María no le sería posible sobrevivir con su hijo mediante un trabajo honrado, salvo que se arriesgara a mentir para hacer creer que era viuda.

—¡Qué tontería! —se censuró, pues las viudas quedaban a cargo de la familia del difunto.

Tampoco podría esconderla en el collado, a pesar de que en aquel dédalo de barracas no sería la única que acarreara un hijo bastardo. Por otro lado, conocía la rectitud de su esposa, cuyo corazón se quebraría ante la imposibilidad de volver a pisar el sabatteion **de la sinagoga. Y mucho menos le propondría que se refugiara en los alrededores de la Puerta Norte.**

«No voy a consentir que viva junto a las rameras».

De ellas era un surtido de chiquillos sin padre conocido, que no podían acudir a las lecciones que impartía el hassan **al resto de los infantes. Pronto se convertían en haraganes sin otra dedicación que la mendicidad o la limpieza de las cárcavas a las que los viajeros se acercaban para hacer de vientre.**

—Mi muchachita…

Las lágrimas le habían abierto dos surcos a lo largo del rostro, en cuyo bigote se le acumuló una película húmeda.

«Solo la dejarán tranquila si soy yo el que se marcha».

Se volvió hacia el altozano, que desde allí aparecía oculto entre el verdor gris de los acebuches.

«¡Huiré!», zanjó con un nudo estrangulándole el pecho. «Especularán que no me siento capaz de querer al niño, de educarlo y mantenerlo».

Se vio surcando la frontera con Traconite como quien escapa del castigo merecido por un crimen.

«Cuando asimilen que me he marchado para no volver, incluso a mis hermanos les reconciliará pensar que mi ausencia responde a la rareza de mi carácter debido a… no sé, ¿este islote

que a todo el mundo escandaliza?», se rozó la mancha con la yema de los dedos.

«"¿Qué fue de José, el hijo de Jacob?", se dirán de cuando en cuando. "Se largó sin decir palabra al saber que su mujer iba a darle un hijo"». Le escocían los ojos. «"Ah, eso es lo esperable en un joven tan diferente al resto, señalado desde su nacimiento con el desdén de Adonai**"»…**

«Sí; que lo achaquen a la decoloración de mi párpado. ¿Qué más me da? Eso les disuadirá de pensar en María», había comenzado a sentir un bombeo doloroso en el interior de la cabeza, «a la que dejarán tranquila y así podrá cuidar al pequeño y a Joaquín. Terminarán por considerarla como a una viuda y yo me convertiré, para la mayoría de mis paisanos, en un recuerdo».

Iba a atravesar la vegetación que separaba el collado del pedregal, cuando flaqueó.

—Estoy a punto de escaparme como un ladrón…

Había trabajado duro para que su madre viviese un poco mejor, siempre buscando chapuzas con las que llevar un jornal a casa y salvar la deuda.

—¡Madre!…

Pensó en ella y en su decadencia, resulta de tantos años de privaciones, la edad y —estaba convencido— alguna enfermedad que no mostraba otros síntomas que un consumirse a mayor velocidad que el resto de las mujeres de su tiempo.

—¡Madre! —volvió a gemir.

Le rompía el alma que Susana se encontrara con que su primogénito había desaparecido, coincidiendo con el regreso de su prometida. La viuda de Jacob, que le conocía mejor que nadie, no daría por buenas las elucubraciones de la gente, tampoco las de sus hijos, yernos y nueras. Ataría cabos hasta terminar frente a María, quien no tendría más remedio que reconocer lo sucedido.

—No la denunciará —respiró profundo—. Todo lo contrario: En cuanto entienda que desaparezco para protegerla, la atenderá como si fuese su única hija. Y cuidará también al bebé, al que permitirá que le llame abuela. Y mi esposa, a qué dudarlo, se volcará con ella como solo lo haría con su propia madre —se le entrecortó la respiración—. Pero yo… tendré que aguantar el resto de mis días sin tener a María junto a mí.

Se desmoronó en los terrones de arena y sollozó.

Regresó a sus tareas como si el hijo del propietario del lagar no hubiera aparecido en la corraleta; como si nadie hubiese venido a contarle que su esposa se encontraba en aquel viñedo tan próximo a Nazaret; como si desconociera su embarazo.

Cuando dieron por concluida la jornada, no quiso bajar a la puerta de la ciudad ni acercarse al bebedero de Raveh.

—¿Qué diablos le sucede? —preguntó Obed al oído de Adael.

Este se encogió de hombros, enojado por lo que creía una extravagante pantomima.

Más tarde se sentaron a cenar en silencio. Susana pasaba sus ojos de José a Obed, y de este a Adael. Creyó que estaban malhumorados por algún asunto de trabajo y prefirió no intervenir.

—¿Sin noticias? —interrogó a su primogénito al tenderle el aguamanil para que se purificara las manos.

Él la miró largamente sin decir palabra.

—No desesperes.

La viuda de Jacob acudió a Adael con la jarra y la palangana. Había percibido algo extraño en el semblante de José, una sombra que parecía destruirle.

7.

Cuando todos se acostaron, decidió que partiría sin dinero ni herramientas; no quería que los suyos cargaran con un peso que solo le concernía a él. De madrugada tomaría un cayado que guardaba en el corral, la cantimplora, una muda y un par de sandalias. Tampoco iba a arriesgarse a despertar a su madre por llevarse unas provisiones, aunque le vendrían bien algunos peces en salazón y ciertas conservas para aguantar las primeras decenas de kilómetros. Había previsto caminar día y noche para abandonar, cuanto antes, las tierras de Galilea. Pero no quería mover vasijas ni levantar tapas, por no hacer ruido.

Se tumbó y simuló dormir, el oído presto a interpretar los rumores de la casa. Por las vueltas que su madre daba en el jergón supo que aún no había conciliado el sueño. ¡Pobrecita, no sabía lo mucho que a él le urgía que se quedara dormida! De los callejones venían mezcladas conversaciones y carcajadas, el lloro de algún bebé y el maullido de un gato, voces jóvenes y el susurro del viento entre las ramas.

Meditó la ruta que más le convenía: iba a tomar el camino a Naim, desde donde se dirigiría hacia el este con el propósito de bordear Gadara campo a través, para no tropezarse con gente que pudiera conocerle. ¿Y después?... No tenía la menor idea de lo que había más allá de aquel pueblo.

Había escuchado cientos de relatos de los viajeros a los que atendía en la Puerta Norte, gracias a los cuales aprendió la localización de algunos pozos y de más de un oasis en las terribles extensiones del desierto, así como los nombres de

aquellos parajes en los que gustaban acampar y aquellos otros ligados a episodios infaustos para las caravanas. Pero, ¿de qué le servirían aquellos puntos geográficos si ignoraba su destino?

«Cuando vislumbre el monte Hermón, lo más sensato será presentarme a la primera expedición con la que me cruce. Me ofreceré a desempeñar cualquier labor a cambio de alimento y compañía».

Se acordó de su padre quien, como él, tuvo repentinamente que empezar de nuevo y desde abajo, muy lejos de la que hasta entonces había sido su aldea. José, como Jacob, por fuerza mayor y en apenas unas horas, iba a asumir el destierro. El pecado de un canalla le separaba para siempre de todas las personas que amaba.

Hacía años que Susana dormía mal; sueños breves y ligeros, un duermevela que se guardaba para sí y que aprovechaba para recitar salmos, repasar mentalmente pasajes de la Escritura, rogar por los suyos y pensar en los quehaceres del día siguiente. Su vigilia era una penitencia que ofrecía por su salvación y la de los de su casa. No quería perturbar el reposo de José, que bien merecido tenía su descanso. De hecho, disfrutaba al escucharlo roncar, rechinar los dientes o cambiar de postura, ocasiones en las que agradecía a Yahvé que aún le dispensara la compañía de su único hijo soltero.

Aquella noche no fue una excepción. Por eso, ante la quietud que reinaba en la estancia, supo que José tampoco dormía.

«¿Qué estará pasando por su cabeza?», se preguntó.

Faltaban días para la visita del usurero y en la caja que ella tan celosamente guardaba había monedas de sobra para cubrir el próximo plazo. Por lo demás, en el corral —aunque últimamente faltaran huéspedes— se acumulaban madera, arena y tantas piezas de hierro como para entender que a sus hijos no les faltaban pedidos. Caviló: el mutismo de José en la cena y aquella falta de sueño solo podían deberse a María.

A pesar de su empeño en permanecer alerta, a José le fue venciendo una dulce pesadez. Percibió sus primeros síntomas, pero no tuvo opción de presentarles batalla, como si unas manos tiraran de su consciencia.

Al fin Susana oyó su respiración profunda y regular. Los grillos se habían apoderado de la noche con su infatigable concierto.

José no coleccionaba sueños. Le aburrían aquellas conversaciones acerca del libre albedrío del inconsciente. Alguna vez, debido a una cena copiosa o a la fiebre fue capaz de atrapar

jirones de episodios absurdos sin orden ni pauta, en los que los rostros y el paisaje se deformaban hasta hacerse irreconocibles, incoherencias que por desinterés olvidaba apenas abría los ojos. Por eso se admiró al entender, con transparente claridad, como si aún permaneciera en vela, que se encontraba atrapado por un sueño, y no precisamente una pesadilla. El escenario era el interior de aquel hogar, iluminado como si fuese de día, un día límpido de intensa primavera. Miró a un lado y al otro, pero no encontraba a su madre. Tampoco estaban sus hermanas y sus cuñadas, ni sus dos hermanos y sus cuñados. Echó la vista arriba. Esperaba contemplar un cielo azul, pero se topó con las toscas vigas sobre las que descansaba el cañamazo que sostenía la azotea.

«Por eso es un sueño», razonó. «Allí donde parece que entra la luz del sol, está la cubierta».

En la habitación rutilaba una luminosidad propia del mediodía, que no se proyectaba desde ningún lugar.

Susana sintió cómo su hijo se rebullía en la estera.

—José —escuchó una voz a su espalda.

Al darse la vuelta se encontró, frente a frente, con un mancebo.

—¿Quién eres? —le preguntó, asustado.

—No tengas miedo.

Aunque era más o menos de su altura, parecía mayor que él. Su rostro, lumínico al igual que sus manos, mostraba rasgos delicados. Bien visto, era un personaje sin edad, modelado según el criterio de un artista que manejara con exactitud las proporciones. Se trataba de una perfección que superaba su porte viril y que no se detenía en sus ojos de fuego ni en su serena boca, ni en su mentón suave, ni en la limpieza de su frente ni en sus dedos cargados de fuerza.

El artesano dio unos pasos atrás y bajó la vista, incapaz de soportar aquella mirada penetrante.

—Hijo de David —le tituló con reverencia, como si José fuera un hombre importante y el extraño personaje pisara las alfombras de un palacio y no el suelo de aquella chabola—, no te asuste recibir a María, tu esposa, porque lo que ha sido engendrado en ella proviene del Espíritu Santo.

—¿De quién? —musitó, temeroso de no haber comprendido el mensaje.

—Del Todopoderoso —subrayó—. María, la más excelsa de las criaturas —hizo una respetuosa inclinación de cabeza—, ha concebido sin que su virginidad se haya visto comprometida. Es y será virgen por siempre, y dará a luz un niño, a quien pondrás

por nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de todos los pecados.

Abrió los párpados de golpe, se incorporó en el camastro y volvió el rostro en busca del personaje refulgente, pero la habitación se encontraba a oscuras; hasta el hornillo estaba apagado.

El corazón le golpeaba con tanta fuerza que sentía sus latidos en las sienes, en los huesos y en las muñecas. Se puso en pie y corrió a la puerta, retiró el ladrillo con el que por las noches la sujetaban y se asomó, pensando que aún podría encontrar algún destello.

La quietud reinaba sobre el barrio.

—¿Qué sucede? —escuchó a su madre.

—Nada —le respondió sin dejar de escrutar las estrellas—. Tenía calor.

Frente a la cúpula inflamada de luceros supo que carecían de razón los padecimientos que había sufrido en las últimas horas, pues no dudaba de que lo que acababa de experimentar dormido había sido realidad; que aquel ser era un enviado de Yahvé, un ángel —se estremeció—, que aprovechando su inconsciencia le había enfrentado a un suceso imposible de entender, pero que venía a cumplir —esta vez la conmoción dobló sus recias rodillas, obligándole a apoyarse en una de las jambas— la promesa anunciada por los profetas: la liberación definitiva de Israel, la salvación del pueblo de la opresión de las naciones impías, aunque el mensajero no se hubiese referido sino a los pecados, detalle que estaba muy por encima de sus conocimientos religiosos, insuficientes para discernir el modo con el que Dios había empezado a actuar.

El Eterno había escogido el vientre de María para germinar su propio fruto, divino y humano a la vez —ahora necesitó apoyar también el pecho, aturdido por la altura a la que estaban llegando sus conclusiones—. Y él debía jugar a ser padre de la milagrosa criatura.

—¡Jesús!... —pronunció conmovido.

8.

Cuando el drama de la humanidad dio comienzo, Satanás dispersó a sus demonios por los cuatro puntos cardinales. Además de tentar a los hombres, permanecían al acecho de cada parto, pues desconocían cuándo iba a nacer el Enviado del Señor, «siglos después de los primeros hombres», según les había indicado el Maligno, un dato demasiado impreciso, por lo que ante cualquier sospecha recurrían a Belcebú, en cuyo estómago crecía el hambre por aquella carne pura.

Supo que Dios se había enternecido con el arrepentimiento de algunos miembros de la estirpe de Adán, hasta el punto de haber decidido convertir la culpa en gloria para la raza humana. Aunque su inteligencia excedía todos los cálculos de la mayoría de los ángeles, no era tan sutil como para acertar lo que Yahvé tenía dispuesto a través de Jesús para el bien de sus criaturas. Por eso ordenó a los diablos que exploraran los movimientos de los astros y otros fenómenos de la Naturaleza. Sequías y diluvios, huracanes y calma, terremotos y la explosión de los volcanes podían rebelar la llegada del Rey. Aunque estaban diseminados por toda la Tierra (donde hubiera una pareja en edad de procrear, había un demonio), les exigió que atendieran preferentemente las estancias de los palacios, los hogares ricos y las expediciones guerreras. Y aunque los espíritus del Mal también debían espiar a las muchachas piadosas de las casas humildes, a estas parecía protegerlas una suerte de envoltura que les repelía.

Satán se reservó para sí la tierra de Canaán, pues el Eterno había destapado que allí nacería la madre del niño, dato importante pero no decisivo, pues el Monstruo tenía comprobado el carácter nómada de las tribus semitas que iban y volvían por los contados lugares fértiles de la región, y desde estos a África, a las costas mediterráneas, al corazón de Asia y a la falda de lejanas cordilleras, siempre en busca de pastos y comercio. Por prevención instigó continuas discordias entre los clanes que clavaron sus tiendas en los márgenes del río Jordán, así como entre los que escogieron los esteros del lago Tiberiades o los ralos herbazales de las colinas, y contra todos ellos espoleó a los ejércitos de las naciones idólatras. Aquellas sangrientas batallas acabaron con ringleras de cautivos, que forzaron la dispersión de las tribus más pusilánimes —las que más odiaba— por los arenales, sentenciándolas a la desdicha del sol inmisericorde.

Cuando avistó a Miguel alrededor de la tienda de un joven pastor, Abrán de nombre, creyó haber acertado al escoger para sí aquella región del mundo. Pero enseguida se sintió confundido: ¿por qué el joven al que el Cielo escoltaba tomaba por esposa a una mujer estéril? Enajenado en su perplejidad, no quitó los ojos del clan en su descenso por Mesopotamia. La Gracia de Yahvé les hacía resistirse a los ídolos, una fidelidad excepcional en aquellos tiempos bañados de superstición.

Vigiló durante años el campamento. También cuando Abrán, envejecido, abandonó a los de su estirpe para partir al sur junto a su mujer, uno de sus sobrinos y la parte de los esclavos y rebaños que les correspondían, con los que se asentó en los

terrones del espaldar del Creciente Fértil, en Canaán. Supuso que Sarai moriría allí y que Abrán, viudo, tomaría una nueva esposa que, al fin, le diera un hijo. Pero como a la mujer no le llegaba la muerte, el Dragón lanzó sobre ella animales venenosos, a los que el arcángel fundía con la llama de su espada.

Acabó sospechando de Lot, hijo del hermano de Abrán. «¿Será el Rey esperado?», deliberaba.

No parecía razonable, pues había nacido de una mujer acadia, envidiosa y bravucona, cuya repelente faz en nada evocaba a la de la Emperatriz ante la que los ejércitos celestiales clavaron las rodillas.

Para que el oráculo no llegara a cumplirse, rompió aquella tierra con sus garras y chupó con su lengua negra los rayos del sol, enfermando los campos hasta provocar una terrible hambruna que condujo al anciano y a los suyos a Egipto, donde Sarai, a pesar de su edad provecta, prendió ilícitos apetitos entre los miembros de la corte del faraón. Pero ella se resistió; fiel a Abrán, regresó con su esposo y su sobrino junto al Jordán.

El patriarca buscaba la gloria del Único, al que elevó un altar en el que sacrificaba sus primicias. El Diablo seguía sin avistar signos que le hicieran conjeturar que el niño anhelado estuviera en camino. Tampoco en otros lugares de la Tierra, según le informaban sus vasallos.

Abrán, que presentía cercano el final de sus días, miraba a Sarai con tristeza; al no haberle dado descendencia, secos ya los últimos vellos de la raíz de su estirpe, estaba obligado a legar su hacienda a uno de sus esclavos. Además, se sentía solo. Hacía tiempo que su sobrino Lot había partido con todos sus bienes hacia las regiones del oriente. Pero una noche Yahvé le condujo fuera del campamento y le animó a contemplar las estrellas.

Lucifer, ciego para las cosas de Dios, lo miraba desde un montículo, extrañado de que el anciano pastor hablara en murmullos. Desconocía que el Inmarcesible le estaba comunicando que al fin iba a ser padre, pues era el elegido para fundar un Pueblo tan numeroso como astros penden del firmamento.

Se inclinó Satán para escuchar los cuchicheos entre Abrán y su esposa, a la que el viejo hizo partícipe del pacto: Elohim **acababa de entregarle las tierras que distan entre el Nilo y el Éufrates, para que diseminaran su descendencia. Hubo una condición en forma de marca: la circuncisión.**

Plenos de un vigor que llevaba muchos años dormido, aquella madrugada los esposos se amaron y Sarai quedó encinta de Isaac, sobre el que Lucifer hizo toda clase de hipótesis, ya que

al parirlo su madre mudó de nombre: con la venia del Cielo, se hizo llamar Sara.

Kyrios **exigió a Abrán una última y definitiva prueba de fidelidad, tal vez porque, a lo largo de los años, por flaqueza y desaliento, había quebrantado no pocas veces la ley de la conciencia.**

Espoleado por una moción, Abrán ascendió el monte Moriah acompañado por Isaac, que llevaba los leños necesarios para encender la candela sobre la que realizarían un holocausto. El muchacho estaba interesado en saber por qué no llevaban un cordero para inmolarlo. Al percibir un temblor en la voz del viejo, Satán comprendió que callaba el propósito de asesinar a su propio hijo.

«¿Quién le ha tentado?». Estaba sorprendido. «Ha tenido que perder el juicio…». Se sintió eufórico. «Nunca he tenido el triunfo tan fácil». Dirigió los cientos de ojos que poblaban su cráneo al cuchillo que Abrán llevaba al cinto. «Solo tendré que dirigir su mano cuando vaya a asestarle el golpe».

Mientras levantaban un ara de piedras sobre los riscos, Lucifer tomó la forma de una serpiente invisible, su animal favorito. De ese modo se escurrió por el atado de maderas y trepó por las vestiduras del viejo para silbarle al oído la forma de reducir a Isaac. Sin que el patriarca se diera cuenta de quién movía sus manos, anudó con unas cintas de cuero las muñecas y los tobillos del chico.

«Así podrás degollarlo sin verte comprometido por sus zarandeos».

El cuchillo era una laja de obsidiana. Para comprobar su filo Abrán se lo pasó sobre la yema del pulgar, cuya piel se abrió como una vaina.

—¡Ahora! —le conminó el Ángel Caído con un grito que reverberó en las laderas.

Iba a deslizar el arma por el cuello de su hijo cuando tronó la voz del arcángel Miguel, que se había ausentado durante la subida a la cima de Moriah:

—¡No extiendas tu mano sobre él ni le hagas nada!

La Víbora, en su precipitada huida oyó cómo Abrán también había sido investido con un nuevo nombre —Abrahán— y comprendió que en ningún momento se descordaron sus facultades mentales, sino que había actuado según los planes del Espíritu.

Con aquella heroica sujeción a la voluntad divina, Abrahán acababa de añadir un eslabón fundamental en la historia de

amistad entre Dios y los hombres.

Pero Isaac no era el Rey, sino otro descendiente de Adán que, como Abrahán, iba a colaborar en la expansión del Pueblo sobre el que Yahvé había fijado su preferencia, el mismo Pueblo que gobernaría el niño anunciado, con cetro de oro.

Colérico, el Maligno descendió a las planicies y acabó con la vida de una manada de gacelas.

9.

—Esta mañana no voy a trabajar —fue la resolutiva manera con la que José saludó a sus hermanos—. Debo dar la bienvenida a Joaquín y a María.

Parecía haber olvidado su comportamiento de la tarde anterior, cuando abandonó la corraleta como alma en pena.

—Sabréis arreglároslas sin mí.

Adael y Obed percibieron que era un hombre completamente diferente al taciturno que despidieron después de la cena. Estaba sonriente y henchido de vida, lo propio de un novio que va a celebrar su enlace.

Susana, complacida, les observó desde el portal. Su primogénito canturreaba mientras se lavaba los pies en un barreño.

—¿Se lo has dicho? —le preguntó Obed a José mientras, de soslayo, miraba a su madre.

—Nada más despertarnos —comenzó a secarse—. No cabe en sí de alegría.

—Celebro que hayas digerido la noticia de tu paternidad —añadió Adael, susceptible, antes de desplegar el par de borriquetas sobre las que iba a cepillar unas tablas—, aunque considero que nos debes una explicación.

—Siento vuestro malestar —le tendió los brazos y le dio un beso—. A veces no es sencillo acoger las sorpresas que nos depara la vida.

—¿Sorpresas? —Obed volvió el rostro—. Nada hay más natural que tu esposa esté encinta.

Los ojos de José tenían un brillo especial.

—Así es.

Giró sobre los talones, salió del corral y echó a caminar, alegre y presuroso, hacia el centro de Nazaret.

—¡Mira qué sucio está todo! —se lamentó ante su padre cuando pisaron el cuarto principal de la casa.

—¿Qué te esperabas? —Joaquín se encogió de hombros—. Fuiste tú la que se empeñó en alargar la estancia en Ain Karim.

—Lo sé —reconoció con humildad.

—Vamos, deja ese trapo. Ya limpiarás mañana después de

que hayamos ordenado el almacén.

A pesar del cansancio acumulado en las últimas jornadas del viaje, largas y apresuradas después de tanto tiempo fuera del hogar, María no pudo conciliar el sueño durante su primera noche en Nazaret. Obligada durante meses a dormir en cualquier lugar, disponer de su viejo colchón de lana y de su frazada, que había guardado entre flores de lavanda, se le presentó como un lujo. Como consecuencia de su avanzado estado de preñez, al caer la tarde se le cargaban los riñones e hinchaban los tobillos, y cada vez le resultaba más difícil encontrar una postura cómoda, a lo que no le habían ayudado las acampadas entre carrascales.

Pero esta vez fue pensar en José lo que la dejó en vela. Su esposo no había acudido a la Puerta Norte, que era lo que ella había deseado desde que partieron de la aldea de Zacarías e Isabel. Y sospechaba cuál era el motivo.

—¿No le habrá sucedido nada malo? —le preguntó el buhonero en el tráfago de la Puerta a un conocido vendedor de brevas que se les acercó con su bandeja de mimbre.

—¿Te refieres al hijo del difunto Jacob?

—Al mismo. Uno de los niños de la bodega que hay más allá del soto —señaló el camino—, se acercó después de la hora sexta para darle noticia de nuestra llegada.

—Es extrañó… —habló el frutero—. Hace unos días lo vi aquí mismo, tratando de convencer a unos viajeros para que pasaran la noche en su casa. Ya sabes que el muchacho no deja pasar una oportunidad.

—Está desposado con mi hija.

Le tendió una fruta a María, que murmuró a través del velo con el que se cubría la cara:

—No te apures, padre; nos estará aguardando frente a nuestra casa.

Pero tampoco les recibió en el telar.

Al no encontrarlo en el abrevadero de Raveh, después de que el viudo, ya seriamente preocupado, descinchara a la mula y al asno, envió un recadero.

Volvió el rapaz con noticias confusas: José no se encontraba en su vivienda ni en el corral, y sus hermanos no quisieron darle razón. Adael y Obed no sabían que en aquel preciso momento el carpintero lloraba por la preñez de su esposa, al otro lado de la ladera noroeste.

—Al decirles quién me enviaba —confesó el mandadero—, se miraron como si algo les escamara.

Caía la noche cuando Joaquín le entregó la propina convenida.

—No te preocupes —besó a su hija en la frente antes de trancar la puerta—. Mañana será un nuevo día.

Bajaba la pendiente del collado en alegres saltos.

—¡Buenos días, José! —le saludó un hombre que enjalbegaba una fachada—. ¿Dónde te has dejado las herramientas?

El artesano le respondió haciendo girar el cuffieh como si fuese una matraca.

—¡Se nota que la hija del comerciante de telas ha vuelto! —gritó una mujer desde un patio.

El joven no podía esconder su felicidad.

La vio al encarar el último tramo del callejón que moría en el bebedero. Estaba de espaldas y tendía, en la trasera de su casa, un balde con ropa recién lavada. José saltó la tapia del gallinero para llegarse a ella a hurtadillas, como si fuese un ladrón.

—María —pronunció su nombre a unos pasos de distancia.

La muchacha dio un respingo.

—¡José! —intentó, rauda, velarse el rostro.

Para las tareas domésticas vestía una túnica gastada. Con aquel humilde atuendo al carpintero le pareció aún más bella, quizás porque al no llevar manto su vientre quedaba en evidencia.

—¡Has vuelto! —balbució sin bajar la mirada hasta su tripa.

—Ayer, al caer la tarde.

Le urgía comunicarle que sabía el origen sobrenatural de su concepción. Desde que se desvaneció el sueño con el ángel, había ensayado uno y cien discursos con los que decirle que Yahvé le había hecho partícipe del milagro. Pero no era empresa fácil; le pesaba el pudor de compartir aquella revelación.

—No tienes que tener miedo —repitió el comienzo del mensaje celestial—. La boda sigue adelante, tal y como estaba previsto.

Quiso añadir que iba a acoger a la criatura como si fuese propia, pero las palabras se le resbalaban de la boca. Le aturdía que María fuera a confirmarle el extraordinario acontecimiento.

—Puedes fiarte de mí —añadió el hombre a duras penas.

No encontraba valor para hablarle del fruto del Todopoderoso que crecía en su seno. Aquello estaba muy por encima de su talento de orador.

«No soy nadie», se había dicho una y otra vez a lo largo de las últimas horas. «No tengo fortuna, ni fuerza, ni fama ni valentía», admitió con el rostro pegado al suelo. «No tengo nada, y aun así Elohim ha venido a buscarme».

Un calor se le había incrustado en la médula. Una cosa era

la vaguísima posibilidad de transmitir la vida al heredero del trono de David, el Mesías tan esperado, y otra, bien diferente, que el Omnipresente hubiera pasado por alto su indignidad para convertirle en protector de un niño concebido por el Espíritu divino.

—Me haré cargo de ti y de tu hijo.

María inclinó la cabeza, admirada de que no le preguntara por el origen de su embarazo.

—De nuestro hijo —matizó el artesano.

Había previsto ensalzar la virginidad de su mujer para romper cualquier suspicacia, aunque frente a la perceptible gestación pareciera un sinsentido. Además, quería dejarle claro que en adelante él iba a custodiar aquella pureza honrada por el ángel, pues acababa de hacer el voto de sacrificar el lícito afán de sembrar su propio linaje: Jesús iba a ser su único descendiente, sangre de su sangre a pesar de que no hubiese participado en su concepción, a pesar de la infinita distancia que le separaba de la luz divina que palpitaba en el seno de su esposa; a pesar de la distancia también infinita que le separaba de ella.

10.

Todo aquello le estuvo vedado a Satanás. Kyrios **dispuso que no percibiera cuánto de sobrenatural acontecía a los desposados. Tampoco fue suficientemente perspicaz para interpretar la duda que le produjo aquella chiquilla desde el momento mismo de su primer llanto. Creyó que el destino le tendría preparado un lugar en los atrios del Templo o alrededor de la provinciana sinagoga de Nazaret. La menospreció como menospreciaba a todas las mujeres que se creían investidas por la preferencia del Omnipresente, pero sin apercibir en ningún momento que iba a ser la madre del Rey.**

Desde hacía unos cientos de años las manifestaciones de predilección divina se habían multiplicado, especialmente a partir de la liberación del Pueblo de las garras paganas de Nabucodonosor. Pero no consistieron en una lluvia de estrellas fugaces en la bóveda de aquel pequeño mapa, ni en la metamorfosis en jugosa campiña de las piedras que claveteaban sus suaves lomas, ni en una fecundidad sobrevenida de los ganados hebreos, ni en la trasformación de las arenas del desierto en pan blanco que apaciguara el hambre de la muchedumbre, menos en la formación de un ejército poderoso que repeliera la codicia de sus invasores, ni en una riqueza que hiciese posible una reconstrucción aún más bella del Templo edificado por Salomón.

La Bestia, que olfateaba el vientre de las mujeres encintas y

asomaba su horrible faz al sueño pacífico de las cunas, revolvió al pueblo judío, dividiéndolo en partidos recelosos los unos de los otros, apartando a las clases bajas de la aristocracia, a los analfabetos de aquellos que sabían leer y escribir, a los que sentían el orgullo de la raza de los que se amoldaron a los dictados de Roma, nueva fuerza invasora. Enfrentó a los tasadores de la Ley y la tradición, contra los que se conformaban con el tarareo piadoso y los movimientos rituales; a los que cimentaban sus creencias en una sólida liturgia que les invitaba a la caridad, contra los que despreciaban al prójimo; a los que creían en la vida de ultratumba, contra los que destinaban todos sus esfuerzos al honor y a la abundancia de sus caudales; a los que estaban obligados a pagar tributos al Imperio y a Herodes, contra los afortunados que habían recibido la licencia de cobrarlos.

Se solazaba cuando batía las calles y plazas de la Ciudad Santa en forma de vendaval. Jerusalén se había convertido en un centro de pendencias, donde todo se medía con precisión de avaro: ofrendas, abluciones, denarios, siclos, rebaños, especias, nudos en las filacterias y cada esfuerzo realizado en sabbat**, por pequeño que fuese (el número de los pasos permitidos, cada bocado de más y hasta el íntimo intercambio de los esposos). Leviatán se colaba con facilidad en las dependencias del Sumo Sacerdote, en los estrados de algunos doctores de la Ley, en los conciliábulos de los descreídos saduceos y en las reuniones del Sanedrín cuando este bullía en malicias, envidias y juicios temerarios, o en estrategias para mantener las corruptelas que ayudaban a engordar las haciendas de algunos de sus cabecillas. El Heraldo de la Perdición también hacía errar a la oligarquía de los escribas en la interpretación de los textos sagrados cuando estos actuaban de espaldas al hambre de fe de los hijos de Israel. Satanás enfundaba —como si la soberbia fuese un pegajoso hilo de seda— a las autoridades con la cinta de los privilegios y las jactancias.**

Sus millaradas de huevos podridos encontraron nido en el primero de los monarcas idumeos, padre de Antipas, quien avistaba el final de sus días con terror. Tanto le acogotaba la muerte que durante el reposo hacía cálculos de cuántos hombres y mujeres se verían obligados a degollar sus soldados para que alguien le llorase sinceramente durante su funeral. Por los pasadizos de sus fortalezas le asediaban los familiares a los que él mismo había quitado la vida: sus cuñados, la esposa con la que más gozó, dos de sus hijos… Pero el obsesivo recuento de los asesinatos no le remordía, pues navegaba obsesivamente en una

desazón acerca de quién podría estar rondando a los cónsules romanos con el fin de destronarle.

El Maldito le espoleaba para que reforzase la confianza de Roma. Por eso sus edecanes, venidos de países bárbaros, colgaron una rúbrica especialmente ofensiva en la fachada del Templo: el águila imperial. Herodes el Grande estaba convencido de que el detalle sería bien valorado por el gobernador de Siria.

—¿Qué tenéis que decir? —montó en cólera cuando una comisión de sacerdotes se presentó ante él para exigirle que la quitara de inmediato—. ¿Acaso no he reconstruido la casa de vuestro Dios con mi dinero?... ¿Y no es mi oro el que ha alzado esos muros nuevos, muy por encima de los de Salomón?... ¿O es que no os he plantado un bosque de columnas en el atrio principal? ¡Y os atrevéis a amonestarme!...

Si reformó aquellas ruinas sagradas fue por ganarse el favor de los judíos, ya que no recibía de aquella gente sumisión ni respeto. También lo hizo por no contristar a ese Dios que, por carecer de rostro, no podía colocar entre los ídolos que llevaba consigo a todas partes. El fetichismo le permitía estar a bien con todas las divinidades que encontraba a su paso, desde las sencillas efigies de madera y cuero de los esclavos negros, a los ingenuos moldes en arcilla de las tribus beduinas; desde las proporcionadas figuras del panteón romano, a las esculturas en hueso que trajeron sus milicianos de Germania, Tracia y la Galia. Pero a Yahvé... ¿Cómo podría colocarlo en su altar móvil si nadie acertaba a ponerle forma?

Despidió a la comitiva con cajas destempladas. Pero al quedarse solo le asaltó el pánico. ¿Iría aquel ser superior a hacerle daño?... Herodes creía más temible el castigo de lo desconocido que el que pudiera decidir un procurador o el mismísimo césar. Por eso mandó retirar la rapaz dorada. A cambio ajustició a cuarenta presos, a los que quemó vivos a las afueras de la Ciudad Santa.

El Espíritu de la Degeneración se empeñó en convertir la Tierra de la Promesa en un charco de agua insalubre, para que el Mesías anunciado viera la luz no en un país del que mana leche y miel sino en un mapa herido de muerte. Pero el Infierno volvió a equivocarse, ya que Elohim **hace florecer el árbol reseco y aún del muerto es capaz de sacar frutos dulces y generosos: María, la que iba a ser madre de Dios, había nacido mientras Lucifer nublaba conscientemente en su memoria la imagen de la Emperatriz. Su dulzura era para él perenne amenaza, pues no se olvidaba de que el día de su derrota, aquel pie delicado le reventaría la cabeza contra el suelo polvoriento que, con tanta frustración, sus**

demonios habían colonizado.

11.

Satán execraba a los hebreos, pues no habían aportado a la humanidad antigua el legado de unas normas arquitectónicas reconocibles, ni una vuelta más a la ciencia del cálculo, a la invención de nuevos tejidos o de una maquinaria que hiciera más llevadero el trabajo manual. De hecho, el conjunto de sus Doce Tribus desdeñaba las magníficas aportaciones de la civilización griega y romana. Por añadidura, tildaban de paganos los ecos de sabiduría que sus compatriotas dispersos por la Hélade traían en sus peregrinaciones a la Ciudad Santa. Era un pueblo que recurría al divorcio para exculparse de la poligamia y que vomitaba sobre las representaciones escultóricas del hombre y la mujer, al confundir toda figuración artística con la idolatría. El Monstruo se reía de ellos porque sus conocimientos apenas habían evolucionado a lo largo de los siglos, lo mismo que el recetario de su gastronomía, saturado de alimentos declarados impuros, de verduras amargas y requesones insípidos.

Por todo eso no comprendía la predilección de Yahvé por aquella gente, ni sus exclusivas revelaciones ni su Alianza. Y aunque hizo todo lo que estaba en sus manos brunas para que los hebreos renegaran de los compromisos de su fe, con ellos Dios estaba dispuesto siempre al perdón, a un volver a empezar que daba al traste con la fatalidad dispuesta por la Gehena. Lo único que podía explicar que el Misericordioso regalara tales privilegios a aquella nación minúscula y no a las civilizaciones innovadoras que habitaban otros lugares de la Tierra –razonaba —, era que tuviera listo un plan para derrotar al Infierno. La cercanía de ese plan de lo Alto, llegaba a enloquecerle.

Los odiaba en lo más profundo de su oscuridad desde antes del comienzo del tiempo. Los odiaba por su ingenuidad, por su ausencia de magnificencia y por la displicencia de sus líderes frente a las culturas extranjeras. Y los odiaba también por sus pecados, pecados personales y pecados de todo el Pueblo. Aborrecía que, formando la familia de los escogidos, cometieran las mismas ofensas que el resto de la humanidad, aunque supiera que pese al Pacto llegaban al mundo mordidos por la llaga original, aquel «seréis como dioses» que corrompió la naturaleza de Eva y Adán, una inclinación a lo que daña al hombre. Pero, sobre todo, abominaba que Kyrios **atendiera sus actos de penitencia y aceptara su arrepentimiento.**

«¿Habrá nacido ya la mujer en cuyas entrañas florecerá el Salvador?…».

Todas las muchachas judías en edad de procrear eran —en

mayor o menor grado— ruines, desdichadas, avaras, egoístas, incautas, soberbias, mentirosas, calumniadoras, impertinentes, vanidosas, cotillas, impías… Y estaban condenadas a la vejez, a la sequedad, a las enfermedades, a los accidentes, a la violencia y a la muerte. Incluso a aquellas que se esforzaban en la práctica de la virtud, el alma terminaba por abrírseles en fisuras por las que el mal introducía sus licores deletéreos.

No le cabía duda de que la Emperatriz sería distinta a todas ellas.

«¿Habría nacido, al menos, el hombre que va a fecundarla?… ».

No aceptaba que las palabras del Todopoderoso que escuchó el día de su sedición, difusas en el aciago recuerdo de su non serviam, fueran ciertas.

«¿Dios hecho hombre? ¿La simiente del Creador en el útero de una hija de Eva? ¿El Inmensurable sometido a la carne? ¿Dios mortal?…. Eso es. Lo dijo, fue para engañarme».

Kyrios no había ofrecido a sus ángeles una imagen del padre del Cristo. Podría tratarse de cualquier niño que correteara en cualquier confín del mundo. Por eso el Espíritu Inmundo exploraba la tierra de Canaán y la diáspora con las tripas retorcidas. Era la voracidad ante el origen de su desdicha. Si acabara con él antes de que pudiera conocer a la doncella… Pero su inteligencia, penetrante en los misterios de la Naturaleza, fue incapaz de distinguir a José, designado por Dios, como padre del Mesías.

Dio inicio a su ataque más desesperado: ordenó a varias de sus escuadras que vinieran junto a él para mezclarse entre los judíos y empujarles a la perdición.

Los demonios llegaron a tomar pasajeras formas de hombre y animal para conseguir los propósitos del Dragón. En primer lugar marcaron a los varones enfangados en la tibieza y la indiferencia religiosa, para seducirles con la práctica de hechizos. Les reclamaron que abjuraran al Único a cambio de un futuro lleno de placeres y fortuna.

Aquellos que se dejaron tentar, se fiaron de los nigromantes llegados del Oriente, cuyas admoniciones terminaron por condicionar cada uno de sus pasos. Practicaron cultos idolátricos, consultaban oráculos y horóscopos, se colgaron amuletos, se sirvieron de maldiciones para dañar a los vecinos que les hacían sombra y trataron de comunicarse con los muertos mediante tétricas liturgias.

Los hombres más débiles y los más aviesos abrieron de par en par las puertas del alma a los ángeles caídos, que se

adentraron de uno en uno y hasta en tropel para hacer morada en ellos, dominar sus gestos, palabras y pensamientos, así como para dotarles de capacidades sobrehumanas. Pero las huestes de Satanás no se exhibían en todo instante a través de ellos; buscaban la presencia de testigos que —acongojados por el miedo— constataran el poder de la Gehena.

Durante los momentos en los que el éxtasis demoniaco se apoderaba de ellos, mudaban el color hasta adquirir tonalidades imposibles; se retorcían como si llevaran el estómago repleto de brasas; espumeaban por la boca igual que los mordidos por perro rabioso; hablaban con voces cavernosas; desvelaban secretos que producían espanto a los que juntaban valor para escucharlos y mentían con tal pericia que la cizaña enraizaba inmediatamente entre sus testigos. También se expresaban en lenguas extrañas, deformaban el hebreo y el arameo hasta convertirlos en idiomas repulsivos, invertían las sílabas y usaban las palabras de orden sagrado como lenguaje de lupanar.

En la cumbre de aquel pavoroso espectáculo algunos endemoniados se elevaban sobre el suelo, rompiendo las leyes de la física. Después, con el poderío de un buey encabritado, se lanzaban sobre los espectadores y los golpeaban. Se necesitaban muchos hombres para sujetarlos, pues sus brazos y piernas adquirían la rigidez del hierro hasta que, sin un motivo, caían como peso muerto y volvían a convulsionarse con espantosos chillidos y temblores. Entre lágrimas insultaban, amenazaban, maldecían y buscaban objetos con los que herirse. Algunos se lanzaban al fuego. Por último, cuando los demonios suspendían la tortura, les sobrevenía un profundo cansancio.

La gente empujó a los endemoniados fuera de las villas. Los trataban como a peligrosos lunáticos, despreciados y temidos hasta por los cuatreros. Los lapidaban, los empujaban al vacío desde las escarpaduras, los apaleaban por orden de los ancianos hasta causarles la muerte y abandonaban sus cadáveres a las carroñeras. Si habitaban una granja, un caserío solitario, una alquería entre sembrados o frente a las costas, algunas familias (movidas por un surtido de congoja, vergüenza y piedad) los escondían para que se perdiera su recuerdo, inventándose todo tipo de cuentos: que el poseído había partido a un largo viaje o que desapareció sin dejar razones.

Los había que en verdad se fugaron de sus hogares para aterrar —durante las manifestaciones luciferinas— a los caminantes. Algunos hacían morada en los cementerios, pues se sentían más unidos a los muertos (a los restos humanos, a las osamentas) que a sus semejantes. Otros se asentaban en los

vertederos de las ciudades para alimentarse de basuras. Y los últimos atravesaban los confines de Israel para horror de los pastores de dromedarios, de los campamentos beduinos y de las patrullas militares.

Pero la principal actividad de Satán sobre los hebreos corruptos no fue la posesión diabólica, pues a pesar de la fiereza del ataque del Infierno, los ángeles del Cielo impedían que el pavoroso abuso se multiplicara entre las criaturas que se obcecaban en pecar.

Por eso fueron más aquellos que decían conocer algún endemoniado, los dimes y diretes acerca de quiénes podrían estar bajo la influencia del Maligno, la proliferación de cuentos y exageraciones que rozaban el esperpento, que los casos probados. Se murmuraba que los judíos afectados por una grave dolencia mental, una aflicción inconsolable o una temprana demencia padecían infestaciones del Averno. Esas falsas acusaciones llegaban hasta el Sanedrín y eran motivo de agrias querellas en las columnatas del Templo, en los soportales de las sinagogas y en los patios de vecindad, para gozo del sembrador de cizaña, a quien le hubiera gustado que los endemoniados fueran responsables de sus actos cuando estaban bajo su poder. Pero no eran ellos sino él quien actuaba a través de sus víctimas.

Al experimentar que su poder limitaba con la Gracia, empleó otra artimaña: la desesperación.

Exigió el cumplimiento de hasta la última coma recogida en el acuerdo con aquellos hombres sobre los que llovían beneficios sin cuento y que, para el pueblo, eran el estandarte de la fortuna. La multitud desconocía que poder, hacienda y placer eran —en manos de aquellos pecadores públicos— sacos de plomo atados al corazón, porque ni los caprichos con los que pretendían darle sentido al paso de los años, ni los cumplidos con los que se los honraba, ni el tiempo que destinaban a contar y recontar sus riquezas… ni la colección de los mejores vinos, de las más finas sedas, de los más opíparos banquetes, de los campos más feraces, de las mejores reatas de ganado… ni viajes, ni prestigio, ni alabanzas ni descanso conseguían debilitar una fastidiosa impaciencia.

Perdían la paz al constatar que todo lo que habían convertido en anhelo —también lo que destilaba ecos de auténtico amor (una esposa, los hijos, algunos amigos)— acababa por defraudarles. El escrúpulo de que eran queridos a costa de sus caudales terminaba por apagar su débil alegría, y un continuo sinvivir les hacía perder la fe en las cábalas de los augures, a los que daban la espalda al tiempo que abrían sus

oídos a otros adivinos que desplegaban para ellos una nueva carta astral abarrotada de parabienes y en la que la enfermedad y muerte volvían a estar censuradas.

Acurrucados sobre sus cofres, mascaban una acerba soledad. Entonces el Áspid les lanzaba el último de sus dardos: muchos elegían morir envenenados, anudarse una soga al cuello o abrirse las venas, en ocasiones después de quemar sus pertenencias. Y nadie en Israel se atrevía a mentar el suicidio, gravísima ofensa al Dador de la vida.

¿Qué papel podría haber jugado José en aquel drama?... Para el Demonio semejante desdichado no tenía un lugar en su batalla. Por eso no prestó atención cuando el muchacho de la nube en la cara descubrió a María en la Puerta Norte. Se engañó a sí mismo al decretar que la apetencia que brotó en el corazón del joven era ilusoria. María era una muchacha bella. Extraña y bella. Insoportable a sus ojos y bella, demasiado bella para el joven. Tampoco quiso atenderlo cuando la viuda de Jacob solicitó la mano de la doncella al vendedor de tejidos para entregársela a su primogénito. Una fuerza de bien le impidió espiar aquellos asuntos domésticos con la insolencia que empleaba al husmear la intimidad del resto de los hombres.

12.

Si tenía prohibido merodear a los hijos de la Alianza cuando se postraban ante el Único, qué decir respecto a la conversación que aquella chiquilla mantenía con Dios, una comunión diáfana que se prolongaba durante las horas de sol y también durante la noche, cuando dormía.

Aunque sus jornadas fuesen una oración ininterrumpida, María, además, buscaba ciertos momentos de retiro en los que su alma desprendía tanta luz que su resplandor quemaba a Lucifer. El Inmutable la dotó de aquella luminosidad en el instante de su concepción, al preservarla del pecado original.

La incandescencia de la doncella ahuyentó al Demonio la mañana que Gabriel se presentó en la soledad de la hilandería, cuando el rasgar del telar quedó en suspenso, quietas las hábiles manos de la muchacha, así que el Dragón no pudo escuchar una sola palabra del coloquio que mantuvieron, ni espió la dicha que reventó en las Alturas cuando consintió libremente en ser madre del nuevo Adán. Nada supo de la fuerza con la que palpitó el Amor sin límites. Acababa de arrancar el tiempo definitivo, el final de la Historia.

María partió de Nazaret junto a su padre, dispuesto como cada temporada a vender el género fabricado por su hija durante los meses de frío. El Monstruo los siguió a cierta distancia. Algo a

lo que no sabía poner nombre cementaba su sangre negra.

Procuró atosigarles de manera indirecta, sirviéndose de la peor calaña de entre los viajantes que iban y venían por las carreteras de Palestina. Sin embargo, al padre y a la hija les protegía el amparo de Yahvé. Hizo lo posible, también, por sacar de sus loberas a los salteadores para arrojarlos sobre ellos. Pero Dios no autorizó a que se cruzaran sus caminos. Intentó azuzar hacia el campamento que levantaban cada noche toda clase de animales ponzoñosos, pero la Naturaleza se había puesto al servicio de los planes de Adonai**.**

Cuando, hacia el final del periplo, Joaquín levantó su tenderete a las afueras de Ain Karim, el Enemigo adoptó la forma de una picaza para otearles desde el aire. Fue inútil, ya que se estrellaba con las corrientes de viento, que le alejaban de los buhoneros. Ansioso, cambió el cuerpo del ave por el de un crótalo para deslizarse bajo las lonas de los mercaderes, pero un milano, sordo a sus blasfemias, lo arrebató con las garras para soltarlo en el lejano desierto del Oriente. Ni con la coraza del escarabajo ni con la largura húmeda de la lombriz consiguió alcanzar las inmediaciones de la casa de Zacarías. Un magnetismo lo rechazaba; la flama añil de una espada angélica.

Sus oídos no oyeron el exultante recibimiento de la anciana encinta a su prima, cuando de los labios de Isabel brotaron palabras repletas de inspiración. ¡Qué no hubiese entregado Lucifer a cambio de percibir el brinco que dio la criatura en el vientre de aquella piadosa mujer en la que la fecundidad era, por edad, imposible!... Si hubiera estado presente en el encuentro de aquellas parientes lejanas, no hubiese dudado de que el Mesías iba a ser Juan.

Como león acorralado por una partida de lanceros, se revolvía a un lado y a otro sin decidirse a quién lanzar su dardo. Isabel había dado a luz; lo oyó en los bancales de Ain Karim por boca de algunos campesinos que no contenían su asombro.

«¿Por qué razón Dios ha realizado en ellos un prodigio tan sublime?».

Los labradores ligaban el milagro a los extraños sucesos del Templo —cuando Zacarías enmudeció—, resueltos al fin con la destrabazón de la lengua del sacerdote.

Belcebú hinchó el pecho, que se le tornó rojizo y escamado. Simple pavoneo, ya que sus fauces de colmillos descascarillados no podían acabar con el pequeño Juan; aunque María ya no se encontraba en el hogar del sacerdote del turno de Abías, había dejado la estela de su fulgor.

A la doncella se le había transformado el cuerpo: tenía el

vientre y los senos hinchados, y le pesaban las piernas. Isabel le insistió para que se quedara.

—¿Cómo vas a afrontar un viaje en tus condiciones? —le reconvino durante una cena, decidida a que fuese Joaquín el que tomara una decisión al respecto—. Alguno de nuestros aparceros podría subir a Nazaret y traerse a José de vuelta, ¿verdad, Zacarías?… —. El viejo, que amasaba una figurilla con miga de pan, lanzó un murmullo ininteligible y frunció sus cejas velludas — Y que venga también tu suegra; en esta casa hay sitio para todos.

Aspiraba retenerla para conocer al fruto divino de sus entrañas.

—¡Quédate! —insistió— Os ayudaremos a organizar la boda… Y prepararemos juntas la alcoba donde darás a luz.

—Isabel… —al masticar, el buhonero hacía sonar las encías desdentadas.

«¿Qué dices a la propuesta de mi mujer, amigo?», escribió Zacarías en una tablilla que María leyó en alto.

Joaquín tenía premura por partir.

—Llevamos demasiado tiempo en Ain Karim —quiso justificarse—. Aquí está todo el pescado vendido.

—El negocio… —suspiró la parienta de su difunta—. Siempre el negocio.

—Entiéndeme —mojó la fuente y se llevó un nuevo bocado al gaznate—. Otros años, a estas alturas, ya estamos a pleno rendimiento en Nazaret. Necesito, cuanto antes, hacer acopio de materiales y reparar los telares. ¡En qué condiciones estará el almacén después de los meses que llevamos lejos!… Ni con gatos, Isabel.

—¿Gatos? —se quedó extrañada.

—Cuando los ratones se encaprichan de las telas, de nada sirven los gatos.

El buhonero no estaba dispuesto a seguir aquella rutina a medias sedentaria, a medias trashumante. Sin saberlo, iba a ayudar a su hija a preservar la intervención del Todopoderoso: no era justo que José conociera su embarazo a través de un aparcero de Zacarías. Podría pensar cualquier disparate, lo que les condenaría a no volver a verse.

«¿Cómo es que Isabel no se da cuenta?», pensó la doncella.

Su pariente era la única persona que conocía el portento. Pero no porque María hubiese llegado a Ain Karim con la intención de decírselo: cuando se encontraron en el patio de la vivienda, la esposa de Zacarías recibió un vaticinio acerca del misterio que acompañaba a la muchacha. Tal vez Zacarías, por

compartir lecho con Isabel, llegó a estar al tanto. No en vano gustaba garabatear en su pizarra, mientras tomaban el fresco en el patio, místicas alusiones acerca de los lazos que ligaban a su hijo (a punto de ver la luz) con el Cristo, palabras que Joaquín, perplejo, escuchaba de labios de María o Isabel, sin entender a qué se refería aquel hombre sabio que aseguraba que el Señor le había castigado con la mudez.

Exhaló una bocanada de azufre al advertir que el fanal de Gracia seguía abrigando aquel pueblo colgado en la montaña. El pequeño de Isabel y Zacarías se alimentaba apaciblemente de los senos de una nodriza, sin que su aguijón letal pudiera atravesar el rastro luminoso dejado por María en el hogar de los ancianos. ¿Sería que aquellos a quienes la jovencita volcaba su cariño quedaban amparados de los arrebatos del Infierno?...

El niño se llamaba Juan; lo contaban los vecinos que salían de la aldea para atender sus parcelas y rebaños, y lo divulgaron los habitantes de los caseríos entre los arrieros que iban a Jerusalén. Nadie comprendía por qué aquel primogénito de alta cuna no había recibido el nombre de su padre. Lo discutían de camino al bullicioso mercado de la Ciudad Santa que se instalaba junto al palacio de los Hasmoneos.

Los criados de los aristócratas escucharon la noticia en el bazar y expandieron, de barrio en barrio, los rumores acerca de una señal divina manifestada en aquel parto prodigioso. No tardó el Sumo Pontífice en convocar al Sanedrín, donde se organizó un alboroto como consecuencia de la recuperación del habla por parte de Zacarías. Unos opinaban que se trataba de la culminación de la sobrecogedora escena que presenciaron, hacía casi un año, frente al Santuario; otros disfrazaron su falta de fe con cáusticas disquisiciones acerca del estado mental de aquel miembro del turno de Abías, y casi todos bromearon sobre su vigor sexual, poniendo en tela de juicio la paternidad y la maternidad de la criatura.

La mofa de los senadores de la más alta autoridad hebrea no fue suficiente para Lucifer. Su mirada se dirigió a la carretera que ascendía desde Jerusalén a Galilea. Por ella avanzaba Joaquín sobre los lomos de un mulo, y tras él, María, sentada en el carro del que tiraba un jumento. Se detuvieron a descansar en el lagar, apenas a unos estadios de Nazaret. El viejo estaba rendido; precisaba recostarse bajo la sombra de la parra, almorzar algo ligero empapado con un vino dulzón y echarse una siesta.

—Una vez cerca de casa, ¿para qué las prisas? —le habló a su hija, que se consumía por encontrarse con José—. Además, en tu estado estoy obligado a velar por tu descanso.

A lo largo de las jornadas de viaje desde Ain Karim, la había visto llevarse repetidamente las manos a los riñones, desistir del vaivén de la carreta para continuar el camino a paso lento y agacharse con dificultad cuando buscaba ramas secas para la lumbre. Ni el vendedor de telas ni su hija habían podido percibir que a su paso huían los espíritus foscos, como tampoco apreciaron el favor divino que les escudaba ni recibieron noticias del bienestar momentáneo de los enfermos con los que se cruzaban, de la paz fugaz de los mendigos que levantaban los ojos hacia la joven del manto azul o del breve alivio que sentían los poseídos por el mal que bebían del mismo pozo en el que María había calmado su sed.

Belcebú, camuflado bajo las espinas de unas aliagas, se alertó al ver cómo un crío salía a escape de la bodega. Aguardó a que se distanciara del edificio para salirle al paso y sonsacarle —con las amables preguntas de una anciana— que se disponía a cumplir el encargo por el que el carpintero del collado le había garantizado una propina.

«Este es mi momento», se frotó las gélidas manos.

La primicia que trajo el zagal causó en el novio una profunda consternación. Además, el Infierno utilizó la imprudencia de Adael y Obed para dañar aún más su noble corazón. La necedad de sus comentarios lastimó al artesano como si el suelo se hubiese abierto bajo los pies. La felicidad, de pronto, se le había quebrado.

José cerró los oídos a las chanzas de sus hermanos y abandonó las herramientas. La rueda que estaban arreglando en la corraleta había perdido todo sentido para él. Saltó el muro y echó a correr calle arriba; necesitaba refugiarse en los pedregales del otro lado del collado para romper a llorar.

Satanás brincaba a su alrededor como el perro que celebra la llegada de su amo, plenamente consciente de que la preñez de María le había causado un pernicioso efecto.

«Qué más me da el motivo por el que no quiere ser padre», se dijo.

El joven se derrumbó, sin reparar en la culebra invisible que acababa de surgir bajo la piedra en la que había apoyado uno de sus brazos. Lucifer ascendió por su manto hasta alcanzarle los oídos. Con su lengua hendida le propuso toda suerte de maledicencias. Pero José se resistió a considerar que su desposada pudiera haberle sido infiel. A su juicio, solo cabía que un desalmado hubiera violado la virginidad que solo a él, su esposo, pertenecía.

Para el Diablo aquello fue suficiente: por eso no cesó de

invadir su imaginación con escenas lacerantes.

José estuvo dispuesto a cargar una culpa que no le correspondía, mas a la vez se sintió constreñido a ser honesto con Elohim**, que ve en lo secreto y cuyas leyes no permitían mentir respecto a la filiación de una criatura.**

El Tentador hacía cabriolas sobre las rocas y se reía, mostrando a sus secuaces, apelotonados alrededor del inconsolable muchacho, unas fauces apestosas. Aquel infeliz se estaba convirtiendo en su víctima sin necesidad de haberle comprometido el alma. Era suyo —qué extraño— sin que mediara pecado alguno. No le importó: utilizaría aquel hundimiento para reventar el proyecto de Yahvé; en cuanto denunciara a María por adúltera, los judíos la lapidarían.

«Las pedradas romperán la luz que la protege», se alborozó. «Una vez muerta, me presentaré en Ain Karim para dar cuenta de Zacarías e Isabel. Después, desgarraré el pecho de Juan».

13.

María adivinó que era Joaquín el que necesitaba descansar. Mucho más que ella, pues él traía la piel del rostro requemada por el sol; el turbante en el que había transformado su sudario, marcado por diferentes oleajes blanquecinos; el labio inferior, desde hacía días, abierto en una llaga que no dejaba de supurar y los pies heridos de ampollas y rozaduras. Le preocupaba la salud de su padre, que durante la expedición de vuelta no dejó de quejarse: al amanecer le dolían los huesos, como si tuviese las articulaciones comidas de óxido.

Al superar la última loma lo había visto sonreír y tentarse la bolsa. Desde allí se dominaban un campo de algarrobos y los tejadillos planos del lagar.

—¡Huele! —expandió el pecho sentado en el mulo, al que también se le acumulaban los kilómetros en las pezuñas descascarilladas. La muchacha hizo un ruido con la boca para que el borrico se colocara junto a él—. ¿No aprecias el perfume de nuestra tierra? —dilató las narinas en una respiración deleitosa—. Higos… Uvas en sazón… —. Crepitaban las últimas cigarras—. Detrás de aquel alcor —señaló al frente— veremos Nazaret.

—¡Nazaret! —el corazón de María latió fuerte—. Tengo ganas de llegar a casa.

Joaquín la observó desde su montura.

—Antes nos detendremos bajo la parra de aquella bodega —volvió a sacudir el pequeño monedero—. Me he ido guardando un dinerito… Después de tantas noches a la intemperie, nos hemos ganado un estofado.

La doncella suspiró al mirar la colina.

—Fíjate en nuestro aspecto —el viejo se justificó, echándose sobre el pomo de la silla—. ¿Vas a decirme que no nos merecemos un homenaje?

María no le contestó.

—A la legua se nota que estás muy cansada. No voy a permitir que te pongas a guisar nada más llegar a casa.

Comenzaron a descender hacia el emparrado.

Le ayudó a secarse los pies.

—No te entretengas, que me ruge el estómago —le arrancó la toalla de las manos.

María había pedido que le sirvieran un poco de aceite para masajearle las rozaduras que le circundaban los talones.

—Qué bien me cuidas —le pellizcó el pómulo—. Disculpa mi impaciencia.

Almorzó recostado en un banco, llevándose la comida a la boca con la mano derecha. Su hija contemplaba con admiración su glotonería.

—¿Desde cuándo pensaba, padre, en el banquete?

Joaquín rompió a reír.

—El día que partimos de Nazaret aspiré el perfume de la cocina de esta bodega —le explicó con la boca llena. Le sangraba la llaga del labio, pero no parecía importarle—. Había caballos del ejército bajo el tejadillo de las cuadras.

—Lo recuerdo.

—Soldados de Herodes a los que les habían servido varias fuentes de gallina estofada. Me prometí que si el periplo salía tal y como esperaba y conseguíamos vender la mercancía, nos detendríamos aquí antes de llegar a casa.

Le llenó la copa de barro, que el buhonero vació de un trago.

—¡Ah!… —se limpió boca y barba con el dorso de la mano izquierda—. ¡Cuánto tiempo sin beber un caldo frío!

Roía cada hueso, partiéndolos con las encías para robarles hasta el último jugo.

—A esto yo le llamo cocinar… —. Soltó barquitos de pan en la salsa, sobre los que colocó trozos de ajo y otros condimentos —. ¡Qué bien hizo el Señor el mundo!

—Mastique, que va a sentarle mal.

Pero no hubo modo. Una vez acabó la torta, utilizó los dedos para limpiar hasta el último resto.

—¿Se ha quedado con hambre?

María apreció cómo su padre repasaba el pedazo que había apartado para ella.

—Son muchos días a base de cereales —se hundió los dedos en la tripa.

La muchacha arrancó el ala que le correspondía, a la que quedaron adheridos un buen pedazo de pechuga y el cuello, y se la dejó en el plato.

—Pero, ¿qué haces? —hizo un aspaviento—. Ni por asomo, que apenas te ha quedado la carcasa. ¿No te das cuenta de que ahora debes comer por dos?

—Lo que tengo es suficiente.

Cuando la miraba, Joaquín valoró la belleza de sus ojos.

«Son los mismos de Ana».

Eran pardos, casi negros, rutilantes como las piedrecitas de azabache que algunos comerciantes traían de los límites del Imperio con el océano Atlántico. Sus pupilas lograban llegar al fondo de cada persona y cada objeto, sin que se le despertara un ansia de juicio ni de posesión. Aquellos ojos, que se batían en un delicioso parpadeo de pestañas rizadas, dilucidaban todas las necesidades del viudo, hasta en el detalle más nimio, adelantándose a la mayoría de sus ruegos. Pero no se quedaban en Joaquín; tenían el don de traspasar los muros del taller y las lonas del campamento, el patio de Zacarías en Ain Karim y la ruta proyectada en cada jornada de viaje, para descubrir quién precisaba atención.

María comió con mesura, regalando a los pajaritos que alborotaban entre el follaje de la parra las migas con las que su padre había sembrado la mesa. También fue compasiva con un gato, que hacía oscilar la cola mientras seguía, hipnotizado, el revuelo de los gorriones, al que tendió un trozo de piel de gallina, blanda y sabrosa.

Hacía un rato que Joaquín se había quedado dormido sobre el triclinio**, con la boca abierta.**

Finalizado su almuerzo, notó de golpe el cansancio a causa de los meses que llevaban alejados del hogar. Con sus dedos finos comenzó a plisar los vuelos del mantel.

—¿Cómo te llamas? —escuchó una voz a su espalda.

Era uno de los hijos del propietario de la bodega.

—María —respondió, sin preguntarle el motivo de su curiosidad.

—Entonces —en un rápido movimiento dirigió la barbilla hacia el buhonero—, ese tiene que ser el señor Joaquín.

—Sí —miró al anciano; le resultaba gracioso que con aquella conversación no menguaran sus ronquidos—. Es mi padre.

—¿El vendedor de telas? —quiso asegurarse.

—El mismo.

El mocoso combó las cejas y, sin más, rompió a correr.

—¡Eh! ¿A dónde vas?

—¡Tengo prisa! —vociferó desde el final de la terraza.

La doncella dio unos pasos hasta la escalera del porche, se apoyó en la baranda y se colocó las manos junto a la boca, a modo de bocina.

—Pero, ¿quieres algo de nosotros?

—¡Me prometió una propina! —. Ascendió hasta la carretera que unía Dotain con Nazaret.

—¿Una propina? —se dijo a sí misma.

—¡Me dará una gratificación cuando escuche que habéis vuelto! —completó, sin detenerse.

—¿A quién te refieres?

No lo escuchó.

—Al menos, podrías haber tomado un sombrero —murmuró al verle apretar la galopada como si le persiguiera un enjambre de abejas. El sol caía a plomo y la doncella guiñó los ojos al alzar la cara hacia el cielo—. Y un poco de agua —añadió.

«¿Quién puede estar tan interesado en nuestro regreso?», caviló al volver hacia la mesa, en donde un mozo retiraba la fuente, los vasos y la jarra, con cuidado de no despertar a Joaquín. «Tan interesado en nosotros como para ofrecerle una propina».

Le parecía sorprendente que el misterioso personaje, además, hubiera previsto la ayuda de un mensajero.

«Cuando se lo cuente a padre, va a creerse importante». Al oírle en un nuevo ronquido, se llevó el velo a la boca para ocultar su risa. «Salvo que el interesado cuente con ese niño por otra razón…».

Se le congeló la expresión al elucubrar quién podría tener cuentas pendientes con Joaquín. Estaba segura de que el taller no debía nada a los recaudadores de impuestos. Antes de arrancar el periplo, ella misma preparó las cantidades que su padre debía depositar en el telonio del publicano principal de la villa. Después Joaquín verificó, en un largo listado de contribuyentes, que aquel hombre había dibujado un aspa junto a su nombre. Incluso le había entregado un recibo. Así que solo tenían algunas deudas con los proveedores.

«A la mayoría de ellos ya les hemos pagado. A los demás, les liquidaremos al final del año, como siempre».

Resolvió el enigma:

«¡José!».

Solo el primogénito del difunto Jacob podía aguardar de tal

modo la vuelta del mercader y de María. La prolongada ausencia había retrasado la ceremonia que iba a completar los desposorios.

—¡Qué es un hombre al que su prometida deja en la estacada sino motivo de burla!

Nazaret no se libraba de ese tipo de vecinos que hablan de más. Bien que ella lo había experimentado: sabía que hasta las que consideraba buenas amigas murmuraban acerca de su carácter. Así que no habrían faltado los maldicientes que tentarían al artesano con la duda de si María habría huido, ayudada por su padre, al reconsiderar la obligación de cohabitar con un hombre sellado por aquella mancha en el rostro.

Al mirar de nuevo el camino por el que debía de estar corriendo el hijo del tonelero, sintió un golpe de compasión.

—¡José! —pronunció afligida.

El recuerdo de su esposo no solo no lo habían nublado el tiempo y la lejanía, sino que ocupaba, a cada momento, un lugar mas importante en su cabeza. ¿Acaso no le había hablado a Isabel, una vez y otra, acerca de las virtudes de aquel varón? Si todo Nazaret ponderaba su bondad, ¡de qué manera no la magnificó a oídos de su vieja pariente! Y aunque era parca en palabras, al ocaso, después de que hombres y cuadrúpedos estuvieran servidos, cuando las mujeres de la caravana se reunían al fin para charlar, no tenía empacho en ensalzar la laboriosidad y el buen hacer del carpintero, desdeñando a las que le asaltaban con sensualidades acerca del aspecto del joven.

—Es bien parecido —resolvía con habilidad—, más alto que mi padre, de cabello oscuro y una barba no demasiado poblada.

José también era una preocupación creciente, que ella no sabía de qué modo resolver. No fueron pocas las noches, durante el viaje, en las que tardó en conciliar el sueño. Le daba vueltas y más vueltas a la madrugada de su partida, por haberse marchado sin confiarle el milagro que se estaba obrando en su vientre. Si el Señor la había escogido como protagonista de semejante prodigio, «¿no debería haber forzado a padre para que rompiera nuestro vínculo?».

Aquella duda le hacía retrotraerse a la tarde en que se conocieron. ¿Hizo lo correcto al devolverle alguna tímida mirada al muchacho?…

El primer encuentro sucedió meses antes de la embajada del arcángel. Ya que por entonces no conocía el plan que Dios le tenía reservado, obró de buena fe. Pero ¿tendría que haberse opuesto a la presteza con la que Joaquín aceptó el ruego de José para desposarla?…

Sobre el marasmo de sus incertidumbres flotaba otro asunto: era y sería virgen para mejor servir a Jehová**. No había realizado voto ni promesa, costumbre entre algunas mujeres paganas que renunciaban públicamente a todo trato carnal para consagrarse al servicio de los dioses de la Acrópolis. Aquello hubiese sido motivo de vergüenza para Joaquín, al que tanto amaba, pues toda hembra de su ascendencia, aunque pobre, nacía para encontrar esposo (también de la Casa de David) con el que poder engendrar al nuevo Rey.**

—¡Desgraciada la mujer judía que se queda soltera! —reiteraban las lavanderas como muletilla para zaherir a las que aún no tenían novio.

Aunque en su alabanza ininterrumpida María no había descubierto solicitud de tan alto compromiso, como si al Eterno le bastara su sencillo modo de desenvolverse, sin juramentos, un ir y venir inadvertido con el que describía su piedad inocente, no albergaba dudas de que la virginidad era parte irrenunciable de su pertenencia al pueblo de la Santa Alianza. Si trataba de hacer memoria, no conseguía ponerle fecha a la inspiración por la que se había consagrado a Elohim **en alma y cuerpo, como si la pureza formara parte inherente a su ser. De hecho, nunca puso en duda que no conocería varón: virgen cuando el comerciante de tejidos arreglara su casamiento; virgen cuando compartiera techo con su esposo, fuera este quien fuese. Su confianza, rendida a** Adonai**, nunca se paró a discurrir cómo lo lograría.**

14.

Se postró de hinojos frente a ella, a la que se dirigió con el boato que solo merecen las personas de rango imperial, condición de la que nada sabía la doncella, que ante la gentileza de aquel capitán de los ejércitos divinos mostró la perplejidad de quien supone que se trata de una equivocación.

«¡Ave, María!», pronunció Gabriel sin ruido de palabras. Era el saludo que los hombres empleaban al presentarse ante césar Augusto, en la muy lejana Roma.

El arcángel se quedó de rodillas sobre el suelo del telar, en inconfundible señal de veneración.

—¿Es a mí? —preguntó confundida.

«Alégrate, llena de Gracia, porque el Señor está contigo».

No receló de una sola de las palabras de aquella breve salutación, aunque jamás hubiera pensado en sus encantos a ojos del Cielo.

«Será grande y será llamado Hijo del Altísimo. Y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre».

¿Ser la madre del Hijo del Altísimo?… Si el arcángel le

cursaba aquel mensaje, ¿podía dudar de su idoneidad? Capituló ante aquellas palabras, segura de que no iba a faltarle ayuda para cumplir la más alta encomienda que haya recibido un ser humano.

—Aquí tienes a la esclava del Señor.

No tenía nada que ofrecerle, más allá de un amor sin fisuras al Dios de sus mayores.

Sin que mediara fingida humildad ni desafección hacia la historia de su Pueblo, a María nunca le gustó participar en aquellas conversaciones que hacían de la proclamación del Mesías un cuento pintado de infantil romanticismo. Tampoco se sintió atraída por la petulancia de aquellos que, de la tribu de Judá, se vanagloriaban de estar entroncados a través de una línea directa con el linaje del rey David. Muchos hebreos gustaban componer enrevesados árboles genealógicos, en los que canjeaban antepasados sin alcurnia o de vida licenciosa por otros —reales o ficticios— que portaron la sangre de Salomón.

Pero no le cupo duda de que en ella se acababa de engendrar al Heredero.

María abrió la puerta del taller y bajó hasta el abrevadero con el corazón desbocado.

«Nadie lo ha visto».

Percibió que la actividad del barrio no había cambiado un ápice respecto a otras jornadas. Era un mediodía más para sus vecinos. Lo fue antes de la visita del arcángel, durante su embajada y después de que el personaje abandonara la dimensión de los hombres.

«El Señor habita en mí».

El cuerpo le pedía romper a gritar allí mismo, prenderse en una jovial carcajada, echarse a llorar de alegría, besar a los niños, abrazar a las mujeres mayores, danzar como en día de boda… Respiró profundo, con el rostro en combustión del emisario celeste todavía impreso en sus pupilas, aunque la irradiación de Gabriel no había dañado sus ojos dulces. Le distrajo una cuadrilla de vaqueros que voceaban groserías al acercar el ganado al agua. María se había quedado plantada junto a la pila.

—¡Aparta, niña! —le gritó un mayoral. Chiflaban las golondrinas que bebían de charco en charco, sorteando las pezuñas de las bestias—. ¿No ves que las vacas pueden golpearte?

María sonrió distraída, bajó la cabeza y se retiró con tres pequeños saltos para no mancharse los pies.

«No lo han visto», repitió su pensamiento.

Transitaba una mujer con un cántaro; otra se le acercaba a través de un callejón, la colada haciendo equilibrios sobre su cabeza. Bajaba una madre encinta con una criatura ceñida a su espalda, que reprendía a un hijo mayor por haberle soltado la mano al paso del hato de reses. Unos abuelos, sin nada mejor que hacer, comentaban bajo una sombra la calidad de los terneros y una hortelana desgranaba, en cuclillas, un fardo de legumbres. Le pasó por delante uno de los oficiales de los ancianos responsables de los asuntos locales, que parecía llegar tarde a una cita. En su prisa casi pateó a un chucho adormilado al sol. Holgazán, el perro alzó la cabeza y sacudió dos o tres veces el rabo contra el suelo, como si le pesara, antes de volver a dormirse entre una nube de moscas.

«El día finalizará con la oración del Arvit **sin haberles dejado huella», comprendió. «¡Si supieran que acaba de llegar la hora definitiva!...».**

Regresó del abrevadero de Rahvé para finalizar su tarea. Soltó a las gallinas y les echó de comer. Después avivó el fuego y cocinó para Joaquín.

—Me alegra verte así de contenta —le festejó el viejo tras escuchar cómo canturreaba por la estancia.

No compartió con él su breve conversación con el magnífico enviado, mucho menos las consecuencias de su asentimiento al plan divino.

«Su mensaje es demasiado delicado para hacerlo público», se dijo.

Se llamaría Jesús por indicación del espíritu visible. Lo había descrito como «grande entre los grandes», dignidad que María no cuestionó, a pesar de que ella y Joaquín, junto a cientos de miles de hebreos, fueran ignorados por las autoridades de Israel. Al igual que José y los suyos, padre e hija eran indiferentes para la casta sacerdotal, los aristócratas, los oficiales del Templo y para todos aquellos a los que la gente se dirigía con el venerable título de «maestro».

«¿Quién podrá creer que voy a ser madre sin mediar la intervención de mi prometido?». Zarandeada por aquel pensamiento, necesitó buscar apoyo en la pared del almacén. «Si se supiera, el jefe de la sinagoga diría que estoy perturbada; amonestarían a padre y, quién sabe si no me acusarían de haberme dejado asaltar por los demonios».

Tomó asiento sobre unas balas de lana.

Su embarazo milagroso era obra de Jehová**. Y no solo porque así se lo hubiera anunciado aquel espíritu cuyo nombre significa «la Fuerza y el Poder de Dios», sino porque para cumplir**

aquel designio el Omnipotente contaba con la determinación de María a permanecer virgen. Gabriel no le había pedido que compartiera lecho con ningún hombre, ni pobre ni rico, ni débil ni poderoso, sino que confiara. Y había confiado: el Espíritu Santo la cubrió con su sombra, una nube de inexplicable colorido.

La criatura que latía en su seno era el «Hijo del Altísimo», según lo había titulado el ángel, expresión que lo igualaba al Dios de la Alianza. Hombre y Dios llamado a ocupar el trono de David según la promesa mesiánica.

«Será el retoño de una mujer insignificante», se mordisqueó las uñas al meditar aquella buena nueva, «y a la vez hijo legítimo de Yahvé». Dios verdadero y hombre verdadero; eternidad y fugacidad al mismo tiempo.

Aunque discernió lo medular de las palabras del arcángel (que el Todopoderoso se había desdoblado para habitar sus entrañas a través de la intervención del Espíritu), ¿cómo entender que el Señor hubiera ido a buscarla, a ella, la más pequeña de todas las mujeres?

«Kyrios **no puede haber abandonado el gobierno del universo», caviló con las manos sobre su vientre, enternecida al considerar que aquel delicado espacio de su cuerpo contenía a Yahvé. Pero no a una división de Dios, sino a una tercera manifestación divina. Sus pensamientos la empujaban a ponerse de rodillas para humillar su juicio, si es que cupiera rendición mayor a la suya ante los inimaginables planes del Único.**

Gabriel le había relatado cómo la dignidad celestial santificaba el fruto de su vientre sin necesidad alguna de justificación, de obras, de piedad, de limosna, de sacrificios. Por el mérito inigualable de su cualidad gloriosa sería conocido como el «Hijo del Hombre», según la visión del profeta Daniel.

En la intimidad de aquella habitación repleta de material textil, María permitió al fin que le corrieran unas lágrimas, mezcla de asombro, agradecimiento y tensión liberada.

El ángel había añadido que su hijo sería inmortal. Pero ella no tenía referentes para penetrar su significado, ya que los rollos que se conservaban en la sinagoga solo describían los casos en los que, por intervención de lo Alto, los profetas Elías y Eliseo devolvieron a la vida a tres personas que acaban de fallecer. Aseguraban los rabinos de Nazaret que aquellos afortunados volvieron a abrir los ojos, a respirar, hablar y moverse durante un tiempo, pero que al fin no pudieron escapar de la fatal emboscada a la que están condenados todos los hijos de Adán.

Gabriel insistió: Jesús iba a reinar «en la casa de Jacob por

años sin término», un modo precioso de invocar la eternidad.

Aunque María no se lo pidió, el ángel le ofreció una prueba relacionada con el incondicional «hágase lo que el Señor espera de mí, según tus palabras», con el que ella había aceptado la instancia del Omnisciente. La prueba traía el nombre de Isabel, prima de una prima de su difunta madre y esposa de Zacarías, del que Joaquín se enorgullecía porque era su único pariente de alcurnia, aunque fuera deudo tan lejano. El arcángel hizo saber a la muchacha que después de muchos años de infructuoso matrimonio y a pesar de su avanzada edad, Isabel se encontraba en el sexto mes de embarazo, como si entre aquel milagro y la encarnación de Dios existiera una ligazón.

15.

La tarde del día siguiente a la encarnación, cuando ya habían dispuesto en el carro los últimos paquetes, padre e hija se sentaron para repasar el itinerario de su periplo comercial. Joaquín se ayudaba de los dedos para marcar las distintas etapas:

—Si conseguimos partir esta noche, mañana abriremos el puesto en Magdala. Serán dos o tres días, suficientes para lo que esa gente lleva en la faltriquera. En Cafarnaúm necesitaremos un poco más de tiempo, que allí siempre hay negocio.

—¿Entre los pobres pescadores?

—Sí, entre los pescadores —inocente, respondió a la broma —. Y entre los armadores de barcas y los tejedores de redes. Y en el monedero de los que ahúman los peces y en el de los que los envían por todo el país —. María le sonrió—. Ahora, escucha: de Cafarnaúm iremos a Paneade, en Cesarea, para, cuanto antes, bajar, en compañía de alguna caravana, por la carretera Batanea hasta Gadara. ¿Cuánto tiempo en Gadara? Hum… ¿Tres, cuatro días a lo sumo? Porque también tendremos que exponer el género en Siquem. Y de Siquem a Jericó. ¡Ya huelo el palmeral, ese bosque de dátiles dulces!

—Mira que eres goloso.

—Aguardaremos a que lleguen los días de mercado en Jerusalén, coincidiendo con la semana del Pésaj**. Afortunados seremos al poder visitar el Templo un año más —soltó un largo suspiro—. ¡Y afortunados por colocar nuestras mercancías frente a los ojos de tantos peregrinos! Allí saldaremos las existencias antes de emprender el regreso.**

—José me espera.

—Llegaremos puntuales para tu boda —le guiñó un ojo.

Durante la madrugada de su partida, María no pudo dejar de pensar en Isabel. Aunque no la conocía, la noticia que le había traído el arcángel despertó en ella el deseo de atenderla. No se le

escondía el trance al que podía enfrentarse una mujer que vive su primer parto cuando le quedan tan lejanos los años de vigor. Joaquín le había grabado en el corazón cada detalle del fallecimiento de su madre —que murió joven—, el día que trajo al mundo a su única hermana, que nació muerta después de horas de esfuerzo inútil. Tal vez aquella dolorosa ausencia fue la que animó la pretensión de servir a su prima en todo lo que fuese menester. El embarazo de la esposa de Zacarías era un prodigio divino, pero Gabriel no le había dicho nada acerca de los riesgos que aparejaba.

A partir de que acamparon en Siquem, las noches de la muchacha se poblaron de sueños en los que se encontraba con Isabel (a la que pudo ver y escuchar como si de antemano conociera sus rasgos y su voz). La pariente de su madre le urgía a llegarse a Ain Karim. La doncella se despertaba con las líneas de la preñez de la anciana deshaciéndose en las estrellas, mientras su conciencia la espoleaba a cruzar cuanto antes el zaguán de la vivienda de Zacarías, para tender sus brazos a los de aquella prima en la que Elohim **había volcado su poder.**

En Betania, umbral de la Ciudad Santa, acompañó a su padre a soltar en un pasto al mulo y a la borriquita. En aquella pradera María le propuso subir a las montañas una vez finalizaran la venta en el mercadillo de la Puerta de los Mogrebinos, que comunicaba la parte alta de Sion con la baja.

—Buena idea —al buhonero le satisfacía visitar a aquellos parientes con los que apenas había tenido ocasión de intimar—. Nos conviene, por otro lado, hacerles partícipes de tu boda —. Soltó un azote en el anca de la acémila, que se alejó al trote seguida por el jumento—. Se sentirán forzados a haceros un buen regalo.

—¡Padre! —protestó.

—No me repruebes —agitó el dedo índice junto a la nariz de su hija—. ¡Si les hacemos un favor!… No tienen hijos, ¿entiendes su infortunio? Para un sacerdote justo y fervoroso como Zacarías, la infertilidad es un estigma. Les alegrará conocerte, mi niña; que les hables de José y del bebé que llevas en el vientre.

—Así que usted ya se ha dado cuenta —murmuró con las mejillas levemente coloreadas.

—Te has ceñido con el cinto de las embarazadas… ¡Ven aquí! —la estrechó contra su pecho—. Podríais haberos esperado a que volviésemos a Nazaret y pusiéramos colofón a vuestro desposorio, aunque comprendo a José. ¿Qué novio podría contenerse ante una muchachita tan guapa como tú?

—No seas lenguaraz.

—Como quieras —la apartó, sin soltarla de los hombros, y de seguido la besó la coronilla.

—Sabe bien que el primogénito del difunto Jacob es… —la doncella se dispuso a defender el honor de José.

—¿Por qué lo llamas así? —la interrumpió—. José es, para mí, como un hijo.

—… es un joven prudente y responsable.

—Nunca he dicho lo contrario —dieron unos pasos hacia la portilla—. Pero hablemos del viaje a las montañas. Convenceré a unos cuantos tenderos para que nos acompañen —pensando en alto, había puesto en marcha su instinto comercial—. Antes nos daremos a conocer por las aldeas del contorno, para que todos aquellos que no hayan podido disfrutar de los días de fiesta en Jerusalén, se acerquen a Ain Karim para comprar nuestro género.

16.

Tintinearon las cintas floreadas con moneditas y los pequeños caprichos de bronce con los que sus amigas la habían ocultado el cabello, que a primera hora de la mañana habían lavado, untado en aceite, peinado y trenzado con minuciosidad. Bastaba un pequeño movimiento para que María cantara como un sonajero, al que se sumaba el entrechocar de las pulseras que le trepaban desde las muñecas al codo.

—¡Ya salen a recibirle! —exclamó Joaquín, más excitado que su hija, con el júbilo centelleándole en las mejillas.

Las camareras habían formado un pasillo desde la puerta de la casa hasta la sala en la que se encontraba la prometida, para alumbrar a José con sus lamparitas de mano.

—He venido para llevarte a nuestro hogar —balbució el artesano, ceremonioso. Traía la frente cubierta con un velo finamente bordado que le caía hasta los hombros.

María asintió. Aunque había ayudado a vestir a otras novias, era la primera vez que llevaba aquella túnica púrpura y almidonada, ceñida por un ancho fajín. Temía que la tela se le enganchara a los brazaletes o que se le quedara prendida a alguno de los muebles de la habitación; que por un movimiento demasiado brusco pudiera descolocársele la corona forrada de alegres lazos que llevaba calada hasta las cejas, bajo un delicado paño con el que su madre se cubrió en un día tan feliz como aquel.

Una de sus damas aprovechó el revuelo que habían traído el novio y sus amigos para abandonar la lamparita sobre un aparador, tomar una cadeneta de flores y terminar de hermosear a la prometida.

—Esta noche, tu esposo no se podrá resistir —dijo la dama,

sorprendiéndola y provocando la risa de la concurrencia.

—¡Una princesa! —clamó el buhonero—. Mejor, una reina… Qué digo… ¡Una emperatriz!

La madre de una de las muchachas rompió a gritar, la boca abierta para que todos apreciaran los rapidísimos movimientos de su lengua contra el paladar. Se le unieron otras, hasta formar un coro dichoso y ensordecedor.

—Observad cómo le brillan los ojos —señaló, descarada, la que acababa de festonear a María.

Se refería a José, que permanecía plantado ante su esposa, deleitándose con la belleza de la doncella mientras confirmaba, uno a uno, los calificativos con los que su suegro acababa de describirla: princesa, reina, emperatriz… ¡Y madre de su Señor!

—He venido para llevarte a nuestro hogar.

A partir de aquel momento perdía todo sentido el recato con que la miró cuando la descubrió entre la turbamulta de la Puerta Norte; también la reserva con la que la trató durante la ceremonia de los esponsales. A partir de aquel momento podía observarla largamente, admirar sus iris negros, las rizadas pestañas, el arco seguro de sus cejas, la rectitud del breve tabique nasal, el lóbulo suavemente redondeado, las aletas de deliciosa curvatura, el surco apenas esbozado que le bajaba hasta la división del labio superior, su sonrisa confiada, los dientes pequeños y limpios… Se conmovió ante la inocencia de aquel rostro enmarcado por el tocado de novia. Era la mujer a la que se había comprometido a amar, cuidar y, desde la aparición en sueños del arcángel, proteger como templo inviolable.

—He venido para llevarte a nuestro hogar —repitió como un niño que ha perdido el hilo de la lección—. Te voy a convertir en ama de mi casa.

No pudo evitar mirar su vientre fajado por el ceñidor, cuyo volumen resultaba ostensible para todos los que se encontraban en la sala.

—Mis pobres posesiones son ya tus posesiones. Tuyo el fruto de mi trabajo —le mostró las palmas callosas—. Todo lo que tengo y consiga, esposa mía, lo dispongo y dispondré para tu bien y para el bien de nuestro hijo.

—¡Y para los hijos que vengan! —quiso el vendedor de telas poner un guiño simpático—. Seré un abuelo rodeado de niños que tiren de mis barbas.

—Para el bien de nuestro hijo —insistió José, ahora con los labios pegados a la tiara.

El muchacho aceptaba la castidad sin resignación.

—Qué bueno es José —susurró una mujeruca a una de las

doncellas.

María le ofreció las manos, dando a entender lo mucho que le habían halagado sus palabras.

Al sentir el tacto de su piel, una alegría sin fondo humedeció los ojos del carpintero.

«¡Qué bien hace Yahvé las cosas!».

Su humilde asentimiento a los designios divinos le había convertido, a todos los efectos, en padre del Mesías, un honor infinitamente más grande que el que pudiera codiciar el más ambicioso de los hombres.

¡Cuánto se habían alegrado durante el breve encuentro que mantuvieron el día anterior junto al tendal de la vivienda de Joaquín, al conocer que Gabriel les había fiado el nombre de la criatura milagrosa, confiándole la tarea de inscribirlo ante los guardianes de la Ley!

«Soy el padre de Jesús», se regustó José en sus adentros.

—Vámonos —le dijo a María después de buscar un último permiso por parte del buhonero.

Llevaba la misma túnica de lino crudo que sus hermanos, Adael y Obed, lucieron en sus bodas, alquilada a un vecino del collado al que también había pedido unas babuchas con las que sustituir las sandalias, así como el collar de latón del que pendían unas ringleras de piezas redondas que simbolizaban la deseable prosperidad, con el que se adornó el cierre de la camisola.

Joaquín caminó detrás de ellos. Tenía que recitar de memoria unos salmos nupciales, que quedaron acallados por un nuevo griterío de las mujeres que acompañaban a la novia. Los invitados estaban deseosos de que terminaran cuanto antes las formalidades, para dar paso a la fiesta en casa de Susana, cuya ubicación en la barriada pobre de la ciudad no prometía abundancias. Pero aunque el vino fuese poco y malo, y la comida corriente, nada les iba a impedir cantar y bailar hasta el momento de acompañar a la recién casada al hogar que el joven le había construido

—¡Ya salen! —avisó un mocoso.

Los amigos de José sacudieron un pasadizo de hojas de palmera mientras los recién casados avanzaban por debajo, hasta un sencillo palio, en una carrera colmada de risas. Aquel telón figuraba la casa de Abrahán, por cuyas cuatro paredes fluía la Gracia divina, así como la modesta habitación que el carpintero había añadido a la corraliza y que iba a ser nido de la nueva familia.

—¿Dónde está esa copa? —atronó la voz del vendedor de

telas, sobre el que los amigos de José también vibraban las palmas entre algazaras.

La portaba en una bandeja uno de los ayudantes del rabino, delegado por la sinagoga para la imposición de las siete bendiciones.

—Ea, mujer, que también tú tienes que estar bajo el dosel —se atrajo Joaquín a su consuegra, que les había esperado a la entrada del taller.

Con un autoritario meneo de cabeza, Susana llamó a sus otros dos hijos varones. Encabezados por los contrayentes, que se habían unido brazo sobre brazo, apenas cabían todos bajo la sombra del pabellón,

—Te consagro a mí, de acuerdo a la Ley de Moisés.

Unos y otros chistaron para escuchar la voz de los esposos.

—Ya soy de mi amado—. Dio la sensación de que el habla de María purificaba aquel jaleo de testigos, invitados, fisgones y curiosos—. Y tú, amado, me perteneces.

El representante del pueblo de Israel entonó las bendiciones y les dio a beber de la copa de barro. Como ordena la tradición, José la hizo añicos contra un tapial.

—¡Mazal tov! —exclamó el buhonero lanzando los brazos al cielo—. ¡Buena suerte, hijos míos!

Besó a su yerno, besó después a su hija, abarcando con los dedos el ceñidor que le cubría el vientre, y besó también a su suegra, dejándola tres sellos húmedos en cada uno de sus carrillos descarnados.

—Tu honrado y llorado esposo, abuela —le susurró—, se une a nuestra dicha desde el seno de Abrahán.

La viuda agradeció aquella muestra de afecto antes de volver la mirada a su primogénito, que en aquel momento ayudaba a su mujer a sentarse sobre los lomos del borriquito que le había traído como obsequio.

«¡Qué milagro verle casado con muchacha tan dulce!», exhaló. «Qué tranquilidad saber que, antes de lo previsto, mi José va a ser padre».

17.

El abrevadero de Raveh desprendía una luz esplendorosa. Pero no provenía de sus aguas quietas que, como lámina de estaño, reflectaban el sol del mediodía. Era una luminosidad distinta, insoportable para Satanás. Los rayos del astro no le hubiesen impedido plantar sus pezuñas en los charcos que rodeaban el pilón, para mezclarse entre aquella gente embebida de regocijo por la boda. La luminiscencia manaba bajo el palio que cubría a los contrayentes; bajo la tela brotaba un manantial de energía.

Trepidaban, indisimulables, las ondas del Espíritu Santo entre los preciosos haces que partían del seno de la muchacha vestida con traje nupcial. La Gracia de Adonai la nimbaba, colmando el corazón del joven que se encontraba a su lado. El compromiso matrimonial había vertido en José la fuerza y el infatigable dinamismo, así como todos los dones que, antes que él, tuvieron los patriarcas, los profetas y cuantos hombres y mujeres de Dios llenan los libros sagrados.

El Dragón los acechó desde la calle más alta del cerro, porque su naturaleza cobarde le conminaba a huir lejos de Nazaret, incapaz de soportar tanta santidad. Pero resultó más fuerte la resolución de no perderlos de vista, ya que en los esposos latía un enigma que le traía la amenaza de la destrucción de cada una de sus pérfidas obras.

El joven artesano acababa de tomar al pollino del ronzal para encaminarse con María —seguido por los invitados al banquete— a la casa del difunto Jacob, donde las mujeres de Adael y Obed, así como sus hermanas, repasaban los últimos detalles de la mesa de los hombres y del espacio que habían reservado para las convidadas.

Aunque el Ángel Caído no se dejó ver por los moradores de la barriada, a su alrededor flotaba un hedor insoportable. Había hundido los talones en el cieno del albañal por el que bajaba la porquería del altozano, pero no era la cloaca la que despedía aquella tufarada, sino su piel. Un perro con las ancas arañadas de sarna pasó a su lado; al ventear a Lucifer, huyó a escape con el rabo entre las patas.

Pesaba sobre la loma un molesto silencio: no había chiquillería en lo alto del collado ni mujeres que conversaran de puerta en puerta. Las amas de cada casa buscaban entre los pucheros, en las basuras y en las galleras el origen de aquella pestilencia.

El Demonio retiró la vista de aquella virgen que, por primera vez, recorría las arterias de la ciudad sin velarse, para que todos apreciaran su belleza y para que quien quisiera lanzara un piropo a su felicidad de recién casada. No ascendía desde Raveh sobre un potro blanco, sino a lomos de un rucio acostumbrado a tirones y palos. Sin embargo, tenía la prestancia de una reina. Tampoco era José un joven coronado sino un novio vestido de prestado y tocado, además, por un borrón rosáceo en el rostro. Pero la unión con la doncella le imprimía un halo majestuoso, superior a la excelencia del mayor de los dignatarios.

«¿Cómo es posible?...».

Se le perdía, una vez más, el funcionamiento de la lógica

divina: Yahvé se había servido de los dolores del carpintero para mutarlos en terneza hacia aquella a la que acababa de convertir en carne de su carne. El muchacho había entrado en el sueño de Dios para cambiar la deriva del tiempo y la Naturaleza ofrecía un signo: una nueva estrella anunciaba el advenimiento del Rey.

Zumbaba en el Demonio el recuerdo del tiempo sin tiempo, antes de que comenzara el mundo, cuando Yahvé probó la lealtad de los ángeles frente a la Emperatriz y su hijo, ante los que se negó a postrarse. Jehová **les había advertido que, a pesar de su manifiesta debilidad, aquellas dos criaturas serían más fuertes que todas las fortalezas celestiales; que sus deseos se convertirían en mandatos para Él, Todopoderoso. Les comunicó, por último, que madre e hijo conocerían su Esencia de un modo más preciso que todos los espíritus puros.**

Se revolvió en el cieno al rememorar el oráculo de Elohim**: el pequeño reinará cuando la creación se renueve a la medida de su gloria.**

«¡Es el Rey!», cayó en la cuenta.

Y María, su madre.

«Y todo, por Amor», evocó con la boca amarga de hiel.

Un Amor por el que Yahvé iba a entregar a las criaturas el Cielo que otrora habitara Luzbel con sus cohortes.

Admitió la eventualidad de no haber entendido bien el mensaje, de haber confundido las palabras del Misericordioso.

«Dios hecho hombre», se dijo con desasosiego. «Dios hecho niño desvalido, al cuidado de un matrimonio que no puede ofrecerle apenas nada; en vez de palacio, van a darle una casucha», reflexionó con sinsabor. «Dios que crece entre los hebreos como cualquier hebreo, desconocido para Roma, víctima de la incultura, ajeno a la riqueza y al poder», concluyó, como si acabara de cincelar un absurdo. «¡Es imposible!», espumeó su boca. «Pero para Él todo es posible…».

Un bando de palomas desvió su vuelo para no cruzar la cúspide del collado habitada por Satán.

«¿Quién es ese niño?… ¿El Eterno encarnado como hijo de Adán? ¿O el heredero de David, mortal como David, débil como David?…».

Se hincó las uñas en el pecho, desgarrándoselo con un movimiento lento. Acababa de jurarse, sobre su propia condena, que no cejaría hasta que los hombres, movidos por sus diablos, dieran muerte al que estaba por nacer.

Los esposos llegaron a la falda de la colina.

—¿Lo has escuchado? —preguntó María al descabalgar frente a la corraleta.

José había vuelto la mirada hacia la zona más alta del altozano, desde donde les había venido un grito.

—No era una voz humana —murmuró.

Los ojos de la recién casada se quebraron en un gesto preocupado.

IV. El viaje

Todos iban a inscribirse, cada uno a su ciudad.

1.

Se incorporó en la cama dando una intensa boqueada. El torso se le llenaba y vaciaba rápidamente, mientras el corazón pugnaba por salírsele del cuerpo.

«¿En dónde estoy?...».

Buscó algún elemento que le ayudara a reconocer aquel lugar. Gracias a un hilo de luna que partía de la puerta mal encajada y subía los dos escaloncitos que separaban el tenado de los corderos del hogar, pudo examinar la manta con la que se abrigaba: la había confeccionado María. La línea de plata continuaba ascendiendo por una alacena casi ayuna de menaje, hasta adelgazarse en el techo.

«¡Belén!», aclamó, más tranquilo.

Se encontraba en la cuna de David, y su esposa y el niño dormían a su vera.

A cambio de un porcentaje de las chapuzas que iba consiguiendo entre los vecinos del villorrio y los de las cercanas poblaciones de Etam, Beter y Sur Bahir, había logrado aquella habitación, un cuarto pequeño e insuficiente, antiguo almacén en el que, además de dormir, acumulaba los trabajos (alguna trilla con los dientes rotos, arados y guadañas a las que les faltaba el agarradero o que tenían la hoja mellada; rastras partidas, bielgas quebradas, arreos que habían perdido los remaches, estacas para confeccionar vallados...). No era la vivienda que merecían el bebé y su madre, pero menos lo fue la cueva —un resguardo nocturno para los rebaños— en donde sucedió el parto.

«¿Por qué se ha callado el Cielo?».

No lograba darse una respuesta.

Después de haberle manifestado la misericordiosa fuerza de sus designios, Jehová **estaba como desentendido de lo que el arcángel Gabriel llamó, durante aquel extraordinario sueño en Nazaret, «obra del Espíritu Santo para la salvación del pueblo». Bien es cierto que José no se había atrevido a reclamar nada al Omnipresente, salvo fuerzas para cumplir lo que de él se esperaba. Una ayuda vaga, sin concreción.**

«¿Quién soy yo para decirle a mi Señor lo que debe hacer con su Hijo?», se decía cada vez que los acontecimientos estaban a punto de desbordarle.

Sabía por los escribas que Adonai **ve en lo escondido, allí donde los hombres albergan la intención secreta de sus actos. Por eso no quería que en su corazón aflorara una sola queja, ni la más pequeña crítica al modo con el que Yahvé estaba escribiendo**

la página definitiva de Israel.

«¿Acaso debo juzgar tu voluntad, oh, Elohim**?», clamaba durante la plegaria matutina, antes de comenzar la tarea, inclinando humildemente el espinazo. «Soy el menos importante de tus servidores», continuaba su oración al mediodía, cuando se detenía a tomar un respiro frente a las borriquetas en las que colocaba los aperos que debía reparar. «No permitas que me ofusque en pretender entenderte», musitaba antes de volver a su labor.**

Recordaba que, influidos por los principales fariseos de Nazaret (que ansiaban un libertador que rompiera el sometimiento de la nación a las fuerzas extranjeras), los mayores del altozano describían la llegada del nuevo Rey según la visión del patriarca Jacob: una escalera que se descuelga desde las alturas, por la que descienden las milicias angélicas a las tierras de Canaán, decididas a hacer valer la justicia. Pero José había aprendido que Kyrios **tiene otro modo de actuar, contrario a las ampulosidades:**

«La escalera fue el mensaje del arcángel a María, aunque me pregunto la razón por la que el Señor quiso culminar su Alianza con el nacimiento de Jesús entre animales», suspiró. «¡Si los príncipes del pueblo supieran que el Salvador ha venido al mundo entre las inmundicias de un rebaño!…».

Se sentía superado por la lógica divina.

«¿Por qué me ha escogido como padre del niño?», se preguntaba muchas veces. «A mí, que nada puedo darle».

Al asomarse a la cuna en la que su esposa mecía al bebé, caía bajo el peso de la impotencia. Ni siquiera la mirada apaciguadora de María conseguía serenarle.

—¿Te das cuenta? —se dirigía a su mujer sin esperar de ella una respuesta—. Por culpa de mis imprevisiones, diste a luz entre burrajos.

—Tranquilo —la doncella aprovechaba que la criatura dormía para bordar piezas que pudiera vender en Belén y otras pedanías—. ¿Cuántas veces hemos dicho que si Dios así lo hubiese dispuesto, nuestro hijo habría nacido en un palacio y descansaría en una camita de oro?

Pero a José le seguía desalentando su negligencia.

«Si hubiera sido más precavido cuando escuché los primeros rumores acerca del censo…», se fustigaba.

En Nazaret no se habló de otra cosa durante el tiempo que Joaquín y su hija estuvieron ausentes. Al principio José se interesó por esos desplazamientos selectivos que buscaban contentar a los estadistas de Roma, pero el periplo del buhonero,

la falta de noticias sobre la muchacha y los arreglos de la nueva vivienda no tardaron en convertirse en sus únicas atenciones.

Las caravanas que recalaban en la Puerta Norte trajeron la noticia del edicto publicado por el gobernador de Siria, en el que se concretaba la orden de Augusto para las regiones orientales del Imperio. A nadie le cogió de nuevas: desde hacía años se comentaba la voluntad del césar por actualizar el padrón con el número y el origen de los habitantes que consideraba de su propiedad, para que a los publicanos les resultara más fácil y eficiente el cobro de los impuestos.

José escuchó que el censo ya había concluido en otras provincias del norte, y que aquella imposición legal originaba un sinnúmero de problemas, ya que el ejército extranjero obligaba, con el apoyo de las milicias locales, a quienes hacían cabeza de cada clan, de cada familia, a inscribirse junto a los suyos en la ciudad, pueblo, aldea o caserío en el que nacieron, al menos, sus tres generaciones precedentes, sin tener en cuenta la distancia ni otros trastornos que pudiera causar la medida.

Semanas antes de que el chiquillo del lagar apareciera en la corraleta con noticias de María y Joaquín, el carpintero tuvo claro que ante el edicto sellado por Quirino —que fue declamado por una partida de soldados de Herodes en cada barrio de Nazaret—, era él quien tendría que desplazarse a Belén en representación de su madre y de sus hermanos (no de sus hermanas, sujetas a sus maridos también para las causas civiles).

El censo se convirtió en una razón más por la que urgía que regresara su prometida: según los documentos que habían quedado guardados en la sinagoga, desde los esponsales María le pertenecía. Junto a ella, una vez concluyeran las ceremonias del matrimonio, tendría que realizar aquel fastidioso traslado.

«Si hubiese sido precavido… Si hubiera estado atento… Si en vez de haber vivido pendiente del camino y de mis miedos, hubiese sido pragmático… Si hubiera dado un alto a las tareas con las que pretendía pagar los intereses de la deuda y finalizar la construcción del nuevo hogar»… habría recogido con tiempo, como otros primogénitos de Nazaret, el informe que debía presentar a las autoridades en la aldea de David. Habría podido, incluso, realizar un rápido viaje en busca de algún pariente de su difunto padre (Susana recordaba el nombre de alguno de ellos, aunque no sabía si seguían vivos) que les facilitara una casa para vivir durante el tiempo que les requiriera el cumplimiento de la orden del emperador, que de seguro se demoraría a causa del ritmo perezoso de la administración romana, entorpecida como consecuencia de la dispersión y la lejanía de aquellas tierras, así

como por la corrupción de sus funcionarios.

Se presentó en la mesa del collado cuando a punto estaba de cerrarse el plazo. El escribiente se mostró arisco: en ese momento se disponía a hacer el recuento definitivo de los cabeza de familia que tenían que empadronarse en otros lugares de Palestina o más allá de las fronteras de Israel.

—Un poco más tarde y te las hubieses tenido que ver con la justicia del rey —le soltó el empleado idumeo mientras rasgaba con una fina caña mojada en tinta, la superficie de algo parecido al papel.

Bien sabía José que los delitos de desobediencia se castigaban con sumas inalcanzables para pobres como él, con torturas de extrema crueldad y, en el peor de los casos, con la muerte.

—Por cierto —le miró vinagroso—. ¿Qué te pasa en la cara?

—Es una mancha de nacimiento —le contestó con la mente abstraída en lo que su irresponsabilidad podría causarles a su esposa y al niño pronto a nacer.

—¿Contagia? —le preguntó con aprensión.

—Por supuesto que no.

—Tienes cinco días —le apercibió con la caña— para presentarte en… —desenrolló el documento; necesitaba releer lo que acababa de anotar— Belén de Judea. Entrega allí este título al oficial, en compañía de un par de testigos que juren haber conocido a tu padre, a tu abuelo y, si es posible, a tu bisabuelo.

2.

De regreso al collado no cesó de recriminarse:

«¿Cómo he podido ser tan apático? ¿Qué dirá María?».

Aunque estaba seguro de que la visita del administrador a Belén no se iba a producir con la celeridad de aquel quinto día señalado por el alguacil, hubiera sido una insensatez postergar el viaje. Pero partir conllevaba muchos cambios: no solo tendrían que marcharse de forma inmediata, apenas con lo que pudieran cargar en las alforjas y un saco de herramientas para ganarse el pan en Judea, sino dejar el taller en manos de sus hermanos, quienes no acababan de aprender a gestionar el negocio. Adael y Obed deberían tratar, mientras tanto, con el visitador del usurero.

Al relatárselo a María, no encontraba las palabras. Estaban solos en la habitación anexa a la casa de Susana, un espacio sin lujos en el que, sin embargo, se notaba lo bien armados que estaban los muros, cimentados a más de un metro por debajo de la superficie para que, durante los meses de lluvia, no los dañaran las torrenteras que caían desde la cumbre del altozano.

—¡Me da tanta vergüenza! —concluyó el carpintero, tendiéndole el rollo que debía llevar a Belén—. Te pido perdón por no haber hecho mejor las cosas.

La doncella, que cada vez pasaba más tiempo sentada, no se molestó en abrirlo. De hecho, apenas le dedicó una mirada, pues sus ojos estaban fijos en él.

—Es mejor que me marche solo —había decidido—. Me instalaré en Belén hasta que conozca la fecha en la que los funcionarios abrirán la mesa. Si se retarda, vendré a buscarte —. Ella no dijo nada—. Mi madre sabrá acompañarte cuando te llegue el momento del parto —a José se le quebró ligeramente la voz, pues le atribulaba la posibilidad de encontrarse lejos en aquel momento para el que había sido elegido por Yahvé—. Atendió a mis cuñadas, lo sabes, y dicen que tiene buena mano.

María le selló los labios con los dedos.

—¿Qué haría yo en Nazaret si no estás tú?

—Tienes a tu padre; está solo —al carpintero le asombraba que aún no le hubiese echado en cara tanta torpeza—. Le darás una alegría cuando le digas que, durante mi ausencia vivirás pendiente de él.

—Ya no pertenezco a mi padre —le indicó con dulzura—. Y no voy a tener al niño lejos de ti.

—Pero, ¡mira cómo estás! —dirigió los ojos a su hinchado vientre—. ¡Fíjate en tus pies! —. No se le distinguía la fina línea de los tobillos—. En este estado no te conviene hacer un desplazamiento tan largo.

—¿Te has olvidado de que estoy acostumbrada a los caminos y a dormir a la intemperie?

—No, mujer —carraspeó para liberar la presión del pecho—. Además, soy yo el que no conoce lugar distinto a este pueblo, salvo las pocas veces que peregriné con mi madre a Sion, hace ya años, cuando mi padre no encontraba ánimos ni para cumplir las costumbres piadosas.

—Pues ahora, en mi compañía, se te presenta la oportunidad de convertirte en un hombre de mundo.

—¿Por qué no me haces caso?… Mis hermanos se han comprometido a manteneros a ti y al pequeño.

La joven negó con la cabeza.

—Quiero estar a tu lado. Si tienes que marcharte de Nazaret, me iré contigo; y si tuviéramos que dejar Belén hacia cualquier otro lugar del mundo, estaré feliz de ser tu compañía.

—¡Cabezota!… —. Le embargaba el gozo de saberse tan amado.

José volvió el rostro hacia un arcón, otra de las sorpresas

que le tuvo reservada después de la ceremonia del casamiento. Aunque no era un tallista avezado, había labrado sobre la tapa unas sencillas formas geométricas.

—¿Te das cuenta? —señaló el mueble.

La doncella había ido guardando en su interior el vestuario que iba a necesitar el recién nacido: pañales elaborados con retales del almacén del buhonero; botitas de lana; dos toquillas para cubrirle del frío; un simpático gorrito con cintas para atárselas debajo del mentón… Con qué deleite había ido confeccionando aquella ropita: en el patio, distraída con los juegos de los sobrinos de su marido, con el revuelo de los gorriones que se posaban cerca de sus pies para darse baños de arena, con los trabajos de José, Obed y Adael en la corraliza, con la conversación de los huéspedes que se alojaban bajo la cubierta, canturreando al extenderlas al sol mientras alimentaba la dulce espera. A veces tejía con su suegra, más voluntariosa que eficaz, a la que la vista engañaba al hacer punto. Cuando la anciana se marchaba, María tenía que deshacer y repasar aquellas prendas. El arca también almacenaba algunos regalos de sus cuñadas para cuando el niño creciera, vestiditos que en su día usaron los nietos del difunto Jacob y que ella había remendado pacientemente.

—Solo dispongo del borrico —su esposo creyó que recapacitaría al enfrentarla a las limitaciones para trasladar equipaje—. En los serones debo acarrear mis herramientas.

—Lo entiendo.

Pensó que había hallado el modo de convencerla.

—Apenas habría sitio para tus cosas. Además, el animalito no soportaría la carga de todos los cachivaches que tenemos en casa —abarcó con el brazo la pequeña estancia—. ¿Te haces una idea de lo que supondrá llegar a esa aldea sin cacharros para cocinar, sin jarras ni platos, ¡sin tu rueca!…? Tampoco podríamos llevar todo lo que guardas en el arcón.

—Mi pobre José… ¡Cuántas cosas te intranquilizan! —hizo un esfuerzo para ponerse en pie—. Entiendo que nos va a resultar muy difícil acomodarnos en Belén.

—¿Lo ves? —el obrero asintió—. Es mejor que me marche solo. En cuanto me instale, reciba y cobre los primeros encargos, volveré a por ti y a por Jesús.

—No; iremos juntos.

—¡Me vas a volver loco! —exclamó. Estaba a punto de rendirse ante tanta obcecación—. Acabo de decirte que apenas podremos mudarnos con un puñado de cachivaches.

—Mi padre nos prestará su mula —resolvió—. Y como ahora

no estamos en tiempo de salir a vender género, también nos dejará la carreta.

La mula de Joaquín se encontraba estabulada debido a una infección en la ranilla.

—No sé si volverá a caminar —comentó el viejo con la voz afectada.

En las sombras de la cuadra, el animalote, mustio, encogía una de sus patas.

—Hay larvas de tábano —José se había puesto en cuclillas para examinar el casco. Fue a limpiarlo con un manojo de paja, pero la acémila no se dejó.

—Llamaré al albéitar.

—Me temo —se palmoteó las manos para limpiárselas mientras se acercaba a su suegro— que es demasiado tarde para el veterinario; si no mejora en unos días, tendrás que sacrificarla.

El vendedor de telas, contrariado, chascó la lengua.

—Entonces no puedo dejárosla. Entiéndelo; ¿cómo voy a quedarme sin cabalgadura?

3.

Partieron al alba, María sentada en el borde del carro del que tiraba el borriquito, al que José conducía por un ronzal de cuerda.

La tarde anterior habían empaquetado lo imprescindible, confiados en que más pronto que tarde estarían de regreso.

—Algo me dice que tardaremos en volver a veros —protestó Susana, que se había empeñado en ayudarles a disponer las cosas en el carretón.

—Nos acompañan los ángeles —le dijo su primogénito antes de besarla, quitándole un pesado mortero de las manos.

—Menudos argumentos te buscas para consolarme —rezongó—. ¿Es que nunca voy a disfrutar de un tiempo de paz junto a mi familia? Teneros que ir, ahora que vivís tan cerca… Teneros que marchar, ahora que María va a regalarme la ventura de tu primer hijo.

La doncella la tomó del hombro picudo.

—José tiene razón; nos acompañan los ángeles. Ellos velarán por nosotros y por el niño —le habló cerca del oído—. También velarán para que pronto regresemos a casa.

—¿Cuándo ha de llegar aquel que, en nombre de nuestro pueblo, nos vengue de tantas humillaciones? —murmuró, ajena a los intentos de su nuera por consolarla.

Los esposos intercambiaron una mirada fugaz.

—Ore y confíe —la muchacha volvió a animarla.

—¡Un censo! —continuó su perorata—. Nada menos que un

censo de los primogénitos de Israel… ¿Para qué querrá censarnos ese emperador pagano?

—Tiene autoridad para hacer lo que le plazca —le contestó José, que había comenzado a cubrir el carro con una lona.

—¿Autoridad sobre nosotros? —se revolvió—. ¡Somos el Pueblo Elegido!

—No para él.

—Díselo, María —estaba empecinada en su enojo—. Los hijos de Israel estamos libres de las órdenes dictadas por los extranjeros. Además, ¡qué le importamos a ese emperador de pacotilla!… ¿No aseguran nuestros huéspedes, los que vienen allende las montañas —señaló, al azar, un punto indeterminado —, que en Roma casi nadie ha oído hablar de Palestina?

—La ignorancia de los ignorantes no cuenta —el carpintero cerró uno de los nudos de la funda.

Lo miró incrédula.

—¿Cómo que no cuenta? ¡Ya me dirás qué le debemos a ese emperador que ni siquiera nos conoce! Desde luego, no la sumisión a un censo que desgaja nuestras familias —descansó la espalda contra las espigas del carretón—. ¿No tiene un buen número de consejeros a su lado? Alguno debería informarle de que los hijos de Abrahán solo nos sometemos a la Ley de Moisés.

—Madre…

—¡No se nos puede conducir como a cabezas de ganado!

—Madre… —insistió.

—Si quiere censos, que los haga con esas tribus de salvajes que habitan sus provincias —un punto de saliva se le había espesado en ambos vértices de los labios—. ¡Venirnos a nosotros con censos! ¿Qué sabrá ese adorador de monigotes acerca de los mandatos de Kyrios**? ¡**Elohim **podría deshacerle como se aplasta una figurita de arcilla!**

—Ese emperador de barro —José bajó del pequeño carruaje —, como lo llama, ha sembrado nuestra tierra de tropas.

—¡Valiente conclusión!

—Si sus espías escucharan lo que usted está diciendo, no dudarían en tomarnos presos y convertirnos… —se interrumpió, miró a su esposa y, desde ella, a su madre—, ¿por qué no?… en cautivos del prefecto.

—¿Quién es el prefecto?

—La autoridad que representa al césar en este país del que nadie sabe gran cosa —remachó—. ¿Qué significa para él una viuda menos entre la masa que gobierna?

Susana bajó los ojos, hundidos en su faz enjuta.

—No lo sé.

—Insisto: ¿qué ocurriría en Galilea después de la ejecución de una deslenguada?

—Nada, supongo.

De un tirón la atrajo hacia sí para abrazarla.

—Haré todo lo posible para que volvamos pronto; se lo prometo.

Al amanecer, Susana se presentó a la puerta del hogar de los recién casados junto a Obed, Adael y sus mujeres, las hermanas de José y sus esposos. Llevaba un paquete con huevos cocidos y dos panes para que almorzaran durante la primera etapa del viaje. El viento galopaba en ráfagas furiosas desde las cumbres blancas del Hermón, sacudiendo el portillo de un huerto cercano.

—Denos su bendición —le solicitó María.

El artesano terminaba de cinchar al borrico.

—¿Bendeciros? —titubeó con los párpados casi cerrados a causa del polvo que levantaba el aire.

La noche anterior Joaquín, entre sollozos, había implorado a Yahvé su cuidado sobre su única hija, sobre José y el niño.

—¿Quién soy yo para bendecirte?

—Qué cosas dice, madre —protestó Adael, empujándola hacia la embarazada—. Ni que le hubiera pedido dinero.

Los familiares celebraron aquella agudeza.

—Bendíganos; se lo ruego –le pidió otra vez, sin reírle la gracia a su cuñado.

La viuda avanzó hasta colocarse frente a ella, que se había inclinado. Le temblaban las manos artríticas, suspendidas sobre el manto azulón con el que la muchacha se velaba la cabeza.

María era su nuera preferida, no tenía dudas. Le habían bastado unos meses de convivencia con la esposa de José para percibir que era una joven modesta, alegre, dócil, generosa, servicial y piadosa, que hablaba poco, nunca más de lo necesario, como si sus intereses no fueran otros que atender las necesidades de quienes habitaban alrededor de la corraleta. Poseía una belleza discreta, equilibrada, sin que uno solo de sus rasgos (la nariz, los ojos, los labios, el mentón, el dibujo del cuerpo) destacara sobre los otros. Ocultaba con prudencia su hermosura a los clientes que visitaban el taller, a los transeúntes en las bajadas y subidas al arroyo —en donde lavaba la ropa con otras mujeres del altozano— y a los vecinos que fisgoneaban por encima del tapial. Su atractivo físico nada tenía que ver con la guapura exuberante de otras jóvenes —de anchas caderas y andar bamboleante, de pechos generosos, bocas carnosas y ojos de cierva, de mechones oscuros y rizados que se les escapaban interesadamente por debajo del pañuelo—, ante cuyo paso

muchos hombres se volvían y barbotaban alguna licencia. A Susana nada le halagaba tanto como que María pasase desapercibida ante los ojos lascivos, tan abundantes en aquel barrio de gente de paso donde la pobreza obligaba a una convivencia desordenada que no era la mejor aliada para la guarda del corazón.

A pesar de su avanzada preñez, conservaba el semblante de una adolescente. Sin ir más lejos, escuchaba a su suegra con atención y hasta con sorpresa, como si cada comentario, cada petición, cada consejo, cada evocación pudiera aprovecharle. Escuchar era una de sus más atractivas singularidades, pues atendía a la gente de una forma distinta al del resto de las personas de aquel dédalo de callejas en cuesta, como si en comprender los mensajes pusiera en jaque sus cinco sentidos; como si no se conformara con entender las palabras y buscara ir más allá, hasta la intencionalidad, el origen, el destino y el ánimo del que se dirigía a ella; como si quisiera adivinar —sin prejuicios— las luces y sombras que revelaba una entonación, un tartamudeo, una duda, una interrupción, una risa, una vaguedad, una afirmación, una negación… Pero no era un modo de escuchar impertinente, el de aquellos que cuelgan la vista en el que habla con el objeto de hacerle vomitar hasta la última sílaba, más allá de lo que en principio hubiese querido decir. Tampoco el de quien se sella la boca mientras sigue la cháchara de unos y otros, porque no tiene nada que decir o porque no desea tomar partido antes de que la balanza se decante. El mutismo de María no era premeditado, calculador ni aprovechado.

Cuando en la intimidad de la vivienda Susana departía con ella, experimentaba algo bien distinto a cuando charlaba con cualquiera de sus familiares, comadres y vecinas. La muchacha acogía sus mensajes, gestos y miradas con el interés y concentración que merecen los asuntos importantes. Una vez la viuda de Jacob le exponía sus dudas y ruegos, enunciaba sus cuitas domésticas o hacía recuento de los dolores propios de su edad, la doncella le ofrecía una respuesta discreta, breve y reflexiva, un comentario animoso, un consejo prudente o un juicio ponderado.

Pero no era una zagala envarada que se considerase dueña de una visión ecuánime del mundo, por encima de la parcialidad con la que los demás interpretaban los azares de la vida. De hecho, solo regalaba sus consejos cuando Susana, sus cuñadas o algunas mujeres cercanas a aquella casa se lo pedían, la mayoría de las veces sobre cuestiones sin valor aparente. Tampoco manifestaba reparos a la hora de preguntar por las costumbres

del cerro, en parte distintas a las del abrevadero de Raveh. Aprendió que en aquel vecindario existían reglas no escritas que todos respetaban, como los turnos en las letrinas y en el único pozo, o en la rigurosa distribución de las piedras del arroyo donde bataneaban la ropa, o la observancia de los mandatos que acarreaba el sabbath, condicionados por la convivencia con tantos extranjeros.

—En nombre de Elohim yo te bendigo… ¿Qué estoy haciendo? —Susana balbuceó—. Espero que nadie me haya escuchado.

Meneó la cabeza y se quedó tranquila: el ruido que producían los soplidos del viento impedía que, aparte de los miembros de su familia, alguien le hubiese podido oír.

—No se arredre, madre —le animó José—. Desde que padre no está —hincó una de sus rodillas junto a su esposa—, usted hace cabeza de esta casa. Así que puede, con todo derecho, recurrir al nombre del Señor.

La anciana retiró las manos de la coronilla de su nuera para colocarlas sobre la de su primogénito, que él mismo acababa de velarse.

—En nombre de Elohim —su voz no había ganado seguridad — te bendigo, José, hijo mío, y ruego a Adonai que continúe haciendo de ti un varón prudente como Efraín y Manasés. Que el Eterno te guarde durante el viaje que emprendes a Belén. Que el Todopoderoso te guíe a lo largo del camino de ida y el de regreso —se le quebró el habla y a duras penas logró seguir—. Que su rostro de infinita belleza se refleje en la criatura que tu esposa lleva en el vientre. Que vuestro hijo nazca con salud y pronto podamos conocerlo. Shalom.

—Shalom —respondió José antes de volver a ponerse en pie.

Como María persistía inclinada, el carpintero le hizo una seña a su madre para que repitiera la bendición sobre ella.

—En nombre de Elohim, te bendigo, María… —otra vez le vacilaron las manos al coronar su cabeza— María —repitió—, hija mía…

Un escrúpulo repentino le había hecho resistirse a aplicarle aquel apelativo que, sin embargo, era el que merecía toda mujer que por matrimonio entraba en la familia del esposo.

—¿Otra vez? —una nube de tristeza cubrió los ojos de José.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó, a sus espaldas, la más pequeña de sus hijas.

Desconocían qué podía causarle aquel embotamiento. De hecho, tampoco Susana hubiese podido señalar una razón. Estaba sumida en un interrogante al que no lograba poner nombre, ya

que percibía en los esposos un elemento novedoso y extraño, a pesar de la experiencia acumulada junto a su hijo mayor en tantas dificultades.

«Es una fuerza que viene de ella», había intuido al bendecir a su primogénito. Pero fue cuando volvió a poner las manos sobre la doncella que captó en la parturienta una dignidad inefable. Le ardía el preguntarle qué escondía bajo su humilde apariencia. O, por afinar, qué le había sucedido para desprender aquel vigor.

—Creo que se ha mareado —escuchó decir a Meital.

—Estoy bien —les tranquilizó.

«¿Qué hay en esta muchacha?...», volvió a cuestionarse, con el súbito deseo de echarse a llorar.

Durante las semanas posteriores a la boda, Susana fue descubriendo que María rezumaba una alegría que no estaba vinculada a los estados de ánimo ni a las circunstancias. Aquella forma de ser despertó enseguida la confianza de los niños de la loma, que aparecían por la corraliza para echarle partidas de un juego en el que se servían de habas crudas sobre un tablero trazado en la arena. También los ancianos, las viudas y los enfermos empezaban a tenerla en gran consideración, ya que María no se arrugaba cuando había que llevar cántaros de agua a los hogares de quienes no podían valerse por sí mismos. Además, cuando era necesario les lavaba la ropa y se las remendaba.

También los animales recibían sus cuidados: se encargaba de cepillar al asno cuando José daba por acabada la tarea. Le limpiaba la testa, el cuello, los lomos, la barriga y las ancas, y el pollino resoplaba satisfecho, dilatando los ollares y sacudiendo la cabezota para librarse de la atenaza de las moscas, y después la empujaba para que repitiera sus caricias. Hasta las aves y las mariposas parecían buscarla. La viuda de Jacob fue testigo: los pájaros acudían para picotear entre los pies de la muchacha cuando molía el grano frente a la casa o se sentaba a coser. Le sorprendía que, en vez de mover sus cabecitas incesantemente para advertir posibles peligros, piaran junto a ella y se restregaran tan campantes en los cascajos. Una vez que suegra y nuera se pusieron juntas en el patio a desenvainar legumbres, dos mariposas se le posaron en el rebozo y plegaron y desplegaron, calmosas, las alas.

—En nombre de Elohim **—comenzó de nuevo, afianzándose sobre los tobillos—, te bendigo, María, hija mía…**

Cuando a primera hora de la mañana la doncella acudía a su puerta para invitarla a que le acompañase al pozo, Susana sentía que la estancia, en la que tanto se notaba la ausencia de su

esposo y de su primogénito, volvía a llenarse de calor.

«¿Era el cuarto el que se encendía o se trataba de mi corazón?», dudaba ahora que iban a marcharse.

—La paz sea contigo —saludaba María desde el dintel.

La madre de José llevaba un rato frente al horno, en el que cocía las tortas que a media mañana serviría en el taller a pesar de que sus nueras también se ocuparan del almuerzo de sus maridos.

—Dejad que me entretenga —se enfurruñaba—. Un hombre agradece que se le presenten varias ocasiones para recuperar fuerzas.

A veces la muchacha la sorprendía preparando cuajada para el queso, prensándolo o colocándolo en un rincón oscuro para que endureciera. Al sentirla, la anciana abandonaba la labor en la que anduviese entretenida, se limpiaba las manos con un trapo, se cubría su cabello gris y buscaba el manto mientras su nuera entonaba alguna oración:

—Oh, Elohim, el alma que me diste es pura —**rezaban juntas, destilando cada una de las palabras sagradas—.** / La creaste, la formaste, la insuflaste dentro de mí / y la cuidas. / Me la quitarás y me la devolverás en el futuro.

Susana aseguraba la manilla de la puerta dándole dos vueltas a un cordel.

—Vámonos.

María llevaba velo o se anudaba un tichel, que le dejaba la nuca al aire. Sobre el culmen de la cabeza se colocaba un rodete en el que asentaba un cántaro vacío que, en ocasiones, sostenía con la mano izquierda. Si la mañana era fresca, se echaba sobre los hombros una capa. Su suegra caminaba a su lado, oculta en ropajes negros. También cargaba un recipiente de barro.

—Espéreme aquí —le ordenaba la joven ante las escalinatas que bajaban a la fuente.

Con una cántara a cada lado del cuerpo, erguida a pesar de su embarazo, María buscaba turno entre las mujeres. Cuando regresaba hacía equilibrio con una de las tinas sobre el cráneo, la otra apoyada en una de sus caderas.

—Me tratas como a una madre —suspiraba su suegra al mullirse la rueda de algodón para volver al corral.

—… le ruego a Adonai que siga haciendo de ti una esposa fiel y prudente, servicial y alegre en tus obligaciones, sensata en tus juicios como lo fueron Sara, Raquel, Rebeca y Lía, manantiales de vida para nuestro pueblo, en cumplimiento de las promesas del Señor —entonó la bendición, al fin, de una sola vez —. Que Elohim te bendiga, María, y te guarde junto a tu marido

en el camino a Belén. Que el Todopoderoso te acompañe en la intimidad del parto, para que la criatura que llevas en tu seno, si es que el Cielo tiene la misericordia de que sea varón, reciba el legado de la Casa de David para entregárselo a sus hijos, como Jacob hizo con José, su primogénito. Shalom.

—Shalom **—respondió la doncella.**

4.

Después de besar a su suegra y a sus cuñadas, la doncella se sentó en el pescante del carro, protegiéndose del viento con los vuelos de la capa. José anudó una correa a la cabezada del burro, se echó el manto por encima de los hombros, abrazó a los suyos y emprendió el viaje sin querer volver la vista atrás.

—Ahora empieza nuestra aventura —murmuró.

Bajaron desde el cerro hasta la Puerta Norte. Al encontrarse con los vendedores ambulantes y los aguadores que habían ocupado el lugar en el que se empleó Jacob durante años, José sintió un escalofrío.

—¡José! —le saludó uno de sus compañeros de fatigas.

—¿A dónde vais con semejante día? —le interpeló otro, que cubría un cestillo de dátiles con unas hojas de palma para que las rachas de aire no se llevaran su mercancía ni los frutos se llenaran de arena.

Al enterarse de que dejaban Nazaret, rodearon la carreta hasta que lograron detenerla. Querían agasajarles con distintas golosinas.

—Tomadlas por el camino, a nuestra salud.

—A cambio —propuso un mendigo—, rogad por nosotros cuando os detengáis en el Templo.

Los mocosos que hacían de lazarillos; aquellos que lucían atroces cicatrices, quemaduras y muñones para mover la compasión de los viajeros; los que cada mañana llegaban en pandilla para lanzar sus manos pedigüeñas; los que se ofrecían a las caravanas y a los pastores para lo que fuese menester; incluso algunos raterillos conocidos por su habilidad para desatar una bolsa de monedas sin que su dueño se diera cuenta, treparon a la pequeña tartana.

—¡María! ¡María!... —reclamaban la atención de la muchacha.

Ella, disimulando ante quienes acababan de regalarles tantas gollerías, empezó a meterles dátiles, almendras y dulces especiados en los puños y en los bolsillos.

—¡Que no os vean! —les decía por lo bajo.

—A mí no me has dado nada —demandó una rapaz con el cabello polvoriento, hija de una de las prostitutas que rondaban

a los trotamundos.

—Toma —le entregó la mitad de un pescado ahumado.

—No tienes malicia —había expresado su suegra más de una vez—. Esos granujas te embaucan con mentiras.

María asentía respetuosa, sin levantar la vista de las ropitas que cosía para el niño ni cejar en la contemplación interior de algunos versos del Cantar de los Cantares.

—Una buena tunda por parte de los guardias de la sinagoga es lo que necesitan esos ladronzuelos —continuaba la viuda, entretenida en tejer alguna de sus desatinadas prendas.

—No diga eso —detuvo por un momento el baile de la aguja.

—¡Si fueran a la escuela en vez de permitirles crecer entre zascandiles y mujeres de mala vida!... Te lo digo yo, que por mi difunto marido sé muy bien lo que se fragua en ese arrabal.

Pero María no dejó de detenerse en la Puerta cada vez que volvía de lavar en el arroyo. Por debajo del cesto de la ropa sacaba unas galletas y las repartía entre los niños, que hacían fiesta a su alrededor. Poco importaba que siempre hubiese un empujón, una queja, un golpe, un insulto, un llanto… porque la muchacha los amansaba aunque tuviera que aguantar el engaño de un arrapiezo que comía dos veces o que negociaba a sus espaldas la venta del dulce que acababa de entregarle.

José, impelido por su madre, también la amonestó.

—No puedo negarme. Esas criaturas, en muchos casos, no tienen padre conocido. Y respecto a sus madres… Sabes bien a qué se dedican muchas de esas mujeres.

El carpintero detuvo el ris-ras del serrucho. Su experiencia había sido a cierta distancia, ya que, prudente, nunca había tratado con las rameras que, en el sempiterno bullicio y pintarrajeadas con exagerados afeites, se ofrecían a los viajeros. A María, sin embargo, acudían las meretrices con parecida candidez a la de los mocosos, para solicitarle los mismos dulces de miel que los niños chuperreteaban a la sombra de los muros. Eran duchas en experiencias con personas mal intencionadas, en soportar palizas de quienes las mantenían y abusos por parte de las autoridades judías, idumeas y romanas. Se lo fueron contando, pues con ella se sabían escuchadas, comprendidas y hasta disculpadas. Con frecuencia le narraban el anhelo de ser amadas por un hombre bondadoso y la frustración de que sus hijas no hallaran un modo de ganarse la vida honroso a los ojos de Adonai. Ante María, que no las juzgaba.

—Date cuenta, esposo mío, de que no saben lo que es una amistad desinteresada, un gesto noble—. José asintió, silencioso

—. No las quieren los guardias de la Puerta, que las esconden cuando ven llegar a los emisarios de Herodes o a las tropas extranjeras.

—Tienes razón.

—¿No has visto cómo las maltratan al paso de los secretarios del Sumo Sacerdote, cuando estos llegan a Nazaret para percibir los frutos de las tierras del Templo? Y si alguien las acusa de robar, no les conceden el derecho a defenderse ni autorizan testigos en su descargo.

Su esposo apretó los labios con pesadumbre. Después de oírla, ¿con qué argumentos iba a prohibirle que las acogiera? Y eso que sus hermanos le contaron lo que, a su vez, Meital y Kerem habían escuchado por los patios: que a muchos vecinos les escandalizaba que a vista de todos María se ocupara de ellas y de aquellos pilluelos frutos del pecado.

—¡Una chica recién casada y que va a ser madre! —exclamó Adael, exagerando la ira con la que, según su mujer, se referían a su cuñada.

—Otros te acusan a ti, José —Obed le señaló a la cara—, porque no eres capaz de dominarla y poner punto y final a sus extravagancias. Creen que deberías escarmentarla con una tunda.

Chispearon los ojos del artesano.

—¿Pegar a María? —apretó con fuerza el mango de la azuela que tenía en las manos.

Obed se hizo el desentendido:

—Lo que hagas, a nosotros ni nos va ni nos viene.

—A veces una soba las hace recapacitar —anotó Adael mientras simulaba interesarse por la embocadura de la lanza que estaban fabricando para un carruaje.

José lanzó la herramienta al suelo. A sus hermanos aquella reacción les dejó pasmados.

—Si la conocierais como yo —sus ojos flamearon—, no os atreveríais a hablar de ella con esa ligereza.

Tomó de nuevo la azuela y la dejó sobre la mesa de trabajo.

—Necesito dejar de veros durante un rato.

Salió de la corraleta y se dejó engullir por el laberinto de barracas en donde habitaba aquella corte de chismosos.

«Conociendo al primogénito de Jacob», creía oírlos en el interior de las chabolas, «no puede extrañarnos que se haya casado con una loca».

«¡El bueno de José!…», podía ver a las mujeronas, meciéndose con los brazos en jarras, dándose ínfulas de gravedad y exagerando el tono. «Qué puede esperarse de un joven que nació con un escupitajo rosáceo en la piel».

«¿Y de María?… Se sabe que su madre murió al dar a luz a su segunda criatura y que el buhonero, pobre Joaquín, no ha conseguido domarla».

«Esa chiquilla siempre ha hecho lo que le ha venido en gana».

«Quién sabe las licencias que se permitía en sus viajes por Israel»…

El artesano se detuvo junto a la acequia por la que bajaban las aguas negras, inspiró aquel aire hediondo y rompió a reír.

—María…

El corazón se le ensanchó como el de un adolescente recién enamorado.

5.

Cuando a José el paisaje dejó de parecerle familiar, María tomó el timón de la ruta. Avezada en rodar por aquel camino, decidió el rumbo cada vez que se bifurcaba; propuso atajos para evitar los parajes rocosos o superar un tramo de la senda dañado por las lluvias, que podría haber lastimado los engranajes del carro. Conocía los manantiales, en los que rellenaron las cantimploras y dieron de beber al obediente pollino; encontró vericuetos que les alejaron de los puestos de los soldados; eligió los lugares para acampar, isletas de verdor en las que muchas veces había descansado junto a su padre. Allí el asno, libre de correajes, pacía a sus anchas mientras ellos recogían espárragos silvestres, bayas o unos cardos con los que completar sus provisiones.

—¡Esdrelón!

El carpintero apoyó los antebrazos en el banquillo sobre el que su esposa iba sentada, para contemplar con la boca abierta la anchísima llanura, sobre la que flotaba una película ocre. Aquel paisaje, vacío de accidentes, le evocó un sinnúmero de personajes de quienes los libros sagrados conservan la memoria de sus grandezas y traiciones.

María señaló hacia el sur.

—Son el Ebal y el Garazim.

Como trazos de tiza malva, aquellas cumbres eran dos hitos que provocaban el rechazo de los judíos.

—Samaria —José arrugó el gesto.

—Siquem —dijo María, refiriéndose a la ciudad fundada entre los dos montes—. Y la aldea de Dotán, hacia occidente. Son las praderas por las que pastorearon José y sus hermanos.

Aludía al santo patriarca, hijo menor de Jacob y nieto de Isaac.

El artesano se quedó en silencio, los ojos entrecerrados para tratar de distinguir algún elemento en el escenario de los

orígenes de Canaán. A pesar del talit **de algodón con el que se cubría la cabeza y se envolvía el cuello, necesitó la palma de su mano vigorosa para protegerse del resol.**

—¿En dónde estará el pozo? —se preguntó la muchacha, refiriéndose a la hoya a la que los hermanastros de aquel santo, único vástago de la hermosa Raquel, lo empujaron corrompidos de envidia.

—Vestía una túnica como la mía —José volvió la mirada al ropaje que le habían tejido los finos dedos de su mujer, la mejor vestimenta que nunca había tenido, sin costuras y con las mangas largas, lo que en el relato bíblico significaba una señal de la predilección de Yahvé por aquel joven pastor que rebosaba franqueza.

«Como a mí, el Todopoderoso le hablaba en sueños», pensó el carpintero antes de azuzar al burro para proseguir la marcha.

Podía declamar de memoria los pasajes que describen el rencor de los hermanastros, que en vez de asesinarlo prefirieron venderlo como esclavo a una banda de ismaelitas.

El camino más directo a Jerusalén atravesaba Samaria. Si se decidían a tomarlo hollarían una tierra de idólatras, desgajados de la tribu de Judá, que negaban la santidad del Templo de Salomón al tiempo que veneraban el remedo que construyeron sus antepasados en el monte Garazim.

José se detuvo ante el mojón que marcaba la frontera y se volvió para buscar en María un signo de aquiescencia. Le bastó contemplar sus ojos para saber que no ponía reparos. Con la mirada transparentaba sus pensamientos, deseos e intenciones; no conocía doblez sino que era transparente, un reflector de la luz de Dios.

El artesano había observado cómo hilaba su espíritu a los quehaceres de cada momento, como si orar y vivir fuesen para ella una misma realidad. Por distintas confidencias, sabía que la intimidad que mantenía con Elohim **era anterior al anuncio de Gabriel y a la concepción del niño, y a través de la convivencia experimentaba que sus virtudes se acrecentaban constantemente. Por eso conjeturaba que el corazón le empezó a brillar aun antes de su nacimiento, como si desde el primer hálito ya se hubiese volcado en ella el Amor infinito de** Adonai**.**

Bajo la sombra del Garazim, en cuyas laderas se mezclaban las piedras demolidas por el rey de Judea con el nuevo altar en el que los samaritanos ofrecían sus sacrificios, el orgullo de José creció hasta proclamar, consciente de que sus palabras eran demasiado atrevidas:

—Mujer, te has convertido en un templo más importante

que el de Sion, porque tu cuerpo alberga al Santo de los Santos.

Ella se llevó las manos al vientre y contestó con sencillez:

—Muy pronto veremos su carita.

Tras las dos primeras jornadas de trayecto, comenzó a abrumarla el cansancio. Se sentía pesada, torpe y lenta, y sufría con los badenes como si las piedras y las rodadas se le clavaran en los riñones. Cada kilómetro era un suplicio para ella: no hallaba postura que le descansara, que le aliviara de hormigueos y calambres.

El camino subía de loma en loma entre las sombras grises de los olivares, que por aquella época estaban cargados de aceituna. A veces se encontraban grupos de cuatro o cinco viviendas junto a las tierras en barbecho. Al atardecer, las chimeneas desprendían hebras azules que sugerían un fuego acogedor y una comida caliente.

—Dormiremos en Siquem; necesitas descansar —zanjó cuando detuvo el carro para buscar, entre el equipaje, una manta con la que protegerla del frío.

—Estoy bien. No te preocupes por mí.

Pero el rostro de la parturienta clamaba lo que sus palabras trataban de ocultar, que el viaje estaba a punto de vencerla.

La noche iba a echárseles encima y a cada paso aumentaba el arrepentimiento del muchacho:

«No tendría que haberme acompañado». Temía que con las sacudidas del carromato pudiese romper aguas. «¿A dónde iré entonces a pedir ayuda? Nuestro acento nos delata. ¿Quién, por aquí, se prestaría a echarnos una mano?».

Creía que les darían con la puerta en las narices, pues era en aquel tipo de apremios cuando los samaritanos aprovechaban para devolver a los hebreos sus continuos desaires. Eran las reglas no escritas de una mala vecindad, el modo de responder al menosprecio con el que los habitantes de aquella provincia eran recibidos en otros lugares de Palestina.

Muchos fariseos y saduceos, de haber conocido la situación del joven matrimonio, hubieran resuelto que antes que aceptar la hospitalidad de un samaritano, María pariera en el campo. Un hijo de la Alianza no debía ver su primera luz bajo el techo de un heredero de los fieles de Manases, que en el destierro en Babilonia obligó a ocultar a los suyos la condición de Pueblo Elegido.

José bisbiseaba una oración tras otra:

«Consígueme en Siquem, oh, ángel protector, un alma bondadosa que nos acoja».

—Estoy mejor —le dijo María al percibir la ansiedad de su

esposo.

«Vamos, ángel que nos acompañas…», le urgía. «¿Qué importancia tiene que nazca en Samaria o en Judea? ¿O es que existe en la Tierra un lugar digno para semejante criatura?… Ella dice que hasta un palacio construido en mármol y una cuna de oro serían indignos para recibirlo, pues es infinita la distancia que nos separa de la majestad de Yahvé». Evocar las manifestaciones de fe de la chiquilla le templó el ánimo. Aun así, reiteró su ruego: «Dame, buen ángel, un techo que nos acoja».

De su boca brotaban nubecitas de vaho cuando regresaba a sus solicitudes frente a la eventualidad de que el bebé llegara al mundo en un ribazo; de que no hubiese unas manos de mujer que la auxiliaran en aquella hora y tuviese que ser él, inexperto, quien lavara al pequeño en las gélidas aguas de un arroyo y le cortara el cordón umbilical.

«Te ruego que la ampares», concretó. «Bien sabes que yo puedo dormir al raso, pero ella… ¡A ella dale un techo, aunque sea el alero de una fachada!», insistía mientras finalizaban una senda en cuesta. «Si le encuentras acomodo, yo me quedaré junto al carro para proteger nuestros enseres». Se tentó la bolsa. «¿Cuánto me pedirán por una habitación?… Conoces lo que llevo en la faltriquera: apenas un par de dracmas y unos ases. Ah, y los leptones que mi madre retiró de la caja en la que guarda el dinero para los vencimientos de la deuda. ¡Pobrecita!… Y las monedas de latón que cobré por la reparación de aquel arado».

6.

Volvió a mirar atrás. El carro mecía a su esposa en un sueño superficial.

«¿No te da lástima?», inspiró. «Anoche apenas logró cerrar los ojos».

Se refería a la última acampada que hicieron antes de llegar a Samaria. Escogieron un declive entre carrascas, que con sus ramas formaban un parapeto que les hizo invisibles a quienes pasaron por la cañada. Para que María gozara de cierta privacidad el obrero anudó el extremo de una sábana a la trasera del carro y colgó la otra punta entre las hojas picudas de los arbustos.

—¡Qué bien me cuidas! —le agradeció María cuando le ayudó a tomar asiento en una piel de borrego que le había tendido sobre la hierba.

Él se encargó de preparar la cena: un huevo cocido con un poco de pan, unos dátiles, unas almendras y el mosto que les quedaba en un pellejo. Después rezaron al hundirse el sol y José la cubriera con un par de frazadas.

—Descansa.

El viento de la noche les acercó el llanto de los chacales y el ladrido de algún perro salvaje, que no tardaron en acecharles desde la oscuridad.

—No puedo verlos —se quejó el primogénito del difunto Jacob.

María abrió la improvisada cortina y se colocó junto a él.

—No, no… —protestó el artesano—. Tienes que dormir.

Pero ella no quiso dejarlo solo en aquella madrugada que se prometía interminable.

—Me he desvelado, José —le tiró cariñosamente de un mechón que le caía por la patilla—. Además, si esos animales nos atacan no te vendrán mal mis manos para lanzarles piedras.

Él no pudo contener una sonrisa; nada le deleitaba tanto como la compañía de la muchacha.

—¡Quieto! —a cada poco trataba María de sosegar al burrito, que nervioso escarbaba el suelo, con las orejas enhiestas y los pardos belfos abiertos para oliscar la amenaza que traía el aire.

Por miedo a los bandidos no habían encendido una fogata, lo que hizo aún más desapacible la madrugada. Les hubiese sido más fácil unirse a una caravana, como les recomendó Joaquín. Pero José, que conocía a los quincalleros y a los pastores nómadas, no quiso que ella tuviese que soportar el lenguaje de muladar con el que solía expresarse esa chusma, sobre todo cuando se dejaban llevar por el vino.

—¡Pero si estoy acostumbrada! —María se balanceó en un taburete junto al horno del pequeño hogar de Nazaret, mientras desgranaba unas vainas—. Los camelleros son más bravucones que peligrosos; les gusta formar jaleo frente a los muros de la ciudad para que todos nos enteremos de que han llegado. Y después se divierten a cuenta de las distancias que les marcamos las nazarenas —. Apartaba las legumbres en un cuenco—. Muchas los observan como si fuesen demonios.

José se refrescaba con un tazón de agua.

—Lo que a ellos debe de hacerles mucha gracia —refunfuñó.

—Nada les halaga tanto como las leyendas que urdimos a partir de sus cimitarras y de los aros que les perforan las orejas y la nariz.

—Parece que simpatizas con ellos. Algunos tienen más de una esposa. ¡Eso es una horrible desviación de los designios de Adonai**!**

—Compréndelos; no han tenido la oportunidad de que les instruyan en los Mandamientos del Señor —se lamentó, dejando

pasar unos segundos antes de proseguir—. Tengo comprobado que entre ellos abundan los hombres honrados.

—¿No dicen las mujeres de esta casa que eres demasiado indulgente? —posó la taza en un mueble.

—Son rudos, no te lo niego, sobre todo para quienes no están hechos a sus costumbres, pero no son mala gente.

—María… —murmuró, como si el modo de interpretar la realidad por parte de aquella chiquilla no tuviera remedio—. Son descuidados con la higiene y tramposos en sus negocios, pero tú, erre que erre con tu indulgencia.

—No son más limpios los pastores de nuestra raza —dijo antes de agacharse para tomar un nuevo manojo de habas—. Asimismo, padre y yo hemos visto a los transjordanos admirarse ante el Todopoderoso.

—Será porque los dioses que adoran apenas tienen nada que contarles.

—No digas eso; sus creencias son muy sencillas: veneran a sus difuntos, a los que suplican protección.

—Y por su venganza —recalcó, dando un golpe con los nudillos a uno de los cuarterones del aparador.

—La venganza no es patrimonio de los infieles —se lamentó. Extraía las semillas con un movimiento mecánico, rápido y seguro—. Mira, en algún viaje traían a sus esposas, que a menudo nos pedían que les narrásemos pasajes sagrados. Ten por seguro que se llevaron a sus campamentos del desierto el testimonio de la madre de los macabeos, a la que admiran por su lealtad al Señor, aun a costa de la sangre de sus siete vástagos. También aprendieron los relatos de Débora y Ester. ¿Qué te parece?… Estoy segura de que repiten en sus casas la palabra de Yahvé con tanto ardor como los rabinos que viajan para instruir a nuestros hermanos de la diáspora.

—Comparas a las mujeres de los camelleros con nuestros rabinos… –José apretó las cejas—. Eres demasiado osada.

—¿Osada? —cascabeleó su risa—. ¿No te llena de dicha que los gentiles hablen de la Misericordia de Jehová**?**

—Me impresionas, lo reconozco —se sentía felizmente desarmado—. Pero ahora me toca a mí: muchas veces los he visto extramuros, abusando del alcohol y comiendo carne impura.

—Claro que beben —admitió la doncella—, especialmente cuando se reúnen al concluir una etapa o al llegar a su destino —apartó la vasija, rebosante de legumbres—. ¿Acaso los hebreos no bebemos en familia y con amigos?

—¿Por qué los justificas?

—Porque su vida no es fácil —asió las peladuras, para

dárselas al burro—, siempre lejos de casa, de la familia, de sus afectos.

José se rascó la cerviz. Su esposa le había dejado sin argumentos.

Con el paso de las horas, las fieras se marcharon y a María le venció el sueño. El artesano la condujo de nuevo al rincón guarecido por la sábana. Cuando el ritmo de la respiración le comunicó que se había quedado dormida, se quitó la capa para ponérsela delicadamente sobre las mantas, tomó asiento a sus pies y se pasó el resto de la noche contemplando su rostro, tan bello como los lirios del desierto.

7.

En Belén, durante la madrugada, en el minúsculo cuarto que les servía de vivienda, al considerar aquellas jornadas de viaje, José se desconcertaba por no haber percibido locuciones ni signos por parte de los ángeles.

«Si en algún trecho de aquellas carreteras nos hubiéramos topado con una cohorte de legionarios, ¿cómo habría frenado su ímpetu si hubieran decidido propasarse con nosotros? Y de caer en una emboscada, ¿quién nos hubiese defendido de los ladrones?». En uno y otro caso, sabía que hubiera protegido a su mujer incluso a costa de su propia vida. Y aunque morir por ella y por su hijo fuera la muestra suprema de su compromiso con el mandato de Yahvé, en las tinieblas de aquella habitación dominada por el pacífico descanso de la madre y del niño se preguntó de qué hubiera servido, pues entonces María habría quedado a merced de aquellos hombres sin corazón.

Así que, pese al silencio de Dios, le maravillaba que el viaje hubiese resultado tan sencillo, pues no tuvieron contratiempos más allá del frío y el cansancio.

—Ni militares, ni ladrones, ni zelotes —se dijo, porque tampoco se las vieron con ningún guerrillero—. El arcángel nos abría las sendas —sonrió.

Como no quería hacer movimientos bruscos, se retrepó con cuidado sobre la estera y volvió los ojos a María, que dormía en el otro extremo de la habitación. Sobre ella pendía la hamaca en la que descansaba Jesús, cortada en dos por el rayo de luna que penetraba desde la puerta mal trancada.

Ser el padre adoptivo del pequeño engendrado por el Espíritu de Dios, era para él una responsabilidad tan desmesurada que, desde el nacimiento, no había logrado dormir una sola noche de corrido. Solía arrancarle del sueño el zarpazo de tres pesadillas. En la primera, los chacales rastreaban el lugar del parto; en la segunda, una bestia indefinible, repulsiva y

atractiva a la vez, bramaba en las entrañas de la Tierra presintiendo la cercanía de su fin; en la tercera, una sucesión interminable de hombres y mujeres de todas las edades pasaba indiferente por delante de Jesús, que lloraba reclamándoles sus brazos.

Otras veces le desvelaba el modo de respirar del recién nacido, lo que venía a demostrar que, como muchos padres, el carpintero descansaba con los sentidos avizor. Si aquellos suaves ronquidos estimulaban en su interior un sincero agradecimiento por todo lo que estaba experimentando, el aldabonazo que le devolvía a la vigilia lo causaba un silencio repentino, como si a la criatura se le hubiese apagado el aliento y una muerte súbita le hubiera mordido el pecho. De un brinco se ponía en pie para colgar su rostro acongojado sobre Jesús —¡tan bonito!—, inmóvil en su yacija, los puñitos junto a la barbilla levemente apuntada, la piel fina de los cachetes pintada de penumbra y la cabeza protegida por un cabello sedoso y oscuro.

—¿Qué ocurre?

La voz empastada de María quebraba la atmósfera tensa, sobre la que el niño deslizaba al fin un largo suspiro antes de buscar una nueva manera de apoyar la cara sobre las vestiduras de la cuna, con la paz de un cachorro. Y si un llanto hambriento venía a perturbar la noche, José, solícito, lo tomaba en brazos mientras la doncella se recostaba para amamantarlo.

8.

El artesano aprovechó las primeras horas de la mañana para conciliar un sueño reparador antes de continuar el viaje. María había superado la madrugada en descampado. También venció las dificultades del último tramo de la etapa que les condujo a Siquem, cuando los signos de su cuerpo mostraban la pronta hora del parto. En aquel pueblo, por más aldabas que golpearon, no pudo José ofrecerle otro cobijo que una socarreña abandonada, por cuyo techo de vigas podridas se colaban las agujas heladas del viento. Pero era tal el cansancio de la joven que no abrió los ojos hasta que rompió el alba.

Al fin, en Jericó, famosa por sus huertos de palmeras, consiguieron acomodo en una posada. Era aquella una ciudad tumultuosa y alegre, asperjada de adelfas y tamarindos y cerrada en la lejanía por la vegetación ribereña del Jordán. Pasaron a través de un pórtico, alrededor del que revoloteaban ciegos, lisiados y niños que hacían las veces de altavoz a los mendigos. A aquellos pequeños les entregó María los últimos víveres que les quedaban. A cambio, corrió la chiquillería a arrancar hierbas para el jumento, que a duras penas resistía el peso del carro.

Se pararon ante un albergue al que entró José para negociar la pernocta. La mujer del posadero, pequeña y enteca, aguijoneó a su marido para que, aprovechándose de la necesidad del joven matrimonio, les pidiera el doble que a los demás huéspedes.

—La borrica y la carreta ocupan lo que tres mulas —arguyó la ventera desde el zaguán, al comprobar que el galileo no podía enmascarar su condición de viajero poco experimentado.

—Ya la ha oído —el ventero elevó los hombros, como si no pudiese hacer nada frente a su autoritaria costilla.

—¡Tengan corazón! —los ojos del joven iban del uno a la otra—. Mi esposa está a punto de dar a luz —señaló con el brazo hacia la carreta, detenida en la calle.

La arpía cruzó los brazos bajo sus senos apenas intuidos, echó el peso del cuerpo hacia atrás y descolgó el mentón ante lo que consideró una nueva y segura oportunidad de abuso.

—¡Ah, no! —movió la cabeza con teatralidad—. Un rucio, una tartana y una parturienta. Échale de nuevo la cuenta, Ebén. Necesitarán paños hervidos y mi ayuda.

—Apenas disponemos de lo necesario para establecernos en Belén; no les miento.

—Habrá que servirles una ración suplementaria de leña —a medida que sumaba nuevas partidas, la posadera iba agarrándose los dedos de la mano derecha con los de la izquierda—, no vaya el recién nacido a destemplarse.

—Se lo agradecemos —. Escucharon a María, acomodada en el pescante—, pero somos pobres.

—¿Pobres? —la mujer se puso de puntillas y osciló la cabeza, desdeñosa ante la carga que llevaban bajo la loneta.

—Vámonos, José. Encontraremos otro lugar.

—¡Mira que eres necia! —le riñó el tal Ebén a su esposa—. En su estado… ¿De qué piedra estás hecha?

La posadera apretó la barbilla, formándosele una almohadilla en la papada.

—Si por mí… —se eximió de responsabilidades, limpiándose las manos en el delantal.

El artesano entendió que había ganado la partida.

—Gracias —pronunció. Y sin aguardar a que le diesen un precio, surcó la puerta hasta el patio, dispuesto a escudriñar un lugar que les ofreciera recogimiento.

—Las habitaciones están allí —Ebén alargó el brazo hacia uno de los muros.

—Estaremos mejor a nuestro aire.

—¿Es que tienen pensado dormir al raso? —curioseó la posadera.

—Mi esposa precisa intimidad.

Había un pilón en mitad del corral para que las bestias forrajearan, así como un pequeño aguadero.

—Nos acomodaremos en aquella esquina —dijo José, señalando un rincón junto a las cuadras cubierto por un tejado de caña que podría librarles del relente. Las paredes eran suficientemente altas para que nadie pudiese fisgonear desde afuera.

—¡No pueden instalarse entre esos cachivaches! —protestó el posadero al verle mover algunos aperos.

—Si le es igual, los colocaré a un lado —el carpintero apartaba cajones, palos y cuerdas—. Unas encima de las otras, las cajas nos protegerán del frío.

—¿Cómo van a reposar junto a las bestias? —porfió.

—Este es un hospedaje rumboso, con su cuarto para las mujeres y con otro para los hombres —enunció la mujer, arrogante, desde los peldaños de la cocina.

—Sé lo que hago —el hijo del difunto Jacob les regaló una sonrisa—. Para cenar nos conformaremos con una torta de cebada y un poco de aceite.

—También les daré calabaza y guisantes —malhumorada, decidió que aquellos nazarenos eran un caso perdido—. La leche no se la cobraré, tranquilo. Una parturienta necesita estar bien alimentada si quiere sacar adelante a su bebé.

A María le costó bajar de la carreta una vez Ebén abrió las hojas del portón. Dio unos pasos hacia el rincón, se detuvo y, apretándose los riñones, recorrió con los ojos el patio. Olía mal; en la esquina opuesta al recubrimiento de cañas se amontonaba el estiércol.

—Estaremos cómodos —le animó su marido—. Quizás no sea el lugar más limpio de la posada, pero descansarás apartada de los demás viajeros.

—Me parece bien —aprobó, tendiéndole la mano para que le ayudara a sentarse sobre un atado de alfalfa.

Cuando se hizo de noche, los huéspedes —cinco o seis comerciantes, un ganapán del Sanedrín, un par de extranjeros y un tratante de ovejas, además de tres mujeronas que se dirigían junto a una anciana al puerto de Jaffa— tomaron asiento alrededor del fuego del patio. No parecía importarles cenar junto a sus cabalgaduras: tres mulos, una pareja de dromedarios, otro borrico, una punta de borregas y los perros pastores.

—¿Y la chica? —interrogó a José una de las mujeres, que acababa de percatarse de que María no se había sentado con ellos.

—Está preñada —se entrometió otra—. ¿No se lo has oído a la posadera?

—Te pensarás que estoy ciega —la desafió.

—Es una muñequita, una niña preciosa —habló la tercera con arrobo—. ¡Lo que daría por ver la carita de su bebé!

—Se ha retirado a dormir —fue lo único que les dijo el carpintero.

—¿Tan pronto?

—¡Y sin haber cenado! —concluyó la tercera.

—Más le vale que no nos rompa el sueño —amenazó la anciana—. Soy demasiado mayor para aguantar la congoja de una madre primeriza.

—¿Qué sabrás tú? —se burló una de ellas, de carnes mantecosas.

—He tenido siete partos —reaccionó la vieja.

—Cierto; Noé no había construido el arca cuando soltaste al mundo a tu última criatura.

Rompieron todas a reír.

—¿Podrían bajar el tono de voz? —les rogó el artesano.

No le hicieron caso. Tampoco los hombres, que se quitaban la palabra los unos a los otros, liberaban flatulencias, entonaban canciones populares y añadían a la noche de Jericó el estampido de sus carcajadas.

Los huéspedes no guardaron la compostura cuando la posadera les sirvió los alimentos: masticaban con las fauces abiertas, hablaban sin cerrar la boca y se pelearon por los ajos asados, ya que no había suficientes para todos. Los hombres intentaron forzar a José para que vaciara con ellos una bota de licor que pasaba de mano en mano. Bebieron las mujeronas y hasta la vieja, que después de un par de rondas les enseñó a todos, desinhibida, la única muela que le quedaba.

El peón del Sanedrín, que también renunció a probar el alcohol, se apartó junto a José a un lado de la lumbre.

—El posadero me ha contado el motivo de vuestro desplazamiento.

—El censo —José entornó los ojos. La forma rectilínea de su perfil quedaba dibujada sobre la luminosidad de las llamas—. Aunque nací en Belén, me he criado en Nazaret; Galilea es mi patria.

—¡Si supieras la de problemas que el capricho del emperador está causando en Sion! Desde hace meses la ciudad es un río desbordado y nos faltan vituallas, pues han llegado tantos semitas de Israel como compatriotas de países lejanos.

—Me compadezco de ellos.

—Mejor, compadécete de nosotros… Como los recién llegados buscan acomodo, unas veces aporrean tu puerta a altas horas de la noche y otras te los encuentras acampados en los portales, por no hablar de los soldados, que cuando patrullan no se molestan en preguntarte quién eres ni dónde vives antes de hacer volar sus porras o amenazarte con sus espadas, que no dudan en desenvainar si el gentío les dificulta el paso. Por lo visto, quieren evitar que los rebeldes crucen los muros encubiertos por la gente.

—¿No sucedió en la última Pascua?

—Así es —refrendó con un movimiento de cabeza—. Pero dejemos para después al ejército extranjero. Al Sanedrín le preocupan nuestros hermanos.

—Natural.

—Como nadie sabe cuándo finalizarán los trabajos de los censores de Quirino, los hebreos que van llegando necesitan trabajar. Los verás cuando te pasees por los alrededores del Templo, en donde esperan a que los llame algún capataz. Se han convertido en brazos baratos para los labrantíos y la esquila. También los tintoreros y los jefes de las canteras se aprovechan para llevárselos por la mitad del jornal.

—Eso no está bien.

—¿Qué quieres?… Sobran obreros en los cocederos de ladrillos y hasta en los vertederos de la Gehena. Por eso acuden a nosotros —se vanaglorió, él que no era más que un mandado—, como si los representantes del pueblo fuésemos ilusionistas que nos sacamos oportunidades de la manga. No quiero decirte que mis amos no posean tierras y ganados, porque te mentiría. También tienen los derechos de las mejores mesas de los cambistas. Y las más prestigiosas casas de préstamo y empeño son suyas, por no hablarte del patrimonio del Sumo Sacerdote y de sus familiares. En todo caso, no pueden crear empleos de la nada.

Nada disfrutaba tanto aquel recadero durante sus viajes como de los encuentros con provincianos desprevenidos. El aspecto de José era como el de cualquiera de los desplazados que acababa de describir. Le resultaba fácil prever que en Belén, tan cerca de la Ciudad Santa, no iba a resultarle fácil oficiar con sus herramientas. Por eso empleaba aquel aire de salva patria.

—En cuanto llegues, pregunta por mí en el Pórtico del Sanedrín —le dijo con petulancia.

Daba por hecho que el carpintero, como tantos ingenuos que quedaban deslumbrados ante su labia, le pediría algún contacto en las altas esferas de la administración. No entre los

miembros del Consejo, por supuesto; se conformaría con cualquiera de los siervos de la camarilla del Sumo Sacerdote.

—Podría abrirte alguna puerta.

El hijo del difunto Jacob permaneció callado. No dudaba de la buena fe del aprovechado, pues no tenía motivos para pensar mal de él. Tampoco se le escondía que contar con la benevolencia de algún funcionario podría serle de ayuda, porque tan lejos del altozano, de su taller y sus clientes, ¿por dónde empezaría a buscar trabajo? ¿No acababa de oír que sobraban los chapuzas?

—Dada tu situación —el ganapán dirigió la vista hacia el techado bajo el que descansaba María—, estoy dispuesto a hacerte un buen precio.

—Te lo agradezco —José tosió deliberadamente al oírle hablar de dinero—, pero tengo parientes en Belén; ellos me echarán una mano.

—Entonces, olvídate, nazareno, de mi proposición —reculó el funcionario, aunque cuando pareció que había dado la conversación por concluida, le hizo una nueva pregunta:— ¿Sabes quién es el peor parado en este desaguisado?

—Ni idea.

—Herodes —silabeó el nombre del rey y comenzó a hurgarse los dientes con un palito—. Se siente ninguneado por el prefecto, que ha venido desde el norte para instalarse en Jerusalén, con la orden de hacer cumplir el encargo del gobernador. Y eso el idumeo no lo tolera. Te diré por qué… —se apresuró a enfatizar, dada la aparente impasibilidad de José ante aquellas cuitas de la corte—: los romanos no le permiten controlar el proceso.

—No te entiendo.

El mandadero miró a ambos lados.

—No le permiten poner la mano para recibir su parte.

—Parte ¿de qué?

—De lo que cada uno de nosotros está obligado a pagar a la mesa del censor.

—¿Qué es lo que hay que pagar?

—Pero, ¿en qué mundo vivís los galileos?… —rompió a reír —. No pensaréis que Roma va a costearos la inscripción en el censo, ¿verdad? Escribanos, sellos, tablas de arcilla, papiros, mesas, toldos, desplazamientos, tiendas, esclavos, comidas… —se sacó el palillo y trató de distinguir, ayudado por el fulgor de la hoguera, una mondadura.

—Pues a mí no me sobra el dinero.

—Y a quién le sobra, galileo, ¿a quién?

Uno de los huéspedes arrancó a cantar. Su voz sonaba

melancólica.

—¿Por qué los romanos tienen tanto interés en empadronarnos en nuestro lugar de origen? —se preguntó José.

—Es evidente: al césar nunca le parecen suficientes sus conquistas. Si algún día necesitara tus brazos para cargar otro escudo, un gladius y un pilum, gracias a los libros del censo sabrá dónde encontrarte.

—Pues no creo que nos quedemos mucho tiempo en Belén. Regresaremos a Nazaret nada más registren mi nombre y el de mi familia.

El enviado del senado volvió a reírse de él.

—No sabes nada del emperador. Desde Roma controla sus provincias como si fuese el mismísimo Adonai. Ni tú ni yo podemos escondernos de su poder.

—No juegues con el nombre del Señor —le reconvino.

—César Augusto necesita mantener sus centurias —prosiguió, impertérrito ante la advertencia del carpintero—. Ese es el motivo de esta operación que ha venido a trastocarnos la vida —hundió la cabeza entre las rodillas y volvió a soltar una risa—. Pero volvamos a Herodes.

—¿Qué más necesito saber de él?

—Es peor que una víbora —apretó los dientes—. Por haberse gastado una fortuna en hacer de Cesarea y de Séforis un calco de la ciudad de Roma, se piensa que los invasores le deben pleitesía. «¡Así tratan al que ha levantado cuatro templos en honor al emperador!», dicen que protesta a todas horas —se dio unos golpes en el pecho, en desagravio por aquellos pecados de idolatría cometidos en la tierra de Canaán—. Hoy vuelca su furia en sus camareros, pero pronto enviará sus tropas a las fronteras del norte y del sur, allí donde el Sumo Sacerdote no pueda denunciar sus abusos.

—Lo que dices de las dos ciudades del mar de Genesaret es cierto, pero también ha embellecido el Templo.

—¡Con nuestros tributos! —exclamó furibundo—. ¿Quién puso las manos, dime, para colocar todas esas piedras? ¿Es que vinieron obreros de Idumea, de Nabatea o de las tribus del desierto?...

—No —pronunció sin demasiada seguridad.

—¡De Galilea tenías que ser!... No sabes nada acerca de los estragos de la política.

—Perdona si te he herido.

—Si no vivierais mezclados con paganos y gentiles...

Tiró el palillo al fuego.

—Será mejor que me retire —José se puso en pie, hastiado

del tono de aquel hombre—. Mañana partiremos temprano.

—¿Descansar? Dudo que estos te lo permitan.

Los huéspedes continuaban la bulla, arrebolados por el licor.

Se acostó con el corazón herido. ¿Por qué había escogido el Señor aquel peligroso momento para venir al mundo? ¿Por qué, además, lo había hilvanado con el censo, que le imponía al Mesías vivir, al menos durante un tiempo, a la sombra de la guardia romana y de la sede de aquel monarca sanguinario y veleidoso?

«¿Por qué me has elegido», concluyó con la pregunta de siempre, «si soy incapaz de defenderte de enemigos tan poderosos?».

Aquella tribulación le hizo llorar.

9.

El ladrido de dos perros hizo que se le evaporara la remembranza de los últimos meses. José posó los pies en el suelo y dio unos pasos hacia la puerta, para observar la noche de Belén a través del hueco de las maderas. La luna, en cuarto creciente, gravitaba sin la intromisión de una sola nube. Uno de los perros parecía encontrarse cerca de la casa, tal vez en el corral de algún vecino o en las callejuelas aledañas a aquel lindero del pueblo. Los llamados del otro venían desde una colina, transportados sobre la quietud de la madrugada. Era un ladrido profundo, pausado y grave, de perro guardián, fiel ovejero.

Apoyó el codo contra una de las jambas y la frente en los nudillos, y observó despacio la falda de aquella loma sobre la que se asentaba la aldea de David. Por allí pastaban los rebaños que servían chivos y corderos a los sacrificios del Templo. Como los caseríos se encontraban apenas a unos kilómetros de la Ciudad Santa, era constante el ir y venir de los rabadanes conduciendo sus hatos, que eran propiedad de las familias adineradas de Jerusalén, dueñas también de los rediles y la mayoría de las fincas en las que se dividía el contorno: campos de olivo y cereal organizados en bancales. Los pastores que estaban de paso alquilaban alguna majada o buscaban un saliente en la roca donde recoger a sus ovejas durante la noche. Además, aquellos techos naturales guardaban a los cabreros que no dependían de ningún amo, hombres sin instruir que poseían una punta de animales y servían leche a domicilio para la elaboración del queso, vendían cabritos y alguna que otra res vieja para carne, así como pieles y vellones. José había construido tranqueras para ellos y renovado pesebres que tenían las maderas podridas.

Fue en uno de aquellos refugios naturales en donde nació el

niño.

Alzó ligeramente la frente y cerró el puño. María le había ayudado a aplacar su contrición por el lugar en el que habían vivido el extraordinario acontecimiento.

—El Señor lo ha querido así —le reiteró la muchacha la mañana posterior al parto, desde el interior de la galería, con el bebé sujeto al pecho.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó desazonado.

—¿Crees que de otra manera hubieran disfrutado esos hombres del coro de ángeles? —expresó con la mayor naturalidad.

Los espíritus alados desaparecieron cuando los cabrerizos regresaron a la majada, para no volver a mostrarse, como si hubiesen sido bellísimos elementos de un sueño.

—No olvides lo que nos dijeron: que fue otro ángel el que les escogió en representación del pueblo —. Estaba convencida de que se trataba de Gabriel, el nuncio de las más importantes embajadas divinas.

—Pero…

—Si Yahvé no estuviera conforme con esta cueva —la recorrió con los ojos—, les habría hecho esperar hasta que encontrásemos una vivienda.

José no tuvo nada que objetar.

La visita de los pastores había sido casi inmediata al nacimiento; junto a la doncella aún estaban los agasajos que les trajeron: dos corderos destetados, una jícara de miel y una cántara de leche. El carpintero había sustituido la paja del pesebre por los pellejos de cabrito que también les habían regalado.

—Si te llegas a descuidar, esposo mío, se habrían presentado antes de que volvieras con la leña —se rio.

—Te hubieran asustado, te lo garantizo.

Los pastores se encontraban dormitando al raso, al otro lado de la loma, cuando llegó el ángel. Empeñaban un oficio para la calaña en aquel universo rígidamente estratificado, pues les perseguía la dudosa reputación de no tener hogar; de no cumplir las abluciones rituales ni lavarse las manos antes de comer; de no acudir a la sinagoga ni respetar los ayunos; de llamarse entre ellos a silbidos y a voces; de ponerse motes gruesos; de apalear a los perros desconocidos; de manejar la honda para resolver sus diferencias; de permitir a los rebaños ramonear a la orilla de los huertos y de no hacer nada cuando sus cabras saltaban sobre los muretes para arrancar las hojas y los frutos de los árboles ajenos; de matar el tiempo saboreando bellotas y algarrobas (alimento de

bestias innobles); de convivir a todas horas con los bovinos y no poder quitarse la hediondez de encima.

La risa de María logró remansar la frustración del artesano. Pero bastaba que el recién nacido frunciera los labios o iniciara una llantina para que los reproches internos volvieran a batir su conciencia, desarmándole de toda seguridad y entregándolo a la convicción de que no estaba cumpliendo su papel como Dios lo esperaba de él.

10.

Nunca había deseado lujos. ¿En la mentalidad de qué hebreo sin apenas oportunidades cabía una vida distinta a la que con tanto esfuerzo llevaba en Nazaret? Verse involucrado en aquella misión tampoco le llenó de ensueños, aunque no dejara de ser razonable que al Ungido, aun en ese cuerpo inocente, le hubiese correspondido un escenario distinto al de aquel soportal sembrado de estiércol. ¿Acaso no venía como caudillo de las Doce Tribus de la única raza que el Altísimo había hecho suya? Y si José no pretendía ninguna clase de boato, mucho menos honores ni muestras de homenaje, sabía que tampoco su esposa aspiraba a esa clase de pagos.

Cuando, en la última etapa del viaje, se presentó ante ellos el paisaje mítico de Sion, con sus murallas y alcázares, con el blanco cegador de sus viviendas y con la arquitectura grandiosa de sus palacios, con sus terrazas, torres y cúpulas, con la grisura alanceada de sus cipreses y el verdor de sus jardines, con las multitudes que entraban y salían por sus puertas y, sobre todo, con la magnificencia del Templo de Salomón, la doncella prefirió pasar de largo después de que se detuvieran en el camino para entonar con gozo el Shemá Israel**:**

—Escucha, oh Israel: / Yahvé es nuestro Dios. / El Señor es Uno**.**

Al avanzar por la sombra que proyectaba la fortificación, María guardó un intenso mutismo que se grabó a fuego en el corazón del carpintero. Ella tenía todo el derecho para obtener de las autoridades vinculadas al más alto culto, un acatamiento al plan revelado que traía el niño de sus entrañas.

María no lo quiso, pero «¿y Yahvé?», se cuestionó el hijo del difunto Jacob. Siendo quién era el próximo a nacer, viniendo de donde venía, ¿cómo era posible que no hubiese tenido no ya un colchón y una jofaina de agua caliente, sino una estera y unas manos amigas que le ayudaran a salir del seno materno? ¿Cómo es que no hubo ya no una alcoba real, sino las paredes y el techo de una casa donde recibirle? ¿Por qué en vez de ungüentos con los que perfumar su cuerpecito, le envolvió el hedor de los animales estabulados en aquel amparo de roca? ¿Dónde se

encontraban el Sumo Sacerdote y los miembros del Sanedrín? ¿Dónde los turnos de clérigos destinados a los sacrificios y sahumerios? ¿Y los encargados de las principales dependencias del Templo? ¿Y los ancianos? ¿Y los levitas? ¿Y los más renombrados doctores de la Ley? ¿Y los escribas? ¿Y los fariseos que encabezaban las distintas escuelas teológicas? ¿Y los saduceos que manejaban la administración del pueblo?…

—Hoy os ha nacido, en la ciudad de David, el Salvador, que es el Cristo, el Señor —les había revelado el ángel a los pastores.

Tampoco hubiese estado de más el desfile de las autoridades extranjeras: el gobernador de la provincia y su representante en Palestina, ambos en nombre del emperador Augusto; el reyezuelo para quien el Imperio había inventado una monarquía en aquella tierra libre de sumisiones, sus pendencieros hijos y sus funcionarios. Por supuesto, ante el pesebre en el que María recostó a Jesús, el Sumo Sacerdote tendría que haber depositado su mitra, pues desde aquel momento el gobierno del pueblo le correspondía al anunciado por los profetas. Arrodillado ante el bebé, Eliazar tendría que haberle hecho entrega de su pectoral de oro —repujado con doce piedras preciosas— y unir su oblación a la coraza, la capa, la espada y el bastón de mando de Quirino, así como a la corona de Herodes. Hubiese sido lo esperable tratándose del Mesías, más aún cuando superaba de modo inconmensurable la naturaleza de cualquier otro hijo de Abrahán. Pero esperable fue que el Salvador llegara en forma de caudillo, un judío mayor de edad, porque ni los próceres romanos, ni el rey idumeo ni los dirigentes hebreos, bien lo sabía José, quebrarían las espaldas ante un recién nacido, hijo de un hombre y una mujer insignificantes.

Belén no era un pueblo grande ni un puñado de casas en medio de la nada. La cercanía a la Ciudad Santa nublaba el detalle que convertía su suelo y a sus habitantes en una singularidad de aquella Canaán colmada de topónimos vinculados a la Historia Sagrada: diez siglos atrás, David, el segundo de los reyes de Israel y fundador de la estirpe definitiva, vio la luz en aquella aldea. Pero la capital del nuevo reino de Israel, Jerusalén, empujó al olvido la veneración que merecían las colinas gemelas en las que se asentó el campamento de pastores de la familia de Isaí, de quien el muchacho que venció a Goliat fue su octavo y último vástago. Pero David ordenó la construcción del primer Templo sobre el alcor de Moriah —en cuya cúspide Abrahán había encendido la hoguera para inmolar a Isaac—, donde se conservaron las Tablas sobre las que el dedo de Elohim **escribió sus Mandamientos. Desde entonces, aquella fue la**

única población que comprometió los anhelos de los judíos de todos los confines del mundo.

Belén se había convertido en un simple detalle narrativo que a la mayoría de los hebreos pasaba inadvertido, una aldea de tránsito para quienes arribaban al corazón de Judea desde Hebrón o Berseba por el camino del sur, parada necesaria de las compañías que habían cruzado el Sinaí y para las que llegaban desde las dunas de Arabia. Si los peregrinos y los comerciantes pertenecían a los ardorosos clanes nabateos e idumeos, preferían pernoctar en cualquiera de sus dos hosterías antes que dormir en Sion, en donde eran constantes las patrullas de las fuerzas romanas y las rondas de los alguaciles de Herodes y del consejo que manejaban los saduceos. También los judíos de las colonias de Egipto se inclinaban por los albergues de Belén y sus periferias, más baratos que los que se ofrecían en la ciudad.

Cuando conoció la obligatoriedad de aquel traslado, Susana le ofreció a su primogénito la descripción de las viviendas que aún guardaba en su memoria:

—Había una casa frente al chaflán de la pequeña sinagoga —entornó los párpados, como si el pasado se alzara en la lejanía de un paisaje interior—. Y otra en cuyo gallinero crecía una higuera, donde nos vendían cebada.

Le habló de un tercer portal junto a una fragua —no estaba segura—, en el que su esposo tenía un buen cliente, y le dio los nombres de aquellos vecinos con los que les unía algún lazo familiar.

—Aunque no te hayan visto desde tu primera infancia, son sangre de tu sangre —le indicó días antes de que emprendieran el viaje.

—¿Estarán vivos?

La viuda de Jacob se llevó los dedos a la boca y volvió la cabeza, melancólica. Hubiese sido el momento para revelarle lo que aconteció la noche origen de su desdicha, cuando las llamas arrasaron el hogar que fue carpintería. Pero a Susana le faltó coraje, una vez más. La verdad implicaba hablarle de las supersticiones que en Belén despertó la nube sin pigmentación del rostro de su primogénito, subterfugio que usaron los vecinos para culparle de aquella calamidad.

—Tengo la sensación de haber gastado las suelas de mis sandalias —le comentó José a María en cuando se adentraron por la calle principal de la aldea—. Y mira si tengo endurecida la piel —se dio media vuelta para mostrarle la palma de la mano con la que no tiraba del ramal—, que arranco las ortigas sin que se me hagan sarpullidos. Pero los pies, ¡ay, los pies! Dime que no hemos

caminado los últimos estadios sobre un sendero de brasas. Dímelo tú, burrito —estrujó la punta de una de las orejas del pollino, al que no le quedaban bríos ni para sacudir la cabezota —. Dime si también te abrasan los cascos —no disimulaba su dicha por haber alcanzado su destino—. Alabemos a Kyrios, mujer —se puso a caminar de espaldas para contemplar el rostro de María, que con el tichel se protegía del polvo—. Hemos llegado con todos los huesos en su sitio —se palmoteó el pecho y soltó una carcajada feliz.

El color del cielo revelaba el ocaso, y con él el inicio del cómputo de un nuevo día: viernes del mes de Tevet.

Un hombre con una azada sobre los hombros caminaba hacia ellos.

—Shalom —le cumplimentó el carpintero.

Aquel le devolvió el saludo sin mirarle, acostumbrado a tantos viajeros que pasaban por la aldea.

—Soy José, hijo de Jacob y nieto de Matán.

El agricultor se volvió.

—¿De Matán, dices?

—Sí.

—¿Matán el carpintero?

—El mismo.

Posó la herramienta y les escrutó.

—Tu acento es de Galilea —comentó al fin.

—Mi padre tuvo que mudarse a Nazaret cuando…

—El difunto Matán nació aquí —le interrumpió—. Sus padres también nacieron aquí. Eran parientes de mi madre. Matán tenía su taller cerca del silo —señaló hacia el corazón del pueblo.

José no podía dar crédito: eran sus primeros pasos por Belén y ya se había dado de bruces con alguien que conocía su linaje.

—Verá, señor, emprendimos el camino hace cinco días y mi esposa está a punto de dar a luz. El decreto de Roma nos ha forzado a dejar casa y trabajo… —se calló al percibir en su interlocutor un gesto impertinente; le había clavado los ojos, sin ningún disimulo, en el chafarrinón del párpado y la mejilla.

—Hace tiempo oí hablar de ti —musitó. Tenía una barba cerrada y blanca, que contrastaba con su piel cetrina.

—¿De mí? —el pequeño se pellizcó la perilla, maravillado —. ¡Pero si es la primera vez que pongo los pies en esta aldea!

—Les trajiste mala suerte —tomó la azada por el mango.

—Esposo —le impetró María—, sigamos adelante.

—¿Mala suerte? —José no salía de su asombro—. ¿Se refiere

a mis abuelos y a mi padre?

—Yo no sé nada —se defendió, arrepentido de haber hablado más de la cuenta—. Otros te podrán contar acerca de aquella noche.

—¿Qué noche? —el corazón comenzó a latirle con fuerza.

—La del fuego, hijo —movió los labios en una mueca tristona—. Yo no lo vi; me había marchado a Jerusalén con un rebaño.

—¡José! —la doncella no quería que su marido siguiera indagando.

11.

Echaron de nuevo a caminar, dejando al agricultor a sus espaldas.

—Me ha reconocido por la mancha —perplejo, se acariciaba la piel decolorada—. Me pregunto qué habladurías no despertó mi aspecto cuando mis padres me presentaron a sus vecinos —. Le brotó una risa apelmazada—. Los mismos prejuicios que en Nazaret, no me cabe duda, donde muchos creen que llevo marcado el rechazo de Elohim —le confió a su mujer, que tras el paño mostraba sus ojos de almendra—. El desafecto del Señor… —se encogió de hombros, tanteándose el pómulo—. Que les traje mala suerte… —volvió a hablar para sí.

—José —le requirió desde el pescante.

—Mis abuelos, padre, la mala suerte, una noche… ¡Y un fuego!

—José —insistió la doncella.

—Eso es lo más asombroso… —. Enmarañado en sus cavilaciones, por segunda vez le había pasado desapercibida la voz de ella—. ¿Qué noche y qué fuego?

—¡Ya viene!

El obrero detuvo de un tirón al rucio y tornó la vista.

—Sentí las primeras contracciones mientras bajábamos por el torrente Cedrón.

—¿Por qué no me avisaste? —se le había secado la boca súbitamente.

—Aún era pronto —alzó el tichel para gratificar su ignorancia con una sonrisa—. Pero acabo de romper aguas; el niño va a nacer.

Se olvidó de la quemazón en la planta de los pies y del cansancio de aquellos cinco días de vereda. Se olvidó, como por ensalmo, de la mancha y de aquella suerte malhadada a la que se había referido el hombre del azadón. Tampoco fijó su interés en la búsqueda del silo junto al que un día se alzó la carpintería.

Soltó al borrico para asomarse a un zaguán.

—¿Dónde está la posada? —consultó a una vecina.

—Pregunta más adelante —respondió con sequedad mientras recogía sus gallinas.

—Mi esposa se ha puesto de parto —la voz se le quebraba—. Necesita un lugar… y la ayuda de una partera.

La mujer, impasible, examinó a la joven.

—No eres la primera extranjera que pare en el pueblo —apostilló sin dejar de azuzar las aves hacia la gallera.

Como en Jericó, el hostal era un patio cerrado en el que convivían huéspedes y bestias, y donde hombres y mujeres disponían de una habitación distinta en la que preservar su intimidad durante las horas de sueño.

El carpintero aporreó el portón.

—Abrid, por piedad.

—¡Va! ¡Va!… —. Hacía rato que el dueño de la venta había echado la tranca—. No me quedan camas —les advirtió desde el otro lado de la madera.

Comiéndose las palabras, José explicó otra vez el apuro en que se encontraban. Con fastidio, el posadero alzó el pasador y elevó la vigueta hasta dejar un hueco entre ambas hojas.

—Te digo que no me quedan camas. Compruébalo tú mismo.

Un ramillete de rostros fatigados se volvió hacia el joven matrimonio. Algunos viajeros emergieron por detrás de las sábanas que colgaban de un cerramiento de brezo; otros estaban recostados en un banco de obra. Eran nómadas del desierto que se oreaban los pies y mascaban algún tipo de hierba. También se les quedó mirando el que se ocupaba de trabar los camellos y los mulos a un amarradero.

—En el cuarto de las mujeres tampoco hay sitio —habló el propietario, sin permitirles el paso—. Y no creo que ninguna de mis huéspedes esté dispuesta a ceder el jergón a tu señora.

—Venimos de Nazaret —apeló a la distancia—. Llevamos varias noches durmiendo al raso.

—Nazaret no está demasiado lejos —habló el gañán que se ocupaba de las caballerías—. ¿Quieres saber desde dónde han llegado nuestros clientes?… Los tenemos de Bersabé, Gerasa y Tiro. Y de más lejos aún: del Líbano, Traconítide, Siria, Persia —apuntó a los que se refrescaban los pies— y hasta de las dunas de Arabia.

—Soy nieto del difunto Matán, el carpintero —agregó como quien se aferra a un clavo ardiendo.

—Matán… —el dueño del hostal pareció sorprendido—. Era pariente de mi abuelo, pero nunca volvimos a saber de su

familia.

—Fue el padre de mi padre.

Se sostuvieron la mirada.

—De acuerdo —concedió—. Si no tienes inconveniente, puedo echaros un montón de paja detrás de los mulos. Nadie la verá —aseguró, refiriéndose a la parturienta.

El artesano estaba confuso: por una parte, acababa de sorprender a María contrayendo la cara, señal inequívoca de apremio; por otra, le repugnaba lo impropio de aquel rincón.

—¿Con las mulas? ¡Hum!… —balbució—. No.

—Como prefieras —aceptó el ventero—. Ya te he dicho que no me queda sitio libre.

Un ansia le impelía a entrar en el patio para solicitar la misericordia de los huéspedes. Si alguno de ellos les brindara el lugar en el que estaba acomodado… si no pusiera inconveniente en apartarse unos metros… si empujaran las cabalgaduras hacia el henil… no le supondría mayor dificultad levantar un tenderete en el que la chiquilla se sintiera cobijada.

—Shalom**; buenas noches —. Iba el posadero a darle con el portón en las narices cuando el hijo del difunto Jacob metió uno de sus pies entre la jamba y el umbral—. ¿Y bien?**

—¿Le importaría acogerla el tiempo en que busco otro albergue?

—Albergue… —se mofó desde atrás el rufián ocupado con las acémilas—. No encontrarás en Belén quien pueda alojaros.

—¡Cierra esa bocaza, Netzaj, si no quieres que te muela a palos! —aulló el dueño del hospedaje—. Y acompáñale, ea. ¿En dónde se ha visto que un hebreo no tienda su mano a un hermano necesitado?

Netzaj propinó un rabioso azote a una de las mulas.

—Ven aquí, vete allá… —rezongó al dirigirse a la calle—. Desde el alba hasta la media noche. Me tratan peor que a un esclavo.

El ventero abrió las puertas y se hizo cargo de la brida del borriquillo.

—¿Dónde está esa? —reclamó la presencia de su esposa.

—Aquí, aquí… —salió la mujer del interior de la casa secándose las manos—. ¡Pero que nuestros clientes no protesten si la cena tarda en servirse!

—No seas estúpida y mira por todo lo que pueda necesitar esta nazarena. Pero, por la tumba de los profetas, que no tenga el niño hasta que regrese su esposo.

Al verla, sintió compasión por María y la tomó de las manos.

—¿Eres primeriza? —le preguntó.

La chiquilla, desde la carreta, hizo una seña afirmativa.

—¿Quieres tumbarte?

—Eres muy amable —murmuró—. Estoy bien así.

—Tenemos que ir más aprisa —acució José al acemilero apenas se internaron en el anochecer.

—No hay albergue, ya te lo he dicho, galileo —insistió Neztaj, que llevaba las pantorrillas al descubierto—. Ni aquí ni en ninguna de las aldeas que rodean Jerusalén. Malos tiempos para venir de visita.

Corretearon hasta la otra posada, que también había echado el cerrojo.

—¡Abre! —demandó Neztaj a quien les había respondido desde el otro lado de la puerta.

No fue necesario que dieran vuelta a ninguna llave ni descorriesen ningún pasador. Tras un chirrido, los ojos de un hombre aparecieron tras el casetón de la mirilla.

—¿Por qué vienes a molestarnos, Neztaj? —preguntó hoscamente.

A José no le sirvió de nada mostrarle su angustia. Si en el primer albergue el posadero le había dicho que no quedaba sitio, en este ni siquiera se prestaron a escucharle, insensibles también al nombre del viejo Matán. Con un golpe se clausuró el ventanuco.

—Id a molestar a otro lugar —oyeron.

Neztaj se rascó el cuello.

—Te avisé, así que no te lamentes.

—¿A dónde puedo acudir? —el carpintero volvía la mirada hacia todas partes—. ¿A dónde? —repitió con la lengua encasquillada y cien pinchazos en el corazón. Se sentía vencido, sin ideas, como si las cinco jornadas de viaje hubieran consumido su pujanza.

La luna colgaba junto a la única estrella visible (parpadeante, grande y verdosa) en aquella noche de solsticio.

—¿No te dije que no hay en Belén una sola cama disponible? —le reprochó el mozo.

«No sirvo», se zahirió el hijo del difunto Jacob. Asumir el embarazo de su esposa como si la criatura fuese suya, le había ocasionado a María toda clase de problemas. «Señor», oró en su interior, «¿por qué te has ausentado? ¿Es que Elohim **no puede encontrar dónde nacer?…». Rompió a llorar. «Perdona mi ineptitud».**

—¿Qué lleváis en el carro? —le preguntó Neztaj, sin que en su tono ni en su semblante se reflejara piedad alguna por

aquellas lágrimas.

—¿Cómo dices? —se había dado media vuelta para secarse la cara.

—Tranquilo; no voy a pedirte dinero —. Tiró del brazo del galileo para alejarlo unos pasos de la hostería—. Basta saber de dónde vienes y tu aspecto palurdo para darse cuenta de que en tu bolsa crecen las telarañas.

—¿Qué es lo que quieres?

—Ayudarte. Si me ofreces algo a cambio, estoy dispuesto a conduciros a una majada que no dista mucho de aquí. Como está a resguardo, no pasaréis frío.

—¿Una majada? —desconfió.

—Es lugar seguro —cruzó los brazos—. El amo tiene un par de mastines que protegen sus ovejas, así que nadie se atreve a acercarse al ganado, salvo que Neztaj calme a los perros —habló de sí mismo en tercera persona—. No os harán nada, palabra —se besó la punta de los dedos.

—¿Y los pastores?

—No hay pastores. Tu mujer podrá dar a luz en total intimidad.

Un aprisco no era, precisamente, un hospedaje, pero si aquel zagal le afirmaba que en el redil las ovejas se encontraban solas, lo prefería a verse obligado a recostar a María entre la indiscreción de los viajeros.

—¿Con qué podría pagarte? Apenas llevamos nada —se sinceró.

—Algo tendréis.

—Ropas para el niño y unas cuantas herramientas con las que pretendo ganarme el jornal durante el tiempo que nos quedemos por aquí.

Neztaj columpió los labios de un lado a otro, desaprobando aquel rápido inventario.

—Alimentos no nos quedan —prosiguió José—. ¿Y de qué te servirían las maderas con las que voy a ensamblar la cuna? Si me pides la sierra, un cepillo, un martillo o mi bolsa de puntas, impedirás que yo pueda trabajar.

—En ese caso…

—¡Ya lo tengo! —lo sujetó por los codos—. Mi esposa es una extraordinaria tejedora. Con gusto cardaría la lana de tu amo y confeccionaría lo que le pidierais.

—¿Unos escarpines? —quiso proponer, como si aquello fuese demasiado atrevido.

—Los mejores escarpines, chaval —se le achicó la nube en los plisados de su sonrisa—, para que no vuelvas a pasar frío

cuando te tumbes a descansar.

12.

«Unos escarpines». De la garganta de José, apoyado aún en el quicio de la portezuela de la habitación que ocupaban desde hacía semanas, salió una risa cansada. «Ese fue el precio del nacimiento de nuestro hijo: unos escarpines de lana».

13.

Cuando regresaron a la venta, María seguía sentada en el pescante. La posadera, a su lado, trataba de mostrarle la manera de sobrellevar las contracciones.

—Nos vamos —le anunció a la doncella.

Por la energía de su semblante, parecía que José hubiese dado con un pariente generoso que les hubiera ofrecido la mejor de sus habitaciones.

Neztaj se acercó a la lumbre del patio, en la que su amo se calentaba junto a unos arrieros. Algo le susurró que, de primeras, pareció no gustarle, pues le soltó un pescozón para, a continuación, dictarle una serie de órdenes que enfatizó con los dedos.

El infeliz regresó con un farol y una vara.

—Tengo permiso para guiaros hasta la cueva.

—¿Qué cueva? —preguntó María.

—No hay acomodo en Belén —el carpintero confirmó la advertencia que le hiciera el mulero—. Además, se ha hecho demasiado tarde para que andemos tocando las aldabas.

—¿Entonces? —demandó apenas con un murmullo ante la posibilidad de que fueran a ir a un lugar aún peor que aquel patio.

—Todo está arreglado —José le guiñó un ojo—. A cambio de unas zapatillas, nos prestan un establo cerca de la aldea. Allí estarás a gusto.

Se encontraba demasiado fatigada para indagar.

—Daos prisa —les avivó la posadera—. La criatura va a nacer en cualquier momento.

—Gracias por todo, buena mujer.

—En cuanto cenen nuestros huéspedes, iré a veros. Aunque no soy partera, a ese le he dado seis muchachos —dijo, mirando al ventero—. Confía; podré ayudarla.

—Gracias de nuevo —tiró del burro, que se hizo el remolón —. Vamos, bonito… —chasqueó la lengua antes de conseguir que diera unos pasos cansinos.

—Neztaj sabe dónde hay un hontanar —añadió la mujerona —. Mientras os acomodáis en la majada, que vaya a buscaros agua. Y que os deje el fanal; él sabe manejarse por esas cuestas

sin necesidad de candil.

—En la gruta, junto a los corderos destetados, hay una gamella que no se usa —añadió el posadero—. En ella podrás acostar al recién nacido. Y no tengáis miedo de hacer fuego contra la pared; veréis que está renegrida por las hogueras de los pastores y que el humo sube por el techo hacia la calle, sin anegar el redil.

—Que el Señor te lo pague.

—¡Galileo! —voceó antes de que desaparecieran en la noche —. Encontrarás algunos tablones viejos que te hagan el apaño, pero cuando tu mujer se acomode tendrás que salir a por leña. Que te ayude también Neztaj a recogerla.

—Y cuando prendan las primeras llamas, pon el agua a hervir y mándame a ese gañán con la lámpara, para que me acompañe de regreso —concluyó la ventera.

Los mastines les recibieron con un concierto de ladridos graves y conminatorios, sin separarse de la talanquera que guardaba a las ovejas. Con la luminiscencia nocturna, recortados frente al portal de roca calcárea, parecían una amenazante pareja de leones.

—¡Granizo! ¡Siroco! —les llamó el sirviente.

Acudieron sumisos, el cuello bajo y el cabezón encogido, meneando el rabo.

—Permitid que os huelan; enseguida os considerarán de la familia.

El entrante no era demasiado profundo: siete u ocho metros protegidos por una visera de piedra. El suelo estaba compactado por las pezuñas de los ovinos, que desprendían un fuerte olor a amoniaco. Había tres compartimentos, separados por tablas: uno servía de una paridera, otro para el rebaño y, al fondo, el de los corderitos destetados, que con el ruido arrancaron a balar.

En la zona más profunda, la gruta se ensanchaba en una sala que servía de henil, pequeño almacén y dormitorio. Contra la pared hallaron el pesebre del que les había hablado el posadero. José lo volteó para limpiarlo. Después lo colocó junto a los restos de las últimas fogatas. María, en pie a su lado, le pidió que extendiera un manto generoso de hierba seca y que sobre él pusiera una de las sábanas limpias que llevaban en el carro.

Neztaj se ocupó de quitarle el correaje al rucio.

—Pobrecita bestia…—dijo mientras lo conducía al interior —. Voy a echarle un poco de forraje —le habló a María, sin atreverse a mirarla a los ojos—. Y ahora —del almacén tomó un cántaro de barro—, a por agua.

—Te acompaño —declaró José—. De camino al manantial

iré cogiendo palos y retamas.

Granizo y Siroco, a los que de cachorros les habían cortado las orejas para que parecieran más fieros, se entretenían gustando los olores que habían traído aquellos extraños.

Neztaj se detuvo en la boca del aprisco.

—¿Te has fijado en esa estrella?

La luna había subido por el cielo como una pompa de jabón, perdiendo parte de su fosforescencia. No así el lucero, que flameaba en el mismo lugar, verde y quieto sobre las colinas, como una esmeralda engarzada en el telón de Canaán.

El nazareno miró a las alturas sin demasiado interés.

—Vamos, no te entretengas —espoleó al sirviente—. Apresúrate a llenar el cántaro, que tu dueña te espera en la aldea.

Salieron del portal, uno con la frasca sobre la cabeza y el otro con el ánimo puesto en los pies de los árboles y las carrascas.

14.

Jesús nació sin otra luz que la de una vela de sebo; sin otro calor que el que desprendieron el abrazo de su madre y aquellos animales que asistieron, insensibles, al portento; sin otra protección que la guarida para rebaños.

15.

De vuelta, José se encontró a la madre y al niño, que ya estaba envuelto en un rebozo. La llama oscilante espolvoreaba los carrillos del recién nacido con un tono azafranado que contrastaba con la melena suelta de la muchacha, una banda bruna y sedosa sobre la que se percibía el volumen engordado en lanas de la criatura. Al vaivén de la llamita, el carpintero reparó en la silueta de los perros, echados a los pies de la maternidad como ángeles protectores.

El gruñido de uno de los mastines alertó a María, que volvió el rostro.

—¿Has visto qué guapo es? —le preguntó con el candor de una niña, alzándolo levemente.

Al joven carpintero se le desplomaron los brazos y la leña se desparramó alrededor de sus sandalias. Los ojos se le anegaron en lágrimas y la barbilla le rompió a temblequear.

—Acércate —le invitó— y cógelo.

Supo que se aproximaba a Yahvé hecho carne, a Elohim **abajado a criatura. La encarnación del Todopoderoso era un bebé con los párpados hinchados, indefenso, blando, palpitante, suave, delicado, tibio, inocente. Todo un hombre y todo un Dios: el Único, el Inmutable, el Eterno, dueño y señor de Israel, del**

tiempo y la eternidad. Dormía, reconociendo de modo irracional en el aroma de la mujer que lo había gestado durante cuarenta semanas; después de que el Altísimo hubiese convertido su seno en el único santuario merecedor de dicho nombre.

Le rodaron unas lágrimas gruesas y sinceras.

—Qué profundos son para mí tus pensamientos, Dios mío **— entonó el salmo con voz húmeda y nasal—**, / qué grande su número…

Cayó de hinojos. Se sentía diminuto frente a su esposa; menos que nada ante Jesús.

—Tómalo —insistió la doncella—. Es tu primogénito.

No se decidía.

Si a Moisés la divinidad se le presentó en una zarza a la que no consumía el fuego, a él se le llegaba en un recién parido apretado a su madre. Jesús era el Innombrable al que su raza había amado y traicionado a partes iguales, que no satisfecho con revelarse a través del oráculo de sus profetas, acababa de nacer en aquella covacha, sin que alrededor de ellos se acumularan las nubes que taparon el monte Sinaí para espanto de los semitas que vagaban por el desierto, que vieron los rayos y escucharon los truenos cuando Adonai **le hizo entrega, al primero de los profetas, de los Mandamientos que sellaban el Pacto.**

Los judíos no prestaban demasiada atención a sus vástagos hasta que estos dejaban de depender de la madre, comenzaban a interesarse por el mundo que les rodeaba y a preguntar por la Ley, la tradición y sus mayores. José, sin embargo, muchas veces se había asomado con curiosidad a la cuna de las parturientas (esposas de sus amigos y vecinos). Le regocijaba buscar parecidos que no pocas veces le hacían reír, ya que en una cabeza pelona o recubierta por un cabello ralo se acentuaba el sello de la sangre, como si la Naturaleza trazara caricaturas. Pero nunca terminó de complacerle, cuando nacieron los hijos de sus hermanos varones, ocupar el puesto que le hubiese correspondido a su padre, ya que en el ceremonial de circuncisión y proclamación del nombre de sus sobrinos le obligaban a tomar entre las manos — acostumbradas a someter hierros y dar forma a la madera— los cuerpecitos heridos por la piedra cortante del mohel**, que se revolvían como un pez recién sacado del lago.**

—No tengas miedo —María parecía leer sus pensamientos—. ¡Cógelo! —. Se lo tendía al carpintero, que tenía la boca seca y el pulso arrebatado—. También es tuyo —insistió.

Si el Santo de los Santos, el lugar más sagrado de la Tierra, era una estancia prohibida para los hombres, ¿cómo iba a atreverse a tomar en brazos a Dios encarnado?

—Vamos…

Terminó por sentarse sobre los talones.

—Jesús… —. El llanto hizo que se le deformaran las suaves facciones de la criatura cuando al fin lo asió.

—¿No es una preciosidad? —María apoyó el mentón en uno de los hombros de su marido.

José deseó llevárselo junto al corazón y abrigarlo con su túnica, pero le asustaba hacerle daño. Además, no estaba seguro de si era el niño quien necesitaba su abrazo o si era él el que precisaba donarle su pálpito nervioso.

«Así se dará cuenta de cómo es el hombre al que ha escogido por padre, tan rudo, tan inseguro, tan limitado…».

Apreció su temperatura como de pan recién horneado y besó sus puñitos, en los que se le marcaban las cavidades donde un día se le apuntarían los nudillos.

—¡Es guapísimo! —concedió.

Le había colocado la cabecita en el pliegue de su brazo y empezó a acunarle, como había visto tantas veces que hacían sus hermanas, sus cuñadas y su madre con los niños de la familia. Alguna de sus lágrimas fue a caer en el rebozo y hasta en la carita del bebé, que entonces apretaba los labios y fruncía las cejas casi inexistentes, expandiendo los suaves carrillos en una mueca que arrancó en José una risa nerviosa. Siroco y Granizo alzaron, cautos, la cabeza.

Al devolvérselo, reparó en que no había señal alguna del parto. Volvió los ojos a un lado y a otro de la sala, por si María había retirado el forraje manchado. Inmediatamente se fijó en la sábana sobre la que permanecían tumbados: al guiño del farol estaba impoluta. Sin abandonar su posición de hinojos, comenzó a recoger la leña desparramada, pues le urgía encender una pequeña lumbre antes de que Neztaj estuviese de vuelta con la cántara de agua, para, por delicadeza, quemar lo que ella no deseara exponer a miradas ajenas.

—No busques —habló su esposa mientras con los dedos de una mano ajustaba la ropita al cuello de Jesús—. Mi virginidad no ha quedado expuesta.

José aguardó unos momentos, por si añadía alguna otra palabra, pero al contemplar cómo cerraba los párpados y exhalaba una respiración profunda, prefirió dejarlo estar, seguro de que no le correspondía indagar en lo que el Señor había vedado a sus ojos.

—Siento el retraso —oyó la voz de Neztaj, que se acercaba por la embocadura del saliente—. Me tropecé al bajar al arroyo y casi se me rompe la cántara. He caído sobre un zarzal; si vieseis

cómo traigo las piernas…

Batieron las esquilas de las ovejas que, asustadas con el mandadero, se apelotonaron al fondo del aprisco.

—Shhh… —José chistó desde la oscuridad.

—¿Por qué, galileo, no has prendido el fuego con las tablas del amo?

—¡Cállate! —le conminó en sordina.

El mozo de la posada se guio por la luz fluctuante del cirio de sebo, hasta que el gruñido de los dos mastines le obligó a detenerse.

—¿Eh? —se extrañó de la actitud de los perros, que le medían sin levantarse del pie de la cama de heno, amusgadas las orejas y el lomo erizado—. Y a vosotros, ¿qué os pasa?

Como si no le conocieran, le mostraron los colmillos.

—Quietos, que es Neztaj —el artesano les palmoteó el cráneo, pellizcándoles también bajo la papada.

Atónito al entender que el extranjero se había ganado su confianza, los vilipendió:

—¡Malditos! —. Uno de los mastines hizo un nuevo amago de intimidarle—. Tendrían que estar en la boca del saliente, protegiendo al ganado… En cuanto te entregue el cántaro, buscaré una vara para darles una buena soba. ¿Por quién me habrán tomado?

—No les harás daño —le previno el carpintero—. También yo, al regresar con los leños, me los he encontrado apostados junto a mi mujer y junto al niño.

—¿Ha nacido? —se sorprendió—. ¿Cómo es posible?—. Aunque se puso de puntillas, con la cántara firme contra el busto, el juego que hacían las sombras con la luz del fanal le imposibilitaba ver a la doncella —. ¡Pero si no ha habido apenas tiempo!

—Pues nació.

—¿Has sabido ayudarla?

—Cuando llegué, mi hijo ya estaba en sus brazos —dijo, henchido de alborozo.

—¿Me tomas por idiota? —inquirió—. ¡Una primeriza!… Y sin paños, agua ni consejos. Te prevengo: mi ama no se lo va a creer; voy corriendo a por ella.

—Antes, ayúdame a adecentar la tenada.

Neztaj dio unos pasos vacilantes sin perder de vista a los mastines. Granizo se había tumbado y Siroco sacó la lengua, larga y rosácea, en un bostezo.

Entre ambos llevaron la leña al cercón donde las viejas hogueras habían pintado el suelo, demarcado por un cinturón de

piedras tiznadas. Apoyaron las ramas más largas y vigorosas contra la pared, encerrando bajo ellas algunos tablones a medio consumir, los palos que el artesano había recogido por los alrededores y unos puñados de estiércol seco. Al avivarse las llamas, la cueva pareció acogedora.

—Limpia la sala —José le entregó una rastra—. Yo voy a poner heno seco en la gamella, para que mi esposa recueste al niño.

Mientras barría, Neztaj sintió que a aquella chica estaba protegida por una fuerza que no le permitía medirla tal y como solía hacer con las demás muchachas que llegaban a la posada. Hubiese apostado a que era tan o más bonita que las jóvenes que formaban el serrallo de los viajeros del desierto, pero no podía comprobarlo, como si una mano firme detuviera el ímpetu de su sensualidad.

Al igual que José, al retirar la suciedad del piso se dio cuenta de que aquel parto había sucedido con una rara limpieza. Y como el carpintero, prefirió no preguntar. Se sentía superado, sin ser del todo consciente, del misterio que impregnaba la noche.

16.

—¿Qué haces despierto a estas horas? —. Le sorprendió la voz de su esposa—. Los gallos todavía no han roto a cantar.

Al apartarse de la puerta para mirarla, la hendidura de luna se abrió paso por la pequeña estancia.

—De nuevo los sueños —reconoció.

María retiró la manta y se puso en pie.

—Déjalos estar.

—¿Qué será de nosotros? —no supo disimular su congoja.

—¿Quién puede saberlo sino Yahvé?

El hijo del difunto Jacob apretó los labios en una sonrisa melancólica, pasó el brazo por el cuello de su esposa y la besó en la sien.

—Algún día regresaremos a Nazaret. Allí está nuestro hogar. Y tu padre y mi madre, mis hermanos y hermanas, los clientes…

—¿Acaso somos dueños de nuestro futuro? —se preguntó María en voz alta.

—Anhelo volver al taller, junto con Adael y Obed —insistió —. Allí podré enseñarle a Jesús, en cuando tenga un poco de habilidad y fuerza en las manos, a manejar las herramientas. Vendrá conmigo a entregar los encargos, y trabajará conmigo en las construcciones del centro de la ciudad.

—O no.

Los dos miraban la calle de Belén a través del estrecho vano

que dejaba la puerta desencajada.

—¿Qué quieres decir?

—Si apenas logramos gobernar el presente, por qué distraer la atención con lo que no sabemos si ha de ocurrir.

—No acabo de entenderte —retiró el brazo con el que la rodeaba el cuello.

María tenía los ojos fijos en el paisaje nocturno.

—Cómo explicártelo… Adonai nos habla hoy y ahora. También nos habló ayer, por supuesto, y aún nos acompañan sus inspiraciones. ¿Lo comprendes? —buscó su rostro—. El pasado nos ofrece ocasión de alabarle, darle gracias y pedirle perdón por nuestras flaquezas. Pero, ¿qué nos dirá mañana?… No lo sabemos. Desconocemos si su generosidad nos mantendrá la vida o si se comunicará nuevamente contigo o conmigo. Por tanto, que sea el presente lo único que nos ocupe.

—¡Ojalá supiera entender las cosas del Todopoderoso como tú, mujer! —la estrechó en un abrazo—. Confías, siempre confías. Y la confianza impide que te atormentes.

—El Señor está con nosotros, aunque no seamos capaces de apreciarlo.

Se movió el balancín en el que dormía el niño.

17.

La posadera llegó a la cueva acompañada por Neztaj.

—¡Alabado sea el Señor! —irrumpió dando voces—. Pero, criatura, ¿cómo has podido tú sola?

La presencia de los cabreros le hizo sellar la boca. Eran siete u ocho y se encontraban en la pieza interior, algunos sentados en el suelo, otros de pie, a unos metros de la muchacha, que seguía tendida en el forraje junto a José, a la vera de la hoguera, que llameaba con vivacidad entrelazando sus volutas de humo a lo largo del techo. A los pies del carpintero había dos corderos con las patas atadas y el lomo marcado con un brochazo de pintura verde, para que no se confundieran con el ganado del ventero, una vasija de miel y una cantarilla de leche. El gañán del hostal se percató de que en el pesebre donde estaba colocado el recién nacido no había heno seco, como José había previsto, sino unas pieles de oveja.

Al ama no le gustó que aquellos haraganes se encontraran charlando amigablemente con los nazarenos, a los que, por lo que pudo interpretar, habían agasajado con aquellos presentes.

«¿Desde cuándo tienen los ladrones esta clase de detalles?», elucubró con la boca fruncida y el cuello rígido.

Una ola de rabia le subió por el cuerpo al comprobar, además, que era cierto lo que Neztaj le había dicho acerca de los

mastines: apenas penetraron en la roca, Granizo y Siroco se incorporaron y, sin separarse de la parturienta, comenzaron a gruñirles como si en vez de la dueña y su sirviente, fuesen dos extraños.

—¿Es que estos perros se han vuelto tontos? —le reprochó al mozo.

Cuando José templó a los mastines, la ventera y Neztaj avanzaron hasta el final de la cerca que precedía a la sala. El criado abrió los párpados todo lo que pudo.

—Lo veo y no lo creo…

No eran Siroco y Granizo los únicos animales que custodiaban a María y al niño. El borriquito de aquella curiosa pareja estaba acostado a un lado del comedero en el que dormía la criatura, como si quisiera abrigarle con el calor que emanaba su cuerpo. También los perros de los cabreros sesteaban plácidamente junto a la candela.

María sonrió al ama en cuanto la luz del fuego le permitió distinguir sus semblantes.

—Venga a conocerlo.

—Es un varoncito —se atrevió a decir uno de los rabadanes, mal vestido con un tabardo sembrado de calvas.

La hospedera acababa de arrepentirse de que su marido les hubiese dejado cobijarse en la majada. También de molestarse en llegar hasta allí en plena noche, decidida a emplearse en favor de la chiquilla. Pasó entre los ovejeros con la precaución de quien pone los pies en un nido de culebras y una vez ante la cuna no modeló un gesto alegre.

—Es el Salvador —expresó con candidez otro de los hombres de piel quemada por el sol y el aire—. Nos lo ha dicho un ángel.

—¿Cómo? —creía no haberle entendido.

—Y un coro del Cielo, señora —un pastor abrió la boca en una sonrisa de dientes ennegrecidos—, cantó en favor de todos nosotros.

La posadera pestañeó dos o tres veces, intercambió una rápida mirada con José, otra con la madre y, finalmente, con su sirviente.

—¿A qué se deben estos disparates? —preguntó, bajo la sospecha de que se les había ido la mano al festejar el nacimiento con pellejos de vino.

—No son disparates —otro pastor le puso el rostro a unos centímetros de la nariz, atufándola con su aliento—. Acabábamos de recogernos cuando apareció un espíritu para anunciarnos el nacimiento de este pequeño.

—Lo llamó «el Cristo, el Señor».

—Y no es que nosotros entendamos mucho acerca de las Escrituras, pero ¿por qué otro recién nacido sino por el Mesías, bajarían a la Tierra los ángeles del Cielo?

—Se refirió al bebé como «el Enviado».

Uno de ellos, al abrirse un lugar en la conversación, tapó con su cuerpo la luz de la lumbre.

—¿Con qué cara se hubiese quedado usted, señora, ante la aparición de los serafines? Tendría que haberlos oído. ¡Qué voces!…

—Aclamaban la gloria de Dios —dijo otro.

—¡No pronuncies ese nombre con tu boca sucia! —se mostró ofendida.

—Discúlpelo —intervino María—. En su decir no hay mala fe.

—¿Quiénes sois? —preguntó, a bocajarro, al joven matrimonio—. ¿Y a qué se debe esta farsa? ¿No os dais cuenta de que si os denunciara por sacrílegos, los fariseos no tardarían en enviaros a sus alguaciles? El Salvador… ¿Es que estáis locos?

—Han hablado los ángeles —insistió el cabrero de la chaqueta tiñosa.

—¿Qué sabréis vosotros de los ángeles? Lo único que tengo claro es que Neztaj y yo sobramos en este festival de dislates.

Le ordenó que saliera a la noche detrás de ella. Los había tragado la oscuridad cuando, al momento, regresó sobre sus pasos.

—Nazarenos —llamó la atención de María y José—, espero que no necesitéis este albergue por mucho tiempo. Mi marido es generoso con compatriotas necesitados como vosotros, pero no os lo hubiese prestado de conocer a quién os juntáis ni, mucho menos, de qué cosas habláis en su redil.

Entonces alcanzó a ver lo más hiriente: uno de los rabadanes se había adelantado a los demás para arrodillarse ante el niño, en una postura de indisimulable adoración.

—¡Que Satanás os confunda!

Los mastines, esta vez sin levantarse, volvieron a gruñir al ama.

18.

El soliloquio iracundo que aquella mujer mantuvo por el camino fue lo que el Diablo llevaba meses aguardando.

—Hay que ser malvado, Neztaj, para aprovecharse de la ignorancia de esa chusma —hablaba entre respiraciones aceleradas a causa del sube y baja de la irregular orografía, con la mano sobre el hombro del mozo, que llevaba la linterna alzada

para alumbrar la senda—. ¿Por qué dicen que ese niño es el Salvador?... El Salvador; ¡ja! Lo que intentan, que una no es tonta, es vivir una temporada a expensas de los cabreros. ¡Y pensar que me había conquistado la dulzura de la parturienta! Ya la has visto, tumbada, haciéndose la inocente, halagada al escuchar cómo esos nombraban a los ángeles. ¡A los ángeles!... ¡ángeles que alababan a su hijo con los honores del Ungido! ¿Habías escuchado una insensatez tal? —no esperó a que el mancebo le respondiera—. ¿Cómo permite que le digan esas cosas sin pronunciar palabra ni borrar esa sonrisa bobalicona? —. A cada paso se sentía más envalentonada—. No quiero pensar qué podría ocurrir si, mañana, cualquiera de esos salvajes se presenta en el Templo con el cuento... Lo estoy viendo cruzar el Pórtico Real con dos o tres de sus ovejas infestadas de garrapatas, buscar a uno de esos chalanes de torpes entendederas para vendérselas y, entre ambos, propalar que el Mesías ya está aquí. ¡Y que es un niño!... ¡Que los profetas nos salven! —se golpeó afectadamente el corazón y balanceó la cabeza—. Y por si esto fuera poco, un niño pordiosero —se ahogaba—. Quisiera saber si la gente se lo tomaría a risa o si los sacarían para lapidarlos contra el muro de la Gehena. Si esa escoria de las tenadas cumpliera la Ley al menos un sabbat, sabría lo que los profetas dicen del Enviado. Aunque a mí, qué más me da; como si aparece la guardia del Sanedrín y arresta a ese matrimonio de impostores. Claro que, ¡a saber si me hacen responsable del bebé por ser la única testigo con sentido común! —le obligó a detenerse—. Como si una no tuviera suficientes obligaciones. Quita, quita... Por lo pronto, me vería urgida a criarlo y, llegado a una edad, a explicarle por qué nuestras autoridades entregaron a sus padres a los romanos o a Herodes... Que sepas que los romanos no pondrían reparos en colgarlos de una cruz —calló, por si el sirviente se animaba a preguntarle la razón de tan oscuro convencimiento, pero este no dijo nada—. ¿Por qué permaneces como un pasmarote? —le soltó un papirotazo.

—¡Ay!

—Que sepas que por menos vendió Quintilius Varus a nuestros hermanos de Sephoris —. Neztaj desconocía de quién hablaba el ama—. Y ese perro idumeo, ¿es que no tiene su corona teñida con la sangre de los nuestros? —se aclaró la garganta—. Dime, ¿cuántas veces a la entrada de la ciudad, junto al Gólgota, hemos tenido que apartar la vista para no toparnos con la agonía de los zelotes? —. Como acababan de encarar la subida del último cerro antes de los caseríos de Belén, apenas le alcanzaba el aire—. Un hombre y una mujer que pretenden pasar a su hijo

por el Mesías, serán tratados igual que esos rebeldes.

Satanás les abandonó en una de las calles del pueblo, cuando enfilaban hacia la posada. Lo que la dueña pudiera sumar a sus palabras, no le merecía ningún interés.

La espada de fuego de Miguel le había impedido asomarse al momento en el que María recibió la embajada de Gabriel; no pudo escuchar la conversación que mantuvieron y, por ende, saber que el Señor se había encarnado en las entrañas purísimas de aquella hija de Adán.

Así que era por María, y solo por ella, que llevaba encogido desde los siglos, acechando el momento del parto para saltar sobre el maravilloso fruto del Amor y devorarlo. Pero desde la boda, cada vez que la Serpiente se arrastraba por el altozano con la intención de allanar la casa de José, un resplandor quemaba su miríada de ojos. Era la campana lumínica con la que Miguel los protegía. Sus colmillos segregaban toxinas mortíferas para inocularlas en la carne virginal, pero la Gracia que habitaba en la doncella le imposibilitó tentarla. Probó con José, pero la misma pantalla lo salvaguardaba desde que abrazó libremente su destino.

Desde el día de la boda, Leviatán empujó a otros hombres para importunarles, promoviendo el estupor de los cercanos, quienes no terminaban de entender cómo María podía resistirse al entretenimiento de la murmuración y del chisme. No pocos familiares y vecinos miraban con desdén su constante disposición a servir a todo aquel que la requiriera y aun a quienes, sin pedírselo, necesitaban que les echara gratuitamente una mano.

Como todo aquello no fue suficiente, se coló en las dependencias palaciegas de Quirino, gobernador de Siria, en donde husmeó la orden del censo para dificultar los viajes que emprendieron los mensajeros romanos hacia Palestina y así demorar el recuento de los primogénitos de Israel. Pero en su vehemencia desatendió la forma de actuar de Yahvé, que se vale de las consecuencias del mal para fortalecer su plan salvífico, pues el retraso con que José conoció la obligación de inscribirse en la mesa censal fue indispensable para que el niño naciera en el lugar que indicó el profeta Miqueas. También el viaje en avanzado estado de gestación, el hostigamiento de los chacales en tierras de Samaria, las puertas cerradas de las posadas de Belén, la majada en la que vio la luz la divina criatura y el repudio de la ventera exteriorizaron el rostro de Kyrios**, que se manifestó en medio de las dificultades y eligió, como únicos testigos del portento, a aquellos pastores desarrapados.**

19.

María y José permanecieron apoyados en la puerta de la vivienda de Belén hasta que Jesús reclamó su atención, poco antes de que los rayos del sol deshicieran los restos de la noche. Juntos habían escuchado el canto de las alondras y el silenciarse de los insectos nocturnos. José la acarició en la mejilla: el amor que se profesaban no exigía otro tipo de gestos, pues el joven se reafirmaba constantemente en la decisión de respetar la inmaculada pureza de la muchacha.

Mientras María amamantaba al niño, el carpintero preparó el ramal y la sirga. El burrito pisoteó el suelo de la estancia, deseoso de corretear, pero esta vez el artesano no tenía previsto amarrarlo a la acacia enfrente de la casa —como cada mañana, antes de cargarlo con los aperos del reparto— para que trotara alrededor del tronco y ramoneara las hojas bajas. Acababa de cumplirse el tiempo de la purificación de su esposa y tenían que acercarse a Jerusalén.

Durante cuarenta días la doncella estuvo discretamente apartada del trajín del pueblo. En ocasiones se sentaba en el patio exterior mientras hilaba, tejía o bordaba, distrayéndose algunas tardes con las vecinas, maravilladas de que hubiese sido capaz de convertir el viejo y diminuto almacén en un hogar. Pero se cuidó de no salir a pasear por los campos, no osó curiosear la mercancía de los feriantes ni puso los pies en el atrio de la sinagoga.

Después de que los pastores se retiraran de la cueva, José habló con ella acerca del rescate del pequeño y de la futura ceremonia de purificación. María no puso objeciones; aquella liturgia era habitual para los padres que habitaban cerca de Sion. Entendían, además, que con ellos Kyrios **hecho carne debía atravesar los pórticos del recinto sacro, lo que les colmaba de júbilo.**

—¿Crees que, para entonces, el Todopoderoso tendrá previsto que el niño sea tratado con honores? —le consultó el artesano a media voz.

—Supongo que no.

María pensaba que Jehová **seguiría jugando en la discreción con la que venían sucediéndose cada uno de los episodios de aquella insólita historia.**

—Creo que supones bien —miró a la muchacha—. Si en su momento decidimos no compartir estos misterios con tu padre ni con mi madre, porque sabemos que no iban a entenderlos, imagínate que los levitas me llevaran ante los doctores de la Ley… ¡Yo no sabría cómo contestar a sus preguntas!

—¿Y si te condujeran al Sanedrín? —su mujer le enfrentó a

una contingencia más que lógica en el caso de que por un momento se descubriera la condición del bebé.

—¡El torpe de José ante el Sumo Sacerdote!...

—Te temblarían las piernas y comenzarías a tartamudear —. Aunque María se pinzó la nariz, la risa se le escapó a raudales.

Dejaron Belén avanzada la hora prima. María prefirió caminar durante unos kilómetros, con el niño sujeto a la espalda mediante una pañoleta. Su esposo, unos pasos por delante, dirigía al asno. Podrían haber llevado consigo uno de los dos corderos, como pago por la limpieza de la recién parida, pero ni los animalitos habían cumplido el año ordenado para el sacrificio ni José creía oportuno desprenderse de ellos, ya que eran el único seguro para la familia.

—¿Llevas la bolsa? —le preguntó ella antes de partir.

El artesano hizo tintinear los ases en un saquito atado al cinturón.

—Lo necesario para comprar un par de tórtolas y pedir cinco siclos a los cambistas. Aún nos quedará para media bala de lana y una piedra de afilar; no así para el lino —se refería al material con el que su mujer tenía tanta destreza.

—Con la lana podré apañarme —le sonrió—. Jasidá, nuestra vecina, me va a prestar la rueca para sacar el hilo.

José llevaba una túnica limpia y se había colocado el talit sobre los hombros. Se cubriría la cabeza antes de traspasar el Atrio de los Gentiles, dejando que las bandas azules rematadas con una tira de borlas le colgaran por debajo de la cintura.

Se detuvieron al divisar la Ciudad Santa.

—Qué alegría cuando me dijeron:/ «¡Vamos a la casa del Señor!» —entonaron junto a la cuneta—. Ya se han parado nuestros pies, / a tus puertas, Jerusalén.

Entraron por la Puerta de la Alfarería. Las encrucijadas, las fuentes y pilones, las rondas que conducían a los distintos bazares, las plazas y soportales donde eran habituales las tertulias bullangueras que parecían convocarse desde hacía siglos, así como el principio y el final de las escaleras desde el barrio de la Gehena hasta el de Ofel, se encontraban atiborradas de moradores y foráneos, que hacían hervir la ciudad en una gritería de idiomas salpicada de color: el de los vestidos, los tonos de piel, las frutas y las aves exóticas que los mercaderes del Oriente mostraban como presente ostentoso.

José apenas pestañeaba. Todo seguía siendo nuevo y fascinante a sus ojos. Desde niño había oído decir a los rabinos— según se lee en el libro del profeta Zacarías— que la ladera que se vierte hacia la cara este de la ciudad es el lugar por el que

Adonai, **al final de los tiempos, comenzará a resucitar los cuerpos de los hombres justos. Los fariseos ricos desembolsaban fortunas a cambio de una tumba con vistas a los frisos del Templo, del que no había israelita que no supiera de su azarosa historia de honor y vergüenza.**

María descabalgó para que el rucio pudiera subir con alivio el último tramo de las escalinatas que llegaban a la antesala del Templo. En cada una de las personas que formaban aquella marea quiso proyectar la salvación que traía Jesús, al que apretaba contra su pecho. Su mirada saltaba de un hombre a una mujer, de la mujer a su reata, de un pequeño a un anciano, del anciano a una autoridad, de la autoridad a un indigente, del limosnero a una viuda... Deseaba comunicarles que el Misericordioso los amaba hasta el punto de haber hecho suyo el cuerpo de aquel bebé que acababa de despertarse y grababa en sus ojos inocentes las imágenes de aquel lugar que, por derecho, le pertenecía.

Dejaron el borrico al cuidado de unos mozos que atendían a las caballerías. Eran incontables los que, por los muros exteriores del Templo, ofrecían —como en la Puerta Norte de Nazaret— toda clase de servicios, alimentos y bebida entre una barahúnda de enfermos y mendigos que mostraban, sin decoro, llagas, miembros amputados y deformidades. Había ciegos y lazarillos, lisiados y huérfanos que vociferaban sus penalidades, cambistas y vendedores de pequeños animales que no tenían licencia para instalar sus tenderetes en el atrio, así como patrullas de herodianos que dirimían las disputas en aquella marejada de cuerpos, toldos y ganados.

La seguridad alrededor del Templo era competencia de las huestes del rey. El ejército romano, por su parte, con negociada indiferencia hacia la religiosidad del pueblo conquistado, se ocupaba del orden en las calles, de la guardia de la muralla y de sus accesos, así como de la vigilancia de los alrededores de la Ciudad Santa desde la atalaya de la torre Antonia. Pero alguaciles y legionarios tenían prohibido poner los pies en el Atrio cuando iban uniformados o en representación de sus mandos.

—No te despegues de mí —le tendió la mano a su mujer al pasar al patio de los Gentiles.

Las mesas de los cambistas formaban varios pasillos a lo largo de los casi doscientos metros de la explanada. Aullaban el precio del canje de la moneda oficial romana por la judía, la única válida para las ofrendas. Eran empleados de los sacerdotes dueños de las casas de préstamo y usura, como aquella en la que Matán, el abuelo de José, selló su deuda.

El matrimonio se detuvo ante uno de los muchos puestecillos. Enseguida les rodeó una corte de mirones. José realizó una sencilla operación mental antes de entregar los ases con los que iba a pagar el rescate de su primogénito. Aquel dinero le había supuesto la ganancia por dos semanas de trabajo. Al conseguir los cinco siclos, volvió a tomar a su esposa para caminar, entre codazos, hasta el otro lado del patio, en donde se alternaban los establos portátiles, cercados, pajareras y jaulones, sitiados por los tábanos así como por los tira y afloja entre especuladores y peregrinos. Todos buscaban un precio ajustado por un becerro, un borrego, un cabrito o un par de palomas.

—No soy el mejor comprador —admitió al levantar una pequeña jaula de mimbre en la que zureaban dos tórtolas.

Le dio los pájaros a María, a la que acompañó hasta la base de la escalinata por la que las mujeres accedían al único atrio en el que les estaba permitida la entrada. El carpintero se quedó con el niño.

—Aquí volveremos a encontrarnos —le dijo el joven—. Si tardara más de la cuenta, no te muevas.

La doncella atravesó el arco llamado de Corinto. Una vez dentro se dirigió a un graderío, obedeciendo las instrucciones de las viudas que dedicaban sus días al cuidado del lugar, y se sentó en la primera fila, reservada para las recién paridas. Se puso en pie cuando se lo indicaron y caminó hacia una trompa de bronce, en cuya boca depositó los animales, precio de su purificación. Acto seguido le hicieron subir con las demás madres hasta la cima de la grada, en donde les esperaban los levitas, que las asperjaron con agua y las purgaron con el perfume dulzón del incienso. El celebrante encargado de los sacrificios bajó hasta un altar de piedra, se sacó la casulla por la cabeza y se ciñó un delantal para proteger sus vestiduras antes de dar comienzo al ceremonial de las ofrendas.

Un sobresalto afligía a la doncella cada vez que el cuchillo del oficiante desgarraba el gaznate de los corderos ofrecidos por las esposas de los hebreos pudientes. Los animalitos se desangraban sobre la mesa entre gorgoteantes respiraciones. En último lugar, un acólito entregó al levita la pequeña pajarera de mimbre. Sin temblarle el pulso hirió el cuello de las tórtolas, mezclando su humor negro con el de las ovejas.

José acudió a los sacerdotes de la tribu de Leví, que representaban a los padres en el momento de pagar el precio con el que los primogénitos se libraron de la ira del Ángel Exterminador, según la narración del libro del Éxodo. A manos de uno de ellos fueron a parar los cinco siclos.

20.

—¡El Señor sabe hacer las cosas! Nadie ha mostrado interés por el niño —saludó a María cuando se encontraron junto al Atrio de las Mujeres y le devolvió al pequeño. Ella abrazó al bebé—. Vámonos; tenemos que buscar tu lana y mi piedra de afilar.

Intentaron salir del Templo entre la zarabanda de los cambistas y la de los vendedores de las bestias para el ritual.

—¡Siclos!… —insistían los que estaban al frente de las mesas—. ¡Siclos al mejor precio!

Nadie respetaba los pasillos por los que los peregrinos debían entrar y salir del Templo.

—¡Novillos!… —profirió un tratante, aupado en el cerramiento de su corral—. ¿Han visto ustedes mis novillos?

Zigzaguearon entre quienes se detenían a charlar; pasaron por el medio de los grupos que mantenían encendidos coloquios; esquivaron a los judíos que se ufanaban de su alta posición, al hacer que sus criados tiraran de la anilla trabada en el hocico de un hermoso toro, y se dieron de bruces con hebreos llegados de lejos, a los que se les distinguía por el acento o por algún elemento curioso en sus vestiduras.

José se puso de puntillas para comprobar la distancia hasta la Puerta Occidental.

—Déjame que lleve al niño —le pidió a su esposa al comprobar que aún estaban lejos.

Fue la doncella a entregárselo cuando un anciano que se interpuso entre ambos se lo arrebató.

—¡Simeón! —exclamó a su lado un hombre más joven—. ¿Qué haces con ese bebé?… ¿No te basta con tus nietos?

El viejo lo ignoró. También burló la presteza del artesano cuando este hizo amago de quitárselo.

—Ahora, Señor —pronunció con la voz engordada por una honda alegría—, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz.

Lo elevó con sus brazos pellejudos hasta ponérselo frente a los ojos. Una vez lo contempló (abstraído del ruido y del oleaje humano), exclamó, preso de una visión mística:

—¡Es él! —. Le hizo una señal a José para que acercara el oído a su boca—. Hace años recibí una revelación de lo Alto —sus palabras venían envueltas en un eco carrasposo y excitado—: Jehová **me inspiró que no moriría antes de ver al Cristo del Señor.**

—Pero… —balbució el carpintero.

—Hace un rato me encontraba junto a mi yerno en la oficina, cuando, sin esperarlo, el Espíritu me ha impelido a venir —quiso que la muchacha también pudiera oírle— Desde que

entramos al patio me preguntaba quién, entre tantos peregrinos, podría ser el Ungido. «¿Qué haré para reconocerle?», me he debatido a cada paso.

—¿De qué estás hablando? —se entrometió su pariente—. ¿Y quiénes son estos?

—Ha sido al veros que Elohim se me ha manifestado. He querido creer que eras tú el Heraldo —sin soltar a Jesús, apuntó la cara hacia José—, pero me ha quemado el calor que despide esta criatura, como si su corazoncito fuese un crisol.

—¿A qué vienen estos desatinos? —el hijo político le atrapó por la manga, pero el viejo forcejeó con él hasta librarse de aquel zarandeo.

—Mis ojos ven ahora la salvación que el Señor ha preparado para todos los pueblos —habló al bebé como si pudiera entenderle—; la luz con la que has venido a iluminar a los gentiles, para gloria de Israel.

El matrimonio, aturdido, no sabía qué decir.

—¿Luz para los gentiles? —su yerno protestó—. Os ruego que le disculpéis. No sé qué puede haberle ocurrido —miró al cielo—. Tal vez le haya afectado el sol.

Simeón le devolvió el pequeño a María.

—La fuerza de Kyrios os bendice —prosiguió.

—Vamos, ¡largaos! —bufó su pariente, al dudar si no serían aquellos muchachos los culpables de tamaño enredo. Después le dio otro empujón a su suegro, pero este, estoico, se dirigió otra vez a la chica:

—Mira, muchachita, que tu hijo ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel —las palabras le brotaban como si su lengua fuese el instrumento de una fuerza oculta—, para convertirse en signo de contradicción a fin de que se descubran los pensamientos de muchos corazones.

—¿Quieres callarte? —el hijo político de Simeón estaba fuera de sus casillas.

—Y a tu misma alma la traspasará una espada —con sus dedos huesudos le rozó una de sus muñecas.

A José no le cupo duda de que la espada que acababa de mentar formaba parte de un oráculo, así que fue escucharle y, al momento, reafirmarse en el compromiso de proteger a la mujer que Yahvé le había otorgado por esposa, a la que amaba mucho más de lo imaginable.

«¿Quién puede empuñar un arma contra ella?», le asaltó una dolorosa inquietud. «¿Y por qué?…».

Desplegó el talit para envolverla junto al niño, como si aquella prenda tuviese la eficacia de ahuyentar el miedo.

—Ten valor —le susurró.

Pero a María no le preocupaba su destino; desde que tenía uso de razón vivía con una confianza ciega en el Todopoderoso. Era su instinto de madre el que acababa de quedar alerta: para que una daga le atravesara el alma, antes tendría que calar la carne de su hijo.

—A mi lado nunca tendrás que temer —insistió, apretujándola a su fuerte torso.

21.

Después de insistirle en que lo prudente era regresar a casa, el yerno de Simeón, acobardado de que pudiera llegar a oídos de las autoridades religiosas lo que creía un repentino brote de demencia, abandonó a su suegro junto a las puertas interiores. El viejo, como deslumbrado por un foco de gran potencia, deambulaba de acá para allá.

—Simeón —le detuvo un sacerdote, cerca ya del lugar que antaño custodió el Arca con las Tablas de la Ley—, ¿es que ya no saludas?

—Isajar —pareció regresar de otro mundo—. Isajar… —le agarró de las dos caídas del talit**, desplazándole el** tefilín **que llevaba atado a la frente, una cajita negra que contenía cuatro pasajes de la** Torá**—. ¡Si tú supieras, Isajar!**

Al clérigo le sorprendió la súbita fuerza de aquellos brazos.

—¿Qué te ocurre? —le tomó por los codos para no perder el equilibrio, no fueran ambos a rodar por el suelo.

—Se ha cumplido, Isajar… —Simeón rompió a llorar—. Ya está aquí.

El sacerdote, perplejo por aquella emoción desbordada, miró a todos lados, por si hubiera llegado algún personaje de alcurnia.

—¿Quién?…

—El Mesías.

—¿El Mesías?

—Lo acabo de ver… ¡Es un recién nacido!

Una viuda, Ana de nombre, también octogenaria, hija de un aristócrata, Fanuel, de la tribu de Aser, que desde que perdió a su marido pasaba noche y día en el Atrio de las Mujeres, famosa en Moriah por sus rígidos ayunos, por el servicio que prestaba a los levitas, su perpetuo estado de oración y por el don para adivinar, caminaba cerca de aquellos dos hombres y atrapó al vuelo la buena nueva que el anciano no era capaz de guardar para sí.

—¡Has perdido el juicio! —Isajar arrancó de sus ropajes las manos de Simeón.

Repentinamente avergonzado de que pudieran relacionarle

con aquel desbarato, dio media vuelta hacia el corazón del Templo como si no le conociera.

—¡Isajar! —le llamó Simeón—. ¿Es que no quieres participar conmigo de la dicha? ¡Isajar!...

Los peregrinos lo miraban con curiosidad.

—Yo sí quiero alegrarme contigo.

Ana se le había arrimado, sin preocuparse de que pudieran verla hablando a solas con un hombre. Al viejo le temblaba la barbilla y tenía los pómulos brillantes de lágrimas.

—Está con nosotros.

—Te he oído.

—Es un niño... ¡Un niño!

—Un niño —susurró la viuda, dejando de pestañear—. El Caudillo es un niño.

—Y nos trae la salvación de Adonai, mujer. ¡La salvación para Israel y para todos los pueblos!

Ana se llevó los puños a la frente.

—No me quisieron creer cuando anuncié que había llegado la hora —se dijo a sí misma—. ¡Alabado sea el Señor por todas sus obras!

Sin poder resistirse, izó los brazos.

Iba Simeón a confiarle la otra cara de la teofanía: la herida que aquella liberación iba a causarle a la madre de la criatura. Él había visto la división entre los hombres por su causa; el hundimiento y la gloria de la raza hebrea... pero la profetisa, embriagada con aquel advenimiento, echó a correr para compartirlo con las viudas entregadas a los servicios religiosos.

V. Un grito en la noche

Levántate, toma al niño y a su madre, huye.

1.

Fue durante los primeros meses del último año de su ministerio. Los milagros que había realizado por todo el país, así como el sorprendente contenido de buena parte de su predicación habían hecho que su nombre corriera de boca en boca.

Al eco de tantos prodigios, muchos partían en su busca, dejándolo todo, para solicitarle que aquel poder que venía directamente de Elohim **les sanara alguna dolencia o curara a alguno de sus seres queridos. Se hablaba de padres que con sus hijos enfermos, a horcajadas o en una carreta, circulaban por las cañadas de Palestina sin saber qué dirección tomar. También se comentaba de algunos funcionarios reales y hasta de militares extranjeros que, evitando las vías principales que surcaban el país para que no los reconocieran, se habían echado a caminar detrás de sus huellas.**

Según los testigos de las curaciones, estas eran instantáneas, completas y definitivas. También dijeron que el nazareno sentía predilección por los apestados: leprosos, ciegos y paralíticos, aquellos a los que la enfermedad solo les había dejado la mendicidad para sobrevivir. Y no eran cuentos: en algunas sinagogas se había dejado por escrito el testimonio de que donde antes hubo llagas, muñones y podredumbre, la piel estaba limpia y restaurados los miembros; donde se hundieron los párpados en las oquedades del hueso, se habían descubierto unos ojos vivaces y limpios; donde piernas y brazos se retorcían, los huesos se enderezaron y los músculos recuperaron todas sus funciones.

En las encrucijadas de Galilea y Judea unos y otros pedían información sobre aquel hombre y sobre sus discípulos, a quienes también habían visto hacer milagros en nombre del Maestro. Las noticias que ofrecían los caminantes eran contradictorias: venían a confirmar que Jesús no paraba demasiado tiempo en un mismo lugar, como si por la urgencia de visitar todos los rincones de Canaán hubiese elegido no echar raíces, como si no deseara que le encontrasen, como si prefiriera salir al encuentro de quienes aún no lo conocían.

Se le había visto en los principales parajes de Palestina, también en las tierras que no se mantuvieron fieles a la tradición y en aquellas otras que se habían dejado contaminar por los gustos y modos de Grecia y de Roma. Decían que se detuvo en Samaria y en los vados del Jordán que lamen Perea, allí donde Juan había bautizado; en las travesías que se desdibujaban por la

oriental Decápolis; en las principales urbes de Iturea y en las que conducían a los lejanos puertos del Mediterráneo, al sur del Líbano. También dijeron que desde hacía meses rehuía el interior de las murallas de Jerusalén.

A partir del invierno del segundo año de su predicación, Jesús y los suyos dejaron de vivir en un lugar fijo. Muchas veces dormían al raso, en alguna tenada de pastores, dentro de una cueva o protegidos por el sobrado de un pajar. En Cafarnaúm recalaban en la casa de la suegra de Simón Bar-Jonah, un pescador viudo que tenía un especial ascendiente sobre los seguidores de aquel fascinante rabbí**. Y si se movían entre Jericó y la Ciudad Santa, descansaban en el hogar de los hijos de un conocido fariseo de Betania. Pocas veces lo hacían en el altozano de Nazaret. Cuando así ocurría, el Maestro y tres de sus preferidos —Juan, Pedro y Santiago— se cobijaban bajo el techo de María. Los otros nueve discípulos descansaban en la corraleta que José arregló muchos años atrás.**

Para sorpresa de sus discípulos, la ciudad de la que fue vecino hasta que bajó a los médanos del Jordán para recibir las aguas de manos del Bautista, lo rechazó. Un mediodía en el inicio de su ministerio, los habitantes de la barriada se agolparon frente al taller, dispuestos a disfrutar de una sesión de taumaturgia como las que Jesús había realizado en Cafarnaúm, noticia que causó verdadera sorpresa dada la anodina normalidad a la que aquel soltero les tenía acostumbrados. Para ponerle las cosas más fáciles, los principales de la sinagoga se trajeron a un grupo de menesterosos recogidos en el arco de la Puerta Norte, cuyas enfermedades hacían prometer una función cargada de emociones. Pero el hijo del carpintero, que se tropezó con aquel revuelo al subir con su madre desde el riachuelo en el que las mujeres lavaban la ropa, fue rotundo:

—No —dijo, sin esperarse a que nadie entre la muchedumbre le explicara qué hacían frente a su casa.

—¡Míralos! —un escriba que hacía unos meses se había conmovido con la primera lectura pública del primogénito del artesano, cuando en la sinagoga declamó de tal modo uno de los rollos del profeta Isaías que pareció como si sus labios manifestaran que el Mesías estaba allí presente, trató de mediar —. Son tus paisanos.

Apoyado en el muro de la corraliza, el grupo de los mendigos se sentía incómodo ante las miradas deseosas de espectáculo.

—No —volvió a pronunciar.

Creció un rumor de decepción.

—Ten compasión de ellos —el escriba continuó atosigándole —. ¡Recuerda de qué manera aplaudimos tu intervención aquel sábado que hablaste como un auténtico rabbí**!**

Jesús, haciendo caso omiso, desanudó la cuerda que cerraba la puerta de la vivienda.

—Vamos, madre —la invitó a entrar.

—En Nazaret también merecemos tu magia.

—¡Queremos ver un milagro! —exclamó un vecino.

—¡Tenemos más derecho que los de Cafarnaúm!

Desde el umbral deslizó la mirada por todos ellos.

—Así que pretendéis que repita cuanto he hecho en el lago.

Muchos asintieron.

—¡Atendedme!…

Hubo gente que chistó y palmeó el aire, exigiendo silencio.

—Ningún profeta es bien recibido en su tierra —recalcó con el movimiento enérgico del dedo índice.

—Pero, ¿acaso te hemos ofendido? —el escriba exageró su tono de decepción.

—No sabéis lo que pedís.

—Un milagro —. Al ver que iba a entrar en la casa, el letrado le tomó del hombro—. Solo uno.

Jesús se dio la vuelta con el entrecejo apretado.

—Te recuerdo que en Israel había muchas viudas en tiempos de Elías, cuando durante tres años y seis meses se cerró el cielo y hubo gran hambre por toda la tierra —. El escriba y los jefes de la sinagoga asintieron; conocían bien aquella narración —. ¡Pues a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda en Sarepta de Sidón!

Se miraron entre sí, desagradablemente sorprendidos.

—¿Qué ocurre? —preguntó un niño.

—Sidón es tierra de paganos —le explicó su padre.

—¡Nos ofendes! —le censuró un fariseo.

—Muchos leprosos había también en Israel en tiempos del profeta Eliseo —prosiguió, clavando sus pupilas en los responsables del pueblo—, y ninguno de ellos fue curado más que Naamán el Sirio.

—¡Esto es un ultraje! —gritó un maestro de la Ley golpeándose el pecho—. Si te hemos traído a estos despojos es para que, al curarlos, Nazaret te admire y alabe al Señor. ¿Y cuál es tu agradecimiento?… Dos insultos a la pureza de nuestra raza.

—¡Habla en nombre de Belcebú! —bramó el encargado de custodiar las Escrituras.

—¡Sus prodigios en Cafarnaúm son obras de Satanás! —se sumó otro de los maestros.

—¡Es amigo de los demonios! —añadió un oficial.

—¡No queremos a un servidor del Maligno entre nosotros!

—¡Es un mago!… ¡Al fuego con el mago!

—¡Lancémoslo al vacío!

Una vez las autoridades inyectaron la cólera entre los vecinos, estos lo sacaron del portal de la casa a empellones, conduciéndolo hasta la calle principal del altozano, sin tener en cuenta los años de proximidad ni el beneficio que habían recibido de las habilidades artesanas de Jesús y de su padre.

—¡A la cima con él!

A través del laberinto de correderas llegaron a la cumbre, con el propósito de despeñarlo contra el pedregal donde el corazón de José estuvo a punto de quebrarse ante las dudas que le acosaron al saber del embarazo de su esposa.

—¡Eres hijo de la Serpiente! —se desgañitó, frente a su cara, una mujer que alguna vez había recibido la ayuda de María.

Un adolescente, envalentonado por aquellos ánimos revueltos, le propinó una patada. Otro le dio un tirón de pelo.

—¿Y si fuese un embaucador? —Joel, uno de los encargados de formar las cuadrillas para la recogida de la almendra, tuvo aquella ocurrencia—. Dinos si utilizas tus mañas para aprovecharte de los necios.

Nuevos insultos se superpusieron a los ruegos de los pocos parientes que habían acudido a implorar clemencia, justificando que era un lunático.

—Como su madre —una vieja provocó una oleada de risas.

—Y como su padre —añadió otro anciano—. ¿No os acordáis de su rostro? —reclamó para sí todas las miradas—. Tenía una mancha, aquí —se pasó los dedos entre la nariz y el carrillo—. Era la marca del pecado.

—¡Pecado! —bramó uno de los jefes de los fariseos, pendiéndose las manos en las caídas del talit**.**

Se redoblaron las maldiciones.

—¡Pecado! ¡Pecado!…

Cuando la chusma iba a consumar el crimen, Jesús, que llevaba unos minutos con la cabeza caída, como si con su silencio reconociera lo que sus paisanos decían de él, enderezó el cuello y les subyugó con el fulgor de sus ojos.

—Cuidado… Puede invocar a los espíritus —se pasó la voz.

Sin necesidad de abrir los labios, logró que la gente reculara. No se daban cuenta de que guardaban la distancia que el siervo debe mantener ante su rey.

—Idos a casa —les conminó antes de apartarse de la cortadura de la cima—. Volved a vuestras tareas —insistió al

avanzar hasta la boca de un angostillo en el que se encontraba María, sin ninguna compañía.

—¡Se han vuelto locos! —los ojos de su madre iban, nerviosos, de su hijo a la masa recién silenciada.

—Ven conmigo y no se lo tengas en cuenta —tiró de ella y la apretó a su costado—. No saben nada acerca de mí.

—Muchos llevaban días rondando la casa, cuchicheando a mi espalda, abriéndome el paso como si los asustara.

—Entiéndelos; estaban impacientes por saber cuándo volvería el mago —se rio.

—Me has dejado sola, Jesús. Desde que falta tu padre, estoy muy sola.

Se detuvieron en mitad de un pasillo, entre chabolas.

—No es cierto, madre —le acarició una mejilla—. Aunque me encuentre lejos, en todo momento velo por ti.

2.

Desde que enviudó había decidido vivir para adentro, prescindir de lo accesorio, recogerse en aquel barrio en el que siempre había vecinos nuevos que traían celebraciones y disputas. Aunque los ruidos se le colaban por los resquicios de la puerta, un silencio interior se había apoderado de ella.

Su hijo pasaba cada vez más tiempo fuera de Nazaret, lejos de las obligaciones que le habían atado al taller desde que fue capaz de sostener y manejar una sierra. A pesar de aquellas ausencias, le había dicho que aún no había llegado el momento de echar el cierre definitivo al humilde negocio. De hecho, cuando retornaba, fatigado por días y noches de ayuno a la intemperie, arrancaba de nuevo la música que siempre les había acompañado: los golpes del martillo, el rasgar de la sierra, la caricia del cepillo, el remover del mortero, el charlar con los clientes y los desocupados que se sentaban en el murete del corral, las canciones a veces a pleno pulmón y otras entre susurros, cuando Jesús se concentraba en una labor delicada: la talla de la tapa del arcón para unos novios o el ensamble de una cuna o un ataúd hasta que, de improviso, volvía a tañer un campanazo en su interior que le empujaba fuera de la ciudad.

María era capaz de percibirlo antes de que él se lo dijera.

—¿Cómo lo has adivinado? —le anonadó la perspicacia de aquella hebrea a la que amaba tanto.

—No lo sé —reconoció—. Hay algo en tu mirada, una tensión, un temblor en tu modo de hablar que me avisa de tu marcha.

—Mi Padre me reclama —. Le besó una de las sienes antes de abandonar Nazaret, sin bastón, alforja ni túnica con la que

protegerse del frío—. La misión está pronta a dar comienzo.

María lo miraba perderse por las calles, enternecida por la presteza con la que respondía a las mociones divinas. Permanecía apostada junto a la portilla del corral para distinguirlo más allá de los muros, hasta que su figura se deshacía en la distancia.

«¿En qué lugar se esconde para rezar?», se preguntaba.

Ella sabía que Jesús cumplía con unción los mandatos de la Ley, aunque en aquellas ocasiones prefería orar a campo abierto antes que acudir a la sinagoga o, más lejos aún, al Templo.

«¿Cuántos días tardará en volver?», suspiraba al entrar de nuevo en su vivienda, impregnada con los recuerdos de José, como si los adobes, los muebles y los cacharros de barro y loza llevaran rasgaduras de quien los fabricó, ecos del hombre santo que Yahvé le dio por esposo.

Alguien trajo al cerro el nombre de Juan, un eremita con reputación de profeta que bautizaba en los ribazos del Jordán demandando la conversión de los corazones. Jesús escuchó el testimonio arrebatado de un comerciante sin decir ni preguntar nada, volcado en el temple de una guadaña.

—Sé quién es —le dijo María una vez cayó el sol, mientras asaba la carne de unas berenjenas. Aguardó a que se interesara, pero como no abría la boca, prosiguió—. Saltó en el útero de Isabel, mi pariente… Conoces bien la historia.

Jesús, con el rostro endurecido, había clavado los ojos en las brasas del hornillo.

—Juan es la señal que esperaba —habló, y un dolor interno paralizó a la doncella—. ¡Se te quema la verdura, madre!

Le quitó el cucharón de las manos y dio la vuelta a la comida.

—En qué estaría pensando… —María pareció regresar de un sueño.

Más tarde, cuando él salió al patio, lo observó desde el ventanuco.

«Ahora sí», se dijo, «se marcha para siempre».

Se le hizo presente la espada a la que se refirió Simeón.

Tras la partida definitiva, el taller enmudeció. Jesús había dejado las herramientas colgadas del mismo lugar que José dispuso para cada una de ellas, los tablones apilados, ordenados los sobrantes de madera, recogidas las puntas y los recortes de metal, barrido el suelo y limpio el banco donde le gustaba colocar los encargos a medio hacer. Habían muerto para siempre los soplidos del fuelle y los martillazos sobre el yunque.

Una pareja de vencejos, aprovechándose del novedoso silencio, fabricó un nido bajo el alero. Sus chiflidos reverberaban

contra las paredes junto al cloqueo de las gallinas. María decidió venderlas, también al burro, y repartir el poco dinero que le dieron entre dos familias del collado: la de una joven que acababa de quedarse viuda a cargo de cuatro niños y la de unos ancianos que cuidaban de una hija con una enfermedad mental. Así rompió todas sus ataduras, a la espera de reunirse con él en cuanto le llegara recado.

—Es el último pedido que me queda por entregar —le había dicho al cargar unos aperos sobre los lomos del jumento—. Mañana partiré.

¡Cuántas veces lo habían hablado desde que José murió! No podía dilatar la voluntad de su Padre.

—Me llegará una señal —le confió al regreso de uno de aquellos misteriosos retiros en la Naturaleza.

Ambos sabían que las décadas que había vivido entre los vecinos del altozano tuvieron la misma fuerza redentora que los enigmáticos y peligrosos tiempos en Belén y los meses en tierras de Egipto, de los que Jesús, como es lógico, no recordaba nada.

—Estoy tan bien a tu lado… —la estrechó contra su pecho —. Pero he venido al mundo para manifestarme como quien soy.

Aquella advertencia traía ecos de la zarza donde Yahvé se descubrió a Moisés.

«Manifestarse como quien es», regustaba María, que desde la muerte del artesano era la única persona en el mundo que conocía las dos naturalezas de su hijo: un hombre como cualquier otro hombre, de carne mortal y alma inmortal y, a la vez, todo un Dios. Pero no era capaz de saber cuál de ellas le impelía a salir del anonimato, en el caso de que no fueran ambas las que clamaban para que diera inicio a la conclusión de su destino.

En aquella nación en la que religión y estado se entendían como una misma cosa, los jerarcas habían terminado por cosificar hasta la más intrascendente de las actividades, en un maremagno de preceptos, cifras y medidas.

Muchos amaban a Yahvé con rectitud de intención, pero otros tantos decían amarlo mientras volcaban sus pulsiones en el dinero y el reconocimiento público. María pensaba que si Jesús tuviera previsto mantener en secreto su condición divina, corría el riesgo de que las autoridades le vinculasen con aquellos que habían tratado de predisponer al pueblo contra los abusos de la familia del Sumo Sacerdote y las arbitrariedades de muchos miembros del Sanedrín, que hacían y deshacían en beneficio de sus intereses y los de sus partidos. Saduceos en su mayoría, retorcían los textos bíblicos para garantizar el engorde de su

poder y hacienda, y se apoyaban entre ellos para acallar al que pretendiera destapar sus corrupciones.

Pero, sobre todo, la doncella se desazonaba ante el peligro que representaban para él los zelotes, dispersos en pequeñas partidas a lo largo y ancho del país. Era opinión común que estos precisaban un caudillo que los uniera, armara y guiase para un definitivo asalto a la Ciudad Santa. ¿Y si quisieran forzarle a ser su adalid, el Deseado? Desde que las tropas imperiales invadieron Canaán, los hebreos sufrían el gravamen de nuevos y elevados impuestos. Con qué coraje acudían a la mesa de los telonios distribuidos por todo el país para cumplir las exigencias del tesoro extranjero, y con qué resentimiento miraban a los compatriotas que se enriquecían mediante el ejercicio de la recaudación para una Roma insaciable.

Salvo los zelotes, los palestinos se guardaban la ira para sí. No olvidaban a los habitantes de Emaús que fueron vendidos como esclavos por negarse a pagar sus contribuciones, ni a los que murieron crucificados en Séforis, Betania y en Jerusalén, en represalia por las escaramuzas de Judas y sus sicarios.

El pueblo de Israel necesitaba un líder que unificara lo que entonces se encontraba fragmentado en clanes, partidos y sectas enfrentadas entre sí, que ligaban la conciencia del Pacto con el resquemor por un mal entendido orgullo nacional; la confianza en Yahvé, con la atracción de las cosas mundanas; la esperanza en la vida futura, con la búsqueda de beneficios terrenales; los ejercicios de caridad, con el desprecio a los pobres y a los enfermos.

María destinaba su soledad a una oración perseverante y urgente. Se veía a sí misma como un centinela frente a la oscuridad a la que su hijo iba a enfrentarse. Él mismo se lo había pedido:

—Cuando me vaya, madre, acude a mi Padre para rogarle por la conversión de los pecadores. Tus peticiones conseguirán que se derrame la Gracia del Espíritu sobre los hombres.

—Pero… ¡soy tan poca cosa!

—Reza, madre —insistió—. En mi hora definitiva, tu oración será mi fortaleza.

A lo largo de los tres años que duraron las andanzas de Jesús por Palestina no fueron habituales sus requerimientos para que acudiera a verle. María sabía que trataba de protegerla: él no quería que pudieran reconocerla los espías de Anás y Caifás, que habían recibido la orden de mezclarse entre las multitudes que lo seguían para tomar nota de sus palabras y sus gestos —ordinarios y milagrosos—, de su actividad en sabbat, de su opinión acerca de

las imposiciones con las que los fariseos principales habían ido recargando la Torá, de los lugares en los que descansaba, de los pecadores y gentiles con los que hablaba y de las personas a las que le unían lazos de sangre o amistad.

La doncella aceptó la espera y continuó profundizando en la oración. Ella, que gozaba de la predilección de Dios sobre todas las criaturas, desconocía hasta qué grado inhabitaba el Altísimo en su alma para embellecerla con todos Sus dones, a pesar de que su cuerpo estuviera sometido al desgaste de los cuerpos mortales.

A los largos momentos que, desde niña, había buscado relacionarse con Adonai, desde la marcha de Jesús sumó un severo recogimiento en el interior de su hogar. Apenas salía, si no era por la necesidad de atender a algún vecino o para visitar a los familiares de José —no le quedaba otro vínculo de sangre—, a cuyas cuñadas había contagiado el afán por vivir en relación permanente con Yahvé.

Jesús se había manifestado a los suyos por primera vez como el Enviado cuando, a petición de su madre, en una boda, transformó el agua en el mejor de los vinos. Las cuñadas y algunos de los sobrinos se rindieron ante la súbita evidencia de que Dios acababa de revelarse a través del hijo del difunto José.

María, sin pretenderlo, se hizo maestra en el arte de orar. La finura de sus apreciaciones acerca de los pasajes que los sábados se leían en la sinagoga, así como de los incontables versículos sagrados que llevaba en la memoria y de los salmos que entonaba mientras realizaba cualquier actividad, adquirieron para sus parientes mayor atractivo que los largos discursos de los escribas, pues hacía fácil lo que los maestros de la Ley embrollaban en mil y una cuitas.

No era María la que acudía en su busca sino Jesús el que aparecía de pronto en el altozano, en ocasiones solo, después de haber pedido a sus seguidores que le aguardaran en algún paraje de las orillas del mar de Galilea o en Cafarnaúm, donde Pedro, Andrés y Juan podían albergar al resto de sus compañeros.

3.

Un manto de oscuridad enfundaba la loma en la que se apretaban las viviendas más pobres de Nazaret cuando, pasada la media noche, Jesús tocó a la puerta. Ella conoció al instante la cadencia de aquellos golpes, que la rescataron de un sueño ligero para hacerla ponerse en pie con la agilidad de una niña. Hacía más de nueve semanas que su hijo se había marchado sin decirle cuál era su destino ni si tenía previsto regresar. Desde entonces no le había llegado un solo mensaje ni una noticia con la que templar su ansiedad.

La débil flama del candil le reveló que venía quemado por el aire del desierto y desmejorado a causa de un ayuno prolongado, aunque tenía las ropas limpias, el cabello bien peinado y la barba recortada, como si se hubiera molestado en atusarse para darle una buena impresión.

—Madre…

Durante el abrazo, María intuyó que había cambiado, que no era el mismo, como si estuviese revestido de un señorío que le distanciaba del carpintero que fue, del habitante de la barriada que, hasta hacía unos días, se confundía con los hombres de su edad.

—¿Dónde has estado? —le preguntó—. ¿Encontraste a Juan?

Jesús le tomó la cara entre las manos y la miró largamente sin decir nada. Sus ojos también eran otros, más profundos y escrutadores.

—Lo encontré —hizo una pausa—. Mi Padre tenía previsto ese momento para confirmarme en su Espíritu y para manifestarle al Bautista quién soy.

No le comprendió del todo.

—¿Has comido?

—No pruebo bocado desde ayer.

La doncella le tomó de la mano y le empujó al interior.

—Voy a avivar el carbón. No tengo muchas cosas; un huevo, algo de leche…

Rezaron antes de que probara aquellas modestas viandas; después hablaron sin tregua. Se rieron al evocar algunos momentos de la infancia y la juventud, y lloraron la ausencia de José, que con la discreción de un hombre santo, hecho a observar y a callar, tanto hubiera disfrutado en aquella reunión.

Jesús le describió su retiro en el desierto, alejado de los reclamos del mundo, después de que bajara al Jordán para verse con el hijo de Zacarías e Isabel y recibir de él las aguas bautismales.

—Durante cuarenta días he prescindido de la escolta de los ángeles, para no tener distracciones que me impidieran escuchar el susurro de mi Padre.

A María se le hizo nítido su carácter divino, capaz de mandar sobre los espíritus, algo sobre lo que él nunca antes había hecho mención. De igual modo entendió que a lo largo de aquellas semanas de oración desnuda, había renunciado a muchas de las facultades propias de su naturaleza celestial.

—¡Casi seis semanas de soledad y penitencia! —comentó admirada, jugueteando con uno de los mechones de Jesús—. ¡Si

hubieses sabido lo mucho que, desde aquí, he deseado acompañarte!

—Lo supe, madre; te vi conmigo junto a la multitud que en los siglos me buscará a través del silencio.

Aunque no le había llegado el tiempo para descifrar aquel tipo de mensajes, lo guardó para meditarlo una vez volviera a quedarse sola.

—De día pasé mucho calor —describió su experiencia radical en los pedregales—. Y por las noches, el frío se me colaba hasta aletargarme el tuétano de los huesos. He engañado al hambre mordisqueando el tallo de las hierbas secas —prosiguió, acomodándose la manta sobre las rodillas—, y apenas he bebido el agua que se condensa, amarga, en los bulbos silvestres. Sabes que en el desierto el aire cuelga, pesado y ardiente, salvo cuando el viento lanza bocados de arena que me obligaban a cubrirme la cabeza con la ropa.

—¿Es que no tuviste en dónde guarecerte?

Alzó la mirada.

—Terminé por encontrar refugio bajo unas rocas, donde antaño hubo una zorrera, quizás una paridera de hienas. Dormí a su amparo en las noches más frías, a pesar de la presencia constante de una serpiente negra.

—¿Una serpiente? —se sobresaltó.

—Se pasaba los días reptando a mi alrededor, marcando el polvo con la huella de sus anillos, intimidándome con su lengua trepidante, escudriñando un lugar en mi cuerpo donde clavar sus colmillos.

—¿Quién era? —a la viuda de José no se le escondía que no hablaba de un simple ofidio.

Jesús le acarició las manos.

—Lucifer.

Aquel nombre detuvo por un momento los latidos de María.

—El enemigo de Dios… —susurró para sí.

—Enemigo también de los hombres —apostilló—. Al fin Satanás me había encontrado sin la luz de mis protectores, lejos de la espada de Miguel, que vela por ti y a quien tanto teme. Pero esa misma ausencia, la de mis ángeles, le llenó de dudas.

Su lógica podrida le decía al Ángel Caído que aquel tenía que ser el hijo de la Emperatriz, el niño que Yahvé presentó ante los arcángeles, Dios encarnado en las entrañas de una hija de Adán, al que venía avizorando desde su primer llanto en Belén. Pero le invadieron toda clase de dudas al verle, de pronto, en aquel lugar arrasado por las inclemencias de un clima extremo, mimetizado con el árido paisaje, acosado por el hambre y la sed,

y abandonado por los mensajeros del Cielo.

—Permití que me tentara con las mismas incitaciones con las que conquista a los hombres para perderlos. Tú las conoces, madre, aunque por el Amor de mi Padre sus engaños no te seducen.

Le habló del modo con el que Belcebú procuró aprovecharse de su debilidad, cuando Jesús dio por finalizado aquel retiro y dejó atrás el cobijo de las rocas.

—Me dolían las articulaciones y la cabeza, y sentía calambres por todo el cuerpo; eran las consecuencias de tantos días de mortificación—. Ante él se extendía la alfombra seca del desierto, en cuyo horizonte ondeaba el espejismo de un lago—. Entonces el Maligno renunció a su disfraz de víbora.

Adoptó el de un joven de mirada obsequiosa, con voz amable y envolvente. Vino caminando desde una caravana parada en medio de la llanura. Sus diablos habían tomado la forma de una alegre compañía de viajeros del Oriente, que ocultaban sus miradas rojas detrás de los turbantes.

—«¿Tienes hambre?», me saludó, tendiéndome una bandeja repleta de dátiles y otras frutas. «En la caravana llevamos más alimentos. También podemos ofrecerte agua y leche», me indicó desde cierta distancia, porque me teme. Le pregunté qué quería a cambio.

El Demonio no las tenía todas consigo frente a aquel hombre que, de primeras, no prestaba atención a sus fascinantes artificios. Como no logró prenderle con las apariencias del alimento, le interpeló sin rodeos:

—¿Eres el Hijo de Dios?

Jesús, que había empezado a caminar, no se molestó en responderle.

—Vamos… Dime si eres el Hijo de Dios —insistió, poniéndose a su paso, pero dejando unos metros entre ambos.

No estaba seguro de lo que significaba aquel título para Jesús; necesitaba que el artesano se lo aclarara, pues los profetas llamaron «Hijo de Dios» a los reyes de la Alianza, que también recibieron el título de «Hijo de David». Si aquel hombre cubierto de sudor y polvo, cuyos labios estaban cortados, tuviera encomendado recuperar la corona de Israel, él podría fácilmente tentarlo con la desordenada apetencia de bienes, fama y poder, pasiones propias de los que se sientan en tronos. Pero si el honor de aquel apelativo fuese una manera de nombrar, verdaderamente, a Yahvé encarnado…

—Si eres Hijo de Dios —resolvió—, di que estas piedras se conviertan en panes.

Jesús se detuvo y miró la mano de Satán, que se había tornado bruna y cuyo índice, que finalizaba en una uña gruesa y afilada, señalaba unos pedruscos. El Dragón respiraba con agitación, a la expectativa de lo que su víctima fuera a hacer. En el caso de que solo pretendiera acaudillar al pueblo, debería concederle su incapacidad para realizar aquel portento. Entonces, sería suyo. Pero si fuera el vástago de Dios… En uno u otro caso, su propuesta de transformar la materia muerta en alimento tendría que forzarle a actuar.

—¿No lo sabes? —le desenmascaró.

El joven del Infierno arqueó las cejas con aire atolondrado. No imaginaba que fuera a lanzarle un acertijo.

—¿Qué es lo que tendría que saber?

—Escrito está —Jesús avanzó decidido hacia él, obligándole a recular—: No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios**.**

Se forjó un silencio comprometido.

—Así que esto es un juego —se rehízo el Demonio.

Había perdido la batalla.

—No te asustes, madre, con lo que te voy a contar ahora —le puso sobre aviso.

—Nada que venga de ti puede darme miedo.

Volvió Jesús a tomarle de las manos, en un gesto con el que procuraba sostener su fortaleza.

—Permití que el Diablo me arrebatara para llevarme al pináculo del Templo.

—¿Te llevó a Jerusalén? —estaba atónita.

—Él es poderoso, muy poderoso —recalcó—. Domina la Tierra, que cree objeto de su propiedad.

—Pero —no salía de su estupefacción—, ¿caminasteis juntos hasta tan lejos?

—La Serpiente no necesita caminar para trasladarse por el mundo. Está aquí y allí, siempre pendiente de los hombres a los que aún no ha derribado, manejando a sus demonios por todos los rincones, inspirando nuevas y más crueles perversiones con las que esclavizar a las almas que sólo a mí pertenecen. Por eso te digo que me arrebató, con la ira de un temporal, hasta los aleros del Santuario. Desde allí me mostró la ciudad como si fuera obra de sus manos, como si el monte Moriah fuera suyo.

—¡Es la ciudad de Yahvé! —exclamó María.

—Y lo sabe. Por eso no puedes confiar en él; es necesario dudar de todas sus palabras. Fíjate, quiso demostrarme que tiene mayor autoridad que cualquiera de los Reyes de Israel: ante mis ojos bajó a las explanadas del Templo y soliviantó a los

peregrinos.

—¿A todos ellos?

—¿Qué son unos centenares de hombres para Satanás? —comenzó a seguir el trazado de la estera con uno de sus dedos—. Penetró en la conciencia de aquellos hombres y mujeres: en los que, con la ayuda de sus ángeles custodios, le rechazaron, apenas fulguró la llama de las pasiones. Pero el resto abrazó el desprecio, la murmuración, el juicio temerario, la vanagloria, la envidia…

—¿Seguía bajo la forma del muchacho?

—No del todo —respondió—. Su voz era atrayente, como en el desierto, pero ya no vestía los ropajes de las tribus nabateas sino la riqueza de un monarca, y sus rasgos se habían dulcificado, hasta modelar las facciones de un niño. Quiso conquistarme con un poder encantador.

—¡Embustero!

—Es el Padre de la Mentira —corroboró—, que rabia al intuir que su final está cerca.

Guardó silencio. Desde lejos les llegaron los gañidos de un chacal, así como la respuesta defensora de los perros del collado.

Travestido de una infancia fraudulenta, Moloch trepó de nuevo a la cúspide del Templo para abarcar los tejados, terrazas, cúpulas, torres y jardines de Jerusalén. Sus tropas se paseaban por las calles con la apariencia de gente amable.

—Son míos —al Ángel Caído la voz le brotó áspera, disociada de su apariencia—. Voy a demostrártelo.

A una castañeta de sus dedos, los demonios acudieron inmediatamente y se postraron ante él, con el ansia vengativa del león joven que se somete al jefe de la manada.

—Y de ti, Hijo del hombre —le desafió—, ¿no dicen todos los signos que eres el Rey?

Jesús estaba compadecido por el extravío de sus hermanos de raza que no reconocían sus faltas, ni siquiera en el interior de la Casa de Yahvé.

—¿Dónde escondes tus ejércitos? —se rio, sin percibir que se le empezaba a deformar la cara y que la suave piel se le deshacía en frías escamas—. Si eres Hijo de Dios, tírate abajo —. Los peregrinos iban y venían por los atrios; desde la altura los veían como a pequeños insectos—. Demuéstrame que el Cielo vela por ti, porque escrito está: Dará órdenes a sus ángeles sobre ti, para que te lleven en sus manos, no sea que tropiece tu pie contra alguna piedra**. Vamos, Rey, ¿a qué esperas? —le provocó—. Si no son tus siervos los que te recogen, serán los míos quienes formarán un blando colchón y divulgarán entre los sacerdotes y**

todo tu pueblo que eres el Ungido, el Mesías que llevan tanto tiempo aguardando. ¿No tocas con los dedos la gloria que te ofrezco? Habrá redobles de timbales y soplidos de trompeta; te aclamarán y abrirán para ti el cortinón que protege al Santo de los Santos.

Jesús le hizo callar con una mirada, demostrándole que, sin necesidad de revelarle su naturaleza invisible, tenía potestad sobre él.

—También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios.

—Así que ya sabe quién eres —concluyó la doncella.

—Todavía no. Por eso volvió a llevarme lejos de las arenas, esta vez a una meseta desde la que se divisa todo el mundo.

—¿Es que existe un lugar tan alto?

—Se trata de una atalaya desde la que Satanás observa los movimientos de la Naturaleza.

Leviatán presentó ante Jesús la supremacía de Canaán sobre los reinos de la Tierra, ocultándole el daño que causa la superioridad sobre los débiles. Frente a ellos había ejércitos marcialmente formados, imperios que no conocían límites, bastones de mando y laureles, metales nobles y piedras preciosas, las más bellas mujeres y esclavos serviles.

—Todas estas cosas te daré —se jactó—, si postrándote me adoras.

Cristo llameó.

—¡Apártate, Satanás!

De pronto aquellas ilusorias maravillas, causa de tanta sangre a lo largo de los siglos, desaparecieron. Otra vez se abatía sobre ellos un sol de plomo; otra vez los pies de Jesús estaban asentados en el pedregal y Lucifer mostraba su único y repulsivo rostro. La ira divina acababa de arrancarle todas sus caretas.

—Escrito está —prosiguió el hijo de María—: Al Señor tu Dios adorarás y solo a Él darás culto.

Como un alacrán que se hiere a sí mismo, el artífice de toda venganza se replegó.

—Hijo de David, ¡dime quién eres! —chillaba con violencia, consciente de que había sufrido un tercer descalabro.

Pero una luminaria le obligó a esconderse en las simas de la Tierra.

—Entonces me dejó —bajó la voz hasta convertirla en un susurro—, y los ángeles vinieron y me servían.

4.

No todos sus parientes le tenían cariño. Era una animosidad que venía de antaño, envidias maceradas como consecuencia de la predilección de Susana por su primogénito, así como por María, a

la que la viuda de Jacob prestaba más atención que a sus otras dos nueras y a la que siempre escuchaba con el interés que merecen las personas con ascendente. Quizá se debiera a la mansedumbre de la muchacha. Además, los allegados llevaban mal que el niño hubiera robado el corazón de la abuela, «como si no tuviera más nietos», decían, o como si los sobrinos de las esposas de sus hijos —entre los hebreos los lazos familiares parecían no tener fin— no fueran tan dignos de su celo.

—En cierta forma, se comprende —manifestaban a sus espaldas—. Es el único vástago que le ha dado el mayor de su casa.

—¡Qué vientre tan pobre el de la hija de Joaquín! —fabricaban un deleznable murmullo, decepcionados de que Yahvé no hubiera castigado a María con una completa sequedad.

—¿Y si en vez de un niño hubiera sido hembra?

Se reían.

—Una hembra con la nube de su padre incrustada sobre la boca.

Volvían a reírse.

—La desgraciada habría nacido para la soltería.

—¿Para la soltería?... Mejor, para abandonarla en el cauce del río.

—¿Cómo a Moisés?

—No digas tonterías... ¡Para que los peces se comieran al monstruo!

Les irritaba el aura benévola con la que el chiquillo iba creciendo, a pesar de que para casi todos los habitantes del cerro fuera un mocoso más entre la muchachada que revoloteaba, como bandada de estorninos, por las callejas, alegrando con sus juegos las pozas en las que las mujeres bataneaban la ropa, entre risas y algún llanto. Como otros, disfrutaba de la sencilla diversión que ofrecía aquel altozano en el que se apelotonaban las familias pobres, valiéndose del suelo polvoriento para dibujar toscos dameros en los que Jesús colocaba piedras blancas y oscuras, o tabas de cordero a modo de fichas, con las que echaba algunas partidas que finalizaban al escuchar el reclamo de su madre o el de la madre del contrincante. Con los zagales saltaba las acequias, cazaba saltamontes, hacía carreras de escarabajos o de caracoles, confeccionaba sencillas cometas que echaban a volar las tardes ventosas, jugaba al escondite y se colaba en las huertas en busca de grillos, para amenizar con su cri-cri **las noches de primavera y verano.**

Resumían aquella bondad que les exasperaba en que su boca nunca profirió un insulto ni sus manos se cerraron para

golpear a otro niño. Aunque a menudo se vio envuelto en refriegas infantiles entre pandillas y más de una vez recibió el sopapo de alguna señora que lo confundió con el culpable de una trastada. Si en los primeros casos solo trató de parar los golpes, en el otro sobrellevó la injusticia con entereza, sin delatar al autor de la travesura.

Los parientes que se molestaban en vigilarle se dieron cuenta de que no se entretenía como otros pilluelos: derribando las piedras de los tapiales, lanzando cantazos a los gatos o destruyendo nidos. Nadie le cogió arrojando boñigas a los pastores desde algún parapeto, robando almendras o arrancando higos de las ramas que daban a los caminos.

Los primeros síntomas de aquel aborrecimiento se manifestaron a partir del regreso a Nazaret del matrimonio, tres años después de su apresurada marcha con motivo del censo. Meital y Kerem, esposas de Adael y Obed, se sintieron molestas ante las deferencias de su suegra con María y con el niño. ¿No habían sido ellas las que se quedaron a cargo de la anciana durante aquel largo tiempo? ¿No la habían tratado con las consideraciones que merece una madre? ¿Por qué, entonces, aquellos miramientos cuando a ellas la viuda de Jacob pocas veces las había halagado? Es más, les ordenó que cocinaran mientras ella se entretenía junto a su nuera con las monerías que hacía el pequeño. Bien es cierto que María había querido ayudarlas, pero su suegra la reclamó para que se sentara a narrarle detalles de aquel exilio en una de las colonias judías, en tierras de Egipto, cuyo motivo la matriarca no acababa de comprender. Para colmo, las familias de sus nueras malmetieron a cuenta de lo que el retorno de José podría suponer para el negocio que sus esposos habían dirigido desde la partida.

—¿Quién duda de que vuestro cuñado volverá a tomar las riendas del taller?

—Otra vez tendréis que dividir los ingresos.

—Para que, además, una buena parte se la siga llevando el enviado del prestamista.

Acertaron con la primera de sus premoniciones: apenas se abrazó a los suyos, José entró en la corraliza para examinarla con detenimiento. Palpó los tablones que estaban apilados contra la pared, cerró los párpados al aspirar el aroma del serrín, tocó de nuevo algunas de las herramientas que su difunto padre había fabricado e inspeccionó los trabajos que sus hermanos tenían a medio concluir, todo ello con el temblor de quien regresa al paraíso de la infancia.

—Os felicito; cada vez hacéis mejor las cosas —se sinceró—.

¡No sabéis cuántas veces he soñado con volver aquí, donde aprendí el oficio!

Erraron, sin embargo, con la segunda: aquella misma noche, en el hogar que él mismo construyó para María, durante la cena junto a su esposa, su madre, sus hermanos, hermanas, cuñados y cuñadas, y los sobrinos mayores, apretados todos sobre las esteras, les contó algo que no esperaban.

—Y ahora —dijo Obed, después de informarles de todo lo que había ocurrido en Nazaret durante los años que habían vivido lejos—, te toca a ti hablarnos vuestras aventuras desde que partisteis rumbo a Belén.

Se hizo un atento silencio, como si cada uno deseara experimentar aquellos episodios en primera persona. Si Adael soltó un puñetazo al aire cuando su hermano habló de la imposibilidad de encontrar posada en la ciudad de David, de los ojos de Susana brotaron las lágrimas al conocer el alumbramiento de su nieto en una cueva de pastores.

—Como un animalito…

José no contó nada acerca de los sucesos sobrenaturales de aquella noche, a pesar de que sin ellos la escena perdía todo significado.

—Unos días después conseguimos acomodarnos en el pueblo.

Obed sonrió al imaginarse el pequeño almacén, a las afueras de la aldea, que su hermano transformó en carpintería. Y la familia se entristeció al enterarse de que, ante la falta de allegados en las cercanías de Sion, se tuvieron que servir de los testigos que propuso el mohel **para verificar la circuncisión del niño.**

—Es el único de mis nietos que se ha presentado a la sinagoga sin la compañía de los suyos —se dolió la viuda, posando un beso en Jesús, que se había quedado dormido contra su cuerpo enteco.

Apasionados por la genealogía, le rogaron a la matriarca que corroborara los lazos de parentesco con los pocos familiares que el matrimonio había hallado en la región.

—Los más viejos aún recuerdan el fuego que consumió el taller de nuestro abuelo Matán, algo que padre nunca nos contó —los ojos de José chispearon al hacer mención a la noche en la que se inició el infortunio de su familia—. Ellos me condujeron al lugar en el que se alzaba la casa, un solar repleto de abrojos.

Susana sintió un latigazo. No le cupo duda de que aquellos parientes le habrían descubierto: la muerte de sus abuelos entre las llamas, el final de la carpintería, la quiebra del sueño agrícola

antes de que siquiera pudieran iniciarlo. La mancha en el rostro de José habría tenido que refrescarles aquel oprobio que empujó a Jacob a abandonar la aldea para nunca más volver.

—Tú naciste allí —comentó Adael.

José asintió.

—¿Y qué pasó con el censo?

La anciana forzó aquella pregunta para disipar el riesgo de que fueran a salir a la luz aquellos secretos.

—¿Cómo explicaros la confusión que reinaba en Jerusalén? Los romanos habían colocado las mesas de inscripción para los primogénitos de la comarca cerca del Templo.

5.

Llegó al capítulo de la huida imprevista y en plena noche hacia Hebrón, para eludir a los mercenarios de Herodes, que traían órdenes infanticidas. El avanzar presuroso de José y María con el niño por la carretera que unía las poblaciones de la costa hasta Gaza para, desde allí, penetrar en la península del Sinaí, sin tiempo de empaquetar lo necesario para comenzar una nueva vida en un lugar ignoto, fue un giro imprevisto y lleno de interrogantes para la familia del difunto Jacob. Aquel relato les refrescó las pavorosas noticias que, dos años atrás, trajeron las caravanas del sur a Nazaret.

—¿Quién vino a alertaros? —preguntó una de las hermanas de José, con el miedo dentro del cuerpo.

—Lo supimos —murmuró—. Eso es todo.

—Temimos por vuestro hijo —añadió otra.

—¡Si supierais todo lo que he rogado a Kyrios **por vosotros! —gimió la viuda—. ¿Cuál fue el motivo de aquellos crímenes? Ningún viajero supo darnos razón.**

—Herodes no atiende nunca a razones —dijo Adael.

—Tampoco los peregrinos ni los comerciantes tenían idea de si el rey se había contentado con los pequeños degollados en Judea —añadió la esposa de Obed— o si pretendía asesinar a todos los menores de Israel.

—Por eso, durante varias semanas, encerramos a los niños en casa —recordó Kerem.

—¡Pobres madres! —se afligió la anciana.

—Ningún día dejo de tenerlas presentes —escucharon la voz de María.

—No debe de haber nada más doloroso a que te maten a un hijo —sentenció una de sus cuñadas.

—Tú lo has dicho —María volvió a hablar, pero solo José y su suegra la tuvieron en cuenta.

Jesús soltó una dulce exhalación entre los huesudos brazos

de su abuela.

—Vamos, José, dinos —insistió su hermana—. ¿Gracias a quién os anticipasteis?

Todos los ojos escrutaban a los esposos.

—Fue un ángel —no pudo mentirles.

Hubo un silencio perturbador, hasta que el marido de una de las hermanas, sentado en segunda fila y casi tragado por la penumbra, se irguió sobre las caderas.

—¿Un ángel? —pronunció estupefacto.

—Me habló en sueños —José se figuraba que no iban a creerle.

—Ángeles del Cielo… —comentó Obed con sarcasmo—. Vamos, hermano…

—Alguna vez he recibido revelaciones —le miró de hito en hito.

—Pero, María, ¿qué le has puesto al vino? —Obed olisqueó su pocillo de madera simulando asco.

—No te rías de mi esposa.

—¡Que no me ría!… —sacudió el suelo con la copa, salpicando la estera—. Lleváis tres años desaparecidos; tres años en los que no hemos sabido si seguíais vivos, sin noticias vuestras, sin un viajero que nos trajera un solo mensaje que nos tranquilizara.

—Hijo… —Susana templó.

—Y esta mañana —continuó, ignorándola—, apenas detienes la carreta frente a la puerta de tu casa, nos enteramos de que venís desde Heliópolis. ¿Oís bien? —movió la cabeza de un lado al otro—. ¡Heliópolis!

—¿Dónde está esa ciudad? —susurró Malaquías, el sobrino mayor.

—Cerca de El Cairo —alguien le respondió en voz queda.

—¡Egipto! —Obed levantó la voz—. El país de los ídolos, hacia donde partisteis, mire usted por dónde, la misma noche en la que ese criminal ordenó a sus capitanes que desgajaran el cuello a los niños de la comarca de Jerusalén.

—Fue un ángel —repitió José, respirando profundo.

—¡Basta! —intervino Adael—. Alguien os daría el chivatazo.

—¿Te das cuenta? No soy el único que duda de ti —masculló el más pequeño de los varones.

—No tenéis por qué avergonzaros de haber conocido a nuevos amigos; estamos en familia.

—¿Qué insinúas, Adael? —a la vieja no le gustó el tono de aquella admonición.

—¿Fue un zelote? Todos sabemos que se mueven a su antojo

por las calles de la capital.

—Hemos oído en la Puerta Norte que están infiltrados en el palacio de esa basura idumea —le apoyó Obed.

—Me habéis preguntado y os he contestado —zanjó el carpintero, poniéndose en pie.

Adael se encogió de hombros.

—¿Qué te costaría decirnos la verdad?

—Cuñado —María se inclinó hacia delante para tocarle una de las rodillas—, si no quieres creerle, es mejor que no insistas.

—Las tropas aladas del Señor —rezongó— conversan con el mayor de mis hermanos. ¿Es que el sol del desierto os ha cocido el juicio?

José se puso en pie, haciéndose el desentendido, y dio unos pasos hasta la alacena, en donde se entretuvo abriendo una caja y desenvolviendo un paquete.

—¿Nos habéis traído regalos? —aplaudió su hermana pequeña.

—Sí —afirmó al regresar hacia los velones de sebo que iluminaban el centro del aposento. En su gesto, marcado en claroscuros, se dilataba una sonrisa.

—¿Qué tienes ahí escondido? —le replicó, divertida.

—La liberación de la deuda que nos ha encadenado durante tres generaciones.

—Madre —María tendió los brazos a su suegra—, deme al niño y junte las manos.

En aquellas palmas deformadas por la artrosis, José dejó caer quince pequeñas piezas de oro.

Susana no pudo pestañear. Tenía las manos unidas y desplegadas frente al rostro, como si estuviese recibiendo el agua de un caño. En las retinas de sus ojos, envueltas en un ribete grisáceo, relumbraban los destellos de las figuritas de metal. El resto de la familia se había arracimado a su alrededor.

—Se las regalaron a Jesús —dijo la doncella.

Nadie habló. Unos trataban de contar el número de bastoncillos, que oscilaban sobre el pulso trémulo de la abuela. Otros se sentían inquietos, pues nunca habían admirado el oro tan de cerca.

—Valen una fortuna —comentó Adael. Arrodillado, colocó una mano sobre la otra para que su madre se las vertiera—. ¡Son muy ligeras! —miró a los suyos con una sonrisa bobalicona.

La viuda de Jacob sintió un vahído; le sobrepasaban tantos acontecimientos.

—¿De dónde lo habéis sacado?

—Fue obsequio de unos magos —les contó María—.

Llegaron del Oriente.

Hacía un par de horas que se había hundido el sol. A la luz de un quinqué, José ordenaba los aperos y las borriquetas que cada mañana colocaba junto al árbol que sombreaba el almacén.

—Me habían encargado un yugo vistoso para uncir los bueyes, en la Fiesta de la Cosecha, de uno de los miembros del Sanedrín —les contó mientras Adael iba tomando cada pedacito entre el índice y el pulgar, con un halo de espanto, como si la magia de esos hombres orientales a los que su cuñada acababa de referirse pudiera transformar aquel oro en humo—. María había terminado de recoger la cocina. ¿Te acuerdas? —buscó su asenso —. Entonces nos llegaron unas voces y unas risas que se acercaban.

Unos chiquillos armados de faroles iban y volvían para iluminar el paso a un estrafalario séquito, que llegaba acompañado por algunos vecinos y por los chuchos de la aldea, que ladraban a las patas de las cabalgaduras. En Belén estaban tan acostumbrados a los viajeros que, cuando no mostraban interés en detenerse a descansar en una posada ni en comprar un animal de sus rebaños para los sacrificios, los ignoraban. Si en aquella ocasión acompañaban a los extranjeros fue por la rechifla con la que acogieron su relato junto a la primera de las casas donde se detuvieron solicitando información.

—¿Dónde está el palacio?

—¿Palacio? —se extrañó un hortelano que picaba con una piedra el filo de su guadaña—. Aquí no tenemos palacios. Los encontraréis si regresáis por la misma ruta que habéis venido —con el brazo señaló hacia las lomas cubiertas de bancales y arboledas—, en Jerusalén.

—Venimos de allí.

—Pues le repito que aquí no tenemos palacios.

—Entonces, ¿qué podría decirnos del niño?

—¿Qué niño?… —el aldeano dudó si no eran una comparsa de locos.

Al señuelo de su pintoresco aspecto empezaban a concentrarse otros paisanos.

—¿Hay en Belén una reina recién parida? —se adelantó con otra pregunta el que hacía de portavoz de la caravana.

El hortelano dirigió la mirada a su esposa, que había salido a la puerta.

—Diles algo, mujer —le imploró.

—¡Qué voy a saber yo!

—¿Y alguna muchacha que haya tenido un hijo? —pareció que el extranjero bajaba sus expectativas.

—¿Será Ruth? —lucubró una vieja, llevándose el índice a los labios—. Tuvo a su niña hace siete u ocho meses.

—¿Una hembra? —se extrañó el mismo viajero desde la silla de su caballo—. No; tiene que ser un varón.

—Sí, un varón —avaló otro de los magos con el acento de un idioma exótico.

—¿Y el de la galilea? —habló una señora con dos mocosos en los vuelos de la túnica.

—Pero esa no es de aquí —dijo una paisana.

—¿Parió un varoncito? —el noble tiró de las riendas, para sujetar al caballo.

—Creo que sí —otra, con los brazos en jarras, alabeó la boca, insegura acerca del sexo del bebé.

—¿Por qué la buscáis? —les sondeó la anciana en nombre de todo el público que, curioso, había ido acercándose.

—No es a ella a la que venimos a ver sino a su hijo, vuestro Rey.

Los congregados se miraron entre sí antes de romperse en una carcajada.

—¿Estáis de broma?

Los viajeros declararon que seguían la ruta de una estrella que venía guiándoles desde sus lejanos países.

—Esa luz anuncia el nacimiento de un monarca.

—¡Gloria al rey! —exclamó alguien, avivando la befa.

—¿Dónde tenemos al monarca de Belén?

Aquella incógnita también fue vitoreada con chanzas.

—¡Que se lo pregunten a la luna!

Los forasteros esperaron a que el jolgorio se aplacara.

—Hemos dejado de ver la estrella al coronar un otero con árboles —. Entendieron que aquel mago aludía al monte de los Olivos, un huerto frondoso en el último repecho del camino de Jericó—. Pero ha vuelto a resplandecer una vez partimos hacia aquí, para bajar y posarse sobre estos caseríos.

En efecto, un punto celeste pendía en la noche, irradiando una luz verdosa. Pero nadie en Belén lo había tenido en cuenta, ni cuando quedó oculto por las nubes ni cuando se abrió un lucernario por donde el astro se asomó sobre la aldea. Convencidos de que los extranjeros venían bebidos, tomaron puños de arena y se los arrojaron, animando de este modo la trapatiesta.

A causa de la incredulidad de los suyos ante la revelación en sueños del ángel, José decidió omitir lo referente a la estrella.

—Por nuestra puerta asomó la cabeza de un dromedario —les contó—, de cuyas bridas tiraba un mancebo del color del

carbón. Sobre él cabalgaba un negro entrado en años.

La boca de la viuda de Jacob se abrió como un pozo.

—No conseguimos entenderle porque hablaba una lengua desconocida, pero por otro de los viajeros, que se nos dirigió en arameo —apuntó María—, supimos que había llegado desde más allá de las tierras de Aksum.

—Aksum… —murmuró Obed, maravillado ante su cuñada, que no era necia como Kerem, pues conocía lugares de los que nunca habían oído hablar.

La vivienda se había poblado con los imaginarios aromas que aquellas gentes trajeron pegados a la piel y a sus ropajes.

—Eran tres —el carpintero se echó hacia atrás, para alcanzar el bolso que solía llevar anudado al cinto—, cada cual con sus fámulos. El primero había partido de Etiopía, para ascender por el curso del Nilo antes de entrar en Canaán; el segundo siguió el Éufrates, para bajar desde Mari a Tadmor y desde allí a Damasco, donde se unió al tercero, que procedía de una de las tribus de la orilla occidental del mar de Persia. Estos dos últimos tomaron la carretera que bordea el Jordán hasta que alcanzaron el límite de Samaria con Judea, donde hallaron el campamento del africano.

Abrió la talega e introdujo la mano para sacar unos cristalitos anaranjados.

—¿Son frutos? —dudó una de sus hermanas, pues tenían la apariencia de las uvas pasas.

El artesano miró a María y ambos rompieron a reír.

—Pruébalos —. Antes de que la mujer fuera a coger una muestra, cerró el puño—. Quieta. ¡No se pueden comer!

—¿Qué es? —preguntó con ansia su otra hermana.

—Mirra.

Se sorprendieron, pues aquella resina solo estaba al alcance de los ricos, que la aprovisionaban para perfumar los cadáveres de sus seres queridos antes de enterrarlos, o para quemarla junto al lecho del enfermo y limpiar con el humo el aire viciado de la habitación.

—¿También os la dieron los magos?

—Sí —asintió María—. Fue otro regalo para Jesús.

No pudo ser el azar lo que animó a aquellos sabios a partir de sus pueblos —en tres momentos sucesivos— en pos de la nueva estrella. Salieron distanciados en el calendario, según la lejanía que a cada uno le separaba de Jerusalén, destino hacia el que les fue guiando aquel cuerpo celeste que, antes de que se conocieran, cada cual había interpretado como el oráculo del nacimiento de un hombre poderoso.

Una vez en la Ciudad Santa entraron juntos en el Templo, decididos a solicitar a los sacerdotes y los escribas una respuesta a la súbita desaparición del astro. Allí dieron, por aparente casualidad, con un anciano que predicaba acerca del advenimiento del Rey de reyes. Se trataba del viejo Simeón, quien en las escalinatas del Atrio de los Gentiles aún clamaba la buena nueva a quien quisiera escucharle. A través de sus palabras entendieron que el pequeño que buscaban desde hacía tantos meses no era solo el heredero de una monarquía, sino el Enviado de un Dios que estaba muy por encima de todas las deidades, también de las que ellos adoraban según la fe de sus respectivos pueblos.

—Y ese tercero —Adael frunció las cejas, invitado por la seducción que sobre él ejercían el oro y la mirra—, ¿también llegó con un presente?

Al ver que José volvía a meter la mano en el bolso, contuvo el aliento.

—¡Incienso! —exclamó el carpintero al mostrarles una cajita del color de las cerezas.

—También para Jesús, suponemos —habló el marido de una de sus hermanas.

—Así es —la destapó con cuidado, aspiró el perfume y se la entregó a su madre, quien sin apenas olerla se la pasó a Adael para que continuara la ronda.

—¿Qué ocurre con nuestro primo para que vengan a festejarle desde tan lejos? —preguntó, fascinado, Malaquías, el mayor de los sobrinos, observando a Jesús por encima de las cabezas de sus familiares.

—Debieron confundirlo con otro.

—¿Con quién? —a Susana le molestó la rotundidad de su yerno.

—Pues con el hijo de un levita, quizás, o de un sacerdote.

—Desde luego, esta historia es otro sinsentido —enjuició Obed—, como casi todo lo que nos habéis contado esta noche.

—Pero, ¿cómo os atrevéis a hacer semejantes juicios?

—No te apures, madre —le dijo José.

Se trenzó entre los presentes un incómodo mutismo.

—¿Es que nadie, en esta casa, cree que pueda existir gente bondadosa? —Meital se enderezó sobre las rodillas—. Esos extranjeros tienen que ser gente muy buena. Quizás, por alguna razón que se nos escapa, decidieron premiar a los recién nacidos de Judea.

—Observad su carita —solicitó inmediatamente una de las hijas del difunto Jacob—. ¿No es hermoso?… —. El niño dormía

plácidamente—. Es igualito que tú —lisonjeó a María—. Comprendo a esos magos, porque yo tampoco hubiera podido resistirme a dárselo todo.

La doncella la sonrió con los ojos.

—Hermana —refunfuñó Obed—, estamos hablando de cosas serias: oro, mirra, incienso… ¿Qué clase de locos van por el mundo regalando su fortuna? ¿Y por qué buscaban a vuestro bebé?

José se encogió de hombros, como si no hubiese logrado averiguar la intención de los astrólogos.

—Lo importante es que tenemos el oro —dijo—. Y que con él vamos a librarnos de una pesada argolla.

—Pero es de tu primogénito —expuso la anciana—. ¿Con qué derecho vamos a quitárselo?

Estalló una ascua en el interior del horno.

—¿No es Jesús nieto de padre? —enfatizó tras recuperar los bastoncillos. Volvió a guardarlos en la bolsa y se la entregó a la viuda—. Algún día será cabeza de esta familia. Por tanto, si sobre nuestro padre recayeron las obligaciones que asumió el abuelo Matán, cuya ruina nos empujó a la indigencia en esta ciudad tan lejana a Belén, obligándote, madre, a criarnos en continuos aprietos, comprometiendo además nuestro negocio con cada visita de los agentes del usurero, no habrá entre los miembros de mi sangre quien esconda una riqueza como esta, con la que al fin podemos compensar tu dolor.

—¿Y por qué, en vez de pasárnoslo por la cara, no lo depositaste en la casa de préstamos? —su hermano mayor había tensado la voz—. Apenas hay distancia entre Belén y los establecimientos de usura, en los alrededores del Templo. De ese modo, por boca del cobrador hubiésemos tenido noticias de lo bien que os marchaban las cosas —finalizó con ironía.

Al artesano le dolía la desconfianza de sus hermanos. Recapacitó. ¿Hubiese sido más prudente no haberles contado nada acerca de los magos, no haberles mostrado aquellos presentes, reprimir su deseo de compartir con ellos el final del terrible vínculo con la casa de préstamos y empeños?

—Con la de cosas que podríamos hacer con ese oro… —suspiró Obed, dejándose llevar por la codicia—. La primera: marcharnos de una vez de esta ratonera, para comprarnos una casa grande en el centro de la ciudad.

—Con un nuevo taller —propuso uno de los cuñados.

—Y herramientas —sumó Malaquías.

—Y una mula… y… y otra borrica —añadió Adael.

—¿Nos daría también para unos muebles? —preguntó

Meital.

—Yo quiero un triclinio **—anotó, ansiosa, la esposa del más pequeño.**

La espontaneidad de aquellas reacciones ahondó el pesar de José. ¿Qué hubiesen dicho de haberles contado que los extranjeros se postraron ante el niño para adorarle? De rodillas, los magos, libres de suspicacias, vislumbraron la presencia escondida de Yahvé en las carnes del recién nacido.

—En la colonia de Heliópolis mostré los bastoncillos a un cambista —con su voz serenó aquella catarata familiar de caprichos—. Tuvo la honradez de reconocer, después de darme su precio, que aquí, en Canaán, me pagarán un poco más por ellos. Imaginaos mi asombro cuando, después de hacerse un cálculo, me dio la cifra que podríamos conseguir en los puestos orientales de Cafarnaúm —barrió con las pupilas a Adael y Obed—. ¡Coincide con lo que aún nos queda por pagar del principal, además de las penalizaciones por nuestros retrasos!

—Milagroso… —susurró la abuela.

—El Señor quiere que zanjéis la deuda de una vez por todas —añadió María.

—¡Alabado sea Kyrios**! —exclamó Susana.**

Sus hijos trocaron una mirada desdeñosa, pues seguían dudando de la sinceridad del relato.

—¡Sorprendente! —resumió, mordaz, Adael—. Pero sigues sin decirme por qué no fuiste con el oro a Jerusalén para cerrar, cuanto antes, este larguísimo capítulo.

Todos miraron de nuevo a José.

—Aquella misma madrugada, una vez se marcharon los viajeros —desistió de enfatizar sus palabras—, el ángel se me volvió a aparecer en sueños.

—¡Ya estamos!

—Y tuvimos que partir…

6.

A Satanás le sorprendió que en la Vía Láctea hubiese brotado aquella estrella, una inmensa bola de fuego que se había librado del larguísimo proceso con el que se formó la miríada de astros y que no estaba condicionada por las leyes de la física. Al momento entendió que la Naturaleza se preparaba para recibir el alumbramiento del hijo de Adán.

Espió las primeras mediciones de aquella tríada de astrólogos, que por las noches y desde puntos muy distantes de la tierra conocida, con sus mapas astrales estudiaban el lucero. La estrella desprendía algo parecido a un polvo áureo y se movía en el espacio marcando una dirección: hacia el noreste desde África,

hacia el suroeste desde los grandes ríos de Asia y el otro lado de los desiertos.

Los demonios que el Dragón colocó junto a cada uno de los magos le fueron dando noticias de las etapas de las tres expediciones. No le sirvió de nada, pues Gabriel se le adelantó: el africano y los dos orientales viajaron en compañía de ángeles poderosos que formaron una segunda e invisible partida de escuderos. Eran serafines de las mismas tropas que, siglos atrás, favorecieron a los profetas. Se encargaron de limpiar los caminos de las acechanzas y de los rigores más rabiosos de un invierno que Lucifer, sin éxito, trató de empujar desde los Polos.

Horas después de que los astrólogos hubiesen adorado a Jesús, el arcángel les impelió en sueños a que partieran. Descansaban en una posada de Belén, con el inconsciente abandonado en el maravilloso encuentro con aquel matrimonio joven y pobre.

Huyeron por una ruta distinta a la prevista, sin pasar por la Ciudad Santa para cumplir el compromiso al que habían llegado con Herodes, que deseaba conocer por boca de aquellos extranjeros la identidad de la criatura que venía a disputarle el trono. Satán, afrentado, corrompió un poco más el corazón del idumeo, quien al verse burlado después de aguardar durante más de cuarenta y ocho horas el retorno de los astrólogos, sin esperar el plácet de la autoridad imperial convocó de madrugada a los capitanes de su guardia, a quienes exigió que buscaran, casa por casa, a todos los niños de la comarca menores de dos años para degollarlos.

—Despierta —la zarandeó—. ¡Despierta!

María se levantó con un sobresalto. Antes de mirar a su marido volvió la cabeza hacia la hamaca en la que dormía Jesús.

—¿Qué sucede?

—Tenemos que huir.

El artesano llevaba el pelo revuelto y la ansiedad en la respiración. Iluminándose con el tímido pábilo de una vela, fue de un lado a otro, tomando y desechando distintos objetos. Fueron pocos los que metió en la alforja que colgó a uno de sus hombros. Mientras, María se acuclilló ante la cocina, dispuesta a alimentarla con unos manojos de hierbas secas.

—¡Deja eso! —le pidió el carpintero—. ¿Por qué no tomas un saco de grano, alguna torta de ayer y una cantimplora? Lo demás tendrá que quedarse aquí hasta que volvamos.

—Pero, ¿a dónde nos tenemos que ir? —. José había logrado asustarla.

—Muy lejos. A tierras de Egipto —apenas le salió la voz. Le

apenaba intimidarla—. Herodes quiere matarle.

María emitió un leve gemido antes de abalanzarse sobre la cuna para tomar a su hijo en brazos, sin molestarse en preguntarle cómo había conocido semejante noticia. Abrió el arcón con Jesús apretado a su pecho y tomó alguna ropita para defenderle del frío.

—Estoy lista —declaró mientras se echaba encima el manto. En la mano que le quedaba libre llevaba un peine y las ramitas que cada mañana mordisqueaban para limpiarse los dientes.

José abrió la puerta, sosteniéndola con las manos para que no chirriaran los goznes, destrabó la majada y sacó los corderos a la intemperie.

«Me los guardará el vecino. Y si no regresamos, sabrá darles buen uso», pensó con lástima.

Iban a marcharse de Belén como ladrones, amparados por la oscuridad, como huyen los perros asilvestrados después de comerse las basuras.

Empujó el carro a toda prisa, colocó el cabezal al asno y lo enganchó a las varas, tomó cuatro o cinco herramientas y se anudó la bolsa a la cintura.

—¿Estás lista?

María subió al pescante y miró el cobertizo por última vez.

José dio un tirón al ramal.

—Evitaremos el camino hasta que dejemos las colinas —dijo con la mirada clavada en las ondulaciones que cerraban el paisaje. Tenía decidido que no saldrían a la carretera antes de pasar los caseríos de Etam—. Si nos vemos obligados a vadear alguna barranca, tendrás que bajar del carro.

El cielo se combaba sobre ellos como una bóveda de azogue.

No llevaban más de tres o cuatro estadios —un descenso, una breve planicie, la mitad de una cuesta entre rocas y acebuches— cuando el aire del Norte les trajo un grito desgarrador.

—¿Qué ha sido eso?

—Son las voces de una mujer —afirmó la doncella, volviendo el rostro hacia la huella que iban marcando en la tierra esponjada.

Les llegó el eco de otro lamento y José detuvo la carreta para mirar, sobrecogido, hacia Belén.

—Parece como si el mundo se quejara.

—Buscan a nuestro hijo —María embozó la cabecita de Jesús con el vuelo de su capa—, pero como no saben quién es, cargan contra todos los niños.

En la memoria de ambos resonaron los versículos de

Jeremías:

Un clamor se ha oído en Ramá,
llanto y gran lamento:
es Raquel que llora por sus hijos
y no admite consuelo,
porque ya no existen.

En Ramá descansaban los huesos de la esposa preferida de Jacob, cuya muerte lloró el profeta con amargura. Siglos después, desde Ramá los israelitas contemplaron la destrucción de Jerusalén por las tropas de Nabucodonosor. Y en aquel instante, la desolación en las familias de la comarca se unía a las lágrimas de todo un Pueblo.

Nada más dio la orden del infanticidio, Herodes abandonó la ciudad apresuradamente para evitar la furia del Sanedrín. Los oficiales a caballo custodiaban su carromato por la senda principal que conducía a los puertos del Mediterráneo. Impasible al dolor de los súbditos que Roma le había entregado confiado, trataba de coger el sueño entre mullidos almohadones.

José no podía quitarse del pensamiento lo que estaba sucediendo en la aldea. Imaginó la aparición de los verdugos, los golpes desconsiderados en las puertas, la pérfida curiosidad con la que pasarían sus lámparas y antorchas por las habitaciones, los malos modos al preguntar por los menores de dos años, las manos fuertes que arrebatarían del sueño a los niños para alzarlos de un pie, de un brazo, del pelo… con la intención de descubrir su sexo. A las hembras las dejaron caer al suelo y a los varones los pasaron a cuchillo.

Los ojos se le cuajaron en lágrimas. Se sentía culpable del destino fatal de aquellos inocentes y del desconsuelo de sus madres, que dominadas por la histeria trataron de detener el brazo ejecutor, frenar los pies de los alguaciles que se llevaban a sus niños para degollarlos en el patio. No fueron muchos: siete u ocho. Reconocía sus caritas y de algunos sabía los nombres, también los de sus padres. Detrás del almacén vivía un joven matrimonio que tenía dos hijas y al que Elohim **había premiado con un chico, Saúl, que por aquel entonces daba sus primeros pasos. ¡Cuánto se había reído José a costa del chiquito, cuando su padre lo traía en brazos hasta el taller para que acariciara al pollino! Una tarde el artesano lo subió sobre la cruz y, sosteniéndolo, hizo avanzar al paciente animal a paso lento. Saúl llenó la era con gozosos chillidos, apretando en sus puñitos matojos de crines y tratando de hacerse con las orejas cuando la bestia las sacudía para espantar las moscas. Más tarde, junto a su madre y sus hermanas, sentadas al sol con María, que**

amamantaba a Jesús, Saúl se aupaba buscando agarraderas, pero daba tres o cuatro zancadas bamboleantes y caía sentado, como un saco de arena antes de volver a intentarlo.

—Saúl… —murmuró anegado en llanto—. ¿Qué te han hecho, mi pequeño?

María acababa de verlo en su interior.

—Su ángel lo ha conducido a la presencia de Adonai **—dijo, sorprendida de su propia voz—, que acaba de entregarle la palma dorada de los mártires.**

—Entonces… —balbuceó el artesano, limpiándose la moquita de un manotazo—, lo han matado.

—Es extraño —apretó los hombros, aterida por un aliento helado que le penetraba por debajo de la piel—; todos ellos han aceptado su destino.

—¿De quiénes hablas?

—De los niños —respondió.

—No te entiendo —había tomado al burro por el cabestro, para ayudarle a tomar impulso en las últimas pendientes de la loma.

—Han dado la vida por Jesús, sin conocerle —había bajado la cabeza y miraba fijamente a su hijo, medio oculto en el rebozo —. Y están dichosos, José —también sus ojos se cargaron de lágrimas, que le rodaron hasta los labios—. Felices de ser sus primeros testigos ante el altar del Señor.

Jesús siempre tuvo presentes a aquellos niños y a sus familias. En la intimidad del hogar, en Nazaret, con frecuencia hablaban de ellos y de su sacrificio —además de los que fueron asesinados en Belén, las huestes del idumeo dieron muerte a diez más en los caseríos de los alrededores—, una herida que no se cerraba. Si para José los años habían cubierto de bruma los rasgos de Saúl, el tintineo de su risa y el movimiento de su cuerpo en el empeño por caminar, Jesús tenía presentes (aunque cuando todo ocurrió no se le pudo formar un recuerdo) sus suaves facciones y el timbre de su voz. También el del resto de las víctimas, que podría haber detallado con claridad admirable —los ojos redondos, como de ardilla, de Darom; los cabellos ensortijados y negros de Asael; los dientes de leche, graciosamente separados, de Tovli…—. Llevaba grabado a fuego el testimonio de aquellos primeros heraldos, como si los viera del otro lado de la urdimbre de la vida, coronados a cambio de su sangre infantil.

VI. La muerte del Patriarca

En la casa de mi Padre hay muchas moradas. De lo contrario,
¿os hubiera dicho que voy a prepararos un lugar?

1.

Las visitas al que fuera su hogar duraban poco. La mayoría de las veces tan solo pasaba una noche junto a su madre. Al salir el sol cantaban juntos algunos salmos, desayunaban, la besaba y se calzaba las sandalias para marcharse en busca de sus discípulos.

—Llévame contigo —ella solía pedirle.

—Sabes que es mejor que me aguardes aquí.

María lo contemplaba con tristeza. En sus pupilas ardía un arrollador deseo de seguir sus pasos.

—Ya nada me ata a esta casa.

Jesús era consciente de que la dejaba en un hogar sin ecos, a pesar de que la mayoría de los enseres llevara la huella de José.

—Cuando sea preciso, mandaré a alguno de los míos a que te llame.

Se le fueron los ojos a las vigas que sostenían el techo de la vivienda. Las había remozado con su padre: juntos retiraron la argamasa de la cubierta, cambiaron los travesaños enfermos de carcoma, sanearon los añejos, tendieron un nuevo cañamazo y lo compactaron e impermeabilizaron con la ayuda de unos rodillos de piedra. Fue el último trabajo de José.

—Me abrasa el estómago —se quejó el carpintero apretando los dientes—. Necesito tumbarme.

Jesús le ayudó a acostarse en la azotea.

A lo largo de los últimos meses, José había perdido peso, deshaciéndosele la musculatura y hundiéndosele el pecho. La piel, mortecina, se le arrugaba en las mejillas, marcándole los pómulos. Los labios los llevaba siempre resecos, a veces quemados por un herpes. Hacía tiempo que la mancha del rostro asemejaba un cuero blanqueado con salmuera, y por el tono amarillento de la cara no le resaltaba tanto. No así la laringe, que parecía un mástil por el que le caían los obenques del cuello, desde las quijadas angulosas a las clavículas, que flotaban como cuadernas de un barco sin vestir. Los párpados le esculpían una expresión fatigada y la nariz parecía habérsele afilado sobre el bigote ralo y cano. Su cabello había perdido brillo y densidad, y sus manos, otrora imperiosas, se balanceaban desde sus brazos huesudos cual poleas desproporcionadas. Con frecuencia se las llevaba a la tripa hinchada.

—Me queda poco tiempo, ¿verdad? —buscó una postura en la que la barriga no le oprimiera.

A Jesús se le hizo un nudo en la garganta.

—Solo Adonai lo sabe —compuso una frase de alivio para contener las emociones.

—Oh, vamos, hijo mío. No tengo miedo —suspiró—. ¿Quién podría tenerlo junto a ti? ¿Y junto a tu madre?... Hasta en la muerte soy el hombre más dichoso.

No había en él comentario interesado ni gratuito. Era un padre transparente del que el muchacho lo había aprendido casi todo.

—Bajemos al patio —Jesús tenía los pies colocados sobre dos tablones, para no dañar el mortero con su peso—. Allí podrás descansar y te llevaré un poco de agua fresca; esta se ha recalentado.

Al ayudarle a incorporarse, apenas tuvo que tirar de él porque pesaba como un gorrión.

—Mi pequeño... —fue el artesano a revolverle el pelo, pero la ausencia de vigor le hizo trastabillar. Perdió el equilibrio.

—Aunque lo quisieras, ya no soy tu pequeño —le comentó cuando lo tomó por las axilas y lo atrajo hacia sí.

—¡Mi Jesús!... —masculló, incapaz de mantenerse erguido —. ¡Cuánto te quiero!

Le fue acariciando las facciones, recorriéndoselas con la yema de sus dedos temblorosos. Le palpó los labios, de los que tantas dulzuras habían salido: llanto y gorjeo de bebé, la voz tierna de los balbuceos —¡el recuerdo de la primera vez que lo llamó abbá, papaíto!—, el tono roto y grave de la adolescencia, repleta de preguntas acerca de la vida, la familia, la estirpe... la modulación preciosa de sus cantos y la cadencia con la que dotaba a todas sus palabras de una bellísima armonía.

—Mi pequeño —repitió—. Mi hijo y mi Señor... —. Le acarició el sedoso bigote y dejó resbalar las manos por la barba, hasta apoyarlas en sus hombros musculados—. Mi Dios... —nunca se había atrevido a llamarle así—. Mi único Dios.

Jesús se vio incapaz de pedirle prudencia. No le hubieran salido las palabras, pues la tristeza le abrasaba la lengua.

—¡Soy tan feliz! —proclamó José—. Adonai me ha concedido el don de verte, de escucharte, de tocarte y acompañarte —hablaba en susurros—. Elohim me confió el cuidado del Dios que tantos reyes quisieron ver y no vieron, oír y no oyeron... ¡Te he besado, Dios mío! —. Le nació un silbido en el interior del pecho —. ¡Te he besado tantas veces!... Y he trabajado para ti, mi Señor, y para la mujer en la que anidó tu Espíritu. Dime —no podía elevar la cabeza para buscarle con los ojos, pues el cuerpo no le respondía—, a quién le fue concedida la virtud de custodiarte sino a este pobre hombre. ¡Soy tan feliz!... Me has permitido

verte crecer, llevarte en brazos de cachorrillo, vigilar tus noches de fiebre, instruirte… ¡Instruir al mismo Yahvé, del que no nos atrevemos a pronunciar su nombre! —tragó—. Te he dado a conocer los secretos de mi humilde oficio y, al mismo tiempo, he aprendido de ti, hijo mío, porque desde que naciste no has dejado de enseñarme, también cuando dormías… ¡Qué de horas he pasado velando tus sueños, con la certeza de que te estaba adorando!

María acababa de salir de la casa con un cestillo de ropa.

—¿Qué os pasa? —. Necesitó protegerse los ojos del sol al mirar hacia el terrado.

—Padre no está bien —le advirtió, soltando una vaharada de aire. Lo aguantaba por debajo de los brazos—. ¡Míralo! —rompió a llorar. José apenas podía con el peso de su cabeza.

María dejó caer el capacho y corrió hasta la escalera de mano por la que habían subido al tejado.

—¡Bájalo, por lo que más quieras!

—Tranquilos —el Patriarca se empeñaba en enderezarse—. Vamos, Jesús, suéltame, que ya estoy mejor.

Pero no lo desasió, convencido de que se caería de bruces.

—Busca ayuda, madre.

Sin pensárselo, la mujer salió a escape, reclamando el socorro de sus sobrinos.

Tras el fallecimiento de Susana, José, Obed y Adael decidieron separar sus intereses. Jesús era hijo único, no así la descendencia de los otros dos hermanos; demasiados brazos para un solo negocio, demasiadas personas para un obrador tan pequeño, aunque tíos y primos todavía se unieran cuando les llegaban encargos que requerían premura o el concurso de muchos obreros.

Disfrutaba Jesús en compañía de sus primos; aún más cuando el trabajo exigía la ayuda de otros jóvenes de la barriada para cortar bloques de piedra caliza, abrir zanjas, talar árboles, retirar zarzas, sacar grava del río, arreglar caminos o construir muros. Dada la habitual escasez de jornales para los habitantes que se hacinaban en el cerro, aquellos días de labor se vivían con especial contento, más entre los que compartían tajo con el hijo de María, pues a su lado se propagaba el buen humor.

Entre los descendientes del difunto Jacob no hubo discusión acerca del reparto de los bienes: a José, por ser el mayor, le correspondió el hogar materno con la corraliza, que anexionó a su vivienda; a Adael la bestia de carga que hasta entonces habían dedicado a las tareas de la casa de Susana y el viejo carro lleno de remaches, junto a un juego de herramientas, el tercio de las

gallinas y una cabra; a Obed otro lote de herramientas, la alcuza y las tinajas, además de las aves y un chivo. María tuvo la consideración de convocar a las hijas de sus suegros, a las que ofreció el contenido de los baúles y del aparador para que lo dividieran a su gusto, sin expresar una sola queja cuando, ajenas a su licencia, sortearon entre ellas las mantelerías y las colchas que habían salido de sus manos y que, tiempo atrás, tuvo a bien regalárselas a la viuda de Jacob.

Desde que José canceló la deuda, Obed y Adael habían conseguido algunos ahorros, de tal modo que no les resultó demasiado gravoso abrir sendos talleres al otro lado de la calle principal. Hasta el de Adael, más cercano a la casa del primogénito, llegó María con la respiración entrecortada.

—José se muere —le anunció a su cuñado, que junto al mediano de sus hijos afilaba a golpe de azuela los cantos para una trilla.

—¿Qué estás diciendo?

—Se muere, Adael —insistió, tomada de los hombros por aquellas fornidas manos—. Está con Jesús en la solana; él solo no lo puede bajar.

—¡Gadiel! —voceó, dirigiéndose a la puerta abierta de su casa. Un muchacho apareció en el vano—. ¡Vuela a la casa del tío Obed! Dile que le necesitamos donde los tíos. Y de paso, que alguien mande llamar a mis hermanas y cuñados.

Cuando la doncella regresó, precedida de Adael y dos de sus hijos, José ya se encontraba tumbado en la pequeña plazoleta que formaba la vivienda con la trasera de las casas de enfrente. Jesús estaba arrodillado a su vera.

—¡Dejadnos pasar! —Adael empujó a los vecinos.

Con la intención de llevar al enfermo un soplo de frescor, una mujer abanicaba al artesano con unas hojas de palma.

—Está bien —Jesús le hizo un gesto para que detuviera aquel enérgico movimiento.

—¿Quieres un poco más de agua? —le preguntó una anciana, tendiéndole un trapo empapado.

Tomó el sudario y lo plegó, antes de posarlo sobre la frente de su padre.

María se arrodilló junto a ellos.

—Mujer… —susurró José, arrastrando las sílabas. Su lengua luchaba para no pegarse al cielo del paladar. Ella le buscó la mano y él hizo un esfuerzo por apretársela, pero apenas consiguió presionarle los dedos—. El Señor ya se ha llevado mis fuerzas—. Buscó con los ojos a Jesús—. No me la dejes sola… Sea cual sea tu misión, no me la dejes sola.

Madre e hijo intercambiaron una mirada que contenía algo más que un dolor compartido: un compromiso que no exigía palabras porque estaba fraguado mucho antes de que ambos nacieran.

Los ojos del artesano parecían cristalizarse.

—Esposa, dame la mano —no quiso la doncella recordarle que ya las tenían trabadas—. Hijo mío —hizo que lo buscaba, porque para él todo se había cubierto de una luz lechosa—, dámela tú también.

José, María y Jesús desatendieron a todos los presentes —también a Adael, a Obed y a los hijos de ambos, así como a las hermanas y cuñadas, que acababan de arribar entre plañidos—, como si estuvieran solos en el patio, haciendo de la muerte una experiencia íntima, en un triángulo de amor que iba y volvía de Jesús a José, de Jesús a su madre, de María a su marido.

Jesús dobló la espalda para apoyar la frente en la del Patriarca, como si tratara de absorber todas sus virtudes antes de que diera el último suspiro.

—Abbá —comenzó a llamarle en un lamento—, ¡padre!...

El agonizante se esforzó en producir un resquicio de saliva.

—Quién pudiera acabar sus días de este modo —. Hizo un conato de sonrisa. Por la sien le rodaban las lágrimas de su hijo —. De tu abrazo al abrazo de Adonai.

—Abbá —repitió, a la vez que sentía la humedad del llanto de María, que acababa de tender la cabeza sobre su espalda.

Una de las hermanas de José cayó de rodillas, ebria de una emoción que iba más allá de su natural tristeza.

—Ponte en pie —le conminó su marido, apurado por lo que la gente pudiera pensar—. Los judíos no nos postramos ante los hombres.

Pero no le hizo caso, llevada por la certidumbre de que en aquella agonía se enlazaba la misteriosa presencia del Eterno.

—Es mejor que le llevemos dentro de casa —dijo Jesús, incorporándose.

Hizo una señal a los hijos de Adael para que le ayudaran a trasladarlo. Al posarle la mano izquierda sobre el esternón, apenas notó sus latidos. María, que les abrió el camino, se apresuró a desenrollar un colchón y mullir unos almohadones.

—Estoy bien... estoy bien... —insistía José con la lengua inmóvil.

Ella, a su lado, iba mojándole los labios con un paño.

—Esperad afuera —les pidió el hijo del carpintero a los suyos en cuanto el moribundo estuvo acomodado.

El murmullo quedó al otro lado de la puerta. Mientras

tanto, Jesús comenzó a desgranar oraciones que daban color a la faz de un Dios misericordioso.

—Qué a gusto estoy a vuestro lado —balbució el artesano después de hacer un esfuerzo para llenarse los pulmones, que se le vaciaron de golpe tras emitir la última palabra—. Qué felices somos cuando estamos los tres juntos —alcanzó a decir.

—Pero, padre —aprovechó aquel breve diálogo para tratar de dulcificar el ambiente de despedida—, ¿es que nos hemos separado alguna vez?

José buscó su voz con sus ojos ciegos.

—Una vez te perdí, mi Señor.

Aunque María no había sido testigo de la manifestación de fe de su marido en la azotea, no le extrañó que en aquel momento se dirigiera a Jesús utilizando el nombre con el que tantas veces las Escrituras se refieren a Yahvé.

—Y me encontraste —le besó la frente, que se iba quedando sin color.

—¿Por qué no viniste? —preguntó con alarma—. Tu madre y yo te buscamos durante tres días.

—Calma, José —acercó los labios al oído de su esposo.

—Nadie lo ha visto —tenía el rictus estremecido, como si tuviera miedo—. ¿Dónde está Jesús?...

2.

Leviatán tentaba al moribundo con el propósito de arrebatarle el alma mediante la desesperación, siempre aparejada a los recuerdos de los peores sinsabores de la vida. Habiéndose encontrado la vivienda protegida por los arcángeles, primero hizo un llamamiento a sus más poderosos diablos y juntos rondaron el collado escupiendo palabras venenosas que se deslizaron por los callejones y los repechos, entre las bestias y las aguas de los sumideros, rozando los pies juguetones de los niños y pegándose a las sandalias de los hombres y las mujeres.

—No está, María. ¡No está!... —se le convulsionaron las piernas, el cuerpo agarrotado.

—Tranquilo —volvió a decirle su esposa.

—¡Hemos perdido a Jesús! —se le iban los vocablos por ambos lados de la lengua.

Ella reclamó la atención de su hijo sin necesidad de pronunciar palabra, pero Jesús no hizo nada. Sentado sobre los talones, observaba la lucha que mantenía el agonizante.

—¿Qué ha sido de él? ¿Quién se lo ha llevado?...

María le rodeó la cabeza con los brazos.

—Nadie se lo ha llevado —le habló—. Está aquí, a tu lado.

Pero no consiguió apaciguarle.

—He preguntado entre los peregrinos —hinchó el pecho—. ¡Jesús! ¡Jesús!… Lo hemos perdido, María. Hemos perdido a nuestro hijo.

—Por favor —ella se mordió los labios—, no quiero que se angustie.

Pero su hijo no reaccionó.

Lucifer se encontraba estupefacto: se había encaramado a la corraliza hasta colarse, como niebla de azufre, bajo la puerta. Los embajadores del Omnipresente permanecían alrededor de la casa como si fueran estatuas, sin deshacer con sus armas las hebras de la ponzoña.

«¿Por qué me lo permiten?», se preguntó.

Jesús era el enemigo a abatir, a pesar de que aún no hubiera exteriorizado otro signo de autoridad que los fenómenos que iluminaron la noche pobre de su alumbramiento y el desconcertante viaje de los tres astrólogos, que leyeron en aquel lucero el advenimiento del Rey de reyes.

¡Lo habría podido destruir tantas veces!… ¿Qué era un niño, un adolescente, un joven, un obrero para él? Menos que nada frente a la marea del pecado que desde el Averno movía de un lado a otro de la Tierra. Pero la protección de las milicias aladas que servían a María y a José había hecho fracasar cada uno de sus envites.

Por tanto, ¿cuál era la razón por la que, en ese momento, los gases del Infierno podían infiltrarse a través del adobe y los resquicios de las maderas? Le sulfuraba no poder comprender al Eterno.

«¿Quién es Jesús?», caviló una vez más.

Porque del moribundo no albergaba duda: se trataba de otro hijo de Adán, un cualquiera al que Kyrios **había puesto al lado de aquella muchacha a la que no había visto concebir al hijo de sus entrañas, un padre de cortas entendederas.**

«No es profeta, ni sacerdote, ni príncipe. Ni siquiera jefe de alguna de las facciones que dividen a este pueblo maldito. Llega al final de sus días sin que de su boca haya brotado una sola frase inspirada, de sus manos un solo milagro. No ha recibido oráculos ni acaudillado a los hombres contra el invasor pagano».

Jesús contempló en pie la zozobra que se había adueñado de su padre.

—Es necesario que pase por esto.

Iba María a requerirle el motivo, pero se le deshicieron las palabras. Confiada, volvió los ojos hacia su marido.

—No está, María. No está… —seguía preso de aquella agitación.

—Sí que está —deslizó los dedos por el pelo canoso del artesano—. Está él y estoy yo.

Jesús volvió a ponerse de rodillas.

—¿Por qué le dibujas una cruz? —le preguntó la doncella al ver que acababa de hacerle el signo de los ajusticiados sobre la frente, la boca y el pecho.

—Cuando culmine la Salvación, esta será mi señal.

—Hablas con enigmas —se resignó.

—Con la cruz todo volverá a hacerse de nuevo. Y a quien la abrace por mí, mi Padre le concederá convertir sus luchas contra las tentaciones del Demonio en fuerza y mérito.

María recordó que, en una ocasión, cuando apenas había dejado de ser un niño, también habló de aquella manera arcana.

—¿Quién puede decirme algo de mi hijo? —lloriqueó José.

—Por la cruz, el sufrimiento de padre y el de todos los hombres que hayan muerto antes de mi hora, se unirá al único y más grande Sacrificio.

—¿Quién ha visto a Jesús? —volvió a lamentarse antes de caer sumido en un breve aletargamiento.

—Le encomendaré la asistencia de quienes rueguen por una buena muerte —pasó suavemente la mano por el rostro de José —. Él les conducirá, en el feliz tránsito, desde este mundo herido a la casa de mi Padre.

3.

Sus padres le ilustraron acerca de los hitos que marcaban las bendiciones de cada jornada. Hasta siete veces al día los había visto suspender sus quehaceres para dirigirse al Todopoderoso en acciones de alabanza, para volver a continuación a aquello que tuviesen entre manos. Hasta siete veces él unía su voz a aquellas plegarias.

Al artesano, como patriarca, le correspondía incoar los salmos con los que Jesús y María glorificaban al Dios de Israel, Dios de los ejércitos y de las cosas que, por acostumbradas, pasan inadvertidas a los hombres: el cielo estrellado, la luz del amanecer, la lluvia, el sol que rasga las nubes, la germinación de los campos, la madurez de las cosechas, la fertilidad de los ganados y frutales y hasta el zumbar de los insectos. Los labios de José también enaltecían los principales laureles del Pueblo Elegido y se lamentaban, según el formulario sagrado, de sus traiciones al Pacto. Los tres entonaban con unción los versos que tenían un sentido más
ceremonial y litúrgico.

Gracias a su buen oído y una facilidad innata para las lenguas, además del arameo consiguió Jesús hablar con fluidez el

hebreo. Un saber elemental le llegó, en primer lugar, por labios de su padre, capaz de recitar de memoria, como judío devoto, largos pasajes de la Biblia, aunque con bastantes errores de pronunciación, gramática y sintaxis, como le hizo saber a Jesús el hassan **de la sinagoga. Aquel funcionario tenía por encargo instruir a los niños en la letra y la entonación de los cantos litúrgicos que acompañaban a cada una de las fiestas del año, a las que María fue dotando de significado al compartir bajo su techo los conocimientos que le transmitió su padre, el viejo Joaquín.**

Antes de que cumpliera los trece años, edad a la que los varones pasaban a ser considerados, con todas las consecuencias, miembros del Pueblo, José comenzó a llevarle a la sinagoga. Allí Jesús se unía a los muchachos del collado, junto a los que aprendió a escribir y alcanzó algunos rudimentos en ciencias matemáticas, apenas un barniz de contabilidad para defenderse cuando le llegara la hora de manejar dinero.

—Fíjate en mí —le decía su padre ante la pila del atrio, en cuyas aguas le mostró el ritual de las abluciones.

De mano del carpintero se asomó a la sobriedad de aquel edificio, cuyas paredes interiores estaban revestidas de mosaicos vidriados que representaban, con más intención que acierto, un cielo cuajado de estrellas sobre un palmeral. Juntos escucharon la recitación de los textos sagrados de boca de los lectores del pueblo, aquellos varones escogidos por su cualidad de dotar al lenguaje de una atractiva cadencia. Unidos a los hombres del barrio más pobre de Nazaret, con la cabeza vuelta hacia la lejana Jerusalén, los fieles respondían a la plegaria de las Dieciocho Bendiciones que un anciano declamaba desde el estrado.

¡Qué santo orgullo sentía Jesús cada vez que el artesano, durante la mañana del sabbath**, alzaba el brazo para hacer alguna pregunta a los escribas o al maestro de la Ley! Su padre planteaba, con respeto, dudas acerca de la aplicación en la vida cotidiana de los fragmentos de la** Torá **que se habían leído durante el servicio litúrgico o sobre los numerosos mandatos de la** Mishná**.**

4.

Jesús debía peregrinar al Templo. Para abrazar la edad adulta, tenía que entregar el primero de sus sacrificios.

—¡Alabado sea el Señor! —Susana, que se iba quedando sin vista, se sintió jubilosa al recibir la noticia—. Aprovecharemos para celebrar la próxima Pascua en Jerusalén, todos juntos—. Era un deseo que la anciana venía alimentando desde hacía tiempo. Intuía el final de sus días y no quería morir sin pisar de nuevo las

calles de la Ciudad Santa en compañía de sus descendientes—. Tengo que agradecerle a Yahvé los dones que he recibido a lo largo de los años —por el rabillo de sus ojos buscó a María, que tejía sin decir nada—. También aquellos que he sufrido y no he terminado de entender, como le ocurrió a Job.

—No te olvides de la cancelación de la deuda —le recordó Adael, que se había sentado en el suelo con la espalda apoyada en el murete de la corraliza—. El oro de aquellos extranjeros nos salvó de tantos años de sinsabores.

—El donativo de Susana es una muestra de justicia —intervino su esposa, que ocupaba el mismo banco en el que estaban sentadas las hermanas de su marido, la mujer de Obed y, en una esquina, María.

—Dices bien, Meital —asintió la viuda de Jacob—. Hace años que me siento en la obligación de depositar, en nombre de toda la familia, una generosa limosna en el gazofilacio.

Todos conocían que Susana se había sacrificado con severos ayunos desde que su primogénito partió, con María embarazada, rumbo a Belén, y que había ido guardando monedas en una faltriquera, a las que sumó un dinero de más valor cuando cambiaron las tornas gracias a los presentes de los misteriosos astrólogos.

—Jerusalén nos espera —concluyó Obed.

Empero, aquella noche José le mostró a su esposa una inquietud:

—Cada vez que me viene a la cabeza la cercanía entre el palacio de Antipas y el Templo, me agarrota una sensación de pánico que no puedo controlar.

—Todos los años te asalta el mismo miedo.

—Lo sé, pero… ¿Y si en su testamento Herodes dejó escrito acerca de nuestro hijo como una amenaza que se le escapó de las manos y que su sucesor debe hacer desaparecer? Sus soldados tuvieron que encontrar nuestra casa vacía, tenlo en cuenta.

—En la Ciudad Santa nadie nos conoce.

Oían el hablar pausado de los vecinos, una risa o la advertencia de una mujer a un niño que no quiere dormirse.

—Tampoco nos conocían cuando lo llevamos para presentárselo a los levitas, pero aquel anciano lo identificó como el Mesías —calló—. Puede que el Espíritu se revele a otros hombres. Me asusta que alguien quiera proclamarle Rey. ¿Qué nos ocurriría si la noticia llegara a oídos de Arquelao?

A partir de los primeros días del mes de Nisán**, la Puerta Norte se atoró con las bienvenidas a los peregrinos que hacían un alto de camino a Jerusalén, con las quejas malhumoradas por los**

empujones y los embotellamientos que dificultaban el ir y venir de viajeros, equipajes y animales. La pareja de soldados romanos que vigilaba la arcada daba órdenes que compartían espacio con la voz de los mozos de las postas, que pedían paso con las bestias de recambio prendidas del bocado, compitiendo con la murga de los pastores que llegaban desde el campo envueltos en nubes de polvo y balidos. Después de cerrar al ganado en majadas solicitaban la atención de los viajeros para que escogiesen de entre sus novillos, carneros o corderos una víctima para los sacrificios. Vendían las reses a un precio más favorable al que los peregrinos iban a encontrarse en Jerusalén.

Eran fechas de trajín para los habitantes del alcor, muchos de los cuales buscaban huecos para ofrecer cualquier cosa con la que ganarse unas monedas, desde leche de cabra hasta forraje. Si otros años los nietos mayores de Susana mostraban al tumulto algunas herramientas que hacían ver su disposición a reparar los desperfectos de los carromatos, y los pequeños (el hijo de María entre ellos) daban golpes con dos cardas para anunciar que lustraban el pelaje de caballos y camellos, esta vez braceaban para que la turba se retirara ante el avance de las dos carretas familiares, una empujada por un par de burros y la otra por un flemático buey, sobre las que los descendientes del difunto Jacob se disponían a emprender el trayecto hacia la Ciudad Santa.

Malaquías, el mayor de los primos, llevaba a su lado a Jesús, que asía con dignidad el cayado de su padre.

—¡Paso, abran paso! —chillaba el niño con la emoción del peregrinaje.

—¿Te marchas? —le preguntó uno de los mercaderes, que acarreaba un cesto con berenjenas.

—Nos vamos todos a celebrar el Pésaj**.**

—¿Así que has convencido a tu padre para que cierre el taller durante una semana? —hizo un exagerado gesto de incredulidad mientras lanzaba un prolongado silbido.

—¡No me lo recuerdes, Eliud! —José, que conducía la collera de rucios, guiñó los ojos desde el pescante, como si la mención a los encargos que se quedaban manga por hombro le hiciera sentirse culpable—. Temo que mi clientela busque otras carpinterías.

—¿Por nueve o diez días?…

—Los clientes no saben esperar, Eliud. La impaciencia les hace capaces de buscar un taller peor que el mío.

Obed, que guiaba el carro del que tiraba el buey, se dio por aludido:

—¡Cierra el pico, aguafiestas!

Se volvió el joven Patriarca e intercambió una risa con su hermano pequeño.

—¿Me afeas porque crees que mi competencia eres tú? —le desafió.

—¡Por supuesto!

—Iluso…

—¿Y qué pasa conmigo? —Adael, que cerraba a pie la comitiva, dio unas zancadas para colocarse a la vera de los burros.

—A ti tampoco puedo considerarte mi competencia —José cogió las riendas con una sola mano—. En todo caso, eres la competencia de tu hermano, que consigue llevarse de calle a tus clientes.

Adael soltó una palmada sobre el anca de uno de los pollinos. Las mujeres, que iban junto a los niños acomodadas en los carretones, entre sacos de comida, tiendas de acampada, utensilios de cocina y atados de ropa, rieron aquella simpática trifulca con la que arrancaba su peregrinación, que prometía ser una larga fiesta que culminaría en la noche de Pascua bajo la luna llena.

Durante la sobremesa del día anterior, Jesús había ilustrado a sus primos más pequeños acerca de lo que iban a realizar en Sion cuando se metiera el sol del día catorce de aquel mes, repitiendo casi al dictado lo que había escuchado de labios del hassan **y de los maestros que explicaban las Escrituras en la sinagoga:**

—Primero llevaremos el carnero al Templo —. Se refería al borreguito que viajaba, con las cuatro patas atadas, en la carreta del buey—, para que sea degollado según los rituales en las mesas del sacrificio…

Cuando las trompetas avisaran de que ya se veían las tres primeras estrellas en el firmamento, se reunirían todos (también las mujeres, aunque ellas con los niños en un grupo aparte) del otro lado de los altos muros del primer Templo, el de Salomón, en algún lugar del inmenso campamento que de año en año levantaban los cientos, miles de peregrinos que arribaban a la capital hebrea desde los cuatro puntos cardinales, prestos a revivir la liberación del Pueblo de la esclavitud de Egipto.

Aguardaba el hijo de María atender, de boca del Sumo Sacerdote, la lectura del capítulo del Éxodo en el que Jehová **dictó a Moisés las instrucciones para la cena de aquel ocaso: las familias debían unirse para compartir la carne de un cordero, macho de un año y sin mácula, con cuya sangre, sirviéndose de un haz de hisopo, tenían que pintar las jambas y el dintel de las**

tiendas, para volverse invisibles al paso del Ángel Exterminador, espíritu de Dios que acabó con la vida de los primogénitos, tanto hombres como animales, desde el primogénito del faraón que se sienta en su trono hasta el primogénito del cautivo que está en prisión**.**

Los niños se llenaron de orgullo cuando su primo hizo hincapié en que los judíos, gracias al Pacto de Elohim**, formaban el único pueblo auténticamente libre de la Tierra.**

—No ha existido, existe ni existirá fuerza que pueda someter a los aliados de Yahvé —subrayó.

Por eso la alegre sumisión a sus mandatos, también al que les prohibía trabajar durante el primero y el último día de la fiesta, en cuyas ocho jornadas no les estaba permitido comer alimentos fermentados sino panes ácimos y hierbas amargas. Tampoco podían probar carne cocida sino asada a fuego.

—Tu hijo está hecho todo un hombrecito —el vecino posó la espuerta de las berenjenas y miró con sorna a José, antes de volver los ojos al niño y pellizcarle en la mejilla—. ¡Vas a tener que cuidar de muchas mujeres a lo largo del camino!

—Eso no es problema para mí —se golpeó un par de veces la palma de la mano izquierda con el bastón—. Que se ande con tiento quien tenga pensado hacerlas daño.

—¡Ah! Mirad qué valiente… Tened buen viaje —Eliud se dirigió a toda la familia antes de agacharse para ponerse a la altura del rostro de Jesús—. Y tú, guarda memoria de todo lo que veas y escuches —selló los labios unos momentos—. Pero, ¿qué tiene tu mirada para fascinarme de este modo?… Dime, José —se irguió—, ¿qué tienen los ojos de tu hijo para conmover mi corazón cada vez que los miro?

El artesano hizo un ademán, como si compartiera la misma incógnita que su vecino, mientras María, en la carreta, se llenaba de dicha. Sabía que aquel parecer no era exclusivo de Eliud, sino de todos los que se habían tomado la molestia de asomarse a la profundidad de sus pupilas. Por ejemplo, había en el altozano tres ancianos que ya no tenían fuerzas para trabajar y cada mañana bajaban a la Puerta Norte, en busca de entretenimiento. Antes solían hacer una parada en la corraliza, con la alegría de quienes van al encuentro de su nieto favorito. ¿Acaso no ponderaban el nervio escrutador del chaval?… ¿Y los enfermos e impedidos a los que la doncella y el pequeño iban a visitar? ¿Es que no se sentían vencidos por la hermosura de aquella mirada?… Pero no solo eran sus ojos; el hassan **reservaba para Jesús una sonrisa que no regalaba con facilidad al resto de sus alumnos, pues se admiraba con las reflexiones que hacía al hilo de sus comentarios.**

—¡Qué forma de mirar! —hacía unos días clamó un pordiosero, sentado contra la pared de los mendigos, después de que el muchachito le hubiera repartido unas tortas de harina—. Tiene tus mismos ojos, María, pero más hondos. Y cuando me observa, parece como si conociera todo mi interior.

—Es que te conozco —le contestó Jesús girando sobre sus talones, fijo en el rostro del necesitado.

Perplejos, aquellos hombres y mujeres dolientes no hallaban palabras para responderle, porque sentían que el niño lo sabía todo. Así que los más sencillos le llenaban de besos, olvidándose por unos momentos de los males que los atenazaban, y los demás, algo incómodos, tosían o bajaban los párpados con la memoria puesta, quizás, en algún pecado del que se avergonzaban, ante la perspectiva de que el chaval pudiera leerles la conciencia.

—Adiós, Eluid —le despidió Adael.

—Que Elohim **os guarde en el camino de ida y en el de regreso —les deseó el vendedor de verduras.**

También les despidieron los chiquillos de las mancebías, que lo mismo ejercían de lazarillos para los ciegos que colaban sus manitas en los bolsillos de los viajeros o amontonaban el estiércol de la Puerta para cargarlo en banastas y vendérselo a los hortelanos. Uno de ellos reconoció a José gracias a la mancha del rostro.

—¡También está María!

Cuando Susana escuchó el coro de voces pedigüeñas, batió las manos como si quisiera espantar una nube de moscas.

—¡Fuera, fuera!…

—Déjelos —le suplicó la doncella mientras buscaba en su talega unos pastelitos de nuez.

—¡Atentos todos a los equipajes! —por una vez, Susana ignoró el ruego de su nuera favorita—. Estos rapaces tienen los dedos ligeros.

Acertó a soltar un capón a uno que había logrado trepar por los varales.

—¡No les pegue, abuela! —le instó Jesús, que ayudó al mocoso a posarse en el suelo.

—Por más mañas que utilicéis, ni tú ni tu madre vais a convencerme de que estos sinvergüenzas no tienen intención de aprovecharse de vuestra caridad —gruñó.

—¡Danos un dulce, María! —se empecinó el niño, que había trepado de nuevo.

La anciana se opuso:

—¿Te crees que este carromato es el cuerno de la

abundancia? Vete y pide en tu casa que te den de comer.

Otra vez quiso pegarle, pero el ratero fue más rápido y no le acertó.

María fue sacando pastelitos para entregárselos furtivamente a Jesús, que los repartió entre la chiquillada.

—No hay suficientes —les previno—. Tendréis que dividirlos.

—Llevadme con vosotros —le requirió uno de los menores, que había ascendido al banco desde el que José guiaba a los asnos.

—¿Podemos? —preguntó Jesús a su padre, la cara relampagueante de candor.

—No es posible —el carpintero contestó directamente al rapaz—. ¿Qué diría tu madre?

—¿Mi madre?... —curvó las cejas en una expresión pícara—. Nada la alegraría tanto como saber que me marcho. ¡Una boca menos que alimentar!... —se rio, mostrando sus dientes mellados.

—No digas esas cosas.

—¡Si es la verdad, señor José! Además, como a ella le faltan brazos, así la libramos de zurrar otra cocorota —se rascó el cuero cabelludo.

—Entonces tendría que repartir los golpes que tú recibes entre tus hermanos —dedujo con simpatía.

—¡Llevadme! —insistió con las manos entrecruzadas contra el pecho.

—Ni hablar, José —se inmiscuyó la abuela—. Capaces sois tú, tu mujer y tu hijo de llenarnos la caravana de todos estos sinvergüenzas.

—¿Te das cuenta de quién lleva la voz de mando en esta peregrinación? —se excusó el Patriarca.

—Dile que se apee —ordenó Susana, inflexible.

Saltó el arrapiezo, que exhalaba el tufo acre que distinguía a toda aquella pandilla abandonada a su suerte, a quienes algunos transeúntes apartaban como si contagiaran las impurezas de los lupanares.

—Nadie los quiere —se apenó Jesús.

—Qué vamos a hacerle, hijo mío —suspiró—. Anda, toma uno de los cabezales y pídele a Malaquías que agarre el otro, a ver si así conseguimos salir a la carretera.

Cuando pasaban por debajo del intradós del arco, José sintió en la espalda una lluvia de barro.

—¡Miserables! —chilló la viuda de Jacob.

—¿Qué ha sido eso? —el carpintero giró el cuerpo; su madre tenía la cabeza y los hombros rociados de excrementos.

Jesús vio que volvía a hacerse con puñados de bosta.

—¡Vieja urraca! —gritó el que había pretendido sumarse al viaje, antes de que el estiércol volara otra vez por el aire.

—¡Hijos del diablo! —les insultó la anciana.

Sobre las carretas cayó una nueva aspersión de boñiga.

Avanzaron hasta uno de los recodos del arroyo en los que las mujeres del altozano solían batanear la ropa, para limpiarse. María y sus cuñadas, con los tobillos hundidos en la corriente, se sirvieron de manojos de hierba para restregar a los niños.

—¿Es que ninguna de vosotras ha pensado en ayudarme? —se quejó la madre de José junto al carro.

—No se impaciente, mujer —oyeron a Kerem.

—Ya veréis vosotras cuando tengáis mi edad —hablaba mientras se quitaba el manto y lo extendía sobre el verde—. ¡Nadie atiende a los viejos!

María apartó a una de las hijas de Obed para que su madre terminara de arreglarla. Quería evitar que su suegra se acercara al torrente, no fuera a dar un traspié en algún agujero oculto en la maleza.

—Cuántas veces te lo he advertido… —Susana refunfuñó al ver que su nuera acudía en su auxilio—. ¡Para que sigas fiándote de ellos! Son peores que las ratas: te muerden cuando estás desprevenida.

—Lo siento mucho —colocó un barreño junto a los pies de la viuda y se arrodilló para buscar en los vestidos los restos de excremento.

—Demasiado tarde para las lamentaciones. ¡Mira cómo nos han puesto! Por no hablar de cómo nos han dejado la carreta. ¡Granujas!

José, que había dejado los borriquillos al cuidado de Adael, enjuagaba el equipaje.

—Tenga compasión de ellos —le conminó María.

—Siempre me vienes con las mismas.

—¿Quién les ha enseñado a comportarse así?

—¿Ya vuelves con la copla?

—A diferencia de los nietos de usted, no los aceptan en las lecciones de la sinagoga.

—¿Y qué quieres, viniendo de donde vienen?

María le aguantó la mirada.

—De haber nacido en esos callejones, los nuestros se comportarían del mismo modo.

No había usado un tono de reprensión.

—¿Qué insinúas?

—Vamos, madre, no cargue las tintas —participó el

carpintero—. ¿No te das cuenta de que esos niños viven al borde de un precipicio?

La vieja cruzó los brazos.

—Ese no nos incumbe.

—¡Por supuesto que lo es! —refutó José, acercándose al agua con un caldero—. Sin ir más lejos, ¿a quién podría recurrir cualquiera de esas madres si uno de sus hijos desapareciera?

—¿Crees que les importaría? —seguía en sus trece—. Ellas no saben ni cuántos han parido.

—¡Madre!... Sabes que el alguacil no las socorrería. Y ni pensar en el capitán de la guarnición.

—Bien visto, José. Las rameras entienden que para ellas es mejor no acercarse a ninguna autoridad —habló Adael, que le rascaba el cuello a uno de los jumentos—. Tampoco a los representantes del Sanedrín ni a los doctores de la Ley.

—¿Os habéis confabulado contra mí? —a la anciana le tembló la voz—. Esos zarrapastrosos son una molestia. ¡Una plaga! Ladrones malhablados y mugrientos.

—¡Si supieran lo que es un hogar! —se apenó María—. Una casa con un padre y una madre, me refiero, en la que no se ofenda a Adonai y las risas suenen limpias.

—Eso es mucho pedir —Susana alzó el mentón, indolente—. Prefiero no saber qué han visto tras de esas paredes.

—No es necesario saberlo —dejó de cepillar el manto de su suegra—. Tenga en cuenta que allí está su única escuela.

—No pida brevas cuando no es temporada, madre —añadió Adael, que acababa de cambiar de bestia a la que prestar sus atenciones.

Una de las hermanas de José quiso hacerse oír:

—Esos pillastres terminarán sus días entre criminales.

—¿Y las niñas? —se preguntó Meital desde el interior de la corriente—. ¿No es cierto que apenas se las ve?

—¿Te las das de nuevas? —le afeó otra de las hermanas del carpintero—. Todos sabemos dónde están.

Jesús, que había organizado con los primos que ya se habían acicalado una partida de cazadores de libélulas, escuchaba la conversación desde los juncales.

—¿Dónde? —su tía se hizo la inocente.

—A las más guapas las venden a otros prostíbulos. Las demás se quedan en Nazaret y aprenden el oficio, primero como sirvientas y después…

—¡Cierra la boca! —exclamó su marido.

Medio escondido en los carrizos, el niño dejó de prestar atención a los insectos. Su corazón acababa de estremecerse con

un golpe doloroso. Conocía el nombre y la historia de cada uno de esos pequeños, la de sus madres, así como la de los hombres que cerraban aquellos sucios tratos de compraventa.

—Si no es en nosotros, madre, ¿en quién encontrarán una mano amiga?

Las palabras de José le trajeron el recuerdo de un pequeño incidente: Una tarde estaba sentado sobre un tarugo mientras jugueteaba con las virutas que acolchaban el suelo del taller, cuando escuchó en el interior de la casa el golpe de un cuenco o de una jarra al romperse contra el suelo. Su madre no podía haber tirado aquel utensilio, porque acababa de bajar al abrevadero de Raveh con su esposo para visitar a los vecinos de su abuelo, el difunto Joaquín. Tampoco el micho, pues María tenía la prevención de cerrar la gatera cuando salían de casa. Movido por la curiosidad se sacudió los rizos de madera, se puso en pie y avanzó hasta colocarse debajo de la ventana, por donde le llegaron unos susurros. Entonces subió al poyo en el que su madre solía sentarse a desgranar y a coser, se puso de puntillas y se asomó sigilosamente. Descubrió a dos niños de la Puerta Norte, que con un cordel atado a un cacillo estaban robando el aceite de una de las tinajas. Con la misma cautela bajó del banco de piedra y volvió a sentarse, dejándoles hacer.

—¿Por qué no me lo habéis pedido? —les sorprendió a los pillos cuando salían por la puerta.

Se sobresaltaron. El más pequeño, que llevaba las narices cuarteadas de mocos secos, imploró:

—No nos denuncies.

Jesús estaba dispuesto a compartir con ellos unos dulces que su madre había elaborado aquella mañana, pero el mayor de los niños callejeros le dio un envite que le hizo dar de bruces contra el polvo. Antes de que se pusiera en pie, echaron a galopar cerro abajo.

5.

Apenas hubo otro percance digno de mención durante los cuatro días y las tres noches que emplearon para llegar hasta el pie de las murallas de Jerusalén.

Lo primero, rodearon Nazaret y tomaron la ruta de Naim, algo más de diez kilómetros que poblaron de canciones tradicionales, marcadas por las palmas de la viuda, quien al contemplar el paisaje reverdecido por la lluvia y la acción del sol, olvidó el incidente y dejó atrás su mal humor. Una de sus nueras, cuyo timbre tenía justa fama (la contrataban para cantar en algunas celebraciones), entonó las coplas desde la carreta del buey, coreada por sus hijas así como por el resto de las mujeres y

de las niñas que viajaban en el carro conducido por Obed. Los varones participaban en los estribillos, y alguno se arrancó con ingenio cuando hicieron un juego que consistía en buscar palabras disparatadas que rimaran al final de cada verso.

Jesús iba distraído con la Naturaleza, que se desperezaba del invierno. Unas veces se agachaba para seguir un riel de hormigas, otras se detenía para ver pasar el vuelo en sube y baja de una abubilla. Cortó algunas flores para su madre y para su abuela, y con uno de sus primos jugó a descubrir formas en las nubes. También buscó entre los arbustos nidos de jilgueros, y echó a correr con los brazos extendidos, de un lado a otro de la carretera, llevado por las caricias del viento del oeste que trazaban oleajes en el pastizal. Su asombro lo abarcaba todo, como si fuese la primera vez que abandonaba las angosturas del collado y, simultáneamente, se le revelara que él era el origen y el fin hasta de cada una de las cipselas que flotaban en el aire cuando alguno de los pequeños arrancaba un diente de león para soplarlo. Solo María y José alcanzaban a presentir que el mundo le pertenecía, que todo había sido creado para él: desde los trinos del gorrión a las piedras que Malaquías disparaba con una honda.

Antes de alcanzar Naim, el clan del difunto Jacob se había unido a otras compañías formadas por vecinos de Cafarnaúm y Caná, lo que avivó las conversaciones acerca de personas y sucesos de las distintas poblaciones. Viajar en grupo no solo implicaba compartir aquel mismo destino, cargado de sentido religioso, sino hacer nuevos amigos con los que practicar, de manera distendida, los mandatos de hospitalidad que indican las Escrituras, así como confraternizar al compartir oraciones, alabanzas y acciones de gracias. Las mujeres entradas en edad, a su vez, aprovechaban para visar posibles candidatas al matrimonio para los jóvenes de cada casa.

De noche, alrededor de la hoguera y después de haber cenado los alimentos prescritos para los días previos a la Pascua, se sentaban —hombres y mujeres convenientemente apartados entre sí— a escuchar los relatos de los mayores, a los que poco a poco se iban agregando otras voces, hasta que, de madrugada, alguien exigía silencio para poder dormir. No hubo velada en la que los sobrinos de José dejaran de pedirle la narración de aquella noche en la que, de camino a Belén, se las tuvo que ver con las alimañas. El primogénito trataba de quitarse importancia:

—No os penséis que soy un héroe; mi mujer fue más valiente que yo.

María, ocupada en recoger los utillajes de la cena, sonreía a

las miradas que se habían vuelto hacia ella.

—Qué cosas tienes, marido.

—¿Hubo lobos? —preguntó un chiquillo, en cuyos ojos danzaban las llamas, encogido por el miedo.

A los viajeros también les entretenía sacar a la palestra su árbol genealógico, para comparar con los del al lado el entrelazado de las ramas. No era inusual que aparecieran antepasados comunes. De entre todos, ningún linaje les cautivó tanto como el de la viuda.

—María también procede de la Casa de David —presumió Susana de nuera, con indisimulable agrado—. Así que en su hijo se unen dos de las estirpes que proceden del rey.

El cabecilla de los peregrinos de Cafarnaúm se volvió hacia los adolescentes, que se habían sentado todos juntos y atendían con respeto la conversación de sus mayores.

—¿Quién, entre vosotros, es Jesús?

—Yo —contestó poniéndose en pie, arrebolado por la fogata.

Aquel hombre se raspó con los dientes el fleco de barba que le creía bajo los labios.

—¿Cuántos años tienes?

—Doce; casi trece.

—¿Eres consciente de que traes el linaje del elegido de Yahvé?

—Lo soy —dijo sin altanería.

—Desconozco si en Nazaret se detienen los santones que los sábados rondan la sinagoga principal de Cafarnaúm… —se volvió hacia José y sus hermanos.

—No sabemos a quiénes te refieres —habló el artesano—. Tu ciudad es más grande que la nuestra.

El viejo se recostó sobre uno de sus brazos mientras con una ramita zigzagueaba en la arena.

—Algunos los tratan como si fueran profetas menores, aunque los fariseos los desairan porque parecen espectros. Ya sabéis de quiénes hablo… se afeitan la cabeza, caminan medio desnudos y limosnean la comida, si es que no la toman de en los basureros.

—¿Esos locos del desierto? —preguntó Adael.

Hizo un gesto afirmativo.

—Esenios, los dicen. Viven de la caridad a cambio de su ciencia médica, y aunque las opiniones de nuestras autoridades están divididas, no soy el único que piensa que son expertos en la Torá.

—¿Y bien? —demandó Susana.

—Los he oído hablar de la llegada del Tiempo —se dio cierto aire de intriga, buscando con los ojos a Jesús, quien había vuelto a sentarse—. Pero no a uno solo, ni a dos ni a tres…

—¿Te refieres al tiempo del Mesías? —preguntó uno de los hombres de Caná.

—¿De quién, si no?

—Pues no lo sé… Pudiera tratarse del final del mundo.

—No digas disparates. La restauración del Reino es la promesa de Jehová**.**

—Vamos a ver… —el cananeo, por no quedar mal, hizo un amago de risa—. ¿Quién sabe más de los planes de Kyrios**: esos trotamundos que comen insectos o los doctores de la Ley?**

—No es necesario que me retes.

—¡Escuchad! —otro vecino de Caná se dirigió al auditorio—. Los intereses del suegro de mi hermano me obligan a viajar a Jerusalén tres o cuatro veces al año…

—Su hermano vende el grano de las aparcerías en el gran mercado de la ciudad —su esposa hizo un inciso al resto de las mujeres.

—¡Un poco de silencio! —exigió el segundo cananeo, entrecerrando sus pequeños párpados.

—Habla, habla.

—Os decía que visito Jerusalén con frecuencia, y me atrevo a jurar sobre mi cabeza que nunca —se besó los nudillos—, pero nunca, he escuchado a ninguno de los sabios del Templo dar crédito a esos anacoretas.

—¡Bien dicho! —añadió otro de sus paisanos, cortando el aire con el dedo—. Los sacerdotes les acusan de no pisar nuestro recinto sacro y de adorar al sol.

—Como los egipcios —masculló una voz desde las sombras.

—¡Qué espanto! —. Creció una especie de lamentación.

—¡El Mesías nacerá de la Casa de David!

—Eso nadie lo niega —subrayó alguien.

—¡Recuperará el cetro y la corona que le fueron arrebatadas!

—Adonai **nunca nos dejará solos —decretó una de las hermanas de José, cuya breve intervención recibió una coral de asentimientos.**

—Calma, calma… No nos apresuremos —el cabecilla dio unas palmadas con sus manos rollizas—. Nadie sabe cuándo se alzará nuestro caudillo.

—¿Por qué tarda tanto en imponer justicia? —se quejó una mujer añosa.

Se picotearon entre ellos con sus ensueños de un tiempo

nuevo y feliz. Aprovechando el cariz de la tertulia, Jesús se deslizó por las sombras y llegó a los árboles donde estaban atados el buey, los pollinos y el borrego, que durante la noche se llenaban la panza con la hierba que les quedaba al alcance de su amarra.

José le siguió los pasos.

Una luna opalina en quinto creciente bañaba el soto. Jesús se había acuclillado junto al cordero, para el que había arrancado unas flores silvestres.

—Al pobrecito le aguardan, al menos, dos días con las pezuñas enmaromadas sobre la carreta —dijo al sentir los pasos de su padre—. Le acabo de acercar el balde de agua; se lo habían puesto demasiado lejos y no llegaba a beber —. El animal hacía tintinear levemente la esquila con su frotar de mandíbulas—. Es manso como un gatito criado a mano —entremetió los dedos por las guedejas del lomo—. No balará cuando lo entreguemos a los levitas. Ni siquiera cuando lo suban al ara manchada de sangre.

El buey, que tumbado rumiaba plácidamente, alzó los cuartos traseros para distanciarse de ellos con un caminar perezoso.

—¿Por qué te has marchado? —le preguntó José.

Jesús volvió el rostro para mirarle.

—Solo soy un niño.

—Me dijiste que solo eras un niño —en la quietud de la habitación, el Patriarca rememoró la contestación de su hijo. Su voz estaba completamente alterada, pero María y Jesús le entendieron.

—No tenía edad para que nadie se adelantara al querer de mi Padre —le dijo. Era un calco de su madre, con rasgos de serena masculinidad.

—¿Qué hubo para que aquel hombre se fijara en ti? —articuló José con gran esfuerzo. Su mirada inexpresiva anunciaba que sus ojos se apagaban.

—Las personas justas son capaces de entrever su misterio —María le acarició.

—¿Fue así? —el artesano quiso cerciorarse—. ¿Le dejaste ver quién eres?

Jesús intercambió una mirada con la doncella, con la que compartía la dolorosa intensidad de aquella despedida.

—El Espíritu sopla cuando quiere y sobre quien quiere —le respondió. La cabeza de su padre descansaba en su regazo—, para iluminar a los hombres que aman al Señor.

—¿Cuántos, esposo —María le apretó la mano, que yacía sobre su estómago como muerta—, han intuido que Yahvé se

esconde en él?

El moribundo trató de salivar.

—Muchos —balbució después de unos momentos.

—Pero otros no sienten nada, como si tuvieran los sentidos obstruidos para las cosas del Altísimo —prosiguió María—. Y son nuestros vecinos y algunos de nuestros familiares. Lo han visto crecer, han vivido a su alrededor… pero no perciben una pizca de lo que a ti y a mí, amor mío —se inclinó y le besó— se nos ha revelado.

6.

Prosiguieron por la carretera que sube paralela al río Jordán. Ya no eran solo el grupo del difunto Jacob, los de la ciudad de Cafarnaúm y los viajeros de Caná; cada vez que paraban a almorzar o izaban el campamento para pasar la noche, se les adherían nuevos peregrinos. Otras veces eran ellos los que buscaban acomodo en algún grupo más grande, que reunía paisanos de otros barrios de Nazaret o familias provenientes de Tiro, Cesarea de Filipo, Sarepta, Magdala, Hippos o Gerasa, cada cual con sus giros lingüísticos y la singularidad de un acento diferente.

Los niños se hacían hueco en las distintas pandillas que correteaban por los márgenes del camino, de las que aprendían nuevos juegos y palabrotas en la jerga de cada región, y cuando la caravana se tomaba un respiro, subían y bajaban de las carretas sordos a las amenazas de madres y abuelas, que no estaban dispuestas a que les desorganizaran los equipajes. Los mozuelos, mientras tanto, se retaban: marcaban metas para ver quién llegaba primero a la carrera o luchaban a cuerpo limpio con tal de ganarse la complacencia de las zagalas, que pese a soportar con paciencia la obligación de permanecer cerca del ruedo de sus mayores, estaban autorizadas, a medida que el viaje iba avanzando, a engalanarse con las bisuterías de las solteras.

Jesús, sin embargo, aunque no desdeñara a los niños ni a los adolescentes, se sentaba en el carromato junto a su madre o en el pescante, con José. A ambos les pedía que le hablaran de los meses que pasaron en Belén, así como de las experiencias de María en aquellos viajes por Judea en compañía del abuelo Joaquín.

Se encargaba de cuidar de los burros y del cordero cada vez que la expedición se echaba a un lado de la carretera para descansar. Con rapidez desanudaba las pezuñas del borreguito y abría las cinchas que acollaraban a los rucios, a los que conducía, tomados del ramal, hasta algún islote de hierba. Después lo mismo se unía a alguna de las cuadrillas como se retiraba a

charlar con sus primos mayores, quienes veían en la peregrinación el momento de iniciarse en el trato con las muchachas, lo que les hacía soñar en la construcción de su propia vivienda y en el abandono del que hasta entonces había sido su hogar.

—Mira lo que he traído —Malaquías le mostró una bolsa con las propinas que le habían dado los clientes de su padre—. Voy a gastarlo en el mercado de Jerusalén.

—¿Qué vas a comprarte?

—Nada para mí, tonto —meneó unas cuantas monedas en la palma de la mano—. Se lo daré a alguna de las tías, para que escoja una tela bonita, una pulsera o un collar para mi prometida.

—Me parece que el memo eres tú —Jesús se llevó una espiga a la boca—. ¡Si ni siquiera tienes novia!

—Eso es lo de menos —pestañeó—. Mi padre ha descuidado esas cosas; demasiado trabajo, dice. No le arriendo la ganancia… Bastante tiene con casar a mis hermanas. Pero cuando regresemos y las chicas del barrio se enteren de lo que traigo, ninguna será capaz de decirme que no. Entonces hablaré con él seriamente: le diré que ha llegado el momento de que se siente con mis futuros suegros, los padres de la muchacha más bonita de Nazaret.

Cuando los viajeros dormían, Jesús aprovechaba para apartarse del campamento y entregarse a la oración. Una de las noches escuchó un suave entrechocar de calderilla. Era Malaquías, que contaba una y otra vez su tesoro.

A la entrada de Jericó se toparon con una patrulla del Ejército Imperial. Apostada en el camino, detenía con arbitrariedad a algunos carreteros para que les abrieran sus equipajes. Buscaban artículos sospechosos de venir del extranjero, que multaban inmediatamente con un alto arancel que los peregrinos solo podían evitar si entregaban, bajo cuerda, una mordida.

—¿Algo que declarar? —le preguntó a José un legionario de marcado acento latino.

El obrero, que encabezaba la compañía, habló en nombre de su familia.

—Nada —. Por prudencia, había inclinado la cabeza para no mirar de frente al soldado—. Venimos de Nazaret y todo lo que traemos ha sido comprado en el país.

Jesús, que también iba en el pescante, observó el rostro del militar, que rodeando a los borricos avanzó hacia él.

—¿Seguro que no escondéis alguna mercancía de Siria o

Fenicia? No seréis los primeros en esta mañana a los que descubrimos especias, sal o telas sepultadas bajo otros bultos. Os conocemos bien, judíos —corrosivo, sonrió hacia sus compañeros, que habían empezado a escudriñar los sacos de la carreta de los cananeos—. Juráis amar a ese Dios único, pero en verdad solo adoráis al dinero.

Uno de los legionarios imitó el olfateo de un perro rastreador, lo que les hizo romperse en carcajadas.

—Por ganar unos leptones son capaces de ocultar la mercancía en las tripas de las cabalgaduras —vociferó el recluta.

—A las que después desgarran en los campamentos de los alrededores de Jerusalén —añadió otro militar—. Es una venta muy beneficiosa —se frotó los dedos en un gesto fácil de entender—, libre de sus correspondientes impuestos.

—Y se dicen religiosos… ¡Por Júpiter! —resopló junto al primer vehículo—. Que se bajen los pasajeros de este carro.

—¡No! —le contravino Jesús cuando el militar pasó a su lado.

—¿He oído bien, mocoso? —le miró con furia.

—Jesús… —musitó José.

—Mi padre te ha dicho que no traemos ningún producto del extranjero —contestó sin alterarse—. Vamos a Jerusalén, no te ha mentido, para celebrar la Pascua, así que nos vais a dejar pasar sin molestarnos.

Permanecieron unos instantes frente a frente, el tembloroso iris azul del legionario ante los ojos negros del chiquillo. José y María, como el resto de las mujeres y los niños de la familia, contenían la respiración.

—Eh… —el romano, sin ideas ni palabras, titubeó antes de apartarse a un lado. Se acunó la cabeza, como si estuviera abotargado, y evitó volver a cruzar los ojos con los del muchachito—. ¡Vamos, vamos! —apuró al carpintero para que azotara a los jumentos—. ¿No ves que estás interrumpiendo el tráfico?

—Aulus —uno de los reclutas, atónito por aquel cambio de parecer, llamó su atención: —, ¿es que les vas a dejar pasar?

—Ya me habéis oído. ¡No tenemos todo el día! —él mismo tiró de los arreos, dando por finalizada la discusión—. Y vosotros —señaló a sus subalternos—, a por la siguiente caravana.

Además de los romanos, en la entrada de Jericó había vendedores de todas clases, también aguadores a los que la familia del difunto Jacob pagó con gusto a cambio de medias calabazas colmadas de agua fresca. La cantinela de los mercaderes excitó el ansia de las mujeres de la comitiva, que

alargaban los brazos para testar el género antes de dar comienzo a un hábil regateo. Malaquías se interesó por el contenido de las cestas de los baratijeros, como si fuera a hallar el obsequio mágico con el que pensaba seducir a las doncellas del collado.

Unos gritos interrumpieron la bulla:

—¡Leprosos!

Por detrás de unas retamas acababan de ponerse en pie cuatro figuras con el cuerpo envuelto en vendajes sucios.

—¡Leprosos!…

Una de ellas meneó el címbalo con el que estaban forzados a avisar de su presencia.

—¡Una limosna, por piedad! —clamó.

Era una mujer con el rostro inflado de bubas, a la que le faltaba el cartílago de la nariz. Llevaba el pelo cortado a navaja, entre calvas y postillas.

Peregrinos y vendedores se quedaron en suspenso. La patrulla, por su parte, se retiró al margen de la carretera para contemplar con horror a aquellos enfermos que juntaban los muñones, implorando compasión.

—Venimos arrastrándonos desde muy lejos —volvió a hablar la leprosa—. También nosotros nos dirigimos a Jerusalén: buscamos un milagro.

—¡La piscina de Bethesda! —añadió otro, en una exclamación distorsionada por la infección del paladar.

Era famoso el don sobrenatural de aquel depósito situado junto a la puerta por la que accedían al Templo los ganados para el sacrificio, en cuyos bordes se echaban enfermos de toda condición a la espera de que el viento provocara cierto oleaje. Según la tradición piadosa, aquel movimiento del agua se debía al roce de las alas de un arcángel, que bajaba del Cielo con el cometido de sanar al primer doliente que lograra zambullirse.

—¿Bethesda?… —se burló un caminante desde prudente distancia—. La guardia os impedirá el paso al interior de la ciudad.

—¿Adónde pensarán que van? —preguntó, a viva voz, un tipo que vendía huevos.

—Al valle de la Gehena —contestó un peregrino, de pie sobre el banco de su carreta—. Ese es su sitio; entre los huesos y la basura.

—¡Por piedad!… —volvió a clamar la mujer envuelta en harapos. Los cuatro leprosos abandonaron los matorrales para acercarse al camino—. Dadnos unas monedas… Dadnos algo de comer.

La gente retrocedió.

—¡Aquí tenéis!

Volaron unos mendrugos, a los que acudieron como canes hambrientos.

—Pobrecitos… —murmuró Jesús.

—¡Que alguien los aparte de la carretera! —exigió un viajero de porte noble, volviéndose a los soldados.

—No nos mires a nosotros, judío. Esos leprosos son hebreos —sentenció Aulus, el oficial.

Jesús buscó con la mirada a su madre, que encaramada en el asiento no quitaba ojo a la mujer enferma.

—Démosles algo —le sugirió la doncella a Susana.

La vieja abrió una banasta y manoseó algunas verduras a punto de pasarse.

—De esas no —rechazó María—. ¿No acabamos de comprar guisantes y calabazas?

Susana requirió el beneplácito de sus hijas y de sus nueras.

—Está bien.

La mujer de José recibió la comida. A su vez, se la entregó a su hijo para que la depositara en un lugar al que los leprosos pudieran acudir antes de que los echara el gentío.

—¡Es para hoy! —se alzó una protesta.

De vuelta al carro, Jesús se dio cuenta de que su primo Malaquías se había desenlazado la honda que siempre llevaba al cinto.

—¿Qué haces? —le preguntó al ver que cogía algunos cantos del suelo.

—Ayudar a apartarlos del camino —le contestó sin mirarle.

Cuando empezó a armar la lanzadora, lo tomó de una muñeca.

—¿Estás dispuesto a golpearlos? —sabía de la pericia de Malaquías, capaz de acertar a un pajarito desde una longitud holgada.

—Por supuesto. ¡Suéltame!

Pero el hijo de María le apretó con más fuerza.

—Te pido que dejes caer esas piedras.

Su primo mayor le desafió:

—¿Quién eres tú para decirme lo que debo o no debo hacer?

Malaquías trató de tirarlo al suelo de un empujón, pero no pudo, como si el cuerpo todavía aniñado de Jesús estuviera cimentado en la tierra; como si su carne y sus huesos fueran de piedra o de metal.

—Te he pedido que las tires.

La presión de sus dedos comenzó a cortar la circulación de la mano del grandullón, quien, desconcertado, arrojó la honda y

las municiones a los pies del pequeño.

7.

Las compañías empezaron a dispersarse desde unos kilómetros antes de su destino. Las que no tenían dinero para instalarse en las muchas ventas y posadas diseminadas por la carretera y por los pueblos y aldeas de la región, alzaban las tiendas en tierra de nadie o alquilaban por unos días y a precio desorbitado una pequeña finca, sin apenas pasto con el que alimentar a los fatigados animales de tiro.

Jerusalén era una fiesta. Aunque mayoritariamente eran los hijos de Abrahán quienes lo invadían todo, también Herodes Antipas se había trasladado desde Séforis junto a su suntuosa corte para disfrutar de una versión profana del Pésaj. Atraídos por la Pascua judía, habían llegado extranjeros y embajadores de los reinos cercanos junto a comerciantes de todo género y el refuerzo de dos centurias, que protegían al procurador en la fortaleza Antonia.

Sobre Sion flotaba el humo acre de los sacrificios, combinado con almizcles de las más aromáticas semillas.

La familia del difunto Jacob alcanzó la última encrucijada, que unía las rutas de Jericó y Betania. Al avistar las paredes del Templo sobre los olivares de Getsemaní, se les disipó el cansancio. No en vano, pensaron, en la cumbre de Moriah atesoraba el Santo de los Santos.

—Decidme —suplicó Susana mientras dos de sus nietas la ayudaban a ponerse en pie sobre los tablones del carromato—, ¿cómo es?...

—Ya lo conoces, madre —rezongó Obed.

—No te equivoques, hijo mío —le amonestó—. Es el Santuario de un Dios vivo y, como tal, siempre merece una mirada nueva.

Unos y otros trataron de describirle los detalles exteriores de la más importante edificación religiosa de Israel, que sin embargo no albergaba una sola imagen que pretendiera dar forma a Jehová ni a ninguno de los hombres y mujeres que habían escrito la historia santa. Sus paredes, de gigantescos sillares, ascendían superpuestas como escalones, ocultando a los descendientes de Jacob el lugar en el que David aposentó el Tabernáculo, tal y como lo relata el Libro del profeta Samuel. La anciana asentía con la estupefacción propia de quienes han regresado a una de las pocas metas de la vida que merecen la pena. A pesar de su debilidad para distinguir los elementos de aquella mole, en la cuenca de sus párpados fueron engordándose las lágrimas.

José bajó de la carreta y se acercó a ella:

—Madre, te corresponde dar voz a nuestro difunto padre.

Susana se pasó los nudillos por debajo de la nariz.

—No sé si voy a ser capaz —la voz la traicionaba.

—¡Claro que puedes! —la animó María que, salvando los bultos, se había colocado a su lado.

La viuda cerró los ojos y carraspeó para entonar:

—Qué alegría cuando me dijeron: / «¡Vamos a la casa del Señor!» / Ya se han parado nuestros pies / a tus puertas, Jerusalén…

Los familiares se unieron a la recitación de aquel canto jubiloso, con las manos hacia el cielo y la cabeza cubierta, como si ya se encontraran bajo la techumbre del lugar santo.

—Hasta mañana no visitaremos el Templo —decidió José al volver a tomar las bridas—. A estas horas y con todo el gentío, nos arriesgamos a que caiga la noche y después no hallemos un lugar cómodo donde acampar.

Adael, a cargo del buey, miró hacia ambos lados de la vía.

—¿Derecha o izquierda? —preguntó—. Tú decides, hermano.

Antes de que el Patriarca obligara a los animales a reemprender la marcha, surgió un mozo entre las grupas. Con simpatía brindaba las ventajas de una pradera en la que, según sus palabras, todo eran comodidades.

Negoció con el carpintero y sus hermanos el precio por toda la semana. De entrada pidió una cifra inasumible, dando por descontado que se abría un tira y afloja que duró hasta que ambas partes, tras un buen rato de voces y mímica exageradas, llegaron a un acuerdo. Si el representante del dueño de aquella finca tuvo la seguridad de haber sacado una buena tajada, los galileos se felicitaron por la pericia con la que habían rebajado sus pretensiones.

Unidos a la amalgama de peregrinos y al paso lento impuesto por la densidad del tráfico, subieron y bajaron un terreno quebrado, perdiendo y recuperando la visión del Templo y de los palacios, fortalezas, jardines y viviendas amontonadas sobre las pendientes. La mirada de Jesús iba de las vistas de la Ciudad Santa a los caminantes instalados en las cunetas. Sus rostros traslucían la fatiga y el goce del viajero que se hace uno con todos, al compartir la misma peregrinación. Algunos deshacían sus hatillos y otros extendían los pocos útiles con los que iban a preparar la cena.

Cuando llegaron al espacio que habían alquilado, marcado por cuatro jalones y una cuerda que les separaba de otras familias que ya habían levantado sus tiendas, el mozo se apartó

para contar las monedas que José acababa de entregarle, antes de echar a correr en busca de otro grupo al que ofertar la última cuadrícula que le quedaba libre.

Nadie se quejó al comprobar la estrechez del prado. Ni la madre de José ni sus cuñadas. Mucho menos María, quien inmediatamente se puso a desempaquetar sin dejar de canturrear. La dicha se había apoderado de su corazón ante la vecindad con la Casa de Yahvé, que en aquella hora del ocaso comenzaba a teñirse de tonalidades malva, pues su retoño iba a rendir en sacrificio la vida de aquel cordero al que él mismo acababa de desatar las patitas y que, hambriento, triscaba la hierba sin barruntar que aquellas iban a ser sus últimas horas antes de convertirse en imagen de la futura inmolación de su dueño.

Ordenados los enseres, dio María una pequeña vuelta alrededor del campamento para conocer a quienes, con toda probabilidad, se unirían a ellos en la cena del jueves. Cada clan familiar tenía sus propios ovinos, que habían traído para compartirlos desde su lugar de origen o que habían comprado en alguna majada junto a la carretera. En la pendiente contraria, del otro lado de un pequeño soto, pacía un novillo que también iba a formar parte de los frutos y primicias que, durante aquella Pascua, recibirían los sacerdotes junto a las aras del sacrificio. Consideró la doncella que, considerando la belleza de aquel animal y de los toros cebados que habían visto por los alrededores, la visita de su hijo sería la más grata de las alabanzas al Omnipotente. Jesús era la presencia en Moriah del Dios eterno, sin pompas ni fastos, porque todos los pasajes bíblicos que iban a leerse durante aquellos días harían menciones veladas de él.

Malaquías había dejado de hablarle después del suceso con los leprosos. Podría haberle pedido explicaciones para conocer de dónde había sacado aquella fuerza sobrehumana, pero, confuso y humillado, marcó distancias, convenciéndose de que en Jesús había un enigma que prefería no averiguar.

De hecho, en cuanto los infecciosos se hicieron con los alimentos y regresaron a los arbustos, y los carruajes reanudaron la marcha, se quedó atrás, dilucidando si se encontraba bajo los efectos de una alucinación o si lo que acababa de pasar había sido real. Jesús, de pie sobre el pescante, le hizo una señal para que rompiera a caminar, pero su primo mayor le retiró la mirada, cogió un nuevo canto del suelo, lo cargó en la honda y lo lanzó con toda su rabia hacia el retamar en el que se habían ocultado los enfermos. Acto seguido resopló y, al fin, dio un paso sobre

una de las rodadas de los carromatos mientras le daba vueltas al modo de devolverle aquel escarnio de turbadores ecos mágicos.

Al atardecer, cuando José sacó la carreta del vial después de elegir el amparo de unos árboles, Jesús reclamó la ayuda de Malaquías para soltar al buey mientras él se hacía cargo de los asnos; así lo habían hecho la tarde anterior.

—¿Me lo acercas a ese claro? —le pidió con un lazo en cada mano.

El grandullón no solo se hizo el sordo, sino que le dio la espalda para convocar al resto de los nietos de Susana, con los que jugó a esconderse en las espigas verdes de un trigal, lo que a Jesús le supuso asumir en solitario el cuidado de las bestias.

De noche, alrededor del crepitar de las llamas, algunos hombres fueron desbrozando distintos lances de pesca que habían vivido en un charcón situado a medio camino entre Nazaret y Séforis. Más de una vez Malaquías y Jesús habían compartido una vieja red cargada de remiendos, la misma con la que José y sus hermanos aprendieron, de niños, a echar el copo y que los dos primos utilizaban para capturar los ejemplares que barbeaban la orilla.

—Escuchadme… —el hijo del carpintero pidió la venia.

Comenzó la narración de una divertida batida de cangrejos, para que su primo mayor la completara. Pero cuando fue a pasarle la palabra este se excusó, dejándosela en la boca.

Al día siguiente, Malaquías obligó a los menores del clan a apartarse de Jesús, al que atribuyó torcidas mañas para ganarse las preferencias de la abuela en perjuicio de los demás nietos. Se inventó que la vieja, ganada por la insistencia pedigüeña del chaval, le había premiado con unas monedas para que las gastara a su antojo en los bazares de Jerusalén.

—Sabéis que desde que volvieron de Egipto, la abuela vive solo por él. Pero, ¡ay de vosotros si comentáis esto con vuestros padres!… ¡Os saltaré los dientes! —los intimidó después de haber sembrado en ellos la cizaña—. Y a Jesús, ni palabra.

Como en el prado no disponían de mucho espacio, encendieron el fuego junto a las carretas y aprovecharon unas rocas de granito para colocar los utensilios de cocina, lo que les dio pie a discutir cuál sería la disposición de la vajilla, los alimentos y los comensales durante la cena del jueves.

No era la única fogata que titilaba en el valle: las laderas del Cedrón estaban salpicadas de guiños rojos. Al abrigo de aquellos puntos de calor las tertulias se animaron bajo la vigilancia de Jerusalén, cuya santidad parecía sostenerse tanto en la fe de aquellos peregrinos como en sus cimientos, enraizados

en aquellas quebradas. Una cosa eran los bloques de piedra y otra su significado. Sin embargo, Jesús permanecía taciturno. Apenas mordisqueó una torta de pan ácimo, que ni siquiera untó en los cuencos de salsa que iban y volvían de mano en mano. Tampoco probó el vino mezclado con agua, uno de los privilegios por su inclusión entre los adultos.

Susana cobró protagonismo al narrar algunos pasajes de su infancia y juventud, así como de sus primeros tiempos de casada. La cercanía de su aldea de cuna a Jerusalén, primero, y el tiempo que vivió en Belén le cargaban de potestad al rememorar las grandezas que guarecían aquellas murallas. Un poco después sus hijas y nueras la colmaron de preguntas acerca de los bazares, mientras que José, Obed y Adael se mostraron interesados por las anécdotas en las que aparecían su difunto padre y el abuelo, así como otros ascendientes del tronco familiar. La nostalgia les ayudó a no parar mientes en el incómodo desnivel donde estaban acampados, ni en el único cordero con el que iban a presentarse ante los matarifes. Más allá de las limitaciones económicas brillaba la fuente de su sangre: la Casa de David, que si en Nazaret pasaba sin pena ni gloria por tratarse de una ciudad en la que abundaban los gentiles, en Sion cobraba todo su significado.

—La pureza de nuestra estirpe es mayor a la de muchos de los que en estos días van a disfrutar de lugares de postín en los atrios, para ver y ser vistos durante las principales ceremonias del Pésaj —les dijo.

Aquel alegato no disipó el aire meditabundo y ausente que envolvía al hijo de María. Malaquías se solazó al creer que se debía al éxito de su plan para ningunearlo. Adivinó que su primo oía sin escuchar el apasionado parloteo de los mayores, pues de cuando en cuando elevaba los ojos y repasaba, como distraído, a sus parientes. Cuando estos se posaron en los de su primo, el grandullón no fue capaz de sostenerle la mirada. Tampoco los demás primos que se habían puesto del lado del matón, a pesar de que la expresión de Jesús rezumaba la paz habitual con la que contemplaba todas las cosas, esta vez teñida por un nimbo melancólico.

—¿Por qué no te tumbas con los muchachos?

A José le chocó que extendiera la frazada en lugar aparte, debajo de la viga de uno de los carromatos.

—Están enfadados conmigo —le dijo Jesús con llaneza.

Volvió el artesano el rostro hacia la chiquillería acostada alrededor de Malaquías.

—¿Enfadados? —le extrañó, aunque no era la primera vez

que el carácter de Jesús despertaba incomprensiones entre los de su edad, sobre todo a medida que los primos, los amigos del barrio y los compañeros de las lecciones de la sinagoga iban dejando atrás la infancia—. ¿Quieres que hable con ellos?

—Por supuesto que no —medió María—. Son cosas suyas —. Arreglaba el rincón en el que ella y José iban a pasar la noche—. Y dejaos de cháchara; necesitamos descansar. A partir de mañana no tendremos dónde sentarnos cuando nos duelan los pies ni podremos recogernos para almorzar.

—Tu madre, como siempre, tiene razón. Habrá largas colas para acceder a los atrios del Templo y en las calles no encontraremos dónde tomar un respiro.

—Lo he hablado con tus hermanas —se desanudó el tichel que, a modo de pañoleta, le había preservado el cabello durante aquella larga jornada—. Con tantos peregrinos tendremos que poner mil ojos para que no se nos pierdan los críos.

—Eso también va por ti —José señaló a Jesús con el índice —, que tienes la cualidad de distraerte con el vuelo de una mosca.

—Pondré cuidado —contestó, haciendo un esfuerzo para sonreír.

Finalizaron las tertulias de la cañada y las fogatas se amansaron. Puede que Jesús fuera el único que en la quebrada se mantenía en vela, con las manos cruzadas bajo la cabeza y los ojos perdidos en la inmensidad celeste. Su tristeza también redimía al mundo.

Cuando, de madrugada, María se incorporó en el lecho para comprobar si todos dormían, reparó en que el niño no se encontraba bajo del varal. Miró hacia todos los lados, hasta que lo descubrió más arriba del límite superior del terreno que habían alquilado, sentado en un claro protegido entre aliagas. El recental, como un perro faldero, estaba echado a su lado. Aunque desde aquella distancia no fue capaz de distinguirlo, tuvo la sensación de que su hijo tenía los párpados entornados.

Su corazón se embriagó al pensar en que todas las capacidades de Jesús estaban volcadas hacia su interior, como si sus ojos todavía púberes estuvieran contemplando su naturaleza divina; como si esa mirada íntegra con la que examinaba todas las cosas, buceara en la infinitud, en la eternidad de sí mismo.

Ante lo que ella consideró un privilegio: hallarse ante el Verbo encarnado entregado a la oración, ¿dónde podría esconderse la espada que iba a atravesarla de parte a parte?... Como si la brisa que descendía por la cárcava fuera portadora de un oráculo indeseable, se le hizo de nuevo presente la certeza de

que el único dolor capaz de sajarle tenía que estar ligado al sufrimiento infinito del fruto de sus entrañas.

María concentró su mirada en el animal del sacrificio. Hasta la última gota de la sangre de aquel añojo empaparía el suelo del Templo. Un sacerdote, después de examinar que no hubiera en él una sola imperfección, la recogería en un cáliz de oro para verterla sobre el altar, por donde se deslizaría con el escarlata de otras bestias. Los levitas se encargarían de desollarlo, pendiéndolo de un garfio de bronce, y de quemar sus vísceras en la hoguera pascual, para tronzarlo y restregarlo con sal. La cabeza y los cuartos anteriores serían el tributo que se cobrarían los sacerdotes; el resto se lo llevarían los hombres de la familia para que las mujeres pudieran asarlo y después comérselo entre todos, después del bramido de las trompetas.

Meditó la profecía de Isaías:

Un cordero que no abre la boca ante sus matarifes; / una oveja muda ante sus trasquiladores…

—No sé cuándo, pero Jesús será ese cordero.

Las lágrimas le desenfocaron la figura de la res y la de su hijo, al que por unos instantes vio frente a sus verdugos —a quienes no logró poner vestimenta, cuerpo ni rostro—, los labios sellados ante los deicidas que iban a representar al género humano en tan colosal tragedia. María vio que no soltaba palabra mientras lo despojaban de sus ropas. Vio que lo alzaban, ensangrentado, sin que emitiera un solo quejido. En aquella visión repentina, la Ciudad Santa se convirtió en metáfora del desprecio del Pueblo.

La doncella apretó los dientes para tragarse el llanto y pidió a Dios que le permitiera estar junto a él cuando llegara el momento.

8.

José había cerrado los ojos. Tenía las manos flácidas y trabadas a las de su esposa.

—Apenas podíamos dar un paso —se tomaba un tiempo entre palabra y palabra—. Tu madre se había aferrado a mi manto —. María se inclinó para volver a besarlo —. Cómo ansiaba el momento de mostrarte el Templo —farfulló con voz agonizante—, mi Jesús…

Al clan del difunto Jacob le costó un tiempo pasar por el embudo que se había formado alrededor de la Puerta de las Aguas. La soldadesca no dudaba en propinar golpes con el regatón del pilum. Los caballos de los hebreos ricos piafaban ante la falta de espacio y los dromedarios, cargados de cestos, alfombras y mantas, parecían navegar sobre aquella superficie de

velos y kipás, de talit y sudarios, pues hasta los gentiles se cubrían la cabeza para entrar en Jerusalén.

Adael y Obed, cada uno, llevaban en brazos a un par de niños, y sus mujeres aferraban los cuerpecitos de los más pequeños. Los esposos de las hermanas de José se encargaron de Susana, a la que protegieron de los vaivenes que recorrían la multitud cada vez que, desde atrás, alguien empujaba.

—¡No os separéis de mí! —ordenó José a su mujer y a Jesús.

Marchaban poco a poco, el carpintero con intranquilidad ante el riesgo de que algún ratero aprovechara el desorden para robarle la bolsa. El muchachito, por su parte, se ponía de puntillas para que sus parientes que iban por detrás pudieran seguirles.

En el interior de las murallas el espacio se oxigenaba, a pesar de que por las avenidas fueran y vinieran aluviones de gente.

—¡Avanzad! ¡Avanzad!... —clamaba un legionario, para que los recién llegados no interrumpieran el paso.

Pero la familia no pudo resistirse a hacer un alto ante el alzado sur del Templo.

—Ese es el Pórtico Real —José señaló la escalinata que acababa en el bosque de columnas que sostenían la larga fachada, cerrada por un tejado a dos aguas a una altura que algunos jóvenes no habían visto hasta entonces en una construcción.

Aquellos edificios eran la baliza en el universo de Judá, el origen y destino de todos los caminos que los hebreos habían abierto por el mundo, el imán que les atraía sin importar cuán lejos se encontraran, la cara visible de la fidelidad al Pacto y la materialización de la elección que Yahvé realizó en favor de la estirpe de Abrahán.

—El Templo está enclavado en la meseta de Moriah —el carpintero siguió instruyendo a los suyos—, donde nuestros antiguos padres, encabezados por David, alzaron la tienda del Tabernáculo que cobijó el Arca que custodiaba las Tablas de la Ley, aquellas que Yahvé le entregó a Moisés en el monte Horeb. Salomón convirtió las lonas en piedra y, para orgullo de nuestra raza, honró al Único con toda suerte de vestíbulos y cámaras elaboradas con mármoles, maderas nobles y portadas recamadas en oro —. Aquello provocó una exclamación admirativa—. Pero con las profanaciones de los ejércitos extranjeros, el esplendor pasó a ser motivo de la dolorosa nostalgia que aún nos embarga. Todavía lloramos por el fuego blasfemo con el que Nabucodonosor hizo arder los únicos elementos en los que estaba

impresa la huella de Dios.

La atención de la familia quedó prendida en la monumentalidad de la edificación, cuyo extremo izquierdo se encontraba vendado por un sistema de andamiajes y poleas con los que Antipas estaba multiplicando en largura, anchura y altura los antiguos y llorados muros.

José les contó que la reconstrucción, después del exilio del pueblo en Babilonia, no había devuelto la misma gloria a la casa del Innombrable.

—Mucho menos lo harán esos parches del rey extranjero —aludió al armazón de maderas—, que no cree en Jehová**, ni practica la piedad ni conoce la expiación.**

—¿Qué fue de la huella de Kyrios **después de que se quemara el Arca? —preguntó uno de los sobrinos, impresionado con el relato.**

—Según atestiguan algunos de los siervos de los sacerdotes, detrás del velo que cubre el Santo de los Santos sigue percibiéndose la presencia del Único.

Aquella misteriosa habitación resguardaba la Mesa para los panes de la Proposición, el Altar de los inciensos, el libro del Pentateuco y el Candelabro de Siete Brazos.

—Pero ninguno de esos elementos puede sustituir a las Tablas de la Ley, a la medida del maná que alimentó a nuestros antepasados en el desierto ni al báculo de Aarón, calcinados por el ejército idólatra —concluyó Susana.

Les distrajo el reclamo de la calle, saturada de movimientos, voces y colores.

—¡Qué distinto a Nazaret es todo esto! —comentó una de las hijas de Obed.

No gobernaban sus pasos; la turbamulta fue llevándolos hasta los pies de la escalinata, donde la guardia del Sanedrín hacía saber, en varios idiomas, las normas para los peregrinos: en las mesas ubicadas en el primero de los atrios, hebreos y gentiles podían cambiar su dinero por las monedas para el culto. A los extranjeros también se les permitía comprar, en la misma explanada, los animales del holocausto, pero no estaban autorizados a traspasar la siguiente balaustrada, en donde debían entregar a los levitas las prendas para el sacrificio.

9.

Como de costumbre, en el Atrio de los Gentiles reinaba el caos de un inmenso mercado. Cambistas, ganaderos, pastores y vendedores de recuerdos se esforzaban por atraer a los visitantes. La monserga de los que tenían a su cargo las mesas de siclos, con sus balanzas y pesas, se mezclaba con la de aquellos que estaban

al cuidado de los rediles. A su vez, esta se juntaba a los gritos de los que atendían los mostradores de comidas y bebidas, plantas olorosas, flores, especias y hasta polvos para tintar vestidos. Una legión de mandaderos instigaba a los visitantes para que se acercaran a los tenderetes de sus amos. Y todo aquel laberinto estaba vigilado de cerca por los saduceos, propietarios de la mayoría de los puestos.

Jesús notó cierta crispación en su madre, como si el reencuentro con aquella lonja —era difícil para ambos hacerse a la idea de que estaban pisando el recinto sacro— le causara malestar. Los mercachifles se les echaban encima, agarrándoles de la ropa e invocando el derecho de Adonai **a recibir en Su altar un presente digno y generoso.**

También abundaban los pordioseros.

—Limosna, limosna…

Los cojos se servían de muletas, los mancos de la túnica remangada hasta los codos y los ciegos tanteaban el aire, sin cejar en la repetición de sus pesares. Todos ellos formaban un ejército descolorido que parecía haber brotado de las sombras, a las que volverían cuando se cerraran los tenderetes y los animales salieran a las majadas de las afueras para pasar la noche.

Mientras se aproximaban a las construcciones principales, también Jesús se incómodo a cuenta de quienes hacían negocio con la fe. Parecía que las clases sacerdotales, con su permisividad, solo estuvieran interesadas en engordar el tesoro del Templo y sus bolsillos. Se sintió molesto al pasar junto a los tableros cargados con leptones, sobre los que los cambistas movían las manos arrastrando las piezas de metal de un lado a otro, repitiendo a viva voz cifras y más cifras mientras colocaban diferentes bolas de plomo en los platillos.

Las mujeres del grupo revolvieron los puestos de artesanía, interesándose por el importe de cada adorno. Malaquías también hurgó la quincalla bisbiseando operaciones matemáticas. Sus tíos iban de redil en redil, curioseando los precios de los animales para la inmolación. Aquel comportamiento hacía caso omiso a la voluntad de Jehová**, tantas veces manifestada en los textos sagrados: al Señor no le complacen los sacrificios sin alma que dependen de lo abultado de la bolsa. Aceptaba, sí, las primicias de las cosechas y las mejores crías de los rebaños cuando de su ofrenda no se hiciera un espectáculo. Por eso acogía con mayor complacencia los dones que le traían los pobres hasta su altar. Pero su Palabra, sobre todo, acentuaba la superioridad de los actos de misericordia.**

Jesús se alegró de que su cordero se hubiese quedado en el campamento. Como conocía bien el fervor de los suyos, no le hubiese sorprendido que su padre, Adael u Obed, imbuidos de aquel ambiente previo al Pésaj, lo hubieran puesto en las manos de los levitas sin esperarse a la Pascua y que, de inmediato, habrían comprado otro añojo sin reparar en el alto precio que los tratantes cantaban a voz en cuello.

Después de una minuciosa ablución en las fuentes de la explanada, las mujeres repasaron el modo en el que sus adolescentes llevaban la kipá —un casquete de lana que representa la supremacía de Yahvé y que los varones se colocaban sobre la coronilla—, antes de echarles por encima de la cabeza el talit listado de franjas azules, que estaba rematado con una banda de flecos que señalaban la potestad de Kyrios sobre toda la Tierra.

—No, María —el carpintero la desplazó para colocarse frente a Jesús, al que volvió a dejar el talit sobre los hombros.

—¡Ah!... —la doncella cayó en la cuenta—. El tefilín.

—Todavía me veis como a un niño —les hizo un cariñoso reproche.

—No es cierto —ella le tiró de los bordes del chal para que no se le formaran pliegues, mientras José desenrollaba la correa de la filacteria—, aunque debo admitir que hay veces en las que quisiera que no crecieras.

—Ven, madre —el carpintero invitó a Susana—. Quiero que seas testigo: por ser Jesús el primogénito del mayor de tus hijos, le corresponde usar y conservar el tefilín de padre.

La anciana se pasó la larga tira de cuero por sus dedos retorcidos hasta que alcanzó, en uno de los extremos, a la cajita que contenía algunos fragmentos de la Torá.

—¡Ay, si tu padre hubiese visto este día!... ¡Ay, si Jehová le hubiese permitido conocer a este niño!...

—No soy un niño —insistió Jesús.

Algunos primos observaban la escena contaminados por la inquina de Malaquías.

Trabó José la cinta de cuero entre el índice y el anular del muchacho, para después pasársela dos veces por la palma de la mano y siete a lo largo del brazo, en cuyo hombro quedó amarrada la cajita oscura. De seguido fue él quien tuvo que anudarse otros dos tefilín, uno al brazo derecho y otro a la frente. Lo mismo hicieron Adael y Obed, también sus cuñados y los hijos mayores de cada uno de ellos. Entonces sí, llegó el momento en el que todos se cubrieron con la toca blanca y azul.

María no siguió de inmediato a su suegra y a sus cuñadas, que entraron al Atrio de las Mujeres rodeadas por un tropel de

pequeñuelos, sino que buscó un lugar apartado para contemplar cómo su hijo y su esposo subían a los portones que comunicaban con el Atrio de Israel, vedado a ellas, a los niños y a todo varón que no perteneciera al Pueblo Elegido.

José regresó al campamento henchido de gozo por haber orado durante unas horas a tan pocos metros del Santo de los Santos. Y eso que apenas dispusieron de espacio para inclinarse ante el altar. Y que al hedor de los fieles se sumó el de la sangre y el de las entrañas de las bestias que ardían en el fuego sagrado. El humo de las resinas, además de honrar a Yahvé, vino a perfumar el aire maloliente.

Había pasado ante ellos el turno sacerdotal al que correspondía atender la liturgia, revestido con capas bordadas en hilos de plata y oro, las barbas cardadas sobre los manteos de seda y en los labios una plegaria bajo la música de los instrumentos, que marcaron la pauta de los rezos hasta que enmudecieron para que los fieles pudieran escuchar algunos extractos del Pentateuco.

José volvió repetidamente los ojos hacia su hijo, que remedaba los gestos rituales de los adultos y parecía insensible al calor que desprendía la masa abigarrada, a pesar de que su frente estaba perlada de un sudor que también oscurecía partes del cuero de su tefilín **y le bajaba por el cuello, empapándole el arranque de la espalda y condensándosele en las patillas y debajo de los brazos.**

«Mi pequeño debería ocupar el lugar del sacerdote encargado de llevar el incienso al Santuario».

Un fuerte tañido impuso silencio. Por unos minutos solo se escuchó el trisar de los vencejos que, sin saberlo, alababan la presencia viva del Único en aquel chico, al igual que el oxígeno y la luz del sol. Los pastores de Israel avanzaron hacia el Santo de los Santos cargados con las vasijas de las brasas.

Al artesano se le comprimió el corazón cuando, alzando levemente la cabeza, vio abrirse el portón de bronce. Jesús hubiera podido atravesarlo para adueñarse del sitial de Yahvé. Cuando el sacerdote desapareció tras el velo, con un cucharón cargado de granos de resina, ponderó que aquel perfume debería exudarse ante el niño para envolverlo con el regalo de sus aromas dulzones.

De regreso al campamento en cuesta, la alegría de José se contagió a los suyos. Sin mencionar la razón secreta de su regocijo, dio pie a que unos y otros corearan salmos de alabanza. Quienes por la vereda se cruzaron con ellos, examinaban con descaro el rostro de aquel hombre manchado por el borrón

despigmentado, que era incapaz de reprimir su felicidad ante aquella hora de salvación.

A María, que iba unos pasos por detrás junto al resto de las mujeres, le causaba risa verlo tomar carrerilla para dar un salto y girar sobre los talones; subir en brazos a sus sobrinos pequeños para lanzarlos al aire.

—Van a pensar que está borracho —se preocupó Susana.

—Déjele… Hace mucho que no le veo tan contento.

Durante la ceremonia, la doncella había intentado encontrar a su pequeño a través de las celosías de la terraza del Atrio de las Mujeres, pero le resultó imposible reconocer su espalda entre tantos cuerpos. Después, cuando al salir del Templo lo vio compartir con unos y otros las emociones experimentadas, fue a felicitarle, pero se le adelantaron las tías y la abuela, quienes con las manos le tomaron la cabeza para besarle la coronilla.

—La savia de la Casa de David que corre por tus venas ha empezado a borbotar —le felicitó una de sus tías.

—¡Alabado sea el Señor! —respondieron las demás.

—Tu padre ya puede buscarte esposa —declaró la viuda de Jacob.

—Su padre, por el momento, se conforma con recoger el tefilín **—dijo José mientras enrollaba la cinta de cuero—, antes de que nuestro protagonista pueda perderlo.**

Jesús se sentó en la fuente de las abluciones para atarse las sandalias. Allí se puso a hablar con unos peregrinos que también acababan de participar en el servicio litúrgico, a los que María vio reírse con los comentarios inocentes de su retoño. Uno de ellos llamó a tres o cuatro jóvenes que conversaban entre sí, a los que presentó al nazareno, quien a su vez hizo que vinieran José y sus tíos. Como aquellas nuevas amistades acampaban cerca del lugar donde el clan tenía sus carros, salieron todos juntos de Jerusalén.

Malaquías observó con malos ojos el protagonismo que había adquirido su primo, al que los recién conocidos invitaron a sus tiendas, al otro lado del barranco. Compartieron con él unos dátiles, leche de cabra y una conversación distendida en la que no faltaron continuas referencias al Pésaj**. Les sorprendió la libertad con la que hilaba las costumbres rituales con los textos de la Escritura, ya que dominaba el texto del Libro del Éxodo con la minuciosidad de un alumno aplicado. Pero no fue su habilidad para interpretar los pasajes lo que les dejó pasmados, sino la audacia con la que se refería a distintos personajes, especialmente a Moisés, del que parecía conocer hasta sus más**

profundas intenciones.

10.

A la mañana siguiente decidieron buscar una entrada a la ciudad un poco más tranquila. Partieron, nada más arreglar sus pertrechos, hacia la confluencia de los caminos de Samaria y Cesarea. Confiaban en que alguno de los pasos de la muralla Norte estuviera despejado.

El sol pintaba a brochazos anaranjados los olivos de Getsemaní cuando se unieron a los peregrinos de la tarde anterior. Aquellos hombres buscaron a José para, a solas, confesarle la admiración que Jesús les había causado.

—Es un poco especial —el carpintero se sirvió de un lugar común, deseoso de satisfacerles sin necesidad de comprometer al adolescente—. Le gusta charlar con la gente mayor.

Pero aquello no les bastó. Querían saber de dónde le venía tamaña sabiduría: quién le había enseñado a contar así las cosas y por qué relataba con tanta veracidad aspectos de la vida íntima de los profetas. Pero no solo aguardaban respuestas sino entretener aquella hora con el ingenio del padre del muchacho, al que habían supuesto igual de elocuente.

—Solo puedo decir que, en verdad, es un alumno atento.

Se sintieron decepcionados: José no solo esquivaba su curiosidad al atribuir todo el mérito al hassan que atendía las clases en la sinagoga del altozano, sino que se desembarazó con parquedad y algo de torpeza de las dudas que le manifestaban acerca de algunos detalles de la Torá, demostrándoles que la intuición de Jesús no era un atributo que viniera de él.

Indiferente a lo que hablaban los mayores, el chiquillo jugaba con otros niños, como potrillos que iban y venían de la cabeza a la cola del grupo, saltando sobre las piedras, escondiéndose detrás de los arbustos y colándose entre los caminantes. Tras las fatigas del viaje y de la primera visita al Santuario, la noche les había devuelto toda la energía.

Giraron por el recodo del baluarte y recorrieron la fortificación hacia la Puerta de Benjamín. La sombra que proyectaba la torre Antonia no atemperó el jolgorio de la chiquillería. Al acercarse a la embocadura, descubrieron que eran tantos los que llegaban a la Ciudad Santa como los que lo hicieron el día anterior. También aquel paso se encontraba atorado.

Iban José, Adael y Obed a organizar la disposición de los suyos en una de las ringleras de la larga fila que partía de la arcada, cuando escucharon el grito de una de las sobrinas:

—¡Un patíbulo!

A distancia de un estadio y medio se recortaban sobre el cielo dos cruces, de las que pendían sendos reos custodiados por unos legionarios.

—¡Por el amor insondable del Todopoderoso! —exclamó Susana con horror.

—A ese promontorio lo llaman Gólgota —se entrometió un palestino que guardaba turno en la hilera y tenía los dejes de los habitantes de la costa mediterránea—. Allí los romanos tienen instalado un cadalso.

—Gólgota… —murmuró Obed—. En efecto, recuerda a una calavera.

—¿De dónde sois que habláis arameo?

—De Nazaret —le contestó, sin quitar los ojos de los torturados.

—Nazarenos… ¿Tan cerca y no habéis estado antes en Sion? —preguntó, abriéndoles disimuladamente un paso por donde colarles—. De ser así, no os sorprendería la ejecución —. Hubo protestas de quienes hacían turno, al ver cómo se incorporaba tanta gente—. ¡A callar, que son de mi pueblo! —mintió.

—No nos lo esperábamos —Adael se sentía abrumado—. ¡Estamos en Pésaj**!**

—A los romanos les gusta aplicar sus condenas durante nuestras fiestas —el desconocido no parecía alterado—. Es su manera de recordarnos que mandan sobre nosotros, para que tengamos presente que hay delitos que se pagan con la vida.

—¿Cuánto tiempo llevan en la cruz? —se interesó José, inquieto ante la posible reacción de su familia.

—No lo sé —le reconoció—. Pero te aseguro que su agonía es larga. ¿Una semana? ¿Semana y media?… Salvo que, por clemencia, el procurador ordene que les rompan las piernas, para que se ahoguen bajo su propio peso.

—¡Es horrible! —la viuda de Jacob se llevó una de las puntas del velo a la boca.

—Asesinados en una cruz, como paganos. ¡Qué humillación! —se condolió Obed.

—Desnudos ante la gente —añadió el carpintero.

—Eso es lo que menos debe de importarles —. El extraño departía con la suficiencia de quien cree saberlo todo—, porque su pensamiento está concentrado en respirar.

—¿Respirar? —se horrorizó Meital, esposa de Adael.

—Prueba, mujer, a colgarte de dos salientes en cualquiera de las vigas de tu casa —por consideración no le habló directamente a ella, sino que puso la mirada en los hombres que seguían sus palabras—, con el único apoyo de un escabel en el

que apenas se asienten las puntas de los dedos de tus pies.

—Es cierto —le corroboró Obed—. Enseguida notarías la falta de aire.

—Como están clavados al madero y al travesaño, cuando empujan del cuerpo hacia arriba para tomar una bocanada —el extraño extendió los brazos y se puso de puntillas—, se les abren las heridas que después se les desgarran al caer bajo el peso del cuerpo.

—Sé prudente con tus representaciones; cargas demasiado la mano contra los romanos —le censuró un expedicionario que parecía de algún país de Asia Menor—. ¿Por qué les ocultas que, por una de cal, nos dan otra de arena?

—¿A qué te refieres?

—Ayer, en los corros del atrio, solo se hablaba del indulto.

—¿A quién van a indultar? —al menor de los hermanos le picó la curiosidad.

—Que lo diga este sabelotodo —el hebreo de la diáspora se cruzó de brazos.

Sin alterarse, aceptó el desafío:

—Todas las Pascuas, a petición del pueblo, el pretor ofrece a los ancianos y a los príncipes de los sacerdotes varios candidatos entre los presos de la fortaleza, para que escojan uno que la autoridad libere.

—¿Entienden por qué digo que los romanos también saben de clemencia?

Avanzó la fila, pero no Jesús, que permaneció plantado ante aquella crueldad. Malaquías, que había perdido el miedo a su primo, le conminó:

—¡Muévete!

Pero Jesús hizo caso omiso.

—¿Se puede saber qué miras? —le objetó otro de sus primos.

—¿Es que no sabes que podrías quedar impuro? —le advirtió una de las hijas de Adael, que con la palma de la mano se protegía de aquella imagen dantesca.

—¿Quién les lleva un poco de consuelo? —comentó el muchachito, como hablando para sí.

—Algo malo habrán hecho —juzgó una de sus tías con voz queda, impaciente por librarse de aquella visión—. ¿Quiénes son?

—Puede que zelotes —dijo el peregrino de la costa.

—O bandidos —según otro de los caminantes—. No me extrañaría si han asaltado una patrulla o matado a algún soldado.

—No es necesario pasar a espada a un legionario para que te condenen a muerte. Basta que se le antoje al gobernador —declaró un desconocido.

—O al procurador; él tiene autoridad para firmar sentencias.

—Y también Herodes cuando está en Jerusalén.

—¡Aborto de la peor de las rameras! —Adael se golpeó el pecho.

—Baja la voz… —susurró una mujer—. ¿Pretendes que te oigan los guardas de la puerta?

—He dicho que te muevas —porfió Malaquías, pero sin atreverse a empujarle.

—Adelante, chiquillo —una de las hermanas de José se enfrentó a Jesús, que seguía parado ante el Gólgota—. Vamos a perderte.

—No tienen a nadie —habló, buscando resquicios entre la gente para no perder de vista a los crucificados—. Una voz amable, una caricia, un poco de agua…

—¡Serás cabezota! —la tía puso los brazos en jarras—. Llamaré a tu madre para que te arrastre de la oreja. ¡María! ¡María!…

—El pequeño tiene razón; al menos, en los calabozos de la torre les daban de comer —afirmó una peregrina.

—¿Al rancho de los legionarios le llamas comida? —le refutó un camellero—. Esa bazofia impura, repleta de tocino, es el inicio de una muerte lenta.

—Pero, ¿por qué no los ajustician en el cuartel? —se cuestionó un extranjero, en un hebreo básico y mal pronunciado.

—¿Es que tu país no está bajo el talón del Imperio? —le contestó el camellero con otra pregunta—. La crucifixión pública evita las revueltas.

—Con las colas de estos días, las bandas rebeldes tienen fácil la entrada a Jerusalén ante las narices de los soldados y los alguaciles —uno que venía de los puertos del oeste quiso precisar el motivo—. Por eso la cruz, amigo.

Les repugnaba más el instrumento de tortura y la exhibición del ajusticiamiento que la desdicha de los condenados.

—Solo Yahvé es dueño de la vida —dijo Jesús, aunque ninguno en aquel grupo prestó atención a sus palabras.

—Ahí lo tienes —lo señaló la hermana de su padre, que traía a María del brazo.

La doncella llegó hasta él.

—Déjalos, mi vida —le susurró—. No puedes hacer nada por ellos.

—¿Hacer? —impugnó Malaquías con mordacidad—. ¿Qué podría hacer este idiota?

—Les he perdonado, madre —le palpitaron las pupilas.

—Vigila esa bocaza —su tía le soltó un coscorrón—. Vas a conseguir que no nos dejen poner un pie en el Templo.

—No vuelvas a pegarle —la amonestó María, a la que el golpe le había dolido más que a su propio hijo—. Él sabe lo que dice.

—Están locos —el primo se golpeó la sien con un dedo—. Completamente locos.

—¿Por qué nos insultas? —le reprochó a Malaquías.

Pero el grandullón no se molestó en responderle.

—¡Galileos tenían que ser! —se rio alguien a sus espaldas.

—He oído que vienen de Nazaret —deslizó un paisano.

—¿Es que de Nazaret puede salir algo bueno?…

Se rieron.

—Si han dicho que eran oriundos de Ascalón.

—Una artimaña, para no aguardar turno como los demás.

—Ya se les ha serenado el corazón —concluyó Jesús, ajeno a lo que unos y otros decían, en confidencia a su madre—. Pronto cerrarán los ojos en el Espíritu. Y cuando se cumpla mi hora, les abriré las puertas del Paraíso.

La cuñada se quedó pasmada.

—¿Le has oído? —se volvió hacia María.

—Se ha propuesto ser el próximo crucificado —gruñó Malaquías, lo que provocó una carcajada agria en un matrimonio cirineo.

11.

Cuando se empezaba a enfriar el sudor espeso que cubría a José, Jesús apoyó los labios en una de sus sienes y exhaló una larga vaharada de aliento. También le pasó los labios por encima de las cejas, y después le besó uno de los ojos para, al momento, posar el filo de su bigote sobre el párpado carente de pigmento, en el que también quiso dejar la huella de su boca. Hacía rato que la garganta del carpintero burbujeaba.

—Se echa en cara haberme descuidado durante los días de aquella peregrinación —alzó el rostro hacia su madre, que no se extrañó de que pudiera leer los pensamientos del moribundo.

Contra toda apariencia, el artesano aún era capaz de apreciar el tacto de las manos de su mujer y de su hijo. También reconocía la fragancia a piel limpia de María y el olor fuerte de Jesús. Distinguía sus voces, aunque le llegaban tamizadas, como si hablaran desde un lugar distante y las palabras cabalgaran sobre el sueño por el que él descendía.

—Mi padre fiel y señor —suspiró Jesús, abrazándole—, Satanás está poniendo frente a ti aquello que en su día te hizo dudar; dudas que ahora te acorralan, para que el miedo te fuerce a renegarme.

—Haz que no se aflija —le imploró María.

Pero con la mirada le dio a entender la conveniencia de aquel combate.

—Nos tiene a su lado —musitó, convencido de que su proximidad era suficiente para que el moribundo venciera cualquier congoja—. Además, tengo sujeto al Demonio para que no le tiente más que a cualquier hombre en su misma situación de debilidad. Aunque azuza a sus miles de diablos para que salten, todos a una, sobre este justo entre los justos, no se lo voy a permitir.

—No hay en el mundo hombre más bueno que tu padre —buscó los exánimes latidos del pecho de su esposo, desinteresada respecto a Satanás—. Dime, hijo, si otro hubiese sido capaz de cuidarnos como lo ha hecho él.

—No hay hombre más bueno ni más amado —se le quebró la voz.

—Mi buen José… —el desconsuelo quemó las palabras de María.

Jesús se agachó para apoyar su cabeza en la del enfermo, que estaba recostada en su regazo.

—¿Supiste, padre, que mis ojos de niño seguían todos tus pasos? —de nuevo había roto a llorar—. Me conquistó la piedad con la que te cubrías la cabeza al surcar las puertas de Sion. ¿Quién, además de mi madre —tanteó el aire a ciegas, hasta agarrar a María por la muñeca—, mantuvo la fe como tú, a pesar del comportamiento de los idólatras que llenaban las calles? Me explicaste que cada una de sus piedras es patrimonio del Cielo, y que los hombres que no temen a Dios no deberían hollar los umbrales de Sus alcázares. A ti, padre, te consume el celo por el Santuario, al que te gustaría que no llegase ningún sacrificio que no trajera consigo la conversión del corazón. Tú sabes cuál es el valor del ara, el valor de la renuncia y el valor del fuego, aunque fue en Belén, nada más verme, cuando comprendiste que en mí hay un Templo vivo y definitivo —. Se llevó una mano del carpintero a las mejillas para limpiar con ella el rastro de sus lágrimas.

Abordaron el Templo por su cara oeste. José se subió con agilidad a la base de un zócalo.

—¿Estamos todos?

Los del grupo de Nazaret comprobaron que no se les

hubiera perdido ningún niño.

—¿Y los míos? —alzó la voz aquel que capitaneaba el otro clan.

Algunos adolescentes andaban distraídos con la barahúnda de una ciudad sobrepasada por el acontecimiento de la Pascua.

—No os desperdiguéis.

Aunque tenían proyectado acudir a las primeras ceremonias, las mujeres no pudieron resistirse a la llamada de los puestecitos que jalonaban las orillas.

—¿Para qué tanta codicia?... —se dio por vencido uno de los hombres que la noche anterior disfrutó con las palabras y la compañía de Jesús, al ver cómo desaparecían bajo las lonas—. Saben que no hay en nuestras faltriqueras dinero para caprichos.

—Es cierto, pero quién puede comprenderlas —Adael le dio un simpático manotazo en el hombro—. Prefieren la frustración a la triste realidad.

Se rieron a una.

—¿Y tu cuñada? ¿Por qué no va con ellas? —le susurró, fijo en María, que charlaba con una mendiga en el arranque de un pasaje—. ¿Y qué hace con esa pordiosera?

—Nunca verás a la esposa de José darse un antojo, aunque tenga unas monedas de sobra en el bolsillo.

—Tampoco las nuestras pueden dárselo —esta vez la risa estuvo algo forzada—. Al menos, ella debería distraerse con personas de su posición.

—No la conoces, amigo. Reza, reza y vuelve a rezar. Y cuando no reza, gasta su tiempo con los indigentes. Su querencia hacia los pobres nos compromete.

—Parece que te incomoda.

—Pregunta a quien quieras de los nuestros. O, mejor, habla con ella: puede darte el nombre de todos los pilluelos, vagos y maleantes de la Puerta Norte de nuestro pueblo.

—¿Qué opina su marido?

—José no consiente que nadie hable mal de ella.

—Le alabo su nobleza.

—Llámalo como quieras.

—Escucha, Adael —no apartaba la mirada de la doncella—: No voy a decirte que tu esposa no sea una digna hebrea, pues la supongo tan sensata y piadosa como la mía o como cualquiera de las que forman nuestra expedición, pero ella… ¿Cómo se llama?

—María.

—Percibo que María tiene algo distinto, tan callada y, al mismo tiempo, tan pendiente de todo y de todos.

—Así que no te ha pasado inadvertida.

—Ni a mí ni a muchos de los de mi grupo.

—Aunque no te lo creas, proviene de una casa sacerdotal. Uno de sus parientes, no sé en qué grado, pertenece al turno de Abías.

—¡Tenéis una aristócrata en la familia!

—No creo que sea para tanto, porque ella es humilde, como nosotros. Su difunto padre tuvo un telar. Junto a él vendía sus elaboraciones por todo el país, pero el viejo cerró en cuanto la casó.

—Y sus hijos, ¿no han heredado el negocio?

—Infortunado Joaquín, que era viudo y solo tenía una única hija.

—¡Vaya!… Jehová **no fue magnánimo con él.**

—Era un buen hombre. Pero una vez murió y pagaron sus deudas, apenas dejó nada. José y María viven ahora del taller de mi hermano, sin excesos, y de algún encargo que le hacen a ella, que se guardó una de las máquinas de tejer.

—En cualquier caso, hay cosas que no dependen del dinero.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo me explico?… —el nuevo amigo se mordió el labio superior—. ¿No has escuchado en la sinagoga de tu ciudad que Elohim **manifiesta Su preferencia por algunos hombres y mujeres?**

—Eso dicen.

—Lee la Escritura… Es una predilección que se manifiesta con sutileza.

Callaron. María departía con la pordiosera.

—Sutileza —el hermano del carpintero hizo una mueca desasosegada—. ¿Te haces cargo de la sutileza?… Por gente como esa vagabunda, María es capaz de renunciar a su almuerzo.

—Entonces, no me quedan dudas: tu cuñada es una hebrea ejemplar.

—Hablas como mi madre —Adael trazó una sonrisa mohína —. En el barrio, sin embargo, no todo el mundo la quiere.

—Eso se llama envidia.

—Dicen que es rara.

—Envidia.

—Quizás no la comprenden.

—Insisto: es una mujer de Dios —. Dieron unos pasos—. Mis palabras son una corazonada, por supuesto, porque ¿quién es el loco que puede hablar en nombre del Único?

12.

Aquellos que la noche anterior habían quedado seducidos por el encanto de Jesús, no habían escondido a sus conocidos la sabiduría natural del joven. Mientras esperaban a que las

mujeres terminaran de fisgonear los tenderetes, los condujeron ante el chaval, con el que retomaron la conversación acerca de determinados pasajes bíblicos. Aunque al principio José intentó ampararlo, le resultó imposible contener al público, que se fue cerrando alrededor del chico. Enseguida se sumaron otros que pasaban por allí, al suponer que aquella gente se había reunido alrededor de un espectáculo callejero: malabaristas o un domador de cabras. En un primer instante les decepcionó hallar a un menor como toda atracción. De hecho, muchos siguieron su camino. Pero la soltura con la que Jesús hablaba, sin mostrar cohibimiento ante el auditorio, fue el lazo por el que la mayoría se dejó sujetar. Incluso hubo otros a quienes les movió la oportunidad de un esparcimiento gratuito, pues no había a los pies de Jesús el antipático platillo donde los más generosos solían depositar alguna moneda al finalizar el número.

Le llovieron las preguntas, muchas de ellas atropelladas porque los presentes se quitaban la palabra, ávidos de echarse unas risas a su costa. Pero como la mayoría de sus dudas apenas estaban pensadas, quedaban en ridículo ante las respuestas del galileo, que les conquistó con su ciencia. Jesús hablaba en pie para dirigirse más cómodamente a la concurrencia, a la que respondía con el vocabulario propio de sus años, la franqueza de quien acaba de estrenar la adolescencia y el candor del que aparentemente todavía no es capaz de adivinar en los demás segundas intenciones.

José evitó cruzar la mirada con él y con quienes conocían el vínculo que le unía al crío. Bajaba la cabeza cada vez que surgía un murmullo de aprobación o se batía un aplauso por la pericia con la que había relatado la aventura de algún personaje de la Escritura, incluso una carcajada tras sus ingeniosas réplicas a una argumentación torticera por parte de la audiencia. El Patriarca se colocó en la última fila, lo que a sus familiares les dio a entender que se avergonzaba de que su hijo aprovechara el lugar y la ocasión para lucir las facultades propias de un aspirante a rabbí**, que ninguno de ellos creía que le correspondiesen, valiéndose del hambre de los forasteros de discursos religiosos. Pero si el artesano marcó distancias fue para tener un mejor control de lo que pudiera suceder. Le amedrentaba la fuerza del gentío, capaz, en un golpe de entusiasmo, de proclamar a Jesús maestro. En aquella Jerusalén atestada, ¿cómo iba a defenderlo? ¿Y cómo se justificaría ante María —que desde el arranque de la boca no les quitaba ojo— si se les ocurría alzarlo en volandas para llevarlo al Atrio de los Gentiles en loor de multitudes? ¿Qué dirían las autoridades si les**

alcanzara el revuelo provocado por el muchachito de las orillas del Genesaret?

«Los sayones lo conducirían hasta el Sumo Sacerdote», pensó José con el corazón encogido, «para que lo interrogara». No albergó dudas de que en el Sanedrín Jesús también daría respuestas oportunas, pero… «¿qué es un niño para los poderosos?». Inmediatamente se vio a sí mismo golpeando la puerta del palacio de Anás, para rescatarlo antes de que los sabios se lo quitaran. «Serían capaces de ponerlo al servicio de alguna escuela rabínica», dedujo con dolor.

—¡Dejadme pasar! —se fue abriendo camino entre los espectadores.

—Eh, no empujes —se le encaró un extraño.

—Lo siento —alargó el brazo hacia Jesús—, pero la función se ha terminado.

—Y ese, ¿quién es? —oyó a sus espaldas.

—¿Habéis visto la mancha de su cara?

El público barbulló.

—Es su padre.

—¡Se acabó! —elevó la voz.

Hubo voces de decepción:

—¡Deja que nos siga hablando!

—Vamos, hijo —le miró con angustia—. Tenemos previsto participar en la próxima ceremonia: no nos entretengamos.

—¡Aguafiestas! —un tipo de mediana edad, sentado en primera fila, se puso en pie frente a él.

—Tened en cuenta que solo es un niño.

No fue necesario que su padre le insistiera; obediente, Jesús le tomó la mano para seguirle hasta donde se encontraba María.

Otro hebreo tomó a José por el antebrazo.

—¿Dónde podremos volver a escucharlo?

—Es un niño —insistió el carpintero—. Dejadle tranquilo.

José y María no le reprendieron, convencidos de que todo lo había desencadenado el enardecimiento de los amigos del día anterior. Además, también ellos se encontraban aturdidos ante la seguridad con la que se había desenvuelto, pues en ningún instante se quedó atascado, dubitativo o abstraído mientras elegía un modo convincente de exponer o de responder. Las tesis que Jesús había utilizado eran un destello de su modo de reflexionar, gotas del pozo sin fondo de su conocimiento, y los había ofrecido con fluidez, sin palabras huecas ni la necia retórica del discípulo que repite de memoria los decires de su maestro.

María, que lo conocía mejor que nadie, sabía que su hijo era

ponderado en los juicios. José, por su parte, lo había instruido en la Ley y la tradición, y estaba orgulloso de su recia piedad, en la que no cabían gestos melifluos ni acusadores. Jesús había aprendido de ambos, a los que nunca los había visto golpearse el pecho estentóreamente al entrar o salir de la sinagoga, ni lanzarse puñados de polvo por encima de los hombros durante los cortejos fúnebres ni chillar en los sepelios. Tampoco los había visto presumir de penitencias ni hacer votos públicos, costumbres que muchos consideraban distinciones del semita fiel.

Con benevolente impaciencia, al meditar a diario las palabras y las inspiraciones del arcángel, José se había preguntado a lo largo de aquellos doce años de qué modo se manifestaría el mesianismo en el pequeño, pues solo en contadas acciones, palabras y silencios el artesano había llegado a advertir la infinita distancia que le separaba del resto de los hombres, infinitud que, hasta aquel momento, había dejado rastro en cosas muy pequeñas.

Compartió con su esposa, en confidencia, la satisfacción que sentía al comprobar el cuidado que ponía el muchacho en el uso y orden de los objetos del taller. Otras veces el matrimonio se divertía a causa de su afecto por los animales: le veían juguetear con el gato, espolvorear un puñadito de harina para los gorriones y salir de paseo con un perrito, regalo del tío Obed, que ladraba fanfarrón a cualquiera que se les acercara.

Aunque Jesús guardaba en público el recato con el que los hijos se relacionaban con sus padres, en la intimidad era incapaz de reprimir sus impulsos de cariño. Con sus manos infantiles modeló figuritas de arcilla para su padre: animales con la cabeza desproporcionada, el cuerpo sostenido solo por tres patas, rectas como minúsculas vigas que se resquebrajaban al secarse al sol. Esas mismas manos arrancaban flores para María, ramos de amapolas y margaritas silvestres que llegaban algo mustias al rincón donde ella se sentaba a coser. Por otro lado, gustaba de las bendiciones en familia, del canto de los salmos y de la escucha, al fuego del hogar, de la historia del Pueblo por boca de José, adornada de vez en cuando con los comentarios, siempre pertinentes, de la doncella.

—¡Acaba de una vez con estas pantomimas! —exhortó Adael a su hermano mayor—. Nos sentimos avergonzados.

Apiñados a un lado de los peregrinos que acababan de escuchar a Jesús, los hombres de la familia miraban con dureza a José.

—¿A qué juega tu hijo?

El artesano cruzó con María una rápida mirada y después observó al chaval que, indiferente a aquel enfado, se había agachado para rascar uno de los adoquines del pavimento con una pequeña piedra.

—Nos vais a convertir en el hazmerreír de Jerusalén —el segundo de los hijos del difunto Jacob torció la boca.

—Adael… —le imploró Susana, apoyándose en su espalda.

—¡No! —la rechazó, sacudiendo los hombros—. Basta ya de defenderlos. Parece que no tienes otros hijos.

—Yahvé va a enojarse contigo.

—¡Cierra la boca! —exclamó con aspereza.

—No le hables así a nuestra madre —el Patriarca le clavó el índice en el pecho.

—Mi nieto es un elegido del Cielo. Lo sé —se obstinó la viuda.

Adael se libró, con un manotazo, de la sujeción del carpintero.

—Si hace tiempo le hubieras dado una bofetada, otro gallo cantaría.

—No sabes lo que dices.

—¡Claro que lo sé! Eres un hombre sin carácter, José; se lo has permitido todo. No me sorprende que ahora divague entre extraños jugando a ser profeta.

—¿Qué clase de trastorno te han causado sus palabras? —se interesó María—. ¿No has visto dónde me encontraba yo? También le he escuchado y no he advertido en ellas nada que pueda dañar la reputación de nuestra casa.

Adael buscó la complicidad del resto de los familiares.

—Tú y tus rarezas, María.

—¡Adael! —protestó el carpintero.

—No —ella tiró de una de las bocamangas de su esposo—. Déjale que hable.

—La atención a los menesterosos te ha hecho perder el sentido de la realidad —Adael frunció con desdén los labios, sin considerar la admiración con la que, momentos antes, había encarecido las virtudes de su cuñada junto a uno de los viajeros —. ¿También a ellos les adoctrina Jesús?

—Está de sobra ese aire sarcástico —le previno José.

Haciendo oídos sordos, intentó parecer más hiriente:

—¿O es que esa licencia para expresarse con tanto descaro se la han contagiado los hijos de las rameras?

—No me obligues, hermano…

Adael se quedó pensativo antes de bajar la cabeza, admitiendo que se había excedido.

—No quiero ofenderos, pero debéis entrar en razón. Nadie ha oído jamás que un niño que no proviene de ninguna familia de maestros, que no forma parte de una escuela rabínica, que es hijo de un carpintero que apenas sabe leer —meneó la cabeza, como si en su enumeración no cupieran más absurdos—, que vive en los arrabales de una ciudad de la malhadada Galilea, predique en la cuna de David con el aplomo de un escriba.

—No hace ningún mal al hablar de Kyrios**.**

—¡Excelente, mujer! —una voz espontánea entre quienes se habían reunido para escuchar al adolescente, vitoreó a la doncella.

—¿Qué sabrán esos? —farfulló Adael—. Una buena tunda, os lo digo, es lo mejor para que Jesús no vuelva a abrir la boca.

El muchacho dejó de rayar el empedrado, se puso en pie y dio unos pasos hasta colocarse frente a su tío.

—¿Quieres pegarme? —le preguntó con mansedumbre.

—A mí no me corresponde —acertó a decir, llevándose la mano a la nuca, con inseguridad, para rascársela—. Pero si no estuviera aquí tu padre…

—No le has respondido a mi madre —le recordó sin quitarle la mirada—. ¿Qué he dicho que haya podido ofenderte?

—¡Está loco! —exclamó Malaquías a las espaldas de Adael.

—Tú te callas —Obed le soltó un coscorrón.

—Que qué has dicho… —Adael se sentía cada vez más embarazado—. ¿Quién te crees para arrogarte la voz de un rabbí**?**

—Sabe más que muchos maestros —intercedió otro de los peregrinos.

—¿No les oyes? —le cuestionó su sobrino.

El hermano de José apretó los dientes.

—Si viviera en nuestro pueblo —dijo otro viajero—, exigiríamos para él un puesto junto al hassan **de la sinagoga.**

—¿Por qué no te fuiste con las mujeres y los niños a curiosear por las tiendas? —. En cuanto el segundo hijo del difunto Jacob formuló su pregunta, se hizo cargo de que, con aquel viaje, Jesús había pasado a ser adulto de pleno derecho—. Si te hubieras quedado con tus primos no nos habrías puesto en un compromiso —quiso solventar su error.

—Dime, ¿a qué os he comprometido? —nada conseguía alterar a Jesús.

—Me temo, hermano —José procuró zanjar aquella tensión —, que no tienes nada que añadir.

—Pero, ¿no os dais cuenta de que esos pueden ir por la ciudad anunciando que una criatura habla de las Escrituras sin la licencia de los maestros? —les exhortó, señalando a los

peregrinos.

Creyó haberles ganado, al fin, la mano con aquella cavilación, pero su sobrino volvió a mirarle fijamente a los ojos.

—Nada ni nadie podrá silenciar mis palabras.

—¿Cómo? —acababa de sentir que Jesús era capaz de leer lo más profundo de sus pensamientos.

—Si ellos no alabaran mi discurso —prosiguió—, lo harían las piedras de Sion.

—Te lo he dicho, Adael —Susana levantó las cejas—: este nieto mío es un escogido de Jehová**.**

—¡Vamos! —el carpintero le tendió los brazos a su hermano —. Es hora de entrar en el Templo.

Pero Adael despreció su abrazo y, sulfurado, se alejó a grandes trancos.

Salvo Malaquías, protagonista de aquel prodigio en los alrededores de Jericó que le había llenado de miedo y que no se atrevió a divulgar entre los suyos, ninguno de los parientes tenía una razón para considerar que al primogénito de María le adornara algo extraordinario. De vez en vez surgía en la conversación el episodio de los magos llegados de Oriente, del que algunos ponían en duda su verosimilitud, pero como desconocían los motivos de la aparición de aquellos notables extranjeros, terminaron por darle el valor de una extravagancia más del joven matrimonio, que vino a sumarse a los años que pasaron lejos de Nazaret y a la apresurada huida a los arenales de Egipto.

No fueron capaces de imaginarse quién le había inspirado aquella cualidad para congregar a tantas personas, ni cómo había sido capaz de hilvanar un discurso tan admirable. Desde luego, en su padre no se encontraba el germen de su locuacidad. Y en su madre… La personalidad de la doncella se les antojaba un mundo por descubrir, quizás porque siempre pasaba como una sombra, acallando los méritos que con justicia le correspondían y de los que nunca había querido apropiarse.

Mientras lo habían escuchado mezclados con el público, les amilanó que Jesús pudiera decir una sarta de disparates, lógico en un crío que se atreve a hablar de asuntos sagrados. De entre todos, fue Adael quien más sufrió. Apenas vio que la gente requería a su sobrino, le nació una comezón y buscó a José, para que lo desautorizase. Pero su hermano mantuvo la cabeza baja.

Adael sabía que si de los labios todavía infantiles de su sobrino hubiera brotado cualquier necedad, una nube de burlas se habría cernido sobre ellos. Peor aún, podrían haberlo considerado un blasfemo y, por ende, haber acusado de ese

terrible pecado a los hombres de la familia, haciéndoles responsables de los desbarros del menor. A pesar de la presencia intimidatoria del ejército romano, las avenidas, travesías y callejones de Jerusalén palpitaban de fieles; el grito de un sacerdote teatralmente escandalizado hubiese bastado para que comenzaran a volar las piedras.

Llegaron al campamento antes de que el sol se ocultara tras la colina del Gareb. Apenas se cruzaron palabras los unos con los otros, más allá de la orden de una mujer a su hija para que le ayudara a preparar la cena o del juego de los mocosos, que cuando se percataron de la inusitada tirantez que reinaba en el clan reprimieron su alegría.

José, que se sabía escrutado, se llevó al buey para que herbajara cerca del torrente. Una vez junto al agua, al abrigo de las escoberas rompió a llorar. Estaba convencido de que la reacción de los suyos era el preludio de lo que le esperaba a Jesús cuando diera comienzo la misión que el Cielo le tuviera encomendada.

«El día que se marche de casa», se sorbió la nariz, «en la balanza del corazón le pesará más el aborrecimiento de los nuestros que la estima de los desconocidos».

María trasegaba entre la hoguera y los pucheros sin negar la palabra a nadie. Había pasado por alto la bravata de Adael, de igual modo que no tenía en cuenta las miradas torvas de sus cuñadas, a las que irritó la facilidad con que había vuelto a sus quehaceres. Susana, apenada por el proceder de los de su sangre decidió pasar la noche en ayunas como desagravio a Yahvé. **Mientras tanto, Jesús no daba muestras de estar afectado: cuando finalizaron los ceremoniales y lograron salir de Jerusalén, buscó a los primos de su edad para repetir las carreras de la mañana.**

—No nos dejan jugar contigo.

En vez de enfadarse o de recogerse con la cabeza gacha, anduvo con el alma distraída en los cortejos de los pajarillos, a los que ya hervía la primavera. Apenas alcanzaron los carromatos desanudó la soga del borreguito, y lo llevó a un lugar apartado. Allí le metió los dedos entre los vellones para rascarle, le dio unos trozos de pan duro y le cortó algunas florecillas para que se las comiera. Ante ambos se izaba la masa colosal del Templo, pintada a brochazos un rojo escarlata como la sangre que, al día siguiente, derramaría el cordero en el altar.

13.

La noche apaciguó los ánimos, como si la penitencia de Susana hubiese dado el fruto de aquella recompensa. Entre los parientes renació la jovialidad con la que habían emprendido el viaje,

todavía más sentida a causa de la fecha: trece de Nisán**. Eran conscientes de que aquella noche no podrían sentarse a cenar con la conciencia manchada, así que después de darse los buenos días entonaron todos juntos las bendiciones del amanecer. Solo Adael exhortó a José:**

—¿Nos dejará Jesús celebrar la fiesta en paz?

—Con tu prevención me haces pensar que no conoces a tu sobrino —le contestó el carpintero—. ¿Le crees capaz de violentar la noche santa?

—Estáis advertidos.

—Tú también, hermano.

La viuda se coló entre ambos. No se le escapaba que Adael estaba forzando una nueva discusión que podría dar al traste el buen son con el que había empezado el día.

—A la mínima provocación, Adael, ni tú ni los tuyos os sentaréis a cenar bajo mis lonas.

—Hagamos caso a nuestra madre —José atendió la admonición que acababan de escuchar y dejó el brazo derecho suspendido, para que su hermano lo apretara.

Las paredes de la vaguada recogieron una salva de aplausos cuando, tras entrechocar las manos, el Patriarca tiró de Adael hacia su pecho.

Antes de partir recogieron las mantas, barrieron la cuesta sembrada de piedras y las mujeres prepararon el rincón en el que los varones tomarían la cena, de tal modo que cuando volvieran del Templo pudieran vivir sin retrasos todas y cada una de las tradiciones vinculadas a la noche del Paso del Señor, en la que Elohim **bajó a la ciudad del faraón para liberar al Pueblo.**

Mientras avanzaban hacia la Puerta de Benjamín, Obed y sus hijos envolvieron a Jesús para ocultarlo a los que, en la jornada anterior, le habían escuchado y a aquellos que, sin haberlo visto, intrigados por los testimonios que hablaban de él, pudieran hallarse al pie de las murallas resueltos a abordarlo.

La Puerta de las Aguas estaba colapsada de nuevo: a los visitantes se habían agregado los habitantes de los contornos, pues muchos de ellos hacían coincidir la festividad con el mandato de visitar el Templo una vez al año. Aquellos vecinos pretendían que los sacerdotes degollaran a sus corderos antes del mediodía, para estar de regreso con tiempo para asarlos. Por esa razón también eran más numerosos los vendedores de ganado, que extramuros no pagaban impuestos.

—He oído que la Puerta de la Fuente y la de la Alfarería están aún peor —les contó el hijo mayor de Obed después de que se hubieran entremezclado con el tumulto.

—Tardaremos más de una hora en pasar —se quejó otro de los primos.

—¿Por qué no lo intentamos por la misma entrada de ayer? —propuso una hermana de José.

Pero les pesaba en el ánimo el encontronazo con los crucificados.

—Siendo el día que es —discurrió Adael en voz alta—, los habrán retirado del collado.

Aunque los condenados habían fallecido la tarde anterior, sus cuerpos aún pendían de los travesaños, lo que sulfuró a una camarilla de fariseos que discutía con un centurión junto a los fustes del Pórtico de Benjamín. Aquellos principales hacían aspavientos ante la indiferencia del militar, y con sus varales señalaban una y otra vez los cadáveres que, por haber perdido toda la sangre, desde lejos parecían muñecos de cal. Uno de los fariseos le dio la espalda al romano y, desdeñoso, caminó hacia la arcada, golpeando el suelo con su báculo.

—Han redoblado la guardia junto a las cruces —habló entre dientes mientras la gente le iba abriendo el paso—. ¡Necios!... Se creen que muertos pueden ser más peligrosos que cuando estaban vivos.

—Los romanos temen la reacción de los zelotes.

El fariseo volvió su perfil aguileño hacia la multitud, a la que contempló con un punto de arrogancia.

—¿Zelotes? —preguntó sin fijar los ojos en nadie—. No hay un solo hebreo que, en su sano juicio, vaya a manipular esos cadáveres en un día santo.

Jesús percibió el aroma con que aquel hombre próximo al Sanedrín había perfumado sus ropajes de fiesta, y lo siguió con la mirada, atraído por los brillos de los hilos de plata de sus bordados.

—¿Serías capaz de coser una pieza como esa? —Meital, la esposa de Obed, le preguntó a María.

Pero ella no la atendió, desconcertada ante la indiferencia que Jesús estaba manifestando hacia los cuerpos de los reos.

—¡Hijos de la gran perra romana! —soltó un hombre en arameo.

Algunos vomitaron otros insultos y se golpearon el pecho. El muchachito, sin embargo, iba pendiente del cordero, que daba tirones para liberarse de la soga con la que lo conducía.

Al surcar la puerta del Templo, algunas mujeres y las niñas se taparon la nariz, pues el aire se había vuelto irrespirable. Una sucesión de columnas de humo unía el Santuario con el cielo, viciando el oxígeno con hebras de grasa quemada. Las llamas en

las que se consumían las entrañas de los animales no daban abasto. Colocados en una larga fila a unos pasos del altar, los matarifes recibían las reses de manos de los fieles y, mediante un movimiento mecánico (con una mano les alzaban la cabeza, y con la otra les deslizaban el cuchillo ritual por el gaznate), les arrancaban la vida sin dejarles que profiriesen un solo balido.

Jesús y José, empujados por la masa, fueron avanzando hacia el Atrio de los Sacerdotes. El artesano lo llevaba agarrado del cuello de la túnica para que no se perdiera entre la masa. Con aquellos tumbos se les escurría el talit **de rayas celestes y tenían que sujetarse el casquete de la** kipá**.**

—Tranquilo —el muchacho le iba diciendo al cordero, preso en un bosque de piernas—. Estoy aquí, a tu lado.

Si en el patio exclusivo de los varones al animalito le habían alterado las vaharadas que desprendían los corrales, en aquel momento se crispaba con el griterío, los empellones y la presencia de otros recentales que también temblaban entre el amasijo de hombres enardecidos.

—Toca, padre —lo alzó en brazos.

José hundió sus dedos en el pecho de lana.

—El corazón le golpea como un timbal —admitió.

El ternasco pugnó por huir cuando llegaron a la primera fila y vio los regatos rojos. Clamó como cuando le destetaron, con balidos de miedo, y arañó el suelo con las pezuñas.

—Ten valor, mi corderito.

El carpintero le había pasado por las orejas una aguja de hueso enhebrada con un trozo de tela amarilla. Con aquellos nudos podrían reconocerlo cuando los levitas lo colgaran de los garfios.

—Ya puedes entregarlo —le indicó al niño.

Al ver que se les aproximaba uno de los escribas, su dueño lo abrazó con fuerza.

—Dámelo.

A Jesús se le quebró un adiós cuando aquel hombre embadurnado en sangre se lo quitó para encaminarlo hacia la gran losa.

—No es necesario que sigamos aquí —le dijo el artesano al notar su desazón—. Yo me encargaré de recoger la carne.

Pero su hijo no quitaba la vista del sacrificio.

—En él estaré yo.

—¿Cómo dices?

En el pensamiento del niño se fueron escribiendo los versos del Siervo Doliente:

Fue maltratado, / y él se dejó humillar / y no abrió su boca; /

como cordero / fue llevado al matadero, / y como oveja muda / ante sus esquiladores, / no abrió la boca.

José le echó las manos por encima de los hombros y descubrió que a Jesús también el corazón le latía encabritado.

La noche, embebida de sacralidad, mitigó todas las penas.

María y sus cuñadas extendieron sobre el suelo del campamento los blanquísimos manteles que habían reservado para aquella cena, que evocaban las lejanas nieves del monte Hermón, y José hizo los honores de rociar un improvisado arco de lonas con una jícara de sangre que les dieron en el Templo.

—Y ahora, el cordero.

Lo habían asado en uno de los numerosos hornos de barro que se alquilaban a los pies de las murallas.

Colocaron dos fuentes de carne en medio de cada mantel. La tercera cazuela fue al de las mujeres y los niños.

Susana trajo unos cestillos cargados de tortas sin levadura.

—Estos panes representan la urgencia con que las últimas esclavas de nuestro Pueblo tuvieron que cocer las provisiones, antes de emprender la huida por el desierto —les explicó a sus nietas con la misma didáctica que habían usado otras abuelas, de generación en generación, desde los tiempos de Moisés.

Los depositó junto a unas fuentes con hierbas amargas.

—¿Por qué vamos a comer esas verduras? —se interesó la penúltima de las hijas de Adael, a pesar de que ya conocía la respuesta.

—Al masticarlas, nos llegan al paladar las penas que sufrieron nuestros antepasados durante su cautiverio en Egipto.

María había majado una salsa de uva, almendras, higos, dátiles y canela, que volcó en el aire del ocaso un aroma que les despertó los recuerdos de los Pésaj **del pasado, cuando el difunto Jacob recitaba de memoria los pasajes del Libro del Éxodo que coincidían con las instrucciones para el ágape y con la muerte de los primogénitos al paso del Ángel Vengador.**

—Hacednos sitio.

Los primos mayores llegaban con las cántaras para las abluciones. Obed, en un rincón, añadió al vino que había comprado a los levitas, un caldo sembrado con especias que le daban un característico dulzor, la cantidad de agua estipulada. Siguiendo las instrucciones de Adonai**, los varones permanecieron con las sandalias puestas, se ciñeron la cintura y tomaron una rama a modo de bastón.**

—Sentaos —dijo el carpintero, a quien una de sus sobrinas aproximó una jofaina con la que se lavó concienzudamente desde los codos hasta las manos. Después escanció la primera copa, que pasó al comensal que tenía a su derecha.

Empezaron por la verdura, que tomaron de las bandejas sin ayuda de cubiertos. Nadie hablaba, los ojos concentrados en los cuencos que cada cual usó como plato, impelidos por la misma urgencia con la que, una noche como aquella, Moisés, Aarón y los siervos de Israel oprimidos por la tiranía del faraón tomaron aquellos frugales alimentos antes de partir. Jesús, en nombre de los jóvenes recién incorporados al Pueblo, hizo a su padre la consabida pregunta:

—¿Qué es lo que estamos celebrando?

José narró la promesa que Jehová **le hizo al más importante de los profetas. Conducidos por su voz cordial, los familiares vieron impresos en las estrellas algunos destellos de las terribles plagas que anegaron las riberas del Nilo. Todo eran signos: la salsa en la que mojaron el pan tenía el color rojizo de los ladrillos que aquellos judíos de la antigüedad cocieron bajo la amenaza de los látigos, pero también el de la tierra fértil donde crecerían las viñas de Canaán.**

Unos a otros se pasaron un último pedazo de torta y bebieron el postrero sorbo de vino.

—¡En pie! —exclamó el carpintero.

Unidos, entonaron a coro:

—¿Quién como el Señor, nuestro Dios, / que se asienta en las alturas, / y se abaja para mirar los cielos y la tierra? / Él levanta del polvo al indigente / y del estiércol hace sacar al miserable, / para sentarlo entre los príncipes, / entre los príncipes de su pueblo.

Enviaron a Jesús adonde estaban reunidas las mujeres para que recogiera los huesos y otros desperdicios, que juntó a los que habían dejado ellos. En cumplimiento de la última de las disposiciones de Yahvé, volcó los despojos en la hoguera.

Esperó a que todos se durmieran para retirarse las mantas y caminar hasta donde días atrás pastó el corderito. Buscó entre las ginestas un lugar despejado, se echó de hinojos y levantó la frente hacia el firmamento. Sus ojos se espolvorearon con los luceros que barrían la noche. Sin apartar la mirada de la infinitud, tanteó alrededor de su cuerpo, como si esperara tocar los vellones del animal que acababan de comerse. Entonces se estremeció y su cuerpo adolescente se puso a temblar.

—Yo soy… —rompió el silencio—. Yo soy tu cordero, Padre.

Los animales ofrecidos en el altar eran el signo que le representaba, aunque no tuviesen valor para el Dios que anhela misericordia en vez de sacrificios; oración en vez de holocaustos. La única oblación aceptable por el Padre, la única con la que los hombres podrían liberarse del vasallaje del pecado, debía tener la misma e infinita dignidad del Cristo.

—Yo soy tu cordero —repitió, las pupilas llameando con la intensidad de todas las estrellas juntas. Se le empaparon de sudor los tirabuzones que le caían a ambos lados de la cara, rizados por su madre y por su abuela para su primera visita al altar del Santuario—. El cordero que quita las ofensas del mundo.

Como las crías que durante toda la jornada habían sido degolladas en el ara del Templo, él se entregaría, mudo e inerme, a su ejecución. Sabía que no pronunciaría una sola queja, manifestando en ese silencio la realeza de su libertad. Entonces el cáliz de oro que había recogido la sangre de los recentales se llenaría con la que bombeaba su corazón, herido de amor por los pecadores, a través de una muerte lenta en el mismo Gólgota donde había visto a los crucificados. Después de que se le vaciaran las venas para conocer el frío y la rigidez de los cadáveres, bajaría al Sheol **para recoger a los justos que allí reposaban desde los albores de la humanidad. Él les conduciría a la casa del Padre. Y al amanecer de un tercer día se detendría el proceso de corrupción del más santo de los cuerpos, cuando una luz interior de intensidad sobrehumana dejara impresa en la mortaja toda su belleza.**

Sintió un chasquido. Al volver el rostro vio, a unos pasos de donde se encontraba, el centelleo de unos ojos que no parpadeaban e irradiaban una luminiscencia molesta.

Se puso en pie.

—¡Vete! —le ordenó.

Satanás se desplomó y comenzó a frotarse contra la tierra, como si no soportara el picor de un eccema.

—¿Quién eres, Jesús, que al mirarte me abrasa el cuerpo?

—¡Vete, te he dicho! —avanzó un paso.

El Monstruo se irguió, con el espinazo hinchado en tumores.

—¿Quién eres?...

—¡Desaparece de mi vista!

Atormentado, echó a correr hacia el arroyo, desgarrando con sus aullidos la madrugada de la Pascua.

14.

Aquellos mismos ojos de cargante refulgencia observaban, desde una esquina de la habitación, la agonía de José.

«Ha llegado el momento de hacerle daño», se solazó. «Pero le tengo miedo a la doncella», se reconocía a sí mismo, «y espanto a su hijo».

Si María y Jesús eran las únicas criaturas de la Historia a las que todavía no se había atrevido a tentar, ¿por qué los ángeles le habían abierto la puerta de la casa de José en aquel momento dramático? Como le obsesionaba arrancarle el alma, renunció a indagar los motivos.

«¡La espada!», se regocijó en su odio, pasándose la lengua partida por los belfos. «Resulta que yo tengo la espada que oí nombrar al viejo Simeón».

Sus dedos membranosos hicieron el movimiento de asir una daga. Con ella atravesaría el pecho del carpintero. Y esa misma herida hendería el corazón puro de la mujer, de la que no se atrevía a pronunciar su nombre.

—No tengas miedo —Jesús, que por el rabillo del ojo vigilaba a Leviatán, logró que sus palabras apaciguaran a su padre—. Estamos aquí.

José abrió los labios, pero fue incapaz de decir una sola palabra. Quería contarles que notaba una presencia perturbadora que le empujaba al precipicio de una muerte sin consuelo. Sus ojos no podían ver, pero era otra la ceguera que se había apoderado de su voluntad, una tiniebla que le hacía dudar de los puntales que sostenían su vida.

«No te siento, Señor». Su interior dijo lo que no podían emitir sus cuerdas vocales. «Es como si me hubieses abandonado, como si tus brazos no me sostuvieran y me hundiese en el

pecado».

—Estoy a tu lado, padre —le susurró Jesús—. Madre también se encuentra junto a ti.

El Diablo daba vueltas en derredor.

«Me asusta no haber sido fiel a la misión de Yahvé», volvió a dolerse. «Todo ha sido mentira: no hubo arcángeles, mi Jesús, y tú no eres fruto del Espíritu Santo. Todo se ha debido a mi fantasía, a mi afán por construir una vida distinta a la que nos corresponde».

—Sabes que no es cierto —le respondió como si estuviesen manteniendo una conversación, pues podía leer sus pensamientos—. Pero conviene que ahora padezcas por mí y por la salvación de los hombres.

«¿Qué te he dado, mi hijo y Señor?... No logré una cama para tu madre ni las manos limpias de una matrona. Naciste entre bostas, Hijo de David, sin una cuna donde recibirte. Y después, ¿qué te he ofrecido sino pobreza y trabajo?».

—La pobreza y el trabajo son tesoros para Dios.

El Patriarca se relajó.

Con la primera claridad se pusieron a recoger el campamento. El clima había cambiado: soplaba el viento del suroeste, que traía la furia del mar en forma de un celaje cárdeno.

—Antes del mediodía, agua —decretó Adael con la nariz elevada al cielo.

Jesús enlazó al buey por la argolla del hocico. El animal se movió perezoso.

—¡Vamos, Rubio! —Obed le azotó el costillar.

Le pasó una cincha a su sobrino, para que la trabara al yugo.

—¿Quién se encarga de plegar las lonas? —escucharon la voz de Adael.

—Yo —respondió Malaquías.

—Ya tendrían que estar guardadas —le reprendió.

—La culpa la tienen los primos —tiró de uno de los vértices de las telas—, que no quieren ayudarme.

El segundo de los hijos de Susana, que acarreaba una pila de jergones, los dejó caer al suelo.

—¿Quién no quiere ayudarte?

Malaquías señaló a Jesús.

Sin buscar a quien pudiera corroborarlo, su tío se acercó hasta el carromato.

—Y ahora le pasas la quijera —le explicaba Obed en aquel momento.

El muchacho iba al alzar la gamella sobre la testa del buey cuando Adael le atrapó del manto, a la altura del pecho.

—¿Así que no te da la gana recoger los toldos?

La guarnición se le cayó de las manos.

—Déjale en paz —Obed agitó una borra empapada en aceite con la que iba a engrasar las ruedas—. ¿No ves que me está ayudando?

—Así me gusta, hermano —torció la boca, sin soltarlo—, que permitas que cada cual haga lo que le venga en gana.

—¿Qué dices?

—Hace más de una hora le pedí que plegara las lonas con Malaquías.

—Debes de haberte confundido —su sobrino tenía el puño junto a la boca—; ni tú ni nadie me dio ese mandato.

—Fui yo quien le dije que me echara una mano con el arnés —aclaró Obed—. Hasta que no tengamos el carro listo, no podremos empezar a cargarlo.

Adael aflojó los dedos.

—¿Y cuánto vais a tardar en cinchar al animal? Hay muchas cosas pendientes.

—Pues empieza tú mismo —su hermano le tendió la bola de crin con un movimiento destemplado—. Cualquiera es capaz de dirigir mientras aparenta estar muy atareado.

Jesús los observó con tristeza; aquel no era el mejor modo de finalizar la peregrinación.

—Qué fácil es hablar sin saber —contraatacó Adael antes de regresar hacia los colchones.

Malaquías, que se había buscado el concurso de otros jóvenes para cumplir su tarea, le aguantó la mirada a su primo con una corrosiva media sonrisa.

Estaban las faenas a medio hacer cuando se presentaron unas visitas. La primera fue la del propietario de la pequeña finca, que quiso comprobar si los nazarenos habían dejado algún desperfecto. Poco después llegó una comisión que representaba a los que iban a limpiar los alrededores de la ciudad tras la semana del Pésaj**; deambulaban por aquella vertiente con una hucha. Por último, algunas de las personas que conocieron aquellos días.**

—No podíamos marcharnos sin pasar a despedirnos —repetían la amable fórmula al tender los brazos a José y a sus hermanos, mientras de reojo buscaban a Jesús.

Las esposas de aquellos visitantes presentaron sus respetos a la viuda de Jacob, que se sintió obligada a corresponderlas con una bebida caliente y algunos dulces, que tomaron sentadas en los sacos donde habían guardado las sábanas y los útiles de

cocina.

—Las nubes apremian… —gruñó uno de sus yernos—. Cuanto antes nos marchemos, mejor.

—Te aconsejo que te lo tomes con calma —le replicó su mujer—. Mira quién ha venido.

En la cima de la quebrada se asomaba uno de los grupos con los que habían hecho la expedición de ida a la Ciudad Santa.

—¿Por qué no nos unimos otra vez durante el viaje? —propuso el responsable de aquella caravana cuando bajó la pendiente—. A los bandoleros se les deben hacer todavía más golosas nuestras alforjas, ahora que volvemos repletos de regalos.

En el terraplén se desató un fabuloso desorden: unos se despedían y otros se daban la bienvenida. Los fariseos, atentos a los nuevos rostros, hacían tintinear la hucha a pesar de las protestas de los hombres que terminaban de atar el equipaje.

—¡Sois peores que las moscas! —les reprobó Adael.

—¿No será que tienen una memoria tan débil como la de esos bichos? —se preguntó uno de sus cuñados—. Ya se han olvidado de que acabamos de alimentar sus alcancías.

José requirió la colaboración de todos los hombres.

—El buey y el borriquito no tienen fuerzas para subir la cuesta con el peso de los carros.

Empujaron todos a una, con cuidado de que nadie se trabara un brazo en las ruedas. Cuando alcanzaron la calzada, restallaron los látigos.

—¡Adelante!…

Nada más arrancar, la expedición tuvo que detenerse. Una de las hijas de Susana había olvidado recoger unas camisas que se secaban sobre un arbusto. Cuando al fin partieron, al compás de los quejidos de los ejes los niños corearon tonadillas repletas de imágenes y giros satíricos que solo podían comprender los habitantes de la orilla oeste del mar de Galilea. Se sucedieron palmas y carcajadas. Pero Susana lloraba, conmovida por el íntimo dolor de dejar atrás los muros tan amados.

—Ya no volveré.

—Séquese esas lágrimas —María la tomó de las manos—. La nueva Sion es nuestro destino —quiso consolarla.

Les golpeó una ráfaga de aire cargada de polvo y humedad.

—Empieza a llover —anunció una niña.

Cuando las primeras gotas rompieron, densas, sobre la calzada, un rayo prendió con luz espectral las fachadas que tachonaban el monte Moriah y el cielo pareció reventar en un trueno prolongado. Los más pequeños se estrecharon contra sus

madres.

—¡Mirad cómo corren!

Se rieron de las personas que abandonaban la carretera para buscar amparo bajo los salientes del roquedal.

—¿Os habéis fijado en aquel esperpento? —uno de los miembros de la comitiva señaló hacia la vaguada.

Se avivaron las risas.

—¡Parece una seta andarina!

Un muchacho cojitranco, flacucho y con la cabeza grande, se esforzaba por alcanzar cobijo bajo un resalte de granito.

—Que corra con tiento —añadió alguien—, o el peso del cráneo le hará rodar cuesta abajo.

—Lo sentiré por la pendiente —remató la mofa uno de los arrieros—. Con esa cabeza puede levantar la tierra y matar a un topo.

Un nuevo golpe de viento se mezcló con las carcajadas.

José se levantó en el pescante para encararse con los autores de aquellas sátiras:

—¡Ya basta!

—No te pongas así, que estamos de broma.

—Con los niños no se bromea.

—Espera, que voy a echarme a temblar —dijo el arriero con insolencia, haciendo un gesto estúpido.

—¿Es así como se ha renovado vuestro corazón tras los sacrificios al Altísimo?

Aquella voz, que provenía de la misma carreta del carpintero, logró un momentáneo silencio.

—¿Quién ha hablado? —bisbiseó una de las hijas de Susana en el carruaje del buey.

—María.

—¿Cómo se atreve…? —gruñó por lo bajo una de las mujeres de Caná.

Aunque se conocieran del trayecto de ida, las amonestaciones solo les estaban permitidas a los varones.

—¿Quién?

—María, la de José, el carpintero de Nazaret.

Kerem y Meital estaban boquiabiertas, acostumbradas a la serenidad y discreción de su cuñada.

Arreció la lluvia.

—¡Malaquías! —llamó Meital—. ¿Dónde has puesto esas lonas?

Las mujeres y los niños, apretados a los laterales del carro, se cubrieron con los toldos.

—¿No os lo decía yo? —rezongó uno de los yernos de la

viuda de Jacob—. Vamos a calarnos hasta los huesos. Después no os extrañéis si alguno cae enfermo.

—Dales fusta a los jumentos —los que iban a pie exhortaron al artesano.

A los animales, que ponían las orejas en alerta a cada tronada, les corrían reguerones de agua.

—¿Son los demonios? —preguntó un chicuelo acobardado.

Antes de que el camino se dividiera por primera vez, se les juntó otra caravana. Eran quince o veinte los carros que pusieron rumbo a Jericó; cinco más los que les aguardaban en un llano; otros siete los que se les sumaron en un soto.

—Ya no se ve la ciudad —se escuchó un comentario.

Como iba a pie, a Jesús le fue fácil quedarse entre los últimos viajeros en vez de caminar junto al carromato de sus padres, que, de nuevo, abría la comitiva. Anduvo junto a un mulo que cerraba la compañía, al que se le hundía la piel en las sienes e ijares y arrastraba una narria con objetos de poco peso. El arrapiezo que lo guiaba iba propinándole con su cayado suaves golpes en las caderas.

—Adelante, precioso —posó Jesús la mano en la grupa angulosa cuando todavía recorrían el exterior de la muralla—, no vayas a perderlos.

El paisaje se prendió en un trallazo cegador.

—¿No te da miedo? —le preguntó el mozo después de encoger el cuello.

—Me gusta cuando el cielo y la tierra se pelean —le dijo con los ojos cerrados a causa de un soplo de aire. Después se rio al ver que un goterón dejaba un círculo limpio en uno de sus empeines—. Además, esta lluvia nos viene bien para quitarnos el polvo.

La columna hizo una parada con el primer aguacero. Fue entonces cuando escucharon las burlas de la caravana ante los caminantes que salían a escape en busca de refugio. Y cosidas a ellas, la agudeza contra el pequeño deforme.

—Ja, ja… —se rio el mulero, buscando la aquiescencia del Jesús—. ¿Los has oído?… ¡Una seta andarina! Ja, ja…

Un nuevo chispazo eléctrico le cortó la carcajada de raíz.

Jesús aprovechó el pavor del zagal a los relámpagos para invitarle a que se uniera a los suyos.

—Yo me quedaré atrás —le dijo.

—¿Estás seguro?

Asintió.

—Pues te dejo a cargo del mulo —se despidió, avivando el paso hacia los jóvenes, que caminaban por una de las orillas de

la calzada para evitar los charcos y el barro.

El hijo de María se plantó al borde de la carretera mientras los peregrinos se alejaban envueltos por la lluvia. La bestia vieja que tiraba de la narria siguió diligente al último carro. No precisaba la guía de ningún acemilero.

15.

El hijo de María, empapado por el chaparrón, bajó la hondonada apoyándose en un cayado. Había momentos en los que la lluvia arreciaba tan fuerte, que le ocultaba el lugar bajo el que se había guarecido el niño. Al acercarse vio que allí también había dos chicas mayores.

—¿Me dejáis pasar? —les preguntó desde cierta distancia.

Lo habían visto aproximarse, salpicando agua y barro.

—¿Quién es? —musitó una de ellas.

—¿Cómo voy a saberlo? —respondió la otra.

Parecía que acabara de emerger del fondo de un río.

—Adelante —la menor de las muchachas salió del abrigo de las rocas para recibirle—. ¿Te has perdido?

—¿Perdido?... ¡No! —se rio al entrar bajo el saledizo.

Aquella afabilidad las conquistó. Eran hermanas; una se llamaba Marta y la otra María.

—Vas a ponerte enfermo —María se retiró el velo y se lo dio, no sin cierta modestia, para que pudiera secarse.

—Permíteme que antes escurra mi sudario —. Después de enjugarlo, tomó la tela y se la pasó por el cuello y el rostro—. Tendrás que ponerla a secar —le sonrió al devolvérsela.

—¿Cómo te llamas?

—Jesús, hijo de José.

—No eres de aquí —advirtió Marta.

—De Nazaret.

—Galileo... —apuntó la pequeña.

—¿Y dices que no te has perdido de los tuyos? —preguntó María, vuelta hacia la vaguada—. ¿Es que siguen en Jerusalén?

—No —recorrió el lugar con los ojos—. Han emprendido el camino de regreso.

—Entonces... —frunció la frente—. ¿Te has escapado?

—No; he venido a conocer a Lázaro.

El niño de la cabeza grande, que hasta ese momento había permanecido en segundo plano, abrió su boca desmesurada:

—Me llamo... me llamo Lázaro...

Los párpados oblicuos cubrían parte del resplandor de sus ojos negros.

—Lázaro... —volvió a decir, como en un eco de sí mismo—. Lázaro me llamo.

Tenía los maxilares cubiertos de vello, las orejas pequeñas y separadas del cráneo como graciosas asas, y por los labios le asomaba la punta de la lengua.

Ni Marta ni María quisieron saber por qué conocía el nombre de su hermano, como si les amedrentara lo que pudieran hallar en el interior de aquel desconocido surgido de la tormenta.

—¡Lázaro es extraordinario! —exclamó el nazareno, pellizcándole el carrillo.

—¿Extraordinario? —Marta se quedó atónita—. Nunca nadie se ha referido a él de esa manera.

—Al contrario. En Betania, donde vivimos, los vecinos nos dicen que su aspecto y su pobre conciencia son secuela del pecado —María, a la que de improviso le dominó una alegría arrebatadora, no tuvo empacho en desvelarle aquella deshonra.

—¡Hermana! —Marta le llamó la atención.

—Me llamo Lázaro… —reiteró el chico, que llevaba los brazos encogidos contra las costillas, como las alas de un pájaro posado, y al ir de un rincón a otro imprimía sobre el suelo las huellas de sus sandalias húmedas.

—Quienes le lanzan esa acusación no conocen a Elohim **—les instruyó el nazareno sin dejar de sonreírle al muchacho.**

—Pues uno de esos vecinos es rabbí **en la sinagoga.**

—Y otro es doctor de la Ley y trabaja para el Templo.

—¡No saben lo que dicen!

—Si te oyeran, te molerían a palos —observó María.

—También en Nazaret hablan así de mi padre porque tiene una mancha en el rostro —les hizo saber.

—Ah, ¿sí?

—Si conocieran quién es mi Padre… —por un momento se quedó absorto.

—Nos has dicho que se llama José —María tenía fresca su filiación.

—Ni las cualidades de vuestro hermano ni la nube en la cara de mi padre tienen que ver con los pecados de sus mayores —continuó—. En lo que unos interpretan como venganza divina o debilidades de la Naturaleza, se manifiestan las obras de Dios.

—¿Cómo estás tan seguro?

Jesús se peinó con los dedos.

—¿No sabes, Marta, que el rostro de Yahvé se trasluce en los inocentes y en los santos?

Guardaron silencio.

—Hablas como un maestro de la Ley —María no salía de su asombro—. ¿Cuántos años tienes?

—Doce; casi trece.

—¿Has oído, hermana? ¡Doce años! —estaba entusiasmada —. Tendrían que escucharte los ancianos del Templo.

—¡Calla!… —Marta la regañó—. ¿Quién se va a molestar en oír a un niño?

Charlaron de otras cosas: por ellas supo Jesús que Betania distaba apenas unos quince estadios de la Ciudad Santa, y que durante el Pésaj **los pocos caseríos de la aldea habían alojado a un buen número de viajeros.**

—Nosotros les alquilamos una de nuestras fincas, para que acampen. También el pajar y una estancia del caserío, que tiene entrada independiente.

—La llamamos la Habitación del peregrino **—precisó María.**

Aquella separación entre los hermanos y los huéspedes tenía sentido, ya que sus padres habían muerto.

—Nuestra madre falleció hace seis primaveras.

Lázaro, abstraído, se balanceaba en un movimiento mecánico.

—Y a nuestro padre lo enterramos hace cuatro años.

—¿Qué le ocurrió?

—Se ahogaba en toses —dijo María.

—Según el curandero, respiró un mal aire.

Marta le contó que, a pesar de su orfandad, disfrutaban de una posición desahogada. Habían heredado terrenos aquí y allá, cultivos de cereal y olivo, alquerías, cuadras, bestias y trebejos de labranza. También un rebaño con más de doscientas cabezas. Iba a hablarle del administrador, un hombre mayor de fama intachable, cuando Jesús interrumpió su discurso:

—Sé que están muy bien.

—¿Te refieres a nuestros rebaños? —inquirió Marta con desconcierto.

Jesús, que se había sentado en el suelo y tenía la frente apoyada en los brazos, y estos, a su vez, cruzados sobre las rodillas, enderezó la cabeza para mirarla.

—Hablo de tus padres.

—¿Los conociste?… —estaba estupefacta—. ¡Es imposible! Cuando murió padre, tú tendrías siete u ocho años. Y cuando madre…

—Los conozco, Marta —testificó—. Y cuando llegue mi tiempo, les conduciré a la casa de mi Padre. Allí les tengo preparada una preciosa estancia.

Las hermanas se buscaron, encandiladas por un maravilloso vértigo.

—¿Has recibido algún oráculo? —se atrevió a formularle la pequeña.

No le respondió.

—Me llamo Lázaro…

Jesús le retiró a Lázaro un hilo de saliva que le colgaba desde la comisura de la boca.

—Dame la mano —nada más ponerse en pie, le propuso—: Tenemos que buscar un lugar caliente; aquí puedes resfriarte.

Abandonaron el refugio en el momento en el que un rayo de sol se coló entre las nubes. Las hermanas caminaban con Jesús al paso de Lázaro, con cuidado de evitar las torrenteras.

—Lázaro, ¿te has fijado en las hormigas?

Jesús y el niño se detuvieron a contemplar los insectos, que tras el temporal se apresuraban a recoger las semillas diseminadas por el barro.

—No os entretengáis —les solicitó Marta, pues persistía la amenaza de un cielo negro.

Al pie de las murallas, María se percató de que habían llegado hasta allí sin darse apenas cuenta, como si estuvieran hipnotizadas por la compañía de aquel muchacho.

—¿A dónde vamos?

—Al Templo —sugirió Jesús.

—¿Con estas ropas mojadas? —a la mayor no le gustó la idea.

Se secaron en la columnata del Atrio de los Gentiles, aprovechando una de las fogatas en las que los vendedores de novillos, corderos y torcaces elaboraban su almuerzo.

—¿Gustáis? —uno de ellos les tendió una paloma atravesada en un espetón.

Al descubrir a Lázaro, al que su hermana mayor deshuesaba un poco de carne, los tenderos se intercambiaron las miradas.

—Y a ese, ¿qué le pasa?

—Nada —contestó María con sequedad.

—Pues para no ocurrirle nada, tiene un aspecto extraño.

—La cabeza le ha crecido con más rapidez que el cuerpo —dijo otro con mala intención.

—¿Habéis venido solos? —indagó el primero de ellos, mostrándoles al masticar una masa de pan y pichón.

María les dio la espalda, pero su hermano, sentado junto a la lumbre, regaló una mirada benigna a aquel patán.

—Fijaos; tiene rasgos de otra raza.

—Cierto —afirmó otro de los patanes—. Parece uno de esos orientales del fin del mundo; los de piel pálida y ojos sesgados.

—Hemos visto pocos de esos por Jerusalén, pero ¿os extrañaría si, por casualidad, se hubieran dejado olvidado a uno de sus hijos?

—¿Has dicho casualidad?… Es tan feo que yo también lo hubiera abandonado —se socarroneó uno de ellos, poniéndose la mano sobre la boca para que no se le escapara un escupitajo de carne.

—¿Y si alguno de esos forasteros tan feos dejó preñada a una de nuestras vecinas?

Aplaudieron el chiste de mal gusto.

—Insisto —tomó la palabra el del espetón—; ¿habéis venido solos?

Al ver que no les respondían, se enfrentó a Jesús.

—Tú, varón… ¿Es que no vas a contestarme?

Además de conocer su necedad y la estupidez de sus camaradas, Jesús había percibido la lujuria con la que aquel tipo había recorrido la fisonomía de María, que era llamativamente hermosa.

—Marta, María, Lázaro —reclamó la atención de sus amigos, como si ninguno de aquellos hombres estuviera presente —, van a sonar las trompetas del sacrificio —arrojó los huesecillos del pájaro a las llamas y se chupó los dedos—. Es hora de alabar y adorar a Yahvé, en nuestro nombre y en el de los que mancillan su casa.

Se separaron en las fuentes de las abluciones: Marta y María acudieron a la reservada para las mujeres y Jesús se fue con Lázaro para purificarse en la de los hombres.

—Es posible que no te dejen entrar con él —le había advertido María.

De hecho, hasta aquel día Lázaro no había traspasado las puertas de los atrios interiores. Durante las visitas al Templo, sus hermanas ni siquiera se habían molestado en hacerle subir las escalinatas donde, con frecuencia, se apostaban los principales fariseos de la ciudad, los doctores de la Ley y algunos de los miembros del Sanedrín para observar, con desapego, a los fieles que acudían a los servicios litúrgicos. Mientras una entraba por la Puerta de Corinto al Atrio de las Mujeres, la otra solía aguardarla con Lázaro en el patio, bajo la sombra de uno de los cipreses que hermoseaban el enorme recinto. Y cuando aquella regresaba, intercambiaban sus papeles.

Tanto el padre de las muchachas como el rabbí **y alguno de los escribas que atendían la sinagoga de Betania, tuvieron claro que el retraso mental del niño le dispensaba de la mayoría de las obligaciones que dicta el Talmud. Si bien al nacer fue circuncidado, nunca acudió a la escuela.**

Lázaro empleó más del doble de tiempo que cualquier otro niño para empezar a arrastrarse por el suelo, gatear y dar sus

primeros pasos, para balbucear y arrancar a hablar con su limitadísimo vocabulario. Por los guiños de sus párpados, a sus padres y hermanas no les cupo duda de que veía mal. Tampoco tenía destreza para manipular las cosas, pues la forma de sus palmas era convexa, al igual que las plantas de los pies. A pesar de la paciencia que entre todos pusieron, no consiguió memorizar ninguna de las oraciones que adornan los principales momentos de la jornada ni, mucho menos, declamar salmos. Como un pequeño con lengua de trapo, se unía a los orantes en la sílaba final de algunos versos, que pronunciaba unos instantes más tarde que los demás.

Pero en aquella ocasión iba acompañado por Jesús, que, a sus doce años, acababa de franquear la línea invisible que le convertía en hebreo de pleno derecho: nadie podía impedirle la entrada al corazón del Templo ni objetar que participara en las distintas ceremonias. Como cualquier otro adulto, podía llevar la compañía de un menor o de un impedido al que iniciar y ayudar en las ofrendas y las alabanzas, en los gestos de penitencia y la adoración al Eterno.

—No te hagas el remolón —le dijo junto a la fuente.

Lázaro no había puesto muy buena cara cuando entendió que tenía que lavarse desde los pies a las pantorrillas. Con su nariz chata señalaba las nubes, oscuras como borrones de tinta, dándole a entender que con la lluvia ya se había mojado suficientemente.

—Conoces los preceptos —le instó, pues a Jesús no se le escapaban los límites de la percepción de la realidad por parte del muchacho, más amplios de lo que Marta y María creían—, así que ya te puedes ir descalzando.

Incapaz de guardar el equilibrio sobre una sola pierna, se apoyó en su nuevo amigo mientras este le restregaba la piel.

—Ahora, dame el otro pie.

Le ayudó a remangarse los brazos, animándole a que fuese él mismo quien se purificara las manos. No pudo evitar una carcajada al comprobar el ahínco con que se friccionaba.

—¿Sabes que serías un buen pulidor? —le cacheteó los carrillos.

—Un pulidor —sonrió con simpleza.

Una vez limpios, Jesús le recompuso el vestido y el manto, colocándole bien la abertura del cuello y centrándole la kipá, un solideo de lana añil que le había tejido alguna de sus hermanas.

—¡Vaya! —se apretó la bolsa que le colgaba del cinturón—. Aquí tengo mis filacterias, pero necesitamos un par de talit —. Le tomó por los codos—. Escúchame bien; voy a pedir que nos los

presten. No te muevas de aquí.

Echó un vistazo antes de dirigirse a un grupo que había terminado sus ofrendas.

—Ya está —regresó con una prenda en cada hombro.

Le cubrió con el manto de listones azules y comenzó a rezar las oraciones preparatorias. A veces elevaba la voz, para que Lázaro participara a su manera de lo que iban a vivir.

—Ayúdame —le tendió el largo cordón de cuero.

Jesús se apoyó la cajita del tefilín sobre la frente, para sujetarla con la cincha bien tensa alrededor de su cabeza y anudarla en el centro del parietal, dejando caer los extremos de la banda a cada lado del pecho.

—Y, ahora, este otro.

Después de colocárselo junto al corazón, fue enrollando la otra correa a lo largo de su antebrazo izquierdo hasta la mano, para cerrársela en uno de sus dedos.

Al ascender el crepidoma, que hasta entonces había estado prohibida para Lázaro, a algunos principales de la ciudad que conversaban en los escalones, les chocó aquella aparición. Un doctor de la Ley, engalanado con una capa de ribetes dorados y una ancha faja de seda azul, les cerró el paso.

—¿Dónde creéis que vais? —acababa de bajar un par de peldaños.

Pensó que les amedrentaría su aristocrático aspecto, tan diferente al de la mayoría de los fieles que iban y venían al lugar más sagrado del Templo. Presumía de largos tirabuzones ensortijados, que le caían sobre una barba cuidadosamente recortada que le tapaba parte de la pechera, en la que destacaba un ribete de dibujos geométricos en hilos de seda de varios colores. Jesús se fijó en que los miembros de su camarilla también habían dramatizado el rictus.

—Hace unos días sacrifiqué mi cordero —le contestó Jesús sin alterarse ni soltar la mano de su nuevo amigo—. No podéis impedirnos la entrada.

—A ti puede que no, galileo, pero sí a este que te acompaña —puso tal énfasis al pronunciar el gentilicio y al referirse a Lázaro, que recibió los plácemes de los otros doctores—. Su aspecto va gritando a los cuatro vientos que es hijo del pecado.

—Que se lo lleve a la piscina de Bethesda y que aguarde allí la llegada del ángel —sugirió con malos humos uno de los fariseos.

—No des consejos antes de tiempo —ironizó uno más joven, del clan de los saduceos, que niegan la vida eterna y, por ende, la salvación y la condenación del alma, así como la existencia de los

ángeles y los demonios—. El ala del ángel no movería la superficie para sanar a quien carga con el dedo del Maligno.

—¡Qué mal conocéis a Dios! —Jesús los barrió con la mirada —. ¿Qué nos pidió nuestro rey David? —aguardó un momento, pero ninguno de aquellos próceres soltó palabra—. Que diésemos gloria al Señor porque es bueno, / porque eterna es su Misericordia. **Decidme, ¿con qué enmascaráis la vuestra?**

Los fariseos, los doctores y los saduceos se revolvieron.

—¿Le habéis oído?

—¿No dice de sí mismo que es piadoso y compasivo? —continuó—. Entonces, ¿por qué no tratáis de imitarle? —. Los próceres giraban el cuello a un lado y a otro, para acogerse al estupor de sus colegas—. ¿No habéis leído, una y mil veces, que la misericordia del hombre es para su prójimo, / pero la de Dios alcanza a todos los hombres? **Emulad entonces la benignidad de sus designios.**

—¿De dónde ha sacado el mocoso toda esa ciencia? —preguntó un letrado en sordina.

—¿Es que no cantan los humildes que la piedad de Adonai / llega a toda la tierra**? Si es así, ¿por qué queréis arrancarla, precisamente, de su morada? —concluyó.**

Hubiese querido abrir las puertas clausuradas de sus corazones, pero al ver que no reaccionaban tiró de Lázaro y juntos pasaron entre ellos hacia una de las puertas de los atrios interiores.

—Soy un pulidor —el niño de Betania se despidió con ingenuidad pese a la adustez de sus expresiones.

Pasaron al Atrio de Israel sin recibir un solo empujón. Las aglomeraciones se habían acabado hasta la próxima Fiesta de las Cosechas. Mientras el hijo de María se acercaba al altar con el cuerpo inclinado y las manos unidas, Lázaro iba a su aire, sonriendo a los fieles, que se quedaban pasmados al tropezarse con él.

Los levitas estaban preparados para una nueva ronda de sacrificios, pero antes de que recibieran la orden de recoger las ofrendas y el lector arrancara con la recitación de un pasaje de la Torá**, uno de los sacerdotes encargados del turno de aquella jornada se aproximó, desde el centro del presbiterio, hasta el lugar que ocupaban el par de muchachos, en uno de los extremos, junto a la baranda.**

—¡Vosotros! —les llamó, despertando la curiosidad del público—. ¿Qué hacéis aquí?… ¿Quién os acompaña?

—Nadie —le respondió Jesús—. Yo ya tengo derecho a entrar en el Templo y he traído a mi amigo.

Al clérigo le maravilló su desenvoltura.

—Así que tú puedes… —aunque sosegó el tono, observó a Lázaro con menosprecio—. ¿Es tu hermano?

—Lo es —dijo sin mentir.

—El altar del Templo no es lugar para los tarados.

—No le llames así.

—Si no puede disimular que es anormal —se le encendieron las pupilas, hundidas a ambos lados de una nariz ganchuda—. ¡Mirad cómo lleva el pecho!

Un babero de saliva le festoneaba la túnica.

—Tal vez el tuyo esté más sucio —le espetó Jesús—; tus barbas no nos dejan comprobarlo.

Se escuchó alguna risa.

—¿Es así como hablas a los sacerdotes? —hizo con el báculo amago de pegarle—. ¡Sinvergüenza!

—Eres tú el que ha insultado a uno de los hijos predilectos de Kyrios **—dejó claro ante los presentes que no le intimidaba.**

—¿Este es hijo de Kyrios**? —resopló con ironía.**

—No lo creo: lo sé.

Los fieles se daban codazos.

—¿Quiénes son esos chavales? —se preguntaban.

—No lo sé.

—Parecen galileos.

—Uno de ellos, ¿no es el chico de Betania? —alguien reconoció a Lázaro.

—¿El de la cabeza grande?

—Sí, es él.

—¿Y el otro?

—Nunca lo había visto.

El sacerdote tamborileó en el varal.

—¿Quién te crees para asignarle hijos a Elohim**?**

—Confía en mí—insistió Jesús, sin petulancia—. Adonai **lo ama.**

Lázaro pestañeaba, ajeno a los hombres que se apretaban a su alrededor.

—Me llamo Lázaro —exteriorizaba de cuando en cuando.

—Daos media vuelta y salid del Templo antes de que llame a la guardia.

—Hemos venido a adorar a Yahvé.

—No os lo voy a repetir —. Al viejo se le fue encarnando la piel—. ¡Nunca me ha sucedido nada igual! —exclamó—. ¿No comprendes que ofendes a Jehová **trayendo a este deforme hasta su presencia?**

—Yahvé es su abbá **y esta es la casa del Padre.**

—¡Blasfemia! —imprecó sulfurado—. El Señor está a una distancia infinita de ti; de todos nosotros —. Creció un murmullo. Unos hablaban a favor del clérigo, otros del chico—. Voy a contar hasta tres —golpeó las losas con la contera del báculo—. Si para entonces no habéis comenzado a caminar hacia las puertas, recurriré a los alguaciles. ¡Uno!…

Los benignos ojos del nazareno se quedaron fijos en los de aquel santón, quien en un instante reculó sobre sus pasos, como si estuviera viendo a un fantasma. Ante la sorpresa de todos, le indicó al rabbí **que podía tomar el rollo con la Sagrada Escritura y dar inicio la ceremonia. Atónitos ante aquel cambio de humor, un runrún corrió de boca en boca:**

—Ese niño ha hablado con autoridad

—Pellízcame —le pidió María a Marta cuando, desde el Patio de los Gentiles, los vieron salir por una de las puertas que guardaban el altar del Templo—. ¡Lo han conseguido!

Miró a su hermana de reojo, apretando los labios para no estallar en una carcajada de felicidad; aquel muchacho surgido de la lluvia les había traído un inesperado espíritu de fiesta.

—¡No me lo puedo creer! —Marta se le aferró para que le ayudara a contener el impulso de ponerse a dar brincos—. Nuestro hermano ha participado en un sacrificio… —se le inundaron los ojos de lágrimas—. ¡Si nuestro padre estuviese para verlo!

Jesús las saludó desde la meseta, señalando a Lázaro con aire victorioso. Desde los peldaños del último tramo de escaleras también los vio el grupo de hombres ilustres de Jerusalén, que había aguardado a que volvieran carcomidos por el suspense, aunque en todo momento estuvieron informados por uno de los suyos, que fue y vino desde los portones a las gradas para narrarles el enfrentamiento entre el sacerdote del turno y aquel insólito chaval. Además habían asediado a preguntas a los fieles que fueron marchándose del Atrio, quienes describieron la serenidad con la que Jesús se había dirigido al clérigo, escaldado contra todo pronóstico, así como la piadosa lógica de sus argumentos.

Un fariseo no pudo aguantarse:

—No habléis de él como si fuera un santo.

—Si no os gustan nuestras respuestas, ¿para qué nos interrogáis?

El jefe de los doctores de la Ley meneó el penacho de rabo de toro con el que se quitaba las moscas.

Aletearon por la escalinata haciendo crujir sus pesados ropajes, como avispas que rehúsan su nido recién aplastado.

—Ahí les tenéis —un hebreo señaló a Jesús, que acababa de asomarse con Lázaro a la cima de la inmensa plaza—. Id a molestarles a ellos; a nosotros dejadnos en paz.

Pero ninguno de los doctores, ni de los saduceos ni de aquellos fariseos principales se acercó a los dos amigos, que bajaron gozosos al encuentro de Marta y María.

Apenas se abrazaron, Jesús les manifestó su deseo de alojarse en Betania.

—Nuestra casa es tu casa —convino Marta con oculto regocijo, haciendo uso de la fórmula de cortesía que solían emplear al dar la bienvenida a los peregrinos que buscaban albergue en su hogar.

Marta ejerció el papel que le correspondía como cabeza de familia:

—¿No tienes pensado regresar con tus padres?

—Todavía no saben que he abandonado la caravana —le contestó—. Piensan que camino con alguno de mis primos, o sentado en la carreta de cualquiera de esa gente que se ha ido uniendo a nuestra expedición. Hasta que acampen esta noche, no se darán cuenta de que no los acompaño.

—Pero, ¿cómo sabes todas esas cosas que todavía no han ocurrido? —. María se sentía desconcertada. Sin haberlo compartido entre ellas, intuían que tenía la capacidad de ver el pasado y el futuro—. ¿No te da lástima hacerles sufrir?

—No te preocupes por ellos. Los veré pronto, a lo sumo en tres días.

—Allí donde vivís… —comenzó Marta, que frisaba los dieciocho.

—En Nazaret —precisó su hermana pequeña.

—En Nazaret… ¿Sueles marcharte de casa así como así?

Caminaban por la explanada, donde las mesas de los cambistas y los puestos de los vendedores de animales se habían reducido a menos de la mitad que durante la Pascua. Lázaro no se soltaba de la mano de Jesús.

—Hasta ahora, nunca les he dejado solos.

—Entonces, van a asustarse.

—Ellos lo entenderán.

—Espero que no se enfaden con nosotras —dijo María con retraimiento.

—¡No se enfadarán! Confían en mí porque saben que les estoy sometido.

—¿Les hablarás de Lázaro?

—Y lo conocerán, que no os quepa duda. Y a vosotras también —se adelantó para que Marta, que cerraba el grupo por

la izquierda, pudiera verle la sonrisa.

—Nos alegrará mucho —la mayor volvió a ser protocolaria —. Sin embargo, después de esta aventura les va a resultar difícil que vuelvan a fiarse de tu sometimiento —. Se arrepintió de sus palabras, por Jesús juzgaba que no eran propias de una doncella prudente.

—Lo comprenderán cuando les diga que Padre me ha pedido que retorne al Templo.

—Creo que te he entendido mal —dijo la pequeña—. Nos has dicho que ellos no saben que sigues en Jerusalén.

—Y no lo saben —remachó.

—Pero, según esas palabras, tu padre desconoce que estás aquí y, a la vez, te ha pedido que regreses al Templo. ¿Cómo es eso posible?

—Será que en Galilea también llaman «padre» a los benefactores. Nosotras no entendemos bien el arameo.

Jesús conocía aquella figura: un hombre con dinero, residente en Jerusalén, que se ocupaba de la manutención de algún joven semita que acudía a la Ciudad Santa para iniciarse en la ciencia religiosa.

—¿Me veis con aspecto de tener un protector?

—¿Por qué no?

—Mi padre es carpintero —resumió, como si esa información fuera suficiente. Su prestancia y hasta sus ropajes, aunque dignos, eran los propios de un muchacho humilde—. Tenemos un pequeño taller en uno de los arrabales de Nazaret; nada más

—Entonces, ¿quién es ese a quien has llamado «Padre», que te ha pedido que regreses a Jerusalén?

—Pues mi Padre —le respondió a María con obviedad—. El Templo es el escabel de sus pies —alzó la vista hacia el altísimo edificio cubierto de azulejos vidriados—. Pero no nos entretengamos, que Lázaro está cansado y aún nos queda un trecho hasta vuestra casa.

16.

José lo sospechó cuando la compañía se detuvo a la sombra del monte Garizín. Al principio no quiso compartir su angustia con María; se hizo el loco mientras desenjaezaba a los borricos, aunque los ojos se le iban hacia el tropel de viajeros. Como ella le había pedido permiso para atender a Susana, fatigada por el trayecto bajo los aguaceros, aprovechó para preguntar a sus parientes, pero ni hermanos ni sobrinos recordaban haber visto a Jesús después de que la compañía dejara el campamento. Entonces presintió que tampoco iba a localizarlo entre los

compañeros de travesía. Al repasar de memoria la fisonomía de las personas que se habían interesado por él durante la estancia en Jerusalén, se hizo una serie de conjeturas nada halagüeñas:

«¿Quién, entre todos ellos, ha podido esperarlo, escondido en alguna revuelta de la carretera, para salir a su encuentro?», pensó. «¿Le habrán engatusado con palabras amigables, para que Jesús les siguiera de buena gana?…». Se estremeció. «¿Habrán intuido quién es?… Si alguien comete la insensatez de proclamarle caudillo…». Tuvo miedo, un miedo cerval, hasta que reparó en que Jesús era capaz de leer las intenciones de los hombres. «No, él nunca iría detrás de un mentiroso».

Aunque intentó pasar por alto las peores hipótesis mientras iba preguntando de grupo en grupo, le abrumaba una vez más que algún extremista hubiera creído que su hijo estaba llamado a conducir el destino del Pueblo. Un fanático capaz era de preparar su secuestro. De boca de los clientes de su taller supo de un caso, en el que el hijo del rabbí **de una de las sinagogas de Bersabé fue llevado a la fuerza al escondrijo de un partido de zelotes, donde le adoctrinaron en el odio a los ejércitos de Roma y a los mercenarios de Herodes, en el manejo de las armas y en las estrategias que empleaba aquella banda durante sus escaramuzas.**

Alguien le contó que el muchacho consiguió fingir, durante más de un año, que atendía con interés y docilidad las lecciones de sus secuestradores. Mas cuando, para su desventura, puso en práctica un plan de fuga, le faltó la destreza para esconderse en el peñascal. Los guerrilleros organizaron una partida de caza y apenas tardaron unas horas en acorralarlo y darle muerte.

Si Jesús hubiera caído en el ardid de gente parecida, bastaban las horas que habían transcurrido desde que se despidieron de Jerusalén para que lo hubieran escondido en una cueva de la sierra o haber cruzado con él la frontera con Perea o, más lejos aún, con el desierto del Neguev. De ser así, nunca más lo volverían a ver.

Recurrió a la ayuda al arcángel Gabriel:

«Si viniste del Cielo a anunciarme que Dios me quería junto a María y el niño; si después me hablaste en sueños para que escapáramos de Belén y, con el tiempo, volviste a visitarme para que regresáramos a Canaán… no permitas que le suceda nada malo sin habérmelo comunicado antes. Yo soy su protector, así lo dispuso Yahvé, que no buscó a un hombre fuerte y poderoso sino a este pobre artesano que nunca ha empuñado un arma, que no guarda rencores. Solo ambiciono el bienestar de los míos», se dijo.

Había comenzado María a desempaquetar la vajilla para servir la cena cuando vio llegar a su esposo. En su rostro adivinó que algo iba mal.

—No lo encuentro —le soltó, a transido de dolor—. He preguntado a los nuestros y nadie sabe dónde está.

—¿Habrá ido a buscar agua? Capaz es de haberse puesto a servir a cualquier desconocido.

Pero lo dijo por consolar a José, que no cejaba de mirar a todos lados, tratando de hallarlo entre la gente.

—Soy responsable por no haberme preguntado durante el trayecto con quién viajaba, por no haber comprobado el lugar de la expedición que escogió durante esta primera etapa. Se puso a tronar y me distraje con la lluvia.

—José… —María no quiso que se echara aquella culpa sobre la conciencia.

Retomaron la búsqueda desde el principio: hablaron de nuevo con los primos mayores, midiendo con atención el testimonio de Malaquías, pues estaban prevenidos ante su animadversión. A pesar de sus iniciales titubeos, le creyeron cuando confesó que no le había vuelto a ver desde que partieron del torrente Cedrón.

—Mis hijos acaban de contármelo —acudió Obed, turbado —. ¿Cómo queréis que nos organicemos?

Aunque su disposición era sincera, detrás de los gestos circunspectos de los hermanos y cuñados de José, incluso de las lágrimas de alguna de sus sobrinas, se camuflaba cierto reproche, una suerte de «ya os lo habíamos advertido», pues estaban seguros de que existía una relación directa entre la ausencia de Jesús y los desagradables incidentes que había protagonizado durante el Pésaj**. Debido a esa mezcla de suspicacia, María optó por que les dejasen actuar a su manera.**

—La abuela está cansada —miró compasivamente a su suegra, arrebujada en una manta—. Además, no deberíamos alarmarnos; Jesús tiene edad para salir por sí mismo de cualquier aprieto.

—¿Dónde estará mi niño? —suspiró la anciana.

Se habían encendido las primeras estrellas

—Tienes que retirarte a dormir —le instó—. José y yo daremos una última vuelta por las hogueras. Es posible que esté entretenido con los relatos de alguna persona mayor. Ya le conocéis —le falló la voz—. Nada le gusta tanto como una buena historia.

Cuando el matrimonio volvió a asegurarse de que no estaba en el campamento, José creyó imprudente deshacer a aquellas

horas el camino andado. Y no solo porque la collera de asnos estuviera fatigada, sino porque la luna había comenzado a menguar y la carretera, en la oscuridad, se tornaba insegura. Además, necesitaban dar con alguien que le hubiera visto, pues les separaban suficientes estadios de la Ciudad Santa como para que Jesús hubiese tomado una u otra senda.

María aplacó la fuerza de sus deseos porque aceptaba la voluntad de su esposo como si fuera la de Elohim.

Desde la cima de la montaña, Mammón captó el revuelo familiar por la desaparición del adolescente. Poco antes había notado el malestar de la mujer y el vértigo en el rostro de José. Crecido ante aquella oportunidad, bajó por las laderas y asomó su hocico caprino entre los resquicios de las tiendas, en las que sopló una vaharada de sugerencias embusteras:

—Tu problema no está en la noche —sus labios gruesos y hendidos hablaron al viento, que penetró por los oídos de José, consiguiendo que este empezara a dudar de la rectitud de sus intenciones—. ¿Es que no te acuerdas cuando, encinta, la llevaste por Galilea, Samaria y Judea de madrugada? Tampoco te importó dejarla sola en la gruta durante el alumbramiento. Así que no es la noche, no… ¡Es tu cobardía! Siempre has sido un cobarde —ladró—. Y ahora no es el amor lo que te mueve a salir en busca del chico, sino el miedo. Reconoce que te ha sobrepasado la responsabilidad de cuidarle; has fallado en la misión de Dios. Dime, si tu hijo ha muerto… ¿encontrarás valor para presentarte ante ella con su cadáver?… ¡Sabes que no!

«Jesús vive», se descubrió el artesano diciéndose a sí mismo.

—Ha desaparecido, José, porque no has puesto interés en vigilarle. Tú mismo te has anudado al cuello la sirga de la culpa. ¿No te das cuenta?… Eres el único causante del final temprano del heraldo que cantaron los Cielos. Si tu hijo aparece muerto… ¿te apretarás el nudo alrededor de la garganta? Si lo han asesinado… ¿elegirás una rama resistente en el árbol de la justicia?

«¡Vive!», quiso convencerse.

—¿Qué estará diciendo de ti el ángel que puso al niño y a la mujer a tu recaudo? ¿Te atreverás a rezarle cuando sepas que la desgracia no tiene vuelta atrás? ¡Mirad todos a José, el infiel, culpable del final temprano del nuevo Rey! ¡Mirad a José, responsable del fracaso de Israel! ¡Mirad cómo baila en el aire la danza del suicidio! —se rio—. Te aconsejo que huyas antes de que Yahvé te pida cuentas.

«Aquí tienes a tu siervo», oró, tratando de vencer la tentación.

—¡Atiéndeme! —le exigió Leviatán—. Dile a la mujer que se vaya con los tuyos a descansar. Es a ti, solo a ti, a quien incumbe la búsqueda. No pretendas hacerla responsable de tu pecado.

—¡Déjame! —manoteó, como si pudiera rechazar de un empujón al Espíritu del Mal.

—¿Qué te ocurre? —María se había sobresaltado.

—Tiene que estar vivo —la miró como si regresara de otro mundo.

Se habían detenido en mitad del campamento.

—¡Eh, nazarenos! —alguien los llamó desde una lumbre—. Venid a compartir con nosotros un poco de vino.

La doncella no prestó atención al convite.

—Por supuesto que está vivo —lo miró con amor—. Y yo estoy a tu lado. Y nuestro hijo también, aunque no sepamos dónde se encuentra. Él siempre nos acompaña.

La voz de María hizo que el viento cambiara de dirección y se volviera huracanado para tumbar a Lucifer, que rodó hasta más allá de las lindes que marcaban las carretas. Inmediatamente, el carpintero sintió un renovado optimismo.

—Estoy seguro de que vamos a encontrarlo —declaró.

El Demonio había perdido los atributos del horriblemente majestuoso Baphomet: ni lucía las alas de un cisne negro ni una hebilla de oro ceñía su cintura. La Bestia se había transformado en un gusano al que cualquiera podría dar un pisotón.

Era patente la melancolía de los peregrinos por haber dejado atrás Sion: ya no engarzaban cánticos alrededor de las hogueras a las que se presentaron José y María, ni hacían juegos de palabras o adivinanzas. Las familias, los amigos y los vecinos rezaron los salmos, pero sin el gozo con el que los incoaron durante el desplazamiento de ida. Se había levantado una bruma que contribuyó a que los ánimos estuvieran aún más apagados.

Como le ocurriera a Susana, los viajeros mayores se preguntaban, con la vista perdida en las llamas, si Kyrios **les brindaría la ocasión de volver a pisar las calles de la ciudad amada, si experimentarían otra vez el júbilo al saberse acogidos por las murallas del Templo. No sabían si podrían descargar de nuevo sus pecados en las piedras de la vieja construcción y honrar al Innombrable con el sacrificio de un animal sin mácula. ¿Qué israelita no anhelaba pasar el resto de sus días en la Ciudad Santa, primicia de la Alianza eterna que se vería cumplida después del día terrible del Juicio? ¿Qué mejor lugar para aguardarlo tras la muerte que el valle de Josafat, a cuya ladera llegaban las reverberaciones argénteas de los aleros del Templo?**

A José le hubiese gustado reclamar de una sola vez la

atención de aquellos cientos de viajeros, para interrogarles por el paradero del niño. Pero la prudencia les hizo ir de grupo en grupo, comenzando cada vez con una breve explicación acerca de quiénes eran él y María, que iba a su lado, de dónde venían y hacia dónde volvían para, a continuación, hablarles de Jesús y del ansia por encontrarle. Pero apenas les prestaron atención.

Les quedaba pedir información en las tres últimas hogueras. Los viajeros de las dos primeras no supieron decirles nada. Entonces José, atormentado por no haber logrado una sola pista, se dio por vencido.

—¿Para qué seguir? Esos también se van a encoger de hombros —señaló al último fuego y dejó caer los brazos, como si le pesaran—. Es mejor que volvamos con los nuestros. Mañana retomaremos la búsqueda.

María volvió los ojos hacia aquella lumbre, en la que se calentaban un chico y un hombre mayor.

—Vamos —le tomó de una de las mangas—, no te rindas cuando estamos a punto de llegar al final.

—Buenas noches —por primera vez fue María quien habló —. Somos un matrimonio de nazarenos y estamos buscando a nuestro hijo. Se llama Jesús.

El baile de las llamas anaranjaba la piel de un mulo que pastaba a poca distancia.

—¿El chaval galileo? —el mancebo elevó la cabeza para mirarlos—. Lo conocí en el camino de venida a Jerusalén y volví a verlo esta mañana, poco después de que tomáramos la carretera de Samaria, cuando rompió la tormenta. Yo iba el último en la comitiva, así que agradecí su compañía. Pero poco después se empeñó en quedarse solo al cuidado del Panadero —señaló con el pulgar a la acémila—. Me dijo que a él no le asustan las tronadas.

No tuvieron duda de que el zagal acababa de describir la personalidad intrépida de su hijo.

—¿Y sabes dónde está? —le sondeó María con una renacida esperanza.

—Os digo que le dejé con el Panadero —chasqueó la lengua para que el mulo alzara la testa y pudieran verlo mejor.

—Pues yo te digo que la bestia ha llegado sola —le replicó el hombre—. ¡Lo que hay que ver!... Dejo a este zascandil al cuidado del pobre animal, que está viejo y lo mismo se despista en un cruce y toma una dirección errada, ¿y qué me encuentro cuando hacemos un alto?... ¡Pues que el mulo no está! Sí, como lo oye: ¡no está! —dejó la mirada quieta en el artesano—. Y si me lamento no es solo por la cabalgadura, que es dócil y fiel como

un perrito, sino por todo lo que llevaba atado a la narria. Estos caminos, se lo digo yo, no son lo que eran.

—Deja de protestar, padre, que al fin y al cabo ha aparecido con toda la carga.

—Pero casi media hora después del último viajero, y sin el muchacho que se responsabilizó de dirigirlo —hizo amago de pegarle un sopapo, pero enseguida se puso en pie para tomar al Panadero por el testuz, donde le depositó un beso—. Es un milagro del Cielo que no te perdieras. A saber cómo traes de inflamadas las ranillas… ¿No han notado que cojea?

Pero los esposos estaban ofuscados con lo que acababan de escuchar: a los pocos estadios de abandonar la Ciudad Santa, Jesús se había quedado atrás para cerrar la caravana junto a un animal viejo y, no sabían cuándo, desapareció.

—Tenemos que volver a Jerusalén —María apretó los hombros, como aterida de frío.

—Sí, mujer —José la condujo hacia el campamento—. Partiremos antes de que salga el sol.

—Te digo que podrían habérnoslo robado todo —porfió el viejo, sin preocuparse por la angustia de los nazarenos, que se alejaban hacia el otro extremo del campamento.

—He contado el equipaje al menos dos veces, y no falta nada.

—¿Pero a quién se le ocurre dejar al Panadero a un desconocido?… ¿Y si nos llegan a robar los regalos que le he comprado a tu abuela?

—¡Vale ya!

17.

Jesús pasó la noche en Betania, donde llegó poco antes de que cayera el sol junto con Lázaro, Marta y María, que le mostraron la habitación que tenían destinada a los peregrinos, que se había quedado vacía y contaba con una puerta de entrada independiente.

—Antes cenarás con nosotros —decretó Marta.

Lázaro lo agarró del brazo.

—¡Yo quiero cenar contigo!

—¿Estás seguro de que aguantarás? —le preguntó su hermana mayor, porque al chico se le marcaba la fatiga en la cara.

—¡Si no tengo sueño! —se empecinó, como un crío que se resiste a irse a la cama en noche de visitas.

Marta hizo un dispendio al servir unos pajaritos en escabeche.

—Son su especialidad —los alabó María—, y los conserva

para los días de fiesta.

Una vez acomodados, Jesús les preguntó por sus padres, de cuyos recuerdos estaba empapado el lugar (una rueca y el bastidor para bordar, una vara con el puño de cobre, una honda y varias trampas de caza que nadie había vuelto a descolgar de la pared…). A las historias domésticas que las hermanas fueron rememorando, él añadió ciertos pormenores que ignoraban, como si aquel fuera el modo de premiarles la generosidad con la que le habían acogido. Eran pinceladas, todas elogiosas, que venían a completar el retrato que conservaban de ambos. Se las ofreció desde una perspectiva que solo podía conocer aquel a quien sus padres le hubieran abierto el corazón, en el que Lázaro ocupó un lugar muy especial.

—Cuando la partera se lo puso en los brazos, vuestro padre rompió a llorar —les reveló—, pues en un instante se desvanecieron todas sus ilusiones, que se resumían en tener un heredero a quien legar esta rica hacienda que recibió de vuestro abuelo. Pero no tardó en rehacerse: comprendió que la sangre que entibiecía la piel de vuestro hermano era la de un auténtico hijo de Abrahán. Lázaro era una prueba más de la promesa del Altísimo, que no hace diferencias entre los hijos de su Pueblo. Y aquella entrega a la voluntad de Dios hizo de vuestro padre un justo entre los justos.

También les habló de la madre, quien a través de sus labios volvió a tomar cuerpo. Jesús ponderó su desvivir por el hijo necesitado, así como la paz con la que superó los comentarios malintencionados de sus parientes y vecinos, quienes daban a Elohim un rostro vengativo.

—Ella tuvo la cualidad de ver a Lázaro, de veros a vosotras, con los ojos de Dios.

—Siento que hablas de ellos como si estuvieran vivos —le confesó María.

Jesús respiró profundo un par de veces.

—Nunca penséis en ellos en pasado, como si con la muerte se los hubiese tragado la nada.

Les dio a entender que la protección de sus padres continuaba siendo muy eficaz, a pesar de que su complexión, su rostro y su voz se les diluyeran en la memoria.

María se aventuró a preguntarle:

—¿Eres capaz de verlos?

—Si te respondiera que sí, pensarías que existen los fantasmas.

—Mis padres no son fantasmas —dijo de repente el chaval.

—¡Con cuánta verdad habla vuestro hermano! —le rascó la

coronilla—. Hay maestros en Israel que han tergiversado la enseñanza sobre nuestro destino, como si el cuerpo fuese un lastre del que la muerte viene a liberarnos; como si Yahvé necesitara, antes de recibirnos, la aniquilación de nuestra carne, de nuestros huesos. Para ellos solo valen los espíritus, los fantasmas. Han olvidado la tensa espera con la que los difuntos aguardan la culminación del tiempo, cuando volverán a unirse a sus cuerpos resucitados.

Callaron, atónitas, hasta que Marta se atrevió a lanzarle otra pregunta:

—¿Quieres decir que nos reuniremos con ellos?

Jesús retiró el plato y se limpió los labios antes de comenzar la narración de los hitos de la historia de Israel, como si fueran el ascenso a un monte cuya cumbre es el nacimiento del Salvador. Les describió a grandes rasgos las características del nuevo reino, que se extendería por el orbe «como una mata rastrera». No le entendieron; la imaginación de las muchachas se llenó de quiméricos ejércitos que escoltaban el palanquín del heredero de David, pintado con el exotismo que habían visto en las embajadas de algunos reinos extranjeros que se detenían en Betania para refrescarse antes de alcanzar el palacio de Herodes.

—¡Habéis llenado la habitación de elefantes, dromedarios y caballos! —se rio de ellas. Marta se ocultó la cara, avergonzada ante la capacidad de su invitado para adivinarles los pensamientos—. El que viene es un Rey de paz, un cordero indefenso que no sabe de armas ni tiene interés en conquistar territorios, sino hombres de buena voluntad.

—¿Qué clase de Salvador es ese, que llega sin soldados ni espadas? —habló Marta, dudosa de que no estuvieran siendo víctimas de un juego.

—El único con poder para transmitir un gozo mucho más intenso que el que experimentaron nuestros primeros padres. Un Salvador que satisfará todas las aspiraciones que los hijos de Adán albergamos en el corazón.

—¡Entran ganas de partir en su busca! —exclamó la pequeña.

—¿Y si fuera él quien se os ha adelantado?

—No te entiendo.

La observó despacio, como si le fuera a traducir el significado de su mensaje, pero decidió reventar aquella tensión:

—Hablábamos de vuestros padres —tomó un puñado de avellanas—; dejadme que os siga contando… La noche del triunfo del Rey, este bajará al seno de Abrahán para derribar los portones del Infierno. Será en las calles de la ciudad nueva donde

las familias y los amigos volveremos a encontrarnos para disfrutar de la herencia prometida. Los veréis y os verán, para empezar todos juntos una nueva vida.

Un ronquido de Lázaro acabó con la solemnidad de su discurso.

—Vuelve a hablarnos de ellos —le instó María.

—¿Qué más quieres saber? —sonrió—. Te aseguro que vuestros padres están empeñados en que no perdáis el camino de los justos; en que lo recuperéis si alguna vez la debilidad os empuja a rendiros. Los tenéis a vuestra vera, deseosos de que imploréis su ayuda. Y junto a ellos, a todos los santos de Yahvé.

—Yo no los veo —reconoció Marta—. Ni los escucho.

—Su voz y su estímulo son sutiles, como los de Kyrios. ¿Recuérdales dónde se le manifestó el Señor a Elías?

—Ni en el viento fortísimo que partió las rocas de las montañas, ni en el terremoto —enumeró la hermana mayor según el texto de la Escritura—, ni en el fuego sino en la brisa.

—Una brisa suave —recalcó Jesús—. ¿Lo comprendes?

La joven asintió, estremecida.

—Ese es el tono de Dios, que no quiere forzar el amor de los hombres.

María se inclinó hacia él.

—Al oírte nos dejas una sensación extraña. Desde esta mañana tengo la impresión… —le acobardó continuar.

—Habla sin miedo.

Ella se mojó los labios con la punta de la lengua.

—Es como si hubieses vivido aquí, en Betania, ¡en esta misma casa! Sin embargo, solo tienes doce años. Dinos por qué sabes todas estas cosas… Es imposible que hayas conocido a nuestro padre y a nuestra madre —se apretó el rostro con los dedos y al instante soltó una risa excitada—. ¿Me estoy chalando?… Al escucharte, además, parece que los conocieras, ahora que están en el más allá.

—Lo sé todo acerca de ellos y de vosotras. Y de Lázaro también —lo vio dormir—. Me siento su hermano.

18.

—Parece tranquilo —dijo María, arrodillada al lado de su esposo.

—Lo está —le confirmó Jesús, quien aprovechó para echarle un vistazo a Satanás, que respiraba fatigado junto al horno de la cocina.

El Patriarca inflaba el esternón y retenía el aire durante cuatro o cinco segundos antes de expulsarlo con la misma ansia para comenzar de nuevo. Bajo la piel de los párpados se le apreciaba el movimiento descontrolado de los globos oculares.

El Príncipe de la Mentira, insidioso, se levantó y empezó a caminar alrededor de la Sagrada Familia. Sus ojos caprinos estaban fijos en el moribundo, al que dirigía una salmodia fría sin necesidad de mover los belfos. Sus palabras se introducían por los oídos de José como un emplasto de limo.

«Jesús…», balbució el pensamiento del agonizante, «dile que se vaya».

«No, padre», le acarició. «Debe tentarte, para que tu victoria sea una señal para el resto de los hombres en la hora del trance final».

«Pero él es más fuerte que yo».

«Tus ángeles te defienden, como cada espíritu guardián defenderá a la persona que mi Padre le haya encomendado».

«Cuando me habla», se sinceró sin palabras, «todo se vuelve oscuro. Su voz distorsiona la realidad; me confunde».

«Mi madre está también junto a nosotros. Un día, ella aplastará la cabeza de Lucifer».

«María…».

«Permanece junto a ti como primicia, porque ella también velará a los enfermos. Quien la invoque, la recibirá como abogada durante el juicio que sigue a la muerte, donde se decide la suerte definitiva de cada hombre. Pero antes de ella, aparecerás tú».

«¿Yo?», se asombró.

«Sí, padre. Te nombro patrón de la buena muerte, con poder para disolver las fuerzas del mal. Satán embriaga a mis hijos con los artificios del mundo. Muchos de ellos escogen el pecado y, a medida que viven lejos de Dios, lo divino se les hace insoportable. Por eso te pondré a su lado, para que actúes cuando sientan que todo está perdido».

Jesús volvió a cantarle al oído. Había escogido una copla en arameo, propia de los segadores de Palestina, que habían entonado juntos muchas veces. José se la enseñó cuando era niño, de igual modo que la había aprendido de labios del difunto Jacob durante su infancia.

Los primeros versos hablaban del color de las tardes de finales de julio, cuando el sol se sumerge en el horizonte de los campos de cereal como una yema de fuego, dándole al mundo una tonalidad de fragua. Los jornaleros, que atan la paja en gavillas, están cansados de la faena que comenzaron al romper el alba. Han visto el trigo pintado por la plata del amanecer, por el oro del mediodía y por el bronce del ocaso. Han puesto su sudor en cada golpe de hoz, pero son los rayos los que han dado color a su trabajo, fundiéndolo en los tres metales nobles.

La segunda estrofa narraba el gozo de los jornaleros porque en sus hogares les espera el horno encendido, la cena caliente y el vino refrescado en la oscuridad de los pozos. Sus mujeres han amasado y cocido el pan, y cuidan de los hijos. Comerán todos juntos después de dar gracias a Yahvé por sus dones. Después se sentarán en los patios para contemplar las estrellas, tan numerosas como los granos que en unos días henchirán los silos.

María se arrancó con la tercera estrofa, apoyada en la espalda de Jesús, que estaba acuclillado sobre José. Tomó prestada la voz de una de las esposas, en cuyo patio se reúnen los campesinos, a los que la mujer les dice haber visto el astro convertirse en plata, en oro y en bronce a medida que avanzaba la jornada.

Súbitamente, María calló al sentir que su hijo se incorporaba.

—Se muere —le anunció. Sostenía al carpintero por las axilas para facilitarle la respiración, pero José apenas inhalaba.

Ella se colocó a la otra cabecera del agonizante.

—Como en la canción, tu padre está finalizando su cosecha —las lágrimas le fluían serenamente.

Jesús retomó la copla en sus últimos versos, encogido por el dolor: los jornaleros han reservado lo mejor de la mies para ofrecérselo al Dios de sus padres, al Rey de la eterna fidelidad, en recuerdo y renovación del sacrificio de Abel.

—Él es el nuevo y definitivo Abel —pronunció con la voz abotargada—. Padre se lo lleva al Cielo como santo de todos los hombres y mujeres santos.

—Pero, ¿quién es ese crío? —cuchicheó Marta con María cuando Jesús salió de la casa—. ¿Y cómo puede saber todo lo que sabe?

María acababa de acostar a Lázaro, que balbuceó algunas palabras antes de volver a quedarse dormido.

—No lo sé —reconoció, aunque no con aire frustrado sino con expectante alegría—, pero no quiero que se marche.

—No te hagas ilusiones. ¿Cómo va a quedarse con nosotras? Tiene padres, una familia que tiene que andar buscándole.

—En unas horas ha llenado esta casa de dicha.

Marta la miró con ojos recriminatorios.

—Por lo que más quieras, María, no te enamorisques del chaval.

—¡Qué cosas tienes! Si es mucho más pequeño que yo… Pero sí, el corazón me pellizca, te lo reconozco, aunque de otro modo a como puedas imaginarte.

—¡Cuántas veces se quejaba mamá de tus ensueños! —

renegó.

—¿Y tú? —. Estaban acostadas en el suelo de un dormitorio —. No me digas que no te sientes atraída por él.

Marta permaneció unos instantes meditabunda.

—Está bien —habló—. En algunos momentos he llegado a pensar que se trata de un profeta, pero debo de estar trastornada… ¿Quién ha oído hablar de niños profetas? Un nuevo profeta después de tantos siglos… —soltó una risita—. Pero es que sus palabras no parecen desatinadas; habla con tanta convicción que he llegado a creer que Kyrios **le transmite sus oráculos.**

—No tengo dudas de que puede ver a padre y madre — María entreveró las manos sobre el pecho.

—Pues a mí me asalta la duda, porque ¿quién puede entrar en el mundo de los muertos?

—Él sí puede.

—María, María… —meneó la cabeza a la vez que pellizcaba las fibras que salían de su jergón—. Tenemos que ser prudentes. Además, no te olvides de ese Salvador del que nos ha hablado. Nunca nadie, ni en la sinagoga ni en el Templo, ha descrito de ese modo al que vendrá a liberarnos.

—A mí también me ha sorprendido.

—¡Lo ha llamado «cordero»!… ¿Me has oído? —. La hermana pequeña asintió—. Un caudillo frágil como un borreguito lechal, que no busca sumar a su causa a los poderosos sino a los hombres de buena voluntad.

—Que nos abrirá las puertas de la Ciudad Eterna, en donde viviremos con todos los que amamos. No lo olvides.

—Pero, ¿cómo puede saber esas cosas?

—Y eso, ¿qué importa si él es el elegido por el Altísimo?

—¡Baja la voz! —le ordenó—. Él no ha dicho que sea el Salvador. Por otro lado, ¿acaso en nuestros libros se lee que el Todopoderoso se revele a los niños? No —se respondió a sí misma —. ¿Cuántas veces los escribas y los doctores de la Ley nos han recordado la edad de nuestros profetas? Nuestro padre Abrahán vivió ciento setenta y cinco años; ciento ochenta, Isaac. ¿Y cuántos tiene Jesús?

—Doce.

—¡Ya lo sé! —la reprendió—. Doce, doce… Pues no fue hasta que alcanzaron la plenitud, que los santos de Israel se encontraron con la voz de Elohim **o con la aparición de alguno de sus ángeles.**

—Pero Jesús ha dicho que el Salvador se nos ha adelantado —se resistía a dejarse vencer por las vacilaciones de Marta—.

¿Qué son esas palabras sino una insinuación de que ya está con nosotros? Incluso…

—¿Por qué te callas?

—¿Y si fuera cierto? —le recorrió un escalofrío—. Que ese muchacho que duerme al otro lado de la pared sea el que aguarda nuestro pueblo. ¿Y si trae consigo el final de la tiranía de nuestros invasores?

—Olvídate —Marta hizo un gesto categórico—. Por lo visto, a su Salvador poco le interesarán nuestros enemigos. ¿No ves que lo ha llamado Rey de la paz?

—Puede, entonces, que Jesús sea ese Rey.

Marta dirigió los ojos hacia el tabique del cuarto de los peregrinos.

—¿Él?… ¿Rey?… Si proviene de una familia pobre que, además, es galilea.

—¡Marta! —se quejó—. Aparta esos prejuicios y ten presente lo que le hemos escuchado: nos ha hecho entender que ha vivido antes, mucho antes de que naciera.

—¡Menudo contrasentido!

—Lo es, pero ¿cómo, si no, lo sabe todo acerca de los nuestros?

—Puede que le hayan informado.

—¿Quién conoce los secretos de padre y madre? —María tenía la mirada perdida en la semioscuridad—. Y, además, está su amor por Lázaro, que también es anterior a haberlo conocido esta mañana —suspiró—. Ha dicho que es su hermano. ¿Qué te parece?… Todos se ríen de Lázaro, lo evitan, se hacen figuraciones como si fuera un error, alguien molesto, inaceptable. Ni siquiera padre se atrevió a presentarlo ante el altar del Templo. Pero Jesús…

Dos o tres mosquitos zumbaban alrededor de la llama del candil. María distinguía la respiración calmada de su hermana mayor y, de cuando en cuando, las palabras inconexas y difíciles de entender de Lázaro, que dormía en la habitación contigua. Ella no había logrado conciliar el sueño: daba vueltas en la cama, con la cabeza embotada por todo lo que había sucedido desde el estallido de la tormenta.

Una voz interior le aseguraba que Jesús había abandonado la comitiva que le devolvía a su pueblo para toparse con ellos, como si lo tuviera previsto, como si hubiera sabido con antelación que se iban a romper las nubes y que ellas echarían a correr por la vaguada en busca de refugio y que Lázaro se quedaría atrás. Su mirada, sus palabras le habían transportado a una realidad muy distinta a aquella en la que transcurría su vida.

No hallaba el modo de explicarse el júbilo que la embelesaba y que le hacía presentir un cúmulo de bienaventuranzas aparejadas a aquel chico.

—Jesús… —musitó. Le ardía el pecho, como si fuera presa de una fiebre novedosa—. Jesús…

Se le vinieron a la cabeza tantas noches en las que buscó el amparo de la oscuridad para llorar con amargura su mala suerte, que se concretaba en el pacto que cerró con Marta junto a la tumba de sus padres, por el que ambas renunciaban al matrimonio mientras Lázaro viviese. Llevaba cuatro años echándose en cara, a escondidas, el paso del tiempo, que las iba alejando de la posibilidad de encontrar un buen partido. En unos años, ¿quién iba a quererlas después de que enterraran a su hermano, si es que este no les sobrevivía? Acabarían siendo dos viejas solteronas que no habían cumplido el deber de transmitir la sangre de su estirpe. Pero su amargura se había acabado en el transcurso de aquel día, en el que se había sentido capaz de aspirar a fines nuevos, mucho más trascendentes de los que hasta entonces sostenían su vida.

Aturdida, salió del catre y se acercó a la cocina en busca de un poco de agua. Empezó a llenar la taza cuando se distrajo, a pesar de que nada hubiera pasado ante sus ojos ni ningún sonido hubiese interrumpido la quietud de la madrugada. Fue como si una mano invisible le obligara a volver los ojos hacia el ventanuco. Pero la cortinilla le impedía mirar afuera. Entonces notó que se le mojaba una de sus mangas; el agua se había desbordado fuera del recipiente.

Sosteniéndola para que no gimieran los goznes, abrió la puerta. Ante ella se extendía la era donde los jornaleros trillaban el cereal. Un poco más lejos se apretaba el follaje de un campo de almendros y algarrobos. Lo distinguió en la segunda o tercera fila de árboles: Jesús estaba sentado sobre sus talones, con la frente dirigida a Sion. María se dio cuenta de que estaba hablando. Escrutó, por si estuviese reunido con otras personas, pero no apreció que hubiera nadie más. Podría haberle advertido a Marta lo extraño de aquella situación, pero no lo hizo. Al contrario: volvió a la cocina, tomó la taza rebosante, vació el exceso de agua y salió a la era.

Jesús enmudeció al sentir los pasos de María.

—He pensado que puedes tener sed.

El muchachito, al que las sombras de los árboles ocultaban el rostro, se incorporó para tomar el vaso. Lo bebió de un solo trago antes de devolvérselo.

—Gracias.

—No me podía dormir.

—Cierto desasosiego bulle en tu corazón, ¿verdad?

María sintió vergüenza antes de decirle:

—¿Qué hacías? Te he escuchado hablar, pero aquí no hay nadie.

—Está mi Padre.

La mujer miró a uno y a otro lado, con cierto sobresalto.

—¿Te ha encontrado?

—Nunca me separo de Él.

—Entonces, es un padre invisible —discurrió.

—Yo lo puedo ver; lo veo constantemente.

María quiso preguntarle, pero su duda le pesaba demasiado en la boca y la lengua no le obedecía.

—¿Quién… quién eres? —consiguió formular—. Y no me digas que el hijo de un artesano, porque no es suficiente.

Jesús salió de la sombra.

—¿Confías en mí, María?

La hermana de Marta empezó a temblar.

—Sí —susurró.

—Dentro de mucho serás testigo de grandes prodigios —le dedicó una sonrisa—. Aún no ha llegado mi tiempo —volvió a ponerse serio—. Me quedan años de silencio y trabajo junto a los míos.

—¡No te vayas! —. Fue a tomarle de las manos, pero en un gesto de prudencia retrajo los brazos.

—Aún estaré un día y una noche más con vosotros. Después regresaré a Nazaret.

La muchacha se mordió los labios.

—Lázaro va a echarte de menos.

—Y yo a él —admitió—. Por eso te pido que, de cuando en cuando, le hagas saber que nunca me marcho del todo.

—¿Qué quieres decir?

—Lázaro te entenderá.

Jesús fue a avanzar hacia la casa mientras ella se quedaba clavada junto a los almendros.

—Permite que te ofrezcamos, a ti y a toda tu familia, nuestra habitación de huéspedes cada vez que vengáis a Jerusalén.

El nazareno se volvió.

—Me alegra saber que esta casa es mi casa y la casa de los míos. Buenas noches.

Le vio entrar en su cuarto y cerrar la puerta.

«Confío», se dijo a sí misma.

Aquel encuentro de madrugada rompió definitivamente el

principal de sus complejos: no era una solterona, aunque la fidelidad a su hermano le impidiera encontrar esposo. ¿Qué más le daba, si acababa de comprometerse, para siempre, con aquel zagal que transparentaba el rostro de Dios? Aunque él se marchara y no volvieran a verse en mucho tiempo, aunque se ausentara para siempre... se había cruzado en su vida para transformarla. Apenas sabía nada de él, pero ¡qué importaba!: le había preguntado por su fe y ella se la había entregado. Eso era suficiente; eso le bastaba.

19.

Antes del amanecer Jesús manifestó a las hermanas su deseo de acudir a Jerusalén para participar en las primeras oraciones. Se conformó con un desayuno sencillo: un poco de queso fresco y media torta de pan.

—¡Qué bien se está con vosotros! —les agradeció al ponerse en pie y sacudirse las migas que le habían caído en la túnica.

María se ofreció a acompañarle, pues necesitaba realizar algunas compras en los puestos de verdura. Además, aprovecharía para visitar a un familiar. Marta, mientras tanto, se haría cargo de Lázaro, que todavía no se había despertado.

—Al mediodía tengo un encuentro con nuestro administrador —se disculpó—, para que me dé cuentas de los corderos que ha vendido durante el Pésaj**.**

El nazareno y María caminaron en silencio buena parte de los quince estadios que separaban la aldea de las murallas. El aire de la mañana era algo más fresco que el de los días precedentes, lo que se exteriorizaba en el silencio de los pájaros.

—La primavera se ha tomado un respiro —comentó el muchacho.

La mancha verde y gris de Getsemaní coloreó un repecho.

—Allí tenemos un huerto —le contó María al apreciar el interés con el que Jesús contemplaba los árboles—. Desde que padre murió, son muchos los que nos han hecho propuestas de compra, porque la tierra es buena y los árboles beben del agua del Cedrón.

—No lo vendáis —le sugirió.

—Eso nos dijo él porque pertenece a nuestra familia desde hace muchas generaciones. Además, junto a las aceitunas crece buen un pasto, con el que terminamos de engordar a los becerros antes de llevarlos al mercado. En el extremo más alto vive Azarías en una cabaña. Es el empleado más fiel de nuestra hacienda. Cuida de los árboles, del molino de aceite y de un pequeño huerto del que nos surtimos su familia y la nuestra.

Jerusalén era demasiado grande para que María y José

tropezaran con su hijo de buenas a primeras. Se habían marchado las riadas de peregrinos, pero eran numerosos los visitantes que acudían desde las poblaciones vecinas a participar en las ofrendas, comprar y vender en sus mercados o negociar un crédito en los locales de los prestamistas. Además, al encontrarse Herodes todavía en la ciudad, su administración atraía un fluir de funcionarios. Por otro lado, desde primera hora de la mañana los ayudantes de los publicanos voceaban en los telonios el nombre de aquellos que habían sido requeridos para pagar sus impuestos. Los miserables que cargaban sacos de basura para quemarla en el fuego de la Gehena también gritaban, pidiendo a los viandantes que les abrieran paso, exclamaciones a las que se unía la cantilena de los tullidos que mendigaban por las esquinas y en los accesos al Templo.

Jesús se puso la kipá en la Puerta de las Aguas, donde convino con María en volver a verse a la hora nona.

Mientras ascendía la colina de Ofel por una avenida que desembocaba en las escalinatas del Pórtico Real, fue observando a la gente. Él conocía sus nombres. De hecho, conocía la historia de cada hebreo mejor que ellos mismos. Y la de los extranjeros que hablaban en distintos idiomas, y la de sus criados y esclavos, cargados como bestias con baúles, cajas y jaulones de gallinas. Hubiera podido detenerse ante una pareja de legionarios que charlaba junto a una fuente en un latín de baja estofa, y pedirles cuentas de sus abusos de autoridad, señalándoselos uno por uno o, por el contrario, interesarse por las concubinas y los hijos que habían dejado junto al acuartelamiento de Damasco. Hubiese podido mirar a los ojos de cualquiera de los alguaciles del rey con los que se cruzó por la empedrada, que hacían sonar el metal de sus dagas contra la cota escamada de sus uniformes, y afearles que en su escudo llevaran la estrella sagrada de David, un símbolo que no les pertenecía. Sin embargo siguió adelante, musitando oraciones que bien pudieran tener a todas esas personas por destinatarias.

Pasó a través de la columnata que sostenía el friso principal del Templo y subió al basamento para contemplar la gran plaza. El Atrio de los Gentiles era un guirigay en el que la inmediata adoración y los sacrificios a Yahvé quedaban en segundo plano. Pocos parecían advertir las constantes llamadas a la oración. Jesús fue capaz de discernir las buenas y las malas intenciones de cada individuo de aquella multitud, la piedad de los hombres y mujeres sinceros y el corazón indiferente o falsario de otros. Incluso descubrió una pelea a varazos entre dos hombres a cuenta de un cabrito que parecía no ver de un ojo.

Avanzó por los pasillos con el corazón puesto en el edificio que custodiaba la Menorá de Siete Brazos y la Mesa con los panes de la Proposición. Pero su oración era continuamente interrumpida por los empujones y los clamores de los chalanes que prometían un cambio ventajoso. Un corro de hombres le cerró el paso ante el espectáculo de un trilero; se habían apostado el óbolo que tenían previsto destinar al gazofilacio.

La barbulla se acababa en el primer escalón que conducía a los atrios interiores, en donde una guardia de fariseos hacía de rompeolas para los gentiles, que no estaban autorizados a pasar a las zonas reservadas a los judíos. El manto blanco que el chico se había echado por la cabeza así como las filacterias que le serpenteaban por el brazo izquierdo, fueron sus salvoconductos.

Después de rezar, retornó a la escalinata de los atrios. Desde allí buscó entre los grupos que solían reunirse alrededor de un rabbí para que les instruyera. Escogió uno, asentado junto a una de las fuentes de las abluciones, situada a su izquierda. Allí peroraba un anciano, sirviéndose de los movimientos de sus brazos para captar la atención de los fieles. Jesús se colocó en la última fila y escuchó atento la explicación que ofrecía el rabino acerca de la inclinación de los hombres al pecado.

María y José, mientras tanto, acababan de entrar en el Templo.

20.

Aquella noche no habían conseguido dormir, a pesar de que José acabó convenciendo a María para que se echara debajo del carromato, donde había extendido unas mantas. Le costó obedecerle, pues los ojos se le iban de la oscuridad del paisaje a los distintos fuegos del campamento. La doncella sentía el impulso de volver a hacer la ronda, tantas veces como fuera necesario con tal de recibir un nuevo testimonio acerca de su hijo. Y si no encontraban a nadie que les diera noticia de él, salir a campo abierto y ponerse de rodillas, como tantas veces le había visto hacer a Jesús desde que adquirió uso de razón, para invocar a Dios Padre y al Espíritu, para rogarles que su pequeño no sufriera ningún mal, para suplicarles que ella y José lo hallaran cuanto antes, sano y salvo.

—Insisto —su marido habló con pretendida calma—; es mejor que descanses.

A José la inquietud también lo empujaba a empezar de nuevo. Que el zagal del otro extremo del campamento les hubiera dado referencias del chico —«a la salida de Jerusalén… cuando rompieron los primeros truenos… decidió hacerse cargo de la mula»—, no le fue suficiente. Después de un rato, como le

desazonaba hacer guardia junto al carro, se separó unos pasos y tomó asiento en el suelo.

«¿Dónde está?… ¿Por qué nos ha dejado?».

Estaba tan decaído que no apreció la reacción de uno de los borriquitos, que acababa de alzar las orejas mientras oteaba la oscuridad. El animalito fue el único que había escuchado el discreto deslizarse de una serpiente entre la hierba, en cuyo cuerpo escamoso titilaba la luna en cuarto menguante.

El áspid culebreó un rato alrededor de María, pero a distancia, pues sus ojos de jaspe eran capaces de ver el fanal con el que los ángeles la protegían. Entonces se dirigió hacia el artesano, a quien sí podían llegarle sus palabras ponzoñosas:

—¿Qué has hecho, José? —silabeó con el temblor de su lengua bífida—. ¿Cómo has sido capaz de perderlo?

Un nuevo golpe de desesperanza hincó las uñas en el Patriarca.

«No podré perdonarme si le ocurre algo malo», se dijo. Tenía los codos apoyados en las rodillas y las mejillas sobre el envés de las manos. «He fallado a la misión del Altísimo».

—Está muerto… —continuó el reptil, que invisible a los ojos del carpintero dibujaba eses en el aire—. Se ha despeñado en los barrancos del monte Escopo.

José trató de borrar los peores mecanismos de su imaginación.

—Tú sabes quién era ese niño y por qué Adonai **te lo confió —volvió la sierpe a atacarle, tratando de saciar sus dudas sobre la identidad de Jesús—. Tú conoces cuál era su dignidad y el destino que el Único le tenía reservado… Pero todo eso acaba de truncarse porque no has estado vigilante: preferiste viajar junto a tu mujer, sin preguntarte en dónde estaba.**

«¡Perdón, Señor!». Tenía el pecho atravesado por un hierro helado y apenas conseguía tragar. Además, parecía que las articulaciones se le hubieran endurecido, pues le costó mover el cuello al percibir unas pisadas a sus espaldas.

—¿Tampoco tú puedes dormir? —le preguntó María, acariciándole los rizos que le caían por los hombros.

Se abrieron paso entre el gentío que atestaba el norte del Templo. La búsqueda era lenta y meticulosa: no bastaba con que mirasen a uno y otro lado, pues como el niño no era suficientemente alto, podría estar tapado por los peregrinos.

José se detenía, se ponía de puntillas y estiraba el cuello. Antes había acudido a los guardias para inquirirles con un premeditado recato. Y aguantó con estoicismo que lo ignoraran.

Una vez el anciano finalizó su plática, los congregados dieron comienzo a un turno de preguntas, algunas ocurrentes y otras tan simples como para que el rabbí **las resolviera con un escueto «sí» o un «no». Las dudas se encadenaban, provocando leves alborotos que obligaban al maestro a apaciguar los ánimos. Algunos se daban el gusto de demostrar su ciencia, embelleciendo sus interrogantes con largos circunloquios en los que aparecían personajes, lugares y citas bíblicas completas, que si unas veces suscitaban cuchicheos de admiración, otras la risa cuando el anciano les enmendaba la plana por confundir a los protagonistas de las escenas, los momentos históricos, la literalidad de los pasajes o la intención del autor del texto sagrado.**

De pronto, Jesús se puso en pie.

—Rabbí**… —se dirigió al maestro.**

Los rostros del público se volvieron al tiempo que el escriba apretaba el ceño para distinguir al dueño de aquella voz infantil con el deje del norte.

—¿Qué edad tienes, pequeño galileo?

—Doce.

El anciano carraspeó.

—¿Y dónde está tu padre, que no sabe que los niños debéis permanecer callados cuando habla un maestro de Israel?

Jesús se encogió de hombros.

—Bueno… —vaciló el escriba, enojado al verse forzado a atenderle—. ¿Qué quieres?

—Jehová**, al que algunos profetas llaman Señor de los ejércitos, que hizo valer su justicia haciendo llover fuego y azufre sobre Sodoma y Gomorra porque sus habitantes se habían rebelado contra Él, y que manifestó a Ezequiel su ira y su tristeza por la sucesión de las traiciones de nuestro pueblo, que tantas veces se ha entregado a la adoración de falsos ídolos, nunca ha dejado de mostrarnos su Misericordia.**

—Bien dicho —admitió el rabino después de que se hubiera producido un rumor de aprobación entre los presentes.

—Entonces —prosiguió—, si nuestro pueblo es traicionero y pecador, ¿por qué Kyrios **no se cansa nunca de perdonarnos?**

Los comentarios se animaron ante la manifiesta perplejidad del maestro.

—Eh… —se mesó las barbas mientras buscaba inspiración —. ¿Cómo te lo hago entender?… Nadie ha visto al Señor. Quiero decir —precisó—, nadie ha visto el rostro del Señor, de quien los salmos cantan su Misericordia: El Señor es clemente y compasivo**… —incoó.**

—… lento a la ira y rico en clemencia **—completaron los oyentes, incluido Jesús.**

—Pues eso —zanjó, repasando con la mirada las primeras filas del semicírculo, deseoso de que alguien le hiciera una nueva pregunta que tapara la agudeza de aquel chico.

—¿Y no será —Jesús no se había quedado satisfecho con la sola invocación de aquella estrofa—, que es la Misericordia y no la venganza el verdadero rostro de Elohim**, que con la paciencia de un padre aguarda con ternura cualquier indicio de arrepentimiento para renovar su Pacto de fidelidad?**

El rabbí **apretó los labios, clavándole una mirada de censura.**

—¿De dónde sacas esas teorías?

—Estoy seguro de que no son teorías —le respondió con espontaneidad.

—Explícate.

De nuevo los presentes se giraron con la expectativa de escuchar al muchacho, que antes de hablar colgó la vista en la magnificencia de los edificios centrales del Templo.

—Mi padre y los maestros de nuestra sinagoga me han enseñado que la historia de los hebreos es una colección de fidelidades que cantan las grandezas de Adonai**, y de traiciones con las que destruyeron aquello que más amamos. Cuando por los pecados del Pueblo merecimos la reprobación de Yahvé, bastó la santidad de un hombre o de una mujer para que el Altísimo nos ayudara a recomenzar. Todos juntos, justos y pecadores, fuimos rescatados del exilio en Babilonia. Todos juntos, justos y pecadores, reconstruimos el antiguo Templo de Salomón. ¿Dónde está, entonces, la venganza de nuestro Dios?… Él ama a su Pueblo con los cuidados de un buen esposo.**

Los fieles se miraron entre sí antes de preguntarse, en un revuelo, cómo era posible que aquel chico hablara con tamaña seguridad y sabiduría.

—La dispersión de nuestros hermanos es un castigo divino. ¡Desde la lejanía lloran por la Ciudad Santa! —clamó el escriba.

—Eso mismo les he oigo decir cuando, de camino a las naciones donde viven, repostan en Nazaret. Pero reconozcamos que el éxodo ha propagado el conocimiento del único Dios —añadió Jesús—. Gracias a ellos, el santo nombre de Adonai **llega a todos los rincones del mundo.**

El maestro comenzó a juguetear con una de las puntas de su bigote.

—Nunca lo había contemplado de esa forma.

—Su dispersión no es un castigo —le brillaban sus ojos

infantiles—; forma parte de la indulgencia del Altísimo, que nos ha escogido en beneficio de toda la Tierra.

El escriba se desprendió por fin de la coraza de sus teorías.

—Te prometo, chiquillo, que nunca he escuchado una lección tan hermosa.

—Tiene que ser hijo de un letrado —le susurró un joven a su padre.

—¿Un letrado galileo? —dudó este en voz alta antes de echarse a reír—. ¡No sabes lo que dices! —. Y para poner a Jesús en jaque, llamó al maestro—: Rabbí**, me pregunto si las palabras de este mocoso no están mezcladas con las creencias blasfemas de los griegos y los sirios que viven en las orillas del Genesaret.**

—No; este pequeño ha hablado con la inspiración del Cielo. Por cierto, ¿cómo te llamas?…

—Jesús, hijo de José.

—Ven, ven —. Jesús avanzó hacia él a través de los fieles—. Yo te bendigo en nombre de Kyrios **—le estampó el beso ritual—. Dime, ¿te espera tu familia?**

—No.

Aunque al rabbí **le extrañó, vio en aquella respuesta una oportunidad:**

—Entonces, acompáñame: quisiera que te escucharan mis colegas.

—¿Y qué pasa con nosotros? —le interpeló uno de los fieles.

—Volved mañana.

Una vez dio por finalizado aquel rato de instrucción, se llevó al niño hacia los soportales.

Al abrigo de la columnata, María rompió a llorar. El artesano la seguía con la cabeza gacha.

—Estás cansada —le comentó—. ¿Por qué no te sientas mientras sigo con la búsqueda?

Su esposa, que se había apoyado contra un pilar para que nadie viera sus lágrimas, rechazó el ofrecimiento.

—Tenemos que ir juntos, José. Y si después de recorrer cada una de estas piedras resulta que Jesús no está en el Templo, saldremos a las calles para tocar las aldabas de todos los palacios y las puertas de las casas humildes. Y, si a pesar de todo, no lo encontramos… —se mantuvo callada durante unos segundos—. Y si a pesar de todo no lo encontramos, vagaremos por campos y caminos, esposo mío, hasta que hallemos algún indicio. Removeremos la tierra y vadearemos los ríos; apartaremos las retamas y examinaremos los trigales.

El Patriarca se mordió el interior de los carrillos para refrenar su emoción. Si la pérdida del niño le provocaba una

suma insoportable de dolor y miedo, la angustia de su mujer le partía el corazón. Cuando fue a tomarla por los hombros, ella rotó sobre los talones y le miró con los ojos enrojecidos.

—¿Por qué se ha marchado?

—No lo sé —le contestó él entre dientes—. ¿Crees que alguien ha querido hacerle daño?

—¿Daño?… —la doncella se quedó alerta ante aquella nueva posibilidad—. No —manifestó con firmeza—. A Jesús le protegen los ángeles por orden del Altísimo.

—Tienes que tener presente que se trata de un chico como otro cualquiera, además de lo que tú y yo sabemos —se le apelmazaban las palabras, pues no sabía de qué manera detallar la realidad de un adolescente que a un mismo tiempo era Dios—. A lo largo de estos años lo hemos visto con fiebre, con los brazos hinchados por los picotazos de los insectos, con espinas en los dedos de las manos… Tú misma le has curado las heridas de sus rodillas después de que tropezara, y yo le he limpiado la sangre cuando se ha herido con alguna de las herramientas del taller. También entonces le acompañaban los ángeles, lo sé, pero… Yahvé no quiso diferenciarlo de los demás pequeños.

—¿Entonces?

—Entonces se ha podido perder mientras conducía ese mulo —prefirió escoger esa situación más alentadora a las que habían pasado por su cabeza: que hubiera sido víctima de un asalto o de un rapto, incluso que hubiera sufrido un accidente fatal, como había llegado a pensar la noche anterior instigado por el veneno de la víbora invisible.

—¿Tú crees?

—¿Por qué no? —esbozó una sonrisa pesarosa—. Quizás se detuvo al mediodía para dar una cabezada; pudo ser entonces cuando la acémila siguió el camino detrás de nuestra caravana.

—¿Dormirse al mediodía?… ¿Nuestro Jesús?… Eso no es propio de él.

—Quizás —tiró de ella suavemente y arrancaron a pasear hacia el atrio—. Deberíamos contemplar también la posibilidad de que se haya encontrado con otros viajeros y que ya esté de camino a casa. En este mismo momento, mientras nosotros sufrimos, ¿quién nos dice que no esté en la carretera?… Es capaz de llegar a Nazaret por sus propios medios.

—Está aquí —afirmó María.

—¿Por qué lo sabes? —le preguntó con interés, pues ella nunca hablaba en vano.

—El Amor de Jehová **le ata al Templo.**

22.

Llegó a la Puerta de las Aguas. Cansado, tomó asiento en uno de los guardacantones y se retiró el talit para plegarlo y después guardarlo en la bolsa de las filacterias. También se quitó la kipá y pasó sobre ella el canto de una mano para limpiarle el polvo. Mientras esperaba el regreso de la hermana de Lázaro, comió unos dátiles que le había regalado el rabbí para que matara el hambre de media tarde.

Había almorzado con los sacerdotes y los escribas de la camarilla del anciano, después de que estos le pusieran a prueba con un ramillete de casuísticas, persuadidos de que iban a conducirle a un callejón sin salida, lo que les habría brindado ocasión de reírse del viejo por haberse dejado deslumbrar por un petimetre que, además, venía de Judea y parecía no estar sujeto a la autoridad de su padre.

Pero cuando Jesús desmadejó la primera de sus retorcidas cuestiones, disipó todos sus recelos. Y cuando añadió a sus respuestas una colección de preguntas que demostraban la inconmensurable finura de su alma, las lanzas se tornaron en cañas. Pero no solo se dedicaron a charlar de cuestiones religiosas; respecto a los asuntos mundanos el muchachito demostró una habilidad de juicio que, en más de una ocasión, provocó el asenso de aquellos prohombres de Israel, ovaciones y carcajadas, pues le sobraban habilidades para burlarse con elegancia de las debilidades de carácter —cierta tendencia a la pereza en alguno de ellos, a la glotonería o a la vanidad— de cada uno de aquellos fariseos. Cuando quisieron saber dónde se albergaba y de sus labios escucharon el nombre de la familia de Betania, uno de ellos evocó al padre de Marta, María y Lázaro, para el que solo tuvo palabras de halago.

—Tengo que irme —se despidió al sonar las trompetas que anunciaban el último sacrificio del día.

—¿Volverás mañana? —le preguntó el rabbí al levantarse, ayudado por dos de sus correligionarios.

—Volveré.

Le vieron marcharse entre los fieles que se dirigían a las escalinatas del Pórtico Real.

—Nunca vi nada igual —musitó el anciano.

Nada más verlo junto al poyete, la hermana de Lázaro se llenó de alegría. Salieron de Jerusalén y caminaron hacia Betania. Simultáneamente José y María entraron en el último comercio que les quedaba por visitar frente a la fachada oeste del Templo. Uno de los tenderos había empezado a guardar el género mientras el otro enrollaba una pieza de tela.

—Ya está cerrado —les avisó el primero de los dependientes

sin detener su tarea.

—Es solo un momento.

Como en las demás tiendas, José ofreció un rápido retrato de su hijo.

—Cuando algún niño se pierde por aquí —le comentó uno de ellos a la vez que volcaba unos botones de hueso en una caja que escondió debajo del mostrador—, la gente de bien suele conducirlo al cuartel de la guardia del Templo o al de los soldados de Herodes, aledaño al palacio, donde, eso sí, no os puedo garantizar que lo estén tratando con mucha gentileza.

—Los alguaciles ni siquiera han puesto atención cuando he recurrido a ellos. Además, Jesús tiene casi trece años; no se dejaría arrastrar por nadie.

—Qué quieres que te diga, galileo… Tú y tu mujer tenéis aspecto fatigado. También lo estamos nosotros después de la semana de fiestas, ¿verdad, Nehemías?

—¡Y que lo digas! —corroboró su compañero desde los últimos peldaños de una escalera—. Sáqueme esa tela, después esa otra, después la de más allá… para, al final, no llevarse un maldito retal.

El dependiente le guiñó un ojo a José.

—Y vosotros, galileos, ¿no vais a llevaros nada?

—No —murmuró—. Muchas gracias.

El matrimonio abandonó el local.

—Volvamos a la posada en la que hemos dejado el carro. Ya ves que hoy poco más podemos hacer. Los romanos no tardarán en cerrar las puertas de las murallas; no quisiera que nos dejaran dentro.

La doncella, que se había cubierto la cabeza con la capa, abrigándose a pesar de que no hacía frío, volvió los ojos hacia la torre Antonia, por cuyas almenas se asomaban unos legionarios. Después miró hacia las azoteas y tejados de la vaguada de Ofel, como si dudase de la dirección que debían tomar.

—Los burros están bien cuidados —habló al fin—, también nuestro equipaje; pasaremos la noche en Jerusalén.

—Pero, mujer… ¡Si no llevo dinero ni para pagar un par de camas!

—¿Tienes pensado echarte a dormir?

El bueno de José bajó la cabeza.

—Tienes razón —cerró los párpados, que le quemaban después de tantas horas de vigilia—. Sería una irresponsabilidad mientras Jesús siga perdido.

María echó a andar hacia la fortaleza.

—Ha llegado la hora en la que las fondas empiezan a servir

la cena —dijo sin relajar el paso—. Quizás lo encontremos sentado a una mesa, en compañía vete a saber de quién.

El carpintero, que continuaba junto al comercio, se llevó las manos a los riñones antes de seguir en pos de ella.

Los esposos coronaron los últimos peldaños de la escalinata que conducía al portal del palacio de los Hasmoneos. En aquellas travesías sólo encontraron la presencia de algún mendigo que roncaba al abrigo de un portal. Ya no sabían dónde más preguntar. Ni en el alcázar del rey ni en la fortaleza Antonia consiguieron un solo indicio acerca del niño y su paradero. Uno de los seis legionarios que custodiaban el portalón de la torre, al que José acudió con la kipá entre las manos, le respondió con una mueca arrogante porque no entendía el hebreo marcado por aquel acento del norte. El Patriarca tuvo que recurrir a otro de los militares, de facciones sirias, que le atendió con una colección de exabruptos que venían a resumirse en que el ejército de ocupación no tenía funciones de aya. Recibieron el mismo desaire en el cuartel del tetrarca: el que hacía cabeza de aquellos sayones se tentó la daga cuando el artesano insistió en su demanda.

Les ardían las plantas de los pies. Hacía tiempo que María padecía calambres en las piernas. Tan cansados estaban que llevaban casi media hora sin pronunciar palabra, bamboleándose al andar. No eran capaces de distinguir si habían pasado ya por aquellos recovecos de la Ciudad Santa o si era la primera vez que les bañaban las sombras de aquellas viviendas. La doncella trastabilló.

—¡Ya está bien, mujer! —la regañó José al cogerla, antes de que se diera de bruces contra el empedrado—. Necesitas un descanso. Si no dormimos, ¿cómo pretendes que al alba reanudemos la búsqueda?

La posó en el suelo.

—¿Dónde está? —María repitió la pregunta que tantas veces venía haciéndose desde que en el campamento se dieron cuenta de la ausencia de su hijo.

—Anímate —se acuclilló frente a ella—. ¿Qué nos ha dicho el hombre de Traconítide que se hospeda en la posada del Gareb? Ha asegurado que en el Templo, esta mañana, había un niño más o menos de la edad de Jesús, acompañado por un hombre mayor vestido con túnica drapeada de una autoridad. Un sacerdote; tal vez un jefe de los escribas.

—¿Y si no es él?

José, alicaído, también se sentó.

Jesús y Lázaro habían jugado con unas tabas de cordero.

Lázaro estaba exultante porque le había ganado tres de las cuatro manos que echaron, sin darse cuenta de que el invitado y las hermanas habían intercambiado un guiño. De noche, cuando se quedaron a solas, Marta le exigió a María prudencia si a la alborada del día siguiente el nazareno regresaba a Jerusalén.

—Poco me importa que vaya al Templo o a comprar legumbres.

—¿Qué mal hago si le acompaño hasta las murallas? ¿Quién se puede sentir molesto?

—Yo, que soy la mayor de esta casa.

—¿Crees que doy que hablar por pasear con un chico cinco años menor que yo? —fingió asombro.

—La mujer judía no solo debe ser honrada, sino parecerlo —hizo uso de una máxima popular.

María apretó los puños para contener la rabia que le subía por el cuerpo.

—Se marcha mañana; ya le has oído. ¿Cuándo volveremos a verle?

—No lo sé —Marta miró al suelo—. ¿Crees que a mí no me da pena? ¿Y a nuestro hermano, si tuviese entendederas?... Nunca hemos conocido a nadie como él. Cuando le escucho parece que el tiempo no pasara, como si pusiera en mis manos todas las cosas santas.

La hermana pequeña hizo un rápido gesto de asentimiento.

—Sus palabras me empujan a lugares del espíritu a los que nunca antes había llegado —prosiguió la mayor—, y su compañía me beneficia de una manera que no soy capaz de explicarte. Pero no es prudente que te vean dos días seguidos con él, por el buen nombre de nuestra familia. Todos saben que hemos asumido la soltería para cuidar de Lázaro.

—¡Lo vamos a echar tanto de menos! —suspiró.

Se despertaron de madrugada después de haber echado algunas cabezadas en una galería. Les dolían los huesos por la dureza, la irregularidad y el frío del pavimento. Tras la recitación de los salmos, José animó a María a que le acompañara a una fonda, en donde se tomaron un tazón de leche caliente. Antes buscaron un aguador al que compraron el contenido de una medida de arcilla, con la que se asearon. Enseguida bajaron por las intrincadas venas de la ciudad, para ascender de nuevo al teso de Moriah. Arrastraban la fatiga del día anterior y sus cuerpos, por momentos, parecían claudicar.

—Hoy vamos a encontrarle —José procuró infundirla ánimos.

Se plantaron ante la fachada occidental, donde aguardaron

a que los siervos del turno de sacerdotes a quienes correspondía el servicio abriesen los portones tras el primer bramido de las tubas.

Los mercaderes que tenían asignados los puestos, extendieron sus tenderetes. Mientras José reemprendía los interrogatorios, hizo lo posible por desagraviar en su interior a Yahvé mediante una cadena de loas, pero su fervor le sabía a poco, pues María, que era la madre de Hijo de Dios, también tenía que soportar la impiedad de aquellos desaprensivos que daban la espalda al Santo de los Santos, afanados en colocar los jaulones de las aves, las mesas del cambio y en atar las sogas con las que estabulaban al ganado.

23.

—Ha dejado de respirar —le anunció Jesús antes de romperse en llanto.

Con uno de sus brazos lo alzó por la espalda mientras con la otra mano le sostenía la cabeza, que oprimió contra su pecho.

—Padre… Padre querido…

—Ay, mi fiel José —María se desmoronó—. ¡Qué pronto te marchas al encuentro de Adonai!

Jesús inclinó su rostro para besarle los cabellos grises, que le caían partidos a ambos lados de la cara.

—¡Qué difícil va a ser acostumbrarnos a vivir sin ti! —gimió.

El artesano se había convertido en una reliquia, cuyos nudillos María se llevó a la frente, como si se quisiera grabar el sello de aquel santo al que, desde la adolescencia, le unían lazos indestructibles.

—Nunca dejaste de cumplir la voluntad de Yahvé —le dijo, con el habla trastocada por la tristeza—. Cumpliste sus mandatos sin ponerlos nunca en tela de juicio, a pesar de que se te presentaron en sueños. Creíste, esposo mío, desde el primer momento —sin soltarle la mano, miró a su hijo—. Cuando te engendré, Jesús, podría haberme dejado sola.

—Lo sé —lo apretó aún más fuerte, como si temiera que alguien fuera a quitárselo.

—Estuvo dispuesto a asumir la culpa de un crimen que nunca existió. Pero no fue necesario porque se fio del ángel, que deshizo sus angustias. Me acogió y respetó, lo que purificó su amor hasta hacerlo recio como el metal. Y aún sin comprender el misterio, te convirtió en carne de su carne.

—Mi espíritu siempre ha bebido del suyo —sollozó Jesús—. ¿Quién me enseñó a rezar?… ¿Quién me transmitió las enseñanzas de los profetas?… ¿Quién me mostró, con su ejemplo

y sus palabras, las virtudes de un buen hijo de David?... Cuando se enfrente a su juicio, te lo garantizo, será coronado como el santo más grande del Reino de los Cielos.

—¿Quién lo va a juzgar?

—Él mismo —las lágrimas se le deslizaban por las mejillas —. Él se va a enfrentar a sus obras, a sus palabras y a sus omisiones, para decidir frente a mí su destino eterno.

María penetró los ojos de su hijo.

—Si quedara en su alma el más pequeño poso de debilidad, permíteme interceder por él —le imploró—. Estoy dispuesta a cargar las culpas que pudieran corresponderle.

—Madre —soltó la cabeza del Patriarca, cuyos músculos empezaban a ponerse rígidos, para atrapar a María con el brazo liberado—. Serás intercesora, puedo prometértelo. Pero no de padre. Él ya ha disfrutado en vida de tu compañía y se ha contagiado de la luz con la que te hizo mi Padre. Mediarás por todos los hombres que recurran a ti.

Ella, que no había entendido el asunto del juicio y mucho menos aquella profecía, se derrumbó.

En el mismo instante en que se le paró el corazón, José recuperó la plenitud de su conciencia. Ante él se tendía una luminosidad que parecía provenir de un lugar cálido. Quiso volver la mirada a sus manos, pero descubrió que se encontraba fuera de sí, en una gozosa incorporeidad que no le dificultó identificar la habitación y, con más precisión que si aún estuviese vivo, a María y a Jesús agazapados ante su cadáver, que observó sin consternación.

—¡Padre! —escuchó una voz familiar.

Procedía de una silueta que se aproximaba por el canal de luz.

—¿Quién eres? —preguntó.

No le hizo falta una respuesta, pues se le hicieron nítidos los rasgos de su hijo, que habían adquirido una belleza sobrehumana. De él manaba el torrente de luz: Jesús se había transformado en una fuente de bienestar que le atraía con una fuerza irresistible. La expresión de su mirada era la de un hermano mayor y amabilísimo, y la nobleza de su sonrisa invitaba a rendirse ante él en una eterna contemplación incapaz de producir hastío. No había en el mundo Rey que sonriera de esa manera, ni monarca más indicado para llevar la corona fundida con todas las coronas de la Historia. Pero lo más extraordinario eran sus heridas: cuatro orificios, uno en cada mano y en cada pie, así como una hendidura en su costado derecho por la que cabría la mano de un niño. A José no le

ocasionaron alarma; deseó con vehemencia detenerse en cada una de ellas para adorarlas. Su entendimiento se había cuajado de sabiduría: supo que su felicidad, así como la dicha infinita de los salvados, procedían de aquellas huellas causadas por el pecado en el más santo de los cuerpos.

24.

María sintió que la cabeza se le vaciaba. La explanada del Templo parecía cimbrearse bajo sus pies. José, que se encontraba a su lado, la sujetó.

—¿Qué te ocurre?

Ella tragó saliva, que sintió fría al pasar por su garganta.

—Por un momento me he mareado, pero ya estoy bien.

Apoyada en el brazo de su esposo se dejó llevar hasta un banco corrido, en el que unos hombres conversaban en alegre camaradería.

—Quédate aquí mientras te traigo un poco de agua.

José portaba en su cinturón, además de la bolsa del dinero y la caja de las filacterias, la mitad de una calabaza seca que utilizaban a modo de tazón. Se la desató mientras avanzaba hacia el surtidor que alimentaba las fuentes de las abluciones de aquel sector de la plaza. Mientras tanto, la doncella se aflojó el manto para beneficiarse de una racha de aire que le trajo el frescor de las colinas graníticas que rodeaban la ciudad. Se le habían secado los labios y notaba una desagradable acidez en la boca. Entrecerró los párpados e inspiró profundamente mientras con el pensamiento declamaba los versos de un salmo:

Ten piedad de mí, Señor, / que estoy sin fuerzas. / Cúrame, Señor, / que mis huesos están dislocados / y mi alma conturbada**.**

—Os digo que ese crío los ha embaucado —. Le distrajo la voz de uno de sus vecinos de grada—. ¿No os habéis topado con Ageo junto a la ronda de los cipreses?... No hace otra cosa que volver la cabeza de un lado a otro, como un bobo al que le han dicho que está a punto de pasar un emperador y no quiere perderse la posibilidad de recibir una dádiva.

—No exageres —le reconvino un tipo calvo y barbilampiño —. Buscaba al niño, nada más.

—Pues eso, Sadoc. ¿Nos quieres decir qué hace un fariseo de su prestigio atendiendo, por tercer día consecutivo, las palabras de un arrapiezo?

A María el corazón le dio un brinco.

—¡Por las barbas del profeta, no exageres! Ayer me senté un rato con ellos y os aseguro que el chaval habla lo justo, ni más ni menos.

—¿Habla lo justo?... —inquirió un tercero— ¿Qué quieres

decir con eso?

—Que, ante todo, sabe escuchar, Netanías.

—Según Tadeo, impresionan sus preguntas.

—Es listo —corroboró el tal Sadoc—. Y acertado en sus juicios, yo también os lo puedo asegurar.

María volvió a taparse el cuello antes de inclinarse hacia ellos.

—Les ruego que me disculpen… —. Le miraron con dureza, por ser mujer y advertir sus dejes del norte—. No es mi intención atender su coloquio, pero al oírlos hablar de un niño… Mi esposo y yo buscamos a nuestro hijo, que se perdió poco después de que nuestra compañía abandonara Jerusalén, y de esto hace ya tres días.

—¿Y cómo se llama tu hijo, si puede saberse?

—Jesús —contestó con premura—. Tiene doce años y viste una túnica de una pieza, sin tintar.

En ese momento vio a José, que traía la media calabaza con cuidado para que no se le derramara el agua.

—Así que es hijo tuyo… —barbotó el primero de los hombres que había aludido al mocito—. Hace un rato estaba cerca de la Puerta Dorada, junto al riel de árboles. Ageo pretendió que me sentara un rato con ellos, pues está convencido de que ese renacuajo me puede sorprender —elevó las cejas—. ¡Ja!… ¿Sorprenderme lo que diga un mocosuelo?

Como impulsada por una ballesta, la doncella se había puesto en pie para salir al encuentro del artesano.

—¡José, José! —se le abalanzó, golpeando involuntariamente el tazón, cuyo contenido se vertió en el suelo —. ¡Está aquí!… ¡Ellos lo han visto!

El Patriarca la tomó por las muñecas con la mirada hacia el banco de piedra, desde donde aquellos tipos los observaban con curiosidad.

Echaron a correr hacia la Puerta Dorada. Como el carpintero tenía una zancada más larga y más rápida que la de su esposa, a cada poco se paraba a esperarla. Les separaban unos trescientos metros de la entrada este del Templo y les urgía llegar, por si Jesús y aquellas autoridades que lo acogían tuvieran previsto acudir a la nueva llamada al sacrificio o marcharse por el dédalo de Jerusalén, lo que supondría volver a perderlo. Al distinguir el dintel de la puerta, buscaron las lanzas verdes de los cipreses.

—¡Allí! —señaló María.

Al otro lado de las coníferas, bajo el friso de la columnata, había un corrillo de hombres revestidos con los ropajes

sacerdotales. Dos de ellos estaban ciñéndose la mitra ante la mirada interesada de Jesús, sentado en un taburete en uno de los extremos del semicírculo.

—¡Mi pequeño! —exclamó María.

Los sacerdotes tomaron sus báculos de metal, se acercaron al muchacho para posar las manos en su cabeza y se despidieron.

Al pasar entre los árboles, oyeron la voz límpida del pequeño:

—Quisiera que nos explicaras, rabbí Ageo, qué vio nuestro profeta Isaías en el oráculo del Siervo Doliente.

Ageo, desde el centro de la rueda para significar su primacía, se mesó la barba y miró en derredor.

—¿Qué necesitas que te aclare? —. La perspicacia del niño le esplendía en los ojos.

—¿No anuncia Isaías que el descendiente de David, nuestro rey, será menospreciado por el pueblo, que lo maltratará hasta desfigurarlo?

Se sintió atrapado de nuevo por aquella prodigiosa cualidad para describir las intenciones de los libros sagrados.

—En efecto, eso dice.

—Pero en sus oráculos —prosiguió—, el profeta afirma que ese vástago acaudillará a Israel por voluntad de Adonai.

El anciano asintió, con los brazos cruzados y los labios pinzados entre los dedos.

—Continúa.

—Isaías dice de él que es el árbol verde arraigado en medio del desierto, pero también que los judíos lo despreciarán, que lo maltratarán hasta arrancarle toda su hermosura —desplazó la mirada por la concurrencia—. El siervo del Señor cargará libremente con todos esos dolores y humillaciones, sin abrir la boca, sin reclamar la dignidad que le viene de Yahvé, como cualquiera de esos corderos que se llevan a la mesa del sacrificio —señaló un hato de ovinos recién lavados, a los que conducían a los altares de las inmolaciones—. El profeta nos revela que, en esa condena, el Justo tomará los pecados de los hombres y todas sus consecuencias. Y que las maldades traspasarán su cuerpo, para que sus llagas justifiquen a muchos.

—Y Jehová, a cambio, le entregará a las muchedumbres como heredad, porque con su vida vencerá a la muerte —completó el sacerdote, sobrecogido. Era la primera vez que entendía la dimensión de aquella profecía. Durante unos segundos, hombre y niño se aguantaron la mirada—. ¿Os dais cuenta? —se dirigió a sus colegas, como hipnotizado—. El Mesías, el Enviado de Dios, no es aquel de quien tantas veces

hemos hablado: un caudillo que organizará nuestros ejércitos para vencer al invasor.

—No te engañes, Ageo —desconfió un escriba—. Isaías no habla de un gusano, sino de un rey que volverá a calarse la corona de David.

—Pero, ¿qué me dices de su padecimiento?

—Que es una figura del tormento de nuestro pueblo: la esclavitud, el exilio, la invasión… Decidme si somos tan necios como para matar al que debe abanderarnos —bufó, dando un latigazo al aire con la cabeza—. No estamos locos.

María y José estaban desconcertados: no comprendían el interés de su hijo por vincularse, ante aquellas personalidades, con el Siervo Doliente. Jesús, que acababa de darse cuenta de su presencia, los llamó:

—¡Madre! ¡Padre! Venid a que os presente a estos amigos.

El anciano sacerdote entornó los párpados para enfocar la vista en aquella pareja de traza cansada.

—¿Sois sus padres? —les preguntó con reticencia, pues de ser así habrían venido para llevárselo de regreso a Nazaret.

El artesano hizo un movimiento afirmativo, abrumado ante aquellos jerarcas. La doncella, por el contrario, se adelantó a su esposo y clavó una rodilla frente al chico, para que sus rostros se encontraran a una misma altura.

—Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? —volcó en él la congoja acumulada—. Mira que tu padre y yo, angustiados, te buscábamos.

Se miraron durante unos momentos.

—¿Por qué me buscabais? —. La pregunta causó extrañeza en el corro—. ¿No sabíais que es necesario que esté en las cosas de mi Padre?

Un murmullo creció hasta transformarse en una conversación apasionada. Se preguntaban cuáles eran las cosas que pertenecían a aquel recién llegado, de presencia más bien pobre, para que el niño llevara tres días buscándolas en el Templo. Desde luego, estaban seguros de que no tenían relación con ninguno de ellos, pues sus vínculos con Galilea no iban más allá de algunos intereses económicos en los que aquel hombre, a quien la mancha en la cara delataba el desprecio del Único, no jugaba ningún papel. Tampoco María entendió a qué cosas se acababa de referir Jesús.

Ageo, al dar unos pasos para contemplar a los esposos de cerca, experimentó un inmediato rechazo al descubrir la nube sobre el párpado y la mejilla del carpintero. También se hizo cargo de que iba despeinado y de que no llevaba las manos ni los

pies limpios. Le desagradaron los rodales blanquecinos que se le marcaban por debajo de las axilas. Arrugó la nariz e inclinó el rostro hacia Jesús, al que, ante el estupor de sus colegas, se dirigió por primera vez con frialdad, como si acabara de reventarse una ilusión demasiado hermosa para ser cierta:

—¿A qué esperas para irte con ellos? Un semita tiene que mostrar sujeción a sus mayores. Y vosotros —dijo al grupo—, ¿no habéis oído la segunda llamada al sacrificio?

Con una mano se bataneó el manto mientras agitaba la otra para que alguien le tendiera la mitra y el báculo.

—Vamos, es hora de que regresemos a casa —. José le tendió la mano a Jesús, que se la tomó con diligencia. Tuvo la percepción de ser pequeño ante su hijo. Muy pequeño frente a las manifestaciones de Dios en su vida.

Epílogo

El comienzo de todo

Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el Cielo.

Las argollas le habían provocado una herida profunda alrededor de los tobillos. Cuando el carcelero retiró el pasador para quitárselas, sintió como si unos dedos incandescentes le perforaran la carne hasta el hueso. Pensó que hubiera sido más liviano si le tajaran los pies, pero aceptó su suerte con la paz que le había traído la visita de Jesús a su celda.

—Puedes hinchar el pecho como un palomo, Profeta **—un sayón al que envolvía un tufo a vino malo le hizo una reverencia burlesca—. Te quieren arriba, por orden expresa del rey.**

—¡No le quieren a él! —le corrigió con crueldad otro soldado—. Han pedido su cabeza; nada más que su cabeza.

El guardián del calabozo cruzó con el preso una mirada instantánea, en la que el Bautista apreció una pizca de conmiseración. Pero evitó agradecérsela, no fueran los cuarteleros a afearle a su compañero la conducta, trastornados como estaban por el alcohol que se habían repartido para celebrar el cumpleaños del tetrarca.

—Suéltale también los grilletes de las muñecas —ordenó el capitán de la guardia— y átale las manos a la espalda.

Tambaleante, se dejó hacer sin oponer resistencia, como si hiciera oídos sordos a su terrible destino.

—¿Le has apretado bien los nudos? He visto a más de un reo soltarle un golpe a su verdugo.

—¡Como para no defenderse!... ¿Es que hay alguien que vaya con gusto a su propia decapitación?

Le respondió una coral de risas.

Juan, sin fuerzas, tenía la barbilla descolgada sobre el pecho. Sin embargo, tras la aparición del Maestro había recuperado la viveza en los ojos, con los que recorrió las facciones de aquella cuadrilla que desconocía la Misericordia de Yahvé.

«Así es», le habló José directamente a la conciencia, «estos paganos no se imaginan cuánto los ama Dios».

Hizo un leve visaje hacia la derecha, que le hizo perder la estabilidad.

—No te caigas, mal nacido —le reprendió uno de los soldados de Herodes al sostenerlo por el hombro—. Buf... ¡Apestas!

El Bautista entendió que la tropa no podía ver a aquel a quien Jesús le había presentado como abogado de la buena

muerte.

«Tengo las tripas encogidas», le confió con el pensamiento, «y siento que mi corazón se me va a romper. Supongo que es el miedo».

«Tranquilo; estoy aquí para socorrerte», le dijo el Santo Patriarca.

Le llegaba el contacto espiritual con aquel intercesor del Cielo con mayor intensidad que una caricia física.

«Ayúdame a perdonarles», le suplicó. «A ellos y al que me cortará el cuello con un golpe de espada».

«¡Pero si ya les has perdonado!», exclamó José con la familiaridad de un viejo amigo.

«Entonces, ayúdame a perdonar a quien ha ordenado mi muerte; ayúdame a perdonar a Herodes».

«No hay en tu alma una sola mancha de rencor, tampoco hacia ese impío».

El capitán le arreó un golpe.

—¡Muévete!

El hijo de Zacarías e Isabel se derrumbó sobre la paja.

—¿No veis que no puede con sus huesos? —la voz del carcelero sonó a súplica.

El capitán le arrebató la tralla de uno de sus soldados para soltarle un latigazo al centinela.

—¿Quién eres tú para corregirnos?

Después de llevarse la mano al antebrazo escocido, el cancerbero le ayudó a Juan a ponerse en pie.

—Yahvé te lo pagará —balbuceó el Profeta**.**

«¿Te das cuenta de la fuerza transformadora del bien?», le requirió José. «Este pobre muchacho se ha visto por primera vez frente al Amor de Dios. Sin entenderlo, lo ha intuido bajo tu aspecto extenuado».

El jefe de la leva mandó que pasaran al prisionero una vara por debajo de las axilas, y que dos de sus hombres la sostuvieran de cada extremo para ayudarle a caminar.

—Así está mejor —se felicitó al comprobar que Juan era capaz de avanzar hacia las escaleras de las mazmorras, a pesar de que se le doblaran los tobillos.

Las imágenes oscilaban ante los ojos del Bautista, enturbiadas en parte por los juegos de luces y sombras que proyectaban los hachones. Distinguió a Satanás, que reculaba por la escalinata hacia la portezuela de entrada a la prisión. Tenía el mismo aspecto con el que se había mostrado durante la visita de Jesús: bajo una capa negra dejaba ver la blancura mórbida de sus manos y sus pies. Albo era también su rostro, los labios negros y

los ojos rosados de animal albino. Aunque quería vomitar una carcajada, la presencia de José y la Gracia que bañaba al reo quebraron su pretensión.

«También él me rondó en el momento de mi agonía», le desveló el Santo Patriarca.

«¿Estás muerto?», le preguntó Juan con sorpresa, haciendo caso omiso de Lucifer.

«Vencí a la muerte a través de los méritos del Cristo resucitado».

«¿Resucitado?», no comprendió a José. «Entonces, Jesús también ha muerto…», se ofuscó.

«Confía; te hablo desde un lugar, Juan, en el que el tiempo no existe. Pero no soy un espíritu, sino un bienaventurado al que puedes ver y escuchar. Antes de fallecer me tentó Satanás porque mi hijo quiso que yo experimentara las mismas angustias que acompañan a todos los hombres en la hora de la muerte, las mismas que ahora te asedian. Vencer la desesperación fue mi aprendizaje para poder acudir en ayuda de mis hermanos».

—¡Arriba con él!

Aunque con los dedos de los pies localizó el escalón, a Juan le faltó vigor para plegar la rodilla ante el primero de los peldaños. Impaciente, el capitán exigió que lo subieran en volandas.

«¿Es Jesús tu hijo?», le interpeló, ignorando la cercanía del cadalso.

«Sí y no», sonrió el Patriarca. «Dentro de poco comenzarás a entender todos los misterios de Dios, que no tienen fin ni agotan su deleite. Pasarás de ser el mayor entre los nacidos de mujer al mayor de los salvados».

«¿Es Jesús mi Dios?».

José asintió y al Bautista se le refrescó la esperanza.

Disfrutó las primeras respiraciones del aire limpio de la noche. Se escuchaba con nitidez el jolgorio del comedor del monarca, como si Herodes y sus invitados celebraran la fiesta en el patio y no en los pisos altos, y sus músicos tocaran las castañuelas, las flautas y el arpa a pocos metros de donde Juan se encontraba.

—¡Aquí os lo traigo! —anunció el capitán a los guardias que estaban sentados alrededor del fuego, con la complacencia de quien viene con un agradable anuncio.

Los cocineros, los mozos de cuadra y otros siervos de Maqueronte acogieron a la comitiva con alborozo. Si unos se les acercaron con el paso zigzagueante de la borrachera, a otros les tuvieron que ayudar a ponerse en pie para que no se perdieran el

ajusticiamiento. Tres niños corretearon a la vera del reo, pinzándose la nariz para significar la hediondez que exhalaba el reo. Uno de ellos tomó una bosta de mulo y se la restregó por los harapos, entre los vítores de la chusma y los gritos furiosos de una mujer, que le previno ante el riesgo de que le saltaran los chinches y piojos del condenado.

—¿Por qué no me bautizas, santurrón?

Uno de los defensores de la fortaleza, que llevaba en la mano un cuerno rebosante de vino, se arrodilló ante él.

«Ámale», le sugirió José. «Ámale porque nunca ha escuchado una palabra acerca del Dios único y verdadero».

El Profeta **trató de sonreír, pero no logró gobernarse los músculos del rostro.**

—¿Qué te pasa que no cumples con tu obligación? —. El arquero dio un traspiés al incorporarse, cacareado con risas—. Entonces seré yo el que te cubra con las aguas del Jordán…

Escupió en el vino, elevó el cuerno sobre la cabeza pelada de Juan y vertió su contenido. Un reguero bajó hasta sus cejas y le resbaló por el vértice de la nariz, para terminar salpicándole los pies. Acto seguido, el soldado se volvió para recoger la ovación que le tributaban sus compañeros y, envalentonado, le estrelló un bofetón.

—Así es como bautizamos los herodianos.

Una explosión de lucecitas hirientes le cubrió los ojos. Quedó sumido en una conmoción de la que regresó en cuanto percibió que iba y venía por el patio, elevado del suelo mediante el varal que sostenía por turno la milicia. Lo pendieron del brocal del pozo, lo hundieron en el agua del abrevadero y después le metieron la cabeza en el estiércol. Le llenaron la boca de porquería, le arrancaron los vestidos y, desnudo, lo apalearon. Deseaban prolongar aquel tormento hasta que les llegase el apremio del rey por alguno de los palafreneros que atendían el comedor.

«Ámales», insistía el artesano. «El Señor te da su Gracia para que puedas hacerlo».

«Los amo», afirmó.

«Alégrate, entonces, Juan, porque Jesús te permite participar de su agonía».

«¿Ha muerto?…», volvió a sobresaltarle la misma duda, porque el martirio le dificultaba grabar en la memoria la conversación con José.

«En Dios no existe el tiempo», repitió el esposo de María mientras arrastraban al Bautista hacia la hoguera. «Él pertenece a la eternidad, que le hace dueño del ayer, del hoy y del mañana.

Por eso su plan de salvación llega a todos los hombres, sin importar el orden ni el lugar que ocupen en la Historia».

—¿Quién va a querer probar un poco de santón a la brasa? —se elevó la voz chillona de uno de los cocineros.

«Dentro de dos Pascuas Jesús será condenado a una muerte de cruz», prosiguió el Santo Patriarca. «Le colgarán entre un ladrón y un asesino, sin que nadie sepa que ese cadalso es el trono desde donde instaurará su reinado, que dará comienzo con su último aliento y al que seguirá su resurrección triunfal al tercer día del martirio. Entonces subirá al Padre para ofrecerle todos sus méritos, con los que pagará el precio de nuestra redención».

Amagaron echarle al fuego al ritmo de un cántico enfebrecido.

—¡Vais a matarlo! —anotó alguien pintado con el reflejo de las llamas—. Yo no quiero hacerme responsable de la ira del rey.

Se hizo un breve silencio.

—Marcadle uno de los muslos —dispuso el capitán.

Uno de los esbirros tomó una rama ardiente y se la apretó a la pierna. Los gritos de dolor se le ahogaron en la garganta reseca. A pesar de la brutalidad de la tortura, no perdió el conocimiento.

«¡Háblame de Él!», le imploró a José, como si solo el nombre de Jesús pudiera mitigar aquella barbarie.

El artesano miró a Leviatán, que acababa de abandonar el interior de la hoguera para dirigirse al tajo en el que iban a decapitar al Profeta**. La superficie de la madera estaba marcada por los cortes del hacha y del cuchillo con los que los esclavos habían fileteado a los animales de la cena.**

«¡Háblame de él!», insistió.

«Tanto ama Dios al mundo, que ha entregado a su único Hijo, para que todo el que cree en Él no se pierda, sino que alcance la bienaventuranza eterna», proclamó. «Llegará el momento en el que, a su nombre toda rodilla se doble en los Cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese: "¡Jesucristo es el Señor!", para gloria de Dios Padre. Yo soy testigo, desde las moradas del Paraíso, de la instauración de la justicia definitiva. Quienes vivieron y murieron con Él, recibirán en herencia una felicidad infinita, imposible de colmar. Quienes no quisieron reconocerle y se resistieron a su Gracia, perecerán en los infiernos junto a Satanás y todos sus demonios».

Apareció el palafrenero en la puerta de la torre del homenaje. Traía una bandeja de plata.

—Herodías está impaciente —les advirtió.

—¡Acercadlo al tronco! —ordenó el capitán.

Le quitaron las ligaduras una vez lo colocaron frente a la madera.

Juan se desplomó como un cuerpo muerto.

—Jesús, mi Señor… —murmuró.

Apenas le separaba medio metro de la viga, sucia de sangre, esquirlas de hueso y pequeños restos de carne y sebo.

—Está invocando a su Dios —reparó uno de los militares, con la aprensión de los supersticiosos.

Hubo un cruce de miradas entre los que rodeaban al Profeta**. Conocían la fama que le precedía; les habían llegado ecos de su misión en los esteros del río.**

—¡Memeces! —gruñó el capitán.

También aquel soldado, en la intimidad de sus pensamientos, reconocía que sus divinidades de metal, madera y barro no eran nada ante el enigma al que adoraban los hebreos. Su religión idolátrica carecía de doctrina y estaba vestida únicamente por el clamor de sus salmodias, por los ceremoniales vengativos, por invocaciones hueras en busca de fortuna, por maldiciones y adivinaciones, y por el terror a las almas que vagan en pena. Sin preceptos morales, les faltaba la seguridad que a los judíos les daba el cumplimiento de los preceptos dictados por aquel Ser sin nombre ni materia, sin principio ni final, Único y Todopoderoso.

—Por tu Amor, les perdono.

El capitán le pateó el pecho para que cerrara la boca. Estaba asustado ante la posibilidad de que aquella piltrafa fuera a convocar, en el último momento de su vida, a las fuerzas de ultratumba. Si era cierto el prestigio que le atribuían —ser favorito de Yahvé—, urgía acelerar la ejecución antes de que se hiciera escuchar por el Cielo.

—¡Verdugo!

—No os demoréis —les exhortó el lacayo de la amante del tetrarca.

—¿Es que no lo habéis oído? —el capitán arrastró al Bautista por los hombros hasta el tajo y lo dejó caer sin miramientos.

El Profeta **aspiró el olor a entrañas que desprendía aquella madera.**

«¡Lárgate!», le dijo a Satanás, al que vio a través de las piernas de la soldadesca. «Voy al encuentro con Jesús».

Al oír aquel nombre, al Diablo se le descompuso el rostro.

El verdugo lo tomó por la cabeza y tiró de ella, para decidir el lugar del cuello que iba a sajar. Se lanzó un salivazo en cada

una de las manos, desenfundó la espada, la asió con fuerza, echó para atrás los brazos y esperó a recibir la orden.

José se interpuso entre Lucifer y el hijo de Zacarías e Isabel, al que ofreció una mirada paternal. Ya no tenía ninguna mancha en el rostro, que emanaba una bellísima luz.

—¡Ahora! —pronunció el capitán.

Juan escuchó el aire roto por el arma.

—Culebrilla **—le saludó el Cristo—. Bienvenido a casa.**

Este libro se terminó
de imprimir en Madrid
el 2 de diciembre de 2018,
primer domingo de Adviento.